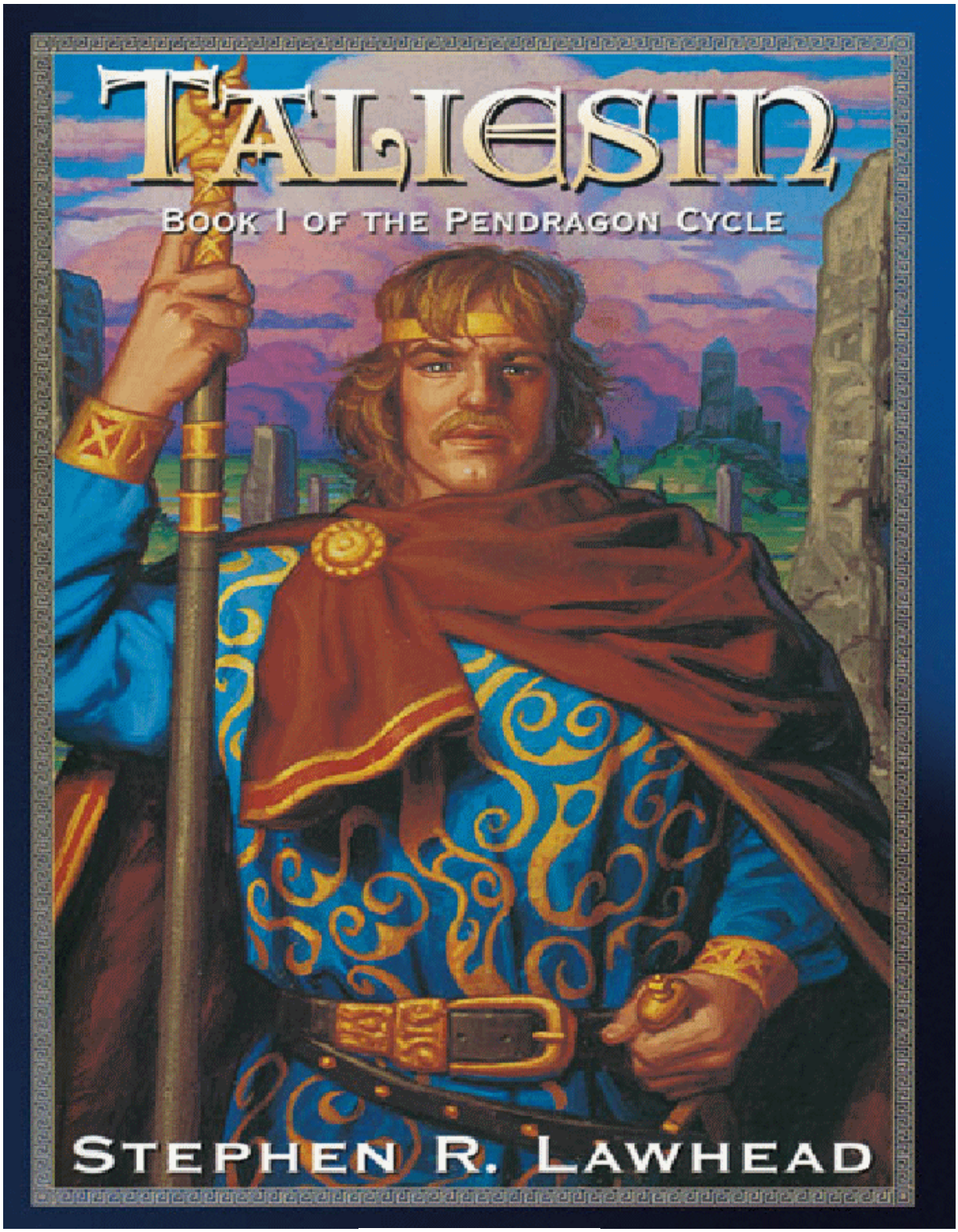
CICLO PANDRAGON I, TALIESIN
STEPHEN R. LAWHEAD



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Brad y Nancy

Diez anillos hay, y nueve torques de oro
ceñían el cuello de los antiguos jefes;
ocho son las nobles virtudes, y siete los pecados
por los que un alma perece;
seis suman el cielo y la tierra,
y todo lo dulce y valiente que ambos contienen;
cinco son los barcos que zarparon
de la Atlántida fría y disipada;
cuatro reyes de las Tierras Occidentales se salvaron,
y tres los reinos que ahora se alzan;
dos se unieron por amor y temor,
en el reino de Llyonesse al amparo de sus montañas;
Sólo existe un mundo, un Dios, y un comienzo,
enseñó a los druidas la noche estrellada.

S.R.L.


BRITANNIA
Eboracum
Deva
Isca Dumnoniorum
Londinium
MAR AMERICANO

Libro uno

Un regalo de jade

1

«Ya no voy a llorar más por los muertos, dormidos en sus líquidas sepulturas. Ya no tengo lágrimas para llorar por mis años jóvenes en el templo del berrendo. La vida bulle en mí y no seguiré lamentándome por lo que fue o podría haber sido. El mío es un sendero diferente y debo seguirlo hasta donde me lleve.

»Pero desde mi elevada ventana contemplo campos de trigo madurando para la siega. Se ondulan como un mar dorado y entre el susurro de sus hojas secas escucho de nuevo las voces de mi gente que me llaman a través de los años. Cierro los ojos y los veo ahora tal y como los recuerdo de tiempo atrás. Están ante mí y me trasladan de nuevo a los tiempos felices, cuando eramos jóvenes y el cataclismo no había caído sobre nosotros, antes de que Throm apareciera con espantosas profecías quemándole en los labios.

«Transcurría un período de paz en toda la Atlántida. Los dioses estaban satisfechos y las gentes prosperaban. Nosotros, los chiquillos, jugábamos bajo el dorado disco de Bel y nuestros miembros se fortalecían y bronceaban, cantábamos a la hermosa Cybel, la siempre-cambiante, para que nos otorgara felicidad, y nuestros días se sucedían en una tierra rica en comodidades, mientras pensábamos que siempre sería así.

»Las voces de los difuntos me hablan.

»—Cuenta nuestra historia —dicen—. Merece ser recordada.

»Obedezco, tomo mi pluma y empiezo a escribir. Quizás al plasmar el relato alivie el tedio de los largos meses de confinamiento. Quizá mis palabras obtendrán un poco de esa paz que me ha sido negada durante toda mi vida.

»En cualquier caso, no tengo otra cosa que hacer; estoy cautiva, prisionera en esta casa. De modo que escribiré; para mí, para aquellos que vendrán después y para las voces que piden a gritos que no se las olvide.»

Al palacio real le llamaban la Isla de las Manzanas a causa de los bosquecillos de manzanos que cubrían las laderas que conducían a la ciudad que se extendía a sus pies. Y, a decir verdad, cuando todo estaba florido, el palacio del rey Avallach parecía una isla que flotara por encima de la tierra, sobre nubes rosas y blancas. En los manzanales del rey crecían en abundancia dorados frutos, más dulces que la miel de los colmenares de los altos prados, y la amplia avenida que atravesaba el centro de Kellios hasta llegar a la costa bañada por el mar se hallaba también bordeada de estos árboles.

En una elevada terraza que miraba al mar, Charis, apoyada contra una columna, contemplaba los tejados de la ciudad, mirando cómo el sol centelleaba sobre las láminas rojas y doradas de batido oricalco y escuchando el susurrante arrullo del arpa eolia al ser tañida por el viento. Soñolienta, y algo embriagada por la fuerte fragancia de los manzanos en flor, dejó escapar un bostezo y volvió su

lánguida atención al cálido azul del puerto en forma de media luna.

Tres barcos, con las velas de color verde hinchadas por la brisa, se deslizaban lentamente hacia el interior de la ensenada de Kellios, dejando una estela de diamante tras ellos. Charis los vio inclinarse, vaciar sus velas y resbalar plácidos hacia el embarcadero. Las robustas chalupas del capitán del puerto se dirigían ya hacia ellos para asegurar los cabos y guiarlos hasta el amarradero.

Kellios era una ciudad bulliciosa; no demasiado grande —no tanto como la magnífica Ys, ciudad de templos y astilleros situada en Koran, ni tampoco como la ciudad-mercado de Gaeron, en Hespera— pero sí dotada de una profunda bahía a la que comerciantes de todos los reinos arribaban con frecuencia en busca de provisiones para viajes más largos hacia el sur y el este a través de aquella enorme extensión de agua que los marinos llamaban Oceanus.

Carros y carretas, estas últimas cargadas con los productos de los campos de los alrededores de Kellios o con mercancías de otros reinos, atravesaban las calles y avenidas desde primeras horas de la mañana hasta el anochecer. De los puestos del mercado se elevaba incesante el bullicio del comercio: se establecían valores, se fijaban precios y se cerraban tratos.

En la cima del montículo del templo situado en el centro de la ciudad, se elevaba el edificio sagrado: una réplica en miniatura del Monte Atlas, hogar de los dioses. De los fuegos de sus numerosos altares ascendían eternamente columnas de humo perfumado procedentes de los costosos sacrificios que los magos celebraban día y noche, y de los establos situados bajo el templo surgía el mugido de los toros sagrados, que ofrecían sus voces a los dioses, de la misma forma en que un día su carne y su sangre servirían de ofrenda.

Junto al templo estaba la plaza de toros, un enorme ruedo ovalado unido a los establos por un túnel subterráneo. Dentro de pocas horas, el primer bóvido sería conducido a través de aquel pasadizo hasta el foso, y la danza sagrada daría comienzo. Por el momento, la arena permanecía vacía y en silencio.

Charis suspiró y se dio la vuelta para refugiarse de nuevo en el umbrío y fresco corredor, haciendo resonar sobre la piedra pulida el repiqueteo de sus sandalias. Subió la amplia escalinata situada al final del pasillo, y fue a parar al jardín situado en el tejado.

Una ligera brisa agitaba las amplias hojas de las esbeltas palmeras que lo bordeaban, una junto a la otra, en sus relucientes receptáculos de oricalco. Loros azules parloteaban y chillaban por entre los apiñados datileros, mientras los quetzales se alisaban con el pico su plumaje irisado encaramados a las parras que rodeaban las decorativas columnas. Muy cerca de allí, dos leopardos dormitaban a la sombra, sus moteadas cabezas descansaban sobre las patas delanteras. Uno de ellos abrió un perezoso ojo dorado cuando ella pasó por su lado, luego lo volvió a cerrar y rodó sobre su espalda. Una fuente chapoteaba en el centro del jardín, rodeada de afiladas columnas de piedra esculpidas con símbolos solares y amuletos.

En sus aguas frías y transparentes flotaban flores recién cortadas y diferentes clases de cítricos; además, elegantes formas de varios cisnes negros se deslizaban sobre su superficie, serenos, con sus cuellos curvados en un gracioso arco. Charis se acercó y tomó un puñado de comida de una ánfora cercana, se sentó en el amplio reborde del estanque y esparció un poco de alimento mientras los cisnes chapoteaban hacia ella para recogerlo, empujándose unos a otros y alargando sus largos cuellos hacia adelante como si fueran serpientes.

La muchacha regañó a las aves por su grosero comportamiento mientras éstas batían las alas y se lanzaban silbidos entre ellas; luego, les arrojó el resto de la comida y se lavó las manos en el mismo estanque. El agua resultaba tentadora, y consideró la posibilidad de quitarse la falda plisada y darse un baño, pero se contentó, en su lugar, con remojar sus pies y humedecerse las mejillas con las manos.

Cogió del estanque una mandarina que flotaba y empezó a pelarla, luego se llevó a la boca la primera de sus doradas porciones mientras cerraba los ojos al sentir cómo su jugo agridulce se esparcía por su lengua. Los días resultaban largos y muy parecidos, con muy pocos detalles que diferenciasen uno de otro. Pero hoy, al menos, existía la expectativa de la danza del toro y, al anochecer, el sacrificio.

Aquellas diversiones daban a su vida una momentánea emoción. Sin ellas, Charis sentía que la implacable monotonía de la vida en el palacio acabaría volviéndola loca. De vez en cuando imaginaba que le gustaría escapar, disfrazarse y viajar por las colinas, descubrir cómo vivían los sencillos vaqueros y sus familias; o quizá tomar un bote y recorrer las costas para visitar diminutos pueblecillos pesqueros, bañados por el sol, y aprender el ritmo del mar.

Por desgracia, emprender cualquiera de estos planes significaba entrar en acción, y lo único más palpable que el aburrimiento que soportaba era la inercia que se cerraba a su alrededor como un puño gigantesco. La total imposibilidad de cambiar su vida, excepto en los detalles más mínimos, la mantenía sumida en una total abulia.

Suspiró otra vez y regresó al corredor, deteniéndose un momento para coger un girasol de una mata cercana, al que empezó a arrancar los delicados pétalos amarillos con aire ausente. Los dejó caer uno a uno, como si se tratara de días transcurridos, y revolotearon desde su mano hasta el suelo.

Al entrar en el largo pasillo que conectaba el gran salón con los aposentos reales vio una figura alta y majestuosa que caminaba delante de ella.

—¡Annubi! —llamó mientras arrojaba al suelo los restos de la flor—. ¡Annubi, espera!

El hombre se volvió envarado y la miró, su rostro solemne mostraba una expresión preocupada.

Annubi era el adivino y consejero del rey, al igual que lo fuera del padre de Avallach, y del padre del padre de Avallach. Una íntima amistad lo unía a Charis desde que ésta podía recordarlo; a diferencia de todos los sirvientes de su padre, Annubi siempre había encontrado tiempo para satisfacer la curiosidad de la muchachita.

Muchas tardes calurosas y soporíferas, cuando el disco de Bel calentaba la tierra y todos los seres desaparecían en busca de un lugar fresco donde dormitar, la pequeña Charis había sacado a Annubi de su sofocante celda para que paseara con ella bajo las sombras azuladas del pórtico de columnas, y éste le contaba historias de reyes desaparecidos hacía mucho tiempo y la instruía en las complejidades del arte de la adivinación.

—Es una habilidad que resulta muy útil para una princesa —le aseguraba—, si se practica con discreción, claro está.

Pero la muchachita había crecido, y el afán de saber se había desvanecido o dormía en algún rincón oculto de su espíritu.

—¡Ah, Charis! —exclamó, desfrunciendo momentáneamente el entrecejo—. Eres tú.

—No tienes por qué ser tan brusco, Annubi —repuso ella, acercándose despacio—. No retrasaré tus recados tan importantes. Sólo quería preguntarte quién ha venido. —Le tomó de la mano en un gesto de familiaridad y ambos siguieron andando por la galería.

—¿Qué es lo que te ha sacado de tu letargo?

—El sarcasmo no es un atributo real.

La muchacha imitó su severa expresión. Normalmente, aquella actitud le divertía, pero hoy, sin embargo, Annubi la miró hosco por debajo de sus enormes cejas.

—¿Has utilizado la piedra de nuevo sin que yo estuviera allí?

Ella se echó a reír.

—No necesito ninguna piedra tonta para observar lo que tengo delante de los ojos. Vi los barcos internarse en el puerto. Y el palacio parece una tumba de tan silencioso.

Los labios de Annubi esbozaron una sonrisa.

—De modo que por fin has accedido al primer principio: la clarividencia no sustituye a un ojo perspicaz.

—¿Me estás insinuando que la adivinación no me hubiera descubierto más? —preguntó Charis.

—No, criatura. —El adivino sacudió la cabeza despacio—. Pero, ¿por qué preocuparte en aprender la segunda visión si no utilizas la primera?

—¡Pensaba que la *Lia Fail* lo veía todo!

Annubi se detuvo y se volvió hacia ella.

—No todo, Charis. Sólo una porción muy pequeña. —Alzó un dedo admonitorio—. Si esperas ser una buena adivina alguna vez, nunca esperes que la piedra te revele lo que debieras haber sabido por tus propios ojos. —Hizo una pausa y volvió a sacudir la cabeza—. ¿Por qué te cuento estas cosas? En realidad no te interesan.

—Sea como sea, no has contestado a mi pregunta.

—Los barcos son de tu tío. En cuanto a tu siguiente cuestión, por qué han venido, ¿no lo adivinas?

—¿Está Belyn aquí?

—No he dicho eso.

—Me parece que apenas dices nada.

—¡Piensa! ¿En qué año estamos?

—¿Qué año? —Charis parecía perpleja—. Es el Año del Buey.

—¿Qué año?

—Pues, el 8556 desde el principio del mundo.

—¡Bah! —El adivino hizo una mueca—. Déjame estar.

—¡Oh, Annubi! —Charis le tiró de la manga—. ¡Dímelo! No conozco la respuesta que tú esperas.

—Es el séptimo año...

—¡Año de consejo!

—Un año de consejo, sí, pero más exactamente, de un séptimo consejo.

El significado de sus palabras se le escapó a Charis de momento. Contempló a Annubi sin comprender.

—¡Oh, arrójate al mar y déjalo correr!

—El séptimo siete —entonces lo comprendió—. ¡El Gran Consejo! —exclamó.

—Sí, el Gran Consejo. Muy astuta, princesa —se burló.

—Pero, ¿por qué habría de venir mi tío a causa del Gran Consejo? —se inquirió la muchacha.

Annubi encogió sus delgados hombros.

—Supongo que algunos asuntos conviene estudiarlos en privado antes de hacerlos públicos. Belyn y Avallach están muy unidos, tanto como pueden estarlo dos reyes hermanos. Pero son reyes, y ¿quién puede conocer los motivos del corazón de un rey?

—¿Existen problemas entre nuestro pueblo y el de Belyn?

—Te he contado todo lo que sé.

—¡Oh! ¿Cuándo te desprendiste de algo que no fuera el más diminuto de los granos de tu enorme almacén?

El adivino sonrió con malicia.

—Un poco de incertidumbre mantiene a todo el mundo despierto.

Habían llegado a la entrada del gran salón. Dos ujieres de palacio montaban guardia ante las brillantes y enormes puertas de cedro. Al acercarse Annubi, uno de ellos se cuadró y tiró de un cordón trenzado; la puerta se abrió sin ruido. El adivino se volvió y dijo:

—Se acabó la charla sobre el arte de ser rey por hoy. Regresa a tus sueños, Charis.

Penetró en el gran salón; la puerta se cerró y la joven se quedó fuera preguntándose qué se urdiría allí dentro.

Contempló las puertas durante unos segundos, luego se alejó. «Annubi me trata como a una niña», murmuró para sí. «Todo el mundo lo hace. Nadie me toma en serio. Nadie me cuenta nunca nada. ¡Ah!, pero yo conozco una forma de averiguarlo.» Se volvió y contempló de nuevo las puertas cerradas, como un desafío a su ingenuidad. «¿Debería hacerlo?», se preguntó. Cuando alcanzó el final del corredor, ya tenía tomada su decisión.

Moviéndose a hurtadillas como una ágil sombra por el oscuro laberinto de habitaciones y pasillos de la parte inferior, Charis llegó por fin ante una estrecha puerta roja. La estancia se hallaba iluminada por una única lámpara que pendía de una cadena, junto a la puerta. Con movimientos expertos extrajo una vela de una cesta de mimbre, la encendió en la vacilante llama de la lámpara y se acercó a la mesa redonda que ocupaba el centro de la sala, sobre la cual, descansando sobre una base de oro cincelado, estaba Lia Fail, una piedra de oscuro y turbio cristal de un tamaño y apariencia aproximados a los de un huevo de avestruz. Charis colocó la vela en un soporte, tendió las manos en dirección a la forma ovalada y miró dentro de ella. Las venas de la piedra eran oscuras, como humo azul, y turbias, como las aguas cenagosas del río Koran; representaban, según las palabras de Annubi, el misterio de las posibilidades y la fértil densidad de las oportunidades.

Ordenó sus pensamientos tal y como se le había enseñado, cerró los ojos y recitó el conjuro para ver, una vez, y luego dos veces más. Poco a poco, sintió cómo la piedra se calentaba bajo sus manos. Al abrir los ojos, vio que las venas color humo se habían afinado, convirtiéndose en volutas transparentes que parecían retorcerse y danzar como la niebla marina al ser rozada por los primeros rayos del sol.

—Piedra vidente —la invocó—, busco saber lo que va a ser. Mi espíritu está

inquieto. Muéstrame algo... —Hizo una pausa para analizar la mejor manera de expresar su petición—. Sí, muéstrame algo sobre viajes.

Recordó la orden de Annubi de ser siempre discretamente imprecisa al dirigirse a la piedra profética. «El vidente se acerca a la piedra para recibir información, no para dar órdenes», había señalado Annubi a menudo. «Por lo tanto, en señal de respeto hacia los servidores del destino, uno debe proponer su solicitud de forma vaga, para no parecer presuntuoso. ¡Piensa! ¿Qué es la oportunidad sino posibilidad encarnada? ¿Rehuirías un ramo porque buscas una sola flor? Siempre conviene permitirle a la piedra que sea generosa.»

Las brumas que había en el interior del huevo de cristal se arremolinaban y tomaban confusas formas. Charis estudió las sombras, con la frente arrugada en un gesto de concentración, y enseguida definió aquellas siluetas: una procesión de caballos y hombres que recorría una larga avenida poblada de árboles; parecía un cortejo real, ya que lo encabezaban tres carros, cada uno tirado por troncos de dos parejas de corceles negros, portando una pluma negra sobre sus respectivas cabezas.

«¡Uf!», pensó Charis. «Un desfile aburrido. En absoluto semejante a lo que imaginaba mi mente. Debería haber preguntado por el consejo.»

Los vagos perfiles se disolvieron entonces y Charis pensó que la piedra se enturbiaría, pero, en su lugar, las formas se alteraron y percibió una carretera, y en ella, con sus robustas piernas golpeando con fuerza el suelo a cada paso, a un hombre que no se parecía en nada a ninguno que hubiera visto jamás: una figura de aspecto horroroso, con el cuerpo cubierto de pieles, su rostro áspero y barbudo quemado por el sol y su pelo mugriento y enmarañado. Este hombre terrible llevaba un largo bastón que balanceaba al andar y en cuya punta ardía un fuego amarillo.

La visión se desvaneció y la piedra se quedó fría una vez más. Charis recuperó su vela y la llevó hasta la entrada, donde la apagó de un soplo para dejarla de nuevo en la cesta. Luego tiró de la puerta esmaltada para abrirla, salió al pasillo y se escabulló a toda velocidad.

El rey Avallach saludó a su hermano sin ceremonias, mientras los senescales ofrecían jofainas de agua perfumada y paños de hilo para reparar la fatiga del viaje. Sirvió vino y ambos tomaron sus copas y pasearon por uno de los pequeños jardines adyacentes al salón, dejando que sus enviados intercambiaran cotilleos de las respectivas cortes.

—Se te esperaba hace dos días —dijo Avallach, sorbiendo su vino.

—Hubiera venido antes, pero quería estar seguro.

—¿Lo estás?

—Por supuesto.

Avallach frunció el entrecejo y miró a su hermano menor. Cada uno de ellos parecía el espejo del otro: ambos eran hombres morenos, de negra y larga cabellera y luenga barba, aceitada y rizada al estilo tradicional. Cuando sonreían revelaban unos dientes muy blancos, y sus ojos oscuros centelleaban perspicaces, mas, cuando se les provocaba, relucían coléricos.

—Entonces, ha empezado.

—Pero aún podemos detenerle —aseguró Belyn—. Si presentamos cargos contra él en el consejo, delante de todos los demás, el Supremo Monarca deberá adoptar medidas.

Avallach consideró aquello y repuso:

—Obligar al Supremo Monarca a precaverse contra uno de sus reyes podría provocar que el mundo se desintegrara a nuestro alrededor.

—O podría salvarlo.

—Muy bien. —Avallach se volvió con brusquedad y se encaminó de regreso al salón—. Oigamos lo que tus hombres tienen que decir.

Se reunieron con los demás en el salón. Avallach vio que Annubi había llegado y le hizo una señal para que se acercase. Cuando el adivino estuvo junto a él, el rey se dirigió a uno de los miembros de la delegación de Belyn.

—Mi hermano me ha comunicado que habéis traído pruebas con vosotros. Dejadme verlas.

El hombre miró al adivino y vaciló.

—Confiad en Annubi antes que en mí —aconsejó Avallach—. Si mi consejero no puede oír, entonces yo también estoy sordo. —Annubi hizo una inclinación, tocándose las puntas de los dedos de ambas manos mientras hacía el signo del sol con ellas—. Además —añadió Avallach—, aún no he podido encontrar la forma de mantener algo en secreto para este hombre.

—El nombre de Annubi es también muy respetado en el palacio de Belyn —repuso el otro, inclinando la cabeza ante el adivino—. No tenía intención de ofenderos.

—No me he sentido ofendido —respondió Annubi, ecuánime—. Por favor, continuad.

—Soy el encargado de los almacenes del rey Belyn. Hace cinco días aprehendí a dos ogygianos en los astilleros reales de Taphros —relató el hombre—. Los dos se habían hecho pasar por representantes de un consorcio comercial aziliano para conseguir entrar. Los astilleros no están custodiados, como vos sabéis, pero mi rey me ha ordenado que lo vigile todo con mucha atención. Comencé a sospechar cuando observé a esos dos supuestos compradores merodear cerca de la cabaña del carpintero mayor. Al parecer, esperaban una oportunidad para entrar.

—Sin duda —observó Avallach.

El encargado de los almacenes asintió.

—Cuando se les interrogó, fingieron no saber nada.

—Claro.

—Les pedí que me permitieran registrarles y empezaron a injuriarme. Así que llamé a seis de mis carpinteros y los retuvimos hasta que pudimos llamar a la guardia de palacio. —Terminada su exposición, el hombre dio un paso atrás y otro tomó su lugar.

—Éste es el capitán de mi guardia de palacio —indicó Belyn a guisa de presentación.

—Lo soy —afirmó el fornido soldado—. Fui al astillero con ocho de mis mejores hombres en cuanto recibí el aviso. Encontramos a los dos sospechosos, tal y como había dicho el encargado. Entre grandes protestas, fueron conducidos a palacio y registrados. En sus ropas encontramos documentos que delatan toda una incursión de espionaje. Opino que intentaban evaluar el poderío naval de Belyn y la forma de acceder a sus astilleros.

Los oscuros ojos de Avallach se endurecieron.

—Aún hay más. —Belyn hizo una señal a otro de sus hombres, quien abrió una bolsa que colgaba de su cinturón, sacó un envoltorio de pergamino y se lo pasó a

Avallach.

—Me parece —señaló el hombre— que querréis comprobar esta prueba por vos mismo.

Avallach tomó lo que le ofrecía y lo abrió; lo examinó rápidamente y luego se lo pasó a Annubi. El adivino echó una ojeada al documento y lo devolvió.

—Parece como si Néstor no estuviera dejando piedra sin remover —repuso Annubi.

—¡En efecto! ¡Contando barcos y graneros! ¿Está loco?

—Calibrar el poderío del enemigo antes de atacarlo es cosa de sabios —replicó el capitán de Belyn con sequedad.

—¡No está bien de la cabeza! —saltó Avallach—. Romper una paz que ha durado dos mil años...

Annubi levantó las manos y exclamó:

—Se han desatado nuevas fuerzas sobre el mundo: se olfatea guerra; los hombres-bestia emigran de una tierra a otra; el orden da paso al caos. Todo el universo se encuentra en fermentación. —Se detuvo abruptamente y se encogió de hombros para añadir—: Néstor es una criatura de su tiempo.

—Es un ser al que se debe detener. —Avallach apretó los labios—. Para conseguirlo necesitamos también el apoyo de los demás.

—Pensamos igual, hermano —observó Belyn—. Zarpo para Corania tan pronto como haya terminado aquí.

—No —dijo Avallach—. Yo me encargaré de ello. Si es verdad que los espías se han desplegado por todas partes, no se te debe ver navegando desde Kellios a Ys. Yo mismo hablaré con Seithenin.

—Mejor aún —replicó Belyn.

—Ahora —siguió Avallach, alzando la voz para que los demás le oyeran—, dejemos de lado este desagradable asunto. Hoy se celebra una danza del toro, sois mis invitados.

Los hombres se inclinaron y alzaron las manos formando el signo del sol. Avallach llamó con un gesto a un servidor, el cual apareció al momento.

—Estos hombres permanecerán con nosotros —le indicó Avallach—. Prepárales sus aposentos y encárgate de que dispongan de ropa para cambiarse y de cualquier otra cosa que deseen.

Los hombres siguieron al criado fuera de la habitación.

—¿Está Elaine contigo? —preguntó Avallach mientras los otros abandonaban el gran salón.

—Cuando se enteró de que venía, no quiso quedarse. Dormía cuando llegamos. Le dejé mensaje de que la recogería más tarde.

—Ve a buscarla. No le hagas esperar ni un momento más o se me culpará de tu desconsideración.

—No sería la primera vez —rió Belyn. La risa murió en sus labios y se quedó escuchando el eco del gran salón—. Qué sonido tan vacío...

—Tráela —le pidió Avallach—. Llenaremos el salón esta noche y se poblará de alegría.

Cuando Belyn se hubo marchado, Avallach se volvió hacia Annubi, que seguía allí como observador.

—Lo que durante tanto tiempo hemos temido ha sucedido: debemos prepararnos para luchar contra Néstor en el consejo, y debemos ganar. Si fracasamos,

esto sólo puede terminar en muerte.

—¡Desde luego! La muerte es la única consecuencia segura de una riña entre reyes —replicó Annubi.

La curiosidad de Charis no había quedado satisfecha, ni mucho menos, por lo que había percibido en la Lia Fail. Pero, puesto que había sido una mirada furtiva, no podía acudir a Annubi para preguntarle lo que significaban las imágenes. De todas formas, no se había visto en la procesión de viajeros, lo que confirmaba sus peores sospechas: cuando llegara el momento de viajar al Gran Consejo, a ella la dejarían atrás.

Aquello era intolerable. Al ser la única muchacha de entre los cinco hijos de Avallach, Charis se había visto obligada a menudo a recurrir a las sutilezas de la diplomacia en aquellas ocasiones en que cualquiera de sus hermanos hubiera confiado en la fuerza. Lo que necesitaba ahora era un aliado, alguien que ejerciera la autoridad que a ella le faltaba y que se mostrara acorde con sus deseos. Escogió a su madre.

La encontró de pie en el balcón de la biblioteca de la reina, con algo cuadrado en la mano. La reina se giró cuando entró su hija, sonrió y le tendió la mano.

—Ven aquí, quiero mostrarte algo.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven—. ¿Un ladrillo?

Briseis soltó una carcajada y le alargó el objeto.

—No es un ladrillo —explicó—. Es un libro.

Charis se acercó y lo examinó con atención, pues su apariencia no era la de un libro. Su forma plana y gruesa, en lugar de estar pulcramente arrollada en una ajustada vitela, parecía poco manejable y muy voluminosa.

—¿Estás segura? —preguntó la muchacha, echando una ojeada a la biblioteca, con sus innumerables rollos guardados en el laberinto de compartimientos de sus estanterías. La enorme habitación era de madera pulida y piedra; la luz se reflejaba en sus numerosas superficies brillantes. Se hallaba amueblada con grandes mesas de madera de mirto y sillones de alto respaldo, con almohadones de seda azul, distribuidos por toda la habitación. De la pared del fondo pendía un enorme tapiz que mostraba el Monte Atlas, su cima perdida entre el blanco plumón de las nubes. Volvió la mirada al extraño objeto que su madre sostenía frente a ella—. Parece más un ladrillo que otra cosa.

—Es una nueva clase de libro. Mira. —Su madre colocó el volumen en sus manos—. Ábrelo.

—¿Abrirlo?

—Deja que te enseñe. —Se inclinó y volvió la cubierta de piel para revelar un deslumbrante dibujo de una Atlántida verde y dorada flotando sobre un mar de lapislázuli. La luz del sol caía sobre la página y hacía resplandecer los colores.

—¡Es hermoso! —exclamó Charis y pasó los dedos por la página—. ¿Dónde lo conseguiste?

—Lo han traído los mercaderes del otro lado de Oceanus. Se dice que en las bibliotecas importantes de Oriente se ha empezado a confeccionarlos así. Ordené a los artesanos reales que pintaran el dibujo, pero el texto está en escritura oriental. Sólo existe otro semejante en los nueve reinos, y pertenece al Supremo Monarca.

Briseis cerró el libro y miró a su hija con cariño, levantando una mano para

acariciarle los cabellos.

—¿Pasa algo, madre? —preguntó Charis.

—Nada que deba preocuparte, querida mía —contestó ella, pero una sombra apareció en sus pupilas.

La princesa contempló a su madre con atención. Su figura era alta y delgada, de piel blanca y perfecta y el cabello dorado como la miel. Sus ojos claros tenían el color de los lagos de montaña e insinuaban gélidas profundidades. Aunque casi nunca llevaba el aro ciñendo su cabeza, no cabía duda sobre su porte real; la nobleza, fina y pura como la misma luz, emanaba de su presencia. Charis la consideraba la mujer más hermosa de todo el mundo, y no era la única que lo estimaba así.

—Has venido a buscarme —dijo Briseis—. ¿Qué querías?

—Ha llegado alguien —replicó la joven—. He visto entrar los barcos. Son de tío Belyn.

—¿Belyn aquí? Eso es una novedad. —Se dio la vuelta y observó el puerto. Charis se percató de que la sombra había regresado.

—Hummm —bufó la muchacha—. Eso es todo lo que conseguirás de mí. Ha habido una reunión secreta y Annubi mencionó algo sobre el Gran Consejo. No obstante, sé que no me permitirán asistir. —Se dejó caer en un sillón cercano—. ¡Oh, madre! Algunas veces me gustaría abandonar este palacio, ¡marcharme para siempre!

La reina miró a su hija con tristeza.

—Charis, mi niña inquieta, no desees tanto partir. Me temo que ya tendrás que despedirte de demasiadas cosas durante tu vida.

—Nunca he estado en un Gran Consejo. ¿No podríamos ir? ¡Por favor!

Briseis se animó.

—A lo mejor Elaine se encuentra aquí también.

Charis vislumbró la posibilidad de sacar ventaja de ello e insistió en su petición.

—¿No podríamos? Nunca voy a ningún sitio. Todos los demás: Kian, Maildun, Eoinn y...

—Chisss, no me he negado. Si Elaine y Belyn han venido, tengo que ocuparme de que se hallen bien atendidos.

Charis enarcó las cejas esperanzada.

—Entonces, ¿sí?

—Es tu padre quien decidirá. —El rostro de Charis se arrugó con repentina desilusión—. Pero —siguió su madre—, creo que se le puede convencer.

La muchacha se levantó de un salto.

—Convéncele, madre. Tú puedes, estoy segura.

—Haré lo que esté a mi alcance. Ahora, vayamos a ver si tus tíos nos quieren acompañar a la arena.

—¡Oh! Me siento como una vaca. Y tengo su mismo aspecto. Jamás me había mareado tanto durante una travesía. Hola, Briseis. Hola, Charis. Me alegro de veros a las dos. No sé por qué se me ocurrió insistir en venir, no he padecido más que sufrimientos desde que puse los pies en ese maldito barco. Vaya, hace calor aquí fuera, ¿o me lo parece a mí?

—Hola, tía Elaine. ¿Aún no has tenido el bebé? —Charis rió y tendió la mano mientras su tía descendía del carruaje.

—Niña horrible. ¿Estaría yo aquí jadeando como un animal si hubiera tenido el bebé? ¡Oh, y aún tardará semanas en nacer! —Elaine extendió las elegantes manos sobre su hinchado estómago. A pesar de sus quejas, tenía un aspecto rebosante de salud y parecía totalmente satisfecha de sí misma.

—Elaine, estás tan bonita como siempre —saludó Briseis, abrazándola—. Y realmente hace calor aquí, bajo el sol. Entra. He hecho preparar bebida fresca.

—¿Vendrás con nosotras a la danza del toro? —preguntó Charis.

Penetraron en el sombreado pórtico y recorrieron el pasillo de columnas que llevaba hasta el palacio, con las hojas de las palmeras agitándose a su paso.

—¿Cómo podría perdérmela? No existe nada que me agrade tanto. ¿Quién bailará?

—Un grupo de Poseidonis, del propio Gran Templo, los Crescent, creo. Guistan asegura que uno de ellos efectúa un doble.

—Basta, Charis —regañó su madre—. Elaine ha hecho un largo viaje y está cansada. Deja que repose un poco antes de que nos arrastres a todos a la plaza. —Se volvió hacia Elaine—. ¿Dices que el bebé no nacerá hasta dentro de varias semanas?

—¡Las estrellas, Briseis, las estrellas! Los magos pretenden que deben estar debidamente alineadas. «Majestad —siguió, adoptando un tono solemne y mojigato—, un día será rey y, por lo tanto, debe nacer bajo un signo favorable.» Idiotas.

—¿Estáis seguros de que el niño será un varón?

—Completamente. En mi familia, al menos, los magos no se han equivocado durante cinco generaciones. No hay duda de que será un chico.

—Belyn debe de estar muy satisfecho.

—Extático, y con razón, si consideramos que yo realizo todo el trabajo y él recibe la gloria.

—¿Habéis escogido un nombre? —inquirió Charis.

—He consultado a los magos, quienes han investigado en el Registro Real y me han informado de que, en una época remota, hubo un hombre en mi familia, llamado Peredur, que resultó un justo y prudente gobernante de gran renombre. Creo que el niño llevará este apelativo.

—Un nombre curioso —observó Charis—, pero me gusta.

Briseis dedicó una severa mirada a su hija, que ésta ignoró.

—Charis, ve a buscar a tus hermanos. Diles que se preparen. Saldremos para la plaza muy pronto y quiero llegar antes que la multitud. —La joven frunció el entrecejo y abrió la boca para protestar—. Vete. Quiero hablar a solas con Elaine un momento.

—Ya voy.

—Siéntate conmigo en el ruedo —le llegó la voz de Elaine mientras se alejaba—. Te guardaré un lugar junto a mí.

Las dos mujeres la contemplaron mientras salía a toda velocidad. Briseis suspiró.

—A veces creo que nunca conseguiré hacer de ella una dama. Es tan testaruda.

—¿Más que su padre?

Briseis sonrió y movió la cabeza.

—No, no más que Avallach.

2

Gwyddno Garanhir estaba de pie en la puerta de acceso a su *caer,* situado en la cumbre de la colina, y miraba al otro lado del Aberdyvi las aves marinas que giraban en círculos, lanzando agudos gritos en el cielo azul barrido por el viento, para luego lanzarse sobre el pescado atrapado en las marismas que dejaba el mar al retirarse. Los ojos del hombre escudriñaban el horizonte en busca de alguna señal de peligro: las velas cuadradas, color rojo sangre, de las naves piratas irlandesas.

Había habido una época, no demasiado tiempo atrás, en que la visión de barcos en la lejanía hacía enloquecer a todo el clan; sonaba la alarma y Gwyddno tomaba su lanza y su escudo de bronce y conducía a los hombres a la playa para esperar el ataque. Algunas veces se producía, y otras, al divisar aquella avanzadilla vociferante que no dejaba de brincar esperándolos en los bajíos, las naves seguían adelante, en busca de botines más fáciles de obtener.

Pero el horizonte relucía limpio y despejado; el pueblo estaba a salvo un día más. Aunque hacía ya años que los piratas del mar no se atrevían a atacar, Gwyddno no había olvidado las sangrientas batallas de su juventud y su vigilancia resultaba tan concienzuda como siempre.

Abajo, en la estrecha playa que la marea había dejado al descubierto, algunos de los miembros de su clan vadeaban en el lodo hundidos hasta la espinilla, en busca de mejillones azules y ostras, las cuales contenían aquellas raras y diminutas perlas que se guardaban para venderlas a puñados (tantas como cabían en un cuerno hueco) al igualmente extraño mercader que se atrevía a aventurarse tan al oeste y penetrar en las agrestes montañas de los *cymry.* Los observó mientras avanzaban con la espalda doblada, arrastrando sacos burdamente tejidos por entre el fango, y se afanaban con sus largas horcas de madera; entonces una idea acudió a su mente.

Más arriba de aquel mismo río, Gwyddno mantenía una encañizada para capturar salmones, la cual, cuando llegaba la temporada, proveía su mesa de pescado y le facilitaba una buena renta con el sobrante. «Quizá», pensó, «podría hacer que este año la encañizada sirviera para algo más que para pescar salmón.»

Últimamente, Gwyddno empezaba a sentir el peso de la edad y, como rey y señor de seis *cantrefs* de Gwynedd, había empezado a pensar en quién sería su heredero. Había tenido dos esposas, de las que sólo había conseguido un hijo: Elphin.

«Ojalá mis esposas fueran tan fértiles como mi encañizada», se había lamentado a menudo.

Este joven, Elphin, era considerado unánimemente por todo el clan como el más desafortunado que hubiera existido jamás. Nada en lo que él participase prosperaba, y ninguna acción que intentara alcanzaba el éxito. De un extremo a otro de Gwynedd corrían relatos sobre su sorprendente mala suerte.

En una ocasión había salido a caballo con cinco amigos por la mañana para cazar jabalíes en los pequeños valles que rodeaban Pencarreth. El grupo había regresado una hora después de la puesta del sol con tres caballos menos, dos

hombres malheridos, y un jabato como todo botín, y los cinco culparon de todo a Elphin, aunque ninguno parecía dispuesto a exponer con exactitud la manera como había provocado éste tantas desgracias. Pero todos estaban de acuerdo en que había sido por su causa.

—No es más que lo que nos merecemos por salir con él —aseguraron—. A partir de ahora, o se queda él o nos quedamos nosotros.

En otra ocasión viajó junto con su padre y algunos de los suyos a un poblado cercano para acudir al entierro de un venerado jefe de clan. Como hijo de lord Gwyddno, a Elphin se le concedió el honor de conducir el féretro, que iba tirado por caballos, hasta el cromlech donde se depositaría el cuerpo para su eterno descanso. El sendero hasta el lugar indicado pasaba a través de un bosquecillo de hayas y subía por una empinada colina.

Cuando la comitiva llegaba a la cima se oyó un estridente chillido y un gran revuelo de alas dio paso a una bandada de atemorizadas codornices que echaron a volar. Elphin sujetó con fuerza las riendas, pero, a pesar de ello, los caballos retrocedieron, el féretro se inclinó y el cuerpo inerte cayó al suelo, rodando colina abajo de la forma más alarmante e indecorosa. Muy poco le faltó a Elphin para reunirse con su anfitrión en el cromlech.

En otra ocasión, el joven estaba en el estuario, en un pequeño bote, pescando con la marea, cuando la cuerda que sujetaba su ancla se rompió y la embarcación fue arrastrada a alta mar. Toda su gente pensó que ya no le volverían a ver, pero regresó al día siguiente, cansado y hambriento pero indemne, tras haber perdido el bote y todo lo que contenía en unas rocas, muy lejos, costa arriba.

Las catástrofes, grandes y pequeñas, se cernían sobre Elphin con escrupulosa regularidad. Parecía haber nacido en un día aciago, por lo que vivía bajo una mala estrella, aunque nadie recordaba que se hubiera lanzado ningún maleficio sobre aquella fecha, puesto que Gwyddno era un jefe justo y respetado y no existía ninguna razón para que nadie quisiera maldecir a su descendencia.

Sea como fuere, las posibilidades de Elphin para suceder a su padre eran extremadamente limitadas. Nadie querría seguir a un hombre al que se sabía desafortunado, y su proclamación como rey significaría la destrucción segura del clan. De hecho, sus miembros habían empezado a discutir el problema entre ellos y a algunos de sus ancianos se les podía ver haciendo una señal con la mano para alejar a los espíritus malignos cada vez que Elphin les daba la espalda. A Gwyddno no se le ocultaba que pronto sería necesario encontrar una solución.

Este, que quería muchísimo a su hijo, estaba decidido a ayudarlo tanto como pudiera. Lo que necesitaba era una demostración definitiva de que la suerte de Elphin había cambiado, y allí era donde entraba en juego la encañizada para salmones.

Dentro de pocos días sería *Beltane,* el momento más propicio del año. En ese día se bendecirían los campos y los animales y se importunaría a la diosa Tierra para apaciguarla y asegurar así una abundante cosecha, y entonces la magia adquiriría gran fuerza. Si en esa fecha la encañizada acaparara una importante captura de salmón, sería un presagio de buena suerte para el año venidero. Y si Elphin era el hombre que cogía el pescado, nadie podría decir que era gafe.

Ya que Gwyddno tenía por costumbre donar cada año, en esta conmemoración, todas las capturas que hubiera en la encañizada del Dyvi a un miembro de su clan, decidió que esta vez aquel hombre sería Elphin. De esta forma, todos comprobarían

si la suerte de su hijo iba a mejorar o si éste se iría a la tumba tan desafortunado como había salido del vientre de su madre.

Gwyddno jugueteó con su torques y sonrió para sí mientras daba la espalda a los que trabajaban en el estuario. Resultaba una buena solución. Si Elphin conseguía una buena pesca, su suerte cambiaría; si no era así, su situación no empeoraría y las tribus podrían empezar a buscar entre los primos más jóvenes de Gwyddno, y también entre sus sobrinos, para encontrar un heredero.

El rey volvió sobre sus pasos por entre las apiñadas viviendas del *caer;* la mayoría constituían construcciones robustas de troncos y paja, aunque, aquí y allí, aún permanecían en pie algunas de las cabañas bajas y redondas de las primeras épocas. Casi trescientas almas, miembros de dos *fhains* emparentados que podían remontar su genealogía hasta un antepasado común, llamaban a Caer Dyvi su hogar y se refugiaban tras el foso que lo rodeaba y su sólida empalizada de madera.

Gwyddno atravesó el pueblo, saludando a su gente, deteniéndose de cuando en cuando para intercambiar una palabra o escuchar un comentario de alguno de ellos. Los conocía a todos muy bien, sabía de sus esperanzas y temores, de sus sueños para ellos mismos y para sus hijos, de sus corazones y sus mentes. Era un buen rey, muy querido por aquellos a los que gobernaba, incluidos los señores de los *cantrefs* distantes que le pagaban tributo como jefe supremo.

Varios cerdos de rojo pelaje que hurgaban con los hocicos en el suelo en busca de bellotas lanzaron agudos chillidos y se desperdigaron por los alrededores cuando se detuvo junto al roble del consejo, situado en el centro del *caer*. Una barra de hierro sujeta por una tira de cuero colgaba de una de las ramas inferiores, y Gwyddno tomó el mazo de hierro que descansaba a los pies del árbol y golpeó la barra varias veces. Al instante, los hombres del clan empezaron a congregarse en pequeños grupos alrededor del roble en respuesta a su llamada.

Cuando la mayoría de los miembros más ancianos de la tribu estuvieron presentes, anunció en voz alta:

—He reunido al consejo para informar de a quién he elegido para que recoja la pesca de mi encañizada de salmón dentro de dos días. —La noticia fue recibida con murmullos de aprobación—. Escojo a Elphin.

El rumor cesó. Aquella decisión era totalmente inesperada. Los hombres se miraron unos a otros y varios hicieron el signo para alejar al demonio detrás de sus espaldas.

—Sé lo que estáis pensando —continuó Gwyddno—. Creéis que Elphin no es un hombre afortunado...

—¡Está maldito! —exclamó entre dientes uno de los presentes, y se extendió un asentimiento general.

—¡Silencio! —gritó otro—. Dejad que hable nuestro jefe.

—La encañizada de salmón servirá como prueba para Elphin. Si trae una abundante captura, el maleficio estará roto.

—¿Y si no? —inquirió uno de los miembros del clan.

—Si fracasa, podéis empezar a buscar un heredero. No seguiré siendo rey después de *Samhain.* Es hora de encontrar un nuevo jefe.

Esta última y más trascendental noticia fue recibida en medio de un respetuoso silencio. La suerte de Elphin era una preocupación muy distinta a la de escoger un rey.

—Regresad a vuestro trabajo. Eso es todo lo que tengo que comunicaros —

finalizó Gwyddno, y pensó: «Ya está hecho. Dejemos que lo piensen».

Mientras la tribu se dispersaba, Hafgan, el bardo del clan, se adelantó envuelto en su larga túnica azul, a pesar de que era un soleado día de primavera.

—¿Tienes frío, Hafgan? —preguntó Gwyddno.

El druida hizo una mueca y dirigió una mirada al sol, que estaba en el cénit.

—Siento el frío de la nieve que vendrá.

—¿Nieve? ¿Ahora? —El jefe levantó la cabeza en dirección a las altas nubes que flotaban sobre el cielo bañado por el sol—. Pero si es casi *Beltane,* las nieves del invierno ya han pasado.

Hafgan gruñó y se arrebujó aún más en su túnica.

—No voy a discutir sobre el tiempo. No me consultaste sobre este asunto de la encañizada. ¿Por qué?

Gwyddno desvió la mirada. No le gustaba confiar demasiadas cosas a un druida, quien no peleaba, ni se casaba, ni se dedicaba a nada propio de las personas normales.

—Tu respuesta tarda en llegar —observó—. Las mentiras a menudo se pegan a la garganta.

—No te mentiré, Hafgan. No te consulté porque no lo consideré prudente.

—¿Cómo es eso?

—Elphin es mi único hijo. Uno debe beneficiar todo lo que pueda a los hijos legítimos. Así que decidí que él se llevaría la pesca que hubiera en la encañizada este año. No quise que pusieras objeciones a mi plan.

—¿Creíste que interferiría?

Gwyddno bajó los ojos al suelo.

—Ese fue tu error, Gwyddno Garanhir. Tu plan demuestra sabiduría, pero el clima irá en contra tuya. Te lo podría haber anunciado.

El jefe del clan levantó la cabeza bruscamente.

—¡La nieve!

El bardo asintió.

—Se acerca una tormenta. Viento y nieve procedentes del mar. Los salmones se retrasarán y la encañizada estará vacía.

Gwyddno meneó la cabeza tristemente.

—No se lo digas a Elphin. Puede que todavía haya algo para él.

El druida resopló e hizo ademán de alejarse.

—La Gran Madre es siempre generosa —concluyó.

—Haré una ofrenda inmediatamente. Quizás ayudará.

—No creas que podrás desviar la tormenta —replicó Hafgan por encima del hombro.

Gwyddno se alejó a toda prisa en dirección a su casa de múltiples habitaciones, como correspondía a su rango.

—Si la diosa no quiere cambiar su mala suerte, a lo mejor querrá mitigarla un poco.

La mañana de la víspera de *Beltane* oscuras nubes ensombrecieron el cielo y heladas ráfagas de viento azotaron la tierra, trayendo granizo y nieve del otro lado del mar. No obstante, en la casa de su padre, Elphin se levantó temprano, se puso varias pieles para protegerse del frío y salió a reunirse con los vigilantes de la

encañizada, dos parientes de su padre que tenían a su cargo la trampa para salmones.

Los dos hombres murmuraron entre dientes e hicieron la señal para mantener alejados los malos espíritus mientras colocaban pieles extra sobre los caballos, montaron y cabalgaron río arriba. El joven hizo caso omiso del grosero comportamiento de sus compañeros y se dedicó a mordisquear un pedazo de pan negro mientras cabalgaba, envuelto en su capa de caza, con el pensamiento fijo en lo que podría depararle el día.

Elphin era un muchacho robusto, con un rostro ancho y bondadoso y ojos castaños de mirada dulce; sus cabellos lucían un marrón pardusco, al igual que el lacio bigote. Le gustaba comer y, aún más, beber, y cantaba muy a menudo. Si sus manos no se hallaban nunca excesivamente ocupadas, tampoco estaban jamás demasiado llenas como para no poder ayudar a otro. En general, su forma de ser era tan abierta y cándida como su aspecto.

Al contrario que a aquellos que le rodeaban, a Elphin no parecía importarle su mala suerte, y parecía incluso como si no se percatara de ella. No comprendía por qué la gente le daba tanta importancia. Al fin y al cabo, no se ganaba nada preocupándose por ello, ya que todo lo que tenía que ver con el destino estaba en manos de los dioses, quienes daban o negaban según les parecía. De su experiencia concluía que las cosas acostumbraban a salir como debían y nada que uno hiciera o dejara de hacer causaba el menor efecto.

Cierto que el tiempo podría haber sido mejor. Nieve blanda y viento no constituían las mejores condiciones climáticas para conseguir una fortuna en salmón en el río. Pero, ¿y qué? ¿Podía él encerrar la nieve en el cielo o hacer que el viento dejara de soplar?

El sendero desde el *caer* serpenteaba a lo largo de las transparentes aguas del Dyvi, ahora grises y frías, que reflejaban un cielo negruzco como el hierro. Los copos se aferraban a los árboles, doblando sus ramas llenas de hojas recién nacidas. Las ráfagas de aire laceraban la carne que quedaba al descubierto, y los hombres encorvaban sus espaldas para protegerse del frío; sus caballos, perdido ya en parte el pelo del invierno, inclinaban las cabezas y avanzaban despacio.

Llegaron a la encañizada a media mañana y, aunque las nubes seguían tan espesas y sombrías como antes y la nieve caía sin parar, el viento había amainado. Los vigilantes que le acompañaban desmontaron y se quedaron mirando las estacas que sujetaban las redes al otro lado de los bajíos. Los soportes estaban coronados de nieve e, incluso, las mismas redes mostraban un rastro blanco allí donde sobresalían de las oscuras aguas. En la otra orilla, una hilera de alerces semejaba un grupo de druidas cubiertos de mantos blancos que se hubieran reunido allí para observar el espectáculo.

—Ahí está la encañizada —señaló uno de los vigilantes, un muchacho, llamado Cuall, cuyo cuello parecía el de un toro—. Adelante.

Elphin asintió. Se encogió de hombros conciliador y empezó a quitarse las ropas. Desnudo, se abrió paso hasta el agua, moviéndose con cuidado sobre las húmedas rocas. Penetró en el río abrazándose a sí mismo para dejar de temblar, y lo vadeó en dirección a la primera red.

Ésta salía con dificultad de las oscuras aguas y Elphin tiró con ahínco, pero estaba vacía.

Miró hacia la orilla, donde permanecían, inmóviles, los hombres de su clan, con

expresión malhumorada en los rostros. Volvió a encogerse de hombros y se dirigió despacio a la siguiente estaca, sintiendo un hormigueo por todo el cuerpo a causa del frío. La siguiente red tampoco había capturado nada, al igual que la que extrajo después y, salvo por una rama enganchada, la que descubrió a continuación.

—Un día aciago —refunfuñó Cuall.

La voz llegó hasta el otro lado del río. Elphin lo oyó pero fingió lo contrario y continuó con su tarea.

—No hay razón para que nos congelemos —replicó Ermid, el segundo vigilante—. Encendamos un fuego.

Los dos se pusieron a recoger leña seca para hacer una hoguera y cuando Elphin volvió la cabeza divisó un alegre fuego en un claro de la orilla. Abandonó su posición para reunirse con los otros, que estaban en cuclillas alrededor de las llamas.

El joven se arrodilló junto al fuego y lanzó un suspiro de satisfacción cuando el calor empezó a descongelar sus helados miembros.

—¿Ya te has cansado del salmón? —preguntó Cuall, mientras Ermid lanzaba una carcajada.

Elphin estiró las manos hacia el fuego y murmuró con dientes que le castañeteaban:

—Y... yo dir...ría que el salmón sssse ha ca... cansado de mí.

Esta respuesta enojó a Cuall. Se puso en pie de un salto y agitó el puño frente al rostro de Elphin.

—¡Toda tu mala suerte anterior era una minucia comparada con esto! ¡Has destruido las virtudes de la encañizada!

Elphin sintió que le invadía la cólera al oír aquella acusación, pero respondió con calma.

—Aún no he terminado lo que he venido a hacer.

—¿Para qué? —vociferó Cuall—. ¡Cualquiera se daría cuenta de que te vas a molestar por nada!

El joven desafió una vez más las congeladas aguas y se abrió paso por entre las estacas y las redes, moviéndose muy despacio por el río. Cuall lo observó durante un rato y luego dijo a Ermid:

—Vamos, ya hemos visto bastante. Regresemos.

Juntaron nieve con las manos y la tiraron sobre el fuego hasta que éste chisporroteó y se apagó, luego volvieron a subir a sus monturas. Sin embargo, acababan de hacer que sus caballos dieran la vuelta, cuando oyeron gritar a Elphin. Cuall siguió adelante, pero Ermid se detuvo y echó una mirada. Advirtió que Elphin avanzaba a grandes zancadas con el agua hasta la cintura en dirección a la orilla, arrastrando un bulto negro detrás de él.

—¡Cuall, espera! —gritó Ermid— ¡Elphin ha atrapado algo!

Cuall refrenó su caballo y echó un vistazo por encima del hombro.

—No es nada —resopló—. Una res ahogada.

Elphin volvió a gritar y Ermid desmontó. Cuall los observó impaciente, lanzó un juramento en voz baja y luego espoleó su montura para desandar el camino. Llegó justo a tiempo de ver cómo Elphin y Ermid sacaban una enorme bolsa de piel del agua.

—Mira lo que ha encontrado Elphin —dijo Ermid.

Cuall no pareció impresionado.

—Un pellejo empapado que no sirve ni para escupir en él.

Ermid sacó su cuchillo y empezó a atacar la bolsa.

—¡Con cuidado! —advirtió Elphin—. Estropearás mi fortuna.

—¡Tu fortuna! —rezongó Cuall, descendiendo del caballo—. Desde luego, tu fortuna, sin duda. Cada año, hasta éste, la encañizada nos ha dado pescado por un valor de cien monedas de plata, y todo lo que tú has conseguido es una bolsa que alguien ha tirado.

—¿Quién sabe? Puede haber algo que valga cien monedas de plata en su interior —repuso Elphin, mientras tomaba el cuchillo y empezaba a rasgar el pellejo. Entre Ermid y él abrieron la bolsa y sacaron un bulto envuelto en gruesa piel de foca gris y atado con tiras de cuero. Las correas y la piel estaban secas.

—¡Mira! —exclamó Ermid—, el agua no ha penetrado en el interior.

Elphin depositó el envoltorio sobre el suelo y, con manos temblorosas, a causa tanto del nerviosismo como del frío, empezó a deshacer los nudos con cuidado. Cuando la última atadura quedó libre, levantó la mano para desenvolver el paquete, pero vaciló.

—¿A qué estás esperando? —gruñó Cuall—. Muéstranos tu fortuna para que se lo podamos contar al clan.

—Sigue —apremió Ermid, y extendió el brazo para apartar la envoltura de piel.

Elphin le sujetó la mano.

—¿Por qué tan ansioso por compartir esta mala suerte, primo? —preguntó—. Permíteme.

Dicho esto, el joven agarró una esquina de la piel de foca y la retiró. Sobre el suelo, ante ellos, apareció el cuerpo de un niño.

—Este ser escuálido está muerto —observó Cuall, incorporándose.

El niño permanecía inmóvil, con la blanca piel cadavérica a causa del frío y los diminutos labios y dedos azulados. Elphin contempló a la criatura, un hombrecito exquisitamente formado, con asombro. Un cabello fino, como la tela de una araña, del color del oro, cubría ligeramente una amplia frente. Los ojos cerrados poseían un perfil de medias lunas perfectas, y los oídos, de delicadas conchas. No existía ningún defecto, ninguna imperfección en todo aquel cuerpecillo.

—Un niño muy hermoso —susurró Elphin.

—¿Quién arrojaría a una criatura como ésa al río? —se preguntó Ermid—. A mí me parece que está perfectamente sano.

Cuall, que sujetaba los caballos, dijo despectivo:

—El niño está embrujado, seguro. Sobre él pesa una maldición. Volvedlo a arrojar al agua y acabemos con esto.

—¿Tirar mi fortuna? —se mofó Elphin—. Jamás.

—El bebé está muerto —dijo Ermid con suavidad—. Arrójalo de nuevo, no sea que la maldición pase a ti por haberlo encontrado.

—¿Qué importa? Puesto que gozamos del mismo atributo, no me preocupa. —Elphin tomó a la criatura junto con las pieles y la apretó contra su pecho desnudo.

—Haz lo que quieras —gruñó Cuall y saltó sobre su silla de montar—. ¿Vienes, Ermid?

Este se incorporó y fue a su caballo a buscar una piel que colocó sobre los hombros de Elphin, luego montó él también.

Elphin continuó sujetando al niño y sintió cómo su cuerpecillo se volvía tibio al contacto con su piel. La nieve caía en remolinos por entre las ramas de los árboles, depositando un manto de silencio sobre el bosque circundante, el cual fue roto por

un pequeño grito ahogado.

Elphin apartó un poco el bulto que sostenía contra su cuerpo y contempló maravillado cómo el niño que abrazaba lanzaba un trémulo y profundo suspiro y volvía a gritar, al tiempo que extendía sus manitas. La voz de la criatura pareció llenar el mundo con su sonido.

—¡Por la Diosa Madre! —exclamó Ermid—. ¡Está vivo!

Cuall se limitó a abrir los ojos de par en par, mientras sus dedos hacían de forma instintiva el signo contra los malos espíritus.

—Tomad —dijo Elphin poniéndose en pie y tendiéndoles el niño—. Sostenedlo mientras me visto. ¡Debemos llevarle al *caer* enseguida!

Ermid permanecía petrificado en su silla.

—¡Rápido! —ordenó Elphin—. Quiero llevarle vivo, para que todos puedan ver lo que me ha deparado la fortuna. —Al oír estas palabras, Ermid desmontó y tomó a la criatura con cautela entre sus brazos.

Elphin se puso los pantalones rápidamente, se ciñó la túnica sobre ellos, introdujo los pies en las botas y, por fin, se sujetó la capa. Una vez preparado, tomó las riendas de su caballo, saltó sobre la silla y, tras echarse varias pieles por encima, tendió los brazos para acoger de nuevo al pequeño ser, que había dejado de llorar y se acurrucaba ahora, profundamente dormido, en su lecho de piel. Ermid lo alzó hasta él y volvió a montar veloz. Entonces, los tres regresaron al sendero que conducía al *caer.* Elphin mantuvo todo el tiempo su caballo al paso para no despertar a la dormida criatura.

Cuando llegaron al poblado, la nevada había cesado y las nubes se habían diluido tanto que podía vislumbrarse el sol, como si de un fantasmal disco blanco se tratara, flotando detrás de una brumosa cortina gris. Unos miembros del clan los vieron y corrieron a avisar a los otros para comprobar qué tal fortuna había tenido Elphin en la encañizada. Al no haber sacos de salmón colgando de los arzones de sus sillas de montar, la mayoría de los que siguieron a los caballos hasta la casa de Gwyddno dieron por sentado que la mala suerte del joven continuaba, lo que representaba su fracaso.

No obstante, el bulto de piel de foca que Elphin sostenía entre sus brazos les intrigaba.

—¿Qué llevas ahí, Elphin? —le gritaron, mientras cabalgaba entre las rechonchas casas del *caer.*

—Muy pronto lo veréis —contestó y siguió su camino.

—No veo nada de salmón —se cuchicheaban unos a otros—. Su mala suerte ha vuelto a aparecer.

Elphin oyó sus murmullos pero los ignoró. Atravesó la empalizada interior de postes de madera y llegó a la casa de su padre. Gwyddno y Medhir, la madre de Elphin, salieron para ver acercarse a su hijo. Los dos vigilantes de la encañizada desmontaron y se quedaron algo apartados, sumisos. Hafgan, el druida, se apoyó en su bastón, la cabeza torcida hacia un lado, mirando de soslayo, como si intentara descubrir alguna pequeña traición en el aspecto de Elphin.

—Bien, Elphin, ¿cómo te ha ido? —preguntó Gwyddno y miró con tristeza los caballos y los sacos vacíos que colgaban detrás de las sillas—. ¿Estuvo en contra tuya el espíritu de la encañizada, hijo?

—Acércate y observa mi pesca. —Elphin habló en voz alta para que todos los reunidos pudieran oírle.

Extendió los brazos y mostró el bulto. Gwyddno fue a cogerlo, pero Elphin no se lo entregó; en su lugar, levantó el borde de la piel y la apartó para que todos pudieran ver lo que ocultaba. Al hacerlo el sol atravesó una delgada capa nubosa, y una brillante luz blanca cayó sobre él, iluminando al niño que sostenía en sus brazos.

—¡Mirad! ¡Taliesin, el de la faz resplandeciente! —gritó Hafgan, ya que el rostro del niño despedía una luz brillante al caer sobre él los rayos del sol.

Medhir se precipitó entonces hacia adelante para tomar al bebé; Elphin se lo dejó con cuidado y desmontó.

—Sí, he traído un niño de la encañizada —anunció—. Llamémosle Taliesin.

La gente guardó silencio. En un principio simplemente se quedaron mirando con asombro a la criatura del rostro resplandeciente. Luego alguien de entre los presentes murmuró entre dientes:

—¡Ay, ay! ¿Quién ha oído jamás algo parecido? Seguro que esto es de mal agüero para el clan.

Todos oyeron el comentario y pronto, al unísono, criticaron lo que Elphin había pescado y empezaron a realizar el signo contra los malos espíritus con la mano en la espalda. Elphin oyó sus murmuraciones y les espetó enojado:

—¡No importa lo que haga! ¡Tanto si hubiera traído tres salmones como trescientos, hubierais encontrado algo para quejaros y hubierais dicho que estaba maldito! —Tomó al niño de los brazos de su madre y lo mantuvo en alto—. ¡Cuando lleguen días aciagos, este niño me será más útil que trescientos salmones!

El niño se despertó entonces y empezó a chillar, hambriento, y Elphin lo contempló desconcertado. Medhir se acercó y lo tomó, acunándolo contra su pecho.

—Cualquiera puede ver que este niño no es ningún espíritu acuático —indicó—. Llora con la misma fuerza que cualquier otro bebé que necesitara la leche de su madre.

Elphin se volvió, entristecido. No tenía esposa y lo más seguro era que ninguna mujer del clan quisiera criar al niño; sin una madre, Taliesin moriría. «Lo que dicen es verdad», pensó, «no tengo suerte.» Recordó todas las veces que había ignorado los comentarios de sus parientes sobre él, fingiendo que no le importaba, e inclinó la cabeza.

—Elphin, cesa en tus lamentaciones —dijo una voz a su espalda. Se volvió y vio a Hafgan que lo contemplaba—. Nunca nos ha traído tan buena suerte la encañizada de Gwyddno como en este día. —El druida se colocó ante el niño y elevó su bastón de madera de roble bien alto en el aire—. Aunque eres pequeño, Taliesin, e indefenso en tu barquilla de cuero, existe virtud en tu lengua. Serás bardo y crearás con palabras; tu nombre será célebre como ninguno lo ha sido desde el principio del mundo.

Las gentes se miraron unas a otras sorprendidas. Hafgan se volvió. Bajó el bastón y golpeó tres veces en el suelo, luego extendió la mano y señaló a los reunidos.

—Ya habéis oído mis palabras, ahora guardadlas en vuestros corazones y recordadlas. De ahora en adelante, que nadie diga que Elphin es un ser desgraciado, porque se convertirá en el hombre más afortunado del mundo.

Medhir se llevó al niño al interior de la casa de Gwyddno y preparó un poco de leche de cabra, calentándola en un cuenco de barro, y luego se la dio a beber mediante el procedimiento de mojar la punta de un paño suave en la leche e introducirla en su boca para que la chupase. Gwyddno y Elphin la observaron con

atención hasta que el pequeño Taliesin, una vez satisfecho, se quedó dormido de nuevo, ignorante de la atención que suscitaba. Medhir lo envolvió entonces en la piel de foca gris y lo colocó sobre un lecho de paja limpia.

—Ahora dormirá —anunció—, pero la leche de cabra no es suficiente para él. Es la leche de su madre lo que necesitará, y muy pronto.

Elphin abrió las manos impotente.

—Si conociera a la mujer, la traería aquí al instante.

Gwyddno se pasó la mano por la barbilla.

—Madre o nodriza, no creo que eso le importe mucho al niño.

Medhir se animó ante la idea.

—Tengo una parienta en Diganhwy, Eithne; el bebé me ha trastornado o de lo contrario lo hubiera recordado antes. Es en su hija en quien estoy pensando, cuyo propio hijo nació muerto hace dos semanas. Podríamos hacerla venir para que amamantara a la criatura.

—¿Qué dirá su esposo? —inquirió Elphin.

—No tiene. Es decir, es la esposa alquilada de un hombre llamado Nuin, para concebir un heredero. No se casaron jamás y, como el niño nació muerto, ahí finalizó su relación. No obstante, Nuin pagó a su madre, tal como había prometido, para que no hubiera disputas entre ellos.

—Haré que vayan a buscar a la chica —declaró Gwyddno—. A lo mejor aceptará venir.

—Déjame ir a mí —replicó Elphin, mirando al bebé dormido—. Saldré al momento.

—Se llama Rhonwyn —le informó Medhir—. Salúdala en mi nombre cuando la veas y dale recuerdos a su madre de mi parte.

—Y —agregó su padre— dile que Gwyddno Garanhir le dará dos cabezas de ganado y cuatro cerdos si acepta criar al niño.

Elphin abandonó la casa de su padre, ensilló una yegua de pelo rojizo para Rhonwyn y, tomando las riendas de su caballo, montó de nuevo y se dirigió hacia el norte, en dirección a Diganhwy, llevándose con él a la yegua.

3

Kellios resplandecía bajo el disco de Bel, que brillaba como el fuego mientras cabalgaba por el sereno cielo azul arrastrando jirones de nubes que semejaban serpentinas de gasa. Las calles habían sido barridas a conciencia y regadas el día anterior, y ahora se hallaban llenas de gente procedente de todo Sarras para ver el espectáculo y disfrutar de las fiestas.

La hilera de carrozas reales emergió de la Puerta del Rey, situada en la pared norte del palacio de Avallach, y penetró en la Vía Procesional, con el reluciente carro del rey al frente, tirado por cuatro sementales y conducido por el propio monarca. Charis observaba con atención, dirigiendo su mirada desde la carroza de la reina a la multitud que atestaba las calles y se asomaba a las ventanas superiores, mientras lanzaba sonoros vítores a medida que la procesión iba recorriendo la avenida despacio. La princesa saludaba con la mano aquí y allá y aceptaba las ofrendas de flores que les arrojaban al interior del carruaje; sus dos hermanos más jóvenes se dedicaban a coger los ramos en el aire y volverlos a arrojar a la muchedumbre apiñada en las aceras, convirtiendo aquel gesto en un juego durante el desfile.

Por fin los carruajes llegaron a la arena.

—¡El mejor asiento es mío! —anunció Guistan y saltó de la carroza tan pronto como ésta se detuvo, bamboleante, junto a la puerta principal.

—¡Espera un momento! —le llamó Briseis—. No causará buena impresión si nos abrimos paso por entre la muchedumbre. Ya tenemos nuestros puestos reservados en el palco real. Los ujieres nos acompañarán.

—Yo quiero sentarme delante —se lamentó Eoinn.

—Quizá lo hagamos —replicó Briseis—. En cualquier caso, os conduciréis como personas civilizadas. ¡Guistan! ¿Me oyes? Y no se provocarán peleas por los asientos. ¿Comprendéis? —Recibió promesas masculladas entre dientes y todos descendieron del carruaje.

A Charis no le importaba dónde debían situarse, mientras fuera en el interior de la plaza. Muchos, en realidad la mayoría, tendrían que quedarse aquel día en el exterior. Las danzas de toros, muy poco frecuentes en Sarras, eran siempre muy concurridas por un público entusiasta.

Ujieres vestidos de azul les abrieron paso por entre el grupo de personas que se apiñaba ante las puertas de la plaza. Briseis se detuvo.

—Creo que deberíamos esperar a Belyn y Elaine.

—Perderemos nuestros lugares —se lamentó Eoinn.

—Cállate —repuso Charis—. Considérate afortunado de poder asistir. Hace mucho tiempo no había lugar para nadie, sólo el rey asistía a las ceremonias.

—¿Quién te ha contado eso?

—Annubi —respondió Charis—. Pregúntale a madre si no me crees.

—¿Es eso verdad? —Eoinn estaba asombrado.

—¿Sólo el rey? —preguntó Guistan.

—Sí y quizás algunos magos —reconoció Briseis.

—¿Qué pasaba con las carreras? —quiso saber Eoinn.

—No se celebraban —le informó la reina—. Tampoco los cuadros vivientes.

—¿Qué hacían? —interrogó Guistan.

—Llevaban a cabo los ritos sagrados de purificación, elevaban sacrificios a Bel, y comían platos especialmente preparados.

—Comían carne de caballo —añadió Charis, dándose importancia.

—¡No lo hacían! —se quejó Eoinn, encontrando aquel hecho difícil de aceptar.

—¡Lo hacían! —insistió Charis—. Annubi me lo dijo.

—De eso hace mucho tiempo —interrumpió Briseis—. La gente tenía entonces creencias diferentes.

Charis se preguntó en qué creían tiempo atrás y por qué ahora había cambiado.

—¿Por qué ha variado? —inquirió.

—Son cosas que pasan —respondió su madre—. Pequeñas modificaciones, como pequeños pasos a lo largo de todo el camino, te llevan a un lugar distinto. Un buen día te despiertas y ya no es igual.

En aquel momento llegó el carruaje de Belyn y Elaine y, una vez se hubieron reunido con los otros, todos se internaron en la fresca penumbra de la entrada, en la que resonaban las voces distantes de aquellos que ya llenaban la arena. Poco después parpadeaban de nuevo bajo la brillante luz del sol, los apagados vítores convertidos ahora en un clamor sonoro. Entraron en el palco real, una larga galería de madera llena de sillas y de hileras de bancos acolchados y cubierta por un ondulante dosel azul soportado por unas barras de bronce bruñido.

Los ujieres los condujeron hasta un sillón de alto respaldo con un largo banco al lado que, para deleite de los príncipes, estaban a tan sólo una fila del frente. Unos pocos hombres de Belyn, y otros a los que Avallach había invitado, estaban ya sentados allí. Belyn se disculpó y fue a ocupar un sitio junto a uno de sus mensajeros.

Tras una severa advertencia a los príncipes para que no mancharan el honor de la familia, Briseis les permitió que se acomodaran donde les pareciera mejor, mientras ella y Charis se reunían con Elaine. Las dos mujeres se pusieron a conversar rápidamente y la joven, compartiendo por completo la excitación del público, concentró su atención en lo que sucedía a su alrededor.

La arena configuraba un enorme óvalo de blancas gradas de piedra sobre las que se habían sujetado plataformas de madera y bancos, la mayoría de los cuales se hallaban al descubierto, aunque muchos espectadores previsores habían levantado sombrillas de varios tipos para resguardarse de la fuerza del sol del mediodía. Estos toldos daban a las empinadas graderías del estadio un aspecto de mosaico multicolor, animado y ruidoso con toda aquella multitud apiñada bajo ellos, hablando a voz en grito.

Resonaban trompas y retumbaban tambores mientras los músicos se paseaban arriba y abajo de los anchos pasillos. Al otro lado de la arena de la plaza, cuidadosamente rastrillada, una sección situada justo en frente del palco real prorrumpió de repente en aplausos ante un trío de acróbatas que efectuaban sus equilibrios; algunos malabaristas entretenían a la muchedumbre a cambio de las monedas que les arrojaban y, por encima de toda aquella conmoción, los vendedores gritaban sus bien ejercitadas voces haciéndose oír a través del bullicio al tiempo que mostraban sus mercancías: cintas y pequeños toros esculpidos en madera de olivo.

También se percibían una gran variedad de olores: un aroma acre, intenso y grasicnto, de la comida cocinada con aceite de oliva muy espeso, el penetrante

efluvio animal que subía desde los establos situados debajo del estadio y el ligero perfume de la brisa salada calentada por el sol que llegaba desde el mar.

En aquellos momentos, Chans se sentía exultante simplemente ante lo esplendoroso del día.

Desde la grada superior, situada encima del palco real, los trompeteros lanzaron un trémulo toque que pareció rasgar el aire como una andanada de flechas de plata, sonando y resonando por todo el estado. Tras esta señal, apareció una enorme escalera engalanada de flores debajo del palco principal; en el otro extremo de la arena se abrió una puerta y un carro tirado por cuatro caballos blancos salió mientras los músicos lanzaban al aire un último toque.

—¡Mirad! —exclamó Charis—. ¡Ahí está padre!

El carro dio una vuelta a la plaza y se detuvo al pie de la escalera. El rey Avallach le entregó las riendas a su cochero, Kian, saltó al suelo con ligereza, y subió los peldaños para ocupar su lugar en el palco real.

Los heraldos hicieron sonar las trompetas una vez más, y Avallach se levantó para hablar, alzando las manos para pedir silencio.

—¡Pueblo mío! —gritó, y su voz consiguió acallar todos los rumores—. Nos hemos reunido para renovar el vínculo entre el rey y el reino. Hoy formáis parte de este antiguo y sagrado rito. —Se detuvo para contemplar a las impacientes masas—. *¡Que empiece la ceremonia!*

Las trompas resonaron y las puertas de la arena se abrieron. Plataformas enormes, arrastradas por bueyes enjaezados con arreos dorados, rodaron pesadamente bajo la brillante luz, cada una como un móvil cuadro viviente. A pesar de que las había contemplado varias veces, Charis se inclinó hacia adelante ansiosa. A medida que cada cuadro pasaba, ella sentía como si estuviera *allí,* transportada al pasado a través de las diferentes eras hasta el acontecimiento representado: Astrea trabajando duramente en el telar de los Cíclopes, el rey Corineus luchando con el gigante Gogmagog, Dryope arrancando la flor de loto del estanque de la Eternidad, Melampus entre las serpientes sabias, Tisifone con su látigo de escorpiones castigando a los hijos de Incubus por haber robado las almas de sus propios hijos...

Una tras otra, las plataformas rodearon despacio la arena, bajo un coro de exclamaciones y suspiros procedentes de un público atento. Los músicos, situados en el centro, llenaban el estadio con sus sones melodiosos. Charis observó extasiada cada uno de los cuadros y aplaudió junto con los demás cuando el último desapareció.

—Tengo hambre —se quejó una voz, desagradablemente cerca. La princesa se giró y se encontró con Guistan inclinado sobre el asiento de su madre—. Tengo *hambre.* —La delicada atmósfera se rompió.

—Pronto comeremos —lo tranquilizó Briseis—. Regresa a tu lugar y siéntate.

—¡Pero tengo hambre *ahora*!—insistió él.

—Nos traerán las viandas cuando estén listas. Ahora vuelve a tu sitio y acomódate.

Guistan tornó a su asiento dando traspiés y Charis lo contempló con el entrecejo fruncido. «¿Por qué tengo que tener hermanos?», se preguntó. «Lo estropean todo. Sería totalmente feliz sin ellos.»

La joven no tuvo tiempo de proseguir el hilo de sus pensamientos. Sonaron de

nuevo las trompetas, las puertas de la arena se abrieron de golpe, y saltaron al ruedo un grupo de muchachos y muchachas que empezaron a efectuar volteretas y molinetes, sus cuerpos flexibles reluciendo al sol mientras saltaban hacia atrás girando en el aire.

—¡Los danzarines del toro! —exclamó Charis embelesada.

Los bailarines llevaban una pieza de cuero blanco por toda vestimenta, y las mujeres una estrecha tira de tela blanca sobre el pecho. Sus cabellos se enlazaban en una larga trenza envuelta en cintas del mismo color; varios se adornaban con flores en el pelo y otros con guirnaldas floreadas alrededor del cuello.

Se abrieron paso hasta el centro de la arena, donde se les unió el Archimago del Templo de Poseidón, quien portaba un aguamanil con agua y un cuenco de vino. Se le sirvió vino al grupo colocado en un impreciso círculo alrededor del mago, quien, con el aguamanil, fue arrojando agua a las cabezas y manos de los bailarines.

Terminadas las abluciones, los danzantes realizaron una serie de complicadas acrobacias, retorciéndose y girando mientras volaban unos sobre otros formando graciosos y elevados arcos.

Así se ejercitaban cuando hizo su aparición el primer toro, una bestia joven y llena de energía, de pecho y lomo amplios y corpulentos, pero delgado y ligero en los cuartos traseros. Sus cuernos estaban despuntados y envueltos en piel. El animal trotó hacia los bailarines, ganando velocidad a medida que se acercaba, cargó contra ellos en el último segundo y los jóvenes se desperdigaron, dejando al confundido animal solo en el centro de la plaza.

Dos danzarinas aprovecharon la confusión de la bestia para saltar por encima de su lomo mientras un bailarín le tiraba de la cola. El animal mugió y se dio la vuelta, pero no antes de que otro par de muchachos saltaran bien alto por encima de su lomo.

Durante algún tiempo los danzarines se dedicaron a importunar al joven toro, para entrar en calor. Finalmente, la bestia decidió que ya había cazado bastantes sombras, puso pies en polvorosa y salió de la arena tan pronto como las puertas de madera se abrieron para dejarla salir. La plaza estalló en carcajadas, y Charis pensó que el animal había parecido muy aliviado de poderse ir.

Los danzarines del toro, más ágiles y sueltos después del ejercicio, se apretaron unas bandas que llevaban alrededor de las muñecas y se cogieron los brazos unos con los otros, mientras cantaban una canción que Charis no pudo escuchar. Aunque sí vio sus cabezas echadas hacia atrás y la expresión de éxtasis de sus rostros, y comprendió por qué la gente consideraba que estaban inspirados por los dioses. El suyo era un arte difícil y peligroso, de una complejidad muy poco conocida por aquellos que observaban, aplaudían y arrojaban sus monedas y brazaletes al ruedo.

Los jóvenes aceptaban aquellos regalos, pero bailaban sólo para los dioses y para sí mismos. Esto los alejaba de los demás.

Seguían cantando, cuando las puertas se abrieron de nuevo y otro toro saltó a la plaza: una criatura monstruosa, una montaña móvil, negra como la brea, las macizas costillas relucientes a causa del aceite con que se había untado su aterciopelada piel. Sus cuernos estaban pintados de rojo, con puntas de oro que centelleaban al sol cuando agitaba la cabeza. El animal se dirigió al centro del ruedo y se quedó allí, arrojando arena al aire con una de las pezuñas delanteras.

Los bailarines retrocedieron lentamente, dejando a uno de ellos, el jefe del grupo, solo ante el toro. Este joven avanzó despacio hacia la bestia, con las manos

extendidas hacia adelante. El animal lanzó un bufido y arañó el suelo con la pezuña, bajó la testa y embistió. Charis jamás hubiera imaginado que una criatura de aquel tamaño pudiera ser tan veloz. Lanzó una exclamación ahogada y se cubrió los ojos con las manos. Pero el bailarín no demostró el menor temor y permaneció inmóvil y, cuando el animal llegó frente a él, sencillamente levantó el pie y se subió a la frente de la bestia que cargaba contra él, de modo que el impulso del toro y su cabeceo lo lanzaron hacia arriba y por encima de su ancho lomo.

El público suspiró y Charis atisbó por entre sus dedos para ver cómo la bestia frenaba en seco, resbalando sobre la arena, y el bailarín aterrizaba suavemente a su espalda. Antes de que aquél pudiera embestir de nuevo, otros dos bailarines se acercaron corriendo por ambos lados para dar un salto mortal sobre sus ijadas. El toro volvió la cabeza a un lado y a otro, pero los dos muchachos ya habían desaparecido.

El animal lanzó un furioso bramido y se preparó para volver a atacar. Con la cabeza inclinada, embistió nuevamente, atravesando la arena con la velocidad de un carruaje desbocado. Tres de los bailarines ocuparon sus lugares rápidamente detrás de su jefe. La bestia, con la testa casi rozando el suelo, llegó junto a ellos, y éstos, sin el menor esfuerzo, parecieron volar muy alto por encima de sus cuernos relucientes, dando volteretas en el aire al tiempo que los gritos de sus compañeros los animaban. El toro giró en redondo, levantando una polvareda.

Una de las bailarinas se le acercó corriendo, le agarró los cuernos y se alzó en el aire. El toro elevó la cabeza y la muchacha se mantuvo en equilibrio sobre las manos durante un breve instante, hasta que la bestia sacudió la testa para desalojarla de allí, momento en el que ella se dobló sobre sí misma como una pelota y rodó sobre la espalda del animal.

Un nuevo bailarín se colocó en el centro de la arena. Silbó y dio palmadas para atraer la atención de la bestia y, cuando ésta se dirigió hacia él, se volvió de espaldas y aguardó, inmóvil, a aquella mole furiosa que se le venía encima.

La muchedumbre gimió, las mujeres chillaron. Charis esta vez lo contempló todo, fascinada, con el corazón en un puño.

En el último instante, uno de los compañeros del bailarín dio un grito y éste dobló las rodillas y saltó, balanceando las manos sobre su cabeza. Doblado hacia atrás, se alzó por los aires mientras se agarraba a los cuernos del toro en el momento en que éstos acuchillaban el aire en el lugar donde él se hallaba una milésima de segundo antes. El animal echó la cabeza hacia atrás y lanzó al bailarín por los aires, mientras éste se enrollaba sobre sí mismo y caía al suelo dando un salto mortal hacia atrás.

La negra bestia, cansada ahora y arrojando espuma por la boca y las narices, bramó enojada cuando el atrevido joven alcanzó el suelo a su espalda. Otros bailarines saltaron sobre el lomo y la grupa del animal. Cuando éste se volvía en redondo, ellos ya habían desaparecido. Giró de nuevo en vano, cuando tres saltaron sobre su espalda para aguantarse de pie, cogidos por los brazos, mientras la palpitante montaña que tenían debajo intentaba sacudírselos de encima.

Charis rió y aplaudió con tanta fuerza como el resto. Los bailarines eran tan ágiles y sus movimientos tan rápidos y seguros que parecía que sólo tenían que poner un pie en el aire y volar. Se preguntó qué se debía sentir al desenvolverse así, al actuar con tanta arrogancia y habilidad, al bailar a los toros bajo el dorado disco de Bel.

Reía todavía cuando uno de los bailarines, una muchacha, que corría a toda velocidad hacia el toro, se plantó delante, saltó y planeó por encima de su lomo, el cuerpo recto, girando lentamente, los brazos extendidos. Aterrizó sobre los pies, con las piernas ligeramente dobladas, pero el impulso la empujó hacia delante y cayó sobre las manos.

Fue un pequeño error, un pequeñísimo error de cálculo.

El toro giró la cabeza justo cuando ella se echaba a un lado. El cuerno más cercano alcanzó la parte anterior de su brazo y la arrojó al suelo de espaldas. En un abrir y cerrar de ojos, sus compañeros se precipitaron a defenderla, pero apenas si se podía hacer nada.

El animal arremetió de nuevo y la muchacha rodó sobre el suelo. El pitón derecho se hundió en su costado y la elevó en el aire, con los brazos y las piernas colgando, mientras la sangre brotaba como una roja cinta sobre la blanca arena.

Clavada en el pitón, el enloquecido toro la arrastró hacia adelante, la testa agachada, para cornearla sobre el suelo. La boca de Charis se abrió en un silencioso grito. El jefe del grupo atacó entonces al animal, enroscó su brazo alrededor de uno de los cuernos e introdujo los dedos en el hocico de la bestia. Ésta berreó y retrocedió, al tiempo que sacudía la cabeza, furiosa, pero el joven permaneció agarrado a su cuello. Otros dos bailarines se precipitaron a levantar el cuerpo inerte de la muchacha, apartándolo del ensangrentado pitón.

El público gimió al ver el horrible desgarrón que aparecía en el costado de la bailarina; su torso estaba manchado de un rojo brillante y oscuro y su piel tenía una palidez mortal.

Charis volvió la cabeza, y los brazos de su madre la rodearon. Hundió el rostro en el hombro de su protectora y sollozó:

—¡La ha matado...¡ ¡Está muerta!

Briseis, trastornada, intentó tranquilizar a su hija.

—Vamos, Charis, chissst..., no llores. Mira, se la llevan. Está viva, no muerta... ¡Mira, está saludando!

Era verdad. Al suceder el accidente, las puertas se habían abierto de par en par. Algunos encargados de los establos habían corrido hacia el animal con redes especiales y, tras mucho tirar y empujar, estaban sacando ahora al animal del ruedo. Entretanto, sostenida por tres de sus compañeros, la muchacha era transportada hasta la puerta más cercana. Tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos abiertos. Una mano oprimía la sangrante herida, pero la otra se alzaba con el saludo triunfante de los danzarines del toro.

Los espectadores observaron el saludo y se pusieron en pie con un gran grito, en gran parte de alivio y sorpresa, pero también de admiración ante el valor de la muchacha. El grito se convirtió en un clamor, y luego en un cántico de victoria mientras retiraban a la bailarina.

Temblando todavía, Charis levantó la cabeza para ver cómo se alejaban de la arena con la joven.

—¿Se pondrá bien?

—Eso creo —replicó Briseis—. Eso espero.

Al toro se lo llevaron a empujones de la plaza los hombres de las redes y se hizo entrar a un nuevo animal. Los bailarines realizaron su actuación, pero la chispa que encendía su arte y lo hacía brillar con tanta fuerza había desaparecido. Tras algunos trucos realizados mecánicamente, incluso el toro perdió interés y se alejó con un trote

largo tan pronto como los encargados se lo permitieron.

—Bueno, me alegro de que haya terminado por hoy —suspiró Elaine—. Me encanta verlo, pero es una lástima cuando uno de ellos resulta herido.

Charis miró sorprendida a su tía. Una hermosa mujer había estado a punto de morir y Elaine lo calificaba de «una lástima». Paseó la mirada por la arena y por todo aquel gentío que parecía haber olvidado por completo lo que había sucedido hacía tan sólo unos minutos. Deseó ponerse en pie y gritarles, señalar con el dedo las manchas oscuras del suelo y exigir respeto por la herida de alguien cuya sangre había sido derramada para que ellos se divirtiesen.

Pero la muchedumbre estaba ya ocupada en la contemplación del nuevo entretenimiento que en aquellos momentos hacía su aparición en la arena: una hilera de elefantes amaestrados, sujetando cada uno con la trompa la cola del que le precedía, y pintados de vivos colores, seguía a su entrenador sobre sus enormes y silenciosas patas. Charis adoraba a estos animales; de ordinario hubiera lanzado una exclamación de alegría. Pero no ahora. Su corazón estaba con la danzarina herida y no podía pensar en otra cosa.

El resto de las celebraciones no consiguió despertar su interés. No prestó atención a lo que vio ni a lo que oyó. Comió lo que le ofrecieron, pero no percibió ningún sabor. La tarde transcurrió, y oyó decir a su madre:

—Es hora de marchar. ¿Quieres permanecer aquí toda la noche?

Las sombras se habían alargado y el sol había descendido, dispuesto a hundirse en el mar como cada día.

—¿Te has dormido, Charis?

—No —meneó la cabeza ligeramente—. No me he dormido.

Su madre se puso en pie.

—Debemos darnos prisa.

—¿Adonde vamos?

—Al sacrificio. ¿Lo has olvidado? —Briseis estudió a su hija con atención—. Charis, ¿estás bien?

La joven se levantó precipitadamente.

—Quiero verla.

—¿A quién?

—A la chica.

—¿A qué chica? Charis, ¿de qué estás hablando?

—Ahora vamos a subir hasta la colina para ver cómo los magos llevan a cabo el sacrificio a Bel —explicó su tía.

—Tengo que verla.

—¿A quién? —La reina se arrodilló junto a su hija—. Charis, contéstame. ¿A quién te refieres?

—A la muchacha del toro, la danzarina. He de ir a verla.

—Pero es tarde. No podemos...

—¡No! Necesito verla. ¡Debo hacerlo! —gritó.

Briseis se incorporó; la preocupación acentuaba sus facciones.

—Muy bien, hay una cámara aquí abajo, donde los danzantes se preparan. A lo mejor se encuentra todavía allí, aunque es posible que los doctores se la hayan llevado al templo.

Las tres se encaminaron hasta la habitación situada debajo del palco real, donde los danzarines del toro aguardaban antes de cada ceremonia. Allí dentro reinaba la

oscuridad y hacía fresco, la luz se filtraba a través de la estrecha abertura de unas ventanas y de una reja del techo. Les salió al encuentro un mago vestido de blanco, el cual, al haberse quitado su alto sombrero, parecía bajo y achaparrado, con su larga y rizada cabellera colgando demayadamente sobre sus hombros.

—Hemos venido a ver a la danzarina que fue herida —explicó Briseis.

—¿Queréis hacer una ofrenda? —inquirió el mago.

—No, nosotras...

—No podéis visitarla —afirmó, e hizo un movimiento para cerrarles la puerta.

—¿No reconocéis a vuestra reina? —preguntó Elaine con aspereza, mientras ponía su mano sobre la puerta—. Ésta es la reina Briseis, con su hija. Yo soy la reina Elaine de Tairn. Deseamos ver a la muchacha ahora.

La puerta chirrió y se abrió un poco más.

—Descansa tranquila.

—No estaremos más que un momento —aseguró Elaine—. Quizá la animemos.

Briseis extendió la mano. El mago alzó la palma de la suya y cuatro monedas de plata tintinearon sobre ella. La puerta se abrió para franquearles el paso.

—Por ahí —indicó, señalando una pequeña entrada que había al fondo.

Las tres atravesaron una larga habitación, parca en mobiliario pero con una mesa, algunas sillas y los pocos accesorios y aparatos de entrenamiento propios del arte del danzarín del toro. Pasaron junto a las enormes puertas dobles que accedían a la arena y fueron hacia la habitación interior. Briseis golpeó con suavidad y entró. La estancia se hallaba en penumbra, aunque con la luz suficiente para percibir la figura inmóvil que yacía en la cama. Charis se acercó en silencio.

La muchacha descansaba sobre el lecho sin nada que la cubriera a excepción de la estrecha tira blanca y el grueso vendaje que rodeaba su cintura. Éste estaba manchado de sangre fresca y el cuerpo de la joven brillaba cubierto por un sudor pegajoso; su respiración era casi imperceptible.

—Está dormida —susurró Charis.

Contemplaron a la joven durante un momento y luego se volvieron para marcharse, pero ésta advirtió movimiento y abrió los ojos.

—¿Nieri? —Su voz era muy débil, sin fuerzas.

Charis se volvió y sus ojos se encontraron.

—¿Quién eres? —preguntó la danzarina.

—Me llamo Charis, te vi bailar.

—¿Qué es lo que quieres? —musitó la muchacha.

—Quería..., hemos venido... —La princesa empezó a temblar y miró a su madre en busca de ayuda.

—Acudimos a ver cómo os encontrabais —explicó Briseis.

—Ahora ya lo habéis comprobado —repuso ella con voz áspera—. Dejadme.

—Vamos, Charis, tenemos que irnos —apremió su madre.

La joven vaciló.

—¿Te pondrás bien? —preguntó.

—¡Dejadme! —musitó la danzarina del toro.

—Vámonos ya, Charis —insistió Elaine.

—¿Te repondrás? —preguntó Charis de nuevo, con voz suave pero insistente.

—¿Qué os importa? —murmuró despectiva—. Habéis venido a mi lecho de muerte a contemplar cómo agonizo, ¿no tuvisteis bastante en la arena? —Una lágrima brotó de uno de sus ojos y resbaló por su pálida mejilla.

—¿Charis? —llamó la reina.

Pero la princesa permaneció inmóvil.

—¿Te estás muriendo?

La muchacha, con los labios temblando, cerró los ojos.

—Dejadme —repitió y volvió el rostro.

—Enviaremos a alguien... —empezó Charis.

—Marchaos. —No constituyó más que un susurro, pero aquella palabra tenía la inexorabilidad de la tumba.

La princesa se dio la vuelta y siguió a su madre y a la reina Elaine al exterior de la habitación.

—Mujerzuela desagradecida —dijo Elaine cuando llegaron al pasillo—. Le ofrecemos ayuda y nos echa.

—¿Por qué, madre? —preguntó Charis, a punto de llorar—. ¿Por qué nos odiaba?

—A lo mejor pensó que teníamos intención de ofenderla.

—¡Hummm! —exclamó Elaine despectiva—. No tenía siquiera los modales de uno de sus queridos toros. Yo diría que ha recibido lo que se merecía. He oído decir que hacen todo tipo de cosas antinaturales con esos animales.

—Elaine, por favor —musitó Briseis en voz baja, indicando a Charis con un movimiento de cabeza.

Cuando llegaron una vez más a las puertas exteriores y salieron a la luz del día, Charis se detuvo. Miró al mago que ahora estaba sentado en una silla junto a la puerta.

—¿Por qué no había ningún doctor?

—Debiera de haberlo habido —apoyó Briseis.

Charis se volvió hacia su madre apremiante.

—Debemos hacer llamar al médico del rey inmediatamente.

—¿Para ella? —se mofó Elaine.

—Resultará difícil encontrarlo ahora —repuso Briseis.

—¡Debemos encontrarlo! Le dije que le enviaríamos a alguien.

Briseis miró a su hija y luego volvió a observar el oscuro portal a su espalda.

—Muy bien, lo intentaremos.

4

Después de dos días y la mayor parte de una noche a caballo, Elphin llegó a Diganhwy, un poblado bastante grande situado en las colinas que había más allá de Aberconwy. La marea estaba baja y, al aproximarse, observó una veintena de personas trabajando en las marismas. Algunos lo saludaron cuando pasó junto a ellos, otros lo contemplaron en silencio.

Una anciana estaba sentada ante una cabaña de piedra limpiando un montón de pescado. Dos gatos bufaban a sus pies y agarraban los despojos a medida que caían. Elphin se detuvo y la saludó:

—He venido a preguntar por una mujer llamada Rhonwyn, que es de la familia de mi madre —le dijo—. ¿Puedes decirme dónde puedo encontrarla?

La vieja levantó la cabeza de su tarea y miró con atención al jinete y al caballo ensillado que había junto a él.

—Podría —respondió—, si supiera quién lo pregunta.

—Soy Elphin, hijo de Gwyddno Garanhir, quien es señor y rey de Gwynedd. Tu jefe me conocerá si tú lo ignoras —le informó—. He venido a buscar la ayuda de una parienta y no pretendo hacer daño a nadie.

La mujer dejó el pescado y se puso en pie con dificultad. Levantó una mano retorcida y señaló la cima de una colina, cuyas laderas estaban salpicadas de ovejas de rostro negro.

—Aquella que buscas vive allí, con su madre. Pregunta por la casa de Eithne; la encontrarás a los pies del *din.*

Elphin continuó su camino, cansado por el viaje, pero con la esperanza de que su misión terminaría muy pronto. Alcanzó la cresta de la colina justo cuando el sol se hundía en el mar, dejando un resplandor anaranjado allí donde desaparecía bajo las olas. Había unas doce viviendas o más en la cima, que se hallaba coronada por una fortaleza. Esta consistía en una tosca torre pétrea colocada encima de un montículo circundado por un foso y rodeado por una empalizada de madera. Algunas de las casas de piedra mostraban ya un resplandor rojizo en sus estrechas ventanas.

Dos perros negros y famélicos que estaban cerca de las cabañas más próximas le salieron al paso ladrando. Un muchacho surgió de detrás de un cercado de ovejas con un palo en la mano y corrió a golpear a los animales. Elphin lo llamó y le preguntó por la casa que buscaba.

El muchacho no le contestó, pero le indicó con el bastón una cabaña de roca blanca al final de una callejuela estrecha formada por una doble hilera de casas redondas y pavimentada con conchas de ostra trituradas. Elphin llevó sus caballos hasta allí, desmontó y estiró los doloridos músculos. Una mujer que recordaba vagamente a Medhir salió de la vivienda y se quedó mirándolo.

—¿Me conoces? —preguntó él.

—¿Cómo podría hacerlo, señor? Nunca os he visto.

—Quizá no me conoces a mí —repuso él—, pero sí a mi madre,

Eithne se acercó más y lo observó con mayor atención.

—Desde luego —asintió por fin, sonriendo y sujetándole los hombros con las manos—. ¡El hijo de Medhir, Elphin! ¡El pequeño Elphin! Mírate ahora. ¡Eres un hombre! ¿Cómo está mi prima?

—Está bien y te envía saludos.

Eithne dirigió una mirada al cielo ya envuelto en sombras.

—Lo que te ha conducido hasta aquí puede esperar a mañana. Te quedarás con nosotras esta noche. Sólo estamos mi hija y yo, pues hace ya dos años que se ahogó mi marido. Tenemos sitio junto al fuego.

—Entonces acepto, aunque tan sólo por una noche, ya que mañana debo regresar. —Elphin ató los caballos del ronzal en la ladera de la colina para que pudieran alimentarse de los pastos que se extendían recién brotados, y luego siguió a la mujer al interior de la casa.

Una joven estaba arrodillada junto al hogar, atizando los rescoldos para encender un fuego en el que cocinar la cena. Acercó un puñado de hierba seca al incandescente lecho y la llama prendió, haciendo desaparecer las sombras que ocultaban su rostro.

Rhonwyn se volvió hacia él y el muchacho vio a una joven de rara belleza, con una larga cabellera de color castaño y unos enormes ojos oscuros enmarcados por el rostro más hermoso que jamás había visto. Se incorporó con gracia y se giró hacia él. Eithne lo presentó a su hija diciendo:

—El hijo de mi parienta, Elphin *ap* Gwyddno, se quedará aquí esta noche. Debemos preparar una comida digna del hijo de un gran señor, puesto que ése es su rango.

Rhonwyn inclinó la cabeza y se puso a trabajar, sacando carne, queso y pan y colocándolos en una estrecha mesa situada en un extremo de la habitación. Eithne sirvió de un pellejo de aguamiel una copa para ella y otra para Elphin. Éste aceptó el recipiente de barro, derramó una gota en señal de respeto por el lar de la casa, y sorbió su bebida.

—¡Ah! No hay nada que la mejore en la casa de mi padre —observó, lo cual complació inmensamente a su anfitriona.

—¿Óiste, Rhonwyn? No permitas que su copa esté vacía. —Lo contempló sonriente—. Es agradable tener a un hombre bajo este techo. Celebraremos tu llegada, quizá nos traerá suerte.

—Eso es lo que yo espero también. Después hablaremos más sobre ello.

—Sí, después, pero primero cuéntame cómo le va a mi prima en Caer Dyvi. Hace muchos meses que no he tenido noticias de ella.

Elphin empezó a relatarle noticias de Medhir y todo lo que había acaecido en Caer Dyvi durante el largo período del invierno: quién había estado enfermo, quién había muerto o dado a luz, la salud del ganado, las perspectivas con respecto a las cosechas para aquel año. Ella le escuchaba con atención y hubiera seguido haciéndolo si no hubiera sido porque Rhonwyn llamó a la mesa.

Las dos mujeres alzaron la cargada mesa y la desplazaron hasta el centro de la habitación, ofreciendo a Elphin el asiento que quedaba más cerca del fuego. Éste se acomodó en la única silla de la casa, mientras que ellas ocuparon taburetes de tres patas. Rhonwyn le sirvió, llenando su plato de carne asada, pedazos de queso amarillo y pequeñas hogazas de pan moreno. Eithne volvió a llenarle la copa y empezaron a comer.

—Esta carne es muy tierna y está asada a la perfección —comentó Elphin, al

tiempo que se chupaba los grasientos dedos. Introdujo un pedacito de queso en su boca y siguió—; un queso suave como la crema, y muy sabroso.

Eithne sonrió.

—Rhonwyn lo preparó, tiene el talento de Brighid, como sabe todo el mundo por aquí. Deberías oír los comentarios sobre ella.

La muchacha bajó la cabeza.

—¡Madre! —murmuró con sequedad—. No ha venido a escucharte parlotear sobre mí.

El joven, que no había perdido de vista ni uno solo de sus movimientos desde que había penetrado en la diminuta casa, exclamó:

—¿Parloteo? Lo dudo sinceramente. Yo mismo me lo he dicho: ¡Ni la diosa podría cocer un pan tan tierno, ni elaborar un queso tan suave!

—Me adulas, Elphin *ap* Gwyddno —respondió Rhonwyn, mirándolo directamente por primera vez—, el hijo de un gran señor debe de estar acostumbrado a mejores manjares.

Bajo el resplandor del fuego, sus delicadas facciones resultaban aún más bellas, y Elphin sintió cómo su corazón se inflamaba por ella. ¿Por qué no se había casado aún aquella hermosa mujer?

—No constituye adulación decir la verdad.

Eithne sonrió ampliamente y le pasó a Elphin la fuente de la carne asada, diciendo:

—¡Come! Has cabalgado desde muy lejos para cumplir tu misión y debes de estar hambriento. Tenemos mucho. Por favor, come hasta hartarte.

Elphin se sirvió de nuevo, pero tras unos pocos bocados, empujó el plato a un lado. La verdad era que había perdido el apetito. Todo lo que deseaba era permanecer sentado y contemplar a Rhonwyn.

Terminada la cena, se devolvió la mesa a su sitio anterior y colocaron la silla y los taburetes junto a la chimenea.

—Quizá nuestro invitado dormiría mejor con una canción en los oídos —sugirió Eithne.

Rhonwyn lanzó una mirada enojada a su madre, pero Elphin la animó.

—Por favor, me encantaría escuchar una canción. ¿Sabes tocar?

—¿Que si sabe tocar? —respondió su madre—. La gente asegura que su música es tan dulce como las aves de Rhiannon. Ve a buscar tu arpa, muchacha, y toca para el joven Elphin.

Rhonwyn obedeció. Extrajo una pequeña arpa envuelta en cuero de un rincón situado en la parte trasera de la casa y, tras ocupar un asiento junto al fuego, la afinó y empezó a tocar. Elphin se acomodó en su silla.

La voz de la muchacha era pura y melodiosa, como el agua cristalina de un arroyo al correr por un claro bañado por el sol; sus dedos, hábiles con las cuerdas del arpa. Elphin cerró los ojos y dejó que la música colmase su corazón de alegría. «Qué mujer», pensó; «un raro tesoro».

Se despertó algún tiempo después, encontrándose sentado todavía en la silla, pero envuelto en una manta de lana, y los rescoldos del fuego ardían todavía en la chimenea. Rhonwyn y su madre dormían en una gruesa cama de juncos en un rincón de la casa. Elphin se movió y el ruido despertó a Rhonwyn, quien se le acercó.

—Lo siento —se disculpó él en voz baja, para no molestar a Eithne, ya que quería hablar con Rhonwyn en privado—. Debo de haberme dormido mientras

tocabas.

—Estabas cansado del viaje —contestó ella—. Pero no debes quedarte en esta silla toda la noche o estarás totalmente agarrotado por la mañana. Deja que te prepare un lugar junto al fuego.

—Por favor, no te molestes más.

—No es ninguna molestia, lo hago de buen grado; hacía tanto tiempo que mi madre no sonreía. No sé qué es lo que te ha traído aquí, a Diganhwy, pero al menos la has hecho feliz.

—¿Qué te contentaría a ti, Rhonwyn?

Ella lo contempló con cierta tristeza.

—Me parece que la alegría es uno de los dones que no me han sido concedidos.

—No quiero creer algo así. Seguramente existe alguna cosa que te haría feliz.

Rhonwyn no contestó, y se dedicó a arreglarle una cama de juncos frente al hogar. Luego, sacó una piel de becerro y la colocó sobre ella.

—Buenas noches —dijo, y regresó a su lecho.

—Que duermas bien —musitó Elphin, y se tumbó junto al fuego para dormir.

Cuando Elphin se despertó a la mañana siguiente, oyó cantar a Rhonwyn, de modo que se quedó muy quieto para poder escuchar su voz de nuevo. Cuando por fin se levantó, vio que ésta le había preparado el desayuno. A Eithne no se la divisaba por ninguna parte.

—Mi madre ha salido a ocuparse de las ovejas —aclaró Rhonwyn, contestando la pregunta que se reflejaba en los ojos del joven. Llevaba una sencilla túnica blanca y un ancho cinturón de lana con conchas entretejidas formando espirales. Elphin se percató de que su cuerpo aún mostraba las huellas del reciente embarazo—. No sé cuál es tu misión, pero es posible que todo vaya mejor con el estómago lleno.

—Primero una canción y ahora comida —observó Elphin alegremente—. Hoy he recibido ya dos bendiciones y el sol todavía no ha salido todavía.

Rhonwyn se ruborizó.

—No era mi intención despertarte.

—Me alegro de que lo hicieras, porque ahora podemos hablar. Tengo algo que pedirte.

—¿Por qué no nos sentamos? —preguntó ella, indicando la mesa. Elphin la ayudó a colocarla en el centro de la habitación. La muchacha le sirvió y luego se sentó también ella. Elphin se metió un pedazo de queso en la boca y contempló pensativo a la joven que tenía junto a él. Una brisa fresca procedente del mar susurraba por entre la paja del techo, y traía con ella el balido de las ovejas que pastaban en la colina.

Rhonwyn se llevó un pedazo de pan a la boca, lo volvió a dejar sobre la mesa y observó a Elphin de forma directa y serena.

—¿Por qué me miras así, gran señor?

—¿Por qué me llamas de esa forma?

—Tu padre es un gran señor, y tú eres su hijo. Tú también lo serás algún día.

—No siempre sucede así.

—No, no siempre —concedió Rhonwyn—. Pero es bastante frecuente ahora. Mi madre me dice que tu padre es un jefe guerrero que ha obtenido muchos triunfos. Tu gente debe de aceptar con agrado que le sucedas.

Elphin colocó ambas manos sobre la mesa.

—¿Tu consideración hacia mí sería menor si nunca llegara a ser un gran señor?

—Las ambiciones de los hombres me interesan muy poco —replicó Rhonwyn.

La franqueza de sus respuestas sorprendió a Elphin. He aquí una mujer que decía lo que pensaba, lo cual le intrigaba. La muchacha lo examinó durante un instante y preguntó:

—¿Querías pedirme algo?

Elphin asintió.

—Eres una mujer a la que le gustan las cosas claras, así que te seré franco. Hace tres días, la víspera de *Beltane,* encontré a un bebé en la encañizada que mi padre preparó para pescar salmones. Vine aquí pensando en pedirte que cuidaras a la criatura. Ésa era mi intención.

—¿Era? ¿Has cambiado de idea entonces?

—Así es.

Rhonwyn inclinó la cabeza y la escondió entre sus manos.

—Lo que la gente murmura sobre mí no lo niego; la verdad, no puedo... Es verdad.

Esta respuesta desconcertó a Elphin.

—Ignoro los comentarios, y no me importa en absoluto. Pero sí sé lo que he visto con mis propios ojos.

Rhonwyn mantuvo la vista baja y puso las manos en su regazo.

—No necesitas dar explicaciones.

—Sin embargo, lo haré. Estás hablando con alguien que ha sufrido durante mucho tiempo porque mi clan me consideraba maldito. La mala suerte me ha perseguido todos los días de mi vida hasta ahora.

Rhonwyn levantó la cabeza.

—No lo creo. Tu gente debe de ser la más obtusa del mundo.

Elphin sonrió. Le gustaba su forma de descubrir sin tapujos su pensamiento.

—Mi propia desgracia no puede negarse —continuó ella—. Mi vientre está envenenado y ningún hombre me querrá como esposa.

—Rhonwyn —dijo Elphin con dulzura, sintiendo un gran placer al pronunciar su nombre—, no importa. Soy un hombre que no tiene esposa, que tiene un niño sin una madre. Vine buscando una nodriza y, en lugar de ello, tengo el placer de encontrar una esposa.

La muchacha abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Qué estás diciendo?

—Deja que te lo pregunte abiertamente —tendió una mano hacia ella—. Rhonwyn, ¿quieres ser mi esposa?

Sus palabras tardaron un momento en producir efecto. La muchacha sonrió entre lágrimas de alegría.

—Sí —afirmó, tomando su mano—. Y te serviré de buen grado mientras quede un ápice de aliento en mi cuerpo.

Elphin sonrió ampliamente y su corazón se enalteció. Se levantó, tiró de ella para ponerla en pie y la besó. Ella apoyó la cabeza contra su pecho y él la estrechó con fuerza.

—Seré una esposa tal que haré que los demás hombres te envidien —susurró ella.

—Entonces sí que seré un gran señor —replicó Elphin.

Dejando a Rhonwyn que recogiera sus pertenencias, Elphin salió en busca de Eithne. La encontró sentada en una roca, mirando la ladera de la colina y el mar que se extendía más allá. Un pequeño rebaño de ovejas mordisqueaba la hierba recién salida que crecía a los pies de la mujer. Esta se volvió al acercarse él y sonrió con tristeza.

—Hace frío aquí arriba cuando el viento sopla desde el mar. —Se arrebujó con más fuerza en el chal que le cubría los hombros—. Y es solitario, más aún para una mujer sin un hombre.

Elphin percibió la tristeza que había en su voz y dijo:

—He pedido a Rhonwyn que sea mi esposa y ella ha aceptado.

Eithne asintió despacio y volvió la vista de nuevo hacia el mar.

—Será una buena esposa, pero no tengo nada para darte, excepto mi bendición.

—Otórgame eso, pues, y no te preocupes de la dote.

—No me gustaría que la gente hablara mal de mí por falta de posesiones con las que contribuir al matrimonio de mi hija.

—Tu hija es un don suficiente; no aceptaré nada más.

A Eithne le complació su respuesta, aunque la entristecía tener que perder a Rhonwyn.

—Me gustas, Elphin. Pero si no quieres aceptar bienes ni posesiones, quizás aceptarás los servicios de una anciana en tu casa.

—Tienes una casa aquí.

—Una casa, pero no una vida cuando Rhonwyn me deje.

—Entonces, ven con nosotros. Mi madre se alegrará de tener a una parienta cerca. Y ahora tendré una gran casa de mi propiedad, donde serás bien recibida.

Pasaron el resto de la mañana empaquetando las pertenencias de las dos mujeres. Muchos de los habitantes de Diganhwy fueron a ver qué sucedía y Eithne se jactó ante todos y cada uno de ellos de que Elphin era rey de Gwynedd, de que había venido a casarse con su hija y de que ella misma se iba a vivir con ellos en la casa del rey y a servirle.

A la gente le resultaba difícil creer tal historia; sin embargo, parecía auténtica. Por su parte, Elphin adoptó las maneras de un futuro monarca, y empezó a dar órdenes a los ociosos para que ayudaran a llevar y cargar las posesiones de ambas mujeres; habló con el jefe de Diganhwy y le ofreció la casa de Eithne como muestra de pasada y futura buena voluntad entre las gentes de Diganhwy y de Dyvi.

Luego, con el sol alzándose ya hacia el mediodía, los tres iniciaron el regreso. Rhonwyn y Elphin compartían la misma montura y Eithne cabalgaba en la yegua de pelo rojizo, que, además, iba cargada con los objetos domésticos, mientras que de su arzón trasero pendía una cuerda que se enlazaba al cuello de un carnero; el resto del rebaño de Eithne los seguía, balando, mientras avanzaban. De esta guisa, se dirigieron a Caer Dyvi, los tres muy felices al pensar en el futuro y ansiosos por iniciar sus nuevas vidas.

5

Avanzando por la Vía Procesional, los magos recorrieron despacio el empinado camino de la colina sagrada, cuyas lisas laderas verdes estaban arañadas por entrecruzados afloramientos de roca blanca. Sus sombras, muy alargadas bajo el sol de la tarde, los seguían montaña arriba, mientras, envueltos en sus capas ceremoniales de color púrpura, subían por la avenida de baldosas rojas hasta la cumbre donde se reunirían en círculo alrededor del gran altar pétreo. En algún momento de un pasado desvanecido hacía mucho tiempo, la cima de la colina se había aplanado y en ella se había erigido una plataforma redonda de piedra y, más recientemente, se habían colocado unas delgadas columnas en los puntos astrales que correspondían a las diferentes casas astrológicas, cuyos símbolos se hallaban grabados en dicha plataforma. Aquel lugar sagrado no tenía techo, de modo que la luz de Bel y también la de Cybel brillaban sobre el altar en todo momento.

Detrás de los magos, andando solo, avanzaba Avallach. También él llevaba la capa púrpura cubierta de estrellas. Muy rezagada de la comitiva, iba Charis, con su madre y Elaine. Tan sólo las personas pertenecientes a la casa real, y aquellas que habían tenido la suerte de ser invitadas especialmente por el rey, podían asistir al sacrificio. El pueblo observaba y aguardaba abajo mientras su monarca efectuaba los ritos en lo alto.

Como de costumbre, Avallach había sido más que generoso en sus invitaciones, y, cuando estuvieron todos reunidos en la cumbre, la plataforma se encontraba bastante llena de gente. Charis se deslizó junto a una columna. Apretó la espalda contra la fría piedra y vio a siete magos, ataviados con túnicas, colocados en círculo alrededor de un trípode que sostenía un caldero de oricalco. La superficie de éste se había cincelado con símbolos divinos, y alrededor de su reborde se veían unas palabras grabadas en la antigua escritura mística.

Los magos permanecían con las manos levantadas, las palmas hacia afuera, los ojos cerrados, murmurando algo ininteligible. Uno de ellos —cuya túnica despedía destellos plateados bajo la luz y cuya capucha cilindrica era más alta que la del resto, y que se hallaba situado junto al caldero— bajó las manos y tocó el borde del brillante recipiente. Al instante, se elevó una humareda grisácea de su interior.

El mago, a quien Charis identificó como el Archimago del templo, se acercó luego al altar y retiró un aguamanil de oricalco. Se acercó al rey, que se había colocado ante el altar, y vertió agua, primero, sobre las manos extendidas de Avallach y, después, sobre las de los siete magos. Cuando la purificación ceremonial hubo finalizado, devolvió el aguamanil al altar y asió un reluciente cuenco de oricalco que depositó en las manos del rey.

—Padre es tan apuesto —cuchicheó Charis a su madre.

—Sí —respondió Briseis, y luego añadió—. ¡Chissst!

El Archimago ocupó su lugar junto al recipiente y extendió las manos sobre él mientras el humo se elevaba hacia el cielo. Las mantuvo sobre él un momento y

pronunció un corto conjuro, luego se volvió hacia un mago y éste colocó una trompeta entre sus palmas. El instrumento, cuya forma era la de un colmillo de elefante, tenía esculpida la imagen de una larga y sinuosa serpiente que abarcaba toda su longitud. El Archimago se llevó la trompeta a los labios e hizo sonar una nota larga, profunda y resonante, repitiéndola en dirección a cada uno de los cuatro vientos.

Mientras la vibración se desvanecía en el aire, tres magos subieron a la plataforma, dos de ellos caminando a cada uno de los flancos de un enorme toro, el tercero conducía a la bestia mediante una cuerda dorada pasada alrededor de su cuello. El animal, blanco como la nieve de la elevada cumbre del Monte Atlas y cuyos cuernos y pezuñas estaban pintados de color dorado, balanceaba dócilmente el albo penacho de su cola.

Colocaron al toro en el centro de la plataforma, frente al altar, y ataron la cuerda dorada a una argolla adosada a la piedra. El Archimago se volvió hacia el ara y tomó un cuchillo de cuyo largo mango surgía una hoja curva en forma de media luna y fabricada con reluciente oricalco en el que se habían grabado innumerables signos solares. Lo levantó en dirección al ocaso y elevó la voz en la plegaria de ritual, que repitió dos veces antes de volverse para ofrecer la oración a la pálida luna que empezaba a aparecer en el firmamento.

Cuando hubo terminado, el mago que conducía al toro golpeó ligeramente las patas delanteras del animal y la bestia se arrodilló obediente; la cuerda dorada sujeta a la argolla se tensó y los magos que rodeaban el caldero empezaron a entonar un cántico al tiempo que el Archimago se colocaba ante la cabeza del animal y elevaba el cuchillo.

Charis giró la cabeza y cerró los ojos. Contuvo la respiración y esperó el grito de muerte del toro. Al no escucharlo, los abrió y miró a su alrededor. Parecía emerger una gran agitación del otro extremo de la plataforma: los espectadores lanzaron un murmullo y la gente se inquietaba. ¿Qué sucedía?

Se formó un pasillo entre el público, y Charis observó una forma oscura y peluda que se acercaba, andando pesadamente como un oso herido. Con una exclamación de sorpresa, la joven lo reconoció.

Aquí aparecía el extraño hombre vestido con pieles, cuya barba y cabellera constituían una negra y asquerosa maraña, que avanzaba a zancadas por el sendero con la cabeza descubierta bajo el sol y llevando el extraño bastón con el enorme cristal amarillo engastado en la punta; sus ojos miraban al mundo como los de un animal enloquecido. Era el hombre que había vislumbrado por un instante en la Lia Fail.

Ahora se encontraba allí, y su presencia había detenido el sacrificio. El Archimago se adelantó para aprehenderlo, pero el hombre sacudió el bastón y el Archimago se detuvo. Los demás permanecieron clavados en el suelo, mudos.

El extraño se detuvo en el centro de la plataforma, junto a la bestia. Levantó el cayado que llevaba en la mano y lo bajó de nuevo. ¡Crac! El hombre lanzó una mirada furiosa a su alrededor y abrió la boca para hablar.

—Throm, yo era —dijo, su voz sonó cascada como si no la utilizara demasiado a menudo—. Throm, soy y seré. —Levantó el bastón en el aire—. ¡Príncipes de la Atlántida, escuchadme ahora!

La gente intercambió miradas entre sí y Charis los oyó pronunciar su nombre: «¡Throm! ¡Throm está aquí!».

«¿Quién es este Throm?», se preguntó. «¿Quién es y por qué ha venido?»

El extranjero alzó en el aire el bastón envuelto en cuero, y la piedra amarilla centelleó con un fulgor sobrenatural bajo la luz crepuscular.

—¡Escúchame, oh Atlántida! Soy la trompeta parlante; soy la tablilla de cera; ¡soy la lengua del dios! Eeescuchaaad... —Su voz se apagó produciendo un inquietante silencio. La multitud estaba anonadada, con sus rostros paralizados en expresiones de asombro.

—¡Vosotros, todos vosotros! —miró frenético a su alrededor—, habéis visto las señales en el cielo, habéis oído los sonidos en el viento y percibido cómo tiembla la tierra con su secreto, pero os volvéis hacia vuestro vecino y le preguntáis qué significa... —La ronca y cascada voz se apagó de nuevo.

Su mano describió un círculo en el aire, y se inclinó hacia adelante, apoyado en su bastón como si confiara un secreto.

—La tierra se mueve, Hijos del Polvo. El firmamento cambia y las estrellas se salen de sus cursos. Las aguas... ¡ah!, las aguas están hambrientas. Oceanus, hijos míos, está hambriento, inquieto, se agita en su lecho..., se retuerce. El gusano le devora las entrañas y él grita. ¿Lo oís? —Sus manos se agarraron al cayado como si estuviera estrangulando a una serpiente; balanceó la cabeza a uno y otro lado—. ¿Lo escuchas, Atlántida?

Los involuntarios espectadores lo contemplaron sin habla. Las palabras de Throm se entrelazaban vertiginosamente en los oídos de Charis, quien se sintió mareada, como si la piedra sobre la que descansaban sus pies hubiera perdido su solidez. Sus dedos tropezaron con el borde de la columna y se sujetó a ella con fuerza.

—Throm soy y seré... Escucha, oh Atlántida, las palabras de tu hijo, La Trompeta Que Habla. La luz de Bel muere en el oeste —señaló con el bastón el resplandor rojo y dorado de la puesta de sol—, y nosotros morimos con ella, hijos míos. Morimos. Vosotros, príncipes... —señaló a Avallach y a Belyn con el dedo—, ordenad vuestras casas. ¡Preparad vuestras tumbas!

Avallach dio un paso al frente, ceñudo, avanzando hacia el loco, pero Throm se volvió contra él y alzó bien alto el bastón, para luego descargarlo violentamente sobre la plataforma. El golpe resonó como un trueno. El rey se detuvo y lo contempló fijamente.

—¡Escuchad! —siseó Throm. Una vez más, sus manos describieron un círculo—. La lengua del dios habla: durante siete años erraréis a ciegas, durante siete años lucharéis unos contra otros en un afán vano; durante siete años empapará vuestra sangre la anciana tierra; durante siete años sembraréis y cosecharéis sin éxito, Hijos del Polvo; durante siete años «soplará» el viento en vuestros palacios vacíos.

»¡Escuchadme, oh reyes! Yo, Throm, he visto el rostro del futuro. Yo, Throm, he presenciado los acontecimientos de los que os advierto. Yo, Throm, he oído los gritos de los niños... perdidos. Todo está perdido. Todo está... perdido...

La enorme y enmarañada cabeza le cayó sobre el pecho, los poderosos brazos quedaron inertes; se balanceó sobre sus pies como si durmiera; sus manos temblaron sobre el bastón y, después, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Echó la cabeza hacia atrás bruscamente y sus ojos se abrieron de forma desmesurada; sus pupilas se clavaron en el espacio sin ver, con el rostro tenso en un rictus de éxtasis y los labios salpicados de espuma.

Charis contempló horrorizada cómo el profeta se desplomaba, los ojos en

blanco, sus miembros dando sacudidas mientras terribles convulsiones azotaban su cuerpo. Un sonido ininteligible brotó de su garganta, como si las palabras le fueran arrancadas de la boca antes de poderse formar. Le rechinaban los dientes, y un hilillo de sangre descendía de las comisuras de sus labios.

Throm se puso en pie con una sacudida y sus ojos parecieron a punto de salírsele de las órbitas. Lanzó un alarido desgarrador que atravesó a todos los que lo oyeron y luego se derrumbó, inconsciente. La tensión se desvaneció de sus músculos y se quedó allí echado como si estuviera muerto.

El Archimago, recobrando el movimiento, miró preocupado a los magos que lo acompañaban. Avallach, como si no pudiera creer lo que había visto, se adelantó para contemplar el cuerpo.

—Lleváoslo de aquí —ordenó por fin. Varios magos se abalanzaron hacia adelante y levantaron al inconsciente profeta, arrastrándolo con malos modos fuera de allí.

—Pueblo mío —exclamó el rey, volviéndose hacia los sorprendidos espectadores—, no permitáis que las palabras sin sentido y los desvaríos de un loco perturben nuestro sagrado propósito. Nos hemos reunido para renovar el vínculo de fidelidad entre el rey y el reino. —Alzó una mano en dirección al sol, que empezaba a ponerse, y la otra en dirección a la luna, que emergía—. Bel inicia su viaje subterráneo, y la bella Cybel asciende a su trono. Así ha sucedido siempre y seguirá sucediendo. Cumplamos ahora con el antiguo y honorable rito.

Regresó a su lugar a la cabeza de los reunidos. El Archimago asió el cuchillo y, acercándose al toro, colocó su mano en un lado del cuello del animal. Luego, con un único y fluido movimiento, la hoja describió un círculo y se hundió en la carne de la bestia. Una sangre roja como el vino empezó a manar sobre la nívea piel; el irracional ser ni siquiera parpadeó.

Uno de los magos presentes colocó una crátera debajo de la herida para recoger el fluido vital mientras la vida se escapaba del toro en un torrente carmesí. Al poco rato su cabeza empezó a balancearse y, por fin, cayó sobre el suelo de piedra cuando la bestia se desplomó sobre un costado. Tres magos se quitaron sus túnicas y mantas y se arrojaron sobre el cuerpo con cuchillos y hachas. El Archimago levantó la crátera llena de sangre y se acercó al rey, quien le tendió su cuenco. El Archimago vertió un poco y, cuando el recipiente del monarca estuvo lleno, colocó la crátera sobre el altar y se volvió hacia Avallach.

—¿Quién sois? —le preguntó.

—Soy la tierra —respondió él.

—¿De dónde viene vuestra vida? —exigió el Archimago.

—Del pueblo.

—Ante Bel, El Que Todo Lo Ve, y Cybel, La Que Todo Lo Sabe, renueva tu vida —ordenó el mago—. Bebe.

El reluciente cuenco de oricalco se elevó hasta los labios del rey y éste sorbió la sangre aún caliente. Los tres magos, tras acabar con el animal, empezaron a amontonar sus restos descuartizados sobre el altar, apartando el hígado, que colocaron en un recipiente a un lado para destinarlo a los augurios. La cabeza fue depositada encima del montón, con los cuernos extendidos y los enormes ojos sin vida mirando vacuos a las alturas.

Dos magos, que portaban conjuntamente unas largas varas cinceladas, se acercaron al trípode y, tras colocar una de ellas a cada lado, levantaron el caldero que

todavía hervía y humeaba. Trasladaron el receptáculo hasta el altar y lo alzaron, inclinándolo sobre el desmembrado animal. Una cortina de fuego líquido brotó de él y las llamas prendieron al momento en la carne. Charis sintió cómo el calor le lamía el rostro y las manos.

El fuego chisporroteó y la carne empezó a arder, despidiendo un espeso humo negro-azulado. Al cabo de un rato, el Archimago tomó unas tenazas y, después de introducirlas en el fuego, retiró pequeños pedazos de carne asada que colocó en una bandeja. Luego llevó ésta hasta el rey y se la ofreció.

—¿Cuál es tu alimento? —preguntó el Archimago.

—El servicio al pueblo —fue la respuesta.

—Ante Bel, El Que Todo Lo Ve, y Cybel, La Que Todo Lo Sabe —entonó el Archimago—, come y sáciate.

El monarca extendió la mano y tomó un pedazo, lo masticó y tomó otro. Se trajo el hígado del animal y el Archimago lo sacó del recipiente para examinarlo, oliéndolo y palpándolo con las manos. Se adelantó otro mago para sujetar la víscera, y el Archimago sacó una daga y con trazos expertos seccionó el órgano. Todos los reunidos lanzaron una ahogada exclamación cuando el tejido se abrió para revelar una masa de largos gusanos blancos que se desparramaron por entre las manos del mago y fueron acaer sobre la piedra, donde empezaron a retorcerse de forma horrible.

El Archimago, con el rostro mortalmente pálido, volvió sus ojos aterrorizados hacia Avallach.

—¡Quémalo! —ordenó el rey, lacónico—. Quema esa víscera repugnante.

El mago hizo una mueca, recogió la entraña enferma con sus obscenos parásitos, y la arrojó a las llamas.

El grasiento humo negro se elevó en forma de espiral y el fuego renació con fuerza en dirección al cielo crepuscular. El olor a carne quemada se esparció por todas partes. Charis tosió y levantó los ojos, un trío de estrellas parpadeaban por entre la cortina de humo. Contemplaba un ritual que había visto muchas veces con anterioridad pero que, sin embargo, ahora le parecía extraño y arcaico, como si todo —la colina, el toro, el mago, el caldero, el rey e, incluso, la gente que miraba— perteneciera a una época tan lejana, de una antigüedad tan insondable, que ya no podía ser comprendido, tan sólo sentido a través del latir de la sangre que fluía por sus venas.

Apareció la luna en lo alto del cielo, enorme y blanquecina mientras flotaba en el horizonte, atada a la tierra por un hilo de plata; su disco se encaraba al mundo nocturno que contemplaba sin ver.

Charis sintió un temblor bajo ella, una vibración de la piedra que se filtraba en sus huesos, en su corazón y en su cerebro, y se estremeció desde las plantas de los pies hasta las puntas de sus delicados dedos. Percibió una energía que fluía por su interior, brotando a través de ella desde la tierra al disco de Cybel y retornando a la tierra otra vez. Le pareció como si su cuerpo resplandeciera, y como si las puntas de sus cabellos lanzaran chispas o rayos lunares a la noche.

La muchacha observó a los que la rodeaban, vio los rostros que tan bien conocía. Miró desde la cima de la colina la ciudad que yacía abajo, Kellios, ciudad real, con luces semejantes a estrellas ardiendo en un firmamento de piedra que brillaban desde innumerables ventanas; más allá, la media luna azul oscuro del mar relucía al otro lado del curvado brazo del puerto. Todo resultaba dolorosamente

conocido y familiar, como si ella hubiera permanecido en aquella colina y contemplado esa inalterada escena durante diez mil años, hasta que se convirtiera en parte de su esencia más íntima, más propia de ella que su mismo nombre.

Y, no obstante, estaba cambiada. Existía una modificación sutil pero profunda; igual que la variación en el viento indica que la larga temporada seca toca a su fin y van a llegar las lluvias; semejante al paso que lleva al viajero a través de una frontera invisible hasta otra tierra, Charis percibió la sensación que se tiene cuando se espera algo aunque aún se desconozca.

Después de la ceremonia, cuando los huesos del toro no eran ya más que cenizas dispersas y su sangre un río cada vez más espeso que se filtraba por entre las antiguas piedras del altar, los oficiantes descendieron de la colina a la luz de las antorchas. Charis se movía flotando como en sueños, con movimientos lánguidos y lentos. Se sentía como si hasta ahora hubiera transcurrido su vida en un profundo sueño y estuviera a punto de despertarse. Advertía cómo retrocedía el pasado con cada uno de aquellos etéreos pasos, volviéndose cada vez más remoto, desprendiéndose de ella como un vestido devorado por la polilla o una mortaja podrida y deshilacliada por el tiempo.

El corazón le latía con fuerza en el pecho y la sangre le martilleaba en las sienes. Cada objeto en el que se posaban sus ojos parecía poseer un brillo punzante y estar rodeado de una aureola de fría y trémula luz. Su mente se hallaba abierta a horizontes insospechados, parecía que a su espíritu se le hubiera insuflado la sabiduría de siglos. Su conocimiento abarcaba lo que nunca había aprendido y giraba confusamente en su interior como un vertiginoso remolino.

Charis descendió de la colma hasta la ciudad consciente por completo de todo lo que la rodeaba y, sin embargo, incapaz de fijar su atención en nada.

En su mente, como escritas con fuego, se formaban las palabras: soy la Madre de las Naciones, soy la Cuna del Conocimiento..., yo soy la Atlántida.

Era muy tarde, las lámparas ardían débilmente y la luna llena brillaba a través de la puerta abierta del balcón. Avallach y Briseis compartían aquel momento de paz. Hablaban en voz muy baja, la reina acunaba a su esposo entre sus brazos, mientras éste le acariciaba el cuello y los hombros.

Se oyó un suave golpe en la puerta y Avallach se levantó de mala gana. Abrió la puerta y el resplandor iluminó de lleno el rostro de Annubi. El adivino se disculpó al instante.

—Perdonadme, majestad. No os hubiera molestado pero...

—¿Qué sucede?

—Se trata de la chica del toro, la que ha resultado herida esta mañana.

Avallach meneó la cabeza.

—No comprendo.

—Yo le pedí que me trajera noticias —aclaró Briseis al tiempo que se reunía con él—. ¿Qué ocurre?

—Lo siento, mi reina.

—¿Muerta?

El adivino asintió con la cabeza.

—El corte era profundo y se encontraba muy débil a causa de la pérdida de sangre. No existía remedio.

—¿Sufrió?

—Resistió hasta el final. Sintió dolor, sí, pero creo que lo prefirió así.

La reina meneó la cabeza con aire ausente.

—Gracias, Annubi.

El adivino inclinó la cabeza ante el rey, se dio la vuelta y desapareció. Briseis cerró la puerta tras él y se volvió hacia su esposo.

—Si se piensa en ello, es tan estúpido... —La mujer apoyó la cabeza en el pecho de su esposo y permanecieron abrazados un buen rato.

—Ha sido un día largo y agitado —afirmó Avallach por fin—. Estoy cansado.

—Acuéstate. Yo apagaré las lámparas.

El rey la besó y se encaminó al dormitorio. Briseis dio la vuelta a la habitación, apagando las luces a su paso. Al pasar junto al balcón, se detuvo: una dulce melodía se elevaba desde el jardín inferior, alguien cantaba. La reina se asomó a la balaustrada.

Charis estaba sobre el césped bañado por la luz de la luna, vestida tan sólo con un delgado camisón, girando despacio una y otra vez con los brazos levantados hacia el cielo y los ojos fijos en la luna; la extraña canción emergía de sus labios y una expresión de completo éxtasis aparecía en su rostro alzado.

La reina abrió la boca para llamarla, pero lo pensó mejor y prefirió, en su lugar, escuchar. Tardó bastante en poder discernir las palabras, y lo que oyó la dejó sin respiración.

—Madre de las Naciones, Cuna del Conocimiento, yo soy la Atlántida..., la Atlántida..., la Atlántida..., soy la Atlántida.

6

Hafgan permanecía de pie, envuelto en su capa color azul noche, con el bastón de roble bien sujeto en su mano derecha. Estudió el firmamento nocturno durante un buen rato. Luego empezó a pasear de nuevo, dando vueltas en el sentido de las agujas del reloj, alrededor de la forma pétrea situada en el centro del círculo de piedras, sin detenerse más que para comer unas cuantas avellanas de la sabiduría que iba sacando una tras otra de una bolsa de cuero que colgaba de su cinturón.

Caminaba despacio y escuchaba al viento juguetear con la hierba seca del invierno, y el grito de caza de un búho en un árbol distante. La luna brillaba llena y hermosa sobre él mientras seguía su curso; Hafgan observó la fuerza de su luz al pasar sobre su cabeza. El druida consumió la noche escuchando, sopesando y juzgando.

Cuando la luna quedó directamente encima de la piedra central, Hafgan empezó a salmodiar su profecía, canturreando aquellas sílabas secretas para sí, despacio, con deliberación, y sintiendo cómo su poder se acrecentaba dentro de su cuerpo. La pesada cortina que normalmente cubría sus sentidos empezó a disiparse y a hacerse transparente para permitirle que se asomara al Otro Mundo, donde sus ojos podrían ver, sus oídos escuchar y su mente percibir aquellas cosas que de ordinario les eran negadas a los mortales.

Su sonsonete se transformó en una canción y alzó la voz, dejándola libre para que recorriese los senderos invisibles del aire.

¡Madre Tierra, contempla a tu hijo!
Padre Cielo, reconóceme, a mí, tu
devoto sirviente.
Padre de la Sabiduría, háblame
de modo que pueda entender tu voz.
Guardián de las Puertas del Conocimiento, ábrelas de par en par
para que pueda penetrar en tu reino.
Diosa Suprema, Reina de la Vida, difusora de luz plateada,
tocada de cuernos, que, al pasear por
la penumbra de la sagrada Noche,
brillas con rayos de plata;
sea en todo tu esplendor, sea menguando en tu ocaso,
muéstrame al pasar
la señal secreta;
revélame aquello que tú ves.

En este punto dejó de pasear y abrió los brazos. La capa le resbaló de los hombros al elevar su bastón, sujetándolo con ambas manos sobre su cabeza.

Un resplandor iluminó el cielo y una estrella se precipitó a toda velocidad hacia

la tierra. Al cabo de un momento, otra se dirigió hacia el este y luego otra; de repente, el cielo se llenó de estrellas fugaces, todas relucientes como llameantes puntos de luz, que dibujaban la ardiente estela de una tea al hundirse en la noche.

Cuando hubo pasado, Hafgan bajó el bastón. Metió la mano en su bolsa para tomar un puñado de avellanas, luego se sentó en una roca cercana y se puso a masticar pensativo, meditando lo que había visto. Permaneció allí hasta que la luna empezó a desaparecer con la llegada del alba. Entonces, tomó su capa, abandonó el círculo de piedras y regresó despacio a su cabaña, situada fuera del *caer.*

Por la mañana, muy temprano, las gentes de Caer Dyvi se reunieron en el exterior de la cabaña del druida. Muchos habían visto la extraña lluvia de estrellas de la noche anterior y temían que estuviese al acecho sobre ellos alguna terrible desgracia.

La gente lo llamó a grandes gritos:

—¡Despierta, druida!

—¡Dinos qué desastre se avecina!

—¡Hafgan! ¿Por qué estás aún en la cama cuando el peligro se acerca? ¡Despierta!

Al no recibir ninguna respuesta, empezaron a protestar ruidosamente hasta que, al fin, el mismo Gwyddno Garanhir apareció y los increpó:

—¿Qué significan estos gritos a esta temprana hora de la mañana, mis queridos parientes? ¿Qué sucede?

—Eres tú el único que no lo sabe —indicó una mujer llena de inquietud—. ¿Nadie te lo ha contado?

—La lluvia de estrellas de anoche —aclaró otra—. Sin duda, un desastre no tardará en cernirse sobre nosotros.

—Si es como aseguras —señaló Gwyddno, tirando de su bigote—, entonces Hafgan nos dirá cómo proceder.

—Pero ahí está el problema —replicó uno de los hombres allí reunidos—. Nuestro *derwydd* no quiere hablarnos.

Gwyddno hizo un gesto con la cabeza a Cuall, quien apartó a un lado la piel de buey que colgaba en el portal para cerrar el paso al viento y entró en la cabaña del druida. Salió a los pocos instantes.

—Se ha marchado —informó—. Pero las cenizas del hogar están todavía calientes.

—Entonces se ha ido esta mañana —repuso Gwyddno—. No hay duda de que ha acudido a consultar con sus hermanos druidas y regresará cuando tenga una respuesta para nosotros. Por lo tanto, sigamos con nuestras tareas.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —exigió una de las mujeres—. ¡En cualquier momento puede precipitarse la destrucción sobre nosotros!

Gwyddno golpeó el suelo con el pie.

—La única ruina será un día de trabajo perdido si no atendemos nuestros deberes. ¡Idos ahora todos vosotros! Volved a vuestras casas y a vuestras labores. ¿Lo veis? El sol está saliendo, el día ha empezado.

Se oyeron murmullos de protesta y varias de las mujeres se quejaron en voz alta, pero regresaron a sus casas e iniciaron sus tareas. El sol se elevó y brilló con fuerza. No aparecieron naves piratas en el horizonte ni tampoco se desplomó el cielo sobre sus cabezas. Al llegar al mediodía su ansiedad había disminuido; los habitantes de Caer Dyvi apartaron sus temores, pese a que siguieron preguntándose qué

presagiaría aquel extraordinario suceso.

En la cima de una colina llamada Garth Greggyn había una arboleda sagrada, situada por encima de un arroyo alimentado por un manantial. Sobre el lugar donde el agua surgía borboteante de la ladera de la colina, se alzaba un monolito de piedra esculpido con signos *ogam y* dedicado a Tywi, el dios de la primavera. Yendo hacia el bosquecillo de robles, Hafgan se detuvo y bendijo al dios de la primavera, luego besó la piedra *ogam y* prosiguió su camino.

Ascendió la montaña, pasó por entre dos figuras esculpidas —una de Lleu, dios de bardos y guerreros, la otra de Don, madre de los dioses— y penetró en el boscoso santuario, donde fue recibido por otros druidas de regiones vecinas, quienes, al igual que Hafgan, se habían reunido allí para discutir las misteriosas señales celestes que todos habían contemplado.

Sentado en una silla de piedra, rodeado de ayudantes y ovatos, se hallaba Cormach, un anciano de elevada estatura y blancos cabellos. Éste levantó las manos para saludar a Hafgan, que se acercaba a grandes zancadas.

—¡Mirad! Se aproxima alguien que conoce mejor que yo las señales del cielo.

Hafgan inclinó la cabeza, sonrió e indicó:

—Sólo Cormach de Dolgellau podría hablar así de forma convincente.

El anciano druida se puso en pie y ambos se abrazaron. Muchos de los ovatos y *filidh* más jóvenes se agruparon a su alrededor para escucharlos, ya que Hafgan gozaba de gran renombre entre la sabia hermandad.

Por fin, Cormach levantó su bastón de madera de serbal y golpeó con él tres veces la silla de piedra. Todos los presentes callaron y ocuparon sus lugares, formando un círculo en el centro de la arboleda, mientras varios *filidh* pasaban entre ellos con tazones de té de bellota y cuencos de avellanas. Cuando se les hubo servido a todos, Cormach tomó la palabra:

—Hablaré yo primero, como corresponde al más anciano.

—Eres el jefe entre nosotros —afirmó Hafgan—, de modo que continúa, por favor.

Los demás, casi veinte en total, asintieron de buena gana. Cormach se llevó el dorso de la mano a la frente y lanzó un largo y susurrante gemido, que los reunidos repitieron hasta que se convirtió en un murmullo que resonó por toda la arboleda.

Al poco rato, el Gran Druida bajó la mano y dijo:

—Es oportuno que nos reunamos hoy. ¡Ojalá lleguemos a una conclusión! Anoche divisé una portentosa señal en el cielo: estrellas que caían como una lluvia de fuego. Hoy la tierra se caldea bajo un sol veraniego y, sin embargo, hace muy poco tiempo que fue *Beltane.* Decidme, hermanos, ¿qué pensáis sobre esto?

—Muerte —respondió un joven druida—. Una estrella fugaz siempre significa muerte.

—Tal cantidad de estrellas fugaces debe indicar una muerte importante —apoyó otro—. ¿Un fallecimiento real, quizá?

Se inició entonces una discusión sobre qué monarca podía ser tan importante como para justificar tal augurio. Cormach escuchó con paciencia los diferentes argumentos, luego golpeó con su bastón sobre la roca.

—Hafgan, no has aventurado nada. ¿Pretendes mantenernos en la ignorancia?

Hafgan irguió el cuerpo.

—Es cierto que una estrella fugaz a menudo significa muerte, pero también puede significar un nacimiento, ya que, como todos sabemos, nacer y morir son una

misma cosa. Nada nace que no haya muerto, ni tampoco muere nada que no renazca luego. Se absorben y complementan mutuamente.

—Bien dicho —replicó Cormach—. ¿Qué más puedes decirnos?

—Tal y como sugieren nuestros hermanos más jóvenes, la magnitud de la señal sólo puede significar una muerte importante, quizá la muerte de un rey, sí, o la de muchos reyes.

Esto último causó sensación entre los druidas, quienes lanzaron murmullos de sorpresa.

—Explícate, por favor —pidió Cormach cuando los otros se hubieron calmado.

—Muy bien —replicó Hafgan—. Las estrellas cayeron en el mar occidental, donde están las Islas de los Inmortales. Entre nuestras gentes se dice que un rey y su tierra son una misma cosa. Por lo tanto, en este extraordinario signo veo terribles cataclismos en las Tierras Occidentales, de ahí esa gran muerte, la de muchos reyes.

—¿Y qué hay del nacimiento?

—Los astros se precipitaron desde la Casa Real del Sol, de modo que espero un nacimiento real.

—Un nacimiento real surgido de la muerte de reyes —concluyó Cormach—. Escuchad y recordad, hermanos míos; Hafgan dice la verdad.

—¿Cuándo tendrá lugar todo eso? —preguntó un druida de la vecina localidad de Yr Widdfa.

—Espera y observa, hermano; el momento llegará. Por ahora es suficiente saber que sucederá. Cuando llegue la hora, ésta será anunciada mediante prodigios y señales. Avisad a la gente. —Tras estas palabras, Cormach levantó el bastón y anunció—: Declaro finalizada la reunión.

Pese a ello, los druidas permanecieron conversando informalmente entre ellos antes de iniciar el viaje de regreso a sus respectivas casas. Cormach se llevó a Hafgan a un rincón para hablar en privado; se situaron bajo las ramas extendidas de un enorme y viejo roble.

—¿Qué significan los rumores sobre que la fortuna de Caer Dyvi va a aumentar?

—Es verdad —admitió Hafgan—. ¿Dónde los oíste?

El anciano druida sonrió.

—El viento desvela muchos secretos a aquellos que escuchan.

—Y la lengua de los hombres aún revela más —replicó Hafgan.

Cormach alzó un dedo en señal de advertencia.

—Tal incremento quedará compensado por un descenso en otro sitio. El equilibrio se mantendrá. Pero dime, cuéntame sobre el niño.

—Una criatura extraña y especial, seguro. Lo he llamado Taliesin. Será un bardo de unos conocimientos y habilidad extraordinarios, quizás el más importante de entre todos nosotros. Si no hubiera nacido ya, habría creído que por él caían las estrellas.

—Entonces tengo que ir a ver pronto a ese ser.

—Sí, ven. Hace mucho tiempo que no hemos brindado juntos. Hablaremos... —Hafgan se detuvo con expresión meditativa.

—¿Qué es? ¿Has visto algo?

—No, recuerdo unas palabras tuyas anteriores, sobre la tierra caldeándose bajo un sol de verano. No lo había pensado antes.

—Entonces hazlo ahora —apremió Cormach—, y dime qué te sugiere.

—*Beltane,* como sabemos, es un momento único en el que los poderes de la tierra y el cielo, del aire y las aguas se hallan en pleno flujo. El invierno es la muerte, que muere en la primavera. Cuando el invierno se impone en la víspera de la primavera indica que la muerte lucha con la vida por la supremacía. Hoy estamos bajo un sol veraniego, que demuestra que la vida ha sobrevivido.

—¿Y la lluvia de estrellas?

—La vida ganó pagando un alto precio, quizá.

Cormach asintió meditabundo.

—Tus pensamientos son profundos y exactos, Hafgan. —El Gran Druida posó su mano sobre la de Hafgan—. Muy pronto serás tú quien lleve el bastón de serbal. Entretanto, creo que es hora de que empieces a enseñar. Te enviaré a dos de mis mejores *filidh.*

—Representa un gran honor.

El anciano apretó la mano de Hafgan que sujetaba el bastón.

—Necesitarás ayuda con el niño.

—Dime, Cormach, ¿hubo alguna vez un presagio como el que nos ha reunido aquí?

El druida cerró los ojos y se apoyó en su bastón.

—Sólo en una ocasión —respondió al fin—. Hace muchos años, antes de que ninguno de los que ahora están vivos hubiera nacido, antes de que los romanos vinieran a la Isla Sagrada, cuando esta arboleda aún era joven, se dio una señal similar. Sin embargo, las estrellas no cayeron, sino que convergieron en el cielo. Una visión muy extraña, se me dijo, para quienes sabían interpretarla.

—¿Qué anunció?

Cormach abrió los ojos.

—Qué iba a ser, la llegada de Jesús, Hijo del Buen Dios. Aquel al que los romanos llaman Cristo.

—Ya veo —replicó Hafgan—. A lo mejor esta nueva señal será igual de favorable.

—Esperemos —repuso el anciano—. Como todos los hombres, sólo podemos esperar. Bien, vendré a visitarte antes del solsticio de verano para ver al niño. Cuídalo bien.

—Estará bien atendido y protegido, no temas —aseguró Hafgan—. Me ocuparé de ello.

Cormach levantó los ojos para contemplar las enormes ramas que colgaban sobre sus cabezas.

—Este roble ya era anciano cuando yo nací. Ahora yo soy viejo y pronto moriré, pero este árbol sigue lleno de vitalidad. No somos más que insignificantes criaturas, Hafgan. Nuestras vidas no son largas.

—Lo bastante para aprender lo que debemos.

—¡Oh, sí!, lo suficiente para aprenderlo, aunque no para cambiar nada —afirmó Cormach con un dejo de tristeza—. Ese es nuestro fallo. Cada era tiene que iniciar el aprendizaje. ¡Supone tanto desperdicio! Nos equivocamos una y otra vez, cada generación comete los mismos errores y se tambalea en la ignorancia y la oscuridad. —Elevó una mano en dirección al árbol—. ¡Saludos, robusto hermano! Observa nuestras flaquezas y no nos juzgues con demasiado rigor.

—Vamos, Cormach, el sol calienta, hace un buen día. Te acompañaré un trecho y tú me contarás por qué estás tan abatido. —Hafgan se llevó al druida de allí.

Abandonaron la arboleda y descendieron por la colina bajo el brillante astro, deteniéndose un momento en el manantial para beber antes de seguir adelante.

7

Charis se levantó cuando la esfera solar empezaba a llamear por encima del gran reborde de mar azul. Llenó una palangana con el agua perfumada de una jarra, se lavó, secó y se vistió con una túnica de lino azul; tras calzarse unas sandalias de cuero blanco y atárselas apresuradamente, tomó dos higos maduros de un cuenco que había sobre la mesa situada junto a la puerta, y bajó corriendo hasta el patio del palacio. Allí se encontró a los más jóvenes de sus hermanos, Eoinn y Guistan, entregados ya a la tarea de supervisar el proceso de carga de los carros y también los enganches de los caballos.

Ninguno de los muchachos le dedicó una palabra, ya que toda su atención se concentraba en los deberes que les habían asignado. Ella se deslizó por entre los sirvientes, se aseguró de que su baúl de viaje había sido cargado y, luego, se retiró a una distancia prudente para observar.

Al poco, aparecieron mozos de cuadra con monturas ya ensilladas y los dos jóvenes se pusieron a disputar por obtener la mejor. Kian, el mayor de los hijos de Avallach, ya casi un hombre, se vio obligado a intervenir y zanjó la disputa entre sus hermanos con característica imparcialidad autocrática. Maildun hizo su aparición mientras los otros discutían y, con una sonrisa, se llevó el mejor caballo con toda tranquilidad.

Kian se parecía tanto a su padre que, a veces, semejaba simplemente un gemelo suyo de aspecto más juvenil. Maildun, por el contrario, algunos años menor que él, no recordaba en nada al rey. Alto y delgado como un joven ciprés, hablaba con suavidad y, normalmente, era de carácter reservado, aunque podía resultar un astuto calculador cuando quería y, si se le llevaba la contraria, era propenso a violentos ataques de cólera.

Después de Charis venía Eoinn, mucho más joven que su hermana. Al igual que ella, había heredado la cabellera dorada de su madre, como también su afición por el estudio y la literatura. No obstante, su pasión por los caballos le era por completo peculiar, y si hubiera podido descubrir una forma de leer mientras montaba a pelo lanzado al galope, Eoinn se hubiera considerado el chico más afortunado del mundo.

Guistan, el más pequeño, era moreno como Avallach pero poseía los ojos azul claro de Briseis y algo de su gracia. No compartía en absoluto el entusiasmo de su hermano por los libros, y muy pronto había desarrollado una gran facilidad para desaparecer siempre que se vislumbraba en el horizonte la posibilidad de tener que dedicarse a algún tipo de estudio. Era muy hábil con las manos y la vista: podía representar cualquier cosa que viera con asombrosa facilidad y perfección, pero destruía el dibujo inmediatamente si alguien se atrevía a alabar o mencionaba siquiera sus dotes artísticas. Sentía un gran placer irritando a sus hermanos mayores y gastándoles complicadas bromas, aunque a menudo le costaban caras.

Los cuatro constituían, para Charis, males necesarios. Eran varones y, por lo tanto, habitaban en un mundo distinto del suyo. No la trataban mal; por regla

general, ni advertían su existencia y, si de alguna forma conseguía llamar su atención, demostraban o bien sorpresa o bien resentimiento por aquella intrusión. En el mejor de los casos la consideraban una novedad, una mascota exótica; en el peor, una fastidiosa molestia.

La joven, sin embargo, se cansó muy pronto de su innata condescendencia. Aprendió a apañárselas sola, tolerando a sus hermanos cuando las circunstancias lo requerían e ignorándolos el resto del tiempo, de la misma forma en que ellos procedían.

Aquel día, Charis se sentía particularmente magnánima. Era un día especial, ya que, por fin, algo fuera de lo normal, incluso excitante, iba a suceder. Y nada, ni siquiera el grosero comportamiento de sus hermanos, podría empañar su entusiasmo.

Mientras la muchacha contemplaba la escena con creciente expectación, apareció Annubi, que llevaba una pequeña y sencilla arca de madera como todo equipaje. Charis lo saludó y preguntó:

—¿Es eso todo lo que te llevas?

El adivino parecía preocupado, sonrió distraídamente y murmuró:

—¡Oh, Charis!, sí, ¿qué me llevo?

—El arca. ¿Es eso todo?

Contempló aturdido el bullicio que lo rodeaba.

—Demasiada gente, demasiado ruido. Todo ocurre demasiado deprisa.

—¿Demasiado deprisa? Estoy deseando abandonar este lugar tan aburrido.

Annubi sacudió la cabeza y miró a la muchacha que tenía ante él.

—Tcha, la sed de emociones nos matará a todos.

Se alejó a grandes pasos, Charis se percató de que llevaba unos resistentes zapatos de marcha, de gruesas suelas, en lugar de las suaves botas de piel de un jinete y, sin embargo, sus largas piernas estaban enfundadas con unos pantalones de montar; llevaba una capa normal en vez de una apropiada para cabalgar. Su vestimenta resultaba una curiosa combinación, daba la impresión de que no acabara de decidir cómo o adonde iba.

El cochero del rey penetró en el patio de palacio con el carro oficial del rey enganchado a tres caballos blancos como la leche. Avallach no lo utilizaría hasta su entrada en Poseidonis y, después, cuando los reyes desfilaran a su salida del templo a lo largo de la Avenida de las Estrellas en las últimas ceremonias del consejo.

El monarca llegó al poco rato, se quedó de pie con las manos en las caderas y se dedicó a observar toda aquella actividad. Charis se acercó silenciosa y deslizó ambas manos alrededor de su brazo. El la miró por el rabillo del ojo y le palmeó las manos.

—¿Contenta, Charis?

—Sí, padre. Muy contenta.

—Bien.

Le dedicó una breve sonrisa y volvió su atención al proceso de carga. Kian se aproximó, intercambió unas cuantas palabras con su padre y ambos se alejaron juntos, dejando a Charis de nuevo sola.

Reunir todo el equipaje y provisiones parecía una tarea interminable. Charis se cansó de esperar y regresó al interior del palacio. Penetró en el vestíbulo de columnas y vio a Annubi que hablaba con su madre. Briseis tenía las manos alzadas frente a ella, como si quisiera apartar algo; su cabeza se inclinaba mientras escuchaba al adivino. La reina asintió cuando éste cesó en su charla, luego colocó una mano sobre

su brazo, sonrió con tristeza y se alejó. Annubi la observó durante un instante y, tras esto, también él se marchó.

Charis siguió su camino intentando adivinar la naturaleza de aquella conversación. Ilean, la doncella de la reina, la encontró algo después en la pequeña cocina auxiliar, sentada a la mesa con una de las pinches, comiendo dátiles y tortas de miel.

—Princesa Charis, es hora de marchar. Os he estado buscando por todas partes.

—Me cansé de esperar y me entró hambre.

—No es extraño —aseguró Ilean—. Coméis siempre muy poco. Bien, vayámonos ahora. Os están esperando.

La muchacha se levantó despacio.

—Recordad vuestra promesa —dijo la pinche mientras Charis se incorporaba y escogía una última torta para llevarse con ella—. Si os dieran dos regalos iguales...

—Tú tendrás el que yo no quiera. Lo recordaré. —La joven partió la torta en dos mitades y se metió una de ellas en la boca—. Adiós.

Cuando Charis e Ilean llegaron al patio del palacio, los viajeros se acomodaban ya en los carruajes, mientras que los jóvenes príncipes, a caballo, daban vueltas por el recinto, expresando de forma muy sonora su impaciencia por partir. Los coches estaban sostenidos por cuatro ruedas grandes y delgadas, y había espacio para cuatro pasajeros en sus dos amplios bancos. Unos aros sujetaban un toldo color carmesí encima del banco trasero, y dos estandartes del mismo color, uno a cada lado del elevado asiento del cochero, ondeaban bajo la ligera brisa.

—Estuvimos a punto de partir sin ti —reprendió Briseis, mientras Charis ocupaba precipitadamente el asiento junto a ella.

Un pequeño ejército de soldados a caballo penetró en el patio, las afiladas puntas de sus largas lanzas reluciendo bajo los rayos del sol. Su capitán intercambió unas pocas palabras con Avallach. El rey subió a su corcel mientras los soldados se alineaban a la cabeza de la comitiva y, a los pocos minutos, los carruajes empezaron a rodar. Atravesaron lentamente la gran arcada, dejaron atrás las puertas del palacio y salieron a la calzada que unía el palacio con la ciudad de Kellios, a sus pies.

—Por fin —suspiró Charis, girándose en su asiento para ver cómo los muros del palacio retrocedían poco a poco a su espalda—. Por fin me voy.

La caravana de carromatos y carruajes del rey Avallach rodó por carreteras enlosadas, cruzando la ciudad real, y penetró en las densamente arboladas colinas en dirección al sur, dejando muy atrás la costa. Se alzaban muchas ciudades en el camino y, en cada una, la población se agolpaba para ver pasar el cortejo real, colocándose a lo largo de la carretera, para saludarles y ofrecerles presentes. Los viajeros acampaban cerca de alguna ciudad o pueblo —Iraklion, Parnitha, Kardis, Oenope, Xanthini— donde eran agasajados cada noche por sus habitantes hasta que iniciaron el suave y ondulante descenso hacia la cuenca del río Coran, que delimitaba la frontera meridional del reino de Avallach. El ancho y fértil valle del gran río se extendía desde el corazón del continente hasta el mar, separando Sarras de Corania. Tras cruzar el río la comitiva recorrió mesetas pobladas de árboles durante dos días más antes de llegar al palacio de Seithenin, situado sobre la colina, en forma escalonada, que dominaba el gran puerto de Ys.

Jinetes montando guardia se desplegaban en el acceso al palacio y, al ver

acercarse al cortejo, salieron al galope para anunciar la llegada de Avallach, de modo que, cuando la caravana del rey se aproximó, le salió al encuentro un escuadrón de soldados vestidos con capas color gris humo y lanzas de plata en las que ondeaban estandartes también de color gris. Las tropas se dividieron para formar columnas a cada lado de la carretera y le rindieron honores con las lanzas tendidas hacia afuera y los estandartes ondeando al viento.

La comitiva de Avallach desfiló ante esta formación y llegó ante un enorme muro que la carretera atravesaba pasando por una inmensa puerta con adornos de bronce en la que aparecían esculpidos dos pulpos gigantescos, uno en cada hoja, retorciendo ambos los tentáculos en dirección al otro. A la puerta los esperaba el mismo Seithenin en su carro de ceremonia.

—¡Saludos, amigo, y sé bienvenido! —gritó cuando Avallach cabalgó hacia él.

Seithenin descendió de su carro y Avallach desmontó. Ambos se abrazaron. Luego el anfitrión invitó a Avallach a subir con él a su carruaje y los dos atravesaron juntos la puerta, recorriendo el camino que ascendía hasta el palacio en la cima de la colina que se perfilaba delante.

La reina Briseis, desde su coche, observó la bienvenida y comentó:

—El saludo de Seithenin resulta muy agradable.

Annubi, sentado frente a ella, parpadeó cegado por el sol y repuso:

—Con demasiada ceremonia, me parece a mí. Un espectáculo se lleva a cabo para muchos ojos, me pregunto cuáles.

—Pues, para los nuestros, pienso yo. Su acogida parecía genuina.

—Quizá. Pero existe algún propósito detrás de ella, podéis estar segura. —Dicho esto se quedó silencioso y ya no quiso continuar la conversación.

Charis escuchó la advertencia y abandonó su inspección del palacio de Seithenin para mirar fijamente a Annubi. El adivino parecía agitado e incómodo; sus largas manos se aferraban inquietas a sus rodillas. Cuando la comitiva pasó bajo la sombra del palacio, dio un respingo y levantó los ojos hacia los muros que se elevaban sobre ellos.

Briseis le puso una mano sobre el brazo.

—Annubi, ¿qué sucede?

El adivino se llevó una mano temblorosa al rostro y se cubrió los ojos.

—Na... nada. Nada, mi reina. Un momentáneo escalofrío, eso es todo. —Le dedicó una sonrisa forzada.

Charis se sintió intrigada ante su respuesta, ya que, también ella, había sentido algo parecido, aunque no con tanta fuerza como Annubi. De buena gana lo hubiera interrogado sobre ello, pero algo le indicó que aquél no era el momento oportuno. «Lo interrogaré más tarde», pensó, y devolvió su atención al palacio.

Era un edificio enorme y complejo, que reflejaba las ambiciones de sus diferentes ocupantes, ya que cada sucesivo monarca lo agrandaba, añadiendo una pared aquí, una muralla allá, una torre, un salón, un almacén o una residencia en algún otro sitio. Todo se rodeaba de parques, jardines, viñedos, palomares, estanques de peces y establos. Siglo tras siglo de edificación continuada habían producido un laberíntico monumento a la riqueza de los reyes coramos.

Mientras los carruajes pasaban a través de puertas y sobre puentes para llegar al corazón del enorme palacio de Seithenin, Charis ya no pudo reprimir su asombro por más tiempo.

—Míralo —exclamó—. ¿Hay algún palacio mayor que éste en la Atlántida?

—Sólo el palacio del Sumo Monarca, en Poseidonis —respondió su madre—. Pero el de Seithenin debe de ser casi igual de grande.

—¡Observa a la gente! —La muchacha contempló a la muchedumbre que se alineaba en los parapetos de los muros interiores, agitando las manos y arrojando flores al camino que se trazaba debajo—. ¿Todos ellos viven en el palacio?

—La mayoría —repuso Briseis—. Aunque supongo que algunos deben de residir en la ciudad.

—¿Cuántas esposas tiene Seithenin? —inquirió Charis.

Su madre se echó a reír.

—¿Por qué lo preguntas?

—Un rey con un palacio así debe de tener muchas esposas para que lo ayuden a llenarlo. Y si es así, debe de tener muchos hijos, quizás uno o dos de mi edad.

—¡Oh! Estoy segura de que al menos habrá uno de tu edad. Seithenin tiene siete esposas y muchísimos hijos. Seguro que harás amistad con alguno.

Charis se quedó pensativa durante un momento y luego preguntó:

—¿Por qué tiene Seithenin siete esposas, mientras que Avallach no tiene más que una?

La reina sonrió.

—Los senderos del amor son misteriosos, no tardarás en aprenderlo.

—Los senderos de la política, querréis decir —replicó Annubi desdeñoso.

—No me gustaría ser una entre siete —declaró Charis—. Si me he de casar, quiero ser la única esposa.

—No tienes demasiados motivos para preocuparte —repuso la reina alegremente—. La costumbre de tomar muchas mujeres está desapareciendo en la Atlántida.

—Estupendo —observó Charis—. Pero, ¿por qué?

—Los tiempos cambian, muchacha. ¡Mira a tu alrededor! —señaló Annubi, casi a voz en grito; luego las miró con cierto embarazo y murmuró—: Perdonadme la intromisión.

—No, por favor, continúa —le instó Briseis—. Me gustará escuchar lo que tienes que decir.

—Ya ha sido demasiado —se quejó el adivino. Volvió la cabeza y masculló entre dientes—: A veces se escapan las palabras.

—Por favor, Annubi —rogó Charis—. Cuéntanos.

El adivino levantó los ojos hacia el cielo y lo contempló durante unos instantes.

—Los tiempos cambian —repitió—. Los hombres marchan lejos de sus hogares, naciones enteras van errantes; el mundo resulta cada vez más pequeño. La gente no respeta la autoridad; el saber disminuye. Los reyes urden guerras en sus corazones, o se entregan a la ociosidad o a la extravagancia. A los dioses ya no se los venera como se hacía antes; los sacerdotes de Bel se han vuelto gordos y estúpidos, pero ya nadie se preocupa.

—Dinos alguna cosa buena —pidió Briseis en un intento por animarlo—, porque, a buen seguro, las cosas no pueden estar tan mal como tú sugieres.

—¿Alguna cosa buena? —Posó un dedo sobre sus apretados labios y contempló el palacio de Seithenin con el entrecejo fruncido. Cuando volvió la mirada hacia ellas, sus ojos brillaban con perverso regocijo—. Aquí la tenéis: lo que está hecho no puede deshacerse, pero lo que se ha perdido, a veces, puede encontrarse.

—Y a veces, Annubi —interpuso Briseis—, creo que sencillamente disfrutas

confundiendo a la gente.

Charis escuchó todo aquello y se quedó desconcertada. ¿Qué le sucedía a Annubi? Desde la visita de los hombres de Belyn, parecía en ocasiones distante y ansioso, muy diferente a su comportamiento normal, aunque éste fuera ligeramente desabrido. ¿Qué podría haber ocurrido para trastornarlo de aquella forma? Quizás el motivo de su desasosiego fuera otro.

Siguieron adelante y llegaron por fin a los patios interiores del palacio, donde los esperaban los sirvientes de Seithenin, vestidos con sus mejores libreas. Era un espectáculo impresionante, ya que había más de cuatrocientas personas reunidas para darles la bienvenida: cocineros y mayordomos, mensajeros, ujieres y sirvientes, criados y criadas, chambelanes, senescales y consejeros de diferentes rangos, cada uno con un cargo y posición específicos dentro del servicio doméstico de Seithenin.

El carruaje se detuvo y los ojos de Charis se pasearon veloces por la multitud.

—¿Dónde están? —inquirió.

—¿Quiénes? —preguntó su madre.

—Los hijos del rey Seithenin.

—Pronto los conocerás.

Se ayudó a bajar a los visitantes de los carruajes y se escoltó a la comitiva de Avallach al interior del palacio. Charis se maravilló ante las enormes puertas de dinteles dorados y las macizas columnas que soportaban el peso de enormes vigas de madera de cedro que, por su parte, sostenían el techo pintado de brillantes colores. Nada más penetrar en la sala de entrada salieron a saludarles las esposas de Seithenin y una pequeña hueste de sus hijos, cada uno llevando un regalo envuelto en sedas de colores.

Se adelantaron pronunciando unas protocolarias palabras de bienvenida y entregaron un regalo a cada uno de los invitados. Charis se sintió consternada al ver que, con excepción de unos pocos infantes en brazos de sus nodrizas, la descendencia de Seithenin parecía de mayor edad que ella, y que la mayoría eran muchachos. Arrugó el entrecejo y miró a su madre.

—¡No hay nadie para mí! —susurró lacónica.

Su madre sonrió al aceptar un regalo de una mujer vestida con una deslumbrante túnica naranja, con un largo tabardo rojo brillante y un collar de coral.

—Ten paciencia —indicó Briseis, y volvió su atención al regalo y a su portador.

Charis bajó los ojos y se agitó inquieta. Estaba dando pataditas a las baldosas cuando se percató de la presencia de un par de pequeños pies bronceados encerrados en unas sandalias de cuero azules. Una jovencita que debía de alcanzar la mitad de su edad estaba frente a ella, con los brazos extendidos, sosteniendo un pequeño paquete envuelto torpemente en un pedazo de arrugada seda amarilla.

Charis aceptó el presente con educación pero sin entusiasmo. La muchachita sonrió, revelando un hueco en el lugar donde había perdido un diente.

—Me llamo Liban —dijo—. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Charis.

—Abre tu regalo, Chariz —ceceó la niña, indicando con la cabeza el paquete que Charis sostenía en sus manos.

Esta desató la seda y de ella cayó un brazalete hecho de pedazos de anguloso jade pulido ensartado por manos inexpertas en hilo de colores.

—Gracias —dijo Charis, sombría, dándole vueltas a aquella cosa en la mano. Miró los extravagantes regalos que recibían los demás: botas y sandalias de delicada

piel, anillos y brazaletes de plata, una daga de oro con un centelleante zafiro en la empuñadura para Avallach, arcos hechos de asta y carcajs de flechas para los príncipes, un ánfora de aceitunas en aceite para Annubi, una caja lacada incrustada de perlas que contenía tres frascos de costoso perfume para Briseis...

Contempló una vez más su regalo, un brazalete barato de jade del tipo que podía encontrarse entre las mercancías de cualquier vendedor callejero. Su evidente desilusión, sin embargo, no fue percibida por su benefactora, que seguía sonriendo con simpatía.

—Lo he hecho yo mizma —declaró Liban orgullosa—, ezpezialmente para ti.

—Lo acepto con gran alegría —replicó Charís—. ¿Cómo sabías que yo vendría?

—Mi madre me lo dijo. Vamoz, póntelo. —La niña se acercó más y tomó el brazalete. Charis extendió la mano y aquélla se lo deslizó en la muñeca—. Ez un poco grande —observó Liban—, pero creceráz. ¿Qué número erez tú?

—¿Número?

—¿Qué princeza?, quiero decir. Yo zoy la número cinco. Tengo cuatro hermanaz, pero zon máz mayorez, y diez hermanoz, aunque trez no zon máz que bebéz.

Charis sonrió; a pesar de la diferencia de edad, se encontró con que le gustaba Liban.

—Supongo que soy la número uno, porque soy la única princesa.

—¿La única? —Liban sacudió la cabeza asombrada—. Debez zentirte muy zola.

—Sí, a veces —admitió Charis.

—¿Quierez ver mi habitación?

—Bueno... —asintió Charis indecisa, mirando a su alrededor. La sala estaba llena de gente, pero nadie parecía estar interesado en ella, excepto Liban—. De acuerdo, me gustaría verla.

—Puedez quedarte conmigo zi quierez —indicó Liban cuando empezaron a andar—. Pueden poner una cama. Hay mucho zitio.

Abandonaron la recepción, metiéndose por un amplio corredor de reluciente mármol verde. Liban parloteaba alegremente, tirando de Charis como si temiera perderla. A ésta, que jugueteaba con su tosco brazalete, se le ocurrió de repente que nadie le había hecho un regalo antes, es decir, uno hecho especialmente para ella.

Una vez que sus invitados hubieron descansado y se hubieron refrescado, Seithenin envió a sus senescales para proponer a los acompañantes de Avallach que se reunieran con él en el prado. Avallach aceptó y se les condujo a un llano en el interior de los muros exteriores cubierto de pabellones; constituía un prado festoneado, ahora, con estandartes y linternas colgados de un poste a otro. Enormes braseros de hierro llenos de cenizas ardientes ocupaban el centro y sobre éstos daban vueltas lentamente bueyes y cerdos enteros ensartados en asadores, mientras los jefes de cocina rociaban la carne con regueros de mantequilla especiada que sacaban de un barreño de madera.

En el centro de la circunferencia exterior de tiendas se veía una elevación, que daba a un campo acordonado, con varias docenas de asientos. Un grupo de jóvenes, que llevaban guirnaldas y cintas de colores, salieron corriendo a recibir los carruajes cuando éstos se detuvieron al borde del prado. Los conducía Liban, y portaban brazadas de flores que entregaron a los pasajeros de las carrozas reales. Charis aceptó

un enorme ramo de manos de la sonriente chiquilla y, luego, los muchachos y muchachas echaron a correr otra vez para empezar a formar círculos sobre la hierba.

Liban tiró de la mano de Charis, pero ésta se echó hacia atrás.

—Vamos, vete con ellos —indicó la reina, dándole un golpecito en el codo y quitándole el ramo—. No has hecho otra cosa más que ir en carroza durante días.

Charis aceptó la mano de Liban y juntas se reunieron con los bailarines. Uno de ellos se quitó su corona de cintas y la colocó sobre la cabeza de la princesa; unos tambores tocados con las manos marcaron el compás, las flautas y la lira iniciaron una alegre melodía y todos empezaron a bailar.

Avallach desmontó y ayudó a Briseis a bajar de su carruaje para que fuera saludada formalmente por la delegación oficial de nobles coranios. Annubi y otros miembros de rango oficial de la comitiva sarrasanida estaban incluidos, y todos se trasladaron al pabellón más cercano, donde se les sirvió vino azucarado procedente de unas ánforas que habían estado sumergidas todo el día en un estanque alimentado por una fuente.

Los cuatro príncipes, sentados todavía en sus sillas, no veían nada que atrajera su interés, hasta que aparecieron algunos de los hijos mayores de Seithenin con arcos y dianas. Los príncipes saltaron entonces de sus monturas para unirse a sus nuevos amigos, todos ellos ansiosos por demostrar su destreza en el tiro con arco.

Cuando el rojo y dorado disco de Bel se hundía hacia el borde del horizonte occidental, los viajeros y sus anfitriones ocuparon sus lugares en las tribunas. Músicos con caramillos y tamboriles, liras y trompas empezaron a tocar, mientras coranios ataviados con ropajes de brillante colorido ofrecían cuadros vivientes de la historia antigua: Atlas luchando con el demiurgo Calyps por la tierra recién creada; Poseidón clavando su tridente en las laderas de la montaña sagrada mientras su esposa, Gea, mataba a Set, el dragón que había invadido la habitación de los niños para devorar al pequeño Anteo; Deucalión y Pirra surgiendo del arcón empapado después del diluvio y levantando un altar a Bel.

Charis consideró cada escena mejor que la anterior y hubiera podido contemplarlas durante toda la noche si no se lo hubiera impedido el avance de la oscuridad, que no le permitía ver. Con la llegada de la noche se encendieron las linternas, las cuales transformaron el campo en un mar de terciopelo verde inundado por el resplandor de trescientas lunas doradas. Se condujo a los invitados a sus asientos y se sirvió la comida. Las largas mesas se combaban bajo el peso de las humeantes bandejas llenas hasta rebosar de viandas: enormes pedazos de carne asada, cortados en gruesas tajadas; montañas de pescado, cada uno envuelto en hojas de vid y cocido con rodajas de limón; montones de panes recién horneados; cestos de frutas dulcísimas traídas del lejano sudoeste; verduras estofadas en burbujeantes calderos; ácido vino de resina.

A Avallach y a su familia se los colocó en los lugares de honor, rodeados de nobles y notables coranios, y, tras una muy larga serie de brindis de rituales, empezó la comida. Charis se sentaba entre Guistan y un muchacho alto y desgarbado, hijo de un patriarca coranio. El muchacho no hacía más que inclinarse sobre ella para poder hablar con Guistan sobre carreras de perros, al parecer, la única diversión de que disponían los jóvenes de Corania.

—Tengo cuatro podencos —explicaba el muchacho, cuyo nombre Charis olvidó rápidamente—. Algún día, los haré correr y ganarán. Son muy veloces.

—Si son realmente rápidos debes hacerles correr en el Óvalo Real de

Poseidonis. Sólo los mejores pueden correr allí.

—Son rápidos —insistió el muchacho—, más rápidos que cualquier otro en todos los Nueve Reinos. Algún día los llevaré a correr a Poseidonis.

—Yo prefiero las carreras de caballos —replicó Guistan dándose importancia.

Para no quedarse atrás, el jovenzuelo interpuso:

—Mi tío tiene caballos de carrera. Ha ganado coronas y cadenas en todas las competiciones importantes.

—¿Cómo se llama? —inquirió Guistan con la boca llena.

—Caister; es muy famoso.

—Nunca he oído su nombre —replicó Guistan.

El muchacho lanzó un soplido y volvió la cabeza. Charis sintió lástima de él, por haber picado el anzuelo y haber sido derrotado por Guistan. Le dio a su hermano un codazo en las costillas.

—¡Ay! —exclamó éste—. ¿A qué viene eso?

—El pobre sólo intentaba ser amistoso. Podrías comportarte con educación.

—¡He sido educado! —siseó Guistan enojado—. ¿Acaso me reí en sus narices?

La fiesta continuó, a pesar de los malos modales de Guistan, y la noche se alargó con más manjares, risas y bailes. Charis comió hasta que ya no pudo tragar ni un bocado más y, entonces, se unió a la danza junto con otros jóvenes. Se reunieron debajo de las linternas y formaron una serpentina para zigzaguear entre los postes que sostenían las linternas y los pabellones.

Los bailarines cantaban mientras daban vueltas alrededor del escenario de la fiesta, alzando sus voces a medida que la serpentina se movía más y más deprisa, hasta que no pudieron mantener el equilibrio y cayeron los unos sobre los otros para desplomarse, cuan largos eran, sobre la hierba. Charis se echó a reír mientras yacía sobre el suelo, con las linternas y las estrellas girando vertiginosamente sobre ella.

Cerró los ojos e intentó recuperar la respiración. Las carcajadas que flotaban en el aire murieron. Se incorporó. Otros estaban de pie, inmóviles, con los ojos fijos en la oscuridad. Charis se levantó también.

Una silueta borrosa y oscura aguardaba justo más allá de la periferia de la luz. Mientras la princesa la contemplaba, la figura se movió, avanzando despacio hacia ellos.

Los silenciosos bailarines retrocedieron. El misterioso visitante se acercó más a la luz y su forma oscura se convirtió en los brazos y piernas, cabeza y torso de un hombre.

No siguió avanzando, sino que se quedó al borde de la luz, mirándolos. Desde un poco más arriba de su hombro, Charis vio surgir el frío destello de una luz amarilla, como el guiño de los ojos de un gato en la oscuridad.

Charis sintió una helada sensación de reconocimiento. Sabía quién se encontraba allí observándolos. El extraño no intentó acercarse más a ellos, pero la muchacha percibió su invisible mirada. Luego, el hombre se dio la vuelta y se alejó tan silenciosamente como había venido.

Algunos de los muchachos mayores lanzaron risitas disimuladas y lo llamaron, imprecándole con ordinarieces e insultos, pero el hombre se había desvanecido en la oscuridad. Los demás formaron con rapidez otra serpentina, pero a Charis la habían abandonado las ganas de seguir bailando. Regresó a su lugar en la mesa, donde pasó el resto de la velada a pesar de que Liban insistió repetidas veces en que se uniera a la algarabía.

Hacía rato que la luna brillaba, y ahora se desplazaba a través de una fragante brisa nocturna mientras derramaba su luz plateada sobre la tierra. Cuando los invitados estuvieron hartos de comida y de música, se pidieron los carruajes y la gente empezó a regresar a palacio.

Charis, medio dormida, fue introducida en la carroza real, donde se acurrucó en un rincón y cerró los ojos.

—¡Mirad!

La voz resonó aguda en sus oídos; Charis se movió en su asiento.

—Ahí... ¡otra! —exclamó alguien más.

Charis abrió los ojos y levantó la cabeza. A su alrededor todo el mundo contemplaba el firmamento, de modo que Charis también alzó la vista hacia el cielo nocturno. Éste relucía con la luz de tantas estrellas que parecía como si un fuego celestial ardiera en la morada de los dioses, brillando a través de una miríada de diminutos agujeros en la bóveda celeste.

Mientras observaba con mucha atención la oscuridad, una estrella hendió el cielo para hundirse en el mar, más allá del palacio. Al instante, otra cayó, y otra. Se volvió hacia su madre y estaba a punto de decir algo cuando vio centellear una luz sobre el rostro de ésta y todos gritaron a la vez.

Charis miró de nuevo y vio arder el cielo con un fúlgido resplandor; cientos de estrellas se precipitaban en picado hacia la tierra. Más y más abajo, seguían cayendo, atravesando la noche como tizones encendidos y arrojados al oscuro Oceanus.

—¿No se detendrá nunca? —se preguntó Charis, cuyos ojos brillaban a la luz de las estrellas fugaces—. ¡Oh, míralas, madre! ¡Parecen caer todas las estrellas del cielo! Es un presagio.

—Un presagio —murmuró Briseis—. Sí, una señal importante.

De la misma forma imprevista con que había empezado, la lluvia de estrellas se terminó de repente. Una quietud sobrenatural se adueñó del lugar, como si el mundo entero se hubiera quedado expectante en espera de lo que sucedería después. Pero nada ocurrió. Sin habla, los espectadores del suceso se volvieron los unos hacia los otros como para preguntar: «¿Lo has visto tú también? ¿Ha sucedido de verdad o lo he imaginado?».

Muy despacio, los sonidos de la noche volvieron a aparecer en el aire y la gente empezó a moverse de nuevo en dirección al palacio. La reina se quedó contemplando el cielo largo rato antes de ocupar su lugar en el carruaje con el resto del grupo. Charis se estremeció y se frotó los brazos con las manos, al sentir un gélido aliento que le penetraba en los huesos.

Las carrozas rodaron sobre el prado iluminado por las estrellas hasta el palacio de Seithenin. Cuando llegaron, los invitados entraron uno a uno y muy despacio en el vestíbulo, muchos conversando en voz baja pero animada de lo que habían sido testigos. Briseis se volvió y vio a Annubi, de pie y solo, que atisbaba el cielo.

—Me reuniré con vosotros enseguida —indicó a los que la acompañaban, y regresó junto al adivino—. ¿Qué es lo que viste, Annubi? —preguntó, cuando estuvieron a solas.

El hombre bajó los ojos para mirarla y ella vio que una honda tristeza empañaba su visión, como si una bruma velara sus ojos.

—He visto caer estrellas del cielo en una noche despejada. He visto fuego hurgando en los surcos de las olas de Oceanus.

—No hables utilizando acertijos como los magos —repuso Briseis en voz baja—.

Cuéntame claramente qué has visto.

—Mi reina —replicó Annubi—. Yo no soy ningún mago, de lo contrario vería con más claridad. Veo tan sólo lo que se me permite, nada más.

—Annubi —regañó Briseis con suavidad—. Sé más de lo que crees. Explícame lo que observaste.

El adivino volvió a escrutar el firmamento.

—Vi la luz de la vida extinguida en las profundidades.

La reina recapacitó sobre ello un momento y luego preguntó:

—¿La vida de quién?

—Esa cuestión... —contempló la noche estrellada—, no puedo explicarla.

—Pero seguramente...

—Habéis preguntado qué es lo que observé —le espetó Annubi—, y os lo he dicho. —Se volvió con brusquedad y empezó a alejarse—. Más no puedo decir.

Briseis lo siguió con la mirada mientras se alejaba, y luego se reunió con los otros en el interior.

Annubi se quedó paseando por los jardines colgantes en soledad, perdido para el mundo de los sentidos, mientras sus pies vagaban por los oscuros senderos del futuro que se le había revelado fugazmente con la centelleante luz de la lluvia de estrellas.

8

Elphin y sus acompañantes vadearon el río y siguieron el sendero arbolado a lo largo de la orilla sur, hasta que por fin llegaron al suave promontorio inclinado que dominaba Aberdyvi, en cuya llana cima se erguía el reducto fortificado del padre de Elphin. Pasaron junto a corrales de cerdos negros y reses de color pardo que levantaron sus cabezas para observarlos mientras ascendían por el pedregoso sendero que seguía junto a las edificaciones exteriores de paja y ramas en dirección al *caer* rodeado por un foso.

En Caer Dyvi los jinetes fueron recibidos por las frías y ceñudas miradas de los miembros del clan, ninguno de los cuales parecía alegrarse particularmente de ver a Elphin, ni sentirse muy animados por la presencia de las dos extranjeras, y su exiguo rebaño de gimoteantes ovejas.

No obstante, cuando los jinetes alcanzaron el gran edificio situado en el centro del *caer,* habían atraído ya la atención de gran número de sus convecinos que los escoltaban curiosos. Gwyddno salió de la casa con Medhir, quien llevaba al pequeño Taliesin en brazos.

—¡Saludos, Elphin! —exclamó el jefe—. Veo que has tenido éxito.

—Más que éxito, padre —respondió Elphin—. Fui en busca de una nodriza y he regresado con una esposa.

Se deslizó fuera de la silla y, ante los murmullos de sorpresa de los curiosos, ayudó a Rhonwyn a desmontar.

—¡Una esposa! —exclamó Medhir—. ¿Es eso verdad?

—Lo es —respondió Eithne. Medhir vio entonces a su parienta que desmontaba de la yegua de pelo rojo.

—¡Eithne! —Medhir, con el niño en brazos, corrió hacia su prima—. Sólo el verte alegra mi corazón. ¡Bienvenida!

Las dos mujeres se abrazaron, y Eithne bajó los ojos hacia la dormida criatura.

—Éste debe de ser el bebé que ha encontrado Elphin.

—El mismo, te lo aseguro. —Medhir levantó las ropas que envolvían al niño para que Eithne lo pudiera ver.

—¡Oh, qué criatura tan hermosa! Elphin dijo que el pequeñín era muy lindo, pero no nos reveló que fuera tan hermoso. Si existe alguno igual, no lo he visto jamás.

—Lo mismo se puede decir de tu hija —replicó Medhir, contemplando con aprobación a la muchacha que estaba junto a su hijo—. Pequeña Rhonwyn, hace mucho tiempo que no te veía. ¡Ah! Pero ahora te has convertido en una mujer. ¡Mírate, crecida y toda una belleza! —Abrazó a la ruborizada Rhonwyn mientras Elphin sonreía satisfecho—. Bienvenida.

Taliesin se agitó y gritó. Medhir le entregó la criatura a Rhonwyn, diciendo:

—He hecho todo lo que he podido para alimentar al niño; sin embargo, está hambriento todo el día.

Rhonwyn separó un poco el cobertor y miró al niño. Sorprendido por la luz del sol, Taliesin dejó de llorar y, al ver un rostro inclinado sobre él, gorjeó muy bajito y sonrió.

—¡Mirad eso! —dijo Gwyddno—. Unicamente con tomarlo en brazos ella, la criatura se tranquiliza. Ése es el toque de una auténtica madre.

—Es precioso —repuso Rhonwyn, que no había apartado los ojos del niño.

—Pero, ¿qué hay de ese matrimonio? —preguntó Gwyddno, mirando a su hijo—. Esto es totalmente inesperado.

Lanzando una ojeada a todos los miembros del clan que los rodeaban, Elphin replicó:

—Entremos a refrescarnos y os contaré todo lo que ha sucedido desde que me marché.

Gwyddno ordenó a dos hombres que descargaran los caballos, y ellos entraron en la casa, dejando a la audiencia boquiabierta pero con nuevo material con el que alimentar los cotilleos. Una vez en el interior, Taliesin empezó a llorar de nuevo, así que Rhonwyn lo llevó a un jergón situado en una esquina, se soltó un lado de la túnica, y empezó a amamantarlo mientras las dos mujeres de más edad se apresuraban a preparar la comida. Elphin contempló la escena con agrado y empezó a relatar lo que había ocurrido durante su visita a Diganhwy.

Comieron mientras Elphin continuaba su relato y, cuando terminó, Gwyddno preguntó:

—¿Cuál fue la actitud de lord Killydd?

—Se mostró muy bien dispuesto con respecto al matrimonio. De hecho, estuvo completamente de acuerdo cuando le ofrecí la casa de Eithne. Se está haciendo viejo y no quiere problemas entre nuestros clanes, argumenta que ya hay bastantes rencillas con los cruithni en el norte.

Gwyddno consideró aquellas palabras.

—Bien dicho. Yo también estoy preocupado. Los cruithni se vuelven cada vez más audaces. Aguardan tan sólo una oportunidad para lanzar un gran ataque.

—A eso no se atreverán, mientras continúe estando la guarnición en Caer Seiont.

—¡Ah!, se plantea una paz incómoda. Conviene más tenerlos allí que aquí, pienso yo. En cualquier caso, es una vergüenza que precisemos de ellos. —Reflexionó durante un momento y continuó—. Sin embargo, son aguerridos luchadores y nunca rehusan una batalla. ¿Hay noticias más recientes?

—Muy pocas. Para ellos ha sido un invierno tranquilo al igual que para nosotros. Lord Killydd me contó que el tribuno lo visitó en una ocasión para proponerle enviar hombres para ayudar a reparar la muralla. Killydd lo rechazó. Se disculpó asegurando que necesitaba a sus hombres para plantar durante la primavera. Le dio caballos a cambio.

Gwyddno asintió. Salvo por sus impuestos anuales, que siempre entregaba en persona para que los magistrados no olvidaran quién pagaba, Gwyddno mantenía reducidos al mínimo sus tratos directos con los romanos, y, por esto, se consideraba afortunado. Aunque muchos señores, como Killydd, comerciaban con ellos, y más de un jefe guerrero luchaba junto a ellos a cambio de plata, Gwyddno prefería mantenerlos a una cierta distancia. De una forma u otra, cuando se trataba de aquellos astutos y atezados romanos, uno siempre salía perdiendo en el trato.

—Ahora, pues, en cuanto a esta boda —dijo—, me siento muy satisfecho. —Se

volvió para mirar a Rhonwyn, que, sentada bajo la ventana, con el cabello llameando bajo la luz de la tarde que penetraba por la estrecha abertura, y ajena a su mirada, continuaba alimentando al niño—. ¡Ah! Lo has hecho realmente bien.

—¿Cuándo tendrá lugar el matrimonio? —inquirió Medhir.

—Tan pronto como sea posible. Mañana, si se puede arreglar, o pasado mañana —replicó Elphin.

—¡Celebraremos una fiesta de esponsales! —exclamó Gwyddno—. La fiesta más grande que nadie haya conocido.

—¿Mañana? —empezó Medhir, mirando a Eithne—. ¡Qué Brighid nos ayude! ¡No puede ser mañana, ni siquiera pasado mañana!

—Y, ¿por qué no? —preguntó Gwyddno—. Si es lo que quiere Elphin, que sea así.

—Señor, te olvidas de que Rhonwyn acaba de dar a luz. El matrimonio no puede consumarse hasta finales de mes como mínimo.

—No se puede evitar —asintió Eithne, y miró temerosa a Elphin y a Gwyddno.

—Un matrimonio sin consumar no es un matrimonio —añadió Medhir, vacilante.

—Bueno, más de un matrimonio se ha consumado mucho antes de la boda —observó Elphin—. Nosotros lo haremos al revés.

—¡Veis! Os preocupáis por nada. Celebraremos la boda —declaró Gwyddno—. Elphin y Rhonwyn se quedarán aquí hasta que puedan dormir juntos en la casa que construiré para ellos.

Elphin le dio las gracias a su padre, pero anunció:

—Quiero construir la casa yo mismo —observó a Rhonwyn orgulloso—. Será mi regalo para mi esposa.

Se hicieron planes apresuradamente y se anunció la boda al clan, el cual empezó a prepararse al momento para la fiesta. Se cavaron hoyos para las hogueras que se llenaron de leña, se fregaron calderos y se llenaron de verduras, nabos y agua, se hizo salir a los cazadores para que trajeran jabalíes y venados, se sacrificaron reses y se las aderezó, se hundieron las redes en el mar para sacarlas cargadas de pescado, se amontonaron barriles de aguamiel y cerveza sobre largas mesas hechas de troncos partidos por la mitad, se horneó pan en barras especiales para bodas, y se sujetaron antorchas a los extremos de largos postes.

Inmerso en aquel espíritu festivo, el clan pronto olvidó sus diferencias con Elphin y empezó a considerarlo con una óptica más favorable. Después de todo, no se casa cada día el hijo de un rey. Y nunca había habido un señor más generoso en todo Gwynedd que Gwyddno Garanhir. Todos tenían asegurada una ración digna de un rey y una celebración que no desmerecería de ninguna otra.

A media mañana del día siguiente, el humo de las hogueras ascendía en espesas nubes y el aroma de la carne asada impregnaba todo el pueblo. La gente, libre de sus tareas con motivo de la celebración, se reunía en grupos para hablar y reír mientras continuaban los preparativos. A mediodía, empezaron a llegar con los invitados los jinetes que se había enviado a cada uno de los seis *cantrefs* para convidar a las nobles familias y a los parientes a asistir a la fiesta.

Cada tribu aportó una sustancial contribución: carne ahumada, enormes quesos blancos ensartados en palos de madera, montañas de hogazas de cebada dulce, pellejos llenos de dulcísima aguamiel y riquísima cerveza negra, pollos y aves de caza, corderos y cabritos, huevos, mantequilla y requesón en cántaros. Uno de los

parientes de Elphin, un tío procedente de un *cantref* del este que llevaba una gruesa cadena de oro colgada del cuello, trajo un carro lleno de pellejos de vino obtenidos de la guarnición de Caer Legionis.

Cuando el sol empezó a descender por el oeste, Gwyddno, viendo que todos los invitados habían llegado, se subió a la pirámide de barriles apilados y sopló con fuerza su cuerno de caza. La gente se arremolinó a su alrededor cuando proclamó a grandes voces.

—¡Que la fiesta de la boda de mi hijo dé comienzo!

Y así se cumplió. Elphin salió de la casa de su padre luciendo un grueso *torc* de plata alrededor del cuello, una túnica de brillante color amarillo y pantalones verdes sujetos a la rodilla con tiras de seda azul. En el ancho cinturón de piel sujetaba una daga tachonada de esmeraldas. Por encima de unas finas botas de cuero, y sujeta al hombro con un gran broche de oro incrustado de granates, llevaba una capa nueva de tartán naranja y escarlata. Mientras se acercaba al lugar de la fiesta, atestado ahora de gente, se le hizo un pequeño espacio y el joven se detuvo en el centro del círculo.

Medhir y Eithne fueron las siguientes en aparecer y se colocaron a ambos lados de la puerta para apartar y sostener las pieles que cubrían la entrada. Rhonwyn salió, se irguió y avanzó despacio hacia el círculo. Llevaba un vestido largo hasta los pies de hilo color verde brillante, con bordados de oro en la parte del cuello y del dobladillo. Sobre el pecho llevaba un collar de oro trenzado, aros de oro en forma de serpiente rodeaban sus brazos desnudos, y brazaletes también de oro tintineaban en sus muñecas. La capa que lucía era de refulgente seda púrpura con diminutas campanillas de plata cosidas a las borlas que había a lo largo de su reborde. Alrededor de la cintura llevaba un cinturón incrustado de perlas y en los pies calzaba zapatillas de cuero plateado. Su cabellera roja y dorada caía en llameantes ondas sobre su espalda por debajo de dos largas trenzas entrelazadas en las que se habían sujetado pequeños capullos con la ayuda de horquillas incrustadas en joyas.

Elphin la contempló mientras avanzaba despacio, y sintió que jamás había visto a una mujer más hermosa. A decir verdad, la mayoría de los reunidos se habían quedado extasiados con su belleza.

Cuando Rhonwyn se hubo reunido con Elphin en el círculo, Hafgan, llevando su bastón de roble, se colocó frente a ellos. Lo seguían sus dos nuevos *filidh,* uno de los cuales llevaba un cuenco de barro y el otro una jarra de vino. Sonrió con cariño a la pareja y exclamó:

—Ésta es una época muy propicia para un matrimonio. ¡Mirad! —Señaló con su bastón la primera estrella que iluminaba el cielo—. La propia estrella de la diosa os contempla y bendice con su luz.

Entonces tomó el cuenco, lo llenó con el contenido de la jarra y lo alzó, ofreciéndolo al sol que se ponía y a la luna que empezaba a salir. Le entregó el recipiente a Elphin diciendo:

—Esto representa la vida, bebe ávidamente de ella.

El joven lo tomó y bebió, vaciándolo con tres grandes sorbos. Hafgan volvió a llenarlo y se lo pasó a Rhonwyn repitiendo su orden. Esta vació el cuenco y lo devolvió al druida que llenó el cuenco por tercera vez y lo colocó en las manos de la pareja.

—Este cuenco representa vuestra nueva vida entrelazada. Bebed de él juntos.

Elphin y Rhonwyn lo levantaron y bebieron a la vez hasta que lo hubieron terminado. Mientras tanto, Hafgan se inclinó y, tomando los extremos de sus capas,

los ató juntos.

—¡Romped el cuenco! —ordenó Hafgan cuando lo hubieron vaciado, y ellos lo arrojaron al suelo, donde al chocar se rompió en tres pedazos. El druida estudió los fragmentos durante un momento, luego alzó su bastón y proclamó—: ¡Veo aquí un largo y fructífero matrimonio! ¡Una unión bendecida en abundancia con todo tipo de buena fortuna!

—¡Larga vida a Elphin y Rhonwyn! —gritaron a su vez los invitados—. ¡Que su casa prospere!

Se abrió una avenida en el círculo, y se condujo a Elphin y a su esposa hasta la larga mesa de madera, donde se les hizo sentar en un lecho de juncos cubierto de pieles de cervatillo moteadas, y dio comienzo la fiesta. La comida se sirvió en recipientes de madera, y los pedazos más exquisitos estaban destinados a los novios. Se llenó de vino un enorme cáliz de plata y se colocó frente a ellos. Todo el mundo encontró un lugar donde instalarse; los invitados de honor fueron colocados en mesas bajas a la derecha e izquierda de la pareja, según su rango, y el resto de los asistentes se procuró acomodo sobre las pieles y alfombras diseminadas por el suelo.

Todos reían y hablaban mientras comían, proclamando su alegría a grandes voces. Cuando se hubieron probado suficientemente las delicias de la mesa, la gente empezó a clamar pidiendo diversión.

—¡Hafgan! —gritó Gwyddno alegremente—. ¡Una canción! ¡Cántanos una canción, bardo!

—Cantaré —respondió el druida—. Pero os ruego el honor de cantar el último. Permitid que mis *filidh* empiecen en mi lugar.

—Muy bien, ahorra tu voz —contestó Gwyddno—. Pero te exigiremos lo mejor de tu repertorio antes de que termine la fiesta.

Los aprendices sacaron sus arpas y empezaron a cantar viejas canciones de conquistas y de derrotas, de héroes y de sus extraordinarios actos de valor, del amor de sus mujeres, de radiante belleza, y de trágicas muertes. Mientras lo hacían salió la luna en todo su esplendor con su séquito de estrellas y el crepúsculo se convirtió en noche.

Elphin contempló a su esposa y la amó tiernamente. Rhonwyn le devolvió la mirada y se apoyó contra él, descansando la cabeza en su pecho. Y todos los que los vieron se percataron del cambio producido en Elphin, porque en verdad parecía un hombre nuevo.

Cuando los *filidh* terminaron sus cantos, se elevó un clamor para que Hafgan continuara.

—¡Ofrécenos una canción! —gritaron algunos.

—¡Un relato! —pidieron otros.

Tomó su arpa, y se colocó frente a la mesa.

—¿Qué deseas oír, señor?

Se dirigía a Elphin, y a nadie se le escapó el significado de este privilegio, aunque éste prefirió no darse por aludido y repuso:

—Es mi padre quien debe escoger. Estoy seguro de que su elección agradará a todos.

—Un relato, pues —dijo Gwyddno—. Una historia de bravura y magia.

Hafgan se quedó silencioso un momento, arrancó algunas notas sueltas a su arpa mientras meditaba, luego anunció:

—Escuchad pues, si así lo queréis, la historia de Pwyll, príncipe de Annwfn.

—¡Excelente! —gritaron los reunidos; se volvieron a llenar copas y cuencos al tiempo que los convidados se acomodaban para oír la narración.

—En los días en que el rocío de la creación estaba aún húmedo sobre la tierra, Pwyll era señor de los siete *cantrefs* de Dyfed, de los siete de Gwynedd y también de los siete de Lloegr. Al despertarse un día en Caer Narberth, su principal fortaleza, contempló las agrestes colinas llenas de toda clases de caza y se le ocurrió reunir a sus hombres y salir a cazar. Y esto fue lo que sucedió...

La voz de Hafgan se oía fuerte y clara, y la historia, para delicia de los oyentes, se desarrolló siguiendo la estructura acostumbrada. Al llegar a ciertos pasajes, el druida rasgueaba el arpa y cantaba aquella parte, tal y como prescribía la tradición. Era un relato muy conocido, uno que encantaba a todos los que lo escuchaban, puesto que Hafgan sabía contarlo muy bien, representando los personajes importantes y haciendo que su voz se acomodara al habla de los diferentes protagonistas. Esta es la narración que contó:

«La zona de su reino en la que Pwyll deseaba cazar era Glyn Cuch. Se puso en marcha de inmediato con un gran grupo de hombres y cabalgaron hasta el anochecer, de modo que llegaron justo cuando el sol empezaba a hundirse en el mar occidental para empezar su viaje por el Mundo Subterráneo.

«Acamparon y durmieron y, a la mañana siguiente, al amanecer, se levantaron y penetraron en los bosques de Glyn Cuch, donde soltaron a los perros. Pwyll hizo sonar su cuerno de caza, reunió a los cazadores y, como era el jinete más rápido, salió al galope detrás de los perros.

»Siguió a la presa y, al poco tiempo, sus compañeros lo perdieron de vista y ellos quedaron rezagados en la espesura. Mientras seguía el grito de su jauría, oyó los ladridos de otra, muy diferente de la suya, que se dirigía hacia él, y cuyo estruendo helaba el aire. Cabalgó hasta un claro que tenía frente a él y fue a parar a un terreno amplio y llano donde vio a sus perros agazapados y llenos de temor en un extremo, mientras la otra jauría corría tras un magnífico ciervo. Y he aquí que mientras él observaba, los extraños mastines alcanzaron al animal y lo derribaron al suelo.

»Se les acercó sin desmontar y advirtió entonces el color de los animales. De todos los perros de caza del mundo, jamás había visto ninguno como aquéllos: el pelo que cubría sus cuerpos era de un blanco reluciente y puro, y el de sus orejas, rojo, y brillaba con la misma fuerza que el blanco de sus cuerpos. Pwyll cabalgó hasta los extraños animales y los dispersó, dejando a sus perros el ciervo muerto.

«Mientras daba de comer a sus canes, apareció ante él un jinete montado en un caballo tordo, con un cuerno de caza colgado al cuello y un traje gris pálido como atuendo de caza, el cual se le acercó diciendo:

»—Señor, sé quién sois, pero no os saludo.

»—Bien —dijo Pwyll—, quizá vuestro rango no lo requiera.

»—¡Lleu es mi testigo! —exclamó el jinete—. No es mi dignidad o la obligación del rango la que me lo impide.

»—¿Qué otra cosa entonces, señor? ¡Decídmelo si podéis! —repuso Pwyll.

»—Puedo y quiero —replicó el desconocido con voz dura—. Juro por los dioses del cielo y de la tierra que es a causa de vuestra propia ignorancia y descortesía!

»—¿Qué falta de cortesía habéis visto en mí, señor? —inquirió Pwyll, ya que no se le ocurría ninguna.

»—No he visto mayor desconsideración jamás en ningún hombre —replicó el extraño— que echar a la jauría que ha matado un ciervo y lanzar a la propia sobre él. ¡Qué deshonra! Eso demuestra una deplorable falta de consideración. No obstante, no me vengaré de vos, aunque bien podría, pero haré que un bardo te satirice por un valor de cien ciervos.

»—Señor —le rogó Pwyll—, si he cometido una equivocación, os pido que hagamos las paces.

»—¿En qué términos? —preguntó el jinete.

»—Aquellos que vuestro rango, cualquiera que sea, requiera.

»—Conocedme pues. Soy rey coronado de la tierra de la que procedo.

»—¡Que prosperéis día a día! ¿Qué tierra es ésa, señor? —inquirió Pwyll—. Pues yo mismo soy rey de todas las tierras de los alrededores.

»—De Annwfn —respondió el jinete—. Soy Arawn, rey de Annwfn.

»Pwyll se quedó pensativo al oír esto, ya que traía mala suerte conversar con un ser del Otro Mundo, ya fuera rey o no. Pero, como se había comprometido a recuperar la amistad con el jinete, no tenía otra elección que mantener su palabra si no quería provocar mayor deshonor y desgracia sobre su nombre.

»—Decidme pues, ¡oh rey!, si así lo queréis, cómo puedo recuperar vuestra amistad, y obedeceré de buen grado.

«—Escúchame, Gran Jefe, así la recuperarás —empezó a decir el otro—. Un hombre cuyo reino limita con el mío me hace la guerra continuamente. Es Grudlwyn Gorr, un señor de Annwfn. Si me liberas de su opresión, lo cual te resultará bastante fácil, repararemos el daño, y tú y tus descendientes seguiréis viviendo en paz conmigo.

»El rey pronunció unas arcaicas y misteriosas palabras y Pwyll tomó la apariencia del rey, de modo que nadie hubiera podido diferenciarlos.

«—¿Ves? —continuó el rey—. Ahora tienes mi forma y mi aspecto; por lo tanto, ve a mi reino, toma mi lugar y gobierna como quieras hasta que, a partir de mañana, se cumpla un año. Transcurrido este período nos volveremos a encontrar en este lugar.

»—Como queráis, mi señor, pero aunque ocupe vuestro lugar durante un año, ¿cómo hallaré al hombre del que me habláis?

«—Grudlwyn Gorr y yo estamos comprometidos por un juramento a encontrarnos dentro de un año a partir de esta noche en el vado del río que separa nuestras tierras. Tú estarás en mi lugar, y si le asestas un único golpe no sobrevivirá. Pero aunque te ruegue que le golpees de nuevo, no lo hagas, por mucho que te lo suplique. Yo he luchado contra él muchas veces y le he asestado más de un golpe mortal; sin embargo, a la mañana siguiente siempre está perfectamente y sin un rasguño.

»—Muy bien —concedió Pwyll—. Haré lo que decís. Pero, ¿qué le sucederá a mi reino mientras estoy fuera?

«Y el rey del Otro Mundo pronunció más palabras arcanas y misteriosas y tomó el aspecto de Pwyll.

»—¿Ves? Ningún hombre ni mujer de tu reino conocerán el cambio de identidad —aseguró Arawn—. Yo ocuparé tu lugar como tú harás con el mío.

Y de esta forma ambos se pusieron en marcha. Pwyll cabalgó a las

profundidades del reino de Arawn y llegó finalmente a su corte, con los más hermosos edificios, salones, residencias y habitaciones que había visto jamás. Los sirvientes salieron a recibirle y le ayudaron a quitarse su traje de caza; después lo vistieron con las más preciosas sedas y lo condujeron hasta un gran salón, al que entró una compañía de soldados, la más espléndida y mejor equipada que había visto jamás. La reina estaba allí, la mujer más bella de todas las de su época, ataviada con una túnica de reluciente oro y cuya cabellera brillaba como la luz del sol sobre el trigo dorado.

»La reina ocupó su lugar a la derecha de él y se pusieron a conversar. A Pwyll le pareció la más encantadora, amable, considerada y complaciente de las compañeras. Su corazón se deshacía por ella, y deseó con todas sus fuerzas poder tener una reina la mitad de noble que aquélla. Pasaron el tiempo en agradable conversación, entre buena comida y bebida, canciones y entretenimientos de todas clases.

»Cuando llegó el momento de irse a dormir, ambos se fueron al lecho. Sin embargo, tan pronto como estuvieron acostados, Pwyll se volvió de cara a la pared y se puso a dormir dándole la espalda a la reina. Así sucedió cada noche a partir de entonces hasta el final del año. A la mañana siguiente volvía a reinar el afecto y la ternura entre ellos, pero no importaba la amabilidad que pudiera existir en las palabras que se dirigían durante el día, no hubo una sola noche diferente de la primera.

«Pwyll pasó aquel año entre celebraciones y cacerías al tiempo que gobernaba el reino de Arawn equitativamente, hasta que llegó la noche, recordada muy bien incluso por el más remoto habitante del reino, en que debía tener lugar el encuentro con Grudlwyn Gorr. Se trasladó, pues, al sitio acordado, acompañado por los nobles de su reino.

»En cuanto llegaron al vado, apareció un jinete que gritó:

«—Caballeros, ¡escuchad bien! Éste es un encuentro entre dos reyes, y entre sus cuerpos tan sólo. Cada uno de ellos reclama las tierras del otro, por lo tanto, apartémonos a un lado y dejémosles que luchen entre ellos.

»Los dos reyes se dirigieron al centro del vado para enfrentarse. Pwyll arrojó su lanza y le dio a Grudlwyn Gorr en medio del ombligo de su escudo, de modo que éste se partió en dos y él cayó hacia atrás, sujetando aún su lanza, sobre la grupa del caballo, y fue a parar al suelo, con una profunda herida en el pecho.

»—Gran Señor —gritó Grudlwyn Gorr—, no conozco ninguna razón por la que deseéis asesinarme. Pero ya que habéis empezado, por favor, por el amor de Lleu, ¡terminad conmigo!

»—Señor —respondió Pwyll—. Lamento haber hecho lo que os he hecho. Encontrad a otro que os mate; yo no lo haré.

»—Leales caballeros —exclamó Grudlwyn Gorr—, sacadme de aquí, mi muerte es segura ahora y ya no podré proporcionaros mi apoyo.

»El hombre que ocupaba el lugar de Arawn se volvió hacia los nobles presentes y dijo:

»—Subditos míos, poneos de acuerdo entre vosotros y decidid quién me debe lealtad.

»—Rey nuestro —replicaron los nobles—, todos os la debemos, ya que no hay más rey en todo Annwfn que vos.

»Y, entonces, le rindieron homenaje todos los presentes y el rey tomó posesión

de las tierras en litigio. Al mediodía del día siguiente, los dos reinos ya estaban en su poder y se puso en marcha para cumplir su cita con Arawn en el lugar acordado. Cuando llegó de nuevo a Gly Cuch encontró a Arawn, rey de Annwfn, que lo esperaba. Y ambos se alegraron de volverse a ver.

»—Que los dioses te recompensen por tu amistad hacia mí —exclamó Arawn—. Me he enterado de tu éxito.

»—Sí —replicó Pwyll—, cuando lleguéis a vuestros dominios veréis lo que he hecho por vos.

»—Escúchame pues —repuso Arawn—. En agradecimiento, cualquier cosa que hayas deseado en mi reino será tuya.

«Entonces Arawn pronunció las arcaicas y misteriosas palabras de nuevo y cada rey recuperó su apariencia real, tras lo cual ambos se dirigieron a su propio reino. Cuando Arawn llegó a su corte, se sintió muy contento de volver a encontrarse con su séquito y su compañía de soldados y también con su hermosa reina, puesto que hacía un año que no los veía. Pero, por su parte, ellos no habían sentido su falta, de modo que no hallaron nada de extraordinario en su presencia allí.

»Pasó el día disfrutando intensamente de su continua conversación con su esposa y sus nobles. Después de la cena y de las diversiones, cuando llegó el momento de ir a dormir, la reina y él se fueron al lecho. Ambos se metieron en la cama; al principio, él le habló, luego la acarició cariñosamente y la amó. Ella, que hacía un año que no había conocido tal cosa se dijo para sí: «¡Palabra de honor! ¡Qué diferente esta noche de como se ha comportado durante el pasado año!».

»Y se puso a pensar sobre ello durante mucho rato, y seguía meditando cuando Arawn se despertó y le habló. Al no obtener respuesta de ella, la interpeló de nuevo y luego una tercera vez; finalmente, le preguntó:

»—Mujer, ¿por qué no me contestas?

»—Te diré la verdad —respondió ella—. ¡No había hablado tanto durante un año en estas mismas circunstancias!

»—Mi señora. Yo creía que habíamos hablado continuamente.

»—¡Que me muera de vergüenza —replicó la reina— si, durante este último año, desde el momento en que nos metíamos entre las sábanas, había placer o conversación entre nosotros, o siquiera me mirabas a la cara! ¡Y menos cualquier otra cosa!

»"Dioses de la tierra y del cielo —pensó Arawn—, ¡qué hombre tan extraordinario he encontrado como amigo! Una amistad tan fuerte e inquebrantable debe ser recompensada." Y le explicó todo lo que había sucedido a su esposa, relatándole toda la aventura.

»—Confieso —indicó ella cuando él hubo terminado— que en lo que respecta a luchar contra la tentación y mantenerme fiel a ti, encontraste un magnífico aliado en él.

«Entretanto, Pwyll llegó a su propio reino y empezó a hacer preguntas entre sus nobles para sondear lo ocurrido durante el último año.

»—Rey y señor —le dijeron—, vuestro criterio nunca fue mejor, nunca habíais sido más amable y comprensivo, y jamás tan dispuesto a utilizar vuestras ganancias en bien de vuestro pueblo. A decir verdad, nunca habíais gobernado tan bien como durante este pasado año. Por consiguiente, os damos las gracias de todo corazón.

»—Oh, no me deis las gracias a mí —replicó Pwyll—, dad las gracias más bien al hombre que ha realizado estas acciones en mi lugar. —Observó que lo miraban

asombrados y procedió a contarles toda la historia—: He aquí cómo sucedió.

»Y de esta forma, al haber vivido en el Otro Mundo durante un año y haber gobernado con tanto éxito, y haber unido los dos reinos gracias a su bravura y valor, se le llamó Pwyll Pen Annwfn, es decir Pwyll, Jefe del Otro Mundo, a partir de entonces.

»Sin embargo, a pesar de ser un rey apuesto y joven, no tenía reina. Recordó a la hermosa dama que había sido su reina en el Otro Mundo, y suspiró por ella, dando paseos por las solitarias colinas que rodeaban su corte.

»Una noche, justo a la hora del crepúsculo, estaba de pie en un montículo, contemplando su reino, cuando se le apareció un hombre y le dijo:

»—Es característico de este lugar que quien se siente en este montículo sufrirá una de dos cosas: o bien recibirá una terrible herida y morirá, o presenciará un prodigio.

»—La verdad es que en mi presente estado, no me importa vivir o morir, pero podría animarme una visión maravillosa. Por lo tanto, me sentaré en este montículo y que acontezca lo que deba ser.

»Pwyll se sentó y el hombre desapareció. De pronto vio a una mujer montada en un magnífico caballo blanco, pálido como la luna cuando se alza sobre los campos en la época de la cosecha. Iba vestida con telas y sedas de reluciente oro, y cabalgaba hacia él con paso lento y seguro.

»Bajó del montículo para ir a su encuentro, pero cuando llegó a la carretera que discurría al pie de la colina, ella se había alejado. La persiguió tan deprisa como pudo, pero cuanto más intentaba alcanzarla más se distanciaba ella. Por fin, abandonó la persecución abatido y regresó a su *caer.*

»No obstante, pensó en aquella visión toda la noche y concluyó:

»—Mañana por la noche me sentaré de nuevo en el montículo y llevaré conmigo el caballo más rápido del reino.

»Así lo hizo, y una vez más observó a la mujer que se acercaba. Pwyll saltó sobre la silla de su corcel y lo espoleó para salir a su encuentro. Sin embargo, a pesar de que ella mantenía su enorme montura a paso majestuoso y lento, cuando Pwyll llegó al pie de la colina ella ya se hallaba muy lejos. El caballo del rey salió en su persecución pero, aunque volaba como el viento, no le sirvió de nada, ya que cuanto más rápido la perseguía, más distancia se interponía entre ellos.

»Pwyll se maravilló ante este hecho extraordinario y dijo:

»—Por Lleu, que es inútil seguir a la dama. No sé de ningún caballo en el reino que sea más rápido que éste y, sin embargo, no estoy más cerca que cuando empecé. —Y su corazón se sintió tan desdichado que gritó como invadido por un gran dolor—: ¡Doncella, por el bien del hombre al que más améis, esperadme!

»Al instante la mujer se detuvo y se volvió hacia él, retirando el velo de seda que le cubría el rostro. Resultaba la mujer más hermosa que nunca había contemplado en carne mortal, más bella que toda una primavera llena de flores, que la primera nevada del invierno, que el cielo en pleno verano, que el color dorado del otoño.

»—Os esperaré de buen grado —repuso— y hubiera sido mejor para vuestro caballo si lo hubieras pedido antes.

»—Mi señora —replicó él respetuosamente—, ¿de dónde venís? Y decidme, si podéis hacerlo, la naturaleza de vuestro viaje.

»—Señor —exclamó ella con la mayor amabilidad—, viajo con una misión

especial y me alegro de veros.

»—Sed bienvenida, entonces —saludó Pwyll, mientras pensaba que la belleza de todas las doncellas y damas que había visto jamás, era fealdad comparada con su hermosura—. ¿Cuál, si puedo preguntarlo, es vuestra misión?

»—Por supuesto que podéis: el objeto de mi búsqueda lo constituíais vos.

»Pwyll sintió que su corazón daba un vuelco.

»—Esa resulta una excelente búsqueda desde mi punto de vista. Pero, ¿podéis decirme quién sois?

»—Puedo y quiero. Soy Rhiannon, hija de Hyfiadd Hen, y se me va a desposar en contra de mi voluntad. Ya que jamás he deseado a ningún hombre hasta conoceros a vos. Y si me rechazáis ahora, jamás amaré a nadie más.

»Pwyll no podía creer lo que oía.

»—Hermosa criatura —dijo—, si pudiera escoger entre todas las mujeres de este mundo y de cualquier otro, siempre os elegiría a vos.

»La doncella sonrió, y brilló tal felicidad en sus ojos que Pwyll sintió como si su corazón fuese a estallar.

»—Bien, si ésa es vuestra respuesta, concertemos una cita antes de que sea entregada a ese otro hombre.

»—Acepto cualquier deseo vuestro —repuso Pwyll—, y cuanto antes mejor.

»—Muy bien, Gran Señor —replicó la doncella—. Venid a la corte de mi padre, donde va a celebrarse una fiesta, y allí podéis pedir mi mano.

»—Lo haré —prometió, y regresó a su corte, donde reunió a su escolta y emprendió el camino hacia la corte de Hyfiadd Hen, llegando justo al caer la noche. Pwyll saludó a Rhiannon y a su padre y dijo—: Señor, hagamos que esto se convierta en un banquete de bodas, ya que, como soberano de este reino, os pido a vuestra hija como esposa si ella me acepta.

»Hyfiadd arrugó mucho el entrecejo, pero respondió:

»—Muy bien, así sea. Pongo este palacio a vuestra disposición.

»—Que empiece la fiesta —exclamó Pwyll, y se sentó con Rhiannon a su lado.

»Pero apenas si se habían acomodado cuando se oyó una gran conmoción en el exterior y penetró en el salón un caballero de elevada estatura y aspecto noble, ricamente vestido. Cruzó el salón y avanzó hasta quedar frente a Pwyll a quien saludó.

»—Bienvenido, amigo; busca un lugar donde sentarte —le invitó Pwyll.

»—No puedo —replicó el hombre—. Soy un suplicante y debo llevar a cabo mi trabajo primero.

«—Entonces, adelante.

»—Muy bien, señor, mi tarea tiene que ver con vos; he venido a efectuar una petición.

»—Formúlala pues, y, si está en mi poder, te la concederé de buena gana, puesto que éste es un día lleno de alegría para mí.

»—¡No! —gritó Rhiannon—. ¡Oh!, ¿por qué habéis respondido así?

»—Ya lo ha hecho, y en presencia de todo el palacio —replicó el desconocido—. El honor lo obliga a conceder mi petición.

»—Amigo, si amigo eres, dime cuál es tu solicitud —apremió Pwyll, sintiéndose desesperado.

»—Vos, señor, vais a dormir esta noche con la mujer a la que más amo, y os pido que ella sea mi mujer, ¡y que esta celebración sea la de mi fiesta nupcial!

»Pwyll se quedó en silencio. No había respuesta posible que no hiciera pedazos su corazón.

»—¡Quedaos en silencio tanto tiempo como queráis, mi señor! —le espetó Rhiannon, enojada—, sólo existe una contestación.

»—¡Señora —exclamó Pwyll—, yo no sabía quién era!

»—Es el hombre al que me querían entregar en contra de mi voluntad. Su nombre es Gwawl, hijo de Clud, y ahora debéis hacer honor a vuestra palabra o caerá sobre vos alguna desgracia peor.

»—¿Cómo puedo cumplir mi palabra, cuando ello me matará?

»—Quizá haya una forma —dijo ella, y se inclinó para susurrarle al oído.

»—Me haré viejo esperando —gruñó Gwawl.

»El semblante de Pwyll se animó y dijo:

»—No aguardes más. Aunque me apena terriblemente, tendrás lo que pides. —Se levantó y abandonó el salón en compañía de su anfitrión.

»Gwawl lanzó una sonora carcajada y se jactó:

»—Con toda seguridad, no ha habido nunca nadie tan imbécil como él —y ocupó el lugar de Pwyll junto a la bella Rhiannon, añadiendo—: Que se sirva la comida de mi banquete nupcial. Esta noche dormiré con mi esposa.

»Pero antes de que pudiera servirse el festín se oyó una gran conmoción al fondo del salón.

»—¿Quién levanta tanto alboroto? —exigió Gwawl—. Traedle aquí para que me ocupe de él. —Arrastraron a un hombre vestido de harapos ante él—. ¡Ja! Miradle —exclamó Gwawl—. ¿Qué haces aquí, pordiosero?

»—Si me lo permitís, señor, tengo un asunto con vos —replicó el desgraciado.

»—¿Qué asunto puedes tener conmigo que la punta de mi bota no pueda solucionar?

»—Es una petición razonable —replicó el harapiento—, y una que podéis conceder fácilmente si queréis: una bolsa de comida. Pido sólo por necesidad.

»—La tendrás —replicó Gwawl con altanería. Vio una pequeña bolsa de cuero que colgaba del cinturón de Rhiannon y se la arrebató de un tirón—. Aquí la tienes —se mofó—, llénala como quieras.

»Pwyll, que se había disfrazado de pordiosero, la tomó y empezó a llenarla. Pero no importaba lo mucho que introdujera en su interior, pues ésta no parecía más llena que al principio. Gwawl, impaciente, hizo una señal a sus criados, quienes se acercaron y empezaron a meter comida en la bolsa y, sin embargo, ésta seguía igual de vacía.

»—Mendigo, ¿es que nunca se va a llenar tu bolsa? —preguntó Gwawl, colérico.

»—Nunca, a menos que un noble se levante y la pisotee al tiempo que grita: «¡Ya hay suficiente!».

»—Hacedlo, Gwawl, y habréis terminado con este asunto —sugirió Rhiannon.

»—De buen grado, si me libera de él.

»Gwawl abandonó su asiento y puso los pies sobre la bolsa y, no bien lo hubo hecho, aquélla aumentó mágicamente de tamaño, y el mendigo la retorció de tal manera que Gwawl cayó patas arriba en su interior, luego la cerró y ató los cordones. Entonces, de debajo de sus harapos sacó un cuerno que hizo sonar. Al instante, una fiera compañía de soldados irrumpió en el salón. El mendigo se quitó los harapos y ante ellos apareció Pwyll Pen Annwfn.

»—¡Ayudadme! —gritó el otro desde el interior de la bolsa—, ¿a qué estáis

jugando?

»—Al juego de matar a una alimaña —respondió Pwyll, después de lo cual, sus hombres empezaron a golpear la bolsa a patadas.

»—Señor —dijo Gwawl—, escuchadme, matarme dentro de esta bolsa no es muerte para mí.

»Hyfiadd Hen se adelantó muy mortificado y dijo:

»—Tiene razón, Gran Señor. Matarlo dentro de un saco no es una muerte digna de un hombre. Atendedle.

»—Lo estoy haciendo —repuso Pwyll.

»—Entonces, permitidme que pida la paz —pidió Gwawl—. Poned vuestras condiciones y las aceptaré.

»—Muy bien, juradme que nunca pediréis reparación ni venganza por lo que os ha sucedido y vuestro castigo terminará.

»—Tenéis mi palabra.

»—La acepto —replicó Pwyll, y ordenó a sus hombres—: dejadle salir.

»Tras de lo cual se permitió salir a Gwawl de su encierro y éste partió en dirección a su reino. Se preparó entonces el salón de nuevo para Pwyll y todos se sentaron para disfrutar de una maravillosa fiesta nupcial. Comieron y se divirtieron y, cuando llegó el momento de irse a dormir, Pwyll y Rhiannon se fueron al lecho nupcial y pasaron la noche entre placeres.

»A la mañana siguiente regresaron a Caer Narberth, donde la fiesta continuó durante siete días con la asistencia de los mejores hombres y mujeres del reino. Nadie se marchó sin que se le hiciera un regalo especial: un broche, un anillo o una piedra preciosa.

»Así acaba el *mabinogi* que relata el reinado de Pwyll Pen Annwfn y Rhiannon, la más bella entre las bellas.

Las últimas notas del arpa se desvanecieron en el aire de la noche, y el bardo inclinó la cabeza. Las hogueras se habían ido apagando y las antorchas daban una luz mortecina. Muchos de los asistentes se habían envuelto en pieles y dormían en sus asientos, o se habían tumbado junto a los rescoldos del fuego.

—Un relato maravilloso, Hafgan —agradeció Gwyddno, mirando soñoliento a las figuras acurrucadas que lo rodeaban—. Eres el mejor de los bardos. Pero terminemos por hoy. Descansemos ahora, ya que la fiesta continuará y oiremos otro relato mañana por la noche.

Dicho esto, Gwyddno se envolvió en una piel, se enroscó junto al fuego y se puso a dormir. Elphin y Rhonwyn se alzaron de la mesa y, recogiendo sus pieles de cervatillo, se deslizaron en silencio hasta la casa de Gwyddno, donde se tumbaron juntos en un lecho de juncos recién cortados y se durmieron uno en brazos del otro.

9

—Es tarde y debemos salir temprano —urgió Seithenin, su voz levantó un ligero eco en la casi vacía habitación. Pesadas vigas de madera de ciprés formaban arcos en la oscuridad sobre sus cabezas; las paredes, bellamente esmaltadas, relucían a la luz de las lámparas de bronce que colgaban del techo—. Decidnos qué es lo que vuestros poderes de adivinación han revelado.

Los tres magos estaban de pie frente al rey, ataviados con las ondulantes vestimentas propias del cargo: una alba larga de color blanco, sujeta con un cinturón de plata trenzada y cubierta por una casulla verde mar ribeteada con hilo de plata; unas altas caperuzas cilindricas les cubrían las cabezas rapadas. Levantaron las manos haciendo el signo solar, sonriendo débilmente. Avallach estaba sentado junto a Seithenin; Annubi permanecía de pie detrás de su señor con las manos apoyadas en el respaldo del asiento y los ojos entrecerrados.

—Majestad —empezó el mago principal—, tras leer los textos prescritos en el templo, hemos consultado entre nosotros y hemos decidido que ésta es una señal muy favorable, un presagio de gran virtud, que indica prosperidad y supremacía para todos aquellos que lo hayan contemplado.

—Explícalo —pidió Seithenin—. Quiero comprender su significado con más precisión.

—Como deseéis, majestad —replicó el mago con una sonrisa amarga—. Es nuestra opinión que la caída de estrellas representa la semilla de los cielos con el que Cronos ha fecundado a Oceanus. El resultado será el nacimiento de una nueva era en la que los Nueve Reinos se alzarán para guiar al mundo con bondad, sabiduría y poder.

—Que así sea —replicaron los otros magos, inclinando la cabeza, de modo que los sombreros cilindricos se balancearon adelante y atrás.

—¿Cuándo tendrá lugar esto? —preguntó Seithenin.

—Pronto, majestad. Como en el caso de un nacimiento humano, vendrá acompañado de señales por las que podremos deciros con más precisión el momento de su llegada. Y entonces anunciaremos el cambio al pueblo.

Seithenin lanzó una ojeada a Avallach, y dijo:

—Por favor, habla si deseas hacerlo. Veo que estás molesto.

—Eres perspicaz, Seithenin —replicó Avallach—. Estoy molesto, es verdad. Y la razón es ésta: estoy seguro de que la señal no presagia nada ni la mitad de agradable de lo que hemos oído decir a estos doctos caballeros. Es más bien un anuncio de algo espantoso: —Desafió a los magos directamente—: ¿Qué tenéis que argumentar a esto?

Los magos se pusieron rojos de rabia ante aquella afrenta a su arte, hinchando los carrillos.

—¿Cuál es, pues, vuestra fuente de información? —preguntó el mago principal, mirando a Annubi. Había una sutil nota de desdén en su voz.

Avallach lo miró furioso, pero hizo caso omiso del insulto.

—Estoy esperando vuestra respuesta.

Los tres juntaron las cabezas y discutieron el asunto entre ellos, mascullando entre dientes. Por fin se volvieron y su jefe replicó:

—Es difícil, majestad, explicarlo a alguien que no está adiestrado en el arte de la profecía.

—Intentadlo conmigo. Creo que me encontraréis muy despabilado —dijo Avallach—. Al menos, no me dejaré disuadir tan fácilmente.

El mago dejó escapar un silencioso juramento, pero inició su explicación:

—Entre los sabios se reconoce que de todos los signos de la tierra y el firmamento, los presagios de las estrellas son los más potentes. Sabemos que las casas celestes a través de las que se mueven las estrellas en sus trayectorias...

—Sí, sí —apremió Avallach, impaciente—. Sigue; no soy estúpido.

—Sencillamente, puede decirse que el cielo representa el orden perfecto hacia el que tienden todas las cosas de la tierra. De esta forma, cuando las estrellas caen de la Casa de la Oportunidad, pasando por la Casa de los Reyes, debemos esperar un aumento en la fortuna, especialmente para aquellos de sangre real. Cuando los reyes prosperan, ello significa lo mismo para sus reinos. La caída de estrellas es siempre altamente propicia. Hay precedentes en los textos sagrados, por desgracia, demasiado numerosos para mencionarlos, que confirman nuestra opinión. —El mago extendió las manos para mostrar que cualquier persona sensata encontraría su explicación satisfactoria, por no decir evidente.

Avallach no quedó convencido con tanta rapidez.

—También es verdad que el signo de la oportunidad tiene un doble, ¿no es así?

El mago pareció sorprendido.

—Sí, claro. Muchos signos tienen interpretaciones bivalentes.

—¿Y no es verdad que la otra interpretación de la oportunidad es el peligro?

—Es verdad.

—De hecho, ¿no es cierto que el signo para el peligro y la oportunidad es exactamente el mismo?

—Son signos gemelos, majestad. Sí.

—No son gemelos —insistió Avallach—. Son el «mismo» signo.

—Así es —admitió el mago con cautela—. Pero los textos sagrados lo dejan muy claro: esto debe considerarse un buen augurio.

—¿Por qué?

—Porque siempre es así.

—¿Quieres expresar que se debe a que nada malo ha resultado jamás de una manifestación parecida?

—Precisamente —replicó el mago; sus colegas asintieron con satisfecha autocomplacencia.

—Siempre he considerado muy poco sensato el creer que algo no sucederá simplemente porque nunca antes ha ocurrido. ¿Es que nada acontece nunca por primera vez?

El mago empezó a farfullar incoherencias y apeló a Seithenin en busca de ayuda.

—Majestad, si estáis descontento de nuestros servicios, por favor, expulsadnos. Pero os aseguro que hemos estudiado la cuestión con toda atención y cuidado.

Seithenin alzó una mano, conciliador.

—Por mi parte, no estoy descontento. Pero quizá deseáis estudiar la cuestión que nos ha presentado Avallach, ¿eh? Una investigación más a fondo no producirá ningún daño.

—Como deseéis —respondió el mago.

Los tres se dieron la vuelta al unísono y abandonaron la habitación, su resentimiento chisporroteó en el aire.

Cuando hubieron desaparecido, Seithenin se volvió hacia Avallach y dijo:

—Lo que dices tiene su razón, desde luego. Pero estoy satisfecho. No veo motivo para poner en duda la sabiduría de los magos en este asunto.

—Yo pienso diferente, y permaneceré alerta.

—Si estás preocupado, esa actitud es sin duda la mejor. Pero —siguió Seithenin, dando una palmada sobre los brazos de su sillón y poniéndose en pie—, saldremos de viaje mañana, y ambos tenemos esposas que nos esperan. Retirémonos a ocupaciones más placenteras. —Se dirigió hacia la salida.

—Iré inmediatamente —repuso Avallach—. Buenas noches.

Seithenin cerró la puerta, y el sonido de sus pasos se perdió por el vestíbulo.

—¿Bien? —Avallach se levantó y contempló a su adivino—. ¿Qué viste?

Los ojos de Annubi se movieron en dirección a la puerta.

—Estaban asustados. La mayor parte de lo que dijeron fueron mentiras. Mentiras y estupideces. Hicisteis bien en desafiarlos, pero creo que eso los volverá más testarudos. Los sabios no admiten fácilmente su ignorancia.

—¿Asustados? ¿Por qué tenían que estarlo? A menos que sepan más de lo que están diciendo.

—Es exactamente lo contrario: saben «menos» de lo que dan a entender sus palabras. Sencillamente no aciertan a interpretar la lluvia de estrellas y, por lo tanto, disimulan esta ignorancia inventando mentiras agradables. —Annubi lanzó un resoplido—. Hablan de precedentes en libros sagrados, cuando saben perfectamente que señales de esta magnitud son sumamente raras.

—Es extraño. ¿Por qué harían eso? ¿Por qué no pecar de cautelosos?

Annubi le respondió con una voz llena de desprecio.

—¿Y permitir que todos adviertan su escaso conocimiento? No, antes que desencantar a la gente o a su poderoso patrón, soltarán necedades y las endulzarán de modo que la gente se las crea.

Avallach meneó la cabeza, perplejo.

—No tiene sentido.

—Han perdido los poderes de su arte —explicó Annubi, la exasperación daba un tono agudo a su voz—. Y no pueden admitirlo ante nadie, ni siquiera ante ellos mismos. Han olvidado, si es que alguna vez lo han sabido, que su misión es servir, no gobernar.

—Así que, al carecer de visión, hablan en voces muy altas para ahogar nuestras voces disidentes. —Avallach hizo una pausa y añadió—: Dejando esto a un lado por el momento, ¿qué hay de la señal? ¿Aún la consideras de mal agüero?

—Muy desfavorable, desde luego. No tengo ninguna duda, ni la más mínima.

—¿Qué hay de la Lia Fail? ¿Servirá de ayuda?

—¡Oh, sí! Cuando llegue el momento. Pero es pequeña, y su uso es limitado, como sabéis. Sin embargo, ayudará con los acontecimientos más inminentes a medida que se puedan ir distinguiendo.

—Entonces confiaré en ella, y en ti, Annubi. Y ahora, puesto que no hay nada

más que podamos hacer al respecto por el momento, sugiero que vayamos a dormir.

Justo entonces dos jóvenes pajes entraron de golpe en la habitación con apagavelas de hierro en las manos. Vieron a los dos hombres, hicieron una apresurada reverencia y salieron andando de espaldas.

—No, entrad —los llamó Avallach—. Hemos terminado. Reservad las lámparas para otra noche.

Los dos reyes y sus séquitos unidos viajaron hacia el este desde el palacio de Seithenin, en dirección a Poseidonis.

Los días eran luminosos y cálidos y la marcha resultaba agradable, ya que las carreteras eran anchas y bien pavimentadas y la compañía alegre. A los pueblos se les avisaba con mucha antelación de la inminente llegada de los reyes, y todos se volcaban para dar la bienvenida a los nobles viajeros y saludarlos a su paso.

La primera noche acamparon junto a la carretera en un campo de tréboles. La siguiente lo hicieron cerca de una ciudad, que los agasajó con manjares y bebidas, especialmente preparados por sus habitantes. Las dos que siguieron transcurrieron en un perfumado bosque de cedros; durante la quinta se instalaron en las propiedades de uno de los nobles de Seithenin, que ofreció una carrera de caballos para su diversión.

Siguieron su viaje, atravesando campos y bosques, suaves colinas y extensas y fértiles llanuras por las que corrían caballos salvajes y bueyes. Y, por fin, la tarde del duodécimo día, llegaron a la calzada del rey que conducía a la capital. Los carros y carruajes rodaron a través de colinas llenas de árboles y sobre arroyos turbulentos, cruzando puentes en los que retumbaban los cascos de los animales. Y, mientras el sol teñía ya la parte inferior del cielo con su llameante resplandor dorado, la larga comitiva alcanzó el borde del valle y se detuvo para contemplar a sus pies la amplia depresión que acunaba la ciudad del Supremo Monarca.

Poseidonis era una ciudad enorme: una ciudad dentro de una ciudad, ya que el palacio del Supremo Monarca constituía una ciudad en sí mismo. Su disposición formaba un círculo perfecto de mil estadios de diámetro, que representaba al sagrado disco solar. La circunferencia estaba atravesada por un canal que iba desde el Templo del Sol al mar, con la anchura suficiente para que dos trirremes pudieran navegar a la par, y cuyo lecho de piedra era tan recto como el palo de una lanza.

Tres canales más, cada uno en forma de círculo —uno dentro del otro, separados por anillos de tierra—, dividían este canal. Todas estas secciones interiores formaban el palacio del Sumo Monarca. Los apartamentos reales se situaban en el enorme templo que cubría la isla circular más interior. Los canales representaban perfectos anillos concéntricos unidos por grandes puentes, a los que se llegaba mediante rampas, ya que tenían forma de elevados arcos para permitir que los botes cargados de mercancías pudieran pasar por debajo.

Una inmensa muralla exterior de piedra blanca, en la que se alzaban a intervalos precisos unos torreones terminados en punta, rodeaba la ciudad. Bajo cada torreón había una puerta, cada una de un metal diferente: bronce, hierro, cobre, plata, oro, oricalco. A través de éstas pasaba el atareado comercio de la ciudad, formado por comerciantes de los Nueve Reinos y del mundo exterior. A excepción de estas puertas y del largo canal que desembocaba en el puerto, aquella pared de piedra blanca no poseía ni una fisura, ni una brecha.

Alzándose en la distancia, como una pirámide cubierta de nieve, se divisaba el Monte Atlas, sereno y distante, envuelto en brumas y nubes, dominándolo todo con su pico hundido en la cúpula celeste bañada por el sol. La montaña sagrada de los dioses se recortaba sobre la ciudad para recordar a todos los que vivían a su sombra que, al igual que la montaña, los dioses estaban por encima de todo, supremos, alejados, indiferentes y silenciosos, pero, sin embargo, siempre presentes.

Charis observó todo aquello cuando las carrozas y los carros se detuvieron antes de iniciar el descenso al valle. Aunque a menudo había oído ensalzar las maravillas de la ciudad, nunca había imaginado que fuera tan magnífica, tan impresionante. Sus ojos se quedaron clavados en la reluciente escena que se desplegaba ante ella; luego el carruaje se balanceó hacia adelante e iniciaron el descenso hacia la ciudad.

Los trompetas situados en los elevados torreones de la muralla exterior otearon la comitiva real que se acercaba y anunciaron la llegada de los reyes con una brillante fanfarria que resonó por todos los confines. Jinetes vestidos con los colores del Supremo Monarca salieron al instante a las calles para despejar el paso. Los carruajes llegaron frente a la puerta, la atravesaron y se encontraron en la Avenida de los Pórticos, así llamada por los hogares de los ricos comerciantes del distrito cuyas casas bordeaban la calle, cada una con un largo y elevado porche apoyado sobre múltiples columnas que daba sombra al enorme edificio.

Las carrozas recorrieron majestuosas la avenida, atravesaron portones, pasaron entre elevadas murallas y cruzaron mercados atestados, en los que resonaba el bullicio del comercio; Charis vio bueyes negros y camellos de color arena cargados de mercancías exóticas, e incluso un elefante pintado de múltiples colores encadenado a una columna junto a un puesto. El aire estaba cargado del olor de las especias y del incienso y resonaba con los gritos de animales y hombres: camellos que bramaban, perros que ladraban, niños que chillaban y mercaderes que voceaban sus mercancías. Allá donde miraba, Charis distinguía el rojo destello del costoso oricalco que resplandecía bajo la luz del sol. Era como si la ciudad entera hubiera sido forjada en el metal propio del dios, para que reluciese bajo la gloria de Bel igual que en una joya centellean cada una de sus caras. El séquito real avanzó a paso lento por aquel distrito bullicioso y atareado y llegó por fin al lugar donde la calle se cruzaba con la Vía Procesional, una avenida amplia y bien pavimentada que conducía directamente al templo-palacio del Supremo Monarca.

Una vez en ella, llegaron con rapidez al curvado puente que cruzaba el primer canal. Éste estaba bordeado por los estandartes de los Nueve Reinos y, delante de cada uno, había un soldado que sujetaba un escudo oblongo y una lanza de plata.

Los cascos de los caballos chacolotearon sobre el puente, y la comitiva penetró en la primera de las zonas interiores. Aquí habitaban los artesanos reales en casas altas y estrechas, de ladrillos blancos barnizados; sus alojamientos se situaban sobre sus talleres. Eran herreros, tejedores, alfareros, carpinteros, albañiles, vidrieros, curtidores, cereros, zapateros, talabarteros, constructores de liras y de laúdes, abatanadores, hilanderos, tejedores de alfombras, carreteros, tallistas, fundidores, caldereros, toneleros, fabricantes de herramientas, ladrillos y objetos de cristal, canteros, tintoreros y esmaltadores.

Las losas del suelo vibraban bajo la actividad de aquellos artesanos, y el aire se impregnaba de polvo y humo, del clamor de voces y del estrépito de los martillos que golpeaban piedra, metal o madera. Al igual que los soldados en el puente, todo

el mundo vestía la librea del Sumo Monarca: largas túnicas verdes con cuellos plateados, sobre pantalones azules.

La comitiva cruzó la primera zona y llegó al segundo canal circular, cuyo puente, como el primero, tenía dos elevadas torres a cada lado, unidas en la parte superior por un pasillo cubierto, de las que podía descender una puerta. Los estandartes de los Nueve Reinos ondeaban sobre lanzas, con un soldado en armadura de gala —peto y escudo en forma de concha de vieira, y el casco en forma de nautilo— reluciendo debajo de cada uno.

Al cruzar el puente, penetraron en el segundo anillo interior, que, en comparación con el anterior, estaba silencioso como una tumba, ya que se trataba de la provincia de los magos que servían en el templo del Supremo Monarca o enseñaban sus artes arcanas en las escuelas del templo. Los edificios de este anillo eran también de ladrillo barnizado, aunque teñido de azul pálido; tenían ventanas pequeñas y puertas estrechas en forma de arco, y estaban rematados por cúpulas bulbosas, alrededor de las cuales se habían construido parapetos circulares. Desperdigadas por entre los edificios había numerosas torres redondas con escaleras de espiral en el exterior. No obstante, los tejados de éstas no finalizaban con cúpulas, sino que eran planos, facilitando de esta forma a los magos plataformas desde las que estudiar el cielo nocturno con sus instrumentos de exploración del firmamento.

Una densa neblina azulada flotaba sobre esta sección, y ésta, Charis se dio cuenta en seguida, procedía de los montones de incienso quemados para las ceremonias de adivinación. En cada esquina, en cada rincón y callejón resguardado de aquel laberinto de calles, había magos, de pie ante humeantes braseros o acurrucados sobre piedras videntes en oscuros cuchitriles, que atendían a peregrinos de los Nueve Reinos llegados en busca de consejo o bendición, o para que les predijeran el futuro los hombres más sabios y santos del país.

Los carruajes recorrieron la segunda zona y llegaron al tercer y último puente, que era de piedra y se hallaba bordeado con pedestales a cada lado, cada uno luciendo la figura de uno de los anteriores Supremos Monarcas. Al otro lado del puente se levantaba el palacio: una reluciente y enorme estructura que se alzaba sobre un sistema de gradas amontonadas, al parecer, unas sobre otras en una sucesión de tamaños cada vez menores hasta terminar en un enorme y estilizado obelisco en su pináculo. Éste se había fabricado tallando un enorme topacio, de modo que cuando los rayos del sol lo iluminaban por la mañana, el obelisco parecía llamear como una llama dorada.

Grandes hemisferios de cúpulas de oricalco sobresalían por encima de macizos cimientos cuadrados, torres relucientes y rotondas coronadas por cúpulas doradas se erguían hacia el cielo; se veían gigantescas columnas alineadas ordenadamente que sostenían techos y murallas; altas y afiladas espiras con florones dorados se alzaban majestuosas por encima de todo. Las salas y galerías se encontraban a docenas; jardines elevados adornaban cada nivel; fuentes y cascadas relucían al sol.

La procesión pasó a través de una enorme arcada y penetró en el primero y más exterior de los patios, una auténtica planicie, donde los viajeros se encontraron con hileras de mozos que aguardaban su llegada. Se detuvieron y, tan pronto como hubieron descendido de sus carros y carruajes, los sirvientes se pusieron en movimiento, descargando los carros, tomando los equipajes de los reyes y transportándolos al interior del palacio sobre sus cabezas. De repente la música los envolvió; Charis miró a su alrededor y vio músicos que surgían de la columnata y

avanzaban hacia ellos para darles la bienvenida.

Encabezando a los músicos, a alguna distancia por delante de ellos, avanzaba un hombre alto, vestido por completo de color verde, que llevaba en la mano un cetro de marfil con la punta de oro.

—¿Es ése el Supremo Monarca? —preguntó Charis en un susurro.

—No —respondió su madre—, es el mayordomo mayor del rey. Él nos conducirá a palacio y nos presentará al Supremo Monarca.

El mayordomo hizo una profunda reverencia ante los reyes, les dijo algunas palabras en privado y luego todos subieron el corto tramo de escalera que llevaba a la columnata y al interior del palacio. Charis, a quien le parecía que ni el mismo Bel podía poseer una residencia tan magnífica, andaba como flotando, como si sus pies tuvieran dificultad en tomar contacto con el suelo.

Entraron en un salón de recepción y el mayordomo los dejó al cuidado de los chambelanes, explicando:

—Vuestros apartamentos han sido preparados. Sin duda desearéis refrescaros tras vuestro viaje. El Supremo Monarca está ansioso por daros la bienvenida y así lo hará esta noche en el Salón de Oceanus. Los ujieres os vendrán a buscar cuando llegue el momento —inclinó la cabeza en un regio saludo—. Hasta entonces, si deseáis cualquier cosa para sentiros totalmente cómodos, los chambelanes están a vuestras órdenes.

A Avallach, su familia y sus servidores se los condujo por una serie de pasillos en apariencia interminables hacia un atrio abierto; al otro lado del mismo había alojamientos superpuestos en dos niveles.

—Los vuestros son los aposentos superiores, majestad —explicó el chambelán que los había acompañado—. Los aposentos inferiores son para vuestros criados. Mis habitaciones están allí —indicó una puerta lateral—. No os faltará nada mientras permanezcáis en palacio. Estoy aquí para cumplir todos vuestros deseos. —Tras este ofrecimiento, los acompañó a sus habitaciones y se retiró en silencio.

Charis estaba acostumbrada al lujo y al decorado elegante. Sin embargo, los muebles de su habitación la dejaron boquiabierta: el sereno brillo de la seda y el suntuoso y cálido lustre de las maderas de sándalo y teca aparecían ante sus ojos en todas las direcciones. Giró por toda la estancia, con los brazos extendidos, tocándolo todo, y llegó a la balaustrada de mármol blanco de un pequeño balcón.

—¡Oh, mira! ¿Habías visto alguna vez un jardín tan maravilloso, madre?

Briseis se reunió con ella en el balcón para contemplar una inmensa extensión verde en plena floración. Senderos resguardados del sol serpenteaban junto a arroyos, alimentados por gráciles surtidores, que iban a desembocar en frescos estanques bordeados de flores.

—Sencillamente espléndido —coincidió su madre—. Es incluso más encantador de lo que lo recordaba.

—Y mira —siguió Charis—, tengo mi propia escalera, de modo que puedo bajar al jardín siempre que quiera. —Miró al otro lado del parque, a la gran protuberancia en forma de reluciente cúpula que se alzaba por encima de un bosquecillo de acacias enfrente de su balcón—. ¿Qué es eso? ¿El Gran Templo?

—No, ésa es la cámara donde se reúne el Gran Consejo.

—¡Quiero ir a verlo! ¡Quiero examinarlo todo!

—No tardaremos mucho —rió Briseis—. No me cabe duda de que no te aburrirás durante el tiempo que estemos aquí. Vamos —la reina hizo entrar de nuevo a su hija—, debemos dejar las exploraciones para más tarde. Es hora de darse un baño y cambiarse de ropa. Hemos de estar listas cuando el ujier venga a buscarnos.

Charis regresó al interior despacio, animándose otra vez al descubrir que su habitación poseía una pequeña piscina a la que se había llenado de agua perfumada en previsión de su visita. Se desvistió veloz y penetró en el agua.

—¡Oh, es estupendo! —suspiró mientras se deslizaba entre sus cálidas aguas.

—Disfruta de tu baño —recomendó su madre—. Enviaré a Ilean para que te vista.

—Me puedo vestir sola —replicó Charis, rociando con agua un capullo flotante.

—¡Te estás mojando el pelo! —advirtió su madre—. Cenaremos con el Supremo Monarca y en presencia de otros reyes y familias reales; debes tener el mejor aspecto posible, Ilean te vestirá.

Charis se revolcaba todavía en el agua cuando entró la doncella.

—Por favor, princesa, poneos en pie y dejad que os lave —pidió Ilean, al tiempo que se sentaba sobre la repisa de mármol.

—Ya he me lavado —repuso Charis—. Estoy lista para que me sequen.

La muchacha salió del baño, e Ilean la envolvió en una gran toalla de hilo.

—La reina ha escogido vuestro vestido azul para esta noche.

—Yo prefiero el verde.

—La reina me ha dado instrucciones diferentes.

Charis se encogió de hombros con altanería y dejó que la vistieran con el vestido azul pálido. Se le rizó y peinó la cabellera, y se le sujetaron cintas de seda azules y blancas a los bucles. Se le colgó al cuello una guirnalda de diminutas flores blancas, y se la calzó con sandalias nuevas de color blanco. Charis contempló su imagen en un gran espejo de plata bruñida. Vio a una muchacha esbelta con una cabellera de un dorado pálido, una frente despejada y amplia y enormes ojos verdes. Ensayó una sonrisa de salutación y se pellizcó las mejillas para que aparecieran más sonrojadas.

El ujier llegó pocos minutos después y las condujo al salón del banquete. Al entrar Avallach en la estancia, los trompetas señalaron su llegada con una fanfarria, y el heraldo anunció en voz alta:

—¡El rey Avallach de Sarras, su esposa, la reina Briseis, los príncipes y la princesa!

El salón refulgía con la luz de mil lámparas y estaba atestado de gente, todos ellos hablando en voz tan alta que Charis dudó de que nadie hubiera oído el anuncio. Pero alguien lo había hecho, pues tan pronto como cruzaron el umbral fueron interceptados por un monarca situado cerca de ellos, quien abrazó a Avallach con fuerza.

—¡Belyn! —exclamó Avallach—. Me alegro de verte. ¿Cuándo llegaste?

—Ayer. ¿Tuviste buen viaje?

—Regular..., hace un clima tan seco. Viajamos con Seithenin.

Belyn bajó la voz.

—¿Está con nosotros?

Avallach asintió.

—Unánimemente.

—Bien. —Belyn palmeó a Avallach en la espalda y se volvió hacia la reina—:

Briseis, no era mi intención hacerte un desaire. —Se inclinó sobre ella e intercambiaron besos—. También estoy encantado de verte a ti.

—No te disculpes, Belyn. Es demasiado tarde para cambiar tu forma de ser. —Dirigió una mirada a Avallach—. Eres igual que tu hermano.

Belyn se echó a reír.

—Nos han descubierto, Avallach. Esta mujer nos conoce demasiado bien.

—¿No estarás solo, Belyn? —preguntó Briseis, paseando la mirada por la arremolinada multitud—. No veo a Elaine. Confío en que esté aquí.

—¡Ah! Por desgracia, debe permanecer en su habitación esta noche.

—La voy a echar de menos. ¿Se encuentra bien?

—Bastante bien. Intenté disuadirla de venir, pero ella insistió, aunque el nacimiento es inminente. Dijo que le sentaría mucho mejor el aire fresco y una compañía estimulante que quedarse sola en un palacio sofocante, aguardando mi regreso. «Si doy a luz al bebé en un campo junto a la carretera, tanto mejor», fueron sus palabras. —Se encogió de hombros, impotente.

—Dile que la iré a visitar mañana. Quizá le gustará dar un paseo por el jardín, si no le causa demasiada fatiga.

—Le encantará. —Belyn se volvió hacia los otros que se apiñaban a su alrededor—. ¿Y a quién tenemos aquí? Kian, Maildun, un saludo; Eoinn, Guistan, os habéis convertido en unos hombrecitos. Me alegro de que hayáis venido todos; tendremos que salir a cabalgar juntos, ¿en? Quizá mañana por la tarde. —Los príncipes aprobaron a coro y al instante su plan.

Los ojos de Belyn se posaron en Charis.

—Y Charis, mi palomita. —La abrazó y le tiró de una cinta—. Ya no es una niñita, por lo que veo. Vigílala, Avallach: antes de que termine la noche habrá robado muchos corazones.

Charis consideró extraña aquella jovialidad, teniendo en cuenta que Belyn y Elaine los habían visitado sólo unos días antes de que ellos salieran en dirección a Poseidonis. No obstante, cuando iba a hacer algún comentario sobre ello, su ujier regresó para acompañarlos a su mesa, afirmando:

—El Supremo Monarca hará su aparición dentro de poco. ¿Deseáis ocupar vuestros asientos?

—Sí, seguidle —repuso Belyn—. Me voy a mi mesa ahora, hablaremos mañana.

Avallach y su familia se abrieron paso por entre la maraña de invitados hasta una mesa elevada, con nueve asientos, que habían sido colocados aparte para los reyes y su familia más inmediata. Charis, sentada junto a su madre, que estaba a la derecha del rey, escuchó mientras su padre, que miraba discretamente hacia uno y otro rincón, nombraba a los demás invitados reunidos en el salón.

—Ahí está Hugaderan de Hespera, mira hacia aquí, pero finge no verme; no espero otra cosa de él —señalaba Avallach—. Y más allá está el pétreo Musaeus con sus consejeros; jamás le he visto sonreír. —Desvió la mirada hacia otro lugar—. ¡Oh! E Itazais de Azilia, con aspecto aburrido y malhumorado, como si le resultara humillante ser visto en esta compañía. Cerca de él, allí: ése es Meirchion de Skatha; ése sí que es un hombre que sabe atender las razones.

Avallach calló y giró en redondo.

—No veo a Néstor por ninguna parte; supongo que no pensará llegar después que el Supremo Monarca haya entrado.

—A lo mejor no asistirá esta noche —repuso Briseis.

—Ah, Seithenin acaba de llegar. Te lo aseguro, Briseis, cada vez me gusta más ese hombre. Con el tiempo, podría convertirse en un segundo hermano para mí.

Al cabo de unos pocos minutos, las trompetas lanzaron una sonora y deslumbrante fanfarria y el heraldo anunció en voz alta:

—El rey Ceremon, Supremo Monarca de los Nueve Reinos, y su esposa, la reina Danea.

La habitación quedó en silencio. Los reyes y sus compañeros se pusieron en pie al entrar el Supremo Monarca, con la reina a su lado. Iban ataviados por igual en delicada seda roja, con bordados en oro en los puños y rebordes. Ceremon llevaba una capa corta dorada y botas también áureas, y en la cabeza un aro de oro con un disco solar sobre la frente. Danea portaba sandalias doradas y un sencillo aro de oro; sus cabellos castaños estaban sujetos hacia atrás, y la trenza, atada con anillos de oro. Su manto sin mangas se arrastraba por el suelo a su espalda, barriéndolo con su reborde bordado en oro.

Atravesaron el salón despacio hasta su lugar en la mesa principal, saludando a los demás a su paso. Pasaron cerca de la mesa de Avallach y éste saludó con una cortés reverencia.

—Bienvenido, rey Avallach —dijo Ceremon, inclinando la cabeza—. Reina Briseis, me alegro de que escogieras acompañar a tu esposo. Hace tiempo que no teníamos el placer de tu presencia en este palacio. Os doy la bienvenida a todos.

El Supremo Monarca iba a continuar, cuando su mirada se posó en Charis. Se detuvo y se volvió hacia ella.

—¿Y quién es ésta? Avallach, no sabía que tenías una hija. —Extendió una mano delgada y levantó la barbilla de la muchacha—. ¿Cómo te llamas, radiante criatura?

—Charis, majestad.

Ceremon, sonrió, y su penetrante mirada se iluminó.

—Charis, un nombre hermoso para una bella muchacha. Bienvenida, Charis. Espero que encontrarás tiempo para conocer nuestra Gran Ciudad.

La joven inclinó la cabeza y, cuando volvió a levantar la mirada, el Supremo Monarca ya se había ido. Lo vio alejarse muy despacio, erguido, esbelto, el manto reluciente bajo las luces, y pensó que nunca había visto a nadie con un porte tan regio, tan imponente.

—Es igual que un dios —susurró a su madre.

Briseis miró a su hija pero no contestó. Charis, entonces, se sintió violenta y se sonrojó. El banquete siguió adelante, servido por cientos de criados que llevaban bandejas con comida y bebida, y circulaban incesantemente por todo el salón, pero Charis no probó un solo bocado. Miraba fijamente al Supremo Monarca y a su esposa, y se imaginaba a sí misma en el lugar de la reina, con un aspecto tan sereno y majestuoso como la misma Suprema Soberana.

Se ofrecieron entretenimientos después de la comida: un bullicioso ejército de músicos interpretó canciones tradicionales mientras cantaban un coro. Charis creía estar soñando. El salón resplandeciente, los dignos invitados, la música tradicional llenando el aire, y la imperial presencia del Supremo Monarca; todo se combinaba para darle al festín un aire de ensueño. Hasta tal punto que Charis se sintió sorprendida y claramente desilusionada cuando llegó el momento de marchar.

Parecía como si a la velada le hubieran crecido alas y hubiera transcurrido en un instante. Aturdida y fascinada por su experiencia, a la joven le faltó poco para

regresar flotando a su habitación. Sin darse cuenta de lo que hacía, se preparó para irse a la cama, se deslizó entre las frescas sábanas y se quedó dormida, mientras la voz del Supremo Monarca seguía sonando en sus oídos: «Charis, un nombre hermoso para una bella muchacha».

10

La fiesta de la boda de Elphin continuó al día siguiente, y al otro. Al cuarto día los barriles y los pellejos empezaron a secarse y, al llegar la noche, empezó a escasear la comida. Muchos de los invitados se despidieron entonces; aquellos que vivían más lejos se quedaron una noche más, pero partieron a primera hora de la mañana siguiente, de modo que al mediodía todos los que habían acudido de fuera habían marchado, con lo que la fiesta finalizó.

A la mañana siguiente, Elphin se levantó, se vistió deprisa, y salió de la casa. Llamó a los hombres que su padre había prometido que lo ayudarían, y los llevó al lugar que había escogido para instalar su casa. Midió las dimensiones de la estructura a pasos, dio órdenes, y los hombres empezaron a cavar, aunque sin entusiasmo, porque no estaban de acuerdo con el lugar que había elegido Elphin, y envidiaban todo aquel proyecto, que consideraban innecesario y, con toda probabilidad, desafortunado.

Al caer la tarde, cuando hubieron terminado, llamaron a Elphin para que inspeccionara el trabajo. Este dedicó una ojeada a lo que habían efectuado y dijo:

—Esto no es lo que os indiqué. ¡Tiene que ser mayor!

A la mañana siguiente volvieron al trabajo y al mediodía lo volvieron a llamar. Cuando Elphin observó el tamaño del agujero que habían excavado, arrugó la frente y sacudió la cabeza con desaprobación.

—Aún no es bastante grande. Ya que no me queréis escuchar, os mostraré mi idea. Mirad esto... —Tomó una estaca de madera y la clavó en el suelo, y luego hizo lo mismo con otra, de modo que el cuadrado se convirtió en un enorme rectángulo—. Así es como la deseo.

Los hombres refunfuñaron entre dientes, pero volvieron al trabajo.

—¿Para qué quiere *él* una casa tan grande? —mascullaron cuando se hubo alejado—. No hay más que un señor en este *caer*, y no es Elphin.

—Quizás espera adquirir el rango construyendo una gran casa —comentó un trabajador malhumorado.

—Ja! Se necesitará más que una casa grande para hacer de *él* un señor —replicó su compañero.

Al atardecer, ya habían completado casi la excavación de los cimientos. Elphin supervisó sus esfuerzos y los aprobó.

—Bien, ahora, el hogar se situará ahí —afirmó, indicando un punto en el centro del agujero.

—Cávalo tú mismo —gruñó uno de los trabajadores—. Quieres algo demasiado grande —concluyó el hombre, y arrojó su pala a los pies de Elphin.

—Muy bien —replicó el joven, saltando al interior del agujero. Recogió la pala y se dirigió al lugar indicado.

Una vez allí marcó las dimensiones del hogar y hundió la pala, empujando la hoja de madera con el pie para que penetrara en el barro.

Pero la pala chocó contra algo duro y no se introducía.

—Una vieja raíz —sugirió alguien con una risita—. Será mejor que traslades el hogar a otro sitio.

—Eso no es una raíz —repuso Elphin, apartando el barro con la pala—. Es una piedra. —Esta tenía un borde, y Elphin escarbó a su alrededor para revelar un pedazo cuadrado y liso de pizarra. Cuando hubo apartado la tierra, levantó el extremo de aquella losa negra y vio un pedazo de tela muy burda.

—¿Qué es esto? —preguntó, agachándose.

El sucio andrajo se hizo pedazos cuando su mano se cerró sobre él, pero bajo los podridos restos percibió un destello amarillo. Los otros lo observaron, curiosos, al advertir que Elphin se arrodillaba y empezaba a apartar el barro con las manos.

—Miradle —rieron—. Piensa que es un perro.

Elphin los ignoró y cogió de nuevo la pala, la hundió en el suelo y volvió a sacarla. Y allí, balanceándose en el extremo de la estrecha hoja de madera, había un *torc* de oro.

Los trabajadores dejaron de reír. Elphin tomó el *torc* entre sus manos y le limpió la tierra que tenía pegada. Era tan grueso como tres cadenas trenzadas, y en sus extremos llevaba cinceladas cabezas de animales: un toro en el derecho, y un oso en el izquierdo.

—¡Ved lo que he encontrado! —gritó—. ¡Un *torc* de oro, un *torc* real!

Elphin empezó a gritar y pronto casi todo el pueblo, incluidos Gwyddno y Hafgan, estuvo reunido alrededor de la obra.

—Mirad lo que he hallado —anunció Elphin en voz alta, levantando el *torc* bien alto para que todos lo distinguieran—. Un *torc* de oro, que estaba enterrado justo donde había decidido poner el hogar.

Se oyeron murmullos de sorpresa entre los reunidos.

—Déjame examinarlo, por favor —pidió Hafgan, abriéndose paso.

Elphin depositó el *torc* en manos del druida y cruzó los brazos sobre el pecho. Hafgan lo estudió con atención, volviéndolo de un lado y del otro. Por último, tomó un extremo de su túnica y lo frotó con ella hasta hacerlo brillar.

—¿Visteis todos cómo ocurría? —preguntó.

—Lo vimos —admitieron los trabajadores de mala gana.

—¿Alguien tiene alguna duda?

Negaron con la cabeza.

—Elphin lo encontró tal y como ha explicado —replicó uno de los hombres, y relató cómo se habían negado a excavar el agujero para el hogar y desafiado a Elphin a que lo hiciera él mismo.

—Cogió la pala y dio contra la piedra; el *torc* estaba debajo.

Gwyddno juntó las manos y exclamó:

—¡Es una gran casualidad!

—Desde luego —repuso Hafgan—. Toda una casualidad. No hay la menor duda de que este *torc* adornó en una ocasión el cuello de un rey, y se ha encontrado en casa de Elphin, bajo una antigua piedra de chimenea.

—¿Qué significa? —preguntó uno de los trabajadores.

Hafgan sopesó el objeto en su mano.

—El sentido está muy claro: ¿dónde está la chimenea del rey?

—Pues, en la casa del rey —respondió el hombre.

—¿Y quién vive en la casa del rey?

—El rey —respondió Gwyddno con una amplia sonrisa.

—Así es —concedió Hafgan. Le tendió el ornamento a Elphin y continuó—: ¿Reclamas el *torc*, Elphin *ap* Gwyddno?

—Lo reclamo.

—Entonces, llévalo puesto —repuso Hafgan.

Al oír esto la gente empezó a murmurar sorprendida, ya que con estas palabras el druida indicaba que Elphin era digno de suceder a su padre.

El joven tomó el torc y separó los extremos con cuidado, se lo llevó al cuello y lo deslizó alrededor de éste, luego empujó los dos extremos para juntarlos más. El frío peso del aro le produjo una agradable sensación en la base del cuello.

—He aquí el tercer tesoro encontrado por Elphin —dijo Hafgan, dirigiéndose a todos los reunidos—. Ha encontrado un hijo con grandes cualidades, una esposa generosa y noble, y ahora el torc de un rey. ¿Quién de entre vosotros le llamaría un hombre sin suerte?

Nadie se movió; ¿quién osaba discutir tamaña evidencia?

—A partir de hoy, que nadie menosprecie el nombre de Elphin, ya que hacerlo acarrearía deshonor no a Elphin, sino al que así le hubiera desdeñado. Todos habéis visto que su suerte ha cambiado y su fortuna es ahora tan grande como su anterior infortunio. —Levantó el bastón por encima de ellos—. Aquí está la prueba de que todo lo que he predicho sucederá. Escuchad y recordad.

Todos se dispersaron, y Elphin trepó fuera del agujero para mostrarle a Rhonwyn su increíble hallazgo. La mujer, al contrario que los otros, no demostró sorpresa; simplemente; levantó una mano para tocar el torc con un dedo y dijo:

—Cuando te vi por primera vez, vi un torc de oro alrededor de tu cuello. Ahora ya está aquí. Éste es sólo el primero de los muchos logros gloriosos de mi esposo.

Esa misma noche, Elphin yacía en la cama y Rhonwyn junto a él, con el niño sobre el pecho. Era tarde y en la chimenea no ardían ya más que brasas. Aunque había sido un día ajetreado, Elphin no hacía más que dar vueltas a un lado y a otro de la cama, incapaz de dormir; al cabo de unos minutos de tanta agitación, Rhonwyn dijo:

—¿Qué sucede, Elphin? ¿Estás preocupado?

—No —respondió—. Sin embargo, no puedo conciliar el sueño. No puedo descansar.

—Puede que te haga bien andar un poco.

—Quizá tengas razón. —Se levantó en silencio, se echó una piel de becerro sobre los hombros y salió al exterior a una noche rebosante de estrellas. Se quedó quieto contemplando la bóveda celeste durante unos momentos, mientras el aire fresco de la noche convenía su aliento en una neblina plateada a la luz de las estrellas.

«Esta es una noche apropiada para sortilegios», pensó. «En una noche como ésta, se realizan grandes proezas tanto para bien como para mal.»

Aquel pensamiento ocupaba aún su mente cuando oyó un sonido, un agudo lamento en la noche, como la llamada de un pájaro nocturno. Pero, aunque escuchó con atención por si volvía a repetirse, todo lo que percibió fueron los sonidos nocturnos del *caer.* Sintiendo curiosidad, atravesó el centro del *caer,* pasando junto al gran roble y las oscuras casas de los hombres de su clan, en dirección a la empalizada. Al llegar a la puerta subió a la muralla interior y atisbo por encima de la empalizada hacia los corrales del ganado instalados tras ésta. Todo estaba oscuro y

silencioso al otro lado del enorme círculo de estacas de madera de la fortaleza; se giraba ya para volver sobre sus pasos y bajar de la muralla, cuando advirtió un destello por el rabillo del ojo, como el brillo de la luz de las estrellas sobre la hoja de un cuchillo.

Miró de nuevo y ya no lo vio. Pero ahora estaba alerta. Allí de pie, con los ojos fijos en la oscuridad, discernió unas formas oscuras que se movían en el corral principal. Sintió un escalofrío y, sin pensar, arrojó al suelo la piel de becerro y echó a correr por el *caer* hasta la casa de su padre. Se precipitó en el interior y gritó:

—¡Gwyddno! ¡Despierta! ¡Nos están robando el ganado!

Atizó el fuego, agarró una tea encendida y volvió a salir corriendo en dirección al portón, sacó el travesaño de entre las clavijas y abrió de un tirón la enorme puerta. Luego se precipitó camino abajo en dirección a los corrales con la antorcha en la mano. A su espalda oyó sonar la señal de alarma en el cuerno de caza de Gwyddno y, luego, el ruido de la barra de hierro que colgaba del roble al ser golpeada.

Elphin llegó al corral y se encontró con las espadas de cuatro ladrones. Un aullido capaz de helar la sangre escapó de su garganta y se arrojó sobre ellos, balanceando la tea en un arco llameante a su alrededor. Los ladrones retrocedieron en desorden. Al ver el temor pintado en sus rostros a la fantasmal luz de la antorcha, los hostigó con más ímpetu, blandiendo el arma improvisada contra ellos una y otra vez.

Nuevos bandidos se apresuraron a tomar parte en la refriega, y Elphin se volvió para plantarles cara, lanzando un feroz grito de guerra, al tiempo que agitaba la tea en todas direcciones. Alcanzó a uno, que cayó al suelo con un gruñido, y los demás se dispersaron. Elphin los persiguió, gritando y haciendo voltear la llama, que rasgaba resplandeciente la oscuridad de la noche y le daba el aspecto de un incendiario.

Cuando los hombres del *caer* llegaron al corral presenciaron un extraño espectáculo: Elphin, desarmado, a excepción de la antorcha, daba caza a diez bandidos armados con espadas y lanzas, que huían ante él como si estuvieran ante un señor de la guerra montado en su arrollador carruaje.

Los hombres corrieron en su ayuda, y sus feroces gritos de guerra taladraron el fresco aire nocturno. Uno de los ladrones se deslizó detrás de Elphin sin que éste se diera cuenta y le apuntó con su lanza.

—¡Cuidado! —gritó Gwyddno.

Elphin oyó el aviso y se giró justo cuando la lanza hendía el aire junto a él. Extendió la mano y su puño se cerró alrededor de la lanza torpemente arrojada, que recogió en pleno vuelo. Se revolvió entonces para enfrentarse a los bandidos, quienes, de espaldas contra la baja pared de piedra, se habían vuelto para atacarle de nuevo. Lanzaron un alarido y se precipitaron hacia adelante, en masa. Elphin levantó la lanza y la arrojó con fuerza.

El arma voló con acierto, atravesó el endeble escudo de cuero del bandido que iba en cabeza y también su cuerpo, penetrando, incluso, en el hombre que iba justo detrás de él. Los dos, ensartados en la misma lanza, cayeron al suelo.

Aterrados, los restantes ladrones se dieron la vuelta y huyeron, treparon como pudieron al otro lado de los muros y desaparecieron en la noche. Los habitantes del *caer* salieron en su persecución pero no los atraparon y, pronto, regresaron al escenario de la batalla.

Allí encontraron a Elphin, desnudo y tembloroso, de pie sobre los cuerpos de

los hombres que había matado, con la humeante tea todavía en su mano. Gwyddno se le acercó y dijo:

—Nunca había visto a nadie comportarse en la lucha como tú lo has hecho.

—¿Quiénes eran? —preguntó Elphin.

Cuall, uno de los primeros en llegar al lugar de la pelea, se agachó sobre los cadáveres y acercó una antorcha a sus rostros. Se incorporó y respondió:

—Nunca había visto a estos hombres. Sus vestidos me resultan tan extraños como sus rostros.

—¿Irlandeses? —inquirió Gwyddno.

Cuall negó con la cabeza.

—No lo creo.

—Quienes sean, no importa —concluyó uno de los hombres—. Nuestro ganado está a salvo.

—Se debiera de haber dado la alarma —manifestó Gwyddno—. ¿Dónde están nuestros pastores?

—Muertos. —Todos se volvieron hacia el que había hablado, quien señaló un muro que había más allá—. Si no hubiera sido por Elphin, no hubiéramos descubierto el robo hasta la mañana y, para entonces, los ladrones hubieran estado muy lejos.

Los hombres miraron a Elphin con perplejidad.

—¿Cómo te enteraste del asalto? —inquirió su padre.

—No lo sé —respondió, meneando la cabeza como si fuera un misterio tan grande para él como para los otros—. No podía dormir y salí afuera. Oí algo y vi el destello de una espada en el corral. Cuando miré con más atención distinguí varios hombres. Corrí a la casa del jefe, lo desperté y cogí una tea de su chimenea. Bajé aquí...

Cuall recogió una de las armas de los bandidos.

—Estas espadas están ennegrecidas con brea y barro, al igual que los rostros de estos miserables que tenemos ante nosotros —anunció, y mostró la hoja para que todos pudieran verla—. ¿Cómo pudiste verla brillar?

Elphin sólo pudo sacudir la cabeza.

—Eso no lo puedo decir. Solo sé que la percibí y vine corriendo.

—Pero ¿por qué no nos esperaste, hijo mío? —preguntó Gwyddno—. Era una temeridad arrojarse solo contra ellos.

—Quizá —replicó uno de los hombres—, pero observé el rostro de Elphin a la luz de la antorcha. ¡Brillaba con tanta fuerza como la antorcha que sujetaba!

—Más aún —repuso otro—. Había en él el frenesí de la batalla y el resplandor del guerrero, como en los héroes de antaño.

—¿Visteis? —apostilló un tercero—. ¡Cogió la lanza al vuelo y la devolvió!

—¡Dos a la vez! —gritó otro.

Los hombres empezaron a lanzar gritos eufóricos. Cuall saltó sobre los ladrones muertos con la espada y les cortó las cabezas, luego entregó los sangrantes trofeos a Elphin, diciendo:

—Con tan sólo una antorcha pusiste en fuga al enemigo. ¡Salve, Elphin, hijo de Gwyddno Garanhir, campeón de la batalla!

—¡Salve, Elphin! —exclamaron los otros.

Y Elphin regresó al *caer* sobre los hombros de la gente, quienes entonaron canciones victoriosas en su honor durante horas aquella noche.

11

—¿Has visto alguna vez algo tan... — Charis buscó la palabra exacta—, tan magnífico?

Guistan la miró con atención y arrugó la nariz.

—Desde luego, el Supremo Monarca vive bien. ¿Por qué no? Está en su derecho. —El muchacho se echó otra uva en la boca—. Después de todo, es un dios.

—No un dios auténtico.

—También lo es —insistió Guistan. Colocó otra uva bajo su dedo pulgar y la aplastó—. Pregúntale a Annubi. Cuando un rey se convierte en Supremo Monarca, también se convierte en un dios. ¿Te parece adecuado que un dios habite en una pocilga?

—*He afirmado* que el palacio es magnífico —insistió—, creo que el Supremo Monarca lo es también; no me importa si es divino o no.

—¡Hummm! —resopló Guistan, poniéndose en pie. Exprimió otra uva y luego recogió la pulposa masa y se la arrojó a Charis.

Ella se agachó, cogió una naranja de un frutero y se la lanzó a la espalda mientras el muchacho se retiraba precipitadamente.

—¡Te odio! —le gritó.

La fruta se aplastó sobre el suelo de mármol y rodó un trecho, derramando zumo. Charis se volvió indignada.

—¿Era para mí este recibimiento?

La muchacha se giró veloz para ver a una mujer de pelo oscuro, ataviada con una amplia túnica y un manto, de pie en el umbral, con la estropeada naranja a los pies.

—¡Tía Elaine! —exclamó, y voló a través de la habitación para abrazarla.

—Aquí —señaló Elaine, tomando la mano de Charis—. Pon tu mano justo aquí. —Sostuvo la mano de la muchacha plana contra el costado de su sobresaliente vientre—. ¿Notas algo?

—Mmm, no —replicó Charis. Elaine movió su mano a un lugar diferente y casi al instante Charis sintió un estremecimiento y luego un golpe debajo de su palma. Apartó la mano inmediatamente.

—¿Es el bebé?

Su tía asintió.

—Eso fue un pie o un codo. Se da muchas vueltas estos días, pobrecito. Está apretado ahí dentro y siento a cada momento cómo se esfuerza por salir.

—¿Has visto el jardín? —preguntó Charis de repente, mientras tomaba a Elaine de la mano y la conducía hasta el balcón.

—Sólo desde mi ventana.

—Lo he explorado casi todo; deja que te lo enseñe.

—Muy bien, pero primero vamos a buscar a tu madre. Aún no la he saludado.

—Vendrá con nosotras, y podréis hablar mientras te enseño el jardín. —Charis

se precipitó hacia la puerta—. La traeré.

La joven encontró a su madre conversando con Ilean, mientras la doncella le arreglaba el pelo.

—¡Madre! Tía Elaine está aquí. Vamos a ir a dar un paseo por el jardín y quiere que tú también vengas.

—Gracias, Ilean. —Briseis despidió a la sirvienta y siguió a su hija hasta la habitación contigua, donde encontraron a Elaine tal como la había dejado Charis, de pie bajo el sol, en el balcón.

La mujer se volvió y extendió los brazos.

—¡Briseis!

Esta vaciló. Una sombra cruzó su rostro y se detuvo.

—¿Briseis? ¿Qué sucede?

—¿Madre? —preguntó Charis.

La reina se recuperó inmediatamente y volvió a la normalidad.

—¡Oh! Fue tan sólo..., no es nada. —La reina se acercó y besó a la otra mujer en la mejilla—. Elaine, ¿cómo estás? ¿Algún cambio?

—Nada digno de mención. Me dicen que el bebé nacerá en cualquier momento, y parece que lo han estado diciendo durante meses. Tengo mis dudas.

—Demos un paseo —propuso Charis—. Quiero enseñarte el jardín.

—Sí, necesito aire fresco desesperadamente.

La joven las condujo al exterior y las hizo descender por la escalera de piedra hasta el jardín. Tomó el primer sendero que encontró y las dos mujeres la siguieron. Durante un tiempo, Charis no hizo más que correr de acá para allá, instándolas a que fueran más deprisa, pero poco a poco empezó a dejarlas más y más atrás. Cuando volvió la cabeza y las vio detenerse para sentarse en un banco de piedra, se desesperó. «De esta forma no podremos ver nada del jardín», pensó.

Empezó a regresar hacia ellas, pero su madre la vio y le hizo un gesto con la mano para que continuara sin ellas.

—Adelántate, Charis —le gritó—. Enseguida te seguimos.

Agradecida por su libertad, se alejó corriendo y pronto se perdió en los serpenteantes senderos del exuberante y primoroso jardín del Supremo Monarca. Revoloteó junto a un seto podado con esmero, pasó por un original puente de madera y penetró en un bosquecillo de limoneros. Los árboles estaban todavía en flor y el perfume que desprendían hizo que aminorara la marcha; se paseó lentamente, canturreando para sí, envuelta en aquella dulce y embriagadora fragancia.

Más hacia el interior del bosquecillo, llegó a un sombreado estanque al que alimentaba una fuente de piedra situada en su centro: un gran pez de mármol verde con la boca abierta. De su boca brotaba espumeante el agua para llenar la tranquila laguna. Charis se arrodilló, colocó las manos bajo el surtidor de agua y se mojó la frente y el cuello; su piel agradeció el frescor.

Se tumbó de espaldas en la ladera cubierta de mullida hierba y contempló las nubes que flotaban a través del cielo, luego cerró los ojos. El sonido de alguien que cantaba una melodía transparente y pura, como el sonido del agua que caía al estanque, llegó a sus oídos. Escuchó durante un momento; las palabras eran extrañas y estaban pronunciadas de una forma curiosa, como si quien cantaba lo hiciera en una lengua desconocida.

Charis se incorporó y se dirigió hacia el lugar de donde procedían las notas, rodeando el borde del estanque y agachándose para pasar bajo las ramas inclinadas

de un árbol katsura que crecía junto al agua. Llegó a un muro de plantas de canela, se abrió paso por entre las punzantes frondas verdes y salió con cautela a un claro iluminado por la luz del sol.

Allí, en un alto taburete de tres patas, estaba sentada una mujer cuya cabellera era una llameante cascada de oro, vestida con una brillante túnica de color verde esmeralda. Llevaba un bastidor de bordar de plata en la mano, pero no había ninguna tela en él, ni agujas ni hilo por allí, por lo que Charis pudo advertir. En cuanto ésta salió de entre las sombras, la canción se acabó. La mujer volvió la cabeza y miró a la joven abiertamente, con una sonrisa de bienvenida en los labios.

—Me preguntaba quién me estaba escuchando —afirmó la mujer—. Acércate más, muchacha.

Charis dio un cauteloso paso al frente.

La mujer rió alegremente; era como el sonido del rocío al caer sobre las hojas.

—Me parece que me tienes miedo.

Charis se movió con más rapidez y fue a detenerse junto a la mujer.

—¿Cómo sabíais que estaba escuchando? —preguntó.

—Qué muchacha tan linda eres, Charis.

—¿Me conocéis?

—Si no te conociera, ¿cómo sabría tu nombre?

—¿Quién sois? —inquirió, y luego palideció al darse cuenta de lo impertinente de la pregunta.

—¿Por qué tienes miedo? —inquirió la mujer—. Considero que una pregunta directa es una amabilidad. Pueden esconderse tantas cosas bajo una falsa cortesía.

Charis no supo qué contestar y se quedó mirándola. Había algo muy familiar en aquella mujer y, sin embargo...

—Oh, no me reconoces, ¿verdad? —dijo la dama—. Quizá si llevara mis sedas y el aro en la cabeza lo recordarías.

La mujer dibujó un rápido movimiento con las manos. Su imagen se desplazó en el aire y pareció ondear, como si fuera un reflejo en el agua. Charis reconoció ante ella la figura de la Suprema Soberana, vestida con brillante seda de color rojo, con un largo manto sobre los hombros y una estrecha cinta de oro en la frente, el pelo trenzado y sujeto con anillos de oro.

La joven hizo una reverencia y levantó las manos haciendo el signo solar.

La reina se echó a reír.

—¡De modo que no me desconoces, después de todo! Me alegro. Qué aburrido resultaría si siguiéramos hablando sin que ninguna de las dos supiera a quién se estaba dirigiendo.

Cuando la muchacha miró de nuevo, la imagen se desvaneció y la Suprema Reina recuperó su verdadera apariencia. Charis parpadeó asombrada.

—¿Por qué tan sorprendida, Charis? Es una ilusión muy simple.

—Mi soberana —replicó Charis algo jadeante—. Nunca había visto algo parecido.

—¡Oh! Hay muchas cosas similares que uno podría efectuar y actos más importantes también, si se supiera cómo. Pero puedes llamarme Danea, porque me parece que vamos a ser amigas. —La Suprema Soberana levantó el bastidor de plata—. ¿Sabes qué es esto, Charis?

—¿Un bastidor de bordar?

—Es muy parecido, pero no. Es un anillo de hechicero. Lo sostendré así en alto

—lo sujetó entre ambas palmas—, y tú me dirás lo que ves.

La muchacha miró y al principio no percibió nada más que el hombro de la reina y el claro que había detrás. Abrió la boca para hablar, pero Danea dijo:

—¡Espera! Concéntrate. Observa con atención.

Charis se concentró arrugando la frente. Clavó los ojos en el bastidor y los objetos que quedaban dentro de él se volvieron confusos. Se produjo un movimiento extraño, como un remolino, y la joven se sintió mareada, como si fuera a desmayarse. Pero se forzó a mirar y, cuando el movimiento cesó, divisó un palacio sobre una colina, rodeado de bosquecillos de manzanos.

—Pero, ¡si es mi casa! —exclamó sorprendida—. Nuestro palacio en Kellios.

—¿Qué más ves?

Charis observó con atención el interior del aro encantado, como si fuera un espejo, y percibió a una muchacha delgada que atravesaba corriendo el amplio patio, seguida por un perro que ladraba. Esta se detuvo, lanzó un palo muy alto en el aire y el perro bailó sobre sus patas traseras para atraparlo.

—Ésa es Velpa, la hija del cocinero mayor.

—¿Y ahora?

La imagen del interior del bastidor se arremolinó de nuevo y volvió a aclararse. Esta vez fue un panorama del mismo jardín; dos mujeres paseaban juntas, enfrascadas en conversación.

—Ahí están madre y Elaine —aseguró Charis, y su madre levantó la mirada—, ¿Pueden oírme?

—No, pero ella percibió tu presencia cuando hablaste. —La Suprema Soberana bajó el bastidor y se lo colocó sobre el regazo—. Eso estuvo muy bien, Charis. No todo el mundo lo consigue tan perfectamente; algunos no advierten nada en absoluto. Puede que tengas un don para los hechizos.

—¿Estaba Velpa de verdad ahí?

—La viste tal y como es ahora, sí.

—¿Muestra siempre lo que uno desea contemplar? ¿O es como la Lia Fail?

—¿Sabes utilizar la Lia Fail?

Charis asintió.

—Annubi me enseña.

—Pero tú la has utilizado alguna vez sin decírselo a nadie. ¿Me equivoco?

—No —admitió Charis muy a su pesar—. Pero no quería hacer nada malo.

—Claro que no. Eres curiosa, y ése es un atributo maravilloso para alguien que desea convertirse en una hechicera.

—¿Sois una hechicera?

La Suprema Soberana inclinó la cabeza con gesto regio.

—Algunos podrían decirlo.

—¿Podríais enseñarme? Daría cualquier cosa por aprender.

Danea sonrió y se inclinó hacia delante.

—¿Lo harías? Es mucho más difícil de lo que imaginas; harían falta muchos años para aprender lo que yo sé, y eso es sólo un principio. Tendrías que abandonar tu hogar y tu familia y trabajar muy duro. Unos conocimientos así exigen un alto precio y no hay muchos que estén dispuestos a pagarlo.

Charis se quedó callada.

—No desesperes, criatura. Tu amor por tu familia es digno de elogio; existen otras cosas además de los hechizos —la consoló Danea, y la muchacha comprendió

que la Suprema Soberana había leído sus pensamientos casi antes de que aparecieran en su mente—. No obstante, la vida no es siempre algo tan seguro como parece, Charis. No se necesita la hechicería para ver que sucesos imposibles ocurren a todas horas.

Del extremo más lejano del estanque llegó una llamada.

—Charis, ¿dónde estás? Chaaa...ris...

—Tu madre y tu tía te están buscando. Reúnete con ellas.

La joven se dio la vuelta para marchar.

—¿Os volveré a ver?

—¡Oh, sí! Nos encontraremos de nuevo.

—¿Cómo os encontraré?

—De la misma forma que hoy.

Charis retrocedió sobre sus pasos hasta la cortina de helechos, separó las frondas y, al tiempo que pasaba un pie al otro lado, se volvió para decir adiós con la mano, pero la Suprema Soberana había desaparecido, sin dejar siquiera una brizna de hierba aplastada que demostrase su anterior presencia.

Junto al estanque del bosquecillo de limoneros, Charis se encontró con Briseis y Elaine, que avanzaban hacia ella.

—Charis —dijo su madre—, ¿dónde has estado? Te hemos estado buscando.

—Me tumbé junto al estanque... —empezó—. De... debo de haberme dormido —replicó, y luego se preguntó por qué había mentido—. Lo siento.

—No pasa nada —interpuso Elaine—. Pero ya he andado bastante por hoy. Deberíamos regresar.

Se encaminaron hacia el palacio, las dos mujeres hablando en voz baja y Charis paseando distraídamente detrás; su cabeza no dejaba de pensar en los extraños y maravillosos encantos que realizaría cuando se convirtiera en una hechicera.

—No —dijo Avallach, sacudiendo la cabeza, solemne—. Seithenin tiene razón. No podemos acudir al Supremo Monarca todavía. No tenemos ninguna prueba de lo que intenta Néstor.

—¡Todos sabemos muy bien lo que pretende! —exclamó Belyn, enojado—. ¿Para qué, si no, los espías? Traigo sus documentos conmigo. Si se los presentásemos a Ceremon, tendría que darnos la razón. Yo creo que debemos acudir a él ahora. Tenemos que obrar con celeridad, antes de que Néstor haya tenido tiempo para envenenar la opinión de la gente en contra nuestra.

—Pero si vamos a Ceremon ahora y nos exige una prueba de la guerra, que no poseemos, también provocará comentarios desfavorables para vosotros.

—¿Y si esperamos un poco más? —interpuso Seithenin—. El mismo Néstor puede proporcionarnos la demostración que necesitamos. El no haber asistido al banquete anoche fue una ofensa que no pasará inadvertida. A lo mejor su próxima acción será aún más condenatoria.

—Esperar no puede hacer daño a nadie —convino Avallach.

—Y nos dará tiempo de conseguir más apoyo.

Frunciendo el entrecejo, Belyn cedió:

—Muy bien, pero hiere mi amor propio tener que aguardar mientras esa serpiente continúa haciendo sus planes impunemente.

—Belyn —repuso Seithenin con suavidad—, ésa es una acusación muy grave.

Los Nueve Reinos han disfrutado de paz durante más de dos mil años. Tenemos que procurar por todos los medios conservar esa paz.

—Incluido el luchar por ella —intercaló Belyn.

—Si es necesario. Pero tan sólo cuando todo lo demás haya fallado —respondió Seithenin—. Si soltamos los perros de la guerra, debemos estar dispuestos a seguirlos, cualesquiera que sean las consecuencias. Por lo tanto, debemos estar seguros, más que seguros, de que sabemos lo que estamos haciendo.

—A mí no me cogerán desprevenido —dijo Belyn—. Todos conocemos el carácter de Néstor.

—Sí —concedió Avallach—, es el tipo de persona que prueba su propia caída; no tenemos más que esperar y observar.

—Mientras no nos limitemos a aguardar y observar que las ruedas de sus carros levantan el polvo de la muerte en nuestros propios patios —replicó Belyn. Empujó hacia atrás su silla y se puso en pie—. Os dejaré ahora. —Levantó las manos formando el signo solar, luego se dio la vuelta y abandonó la habitación.

—¡Ah! —suspiró Seithenin, cuando Belyn hubo salido—. ¡Qué impetuoso es!

—Siente las cosas con mucha intensidad. Herencia de nuestro padre, que fue un hombre muy apasionado.

—Sí, el rey Pelles, lo recuerdo. De hecho, incluso recuerdo la primera vez que nos vimos tú y yo. Tú eras un muchacho, no mucho mayor que tu propio Guistan, cuando acompañaste a tu padre para un asunto.

—Me sorprende que lo tengas presente. No tenías mucha más edad tampoco. Nuestras vidas han estado unidas durante mucho tiempo.

—Sí, sí. Y ha existido una buena amistad —reconoció al momento. Desvió los ojos levemente.

Avallach se recostó en su sillón y sonrió.

—He estado pensando en reconocer nuestra alianza formalmente.

—¿Un tratado?

—No, un matrimonio.

—Ya.

—¿Qué dirías de un matrimonio entre mi hija y tu hijo mayor, Terant?

—Me agrada la perspectiva. Terant es un joven de gran valía, y tu Charis, por lo que se ve, se convertirá en una mujer muy bella. Será difícil encontrar un partido mejor.

—Démoslo por decidido, pues.

Seithenin tomó su *rhyton* de la mesa y la alzó.

—Por una paz eterna entre nuestras casas.

—Por una paz eterna. —Avallach levantó su copa en dirección a la de Seithenin y bebió. La volvió a dejar y se quedó mirándola silencioso durante un buen rato—. El mundo cambia. No podremos mantener nuestro puesto durante mucho tiempo.

—Quizá —dudó Seithenin con voz suave—, pero aún lo mantendremos un poco más. Aún no estamos acabados.

Avallach levantó los ojos y sonrió.

—No, supongo que no. ¿Y quién dice que la nueva era no será mejor?

Mientras hablaban, penetró por la ventana abierta el profundo y atronador sonido de una enorme campana. Avallach y Seithenin se apartaron rápidamente de la mesa y se dirigieron a la puerta.

—Ha empezado la convocatoria. Hubiera deseado contar con un día o dos para

hablar con algunos de los otros antes de que nos encontráramos en el consejo —comentó Avallach.

—Las cuestiones que tenemos ante nosotros no son urgentes. Aún puede haber tiempo después. Lo importante es descubrir qué ha estado haciendo Néstor.

Avallach se detuvo.

—A pesar de las palabras que he dirigido a Belyn, presiento en mi corazón que tiene razón.

—Vamos —dijo Seithenin—, aparta esos pensamientos. Necesitaremos toda nuestra astucia para derrotarlo.

Salieron a un ancho pasillo y siguieron andando en dirección al sonido de la campana hasta que llegaron a un gran vestíbulo. En el centro había un árbol forjado en oro, de cuyas ramas colgaban capas con el color púrpura de la realeza. Unos cuantos reyes se hallaban ya reunidos alrededor del árbol mientras un mago, con un gancho de oro sujeto al extremo de un palo de ébano, iba bajando con cuidado los mantos de entre las ramas.

Otro mago colocaba la capa púrpura correspondiente sobre los hombros de cada rey, los cuales se sujetaban las cintas al cuello y se alejaban. Avallach y Seithenin ocuparon sus lugares junto al árbol y recibieron su manto. Ambos de seda y lujosamente bordados, el lado derecho con relucientes símbolos solares de oro, el izquierdo con lunas de plata. El dobladillo estaba cosido con hilo de oricalco, al igual que el cuello y las cintas que sujetaban el manto.

Una vez ataviados de esta guisa, los reyes se encaminaron a la rotonda que había más allá: un gran salón circular lleno de arriba abajo de nichos. Cada uno lucía el busto de un rey, esculpido en mármol por un maestro escultor. La presencia de aquellas imágenes le daba a la habitación la apariencia de estar ocupada por una audiencia silenciosa pero siempre vigilante.

Los monarcas entraron por un portal en forma de arco y se dirigieron a sus asientos, que se hallaban en un gran círculo alrededor de la habitación. Cada sillón estaba tallado de una sola pieza de madera de quiebrahacha esmaltada con los colores del reino al que representaba, y sobre cada uno había un disco solar cuyos rayos formaban el respaldo del sillón. Detrás del anillo de asientos se veían una especie de gradas donde los acompañantes y espectadores podían colocarse para asistir a los debates.

Avallach ocupó su lugar y observó a los demás mientras se sentaban. Observó también que la silla que quedaba directamente enfrente de él permanecía vacía: correspondía a Néstor. Avallach dirigió una rápida mirada a Seithenin y señaló el asiento vacío. Este asintió pensativo.

Tan pronto como estuvieron acomodados los reyes, se abrieron las puertas laterales de la rotonda y el público ocupó sus lugares. Sonó un gong en el vestíbulo exterior y todo el mundo se levantó mientras el Supremo Monarca hacía su aparición, con un bastón en la mano derecha y un orbe en la izquierda. El bastón era de madera de mirto con un sol de oro en la parte superior; el orbe, una esfera tallada en pálida piedra de la luna.

Todos los reunidos en la cámara del consejo se irguieron y alzaron los manos haciendo el signo solar con ellas. Unos mayordomos trajeron un trípode y un pedestal; el orbe fue colocado sobre el trípode y el bastón en el pedestal. El Supremo Monarca tomó asiento y le colocaron un escabel a los pies.

—Que la primera convocatoria del Gran Consejo dé comienzo.

Los reyes y el público se sentaron a su vez, y Ceremon empezó:

—Estamos aquí para hacer justicia a nuestras gentes. ¡Que Bel, en su sabiduría, guíe nuestros pensamientos! ¡Que el Guardián de los Archivos llame al primer litigante!

Un hombre de aspecto severo, vestido de blanco, se acercó con un pergamino en la mano.

—Que Jamalc de Azilia se adelante y presente su queja —leyó, y su voz resonó en la cúpula del techo.

De una grada superior de detrás del círculo de reyes surgió un hombre vestido con las ropas de un sencillo obrero. Avanzó hasta detenerse frente al Guardián de los Archivos, quien exigió:

—¿Conoces el castigo por hablar con falsedad ante esta asamblea?

Jamalc se retorció las manos y meneó la cabeza.

—Muy bien —dijo el Guardián, retirándose para dejar al hombre solo en el centro del círculo—. Relata la verdad de tu queja empleando el menor número de palabras posible.

—Me llamo Jamalc —se presentó el hombre con timidez—. Vengo de Lassipos, donde soy curtidor y tintorero junto con mi hermano. —Levantó las manos para mostrar unas palmas teñidas de un profundo color marrón como prueba de su ocupación—. Hace diez meses compré la tienda y el puesto que había junto al mío en la plaza del mercado. Pertenecía a un hombre que murió, y se lo compré a su viuda. Trasladé mis mercancías inmediatamente.

»Al cabo de dos días apareció un hombre y confiscó mis bienes, diciendo que él era el propietario del puesto. Me mostró un papel con el sello del hombre que había fallecido, y me dijo que había comprado la casa antes de que éste muriera.

La voz de Jamalc subió de tono a medida que su historia le hacía acalorarse.

—Pero yo conocía a mi vecino, y sé que nunca vendió su puesto. Cuando fui a ver a su viuda, ella no quiso recibirme, así que envié a mi hermano en mi lugar; pero, cuando llegó, se había marchado y no se la pudo encontrar. Pensamos que ha abandonado la ciudad.

El curtidor extendió las manos en un gesto de impotencia.

—El hombre que afirma ser el propietario del puesto se ha apoderado de todas mis mercancías, argumentando que le pertenecen, ya que es el dueño de la tienda y de todo lo que hay en ella. Yo he perdido mis posesiones y el dinero que pagué por el puesto y la tienda. Me presento ante vosotros para que emitáis vuestro juicio, y pido que se haga justicia.

El rey Itazais de Azilia fue el primero en interrogar al hombre.

—¿Dónde está el hombre al que acusas de esta acción?

—No lo he vuelto a encontrar.

—¿Qué hay del puesto y de la tienda?

—Los ha alquilado a un mercader de especias.

Musaeus de Mykenea fue el siguiente en hablar:

—¿Está hoy aquí el hombre al que acusas de apoderarse de tu tienda?

Jamalc paseó la mirada por el círculo.

—No lo veo.

—¿No posees documentos de la viuda del propietario del puesto? —preguntó Ceremon.

—Iba a recibirlos, majestad —explicó Jamalc—, pero, finalmente, no me fueron

entregados. Luego ya no pude hallar a la viuda para pedírselos.

—¿Cuánto pagaste por la tienda y el puesto? —preguntó Itazais.

—Seis mil kronarios de plata.

—Eso es mucho dinero para un puesto de mercado, ¿no es verdad?

—Es un buen sitio, majestad, con un establecimiento excelente. Está en la esquina de una plaza por donde todo el mundo tiene que pasar.

—Ya veo —replicó su rey—. ¿Qué sentencia recomiendas?

—Pido tan sólo que se me devuelvan mis mercancías y documentos de propiedad sobre la tienda y el puesto.

—¿Hay alguna otra pregunta? —inquirió el Supremo Monarca. Nadie aventuró ninguna otra cuestión, de modo que Ceremon siguió—: Entonces, ¿qué sentenciamos?

Uno a uno los reyes dieron su veredicto, diciendo:

—Nos fallamos a favor del curtidor.

Cuando se hubo dado a conocer la sentencia, Ceremon añadió:

—Itazais, ¿te encargarás de que se cumpla la voluntad del consejo y de que se administre justicia?

—Lo haré, majestad —replicó el rey, y luego volvió su atención al curtidor—. Jamalc, se te entregarán mandamientos en los que se te autorizará a que vuelvas a tomar posesión de tu propiedad. El hombre que te perjudicó, y la viuda del antiguo propietario, ya que la impresión es que conspiraron para estafarte, tendrán que pagarte tres mil monedas de plata como castigo cuando se los encuentre.

—Así sea —aceptaron todos los reyes al unísono.

Jamalc, fuera de sí de alegría, hizo una rápida reverencia y fue acompañado fuera de la habitación.

El Guardián de los Archivos convocó el siguiente caso. Así transcurrió el día, con los reyes sentados en consejo, escuchando agravios y haciendo justicia a su pueblo hasta que el sol empezó a ponerse y la enorme campana repicó de nuevo. El Supremo Monarca declaró suspendida la reunión hasta que la campana los llamara de nuevo a sus lugares.

Los reyes salieron en fila de la rotonda y sus mantos púrpura quedaron colgados en el árbol otra vez. Belyn se reunió con Avallach y Seithenin, una vez en el vestíbulo, y los tres hicieron juntos el camino de vuelta a sus aposentos.

—¿Visteis cómo Néstor no ha venido? ¿Qué pensáis? —preguntó Belyn.

—Creo —replicó Seithenin—, que Néstor se está comportando de una forma muy estúpida. No puedo ni imaginar cuál será su excusa, aunque es seguro que el Supremo Monarca le demostrará su desaprobación.

—No asistir a un consejo es algo muy parecido a la traición —afirmó Belyn.

—Si es algo deliberado —le recordó Seithenin—, y no tenemos esa certeza.

—Esto cada vez me gusta menos —repuso Avallach—. Si no se presenta mañana, creo que debemos hablar con el Supremo Monarca.

—Sí —reconoció Seithenin—. Déjalo hasta mañana, y si Néstor no ofrece ninguna explicación, le exigiré una en consejo.

Belyn hizo una mueca burlona.

—Hazlo. Sé que hay otros que sienten curiosidad también por la ausencia de Néstor.

—No habrás hablado con nadie sobre esto —advirtió Avallach.

—No, pero he oído conversaciones. Hay otros también preocupados por Néstor

además de nosotros.

—Entonces nos comportamos correctamente al sacar esto a la luz, pero mañana. No hagáis nada hasta entonces —recomendó Seithenin—. Ahora os dejaré, amigos míos. —Se alejó por el corredor.

—Bien, Belyn —suspiró Avallach—. Estoy hambriento. Come con nosotros.

—¡Ah! Me encantaría, hermano, pero he prometido cenar con mi esposa esta noche.

—Vete pues, y llévale mis saludos a tu bella esposa. Espero que la podremos visitar antes de que termine nuestra visita.

—Por supuesto, pero quizá nosotros deberíamos ser más cuidadosos en cuanto a dejarnos ver juntos.

Avallach le pasó el brazo a Belyn por la espalda.

—Somos hermanos; se espera que estemos juntos cuando nos encontramos. Si los espías de Néstor se ocultan por aquí, no sospecharán nada anormal.

Ambos hombres se abrazaron.

—Hasta mañana, pues —se despidió Belyn.

—Hasta mañana —afirmó Avallach—. Descansa bien.

12

Cuando sonó la campana de la rotonda al día siguiente, los reyes se pusieron sus mantos de color púrpura y se reunieron en la cámara del consejo. Avallach vio que la silla de Néstor seguía vacía y se percató, también, de que varios reyes contemplaban a su vez el sitio vacante con el entrecejo fruncido. Resultaba patente que la ausencia de Néstor estaba empezando a crear intranquilidad entre los otros miembros del consejo.

Entró el Supremo Monarca y, como el día anterior, el consejo dio comienzo: el Guardián de los Archivos se adelantó para llamar el primer caso del día; pero antes de que pudiera leer el nombre en su lista, se oyó una gran conmoción en el vestíbulo. Todas las cabezas se volvieron al tiempo que Néstor penetraba por la puerta de arco a grandes zancadas, el manto púrpura ondeaba a su espalda, una expresión de cólera lucía en su rostro, sus cejas fruncidas parecían una nube de tormenta y sus ojos despedían relámpagos. Su largo pelo rubio, empapado de sudor, le caía sobre la espalda en húmedos mechones; sus ropas y botas estaban manchadas de barro. Era un hombre enjuto, de cuerpo pequeño, con facciones bien proporcionadas, casi delicadas.

Se inclinó ante el Supremo Monarca, haciendo la señal del sol con las manos, y luego se dio la vuelta para ocupar su asiento.

La habitación estalló en murmullos, y de la tribuna situada detrás del círculo de asientos surgieron susurros de excitación. Ceremon contempló con ecuanimidad al voluble monarca y, una vez restablecido el orden en la sala, dijo:

—Bienvenido, Néstor. Me alegra que te hayas dignado honrarnos con tu presencia.

Néstor, ya en su asiento, hizo una mueca de disgusto ante la mordacidad del sarcasmo del Supremo Monarca, y su actitud cambió.

—Majestad —replicó—. Soy perfectamente consciente de las dificultades que ha originado mi ausencia, y lamento profundamente las molestias.

Ceremon abrió los ojos de par en par y su mirada se endureció.

—¿Lamentas las molestias? ¿Es eso todo lo que tienes que decir?

—Solicito vuestra indulgencia.

—No comprendo.

—Majestad, por favor, no estoy dispuesto a hablar más de este asunto en estos momentos. Os suplico que tengáis tolerancia.

—¡Eso es lo que no tendrás! —gritó Ceremon—. No la obtendrás hasta que haya escuchado una explicación.

Néstor paseó una mirada preocupada por la sala.

—Preferiría no hacerlo, majestad.

—¡Tú preferirías! —exclamó el Supremo Monarca, saltando de su asiento—. Lo que tú prefieras no me interesa en absoluto en este instante. ¡Exijo una explicación y, si no la ofreces, tendré tu corona!

Néstor hizo una mueca, como si una herida lo atormentara. Se levantó muy despacio de su silla y se colocó en el centro del círculo arrastrando los pies.

—Majestad —empezó con suavidad—. Esperaba poder evitar estas circunstancias. No era mi intención provocar una confrontación abierta.

—Estamos esperando —replicó Ceremon, vehemente.

—Entonces, lo relataré con mucha claridad. Hace ocho días zarpé de mi puerto para venir a Poseidonis. Al cuarto día de navegación, nos salió al paso un navio en apuros, cerca de una oscura isla situada frente a las costas de Mykenea. —Aspiró profundamente y cerró los ojos, como si le resultara demasiado doloroso continuar—. Ordené al capitán de mi nave que se desviara del rumbo y fuéramos en ayuda del inutilizado barco, porque temí que si no lo hacíamos habría peligro para sus vidas. Pero tan pronto como nos colocamos junto al navio en problemas nos inmovilizaron con garfios de abordaje y nos atacó.

»Como no teníamos armas, toda mi tripulación fue asesinada sin compasión y a mí se me hizo prisionero.

La tribuna lanzó una exclamación de asombro.

—Sigue —apremió el Supremo Monarca—. Te escuchamos.

—Creo que su plan consistía en matarme en el acto, pero les ofrecí oro a cambio de mi vida. Esto causó disensión entre los que encabezaban el ataque, de modo que aproveché la oportunidad y presioné para que me dejaran libre. Los convencí con oro y me abandonaron a la deriva en un pequeño bote, con el que llegué a tierra impulsado por la marea de la tarde.

«Continué a pie durante dos días hasta que llegué a un pueblo donde pude alquilar un caballo. He cabalgado durante cinco días y llego en el estado en que me veis.»

Ceremon frunció el entrecejo.

—Un relato sorprendente, rey Néstor. ¿Cómo explicas este extraño suceso?

—Fue con toda claridad un acto de guerra, majestad.

—Esa palabra acude deprisa a tus labios —observó el Supremo Monarca.

—No conozco ninguna otra que pueda definir una acción tal.

—No obstante, es una acusación muy seria, Néstor. —La voz de Ceremon sonaba fría y sin inflexiones—. Tendrás que nombrar al autor de este ultraje.

Néstor se volvió despacio y, con una expresión de enorme angustia, levantó la mano y señaló con el dedo. Avallach no supo qué le escandalizó más: el dedo de Néstor que lo señalaba directamente a él, o la descarada audacia de aquel hombre.

—Fue... —susurró Néstor con voz ronca, como si el verse obligado a nombrar a su atacante le produjera un terrible dolor— Avallach de Sarras.

—¡Embustero!

El grito no salió de Avallach, sino de la silla que había a su lado. Belyn se había puesto en pie, los puños apretados, el rostro lívido.

—¡Es una mentira!

Voces de sorpresa descendieron desde la tribuna llenando la rotonda.

—¡Silencio! —gritó Ceremon con severidad. Tomó su bastón y lo golpeó contra el suelo hasta que el sonido invadió toda la habitación—. ¡Silencio!

Cuando recuperó el control, el Supremo Monarca siguió:

—Se nos ha presentado una ofensa gravísima, cuyo castigo es la muerte. No deben suceder más distracciones.

Sus ojos barrieron la sala y se posaron sobre el rey que permanecía de pie ante

él.

—Néstor, seguramente debes de saber que este consejo no puede aceptar esta acusación sin pruebas.

—Lo comprendo, majestad. —Parecía casi arrepentido.

—Bien, ¿tienes alguna?

—Si me permitís, majestad. —Dio una fuerte palmada y un criado penetró en la cámara procedente del vestíbulo con un pequeño cofre en las manos—. Después del ataque, se me llevó a bordo del otro navio y se me encerró en las bodegas del barco mientras los asesinos debatían mi destino. Estando allí, lo registré todo en busca de algo que me sirviera de prueba si conseguía escapar. Casi había perdido la esperanza cuando encontré esto...

Abrió el cofre y sacó un corte de tela, lo desdobló con una sacudida y descubrió una porción de un estandarte real. Incluso sin la insignia real, los colores verde y amarillo suponían un inmediato reconocimiento: Sarras.

—Entonces supe que había sido atacado por orden de Avallach —afirmó Néstor con voz potente, en la que sonaba una nota de triunfo. Recogió la tela y se la entregó al Supremo Monarca, quien le dedicó una mirada e hizo que la entregaran al rey que estaba sentado a su lado para que la examinara.

—Nos has presentado una acusación muy seria, Néstor —replicó el Supremo Monarca. Desplazó la vista hacia Avallach—. ¿Qué tienes que decir a esto, Avallach?

—Nada en absoluto —replicó el interpelado, muy tranquilo—. Jamás he considerado de buena educación hacer comentarios sobre los desvaríos de los perturbados, ni rentable el discutir con lunáticos.

Hubo risas ahogadas por toda la habitación; muchos de los ocupantes de la tribuna rieron abiertamente y la tensión se desvaneció. Resultaba claro para todos los presentes que Avallach no dignificaría la absurda ofensa de Néstor defendiéndose.

—Simpatizo contigo, Avallach —repuso el Supremo Monarca, que también parecía aliviado—. Sin embargo, Néstor ha lanzado una grave acusación contra ti. ¿No tienes nada que replicar?

—¡Oh! Ha sido un relato muy divertido, majestad, especialmente la explicación de su recorrido a caballo desde la costa de Mykenea hasta Poseidonis en cinco días. Parece ser una singular hazaña de equitación. Debo recordar contárselo a mis hijos.

Néstor le dirigió una mirada furiosa y abrió la boca para censurar a Avallach, pero el Supremo Monarca lo detuvo levantando la mano.

—¿Qué dices del estandarte? —preguntó Ceremon—. Nos ha mostrado un pedazo de tu estandarte real.

—¿De veras? —inquirió Avallach con frialdad—. He visto tan sólo un retal de tela verde y amarilla sin ninguna insignia.

—¡Era su estandarte! —exclamó Néstor, colérico—. Juro ante los dioses que era suyo.

—Pidámosle al consejo su opinión —recomendó el Supremo Monarca.

—Majestad —empezó Musaeus de Mykenea—, aparte del estandarte, que parece genuino, también yo me siento inclinado a dudar de ciertos detalles en la historia de Néstor.

Hubo un asentimiento general entre la asamblea.

—Habla libremente —ordenó Ceremon.

—Como Avallach ya ha señalado, resultaría de lo más difícil alcanzar Poseidonis desde la costa en sólo cinco días, incluso cabalgando noche y día. Y,

luego, en lo referente al ataque mismo, ¿hemos de suponer que uno de nosotros cometería tal afrenta injustificable contra otro rey, sin mediar provocación?

—Si se me permite hablar, ése constituye precisamente el punto sobre el que quisiera llamar la atención —apoyó otro rey.

—¿Sí, Hugaderan?

—Majestad, me parece que tal ataque, debido a la sorpresa, tendría grandes posibilidades de éxito. Y si fracasó, como evidentemente sucedió a causa de la cobardía de los que lo llevaron a cabo, no resultaría verosímil con facilidad. ¿No es concretamente ésta la situación que tenemos ante nosotros?

—Como señalas —replicó el Supremo Monarca—, me siento inclinado a preguntarme qué es en realidad lo que se nos plantea. —Desechó el comentario—. ¿Tiene alguien algo más que decir? Entonces, invoco el privilegio del Supremo Monarca para resolver este asunto por mí mismo, si los implicados están de acuerdo.

—Como deseéis, majestad —contestó Avallach.

—Muy bien —masculló Néstor.

—Entonces, siéntate, Néstor —ordenó Ceremon. El rey hizo una breve inclinación, miró furioso a Avallach y se sentó—. Ahora, pues, ocupémonos de lo que nos ha traído aquí. Que el Guardián de los Archivos llame el primer caso.

El consejo administró justicia hasta que sonó la campana que daba por finalizada la sesión. Cuando los reyes empezaban a desfilar fuera de la cámara, Ceremon dijo a Néstor y a Avallach.

—Os espero para cenar en mis aposentos esta noche. Un ujier os acompañará.

Avallach se reunió con su hermano y Seithenin, que esperaban en el pasillo más allá del vestíbulo. Cuando los reyes estuvieron solos, Seithenin dijo:

—Eso estuvo muy bien, Avallach. Admiro tu aplomo; dudo que me hubiera comportado así yo mismo.

—Fue una inspiración del momento, te lo aseguro. Si no hubiéramos sospechado ya algo parecido, hubiera reaccionado de forma totalmente diferente —replicó Avallach. Se volvió hacia Belyn y continuó—: ¿Tienes los documentos que cogiste a los espías de Néstor?

—Desde luego. Están bien guardados.

—Tráemelos. Puede que los necesite cuando cene con el Supremo Monarca esta noche.

La cena en los aposentos privados del Supremo Monarca fue un ejercicio de sombría diplomacia, durante la cual Ceremon consiguió, a duras penas, mantener la paz entre los dos reyes. Avallach parecía inclinado hacia las buenas maneras, mientras que Néstor mantenía un silencio dolido y torvo, roto tan sólo por desabridos bufidos ante los ocasionales comentarios de Avallach.

Cuando la comida hubo terminado por fin y los tres estuvieron reclinados con copas de dulce licor de almendras, el Supremo Monarca dijo:

—Había esperado que llegaríamos a un acuerdo con respecto al desgraciado incidente que ha sido presentado ante el consejo esta mañana.

—¿Acuerdo, majestad? —inquirió Néstor maliciosamente—. Yo esperaría una disculpa, aunque no me sienta dispuesto a aceptarla.

—No hablemos de disculpas, Néstor —contraatacó Avallach—, a menos que sea por la calumnia que has levantado contra mi nombre y mi honor.

—¡Me llamas calumniador!

—Más, te llamo mentiroso —afirmó Avallach, sorbiendo su licor.

—¡Por favor! —interrumpió Ceremon—. El pacto al que había esperado llegar era éste: que Néstor retirara su reclamación y que Avallach pasaría por alto el daño causado a su nombre.

Ambos hombres se encresparon ante la propuesta, pero Néstor fue el primero en hablar.

—¡Su daño! ¿Qué pasa con el daño que yo he sufrido? He perdido una tripulación y un navío y he padecido enormemente a causa del esfuerzo físico.

—¿De verdad, Néstor? —Ceremon lo miró fijamente—. Tal y como están las cosas, no existe una prueba convincente de tu aseveración.

Néstor apuntó con el dedo al rostro de Avallach.

—¡Ninguna prueba! Él...

—Ninguna prueba —insistió Ceremon, y el color subió a sus mejillas—. ¡Por todos los dioses de la tierra y el cielo! No existe nada definitivo. No puedes presentarte ante el consejo con una historia tan transparente y esperar que todos caigamos deslumbrados bajo el poder de tus palabras. La verdad es que no hay ningún motivo por el que debamos creerte, Néstor.

Los reyes se miraron con hostilidad.

—Ruego la indulgencia de Avallach —dijo el Supremo Monarca—, porque me doy cuenta de que la ofensa que ha sufrido es mayor que la tuya.

Néstor lo observó, amenazador; sus manos se aferraron al borde de la mesa baja que tenía ante él como si fuera a volcarla.

Ceremon se volvió hacia Avallach.

—¿Qué dices, Avallach? Se está haciendo tarde y debemos llegar a un acuerdo de alguna forma.

—Muy bien —repuso Avallach despacio—; con tal de conseguir ese acuerdo, me someteré a esta decisión entre nosotros, y no buscaré represalias por este insulto.

—¿Bien? —El Supremo Monarca se volvió hacia Néstor.

—Puesto que los dos conspiráis contra mí, no tengo más remedio que aceptar. Que sea así.

Néstor se puso en pie despacio y lanzó una mirada asesina a Avallach, luego dio media vuelta y salió. Cuando se hubo marchado, Ceremon sirvió más licor en las diminutas copas de cristal.

—La suya es una mente tortuosa, Avallach, pero ahora que está solucionado, no le demos más vueltas.

—Sólo espero que esté resuelto, majestad.

—¿Tienes alguna idea de por qué te escogió para la acusación?

—Os aseguro que ninguna en absoluto. El asunto es todo un misterio para mí, diría que tan oscuro como los motivos que hay detrás de esto. —Introdujo la mano en la bolsa que colgaba de su cadera y sacó los documentos confiscados a los espías de Néstor en los astilleros de Belyn.

—¿Qué es esto?

—Les fueron arrebatados a dos ogygianos capturados en los astilleros de Belyn; se hacían pasar por mercaderes azilianos. Pero, tal como indican estos papeles, estaban interesados en muchas más cosas que el simple alquiler de un buque.

Ceremon examinó las pruebas con expresión severa.

—Sí, ya veo lo que dices: graneros, número de puertas de acceso a la ciudad, profundidad del puerto y suministro de agua potable. Según esto, yo esperaría —levantó los ojos preocupado— una invasión.

—Lo que nosotros pensamos precisamente, majestad.

—¿Quién más está enterado?

—Sólo yo y Belyn. —Avallach vaciló para luego añadir—. Y Seithenin.

—No debéis decírselo a nadie más. De hecho, debes olvidar todo el incidente.

—¿Olvidar, majestad? Pero esto —indicó el montón de documentos—, y habiendo comprobado el deplorable comportamiento de Néstor en el consejo...

—Me ocuparé de ello a mi manera, Avallach. Déjamelo a mí.

Avallach contempló fijamente al Supremo Monarca por un instante.

—Como queráis, majestad. —Vació su copa y se incorporó—. Si me excusáis, ha sido un día muy largo y desearía retirarme.

—Sí, desde luego —asintió Ceremon con afabilidad. Se levantó de su diván y acompañó a Avallach hasta la puerta—. Todos hemos tenido un día muy difícil, me atrevería a decir. Dormir nos hará bien.

—Buenas noches —se despidió Avallach; se dio la vuelta e hizo intención de atravesar el abierto umbral.

El Supremo Monarca extendió la mano para detenerlo.

—Por favor, por arduo que resulte, olvida este incidente. Y no provoques a Néstor. Es más, mantente bien apartado de él.

—Eso, al menos, no será dificultoso. No pienso tener más relaciones con Néstor ni ahora ni en el futuro.

—Descubriré qué hay detrás de todo esto, Avallach. Confía en mí.

—Como queráis —respondió Avallach—. Lo dejo en vuestras manos.

13

La noticia de la sorprendente hazaña de Elphin en su pelea contra los ladrones de ganado se extendió veloz por los seis *cantrefs.* Los miembros de su clan lo saludaban con respeto cuando lo veían, y se contaban los unos a los otros una y otra vez el extraño cambio experimentado en el hijo del rey.

Era audaz, decían, y valiente; el espíritu de un héroe de la antigüedad, quizás el mismo cuyo *torc* lucía ahora, le animaba. El torpe y pesado Cuall, con anterioridad uno de los más duros detractores de Elphin, se convirtió de la noche a la mañana en su mayor defensor.

Elphin disfrutaba de las alabanzas y de su mejorada posición dentro del clan, pero no le sacaba demasiado provecho, ya que prefería minimizar su papel en la serie de notables acontecimientos que parecían suceder a su alrededor desde que descubriera al bebé en la encañizada. Y Hafgan, cuya profecía había advertido el cambio, parecía considerar al joven bajo una luz diferente. Los miembros del clan los veían conversar con frecuencia y hacían cabalas sobre el interés que demostraba el druida.

Sin embargo, no era en Elphin en quien el druida estaba principalmente interesado, sino en el pequeño, en Taliesin.

—Es hora de empezar a pensar en el futuro —le anunció Hafgan pocos días después del frustrado ataque al ganado. Él y Elphin estaban sentados al sol, en el exterior de la casa de éste.

Al no existir escasez de laboriosos voluntarios, el trabajo progresaba muy deprisa: se habían cortado maderos, se les había dado forma y se los había alzado alrededor del perímetro del agujero excavado, conectándolos con vigas y travesaños; se habían colocado paredes de troncos partidos por la mitad bien atados entre ellos y las grietas se iban rellenando con barro; pronto se colocarían haces de juncos secos para formar el techo.

—Lo que sucedió la otra noche —siguió Hafgan— ha eliminado cualquier resquemor que la gente pudiera alimentar aún contra ti. Hablarán, y tu sombra crecerá por todo el país. Incluso, yo me ocuparé de que así sea: pienso componer una canción sobre ello. Tu hazaña sera recordada, Elphin, y es sólo la primera de muchas.

—Me halagas, Hafgan —replicó el joven—. Yo apenas si sé qué pensar de lo sucedido. Me siento igual que siempre y, sin embargo, no puedo negar que ha ocurrido. ¿Crees que hay algo de verdad en lo que dice la gente?

Hafgan le dirigió una larga y apreciativa mirada.

—Debes ser sensato y no dejar que tu cabeza se llene de falso orgullo. Acepta lo que te sucede, sí, acepta incluso las alabanzas. Pero no te enorgullezcas de ello en demasía, porque ése es el final de los reyes.

—Pero acabas de decir que harás una canción sobre mí...

—En efecto, pero quiero que sepas que se debe más a necesidad, que a un deseo de aumentar tu renombre entre los demás.

Elphin miró al druida sin comprender.

—No te entiendo, Hafgan.

—Se acerca el momento en que la tribu deberá elegir un jefe fuerte. Tú serás ese jefe; tú sucederás a tu padre.

—Eso no es algo seguro —protestó Elphin.

Hafgan extendió una mano y golpeó el *torc* de oro con un dedo.

—El mismo Lleu lo ha proclamado. Pero debemos mirar más lejos aún.

—¿Más lejos? ¿De qué hablas?

—El niño, Taliesin.

—¿Qué pasa con él?

—Será un bardo.

—Eso es lo que dijiste.

—Un bardo debe recibir instrucción.

Elphin se quedó mirando al druida como si éste hubiera perdido el juicio.

—¡No es más que un bebé!

Hafgan cerró los ojos.

—Soy consciente de ello. Debe empezar su adiestramiento cuando llegue el momento, pero no tardará en suceder.

—Todavía no veo qué es lo que pretendes de mí.

—Tu palabra: que me entregarás al niño cuando sea oportuno.

Elphin vaciló.

—¿Adonde lo llevarás?

—No habrá necesidad de conducirlo a ningún sitio. Estará aquí, en Caer Dyvi, la mayor parte del tiempo. De hecho, se puede quedar en tu casa si quieres. Pero su educación debe encargárseme a mí.

—¿Es importante?

El druida le dirigió una penetrante mirada.

—De vital importancia.

—Muy bien, me comprometo a ello. Y hablaré con Rhonwyn, también. No puede ofrecer ninguna objeción, excepto que con el tiempo puede que le apetezca un trono para Taliesin y lo prefiera.

Hafgan se puso en pie despacio.

—Dile esto: Taliesin puede muy bien ser rey un día, pero será primero, y también al final, un bardo. Y así es como se lo recordará: como el bardo más famoso que jamás haya existido.

Elphin recapacitó sobre esto por un momento y repuso:

—Puedes tener a mi hijo, Hafgan. Te doy mi palabra, porque veo que no piensas en ti únicamente, sino también en los demás.

—Bien dicho, lord Elphin —replicó el druida.

Justo entonces oyeron un martilleo. Elphin volvió la cabeza hacia su casa, donde Cuall, después de haber preparado las cabezas de los dos bandidos muertos por la lanza de Elphin sumergiéndolas en aceite de cedro, las estaba clavando a las jambas de la puerta de su casi finalizada vivienda.

—Ésta es la casa de un guerrero —afirmó, retrocediendo para admirar su obra—. Ahora todo el mundo lo sabrá.

—La casa de un guerrero —masculló Elphin, sacudiendo la cabeza—. Fue la suerte, no la destreza de un guerrero, lo que derribó a esos dos.

—No te mofes de la fe de la gente sencilla —replicó Hafgan—. La suerte en la

batalla es algo poderoso, porque, independientemente de lo que la gente crea, te seguirán. —Se interrumpió e indicó a Cuall—. He hablado del futuro. Ahí está el tuyo.

—¿Cuall?

—Y hombres como él. Un jefe guerrero debe contar con un ejército.

—¡Un ejército! Hafgan, no hemos tenido un ejército desde que mi abuelo era un muchacho. Con la guarnición de Caer Seiont no ha habido necesidad.

—Los tiempos cambian, Elphin. Las necesidades también.

—¿Cómo crearé un ejército?

El druida arrugó la frente ante la falta de perspicacia de su joven amigo.

—¡Tienes seis *cantrefs,* muchacho! ¿De qué sirve ser rey si no puedes obtener unas tropas respetables de seis *cantrefs?*

—Pero yo no soy el rey, lo es mi padre.

—Pero no por mucho más tiempo. Y cuando haya terminado tu canción, los hombres vendrán a ti y te entregarán sus armas y sus vidas. Conseguirás tu ejército.

—Y tú, Hafgan, ¿qué lograrás tú?

—Un nombre.

—¿Nada más que un nombre?

—No hay nada más.

El druida se dio la vuelta y se marchó. Elphin lo observó mientras se alejaba, y luego regresó a inspeccionar la casa. Cuall daba vueltas por allí y Elphin se dio cuenta, con cierta sorpresa, de que éste aguardaba una mirada o una señal de reconocimiento por su parte. Se detuvo y estudió con atención las cabezas clavadas en la puerta, mirando después hacia Cuall.

—Me siento honrado por tu consideración —agradeció, y observó cómo una enorme sonrisa se abría paso como un amanecer en su feo rostro.

—Un hombre debe tener renombre entre los suyos.

—Tú también has merecido la mención de héroe en más de una ocasión, Cuall. Y he oído elogiar tu nombre en la mesa del banquete más veces de las que puedo contar.

Elphin quedó asombrado ante el impacto causado por sus palabras. El grande y pesado Cuall se echó a reír neciamente y sus mejillas se ruborizaron como las de una doncella al descubrirse su torpe flirteo.

—Lucharía a vuestro lado en cualquier momento —afirmó con la mayor seriedad.

—Voy a crear un ejército, Cuall. Necesitaré tu ayuda.

—Mi vida es tuya, señor —aseguró, y se tocó la frente con el dorso de la mano.

—Acepto tus servicios —replicó Elphin con gran seriedad.

Los dos hombres se miraron y Cuall dio un paso adelante y envolvió a Elphin en un fuerte abrazo. Luego, sintiéndose repentinamente avergonzado, se giró y se alejó a toda prisa.

—Serás un buen rey.

Elphin se volvió para ver a Rhonwyn que lo observaba desde la puerta.

—¿Lo viste?

Ella asintió.

—Vi a un futuro jefe obteniendo apoyo. Aún más, a un hombre que dejaba a un lado las ofensas del pasado y se reconciliaba con un antiguo enemigo, convirtiéndolo en un amigo sin rencor ni engaño.

—No es característico de mi naturaleza ofender. Además, es el mejor guerrero del clan. Necesitaré su ayuda.

—Y ésa es la razón por la que serás un buen rey. Los hombres insignificantes son los que no dudan en devolver afrenta por afrenta.

—Todas estas conversaciones sobre reyes y ejércitos... —Meneó la cabeza, perplejo—. Jamás soñé...

Rhonwyn se le acercó y le acarició la mejilla.

—¿Sueños, Elphin? ¿Por qué hablar de sueños? Despierta y mira a tu alrededor. ¿Es esto un sueño? —Tocó el *torc* de oro—. ¿Lo soy yo?

—Lo eres —replicó Elphin, y se echó a reír mientras la abrazaba por la cintura—. Ningún hombre tuvo jamás una esposa tan bella.

Se oyó el llanto de un niño en el interior. Rhonwyn se liberó de la sujeción de Elphin y desapareció dentro de la casa, para regresar al poco con Taliesin en brazos.

—¿Ves a tu padre, pequeñín? —Levantó al niño para que mirara el rostro de Elphin. Éste estiró un dedo y le hizo cosquillas al bebé bajo la barbilla para hacerle reír.

Los ojos de Taliesin se clavaron en el oro que rodeaba el cuello de su padre. Extendió una mano diminuta y agarró la cabeza de oso que había en el extremo del *torc.*

—Es muy grande para ti ahora —dijo Elphin—. Pero un día llegará a ser tuyo, no temas.

—Qué hermoso es —murmuró Rhonwyn, sus ojos brillantes de amor por la criatura—. Y de qué manera me contempla algunas veces, con la sensatez de quien sabe lo que estoy pensando, o como si quisiera hablarme y parece que intenta decirme algo.

—Hafgan también cree que está encantado. —Elphin tomó la pequeña mano en la suya—. He aceptado dejar que enseñe al niño; Taliesin se quedará con nosotros, pero Hafgan se encargará de su educación. ¡Piensa en ello, rey y bardo en la misma casa!

El tribuno de la guarnición de Caer Seiont fue a Caer Dyvi unos pocos días más tarde para hablar con Gwyddno Garanhir. Llevaba su gastado peto de cuero y un *gladius,* la espada corta del legionario, al extremo de su tahalí. Aparte de esto, cabalgaba sin protección. No era un hombre de gran tamaño, pero su facilidad para el mando le proporcionaba estatura. Su mirada era rápida y sus maneras decididas; no necesitaba dar una orden dos veces. No obstante, los años de mandato en el más lejano y más olvidado puesto del Imperio habían embotado el agudo sentido militar que había adquirido en los ejércitos del César. Con él iba un hombre joven, de cabellos rizados y mirada ansiosa bajo unas espesas cejas negras.

Se aproximaron por el norte, a través del estrecho sendero marítimo, dieron la vuelta y subieron por el camino hasta el portón situado en la parte trasera del *caer,* donde se detuvieron y esperaron a que alguien advirtiera su presencia.

—El tribuno Avitus de la Vigésima Legión de Valerio desea ver a lord Gwyddno —gritó el oficial al primer rostro que apareció.

Se abrió el portón y los soldados cabalgaron directamente a la casa de Gwyddno, aguardando a que éste saliera.

—¡Salve, lord Gwyddno! —gritó Avitus, desmontando. Le hizo un gesto con la

cabeza al joven que lo acompañaba, quien se apeó también.

Gwyddno hizo un ademán y aparecieron dos hombres que se llevaron los caballos.

—Habéis cabalgado desde muy lejos —saludó Gwyddno con afabilidad, mucha más de la que en realidad sentía—. Entrad y refrescaos.

—Acepto vuestra hospitalidad —repuso el tribuno.

Los tres penetraron en la casa y Medhir empezó a correr de un lado a otro, colocando copas ante cada uno de ellos y platos con pan y fruta. Cuando hubieron brindado cada uno por la salud del otro y ofrecido unas gotas a los dioses, bebieron y se volvieron a colmar las copas. El joven fue a tomar la suya por segunda vez, pero su superior frunció el entrecejo y retiró la mano.

—Nos honráis con vuestra presencia —dijo Gwyddno.

—No os he visto durante mucho tiempo, lord Gwyddno —empezó Avitus.

—¡He pagado mis impuestos! —protestó rápidamente el jefe.

El tribuno levantó la mano para demostrar que no pretendía ofenderle.

—Por favor, no pensaba en los impuestos —explicó Avitus—. A decir verdad, ojalá más jefes cumplieran con la misma prontitud. Sería una bendición. No, tan sólo quería decir que hace mucho tiempo que no he tenido el placer de vuestra compañía.

—¿Es eso lo que os trae aquí hoy? ¿Mi compañía?

—¡Padre! —La voz que provenía de la puerta era a la vez cordial y ligeramente reprobadora. Los hombres se volvieron al tiempo que Elphin se acercaba a la mesa—. Se me ha dicho que teníamos visitantes de importancia.

—Sí —asintió Gwyddno, no de tan buena gana como hubiera debido.

—Príncipe Elphin. —El tribuno inclinó la cabeza a modo de saludo—. Me alegro de saludaros. Permitid que os presente al centurión Magnus Maximus, recién asignado a la Vigésima Legión.

—Centurión Maximus, bienvenido —dijo, y se sentó con ellos.

Los soldados intercambiaron miradas de asombro. Gwyddno se dio cuenta y dijo:

—Mi hijo nos acompañará, últimamente está tomando un activo interés por mis asuntos.

—Ya veo —concedió Avitus—. Sois digno de alabanza, príncipe Elphin. Vuestro padre es un hombre muy respetado.

—Han venido a buscar mi compañía —ofreció Gwyddno como explicación.

—Y vuestra ayuda —añadió el tribuno sin rodeos—. No tengo ningún deseo de disimular las auténticas razones de mi visita. Necesitamos vuestra ayuda.

—¡Ayuda! —bufó Gwyddno—. Mis impuestos no son suficientes, quieren mi apoyo también.

—Sabéis —continuó Avitus con suavidad— que yo nací en Gwynedd, y también mi padre. Mi madre y mi abuela son britonas; también lo es mi esposa. Soy casi tan británon como vos, lord Gwyddno. Y ambos somos ciudadanos del mismo Imperio.

Gwyddno gruñó de nuevo, pero no comentó nada. El tribuno continuó:

—Los hombres de mi familia son soldados; hemos servido al Imperio con lealtad durante generaciones. Tenemos una pequeña granja cerca de Arfon, y cuando mi mandato haya terminado viviré allí como vecino vuestro.

—Comprendo lo que decís —repuso Elphin—. Prestaros ayuda es como prestársela a uno de nuestro clan.

—Es ayudaros a vosotros mismos —interpuso Maximus.

—¡Oh! ¿Supongo que será mi propia mano la que escarbe en mi bolsa y no la del Emperador cuando llegue el momento de pagar los impuestos?

—Sin los ejércitos del Emperador arriba en la carretera, os encontraríais con las manos de los cruithni en vuestra bolsa y sus cuchillos en vuestra garganta, viejo...

—¡Es suficiente, Maximus! —Avitus dirigió una furiosa mirada a su subordinado—. Por favor, perdonad al centurión; es nuevo en esta provincia y le cuesta acostumbrarse a la forma de ser de las gentes de por aquí.

Gwyddno frunció el entrecejo y volvió la cabeza. Elphin hizo caso omiso de los malos modales de su padre.

—¿Cómo podemos ayudaros, tribuno?

Avitus se inclinó hacia adelante apoyando los brazos sobre la mesa.

—No necesito deciros que los cruithni se están volviendo muy audaces últimamente, atacando cada vez más al sur y hacia el interior. Este verano esperamos que entren en Gwynedd, quizás hasta Dyvi.

»Y no los cruithni tan sólo, también hay pictos, attacotti, escoceses y saecsen. Todo salvaje sin madre se ha unido a ellos y no cesan de moverse en estos días. Parece como si salieran de debajo de las piedras.

—Dejad que vengan —repuso Gwyddno—. Estaremos preparados.

—Estoy seguro —replicó Avitus, paciente—. Pero las poblaciones en la costa y en los valles no; éstas no están equipadas, no están fortificadas.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Elphin.

—El gobernador Flaviano ha sugerido enviar una cohorte al norte de la Muralla a patrullar este verano. A Segontium se le ha ordenado que facilite las tropas auxiliares para Deva y Eboracum. El gobernador cree que si podemos hacer sentir nuestra presencia, podemos hacerles desistir de bajar, quizá detenerlos por completo. Os estoy pidiendo que facilitéis suministros a las tropas auxiliares.

Antes de que Gwyddno pudiera responder, Elphin dijo:

—Tenéis nuestro asentimiento.

Avitus y Maximus intercambiaron una mirada. El tribuno no pudo ocultar su sonrisa.

—Y cualquier otra cosa que necesitéis. Creo que le pedisteis hombres a Killydd.

—Lo hicimos. Nos dio caballos, que se agradecen desde luego, pero también necesitamos tropas.

—¿No tiene suficientes el Emperador? —preguntó Gwyddno con sarcasmo.

—Las guerras que hay en otras partes ocupan nuestras fuerzas. Ninguna de las legiones está al completo.

—Tendréis los hombres también —aseguró Elphin tajante. Su padre lo contempló fijamente, pero no lo contradijo.

—Príncipe Elphin, vuestra generosidad es muy agradable. —Avitus se reclinó en su asiento y se permitió tomar un sorbo de su copa.

—Mi generosidad tiene un precio, tribuno Avitus.

—¿Sí? —Avitus se incorporó con cautela.

—Os daré los hombres y facilitaré provisiones para ellos, pero los quiero adiestrados y devueltos a mí cuando hayáis terminado.

—Eso haremos de buen grado —repuso Avitus—. Pero ¿puedo preguntaros vuestro motivo para hacer esta petición?

—Pienso crear un pequeño ejército.

—Entiendo. —El tribuno vio las implicaciones al momento—. Unas tropas entrenadas por romanos serían terriblemente efectivas.

—¿No os parece bien?

—¿Oficialmente? No, no me lo parece. Pero lo comprendo y no os lo impediré. Debemos admitir que Roma tiene dificultades para proteger a todos sus súbditos. Estáis a medio día a caballo de la guarnición más cercana; un ejército preparado os proporcionaría lo que nosotros no podemos.

—¿Un ejército? —se admiró Gwyddno. Meneó la cabeza lentamente, los ojos entrecerrados, como si viera a su hijo bajo un aspecto diferente e inesperado.

—¿Cuántos hombres necesitáis?

—Tantos como os sea posible.

—Una centuria —interpuso Maximus.

—¿Cien? —Elphin efectuó unos rápidos cálculos—. Muy bien, cien. Yo estaré entre ellos.

—Príncipe Elphin, no hay necesidad...

—No, tiene que ser así. Veréis, deseo aprender a mandar. Cabalgaré junto a mis hombres.

—¡Así sea! —El tribuno Avitus golpeó la mesa con el puño y sonrió, luego levantó su copa para brindar—: ¡Muerte a los enemigos de Roma!

Bebieron y los soldados se pusieron en pie para partir.

—Reuníos con nosotros cuando tengáis a vuestros hombres. Cuanto más pronto mejor. Eso nos permitirá alargar el adiestramiento.

—Acudiremos antes de que haya pasado una nueva luna llena —prometió Elphin.

—Hasta que nos volvamos a ver, príncipe. —Avitus saludó, Maximus lo imitó y salieron de la casa.

Elphin y su padre los siguieron y los vieron alejarse a caballo. Cuando hubieron desaparecido, Gwyddno se volvió hacia su hijo.

—Nunca me dijiste nada sobre reunir un ejército.

—No había tiempo. Pero si estás preocupado por...

—No. Es un buen plan. Yo me ocuparé de los suministros. —Sonrió repentinamente—. Pero tú serás rey, muchacho, y jefe guerrero. Igual que los señores de antaño. —Sus ojos se iluminaron al pensar en la fama que aquella acción llevaría consigo—. Cuando llegue *Sambain* no habrá nadie que te dispute el derecho al trono.

14

Charis se levantó temprano y se vistió con rapidez. Escogió una pera madura de un frutero que había sobre la mesa y salió al balcón a disfrutar de la panorámica del jardín. Mientras masticaba la blanda y dulce pulpa divisó a alguien que paseaba por uno de los senderos bordeados de plantas trepadoras. Era Annubi, con la cabeza caída sobre el pecho; sus piernas lo sostenían renqueantes y sus brazos se balanceaban de una forma extraña.

Dejó la fruta a medio comer en equilibrio sobre la barandilla, se deslizó con ligereza escaleras abajo y corrió detrás de él, siguiéndolo durante un rato. Pero el adivino estaba tan absorto en sus pensamientos, que no se dio cuenta de su presencia. Charis se cansó pronto de ser ignorada y se colocó a su altura.

—¿Dónde has estado, Annubi? No te he visto desde que llegamos.

El volvió la cabeza y la saludó con aspereza:

—De modo que estás levantada. ¿Es ya mediodía?

—¿Quién podría dormir? Hoy se celebra el Festival de los Reyes. No quiero perderme nada.

—Tampoco podrías. —Volvió su atención de nuevo al sendero que tenía ante él.

—Deberías dejar de beber ese asqueroso vino griego tuyo —replicó ella—. Te estás volviendo tan agrio como él.

Si la oyó no lo demostró.

—He estado hablando con los magos... ¡ja!, disputando con lagartijas mezquinas y venenosas.

La muchacha se echó a reír.

—¿Es ahí donde has permanecido todo este tiempo? ¿Con los magos? ¿Qué dijeron, que te ha trastornado tanto?

—Farfullan, babean y se huelen los sobacos unos a otros; todos fingen que saben lo que están haciendo. Se revientan las pústulas de sus despreciables anatomías y enseñan los dientes en esa insufrible mueca de ignorancia... ¡Y las mentiras, Charis, las mentiras! Rezuman de sus bocas como pus de una herida infectada.

—En otras palabras, lo que te indigna es que esos magos se niegan a decir lo que tú quieres oír.

—Deshonran su sagrado cargo con su misma presencia. Lloran y gimotean y ponen los ojos en blanco ante el menor asomo de raciocinio. ¡Bah! No quiero tener más noticias de ellos.

—Si son lagartijas como tú declaras, ¿por qué te preocupas de lo que piensen o hagan? ¿Por qué molestarse por ellos?

Annubi apretó los labios. Intentó hablar pero contuvo las palabras.

—¿Lo ves? Simplemente estás cansado y enojado. Regresa al palacio y come algo. Te sentirás mejor.

Annubi la miró; su cabellera brillaba como oro blanco bajo la luz del amanecer,

sus ojos brillaban llenos de vida, y los brazos y piernas, muy morenos por las muchas horas pasadas al sol, se moldeaban perfectamente; al fin asintió con la cabeza.

—Que nunca te abandone la luz, radiante criatura —le dijo.

Anduvieron algunos minutos más en silencio y luego regresaron a los aposentos reales, donde se había dispuesto ya la mesa y se servía el desayuno. Charis ocupó su sitio y se sirvió higos frescos y una torta de pan caliente. Annubi se quedó en el umbral, mirando con fijeza la mesa y a los que estaban sentados a ella. Briseis lo vio y se levantó despacio; le dirigió una silenciosa pregunta a la que el adivino respondió con un breve movimiento de cabeza, y la reina se limitó a asentir.

—El rey ya se ha ido, y Kian con él. No obstante, tenemos tiempo. Acompáñanos.

Annubi avanzó vacilante y se dejó caer en una silla ante la mesa. Un sirviente le ofreció una bandeja con dátiles, fruta y queso blando. Contempló el plato un buen rato y luego negó con la cabeza; el criado siguió adelante.

—Annubi ha ido a ver a los magos —anunció Charis—. Afirma que se comportaron como lagartijas venenosas.

—¡Lagartijas! —rió Maildun.

—Cuéntanos, ¿qué dijeron? —preguntó Eoinn.

—Sí, ¡cuéntanoslo! —pidió Guistan.

—Dejad a Annubi tranquilo —los regañó Briseis—. Ha estado trabajando mucho y está cansado.

—¿Te enseñaron algunos secretos? —interrogó Maildun.

—¿Te pronosticaron el futuro? —inquirió Eoinn.

—¡Dínoslo! —exigió Guistan.

El adivino lanzó una furiosa y resentida mirada a su ansiosa audiencia y masculló:

—Los magos me aseguraron que la curiosidad desenfrenada constituiría la perdición de tres jóvenes príncipes de Sarras.

—Jamás dirían eso! —resopló Maildun.

—¡Embustero! —gritó Guistan.

—¡Chicos! —les espetó Briseis—. Es suficiente. Podéis marcharos.

Los muchachos se pusieron en pie de un salto y salieron con estrépito de la habitación. Briseis suspiró quedamente.

—Lo siento, Annubi. Parece que se vuelven más groseros cada día.

Éste parecía enojado, pero se encogió de hombros y repuso:

—Son jóvenes y la vida no tiene límites. Para ellos nada es imposible, ni queda más allá de sus conocimientos o posibilidades. El mundo es suyo y también todo lo que existe en él. Dejadlos ir.

—Resulta difícil imaginar que alguna vez yo pensé así —replicó Briseis—. Sin embargo, supongo que así fue.

—¡Oh! Lo hicisteis, todos tuvimos en una ocasión esas ideas. No obstante, ese período pasa —observó Annubi, y añadió—: Nada dura eternamente.

Charis vio las arrugas de preocupación en su rostro y se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no le había visto sonreír. Dirigió la mirada hacia su madre, y una imagen pasó rauda por su mente: la reina y el adivino de pie entre las columnas, la mano de su madre sobre la manga de él, su extraña y tensa expresión cuando se alejó. Era la misma que mostraba la reina ahora.

—No, nada dura eternamente —asintió Briseis, irguiendo los hombros. Levantó

la cabeza con una débil sonrisa en los labios y los ojos brillantes.

Annubi se puso en pie trabajosamente.

—Huelo a sangre y a incienso. Debo ir a bañarme y a cambiar mis ropas —anunció.

—Descansa, Annubi. Únete a nosotros más tarde, si quieres.

Se quedó inmóvil, luego asintió:

—Muy bien, me reuniré con vos en la corte.

El consejero del rey se volvió y se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo y se giró.

—No es seguro —lanzó una amarga risa—. Nada es seguro jamás. Eso, al menos, lo he aprendido.

—Vete ahora; descansa. Hablaremos más tarde. ¡Oh, Annubi! —Él la contempló con ojos cansados—. Gracias —repuso ella con sencillez.

El adivino inclinó la cabeza e hizo una reverencia, formando el signo solar con las manos.

—Los presagios son siempre mensajeros engañosos —replicó—. ¡Ojalá sea así ahora!

Charis consideró toda aquella conversación extremadamente peculiar y, cuando Annubi hubo salido, preguntó:

—Madre, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que va mal?

La reina no respondió, sino que extendió los brazos y la muchacha se hundió en el abrazo de su madre.

—Charis —susurró Briseis, su boca apoyada en la cabellera de su hija—, hay tanto que tienes que aprender, y queda tan poco tiempo...

—Pero, ¿qué pasa?

Briseis calló. Fue un silencio tan prolongado que la joven pensó que su madre no la había oído; luego la apartó de ella, sujetándola con los brazos bien extendidos.

—Escucha —dijo, su voz sonaba ronca y apagada—. Charis, alma mía, te quiero. ¿Lo comprendes?

La muchacha, perpleja, tragó saliva con fuerza.

—Yo también te quiero, pero...

—No hagas preguntas, cariño. —La reina meneó la cabeza despacio—. El amor lo es todo, Charis. Recuerda eso.

La princesa asintió, enterró el rostro en el hombro de su madre y sintió cómo ésta la acariciaba con suavidad.

—Vamos —se animó Briseis al cabo de un momento—. Es hora de irse. Elaine se reunirá con nosotras a la entrada del templo. ¿Estás lista?

Charis asintió, secándose las lágrimas que se habían deslizado por debajo de sus pestañas.

—Lo estoy.

Salieron a reunirse con los demás para dirigirse al templo, donde iban a tener lugar los ritos de la Majestad.

El Templo del Sol poseía cuatro patios, uno sobre el otro, y cada uno con columnas de diferente metal: bronce para el patio inferior, cobre para el siguiente, oro para el tercero y oricalco para el último. En el superior se reunían los reyes para rendir homenaje a Bel y renovar sus juramentos reales tomando parte en los

ancestrales ritos.

Ocho reyes y el Supremo Monarca, cada uno vestido con un sencillo manto de lino crudo, entraron en el patio y se reunieron alrededor de un brasero gigante lleno de refulgentes brasas. El Archimago se colocó delante del brasero y los otros magos se dispusieron, siguiendo la costumbre, dos detrás de cada rey.

Cuando todo estuvo dispuesto, el Archimago hizo el signo del sol en el aire con las manos e invocó a Bel con alta y ronca voz. Luego sus manos se retorcieron en el aire e hizo una señal a los magos, quienes colocaron las suyas sobre los hombros de los reyes.

—El poder es una vestidura terrenal —salmodió el Archimago—. Lo que uno se pone puede quitarse.

Al pronunciar estas palabras un fuerte sonido de ropa desgarrada inundó la estancia; los magos habían agarrado los mantos de los reyes y los habían rasgado hasta el borde inferior, arrojando luego los pedazos al suelo. Los reyes salieron de entre los restos de sus ropas, totalmente desnudos, y se acercaron al brasero, donde se detuvieron con las manos extendidas hacia adelante. El Archimago alzó una enorme jarra de alabastro y la vertió sobre las ardientes brasas, que chisporrotearon, mientras un vapor aromático se elevaba hacia el cielo.

—Que el aliento del dios os purifique —exclamó el sacerdote.

Sacó una rama aspersora, la sostuvo sobre el vapor durante unos instantes y luego empezó a moverse por entre los reyes, golpeándolos con ella, primero en manos y brazos y luego en el pecho, los hombros, la espalda, las nalgas y los muslos. Los reyes aspiraron con fuerza el humo, llevándolo hasta sus pulmones, y soportaron los azotes en silencio.

Cuando el Archimago hubo completado su circuito, regresó a su lugar e hizo una señal para que trajeran el cáliz. Se adelantaron dos magos que transportaban el enorme recipiente entre ambos, y otro mago acercó un cucharón de mango muy largo. El Archimago sumergió éste en el cáliz y lo levantó sobre la cabeza del Sumo Monarca, que inclinó la cabeza al tiempo que el contenido del cucharón era vertido sobre él y se sumergía de nuevo una y otra vez en el recipiente, hasta que el cuerpo del rey empezó a relucir con aquel aceite dorado.

El proceso se repitió ordenadamente con cada uno de los monarcas: Itazais, Meirchion, Hugaderan, Musaeus, Belyn, Avallach, Seithenin y Néstor. Cuando hubo terminado, el Archimago les gritó con voz solemne:

—Habéis sido purificados y ungidos. Id ahora, penetrad hasta la presencia del dios y buscad su favor.

Se abrió una puerta al extremo del patio y los reyes entraron en fila, lentamente, en una habitación interior redonda donde se veía un enorme recipiente de hierro lleno de llameantes carbones, situado en el centro de un círculo de taburetes de tres patas. Los reyes se sentaron en éstos de espaldas al caldero y también entre sí. Entonces, entraron magos, desnudos de cintura para arriba, portadores de jarras, y la puerta se cerró, dejando el aposento a oscuras, con la excepción del replandeciente recipiente lleno de carbones encendidos que lanzaba su pálida luz sobre los reunidos.

Se oyó un tremendo siseo y la cámara se llenó de un vapor dulzón que brotaba de las brasas al rojo vivo y que se elevó en una espesa nube que envolvió a los reyes sentados en sus taburetes. Estos aspiraron los efluvios y dejaron que sus efectos narcóticos se apoderaran de ellos.

Los magos recorrían entretanto la habitación con ramas aspersoras, golpeando

los desnudos y sudorosos cuerpos que tenían ante ellos. La cámara permanecía a oscuras y en silencio, sólo se percibía el chasquido de las ramas que blandían los sacerdotes y el siseo de las brasas sobre las que, de cuando en cuando, se vaciaba una nueva jarra.

Pasó una hora, y luego otra; al final de la tercera, se abrió la puerta de la cámara y los reyes abandonaron sus incómodas posturas para salir de nuevo, algo tambaleantes, al patio. Cada uno de los monarcas, al aparecer, era recibido por un mago que llevaba un montón de olorosas hojas de eucalipto. Los reyes tomaban puñados de ellas y se frotaban el cuerpo para eliminar el sudor y el aceite. Luego, el Archimago entregaba a cada uno un inmaculado manto de hilo blanco que les sujetaba con un cordón dorado.

Avallach salió de la cámara, se frotó con las hojas hasta secarse y luego se presentó ante el Archimago, quien le ofreció su manto. Cuando el sacerdote se inclinaba para atar el cordón, Avallach tuvo la sensación de que algo no iba bien, lo percibió sobre todo en los ojos del mago mientras éstos resbalaron sobre él para dirigirse a la puerta de la habitación que quedaba a su espalda. Avallach siguió su mirada, pero no observó nada extraño.

Volvió la cabeza de nuevo y vio a Belyn, con el entrecejo fruncido, y las manos que sujetaban los puñados de hojas inertes, a los costados. «Sí», pensó, «él también lo presiente. Algo no funciona, pero ¿qué?»

El Archimago terminó de atarle el cordón y se apartó de Avallach para dirigirse hacia la puerta de la habitación. Entonces Avallach adivinó lo sucedido. Una rápida mirada alrededor de la sala le confirmó lo que ya sabía: habían entrado nueve reyes en la cámara, pero sólo ocho habían salido.

Avallach siguió al Archimago al interior de la habitación. Los vapores aromáticos flotaban a ras del suelo como ondulantes serpientes; el gran recipiente de hierro aún brillaba. Y allí, apenas visible sobre el suelo, estaba Ceremon, con las rodillas dobladas contra el pecho y tumbado sobre un costado.

Avallach llegó junto al Supremo Monarca en dos zancadas. Se arrodilló y le colocó una mano sobre el corazón. Belyn entró precipitadamente en la estancia en aquel momento.

—¿Está muerto?

—Así es —replicó Avallach en voz baja.

Los demás reyes penetraron también a toda prisa. Itazais se agachó junto a Avallach y apretó el oído contra el pecho del Supremo Monarca, luego se apartó y sacudió la cabeza con incredulidad.

Un helado silencio se apoderó del grupo. Avallach observó los rostros que lo rodeaban; incluso con la pobre iluminación que proporcionaba el incandescente recipiente pudo contemplar cómo hacían cálculos, sopesaban y juzgaban las ventajas que podían conseguirse.

—¿Cómo? —preguntó Musaeus. Su voz crujió en medio del silencio.

Itazais contempló el cuerpo con atención.

—No veo ninguna herida.

—Debemos llevarlo a la luz —propuso Avallach, enderezando las piernas de Ceremon. Itazais levantó el cuerpo, sujetándolo por debajo de los brazos, y entre ambos lo trasladaron al patio, mientras los demás se apelotonaban detrás de ellos.

—¡Mirad! —exclamó Hugaderan, señalando a Itazais—. ¡Mirad su mano!

Itazais bajó los ojos horrorizado: de su mano izquierda goteaba sangre fresca.

Avallach se colocó junto al torso del Supremo Monarca y levantó el cuerpo; debajo de los omóplatos se extendía un pequeño charco de sangre.

—Levantadle el brazo —exclamó.

Pero nadie se atrevió, de modo que Avallach se inclinó y tiró del fláccido brazo. El cuerpo se aflojó y el movimiento abrió la herida. Un chorro de sangre de un color rojo negruzco resbaló por las costillas de Ceremon y fue a estrellarse contra el suelo.

—¡Asesinato! —aulló el Archimago, apartándose de ellos a empujones. Salió corriendo del patio, al tiempo que gritaba—: ¡Asesinato! ¡El Supremo Monarca está muerto!

Era muy tarde cuando Avallach regresó a sus aposentos. Briseis lo esperaba allí cuando atravesó la puerta, tambaleante. Lo acompañó hasta un diván y lo hizo recostarse en él con dulzura.

—Siéntate —le aconsejó—. Descansa. He hecho preparar comida —atrajo una mesita baja hacia él y le acercó el candelabro.

—No tengo hambre —dijo y se frotó el rostro con las manos.

Ella sacó una bandeja con fiambres y pan, y colocó un cuenco de fruta sobre la mesa, frente a él.

—¿Hay vino? —preguntó él.

—Sí, pero no es bueno en un estómago vacío. No has comido en todo el día.

—Tráemelo.

Vertió un poco de vino en una copa y se la llevó, al tiempo que le ofrecía la bandeja de fiambres y pan. Avallach tomó un pedazo de pan y ella le entregó la copa.

—¿Fue muy horrible? —inquirió la reina.

—Peor que mis más tenebrosos temores.

Avallach vació la copa, y se la pasó a su esposa para que volviera a llenarla. Arrancó un pedazo de pan, se lo llevó a la boca y empezó a masticarlo muy despacio. Ella le volvió a ofrecer el vino y luego se colocó detrás de él, con las manos sobre sus hombros, y empezó a darle un masaje en los contraídos músculos de la base del cuello. Él cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia adelante.

Al cabo de un rato, Avallach puso una mano sobre las de ella y la hizo sentarse junto a él. La besó y luego tomó un sorbo de vino.

—¿Ha regresado Annubi?

—Aún no —respondió Briseis—, aunque se lo pedí para que te esperara. No sabía cuánto tiempo tardarías.

Avallach asintió con la cabeza y arrancó otro pedazo de pan. Tenía mejor color y empezaba a relajarse. La reina tomó un cuchillo de fruta, cortó una pera en pedazos y le ofreció uno. Él se recostó en su asiento y apoyó las piernas sobre la mesa, la copa apretada contra su pecho.

—No se encontró ningún arma.

—¿Nadie vio ni oyó nada dentro de la cámara? —preguntó Briseis.

—El asesino, sí.

—¿Néstor?

—Apostaría mi reino a que sí.

—Pero ¿por qué?

—Creo que Ceremon había decidido quitarle la corona a Néstor y éste no podía permitirlo. Quizá vio en la muerte del Supremo Monarca la ocasión de eliminar una

amenaza para su reinado y anticipar sus planes para la guerra al mismo tiempo.

—¿Nadie lo acusó abiertamente? —inquirió Briseis, perpleja.

—Belyn lo desafió —repuso Avallach con voz cansada—, pero no se halló ningún arma, pese a que incluso la busqué, y, como el asesinato evidentemente tuvo lugar cuando estábamos todos juntos y nadie advirtió nada, quién podría asegurar que no fue la mano del mismo dios la que fulminó a Ceremon.

—Tú no piensas eso.

—No, pero hay algunos que podrían..., en caso de convenirles. Itazais sugirió esa posibilidad y Musaeus se aferró a la idea como un perro a un hueso. Lo prefirieron a enfrentarse directamente con la acusación de Belyn.

—¿Y Néstor?

—Néstor es frío y astuto, y supo mantener la boca bien cerrada para resistir la tormenta de acusaciones sin decir nada que pudiera levantar aún más sospechas sobre él. A pesar de eso, estoy seguro de que lo hizo, o, si no, sabe quién lo hizo y él fue el inductor. Sea como sea, sus manos están manchadas con la sangre del Supremo Monarca.

—¿Qué sucederá ahora?

—Eso lo sabremos tan pronto como Annubi regrese.

—No, quiero decir que ¿quién sucederá a Ceremon?

—Tiene una esposa de sangre real.

Briseis enarcó las cejas.

—¿Danea?

—Danea. ¿Quién si no? —Los labios de Avallach se arrugaron en una amarga sonrisa—. La sucesión puede pasar a la esposa, si no hay heredero y la mujer pertenece a una casa real.

—Pero yo pensé...

—Al parecer, lo mismo que Néstor —afirmó Avallach—. Fue Meirchion quien nos lo recordó. Para reinar tan sólo necesita que la acepte el consejo real.

—¿Es eso probable?

—Inevitable, diría yo. Fui yo quien lo exigió.

—¿Tú? —Briseis abrió los ojos de par en par—. Pero, Avallach, tú podrías haber sido Supremo Monarca.

—Quizá —se encogió de hombros—. Belyn y Seithenin me hubieran apoyado. Pero Musaeus también lo deseaba, y de forma desesperada. Néstor y Hugaderan hubieran presionado a Itazais para que se uniera a ellos.

—Y Meirchion te hubiera apoyado a ti.

—Sí, y ahí es donde hubiéramos llegado a un punto muerto. —Contempló a su esposa y le tomó la mano—. Lo siento.

—No me interesa en absoluto la corona de Supremo Monarca, esposo —aseguró—. Ni Poseidonis.

—Yo, por mi parte, no tengo más ambición que ver a Néstor descubierto y sus intrigas aplastadas. —Tomó un nuevo sorbo de vino—. Esta parecía la mejor forma de evitar caer en un choque de intereses. Tal y como están las cosas, se tiene que demostrar que Danea es indigna o incompetente para gobernar, y no es ninguna de las dos cosas. Además, no quisiera que el consejo olvidara que tenemos a un asesino entre nosotros, a lo cual podría estar tentado si pudiera obtener algún tipo de ventaja ignorándolo.

Briseis apoyó su cabeza sobre el hombro de su esposo.

—Es algo aterrador y horrible. Siento pena por Danea; debe de sufrir enormemente.

Permanecieron sentados durante un largo rato en silencio y, al cabo de un tiempo, se oyó un golpe en la puerta.

—Ahí está Annubi —anunció Briseis; fue hacia la entrada y abrió la puerta para dejar pasar al adivino.

Avallach se puso en pie y se volvió hacia su consejero.

—¿Qué hay?

—Néstor ha abandonado la ciudad —informó Annubi.

Briseis miró a su esposo con sorpresa.

—¿Lo sabías?

Avallach movió la cabeza.

—¿Cómo? —preguntó.

—Por barco. Un trirreme estaba dispuesto en el puerto de la zona interior.

—¿Cuándo se fue?

—El jefe del puerto no fue muy preciso, supongo que su silencio tenía un precio. —El adivino hizo una mueca de disgusto—. Pero la partida de un barco es difícil de ocultar con unas cuantas monedas. Hablé con varios que vieron zarpar la nave; no debe de hacer más de tres horas que se hizo a la mar.

—Gracias, Annubi. Descansa ahora, te necesitaré junto a mí mañana.

—Descansad bien, majestad. —Se volvió hacia la reina y le deseó las buenas noches, luego se desvaneció de nuevo por el oscuro corredor.

—¿Qué significa la partida de Néstor? —preguntó Briseis al cerrar la puerta.

—Es su confesión —respondió Avallach con vehemencia—. Pero no le servirá de nada huir de su acción. Tendrá que enfrentarse a la justicia.

Briseis meditó sobre ello y luego inquirió:

—Pero, ¿no te parece curioso que Néstor se preparara para zarpar antes de que el consejo se reuniera? Significa que conjeturaba que el consejo iría en contra de él.

—Alguien le avisó. —Avallach arrugó la frente—. Hummm, mi esposa tiene una mente tortuosa.

—Puede que haya alguien más confabulado con él.

Avallach rechazó esta posibilidad con un gesto.

—Sólo Belyn y Seithenin sabían que yo pensaba apoyar a Danea. No —sacudió levemente la cabeza—, Néstor quería que la nave estuviese preparada porque imaginaba que podría necesitarla.

Briseis se acercó y rodeó a su esposo con sus brazos.

—Sé que es mezquino, pero no puedo por menos de alegrarme de no ser yo la que duerma sola esta noche. No creo que pudiera soportarlo.

—Tampoco podría yo —musitó Avallach, apretándola contra él—. No soy tan fuerte.

15

Dos días después de la visita del tribuno Avitus, Elphin inició su viaje para levantar un ejército. Cuall cabalgaba junto a él, el primer guerrero del futuro ejército del gran señor. En Machynlleth, una aldea de casas de caña mal pintadas situada en un remanso, en el corazón del valle del Dyvi, los recibieron con cierto entusiasmo. El jefe del clan, un gigante de rojas barbas, llamado Gweir Paladyr, saludó a Elphin calurosamente, sin dejar de darle palmaditas en la espalda, hasta que la columna del joven empezó a vibrar.

—¡Ah! ¡Príncipe Elphin! ¡Vaya aspecto! El matrimonio te sienta bien, ¿eh? Sí, sí, es cierto. Ven, levanta una jarra conmigo. —Se volvió hacia algunos de los hombres de su clan que los observaban—. ¡Eh, muchachos! ¡Llevadles agua a los caballos y algo de forraje!

Los tres penetraron en la redonda casa de Gweir, donde una mujer regordeta les dio la bienvenida y empezó a moverse febril, de un lado para otro, colocando jarras de barro y platos ante sus inesperados visitantes.

—Tranquila, Osla, tráenos simplemente la cerveza —le indicó Gweir.

La mujer colocó un cántaro de buen tamaño delante de Gweir, quien llenó las jarras hasta rebosar y luego alzó la suya bien alto, para decir:

—¡Larga vida a nuestro señor, que su lanza dé siempre en el blanco!

Bebieron y volvieron a llenarse las jarras.

—Bueno, Elphin, muchacho, ¿qué noticias traes? Me enteré del ataque.

—Bandidos, sí... —empezó éste.

—Lord Elphin, aquí presente, mató a dos de un solo lanzazo —intervino Cuall—. Yo mismo lo vi. Dos con una lanza —apostilló, embargado por el frenesí de la batalla.

—Eso he oído —replicó Gweir y asintió con la cabeza en señal de aprobación—. Eso he oído.

—Era un grupo pequeño —explicó Elphin—, y mal organizado. Buscaban ganado, no pelea.

—Los hizo huir sin ayuda —alardeó Cuall con orgullo—. Yo lo vi.

—Estaban asustados y hambrientos. Golpeé mi escudo y dejaron caer las armas y escaparon.

—¡No llevaba escudo! —cacareó Cuall—. ¡Y la lanza la cogió al vuelo cuando se dirigía a toda velocidad hacia su corazón!

Gweir lanzó una risita ahogada por debajo de sus bigotes.

—Eso debió de darles mucho en que pensar a esos bribones. ¿Los reconocisteis?

Elphin se encogió de hombros.

—Eran un poco bajos para ser cruithni, y algunos iban pintados.

—¡Pictos! —exclamó Gweir, y estrelló su mano contra la mesa—. Los mismos ladrones bastardos que han estado creando problemas en la Muralla durante los dos últimos veranos.

—Entonces se encuentran muy al sur —observó Elphin.

—¡Oh, sí! Y ahora que han inspeccionado las tierras de por aquí, volverán, puedes estar seguro de ello.

—Por eso he venido —aseguró Elphin—. Estoy levantando un ejército.

Gweir elevó las enmarañadas cejas rojas sorprendido.

—Una fuerza armada, ¿eh? —Paseó la mirada del uno al otro mientras una sonrisa se extendía despacio por sus labios—. ¡Un ejército, sí! ¿Será grande?

—Necesitaré cien hombres.

—¡Cien!

—Y caballos para todos.

Gweir se apoyó sobre sus codos, elevando sus pesados hombros.

—Eso significa unos cuantos hombres, Elphin. Una buena cantidad de ellos.

—No vamos a desanimar a ladrones de ganado, Gweir. Vamos a proteger nuestras tierras y a nuestra gente. Mis tropas estarán adiestradas por la caballería romana.

—¿Adiestrados por los romanos? —La sonrisa se borró del rostro del enorme guerrero; la magnitud del plan empezaba a acobardarlo.

—He hecho un trato con el tribuno de Caer Seiont. Nosotros les suministramos hombres y caballos para que los utilicen durante el verano y nos los devolverá adiestrados y listos para la batalla.

Gweir vaciló.

—Un centenar de hombres y caballos —repitió en un murmullo.

—Los conseguiremos —replicó Elphin lleno de confianza—, si todos cumplimos con nuestra parte. Pienso cabalgar junto a ellos para aprender la técnica del mando. El tribuno Avitus afirma que, además de los cruithni, hay attacotti y escoceses procedentes de Irlanda que se abren paso hacia el sur, más allá de la Muralla, y también otros llamados saecsen. Nos enfrentaremos a sus ataques durante la cosecha, si no antes.

—¿No puede la guarnición contenerlos, entonces?

—No —Elphin sacudió la cabeza con firmeza—. Ya no. Ninguna de las guarniciones está al completo.

—Pues yo pago mis buenos impuestos —resopló Gweir Paladyr.

—Tasas aparte, no hay bastantes hombres. Y, aunque los hubiera, los salvajes se vuelven cada vez más osados. Si nos quedamos a un lado, si esperamos, veremos las cabezas de nuestros hijos colgando de sus cinturones.

—¿Es realmente tan mala la perspectiva? —se asombró Gweir.

—Puedes creerlo —aseguró Cuall.

—Lo es, y va a empeorar. —Elphin colocó las palmas de la mano sobre la mesa—. Un ejército fuerte es nuestra mejor esperanza.

—¿Y lord Gwyddno? ¿Qué dice él?

—Está de acuerdo. O creamos una fuerza armada, o nos sentamos y contemplamos cómo nos queman y saquean los pueblos, y se llevan nuestro ganado y a nuestras mujeres.

Gweir se pasó una mano por los encanecidos cabellos.

—No tenía ni idea.

—Entonces, ¿nos apoyarás?

—¡Oh, sí! Puedes contar con que Gweir Paladyr cumplirá su parte. Machynlleth suministrará hombres y caballos.

Elphin sonrió ampliamente.

—¡Bien! —Levantó su copa—. ¡Larga vida a ti, Gweir!

—¡Ah, larga vida y salud a los enemigos de nuestros enemigos!

Bebieron, secándose la espuma de los bigotes con el dorso de la mano, y la atareada Osla trajo un puchero hirviente a la mesa. Mientras la mujer servía el estofado en cuencos de madera, Elphin preguntó:

—¿Con cuántos podemos contar?

Osla dedicó a su esposo una mirada admonitoria. Gweir frunció los labios e, ignorando la silenciosa advertencia de su esposa, contestó:

—Quince..., no, ¡que sean veinte!

Osla dejó caer el puchero con gran estruendo sobre la mesa y se alejó.

—Digamos diez —replicó Elphin—. Es suficiente; no queremos dejar indefenso al poblado. Necesitarás hombres para labrar los campos y recoger la cosecha.

—Pues diez —repuso Gweir con una amplia sonrisa—. ¡Por los rayos de Lleu! Será un hermoso ejército, ¿no es así?

Y así siguió. En Nethbo, Ysgubory-Coed, Talybont, Nevenhyr, Dinodig, Arllechwedd, Plas Gogerddan, Brevi Vawr, Aberystwyth y los demás poblados del reino de lord Gwyddno. Elphin fue recibido siempre con cortesía e hizo su petición de hombres y caballos. Donde la confianza y la lógica fallaban, el joven engatusaba, halagaba, desafiaba y provocaba. Uno a uno, los convenció a todos para que secundaran su causa.

Regresó a Caer Dyvi al cabo de cinco días con promesas que sumaban ciento veinticinco hombres. Gwyddno Garanhir se sintió muy satisfecho ante el éxito de su hijo.

—¿Cuándo vendrán? —preguntó.

—Tres noches antes de la luna llena. Traerán comida suficiente para ellos y los caballos durante el viaje. Nosotros nos hemos comprometido a suministrar comida, bebida y forraje a partir de ese momento.

—Tal y como acordamos. Espero que el tribuno Avitus aprecie nuestra generosidad —añadió Gwyddno, gruñón.

Elphin le lanzó una mirada de ferocidad.

—Escúchame, padre. No es por Avitus ni por ningún otro lo que proyectamos. Es por nosotros mismos. Ya oíste al centurión Maximus: protegemos lo que es nuestro. Es importante que todos lo comprendamos.

—Sí, sí, lo comprendo —replicó su padre con impaciencia—. Es sólo que, ¿para qué pagar impuestos si no es para tener soldados que protejan a mi gente?

—Gweir, Tegyr, Ebrei y el resto piensan igual, y así me lo comunicaron —repuso Elphin—. Pero no cambia el hecho de que el poder de Roma es limitado. Y, aunque no lo fuera, una legión no puede estar en todas partes al mismo tiempo.

«Escucha, lo necesitamos para nosotros mismos y nos cuesta poco: una parte de lo que pagamos en tributos en esta época. Es un estúpido el señor que lo arriesga todo para ahorrar tan poco.

Gwyddno le dio la razón sin demasiado convencimiento.

—Hubo una época en que tener cerca una guarnición lo arreglaba todo.

Elphin sonrió de oreja a oreja.

—¿Lo ves? A finales de verano tendremos nuestra propia guarnición.

Las semanas siguientes las dedicaron a preparar los suministros para el viaje a Segontium, y para los largos meses del verano que les esperaban. A Elphin le parecía un momento un poco inoportuno para partir, ya que había transcurrido muy poco tiempo desde su boda, y le preocupaba el bienestar de su nueva familia. Pasó, por lo tanto, tanto tiempo como le fue posible con ellos; él y Rhonwyn paseaban durante horas junto al río y a lo largo de los acantilados, contemplando cómo la primavera transformaba el grisáceo mundo invernal con sus días soleados y sus noches frescas y estrelladas.

—Permanecerás fuera tanto tiempo esta vez... —suspiró Rhonwyn mientras colocaba la comida sobre la mesa de su nuevo hogar—. Te echaremos de menos.

—Yo ya te echo de menos —dijo Elphin en voz baja al tiempo que le cogía la mano y la obligaba a dejar de servir la mesa—. ¿Serás fuerte? ¿Resistirás la espera?

—No digo que vaya a ser fácil, pero lo haré muy a gusto, porque sé de su importancia. Si hemos de tener un futuro, tienes que ir.

Elphin se llevó la mano de su esposa hasta su boca y apretó los labios contra ella durante un buen rato, saboreando su suavidad.

—¡Ah, Rhonwyn...!

—Desde que nos casamos, la luna ha venido y se ha ido una vez, esposo.

—Sí.

—Ha pasado ya el tiempo de estar separados. Es hora de que estemos juntos.

Elphin se echó a reír y la abrazó por la cintura.

—Eres una mujer muy franca, Rhonwyn. También eres muy hermosa, muy fuerte, muy dulce... La mujer perfecta para mí.

Ella se apartó con la mano un mechón de cabellos castaño-rojizos que le había caído sobre los ojos y tiró de él para ponerlo en pie, luego lo condujo hasta el lecho.

Hafgan se hallaba sentado al sol en el tocón de un árbol, haciendo girar el bastón entre sus manos, la capa azul echada sobre un hombro. Sus ojos gris-verdoso escudriñaban el cielo y parecía como ensimismado, pero los dos muchachos que se sentaban a sus pies sabían que no era éste su estado.

—Observad —salmodió— cómo vuelan. ¿Cómo mantienen las alas?

Los dos *filidh* siguieron la mirada del druida en dirección al cielo para ver una pequeña bandada de palomas torcaces que se dirigían a las arboladas colinas situadas al este del *caer.*

—Vuelan bajo, Hafgan, con las alas pegadas al cuerpo —respondió uno de los jóvenes.

—¿Te sugiere algo eso?

El muchacho estudió las palomas durante un instante, se encogió de hombros, y dijo:

—Son pájaros torpes y difíciles de leer.

—En la naturaleza no existe nada torpe, Blaise —lo reprendió Hafgan—. Cada cuerpo ha sido creado para un tipo de vida peculiar, para el propósito al que sirve. Por lo tanto, cuando se ve obligado a realizar trabajos que no son los que tiene por costumbre, puede funcionar con torpeza. Nosotros observamos, vemos y cuando se dan a conocer las razones de lo que hemos visto, entonces sabemos. —Hafgan señaló a las palomas—. Ahora, mira de nuevo y dime lo que adviertes.

—Titubean en el aire, ahora suben, ahora bajan. Un vuelo tan excéntrico parece

totalmente inexplicable.

—¡Piensa, Blaise! ¿Gritan mientras pasan sobre nuestras cabezas? ¿Huyen de un depredador? ¿Vuelan contra el viento? ¿Vuelan buscando un lugar donde posarse?

El muchacho de oscuros cabellos se resguardó los ojos con la mano.

—Vuelan contra el viento. No hay ningún depredador. No gritan mientras pasan.

—¿Ves ya la razón?

—No la adivino, maestro —replicó Blaise, desesperado.

—Estás muy silencioso, Indeg. Espero que eso denote sagacidad. —Hafgan se volvió hacia su otro alumno—. ¿Qué respondes?

—Yo tampoco imagino la razón por la que las palomas torcaces vuelan como lo hacen —admitió el muchacho—. No tiene sentido para mí.

—Mirad de nuevo, mis cerriles amigos —suspiró Hafgan—. Mirad más allá de las palomas. —Los muchachos levantaron los ojos—. Más arriba, más arriba. Subid más. Más aún. ¿Qué veis? ¿Qué hay ahí? ¿Qué es aquello que planea sin mover las alas?

—¡Un halcón! ¡Lo veo! —gritó Blaise, poniéndose en pie de un salto—. ¡Un halcón!

—¡Ah!, un halcón, sí. ¿De qué tipo?

El regocijo del muchacho se transformó al instante en desaliento.

—¡No puedo verlo a tanta distancia!

—Yo tampoco. —Hafgan lanzó una risita ahogada—. Pero eso, por sí mismo, debería sugerir algo.

La frente de Blaise se arrugó en un esfuerzo de concentración.

—Un milano o una de las especies de cola roja. Las palomas vuelan bajo y muy juntas para escapar.

—¡Bien dicho, chico! Pero, ¡por el cornudo Cernunnos, que es como arrancar muelas!

Blaise siguió el vuelo de las palomas mientras éstas desaparecían en el interior del bosque. Y se volvió hacia su maestro con una gran sonrisa.

—Ahora lo comprendo. La presencia del depredador hace sus movimientos desmañados. ¡Vuelan así a causa del miedo!

—¡Miedo! ¡Qué sucede con el miedo!

—Es un poderoso motor de la acción.

—Es el más poderoso —añadió Indeg—. Más poderoso que ningún otro.

—El miedo inspira al tímido, y vuelve audaz al valiente, eso es verdad —replicó Hafgan—. Pero hay un motor aún más poderoso.

Blaise e Indeg, intrigados, intercambiaron una mirada de asombro.

—¿Cuál es? —preguntaron.

—La esperanza —respondió Hafgan con suavidad—. La esperanza es el motor más poderoso.

Mientras ellos consideraban estas palabras, el druida se volvió y levantó la mano para decir:

—¡Mirad ahí! Se acerca alguien que no hace demasiado tiempo carecía de toda esperanza, pero ahora es un rey entre los hombres.

Los *filidh* se volvieron y vieron a Elphin y a Rhonwyn que paseaban con las manos entrelazadas.

—El futuro señor de nuestro reino —anunció Hafgan—. ¡Salve, Elphin! —Sus

dos aprendices observaron a la pareja con ojos vigilantes—. ¡Y salve también a nuestra señora Rhonwyn!

—¿Sirvientes, Hafgan? —preguntó Elphin al llegar junto a ellos, indicando a los dos muchachos vestidos con túnicas y pantalones grises con capas marrón oscuro recogidas sobre los hombros.

—El precio de la eminencia.

—¿Un precio no demasiado alto, sin duda?

—Bastante. Las esperanzas de los demás no son nunca una carga liviana. —Contempló con expresión crítica al joven señor que tenía ante él y añadió—. Pero la fortuna exige también otro precio.

—Lo pagaré —replicó Elphin alegremente— Ciento veinticinco hombres, Hafgan. ¿Te has enterado? Ése es un ejército para tener en cuenta.

—Sí, y la suerte te exigirá más de lo que jamás te pidió el fracaso.

Elphin sonrió, llenando sus pulmones de aire.

—¡Ah!, eres un ser deprimente, Hafgan. ¡Contempla este día! —Extendió la mano libre para abarcar toda la creación—. ¿Quién puede pensar en el fracaso en un día así?

Hafgan vio su otra mano unida a la de Rhonwyn, sus dedos entrelazados, y vio brillar el amor en los ojos de la mujer, con su cabellera despeinada.

—Disfrutad con fuerza de la vida, Elphin y Rhonwyn. Vuestras almas están unidas para siempre a partir de ahora.

Rhonwyn enrojeció ante la declaración del druida, pero Elphin lanzó una desenvuelta carcajada.

—¿No hay nada que se te escape, Hafgan? ¿Lo ves todo?

—Veo bastantes cosas. —Ladeó la cabeza—. Veo a un joven engreído que puede que considere la corona de su padre demasiado pequeña.

La risa murió en los labios de Elphin. Una fuerte cólera se apoderó de él.

—¿Celoso?

—¡Bah! —Hafgan apartó la idea con un gesto—. Me conoces, o deberías conocerme mejor que eso. Digo sólo lo que es o lo que podría ser. Pero ya veo que estoy aconsejando al viento. Sigue tu camino, Elphin. No me hagas caso.

—Buenos días, druida —se despidió Elphin con frialdad. El y Rhonwyn ascendieron por el sendero en dirección al *caer,* dejando a Hafgan y a sus dos *filidh* siguiéndolos con la mirada—. Viejo entrometido —masculló Elphin.

—No digas eso jamás, Elphin —reconvino Rhonwyn—. Trae desgracia hablar mal de un bardo. ¿Te ha hecho alguna vez algo que no sea el bien?

Elphin rabió en silencio durante un rato.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —explotó finalmente—. Hago lo que me indica, y cuando tengo éxito me viene con que soy demasiado orgulloso. ¿Qué quiere?

—Creo —empezó a decir su esposa, escogiendo las palabras con cuidado— que quiere que seas el mejor rey que nuestra gente haya tenido jamás. Quizás el mejor de todo el país. Si te regaña es únicamente para que no olvides todo lo que has sufrido para aprender.

Elphin meditó sobre aquello por un momento y luego sonrió despacio.

—Con una esposa tan inteligente y un bardo tan resuelto, no veo cómo puedo comportarme de otra manera. Humilde soy y humilde seré hasta el final de mis días y después de ellos. —Le oprimió la mano—. Pero, ¡oh, mi señora!, no me sentí nada humilde hoy en vuestros brazos.

—Nunca lo harás, mi señor —replicó ella con ojos brillantes—. Sólo habrá una esposa para ti, Elphin *ap* Gwyddno. Pienso defender mi posición.

Subieron por la rampa que llevaba a las puertas de acceso y las atravesaron para encontrarse con los primeros hombres de Elphin de pie con sus caballos en el centro del *caer,* cerca del roble del consejo: seis robustos jóvenes de Talybont con los veloces e incansables ponis de su región. Los muchachos, al ver a Elphin, hincaron una rodilla en tierra a toda prisa.

—No son más que criaturas —comentó Rhonwyn.

—Sí, pero serán hombres cuando llegue *Samhain.* —Dicho esto, Elphin avanzó hacia ellos con los brazos extendidos—. ¡Levantaos, *combrogi*! —exclamó, inclinándose para obligar al primero a incorporarse—. No somos soldados aún, ni yo soy vuestro rey. Somos compatriotas y no nos arrodillamos los unos ante los otros como hacen los romanos.

Los jóvenes parecieron desconcertados, pero sonrieron a su oficioso señor y murmuraron entrecortadamente unas frases de salutación para él y su esposa, a quien contemplaron con algo más que pasajera admiración.

—Vosotros sois los primeros de mi grupo armado —les indicó Elphin—, y vuestra impaciencia os honra. Esta noche cenaréis a mi mesa y mañana nos prepararemos para la llegada del resto. Venid, amigos, bebamos algo y alcemos nuestras voces entonando canciones. Poco esparcimiento tendremos durante las próximas semanas.

En los dos días siguientes, Caer Dyvi empezó a parecerse a un campamento de guerra, con hombres y caballos que llegaban en grupos de todo Gwynedd. Cuando todos aquellos que se habían comprometido a servirle se hubieron reunido, Elphin ordenó celebrar una fiesta y se cavó un agujero para la hoguera donde asar dos venados en el centro del *caer.* Aquella noche se celebró un banquete y cantaron, sus juveniles voces resonaron en la noche con las conmovedoras canciones de los *cymry.*

Elphin y Rhonwyn abandonaron la fiesta y se retiraron para dormir juntos por primera y última vez en su nueva casa antes de su larga separación. Después de hacer el amor, permanecieron tumbados uno en brazos del otro escuchando las notas que aún flotaban en la brisa nocturna.

—Ofreceré sacrificios a Lleu y a Epona cada día por tu seguridad, esposo.

—Mmmm —suspiró Elphin, soñoliento—. Que duermas bien, esposa mía.

Rhonwyn se acurrucó aún más contra él.

—Que duermas bien, mi señor.

Permaneció durante un buen rato escuchando la pausada respiración de su esposo a medida que el sueño se iba apoderando de él. El suave silencio de la noche los envolvió como una oscura ala y Rhonwyn se dejó invadir por un agradable sopor.

Ciento veinticinco hombres salieron a caballo a primera hora de la mañana siguiente con Elphin a la cabeza. Gwyddno y Rhonwyn, con el pequeño Taliesin meciéndose en los brazos de la mujer, se quedaron junto al portón, rodeados por los habitantes del *caer,* viendo cómo se alejaba el grupo. Las largas hileras de jinetes desaparecieron de su vista por fin, y todos regresaron a sus tareas diarias.

Rhonwyn se quedó un poco más.

—¿Ves cómo cabalgan, Taliesin? —le susurró al niño, sujetando su carita junto a su mejilla.

Éste dejó escapar un borboteo y extendió la mano.

—Estarán fuera mucho tiempo y habrán cambiado mucho cuando regresen.

Por fin, se dio la vuelta y vio a Medhir y a Eithne que la observaban junto con otras mujeres.

—Ahora empieza el trabajo de una mujer —indicó Medhir—. El más duro de todos: esperar.

A su alrededor se elevaron cloqueos de asentimiento y movimientos de cabeza.

—Aguantaré la espera con alegría —repuso Rhonwyn—, al saber que estos valientes soportan eso y más por nosotras.

—Dices eso ahora —replicó Medhir, un poco incomodada por las palabras de Rhonwyn—, porque no sabes realmente lo que es, pero deja que pase un poco de tiempo y no tardarás en conocer el sufrimiento de la esposa que se queda atrás.

Se produjeron nuevos murmullos y movimientos de cabeza.

—Escúchala, Rhonwyn —declaró Eithne—, conoce ese sentimiento.

Rhonwyn se volvió hacia ellas con ojos llameantes.

—¡Y vosotras escuchadme a mí, todas vosotras! ¡Cuando Elphin regrese encontrará su casa en orden, sus asuntos bien llevados, y a su esposa con una alegre sonrisa de bienvenida en los labios! Jamás escuchará mi señor una palabra de queja que provenga de mí.

Se volvió rápidamente y atravesó el *caer* a grandes zancadas con la cabeza bien alta. Algunas de las mujeres más jóvenes, cuyos maridos se habían ido con Elphin, oyeron lo que Rhonwyn replicaba y la imitaron. Juntas empezaron a afanarse en sus cosas a la espera del regreso de sus esposos.

16

Trasladaron el cuerpo del Supremo Monarca a una habitación interior del Templo del Sol donde los magos lo prepararon para el entierro mediante unos elaborados y antiguos ritos que duraron seis días y seis noches. El funeral del Supremo Monarca se celebró tres días más tarde: una ceremonia cautelosamente espléndida, a la que asistieron los reyes restantes, quienes mostraron apropiadas expresiones sombrías y pronunciaron los panegíricos de rigor con palabras cuidadosamente medidas y precisas. Si alguien más, aparte de la Suprema Soberana, se sentía en verdad apenado por la muerte de Ceremon, el secreto quedó muy bien guardado.

Seithenin, ansioso por atender asuntos urgentes en su reino, abandonó Poseidonis la mañana siguiente al funeral. Avallach y los demás reyes se quedaron algunos días más para guardar las apariencias. El asunto de la sucesión había quedado resuelto y apenas si quedaba nada por ultimar, tanto en lo que se refería a ofrecer algo de consuelo a la afligida viuda como en lo tocante a cuestiones oficiales.

Para Charis, no obstante, los días extra fueron especiales; puesto que no tenía otra cosa que hacer, se le permitió vagar por la ciudad a voluntad junto con sus hermanos, visitando todos los lugares importantes: el Templo Real del Sol, con sus fosos subterráneos para los toros y sus torres astronómicas; el extraordinario puerto, con la monstruosa estatua de bronce de Poseidón alzándose de las aguas con el dorado tridente en la mano, rodeado por un grupo de bulliciosos delfines azules; la biblioteca real, que se enorgullecía de poseer cientos de miles de volúmenes escritos en todas las lenguas conocidas del mundo; la enorme y siempre abarrotada plaza del mercado, con sus fuentes en forma de esfinge; los santuarios de las grutas de aguas termales en las colinas, y muchas otras maravillas.

Cuando por fin llegó el día de su marcha, Charis se subió de mala gana al carruaje para sentarse junto a su madre. Su rostro adoptó una expresión hosca mientras rodaban por la Vía Procesional y cruzaban la ordenada sucesión de puentes, atravesando las tres zonas concéntricas de la ciudad. Al llegar a la Avenida de los Pórticos, la reina Briseis se volvió hacia su hija y dijo:

—Anímate, Charis, regresarás algún día.

«Sí, regresaré», pensó. «Haré mía esta ciudad.» A partir de aquel momento, Charis dejó de mirar por encima del hombro y dirigió el rostro hacia la carretera que tenía delante, que le proporcionaría su retorno.

Los días siguientes fueron muy parecidos, como sacados por la misma mano del mismo pozo: el disco de Bel se alzaba y se ponía, dormían bajo un cielo estrellado y sin nubes, y la blanca carretera pasaba lentamente bajo sus ruedas.

Una mañana, a principios de la segunda semana de viaje, la larga comitiva de carruajes penetró en la oscura inmensidad boscosa, en el límite de las tierras de

Seithenin. Contento de poder descansar un poco del tórrido sol del mediodía, Avallach les permitió que permanecieran algún tiempo en la fresca sombra después del almuerzo. La reina y él echaron una siesta, al igual que el resto del séquito, tendiéndose todos bajo las frondosas ramas para eliminar el pesado letargo del mediodía.

Sin embargo, a Charis le resultó insufrible la idea de dormir y, en lugar de ello, se perdió por los senderos del cercano bosque mientras arrancaba flores silvestres de floración tardía y tarareaba la canción que había empezado a cantar la noche del sacrificio del toro, desparramándose su voz como una lluvia argentina en el silencio de la espesura.

No se percató de lo mucho que se había alejado del campamento hasta que oyó un grito lejano y se dio cuenta de que habían enviado a alguien a buscarla. Se volvió de inmediato y empezó a correr de regreso, eludiendo el serpenteante sendero, con la esperanza de reducir distancia antes de que la encontraran.

Cuando estuvo más cerca, oyó nuevos gritos. Voces de hombres, tensas y asustadas. Tiró el ramo que había reunido y corrió más aprisa. Oyó relinchar a los caballos y escuchó el sonido metálico de las armas mientras chocaban en la demoledora quietud. «¿Qué estará sucediendo?», se preguntó, atemorizada de repente. «¿Qué podrá ser?» Poco después, sin aliento, con el corazón a punto de saltarle del pecho, llegó al lugar donde aguardaba el grupo.

Sus ojos se enfrentaron a un horror inconcebible: hombres que se tambaleaban sangrantes con la cabeza abierta de un tajo o que, sin algún miembro, permanecían sentados, mudos de asombro, contemplando el miembro cortado. Muchos más yacían sobre charcos de sangre mirando al cielo con ojos nublados, sus gargantas y pechos decorados con astiles de flechas.

A Avallach no se lo veía por ninguna parte, ni a Briseis o a sus hermanos. Charis chilló y se arrojó al interior de aquella pesadilla, el pánico haciéndole un nudo en el estómago. Empezó a correr por entre los muertos y los moribundos, llamando a su familia con una voz ahogada por el terror.

Tropezó con algo que había en el suelo, cayó cuan larga era y se encontró entre los insensibles brazos del cadáver medio decapitado de la doncella de la reina, Ilean. Se puso en pie y se tambaleó hacia atrás.

—¡Madre! —gritó—. ¡Madre! ¿Dónde estás?

La carroza de la reina esperaba todavía en el mismo sitio en el que se había detenido junto a la carretera. Un caballo se había soltado del arnés, el otro estaba tumbado en el suelo, jadeante, con cuatro flechas clavadas en el vientre. Charis se acercó al carruaje. La reina Briseis yacía en el suelo junto a la rueda trasera, con una larga y fea cuchillada en la garganta y otra en la muñeca recibida al levantar la mano para protegerse.

En su piel brillaba aquella palidez de cera que anuncia la cercanía de la muerte, y sus ojos estaban clavados, sin ver, en la azul inmensidad del cielo que tenía sobre su cabeza. Había sangre, demasiada sangre por todas partes; la sangre empapaba la tierra debajo de su cabeza, su piel desgarrada y sus ropas rotas, y aún seguía fluyendo de sus profundas y salvajes heridas.

—Madre... —musitó Charis—. ¡Oh, madre...!

Los ojos de Briseis se movieron pero continuaron vacíos y ligeramente velados.

—Charis —llamó su madre con voz velada. Unas burbujas carmesí se formaron en las comisuras de sus labios—. No puedo verte, Charis.

—Estoy aquí, madre.

—Charis, ¿me oyes?

—Sí, te oigo —contestó y se inclinó sobre ella, tomando el rostro de su madre entre sus manos—. Estoy aquí. Estamos a salvo ahora.

—¡Oh!... ¿Los otros?

—A salvo también, creo. No encuentro a padre.

—Hace frío aquí. Tápame, Charis...

—Sí... —La muchacha levantó una mano para coger una capa de viaje del carruaje y la colocó sobre Briseis—. ¿Estás mejor ahora?

—Estoy cansada. —Los ojos de Briseis se cerraron despacio—, tan cansada... Sujétame.

—No. ¡Por favor, no! —Charis acunó a su madre, apretando su mejilla contra la frente de ésta.

—Cuida de ellos, Charis. —La voz de la reina era apenas un susurro—. No hay nadie más.

Briseis tosió una vez, al tiempo que un temblor le recorría el cuerpo, y luego se quedó inmóvil.

Cuando la joven levantó la cabeza al cabo de un rato, vio la larga figura de Annubi que avanzaba, arrastrando los pies, por entre aquella carnicería. Se apartó del lado de su madre, fue hacia él y lo cogió de la mano en el momento en que él daba un traspié.

—Está muerta. Mi madre está muerta.

—Esto no hubiera de haber sucedido —afirmó, sin mirar a la derecha ni a la izquierda—. Esto no estaba previsto.

—¿Dónde están mis hermanos, Annubi? —inquirió Charis con voz estridente—. ¿Dónde están mis hermanos?

—A salvo. Los mantuve a salvo —respondió.

—Y mi padre, Annubi, ¿dónde está? —Sollozaba de nuevo.

—Se lanzó tras ellos... Eran hombres de Néstor. Atacaron mientras dormíamos, nos asesinaron mientras dormíamos. Traición. He estado dormido. —Se interrumpió y miró a Charis; sus facciones se avivaron una vez más—. ¿Dijiste algo sobre tu madre?

—¡Se ha ido! —exclamó Charis—. ¡Oh, Annubi, está muerta!

—¿Dónde?

—Allí —replicó la joven, señalando hacia el carruaje.

El adivino se dirigió hacia donde estaba el cuerpo, se arrodilló y posó su mano sobre la mejilla de la reina.

—Lo siento, Briseis —murmuró—. Lo vimos pero no comprendimos, hemos estado tan ciegos. Debería haber adivinado esto, debería haberlo evitado. Una muerte real... Pensé que era la del Supremo Monarca... —Meneó la cabeza fatigosamente—. No pensé que habría otras. Estuve dormido demasiado tiempo. —Charis, de pie cerca de él, empezó a sollozar.

Se enderezó y se volvió con brusquedad hacia la muchacha, a la que sujetó por los hombros.

—No, Charis, no hay tiempo para las lágrimas ahora.

—No comprendo —lloró—. Yo estaba cogiendo flores..., oí..., la encontré... —La barbilla le empezó a temblar.

—Lo sé, pero no debes pensar en ti ahora. Hay otros de los que ocuparse. Nos

lamentaremos más tarde; ahora hay trabajo. Necesito que me ayudes con los heridos.

Ella sorbió con fuerza y se secó los ojos, y juntos empezaron a inspeccionar la horripilante escena, buscando entre los cuerpos, separando a los vivos de los muertos y administrando la poca ayuda que podían.

Charis trabajó sin pensar, con los sentidos embotados; sus manos y sus pies se movían según las instrucciones de Annubi. Ayudó a vendar heridas y a colocar huesos rotos en su sitio: tirando de aquí, sujetando allí, levantando, empujando, envolviendo, atando tal y como le ordenaba Annubi. Aún estaban en ello cuando oyeron el sonido de caballos en la carretera.

—¡Escóndete! —siseó Annubi.

Charis se quedó inmóvil. El adivino la cogió del brazo y la obligó a darse la vuelta.

—Debajo del carruaje. ¡Deprisa!

En ese momento un carro apareció ante sus ojos. Avallach, sangrando por diversas heridas en el hombro y el pecho, saltó de él y se dirigió hacia ellos. Charis corrió a su encuentro, rodeándolo con sus brazos.

—Padre, ¿estás bien?

Avallach se soltó de ella y avanzó despacio hasta el carruaje de la reina, permaneció un momento con la vista en el suelo, luego se arrodilló y tomó el cuerpo de su esposa. Trasladó a su reina hasta el sombreado lugar bajo el árbol donde habían dormido antes del ataque; la depositó en el suelo con suavidad y le cruzó las manos sobre el pecho.

La joven se detuvo junto a él, y le tomó la mano.

—Volvió a buscarte —explicó Avallach sin mirarla—. Estaba a salvo, pero regresó para buscarte. —Apartó la mano.

Kian apareció en aquel instante con el resto de la comitiva de Avallach, que suponía menos de la mitad de los que habían abandonado Sarras. El rey se volvió rápidamente y empezó a gritar órdenes.

—Seguiremos hasta el palacio de Seithenin. Quiero llegar allí al anochecer. —Se volvió hacia su adivino—. Annubi, trae a los príncipes. Quiero verlos ahora.

Se excavaron unas tumbas poco profundas en la tierra, y se enterró a los muertos allí donde habían caído. Cubrieron el cuerpo de la reina y lo colocaron en su carroza, y a Charis se la obligó a viajar sola con él. Annubi, que consideró esto un castigo muy duro e innecesario, intentó intervenir.

—Majestad —ofreció—, dejad que la muchacha se quede conmigo. No tendréis que preocuparos por ella entonces.

—Ella viajará con la reina —declaró Avallach con firmeza.

A primeras horas de la tarde, la comitiva del rey empezaba a moverse de nuevo. Mientras las carrozas se alejaban, Charis volvió la cabeza: una mórbida tranquilidad se había adueñado del paisaje, pelados montones de tierra diseminados a lo largo de la carretera, y los cadáveres de los caballos, llenos ya de moscas, eran mudos testimonios de la atrocidad que había tenido lugar.

Llegaron al palacio de Seithenin en plena noche. Hacía rato que se habían cerrado las puertas de acceso, pero se reabrieron precipitadamente cuando se supo quién aguardaba en la carretera. El rey, descalzo y en camisón, les salió al encuentro en el antepatio de su enorme palacio. Dio la bienvenida a Avallach y, tras una breve conversación, envió a sus senescales a toda prisa al interior del palacio. A los pocos minutos aparecieron unos magos y se entregó a su cuidado el cuerpo de la reina.

—Ve con ellos, Annubi —ordenó Avallach, y siguió a Seithenin al interior del palacio.

—Vendré a verte más tarde —dijo Annubi a Charis—. Come algo si puedes.

Charis asintió tristemente. Los sirvientes vinieron a buscar a los demás y los condujeron a cámaras donde pudieran dormir. A Charis y a sus hermanos les dieron habitaciones en los aposentos reales: Charis sola en una, los príncipes en otras.

Desnudo hasta la cintura, Avallach estaba sentado en un taburete mientras un mago se ocupaba de él, limpiando sus heridas con un ungüento aromático y envolviéndolas en vendajes limpios. Seithenin se sentaba frente a él, con expresión colérica, pero con ojos fríamente distantes, mientras escuchaba el relato de Avallach de los trágicos acontecimientos de aquella tarde.

—Cayeron sobre nosotros desde ambos lados a la vez —narraba Avallach—. No nos dimos cuenta. Estábamos dormidos junto a la carretera. Había cuatro de ellos por cada uno de nosotros, llevaban espadas y arcos. Dispararon desde los caballos y luego cabalgaron embistiendo contra nosotros, golpeando con sus espadas a todo lo que se movía. Terminó en un instante y se dispersaron. ¡Ahhh! —Avallach hizo una mueca de dolor.

—¡Ten cuidado, torpe estúpido! —le gritó Seithenin al mago, quien se disculpó y continuó con su trabajo.

Avallach tragó saliva y continuó:

—Reuní a un puñado de hombres y salí detrás de ellos. Abandonaron la carretera y los perdimos en el bosque casi inmediatamente.

El mago terminó su cura y se retiró en silencio. Seithenin sacó un manto y rodeó con él los hombros de Avallach, luego le entregó un cuenco de vino sin agua.

—Bebe esto, te calmará.

Avallach se llevó el cuenco a los labios, diciendo:

—Arrastrar a Néstor por las calles con mi carro y clavar su cuerpo decapitado en mi puerta me calmará aún más.

—¿Fue Néstor? ¿Estás seguro?

Avallach dedicó a Seithenin una penetrante mirada.

—¿Quién, si no?

—¿Lo viste?

—¡No! —Avallach abandonó su taburete—. Pero, por los dioses, que sé quién fue.

—Siéntate, siéntate. —Seithenin le indicó con la mano que volviera a su asiento— Bébete el vino. Sólo me preguntaba si se habría atrevido a mostrarse.

—¿Lo harías tú?

Seithenin sacudió la cabeza.

—No, no lo haría. —Se detuvo, miró a Avallach con tristeza y siguió—: El que este odioso suceso haya tenido lugar en mis tierras me llena de ira y de remordimiento. Mis hombres están a tus órdenes, Avallach, si deseas enviarlos a...

Avallach negó con la cabeza, fatigado.

—Lo haría si pensara que existe la más mínima esperanza de atraparlo, pero ha huido ya demasiado lejos ahora.

—¿Qué harás?

—Me iré a casa y enterraré a mi esposa —respondió Avallach con voz apagada.

Sorbió el vino y su expresión se suavizó cuando parte de la tensión abandonó sus músculos.

—¿Y luego?

—No puedo decirlo.

Seithenin se levantó con brusquedad.

—Desde luego. No hay necesidad de pensar en ello esta noche. Me iré para que puedas descansar; ya hablaremos mañana. —Se dirigió hacia la puerta, donde se detuvo para volverse—. Lamento la muerte de la reina, Avallach. Te acompaño en tu dolor. Briseis era una mujer extraordinaria. Recibe mis condolencias. —Le dio las buenas noches a Avallach y salió, cerrando la puerta con cuidado a su espalda.

Charis estaba sentada en el borde de la cama y contemplaba con atención un mural de un sonriente muchacho moreno sobre un delfín azul en medio de un mar que hervía con criaturas de todo tipo. Oyó cómo la puerta de su habitación crujía al abrirse, y luego los pasos vacilantes de alguien que entraba.

—¿Chariz? —llamó una voz suave—. ¡Oh, Chariz, lo ziento!

La princesa volvió los ojos despacio. Era Liban, vestida con un delgado camisón y una expresión de profundo dolor en su rostro redondo.

—Me enteré de lo de tu... —Fue incapaz de pronunciar las palabras, pero se acercó a su amiga y la abrazó—. ¡Oh, Chariz!

—Fue terrible —afirmó Charis—. Terrible, Liban. Estaba hecha pedazos. La vi morir.

—No digaz ezo. —Tomó las manos de Charis y se dejó caer junto a ella sobre la cama. Se quedaron durante un largo rato en silencio; no existían palabras para describir lo que sentían.

La luna arrojaba una luz mortecina al interior de la habitación. Liban se movió, y tiró de Charis.

—Vamoz, túmbate e intenta dormir. Volveré por la mañana.

Charis se tumbó y Liban la cubrió con una colcha, luego salió de puntillas.

—Fue culpa mía —murmuró Charis, los ojos secos en la oscuridad—. Yo soy la culpable.

A la mañana siguiente Charis se despertó muy temprano, sola en su habitación. Cuando Liban fue a buscarla, la encontró sentada en la cama, con la cabellera sujeta hacia atrás y las ropas arrugadas por haber dormido con ellas. Juntas se dirigieron a la cocina para desayunar junto con algunos de los hijos menores de Seithenin. Eoinn y Guistan estaban con ellos, abatidos, pero, al parecer, sin un rasguño. La saludaron cuando entró y continuaron su conversación con tres de los hijos de Seithenin.

—... mil —estaba diciendo Eoinn.

—¡No, diez mil! —interpuso Guistan.

—Y todos con espadas largas —aseguró Eoinn.

—¡Y flechas de un palmo! —añadió Guistan.

—Sus caballos eran veloces —siguió Eoinn.

—¡Kian dijo que corrían tan deprisa que desaparecieron! —replicó Guistan.

—¡Buitrez! —les espetó Liban, pateando en el suelo.

—¡Uf, Liban! —gimió uno de los chicos mayores—, sólo queremos enterarnos

de lo que pasó.

—¡Yo te diré lo que pazo! ¡Hubo muertoz! Ahí lo tienez, ezo ez lo que pazo. —Sus ojos brillaron al posarse en Eoinn y Guistan—. Mataron a vueztra propia madre. ¿Ez que no oz importa?

Dio media vuelta y condujo a Charis a un extremo de la habitación donde había una pequeña mesa, cerca del hogar. Uno de los cocineros les trajo una bandeja de pastelitos de trigo y fruta. Comieron todos en silencio y a los pocos minutos los muchachos salían en tropel.

—No zon realmente miz hermanoz —ceceó Liban.

Esto hizo asomar una leve sonrisa a los labios de Charis, pero sus ojos permanecieron apagados.

—Mis propios hermanos son igual de terribles.

—Algunaz vecez pienso que laz comadronaz robaron a los váztagoz realez y puzieron a zuz propioz hijoz en la cuna para zuztituirlez.

—¿No es muy probable, no? —Charis se animó al oír eso.

—Quizá no, pero ezplicaría muchaz cozaz.

Charis se echó a reír.

—A veces pienso que mis hermanos proceden del hospicio y que yo soy la única hija legítima de Avallach y Bris... —su voz se quebró.

—Vamos —sugirió Liban—, iremoz a mi habitación y me cuentaz todo zobre la ciudad real. Nunca he eztado en Pozeidoniz.

—Tardaría días en explicártelo todo —advirtió Charis, siguiendo a Liban afuera.

—Bueno, tú te lo pazazte la mar de bien, ahora tienez que compartirlo conmigo.

Las muchachas se dirigieron hacia la habitación de Liban, cruzando un enorme vestíbulo abovedado.

—¡Charis!

La dureza de la voz las detuvo al instante y las hizo girar en redondo. El rey Avallach estaba de pie con las manos en las caderas en lo alto de una escalera y las miraba ceñudo.

—¿Padre? —La voz de Charis resonó en la inmensidad de la estancia.

—Nos vamos inmediatamente. Ve al antepatio y espera allí los carruajes.

Charis abrió la boca para replicar, pero Avallach se dio la vuelta y desapareció. Ella lo siguió con la mirada.

—Ezperaré contigo —propuso Liban.

Aguardaron juntas, sin que ninguna hablara demasiado, hasta que llegó el momento de la marcha.

—Adioz, Chariz —le gritó Liban, mientras Charis subía al carruaje de la reina. Esta vez el cuerpo de su madre estaba cuidadosamente envuelto en una perfumada mortaja de hilo, dispuesto para el entierro. Annubi intentó de nuevo interceder por ella, pero Avallach insistió en que fuera sola con el cuerpo de su madre.

Llevaron una escolta de hombres de Seithenin con ellos todo el camino hasta Sarras, pero el paisaje permaneció tranquilo y seguro y, aunque se detuvieron por el camino para interrogar a campesinos y comerciantes, nadie había visto una fuerza armada como la que describía Avallach. De esta forma, la noticia de la muerte de Briseis corrió delante de ellos de tal forma que, cuando llegaron a la Avenida Real que conducía al palacio de Avallach, la carretera estaba bordeada de personas que demostraban su dolor agitando una solitaria rama de olivo en la mano.

Dos días después, el cuerpo de Briseis, vestido de verde y oro, con una diadema de oro en la frente, fue trasladado en un carruaje descubierto bajo un palio de seda verde desde el palacio a la tumba real.

El blanco sepulcro de mármol estaba en la cima de una colina cubierta de hierba, y se llegaba a él mediante una larga y zigzagueante escalinata que subía desde el valle. Un tiro de caballos negros arrastraba el féretro, y delante de él iban tres carros, cada uno tirado por un tronco de caballos igualmente negros, con largas plumas negras sujetas a los arneses. Avallach, Kian y Maildun conducían cada uno de los carros, y Eoinn, Guistan y Charis iban con ellos.

El sendero desde el palacio descendía por entre los manzanales y atravesaba un bosque antes de llegar a la escalinata que ascendía por la ladera de la colina. Charis permanecía junto a Maildun, solemne y silenciosa, mientras el carro seguía su camino desde el palacio, cruzando las calles de Kellios, hasta la tumba de la colina. Cuando el cortejo funerario llegó al arbolado valle, se volvió para contemplar la masa de entristecidos subditos que se extendía por toda la carretera hasta Kellios.

Algo en aquella escena acaparó su atención. ¿Qué era lo que le parecía tan familiar?, se preguntó. Al cabo de un instante tuvo la completa seguridad de que la había contemplado antes: los carros, los caballos con sus penachos negros, la gente que seguía al féretro; todo le había sido revelado en las turbias y revueltas profundidades de la Lia Fail.

Charis sintió una aguda punzada en la cabeza y se tambaleó. Sus manos se aferraron a la barandilla del carro y dio un bandazo contra el costado del vehículo. Maildun dedicó una mirada a sus facciones repentinamente pálidas y le dijo:

—Vuélvete; te vas a marear si te giras de un lado a otro de esa manera.

Ella se enderezó y dirigió la vista de nuevo a la carretera que tenían delante y al blanco mausoleo que relucía sobre la colina bajo el sol del mediodía.

—Charis, ¿qué haces? —La voz de Maildun zumbó en sus oídos; lo miró y su imagen se balanceó ante sus ojos igual que la del mausoleo, que variaba de posición bajo el influjo de las oleadas de calor que irradiaban de la cima—. ¿Charis?

«He contemplado esto antes», pensó ella, y recordó que aquel día había visto algo más: a un hombre estrafalario y siniestro cubierto de pieles que llevaba una profecía en sus labios quemados por el sol. «Lo vi; vi a Throm, al igual que el funeral de mi madre. Lo vi todo, y no hice nada para evitarlo. Al igual que no lo comprendí.»

Subieron el cuerpo de Briseis muy despacio por la larga escalinata hasta la tumba, donde lo colocaron sobre una plataforma de mármol adornada con seda verde y guirnaldas de flores. La familia real se colocó a un lado mientras que el pueblo de Sarras pasaba por delante, llorando profusamente en una gran demostración de duelo e invocando a Bel para que se llevara el alma de su difunta soberana en su carro de fuego al Reino de las Sombras del Más Allá.

Por fin se llevaron el cuerpo hasta un enorme sarcófago, situado en las profundidades del panteón subterráneo del mausoleo. Los magos supervisaron el encierro del cadáver de Briseis a la luz de las antorchas, salmodiando las reiterativas canciones funerarias que facilitarían el paso del alma al otro mundo, mientras realizaban las importantes disposiciones finales: preparar el cuerpo de la reina para su eterno viaje. Charis sobrellevó toda la ceremonia impasible, con los labios bien apretados.

Finalmente, se bajó la maciza tapa de piedra sobre el cuerpo de la reina y se la ajustó en su lugar hasta que encajó en las ranuras con un ruido sordo. Cuando los

demás se giraron para marchar, Charis abandonó silenciosamente su lugar y se acercó al sarcófago. Se sacó de la muñeca el brazalete de jade y lo colocó sobre la imagen cincelada en la tapa, luego siguió a los demás fuera del mausoleo, encontrándose con que ya empezaba a oscurecer.

El disco de Cybel se alzaba sobre el horizonte oriental, pálido e hinchado. El valle yacía bajo una penumbra azul oscuro y en el aire se respiraba la frescura de la noche. Sin volver la vista atrás, Charis empezó a bajar los escalones.

—Descansa bien, madre —murmuró para sí—. Te quise mucho.

Libro Dos

El Toro Solar

1

¡Escucha! En el silencio de estas tardes soleadas oigo cómo se elevan al cielo los gritos de la multitud sedienta de sangre cual una plegaria repetida a coro. Oigo mi nombre en los labios de la muchedumbre. «¡Charis! ¡Charis!», gritan, y el estadio se estremece con el estruendo de su petición. «¡El triple! ¡Haz el triple! ¡Charis!»

Y yo estoy sola en la blanca arena del ruedo, el cuerpo untado en aceite y reluciendo con fuerza bajo el brillante sol, los brazos levantados, absorbiendo la adulación del público, nutriéndome de ella. El aire es frío, y me quema los pulmones y la nariz cuando aspiro.

El dolor me estimula. Vibro con él y con la excitación del momento. Me estremezco. ¡Escúchalos! Gritan por mí. ¡Por mí!

«¡Charis! ¡Charis! ¡Charis!»

Somos las Gaviotas y yo soy la capitana. Hoy hemos bailado muy bien; nadie ha resultado herido. Dejad que el público ruja de deleite. Somos las Gaviotas; somos los mejores. Y hemos ofrecido nuestro repertorio a la perfección. Que griten pidiendo más, por hoy se acabó. Que otros dancen para su diversión, nosotros nos hemos entregado al máximo y hemos finalizado.

Hago un gesto a los otros y vienen corriendo para unirse a mí sobre la arena; unidas nuestras manos, alzamos los brazos en el aire. ¡Las Gaviotas! Giramos muy despacio. El público se pone en pie. El ruido es ensordecedor.

Y ahora empieza la lluvia de oro y plata. Dejo ir a mis bailarines para que corran a recogerla, pero yo no me muevo. Permanezco con la cabeza erguida, el sudor cayendo por mis costados, el ardiente sol sobre mi piel tostada. Continúo de pie, inmóvil, y con la fuerza de mi presencia hago caer aquella lluvia de tesoros: anillos y brazaletes, cadenas de oro y plata trenzada, cuencos de oricalco y copas incrustadas de perlas. Todo eso nos lo arrojan desde las graderías y nosotros lo recogemos. ¿Por qué no? Estamos en nuestro derecho. ¡Somos las Gaviotas! ¿Sabes lo que eso significa? Significa que somos los mejores. Y yo, Charis, soy la mejor de entre los mejores.

El Templo Real del Sol de Poseidonis era un inmenso triángulo doble, uno superpuesto al otro, que se alzaba en terrazas sostenidas por columnas. Todo él construido en piedra blanca que relucía bajo el sol, con espiras de rojo y dorado oricalco que resplandecían como agujas de fuego bajo un cielo azul profundo. Los magos recorrían sus frescos y umbríos pasillos como espíritus inquietos, ataviados con blancas túnicas, o se reunían en las terrazas para dirigir sus pláticas a rebaños de dóciles neófitos.

Charis, vestida con un ondulante traje recto de color amarillo, y adornada con collares y pulseras de oro que tintineaban alrededor de su delgado cuello y muñecas, avanzaba por entre las altas columnas de la terraza con sus bronceados pies

embutidos en sandalias blancas de piel que producían un sonido hueco sobre la fría piedra mientras andaba. Sabía que se produciría un enfrentamiento, lo esperaba, y estaba lista para ello.

Por dos veces en ese mismo número de meses había tenido que presentarse ante el Belrene, el Mago Supervisor del foso de los toros. En ambas ocasiones se había tratado de vagas advertencias que ella había preferido ignorar. En esta tercera ocasión no se limitarían a ellas.

Llegó a la puerta en forma de arco colocada entre dos columnas barnizadas en rojo y se coló en las habitaciones del Belrene, deslizándose por entre sus dos sirvientes neófitos antes de que ninguno de los dos pudiera detenerla.

El Belrene, un hombre de aspecto severo y conocedor de todo cuanto ocurría, mostraba las señales del ruedo en las pálidas cicatrices de sus muñecas y antebrazos. Levantó la cabeza cuando ella penetró en su aposento.

—Ah, Charis —saludó, alzándose de la mesa sobre la que estaba encorvado estudiando una serie de dibujos amontonados—. No te esperaba tan pronto.

—He venido inmediatamente, Belrene. Como siempre, soy tu obediente hija. —Charis le dirigió una sonrisa helada e inclinó la cabeza.

El Belrene le devolvió la sonrisa sin entusiasmo, e hizo salir a sus sirvientes con un gesto.

—Desde luego. Por favor, siéntate aquí conmigo. —Señaló un asiento acolchado en seda que había junto a la ventana.

—Permaneceré de pie, Belrene. Si se me permite.

—¿Permitir? Me asombras, Charis. ¿Me consideras acaso un enemigo?

—¿Por qué no? ¿Lo eres? —preguntó, sarcástica.

—Sabes que no. O deberías saberlo. Soy tu amigo, Charis. Sé que no lo crees, pero sólo procuro tu bien.

—¡Oh, claro! —replicó con rudeza—. Entonces, ¿por qué te niegas a dejarme escoger los toros? ¿Y por qué no haces más que atormentarnos con tus estúpidas reglas?

El Belrene meneó la cabeza despacio, como si no pudiera creer lo que acababa de oír.

—¿Ves? Ya ni siquiera sabes cuál es tu lugar.

—Sé cuál es mi lugar, Belrene. Mi lugar está en el ruedo con mis bailarines.

—¿Tus bailarines, Charis?

—Sí, mis bailarines. —Avanzó hacia él con ojos llameantes—. ¿Quién los entrena? Yo. ¿Quién fricciona sus cuerpos cansados con un bálsamo calmante y quién da masaje a sus agarrotados músculos? Yo. ¿Quién venda sus heridas? ¿Quién oye sus alaridos cuando el terror se apodera de ellos en sus sueños? Yo.

—No tengo duda de que eres un buen líder, Charis.

—¿Un buen líder? Represento más que eso, Belrene, mucho más. Yo soy las Gaviotas, y ellos son yo.

El Belrene pareció a punto de estallar y rodeó la mesa para acercarse a Charis. Esta no se dejó intimidar.

—Das demasiadas cosas por sentado, Charis.

—No doy nada por sentado jamás —escupió ella—. ¿Habría llegado tan lejos, o habría durado tanto tiempo? —Se detuvo; cuando habló de nuevo su voz era más reposada—. ¿Sabes cuánto hace?

—Sí, lo sé. Has ocupado el cargo durante un largo período, y con éxito, además,

lo cual es admirable.

—Hace siete años que entré en el ruedo por primera vez. ¡Piénsalo! ¡He bailado durante siete años! Dime, Belrene, ¿ha bailado alguien durante más tiempo que yo?

El Belrene pareció momentáneamente confundido.

—No —respondió con suavidad—. Nadie, que yo sepa.

—Nadie. —Se le acercó más—. He sido capitana durante cuatro años. ¿Cuántas Gaviotas se han perdido desde entonces?

—Sólo una o dos, creo. Has tenido mucha suerte, lo sé.

—¡Ninguna! —gritó—. No hemos perdido ni uno solo de mis bailarines desde que me convertí en su jefe. ¿Quién de entre tus capitanes tiene un historial mejor?

—Hablas del baile del toro como si fuera un juego.

—Es un juego. Y tú lo sabes, pese a tus afirmaciones ante la gente. Ellos también saben que es un juego: el oro, la plata. ¿Crees que le arrojan sus chucherías al dios? ¡Nos las arrojan a nosotros! Nos inundan de oro.

—Es una ofrenda. Pertenece al templo.

—Oh, sí. Pertenece al templo, pero tú muy generosamente nos permites que nos quedemos con una pequeña porción para nosotros. ¿Por qué? Porque sabes quién los atrae en realidad al ruedo.

—Vienen a ver la danza sagrada —replicó el Belrene, desdeñoso.

—¡Vienen a verme a mí! —se jactó Charis—. ¿O es que supones que la danza del toro se ha vuelto de repente muy popular entre nuestros compatriotas? ¿Tienen tanto público otras plazas?

—Lo tienen —concedió el Belrene cautamente.

—Oh, lo tienen cuando actúan las Gaviotas.

—Consideras tu valía en exceso, Charis. ¿Y si te dijera que no puedes volver a bailar nunca más?

Charis echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—¿No bailar nunca más? ¿Quién lo hará público? ¿Tú? ¡Me encantaría verlo! Tú, de pie en el centro del ruedo, explicando que las Gaviotas nunca volverán a bailar. ¡Te harían pedazos! ¡Se amotinarían por vuestras sagradas calles!

—¿Te crees tan poderosa?

—Yo no, Belrene. No soy más que una servidora del dios, como tú. —Dio un paso hacia él con las manos en las caderas—. ¡Pero cuando bailo, soy un dios!

—¡Blasfemas!

—¿Sí? —Ladeó la cabeza, con los ojos entrecerrados—. Te diré que mi baile está más cerca del corazón del dios que todos tus recuentos de dinero.

—¿Crees que me importa el oro?

—Entonces, ¿qué es lo que te importa?

El Belrene se calló, mirándola con ojos furiosos.

—El que profanes la danza sagrada. Que supongas que estás por encima de las leyes del templo. Que degrades ese arte con tu vanidad insaciable.

—Los celos han soltado tu lengua, Belrene. Sigue.

—Nadie puede dirigirse a ti, Charis. Crees que todas las manos se alzan en contra tuya. Ves tan sólo lo que quieres ver.

—Veo lo que ocurre —siseó, el cuerpo tenso bajo la delgada tela.

—Me pregunto si es verdad. —Le dio la espalda y se dirigió a su asiento ante la mesa. Se sentó muy despacio al tiempo que sacudía la cabeza—. ¿Qué voy a hacer contigo, Charis?

—No me importa lo que hagas con los otros equipos. Pero para las Gaviotas, déjame escoger a los toros. Suspende tus reglas y deja que me ocupe de mis bailarines como me parezca conveniente.

—¿Te haría eso feliz?

—¿Feliz? No sabía que se estaba discutiendo mi felicidad aquí.

—Te he dicho que era tu amigo.

—Entonces danos la mitad del tributo.

—¡La mitad!

—¿Por qué no? No tendrías ni una décima parte de lo que posees ahora si no fuera por mí.

El Belrene la miró fijamente, luego se encogió de hombros.

—La mitad pues. ¿Qué más?

—Promete que nunca volverás a amenazarme.

—¿Cuándo te he amenazado?

—Cuando sugeriste que podría no volver a bailar jamás. ¿Qué fue eso? ¿Una premonición?

—Si así lo quieres.

—Dame tu palabra —insistió Charis.

—Jamás te amenazaré. ¿Eso es todo?

Charis le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Cuándo he pedido yo algo para mí?

—Muy bien, te he concedido todo lo que has pedido. Ahora yo quiero algo a cambio.

—¿Qué?

—Muy poco. —El Belrene le quitó importancia con un rápido gesto de la mano—. Quiero que te tomes un descanso.

—¿Un descanso? —preguntó Charis con cautela.

—Un largo descanso.

—¿Cuánto tiempo?

—Seis meses, por lo menos.

—¡Seis meses! —aulló Charis—. ¡Quieres matarme!

—¡Quiero salvarte!

—¿De qué?

—¡De ti misma! ¿No te das cuenta?

—Si descanso, como tú dices, durante seis meses, ¿qué crees que sucederá en el momento en que vuelva a poner los pies en la plaza? Tú fuiste bailarín en una ocasión. Conoces el peligro que significa.

—Entonces, a lo mejor es conveniente que abandones.

Charis lo miró como si hubiera recibido un mazazo.

—Nunca lo dejaré —susurró—. Puede que muera en el ruedo un día, pero jamás abandonaré.

El Belrene la miró con tristeza.

—Recuerdo la primera vez que intentaste un triple. Nunca antes se había hecho. Nadie creía que pudiera conseguirse, pero tú, Charis, lo lograste a la primera tentativa.

Charis sonrió al recordar.

—Fui incapaz de comer nada durante los dos días anteriores y, sin embargo, resultó tan sencillo.

—Sí, ¿y ahora qué? Haces un triple casi cada vez que bailas. Se ha convertido en algo corriente.

—La gente lo espera —replicó Charis—. Vienen para verlo.

—Muy pronto esperarán más, y luego aún más. ¿Qué pasará entonces, Charis?

—Les ofreceré más —respondió desafiante.

—Y luego, ¿qué? ¿Cuánto tiempo podrás continuar?

—Tanto como quiera.

—No, Charis. No podrás. Después de todo no eres una diosa, aunque pareces creerlo. Un día no muy lejano irás demasiado lejos y caerás.

—¡Que sea así!

—Descansa, Charis. Mejor aún, abandona la plaza. Vete.

Miró fijamente al hombre que tenía ante ella; había un tono compasivo en su voz que ella no había percibido nunca con anterioridad, pero aún se resistió.

—¿Igual que tú te fuiste?

El Belrene hizo caso omiso de la provocación.

—Eres medio maga. Un año o dos de estudio y te convertirías en una de ellas. Podrías regresar a tu casa, con los tuyos.

—¿Es así como planeas librarte de mí?

El Belrene se levantó y se acercó a la muchacha.

—Charis —pronunció su nombre con suavidad—. Te he estado observando desde que viniste al templo. Tu baile es un don extraordinario, uno que siempre se recordará. Pero tú ya no eres aquella joven de mirada asombrada, ahora eres una mujer. Con toda seguridad, debes de tener otros sueños, otros deseos.

—Regresar a casa, has dicho. Yo no tengo casa, Belrene.

—¿No tienes casa? Tu padre, como todos sabemos, es el rey Avallach de Sarras. Debe de sentirse muy orgulloso de ti, de tu destreza.

—Mi padre, el rey, no me ha visto bailar jamás.

El Belrene sacudió la cabeza en silencio, luego añadió:

—La guerra, sin duda, se lo impide.

—¡Su estúpida guerra! De lo único que habla todo el mundo es de ese enfrentamiento ridículo. —Se apartó bruscamente—. Pero no es ése el motivo.

—Eres famosa en los Nueve Reinos. Serías bien recibida en cualquier sitio, podrías escoger tu hogar.

—Ya lo he hecho, Belrene —le contestó con una triste sonrisa—. El templo es mi hogar; el ruedo es mi hogar.

—También será tu tumba.

—¿Es eso tan malo? Le ofrecí mi vida al dios hace muchos años.

—Tu vida, no tu muerte.

—¿Vivir? ¿Morir? ¿Qué importa? De un modo u otro, soy una ofrenda.

El Belrene suspiró y se dio la vuelta.

—Eso es todo, Charis. Puedes irte.

Ella se dirigió a la puerta, la abrió, vaciló, y luego se giró.

—Gracias, Belrene. Lo siento.

El hombre levantó las manos.

—No me debes ninguna disculpa. Prométeme tan sólo que pensarás en esta conversación.

Charis agachó la cabeza y salió precipitadamente de la habitación, cerrando la puerta a toda prisa a su espalda. Una vez fuera echó a andar pasillo abajo, despacio

primero, pero aumentando su velocidad a cada paso hasta acabar corriendo, y chocando con un grupo de sobresaltados magos que intentaron detenerla al pasar. Ella se desasió con violencia y siguió adelante, como enloquecida.

Charis recuperó el control en un lugar que le resultaba familiar: el estanque cristalino con su perezosa fuente. Las frescas sombras de la tarde se extendían sobre el bien cortado césped; una luz dorada impregnaba la atmósfera, y Charis recordó la primera vez que había estado en aquel jardín y lo había contemplado, exactamente igual que ahora.

Avanzó despacio, recordando aquel día lejano en que había acudido allí con su madre, y poco a poco se percató de otra presencia junto a ella, se volvió y se encontró con la Suprema Soberana, que la observaba. Sin embargo, y por extraño que pueda parecer, Charis no experimentó ni sorpresa ni sobresalto, ya que una parte de ella había esperado que aquel encuentro tuviera lugar. Se acercó a la reina, quien, sentada sobre su elevado taburete de tres patas, la contemplaba en silencio con expresión entristecida.

—Bien, Charis, ha pasado mucho tiempo —dijo la reina Danea, y sus labios se curvaron en una sonrisa amarga—. Sabía que nos volveríamos a encontrar, pero pensé que sería antes.

—¿Me trajisteis vos aquí? —quiso saber Charis, ya que se le ocurrió entonces que a lo mejor no había estado vagando sin rumbo como había pensado en un principio.

—Tus propios pasos te han conducido. —La reina alzó la vista al límpido cielo que empezaba a teñirse de rojo—. Ésta es mi hora favorita del día. El falso crepúsculo.

—¿Qué es lo que queréis de mí? —preguntó Charis sin rodeos.

—¿Por qué tan suspicaz, hija mía? —Los ojos de la reina se posaron en ella de nuevo—. ¿Es eso lo que has aprendido en el ruedo?

—Eso parece.

—Entonces debemos aumentar tu educación. —La Suprema Soberana contempló el cielo una vez más—. Recuerdo —empezó por fin— a una muchacha con tanta curiosidad, tanta vida, que ésta ardía en su interior como una llama. No pensé que nada pudiera extinguirla. —La reina enarcó una ceja y miró a la joven de nuevo—. ¿Eras tú?

Charis se sintió emocionada ante aquellas palabras. Se llevó una mano a la garganta.

—Puede que lo haya sido en una ocasión —replicó, haciéndosele difícil hablar.

—Sí, en una ocasión. —La Suprema Soberana se quedó en silencio durante un buen rato. El sonido de la fuente derramando su agua en el estanque llenaba el jardín; en algún lugar un ave dedicó una canción al día que acababa—. Vine a encontrar a una amiga —concluyó—. No hallo a ninguna aquí.

Charis se limitó a sacudir la cabeza con las manos caídas a los costados.

—Déjalo, Charis —le dijo la reina.

—Tengo miedo. Hace tanto tiempo..., y han pasado tantas cosas. Quizá demasiadas.

La Suprema Soberana descendió de su taburete e hizo un gesto en dirección al sendero.

—Pasea conmigo un poco.

Deambularon por el sombreado sendero y Charis sintió cómo el apretado nudo de sus pensamientos y emociones se aflojaba, y deseó, con más intensidad que nunca, que alguien le indicara qué hacer.

—Estoy tan confusa... —suspiró.

—Estás ligada a un pasado que nunca deseaste y a un futuro que no puede ser. A eso se debe tu confusión.

—¿Sabéis lo que he hecho?

—Sé que has intentado todo lo posible por destruirte a ti misma, hija. Escogiste el foso taurino, la muerte. Pero la energía que anida en ti no podía permitirlo y, en lugar de ello, te has convertido en la mejor bailarina en la historia de nuestra raza. Eso debería decirte algo.

—No puedo dejarlos —replicó Charis—. Son todo lo que tengo. Soy su jefe, su vida; si me voy, el toro acabará matándolos a todos.

La reina se detuvo y se volvió hacia Charis.

—Déjalos libres, Charis. Libérate a ti misma.

—¿Qué haré?

—La función para la que naciste. —La Suprema Soberana sonrió, y de repente a Charis le pareció como si no hubiese pasado el tiempo: era todavía aquella muchachita que ardía por conocer los secretos de todos los tiempos.

—Ven a verme cuando estés lista —siguió la reina. Se volvió bruscamente y empezó a alejarse—. Es hora de que tomes una decisión, Charis.

La Suprema Soberana se alejó entre las crecientes sombras y desapareció. Charis permaneció durante un buen rato con la mirada fija en el lugar por donde se había desvanecido antes de darse cuenta de que miraba al vacío. Una ligera brisa nocturna empezaba a susurrar por entre las hojas del jardín, y Charis se estremeció de frío. Giró sobre sus talones y se marchó rápidamente.

2

Taliesin estaba de pie, en el centro del sombreado claro, con las manos cruzadas a la espalda y los ojos cerrados, salmodiando su lección con la ejercitada seriedad del alumno, mientras un reyezuelo de los bosques de color marrón gorjeaba en una rama sobre su cabeza. Hafgan se sentaba en un tocón con un bastón de serbal en el regazo, escuchando distraído lo que recitaba su alumno, al tiempo que escudriñaba con cierta desazón el pedazo de cielo azul que quedaba visible por entre las copas de los árboles que se elevaban sobre sus cabezas.

—...de los peces con concha —decía Taliesin—, hay tres tipos: los que tienen pies y piernas para moverse; los que no tienen ni pies ni piernas y que, por tanto, permanecen inmóviles en la arena, y aquellos que se sujetan a las rocas y... —Sus ojos se abrieron, furtivos—. Y no recuerdo lo que viene ahora.

Hafgan apartó la mirada del cielo y miró al muchacho con severidad.

—Te olvidas de lo que sigue porque tu mente no está concentrada en tu exposición. Estás por completo en otra parte, Taliesin, no con los peces marinos.

Taliesin adoptó una expresión solemne por un instante, pero la alegría que sentía aquel día lo llenaba de tal manera que no pudo contenerla más y dejó escapar una amplia sonrisa.

—¡Oh, Hafgan! —exclamó, corriendo hacia el druida—. ¡Mi padre regresa a casa hoy! Ha estado fuera todo el verano. No puedo pensar en peces estúpidos.

—Daría mi huevo de serpiente por un ovato que fuera la mitad de listo que cualquier pez estúpido.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Cómo voy a saberlo si tú no lo dices, muchacho? —Hafgan extendió la mano y le alborotó los dorados cabellos—. Pero el momento oportuno ya ha pasado; no hacemos más que parlotear sin propósito. Regresemos y podrás esperar a tu padre junto con los otros chicos.

Taliesin empezó a dar palmadas de júbilo.

—Pero —advirtió Hafgan—, durante el camino de regreso, me dirás los usos de la raíz de las saxifragas.

—¿Saxifragas? Nunca había oído este nombre.

—Pues entonces me lo dirás en verso —replicó Hafgan.

—¡Primero tendrás que atraparme! —gritó Taliesin por encima del hombro, y echó a correr.

—¿Me crees demasiado lento? —Hafgan salió corriendo detrás del chico, lo alcanzó y lo levantó en alto.

—¡Para! —exclamó Taliesin, revolviéndose impotente—. ¡Me rindo! ¡Me rindo!

Pero incluso antes de que sus palabras hubieran salido de su boca, Hafgan ya lo había dejado en el suelo.

—¡Chissst!

—¿Qué...?

—¡Chisst! —siseó el druida—. Escucha.

Taliesin se quedó silencioso al instante, volviendo la cabeza a un lado y otro para capturar cualquier sonido vagabundo arrastrado por el viento. Pero no logró oír nada, excepto los sonidos normales y corrientes de un bosque en pleno verano.

Por fin, Hafgan se relajó, y contempló al muchacho.

—¿Qué oíste?

Taliesin meneó la cabeza.

—Oí el reyezuelo, a una paloma torcaz, abejas, hojas agitadas por la brisa, eso es todo.

Hafgan se agachó para recoger su bastón, y se enderezó sacudiéndose hierbas y ramitas de su manto gris.

—Bien —exigió Taliesin—. ¿Qué escuchaste tú?

—Deben de haber sido las abejas.

—Dime.

—Oí lo que tú oíste —replicó el druida. Se dio la vuelta y empezó a andar en dirección al *caer.*

—Vamos, Hafgan, cuéntame lo que percibiste y yo no.

—Oí a tres grillos, una polla de agua, el arroyo que hay allá abajo y algo más.

—¿Qué más? —El muchacho se animó al instante—. ¿Mi padre? —preguntó esperanzado.

Hafgan se detuvo y se volvió hacia su alumno.

—No, no era tu padre. Era otra cosa, aunque puede que no me haya llegado del mundo de los hombres, ahora que lo pienso. Era un gemido largo y débil producido por un dolor profundo y eterno.

Taliesin dejó de andar y cerró los ojos de nuevo para intentar escuchar lo que Hafgan había oído. El druida dio unos cuantos pasos y se giró.

—No oirás nada ahora. El sonido se ha ido. A lo mejor lo he imaginado. Vamos, regresemos.

Taliesin se reunió con su maestro y ambos anduvieron hasta Caer Dyvi en silencio. Cuando llegaron al pueblo les salió al encuentro Blaise, que los aguardaba con cierta ansiedad en el portón exterior. Al ver a su maestro, el joven corrió hacia él.

—¿Has oído, Hafgan? —Vio la respuesta a su pregunta en el rostro del druida e inquirió—: ¿Qué interpretación le das?

Hafgan se volvió hacia Taliesin y dijo:

—Corre a tu casa ahora. Dile a tu madre que hemos regresado.

Taliesin no se movió.

—Muévete —insistió Hafgan.

—Si me echas, no conseguirás más que que te espíe para enterarme de lo que dices.

—Como quieras, Taliesin —cedió el druida. Se volvió de nuevo hacia Blaise y siguió—: Habrá que estudiarlo, pero creo que puede estar empezando.

Blaise abrió los ojos desmesuradamente por un instante y luego balbució:

—Pero, ¿cómo? ¿Es la hora? Pensé que sería...

—¿Que sería en otro momento? ¿Por qué? Todas las cosas suceden cuando están a punto para ello.

—Sí, pero ¿ahora?

—¿Por qué no?

—¿Qué está empezando? —quiso saber Taliesin—. ¿Qué es? ¿Se trata de la Era

de las Tinieblas? —Había oído hablar al druida de ello con anterioridad, aunque apenas sabía de qué se trataba.

Hafgan le dirigió una mirada.

—Sí —afirmó—. Si leo las señales correctamente, se acerca muy deprisa el momento en que el mundo sufrirá una terrible convulsión. Habrá tormentas y enormes destrozos, las pétreas raíces de las profundidades se verán perturbadas y antiguos cimientos se verán también sacudidos. Caerán imperios, Taliesin, y se levantarán otros.

—¿Para qué?

Hafgan disimuló una sonrisa de orgullo. A pesar de lo joven que era, el chiquillo tenía el don de llegar al fondo de las cosas con una simple pregunta.

—¡Ah! —respondió—, eso es lo que todos queremos saber. Vete a casa ahora; tu madre se estará preguntando qué ha sido de ti.

Taliesin se dio la vuelta de mala gana para marchar.

—Debes decírmelo cuando lo descubras.

—Lo prometo, Taliesin.

El muchacho se alejó arrastrando los pies y, entonces, como atacado por un arranque de euforia, saltó por encima del tocón de un árbol y echó a correr.

—Obsérvalo, Blaise —dijo Hafgan—. Tardará mucho en aparecer otro como él. Y, sin embargo, grande como llegará a ser...

—Aún tiene que aparecer alguien más importante, lo sé. Me lo dices a todas horas.

La cabeza de Hafgan se volvió bruscamente hacia su *filidh.*

—¿Te canso acaso con mi chachara?

Blaise le dedicó una sonrisa.

—Nunca más de lo que puedo soportar.

—A lo mejor te gustaría reunirte con Indeg en el Baddon Cors; le va de maravilla, según me dicen. Está instruyendo a los ociosos hijos de un hombre muy rico. Tú también podrías conseguir un puesto parecido.

—Ya tengo suficiente trabajo con tan sólo un hijo ocioso y su excéntrico druida.

Hafgan pasó una mano sobre el hombro del joven y atravesaron juntos el pueblo.

—Has escogido bien, Blaise. No obstante, sé que a veces debe parecerte como si estuvieras perdido en completa soledad en el último confín del mundo, vigilando y aguardando, mientras la vida transcurre a toda prisa a lo lejos.

—No me importa.

—Podrías viajar, tal y como te he dicho. Podrías ir a la Galia, Galicia, Armórica. A cualquier sitio. Todavía hay tiempo. Aún podría prescindir de ti durante un tiempo.

—La verdad es que no lo necesito, Hafgan —respondió Blaise—. Estoy satisfecho. Sé que lo que hacemos aquí es importante; creo en ello.

—¡Y tu fe se verá recompensada diez veces, cien veces! —El druida se detuvo y giró despacio—. ¡Mira a tu alrededor, Blaise! —exclamó, mientras sus ojos miraban más allá de lo que los rodeaba, como si observara otro mundo a través de una ventana—. Estamos en el centro. Esto... —balanceó su bastón para dibujar un arco ante su rostro—, esto es el centro. El mundo aún no lo sabe, quizá nunca lo sabrá, es aquí donde se decidirá el futuro. Sea lo que sea lo que suceda en la era que ha de venir, nos deberá a nosotros su inicio. Y nosotros, Blaise, nosotros somos las parteras

de la historia. ¡Piensa en ello!

Giró de repente en dirección a Blaise, el rostro radiante por la fuerza de su visión.

—¿Importante? ¡Sí! Mucho más de lo que nadie pueda adivinar en estos momentos; más, incluso, de lo que tú o yo podamos imaginar. Aunque seamos olvidados, nuestras silenciosas sombras se extenderán sobre todas las épocas futuras.

—Hablas de sombras, Hafgan.

—En la Era de la Luz, todo lo que haya sucedido antes parecerá una sombra.

Taliesin trepó a una roca desde la que se divisaba por igual el sendero que seguía el acantilado y el que venía de los bosques y llevaba al *caer;* su padre podría escoger cualquiera de los dos. Otros cuatro chicos montaban ruidosa guardia junto a él, gateando por entre las rocas, compitiendo para ver quién arrojaba piedras más lejos. Había sido un día tranquilo y soleado, pero en el oeste empezaban a aparecer nubes bajas y oscuras, cargadas con la lluvia del día siguiente.

Mientras contemplaba las nubes y pensaba en lo que Hafgan le había explicado antes, Taliesin se sintió como si navegara a la deriva, con su mente volando en libertad como un ave a la que se ha dejado salir de su jaula. Se abandonó a aquella sensación y le pareció como si flotara. Se puso de puntillas. El aire relucía como si estuviera bajo el sol del mediodía. Veía aún a los muchachos que jugaban a su alrededor, oía su despreocupada conversación, pero sus formas aparecían vagamente difuminadas y sus voces le llegaban como desde muy lejos. Un murmullo en forma de clamor llenó sus oídos, como el océano al estrellarse contra la playa después de una tormenta.

Volvió los ojos hacia el oeste y las nubes que se deslizaban hacia ellos. El agua brillaba como aceite a la luz del sol y, a lo lejos, justo en la línea del horizonte, divisó una isla. Brillaba y relucía como una piedra preciosa o un cristal pulido, y resultaba casi igual de transparente: una isla de cristal.

Los rayos de luz que se reflejaban en su pico central golpearon sus ojos, se hundieron en ellos como lanzas y atravesaron su cuerpo. Su fuego le quemó en los huesos. Se sintió muy frágil, como si fuera a quebrarse en pedacitos.

El clamor aumentó. Ahora podía descifrarlo. Era un coro de voces, y gritaban como una sola:

—¡Perdido! ¡Todo se ha perdido! Los dioses han caído de las alturas y nosotros morimos. ¡Morimos! Todo se ha perdido... perdido...

Las voces se alejaron. Taliesin miró con atención y la Isla de Cristal empezó a desvanecerse, su contorno era cada vez más vago mientras se deshacía como vapor arrastrado por el viento. Entonces desapareció por completo y él se encontró de pie en el borde del precipicio, temblando, el sonido de las voces de sus amigos resonando en sus oídos, la cabeza dándole punzadas.

—¡Taliesin! —gritó uno de los muchachos mayores—. ¿Qué sucede? ¿Taliesin? ¡Rápido, que uno de vosotros corra a buscar a su madre!

Taliesin sacudió la cabeza y miró a los otros que lo rodeaban ansiosos.

—No, no ha sido nada.

—Parecía que te hubiera dado algo —afirmó otro de los chicos—. Dijiste que lo veías. ¿Qué es lo que viste?

Taliesin volvió a dirigir la vista al mar; el horizonte estaba despejado y vacío.

—Pensé que había percibido algo que, en realidad, no estaba allí. —Los otros chicos estiraron el cuello para estudiar el mar, y entonces se le ocurrió que no lo comprenderían, que quizá no lo entenderían nunca—. Se ha ido ahora. No fue nada.

—A lo mejor era un bote —sugirió uno de los chicos más pequeños, mientras miraba asustado aquella extensión acuosa.

—Un bote —replicó Taliesin—. Sí, a lo mejor no era más que un bote.

Los muchachos se movieron inquietos.

—Tengo hambre —dijo uno—. Me parece que me voy a casa.

—Yo también —secundó otro.

—Tengo que dar de comer a los cerdos —recordó otro.

—Yo no —repuso Turl, el mayor de todos—. Vosotros idos. Yo espero a mi padre. ¿De acuerdo, Taliesin? Taliesin y yo esperaremos toda la noche si es necesario.

Los otros se fueron, saltando por entre las rocas para bajar al pequeño valle, al otro lado del cual se alzaba el pequeño montecillo en el que se había construido el *caer*. Los dos muchachos se sentaron sobre la roca y contemplaron cómo el sol se deslizaba en dirección al mar occidental.

—Voy a ir a Talybont pronto —dijo Turl al poco rato—. Mi tío vive allí; va a enseñarme a luchar. Me quedaré con él hasta que tenga edad suficiente para ir con mi padre a la Muralla. —Miró a Taliesin, que permanecía sentado en silencio junto a el—. ¿Qué harás tú?

Taliesin se encogió de hombros.

—Me quedaré aquí, creo. —Nunca había oído a nadie sugerir lo contrario, al menos en su presencia—. De todas formas, me tengo que quedar con Hafgan.

—¡Es un penco castrado! —silbó Turl—. Todos los druidas lo son, según mi primo, que ya tiene edad suficiente para ir a la Muralla el año que viene.

—Tu primo es un idiota —masculló Taliesin, sombrío.

—¿Qué haces con él todo el día? —quiso saber Turl, sin hacer caso de la ofensa a su pariente.

—Hablamos. Me enseña cosas.

—¿De qué clase?

—De todo tipo.

—¿Cosas de druidas?

Taliesin no estaba seguro de lo que su amigo quería decir con aquello.

—Quizá —concedió—. Enseñanzas sobre aves, plantas y árboles, medicinas, cómo interpretar las estrellas y cosas similares. Cuestiones útiles.

—Muéstrame algo —le retó Turl.

—Bien —replicó Taliesin despacio, mirando a su alrededor—, ¿ves aquel pájaro de allí abajo? —Señaló a un ave marina de color blanco que volaba a ras de las olas por debajo de ellos—. Se llama gaviota cabecinegra.

—¡Todo el mundo sabe eso! —rió Turl.

—No come más que insectos —continuó Taliesin—. Los pesca en el agua. —El ave bajó la cabeza y su pico trazó una ondulación en forma de uve en el charco dejado por la marea al pie del acantilado—. Así, ¿lo viste?

Turl sonrió ampliamente.

—¡Oh! Eso no lo sabía.

—Hafgan sabe más, lo sabe todo.

—¿Podría venir a aprender contigo?

—¿Y qué pasa con tu tío?

Turl no contestó, de modo que permanecieron sentados en silencio, arrancando los amarillentos liqúenes de la roca, hasta que Taliesin se puso en pie de un salto.

—¿Qué sucede? —preguntó Turl.

—¡Vamos! —chilló Taliesin, corriendo ya sobre las rocas en dirección al sendero del bosque al otro extremo del pequeño valle—. ¡Ya vienen!

—¡Yo no veo a nadie!

—¡Ya vienen!

Turl se precipitó en pos de Taliesin y no tardó en alcanzarlo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —respondió Taliesin mientras corrían.

Atravesaron a toda velocidad la hondonada cubierta de hierba del valle y subieron al montículo que había al otro lado. Taliesin fue el primero en llegar al montículo y contempló con atención el lugar donde el desnudo sendero de tierra coronaba la colina que había más allá.

—No los veo —se impacientó Turl.

—Espera. —Taliesin se protegió los ojos con la mano y los clavó en la carretera, como si fuera a hacerlos aparecer a base de fuerza de voluntad.

Entonces lo oyeron: un ligero tintineo, seguido por el tamborileo más fuerte de los cascos de los caballos.

Al cabo de un momento vieron brotar en la cima de la colina un espinoso bosque de relucientes puntas de lanza. El bosque creció y aparecieron hombres bajo el brillante arco de sus armas y, al poco, los caballos empezaban a bajar por la ladera de la colina y los muchachos corrían a su encuentro, chillando, con los brazos extendidos como si fueran a volar directamente a los brazos de sus padres.

—¡Papá! ¡Papá! —gritaban.

El jefe del grupo se volvió hacia ellos y dio un codazo al hombre que cabalgaba junto a él. Levantó la mano y la columna redujo velocidad hasta detenerse, al tiempo que los muchachos llegaban corriendo junto a ellos. Taliesin se quedó boquiabierto; su padre lucía el corto manto colorado de un centurión y también su rígido peto de cuero; incluso, a un costado, el *gladius* de hoja ancha. Parecía totalmente un comandante romano, excepto porque llevaba la capa sujeta al hombro por un gran broche de plata en forma de cabeza de lobo con ojos de rubíes, y sus pantalones eran de un azul brillante.

—¡Te hemos estado esperando todo el día! Sabía que llegarías antes de la puesta del sol —saludó Taliesin.

Elphin echó una mirada al rostro del muchacho y declaró:

—¿Hubo jamás un recibimiento mejor?

—No, señor —replicó Cuall—, jamás. —Sonrió a su propio hijo y le dedicó un rápido saludo al muchacho con la mano.

—Sube aquí, Taliesin; cabalgaremos juntos. —Elphin tendió la mano y tiró del muchacho, sentándolo en la silla con él—. ¡Adelante! —ordenó, y la tropa se puso en movimiento.

Cuando llegaron a las puertas exteriores todo el pueblo había salido ya a recibirlos. Esposas, madres, padres, criaturas, todos saludaban y dedicaban calurosas palabras de bienvenida a sus hijos y esposos y padres. Elphin condujo al grupo al centro del *caer y* los hizo desmontar. Permanecieron firmes junto a sus caballos por

un momento y luego Elphin gritó:

—¡Rompan filas!

Los hombres lanzaron un hurra y el *caer* estalló en una ruidosa acogida. Elphin contempló la escena sonriente, feliz de estar por fin en casa y por haber llevado a sus hombres a buen puerto un año más.

—¿Naciste en esa silla?

Rhonwyn, con la rojiza y castaña cabellera cepillada y reluciendo bajo la luz del atardecer, estaba ante él sujetando con una mano la brida del caballo. Llevaba un vestido nuevo de color naranja con un cinturón tejido a rayas azules y verdes; sus brazos estaban desnudos y mostraban brazaletes de oro incrustados de esmeraldas en zigzag, y alrededor del cuello lucía un delgado *torc* trenzado en oro.

—Mira, Taliesin, una diosa nos habla —dijo Elphin, contemplándola intensamente.

—Baja de ahí y te demostraré si soy o no una diosa.

Elphin le entregó las riendas a su hijo y bajó de la silla.

—Ocúpate de Brechan, Taliesin. Dale ración doble esta noche. —Le dio una palmada al caballo en la grupa y el animal se alejó al trote, con un chiquillo sonriente sobre su ancho lomo. Luego sus brazos rodearon a su esposa y los labios de ésta se posaron en los suyos.

—Te he echado de menos, esposo —exclamó ella entre besos.

—No más que yo —repuso Elphin—. ¡Oh, cómo te he echado de menos!

—Ven a casa. La cena está caliente y lista.

Elphin se inclinó y le mordisqueó el cuello.

—Me encantaría un bocado.

—Deténte. ¿Qué pensarán tus hombres?

—¡Qué van a pensar, esposa mía, sino que soy el hombre más afortunado del mundo!

Rhonwyn lo abrazó de nuevo, lo tomó de la mano y tiró de él.

—Debes de estar cansado. ¿Cabalgasteis mucho hoy?

—Bastante. Estoy más sediento que cansado.

—Hay una jarra en la mesa. He tenido la vasija en el pozo todo el día.

—¿Sabías que llegaría hoy?

—Taliesin lo sabía. Estaba seguro de ello. Intenté decirle que no contara demasiado con ello, que podías retrasarte, pero no quiso ni oír hablar de ello. Sabía que llegarías a casa antes de la puesta del sol. Se lo dijo a todo el mundo.

Llegaron a la puerta de la casa, se abrazaron de nuevo rápidamente, y luego pasaron bajo la piel de buey que cubría la entrada. El fuego chisporroteaba en el hogar, donde se asaba un buen pedazo de carne en un asador. Una joven, una de las primas de Rhonwyn, que había pasado a formar parte de la familia tras la muerte de Eithne, se ocupaba del asador, dándole vueltas despacio y untando la carne de cuando en cuando. Sonrió al entrar Elphin y luego bajó la cabeza con timidez.

Gwyddno Garanhir, con los cabellos más blancos y la espalda más encorvada, estaba junto al fuego, con un pie sobre un morillo.

—Así que has regresado. Vaya, vaya, mírate, duro como el acero que llevas al cinto.

—¡Padre! —Elphin y Gwyddno se fundieron en un abrazo—. Me alegro de

verte.

—Hueles como un caballo, muchacho.

—¡Y tú te has estado bebiendo toda mi cerveza!

—Ni una gota, hijo —Gwyddno le guiñó un ojo—. Me he traído la mía.

—Siéntate, padre, siéntate. Comeremos juntos.

—No, no, me iré. Tu madre me habrá preparado algo de cenar.

—No quiero oír hablar de ello. —Elphin se volvió y ordenó a la muchacha—: Shelagh, corre a buscar a Medhir. Todos comeremos a mi mesa esta noche. Quiero a mi familia reunida. Corre, muchacha, ve a buscarla. Lo que haya cocinado, traedlo también.

—Hubiera ordenado una fiesta si hubiera pensado que querías una —afirmó Gwyddno—. Deberíamos celebrar una fiesta cada vez que nuestro pequeño ejército regresa.

—Ya conmemoraremos el regreso del grupo más tarde. Esta noche quiero estar con los míos. —Elphin atrajo hacia sí a Rhonwyn y le dio un apretón y un pellizco en la mejilla.

Ella le entregó un cuerno con un reborde de plata lleno de cerveza, y lo empujó hacia la mesa. Tomó un sorbo mientras ella le quitaba la roja capa de los hombros y le desabrochaba el peto de cuero.

Taliesin se precipitó al interior de la habitación justo en aquel momento y fue directo hacia su padre.

—¡Cuéntame todo lo que hiciste! —gritó—. ¡Todo! ¡Quiero oírlo todo!

Elphin lanzó una carcajada y levantó al muchacho.

—Entonces, hablaré hasta que se te caigan las orejas, ¿de acuerdo?

—No hasta que todos hayáis comido —interpuso Rhonwyn.

—Tu madre tiene razón —repuso Elphin—. El relato puede esperar, hay que comer.

Shelagh regresó con Medhir pisándole los talones, llevando ambas bandejas de comida: nabos cocidos, cerdo picante bañado con un espeso caldo y pastelillos de cebada recién hechos. Medhir depositó su bandeja sobre la mesa y se volvió hacia su hijo, abrazándolo mientras éste seguía sujetando a Taliesin.

—Estás en casa y sin un rasguño, Elphin, me alegro de ello. Parece como si hubiera pasado un año desde que te vi por última vez.

—Yo también estoy contento de volver de una sola pieza, madre. ¿Es cerdo picante eso que huelo?

—Ya sabes que sí. Siéntate y deja que te llene la escudilla.

Elphin, Taliesin y Gwyddno se sentaron juntos, Elphin a la cabecera y Taliesin a su lado. Las mujeres se dedicaron a revolotear a su alrededor, y, cuando los hombres estuvieron servidos, llenaron sus escudillas y se sentaron también.

—¡Ah, es tan sabroso! Por mi vida que el toque de una mujer con los pucheros se echa de menos terriblemente al norte de la Muralla. —Elphin levantó su cuenco y apuró el resto del caldo, luego arrancó un pedazo de pan, lo depositó en su plato, sacó más carne del puchero y vertió abundante caldo por encima. Chasqueó los labios y siguió comiendo con gran apetito.

Comieron y bebieron, hablando de todo lo ocurrido en el pueblo durante el verano. Cuando terminaron, las mujeres limpiaron los platos y volvieron a llenar las jarras. Taliesin, que había aguantado aquella insulsa cháchara tanto como había podido, se agitó en su asiento, incapaz de soportarla por más tiempo, y apremió:

—¿Nos explicarás lo que sucedió? ¿Luchaste contra los pictos? ¿Mataste a alguno? ¿Fueron los romanos contigo?

—Sí, sí —contestó Elphin alegremente—. Prometí contarlo todo y lo haré. Deja que me acomode. —Tomó un trago de su cuerno de cerveza, y se limpió la espuma que le había quedado adherida al bigote—. Ahora estoy mucho mejor —afirmó e inició su relato.

—Bien pues, nos unimos a la legión en Caer Seiont, como hacemos siempre. Esta vez, no obstante, tuve una gran sorpresa cuando me enteré de que la guarnición había quedado reducida a trescientos hombres, y, entre ellos, la mayoría eran soldados de infantería que no saben ni lo que es un caballo. Avitus se ha ido, lo han enviado a la Galia, y a Maximus lo han nombrado tribuno.

»Maximus, ¡ése sí que es un jefe! ¡Puede hacer más cosas con trescientos hombres que el chapucero de Ulpius con dos mil!

—¿La legión de Eboracum se unió a vosotros, entonces? —preguntó Gwyddno.

—Enviaron a cincuenta hombres. Según dijeron, suponían todos los hombres a caballo de que podían prescindir.

—Trescientos. —Gwyddno sacudió la cabeza, consternado—. ¡La guardia personal de un gobernador, en ningún caso una legión!

—Hablé con Maximus sobre ello. Asegura que no hay nada que hacer. Ha escrito al emperador pero no espera recibir relevos. Sucede lo mismo en todas partes: Caer Legionis, Verulamium, Londinium... Luguvallium, en la misma Muralla, se ha quedado sólo con cuatrocientos y, de ellos, únicamente cuarenta a caballo.

—Pero ¿por qué? —inquirió Rhonwyn—. No tiene sentido. Los pictos avanzan más y más cada año y los romanos en cambio vacían las guarniciones,

—Los pictos no son tan malos como los saecsen, por lo que he oído —respondió Elphin—. Y son estos últimos los que están creando tantos problemas en la Galia. Maximus dice que si no se los derrota allí, tendremos que hacerlo aquí.

—Mejor allí que aquí —observó Gwyddno.

—¿Qué hay de las batallas? —insistió Taliesin—. Quiero que me hables de las batallas.

—Sí, mi sanguinario jovencito, ahora llegan las batallas. Bien, nos reunimos en Luguvallium y cabalgamos hacia el norte. Al igual que el año pasado, me llevé tan sólo a un centurión conmigo: Longinus, el Tracio; perteneció al ala de Augusto y cabalga como si formara parte del caballo, íbamos en camino cuando, al tercer día, nos encontramos una banda de pictos, unos cien hombres. Los atacamos por sorpresa en un valle lleno de aulagas al oeste del bosque de Celyddon. No tuvieron tiempo de organizarse y la mayoría huyeron; rodeamos al resto antes de que pudieran siquiera apuntarnos con sus malditas flechas, y capturamos a sus jefes sin que apenas opusieran resistencia.

—Y luego, ¿qué sucedió?

—Los dejamos marchar.

—¡Los dejasteis ir! —Taliesin se giró sobre el regazo de su padre—. ¿Por qué?

—Porque queríamos que regresasen e informaran a su gente de que es inútil luchar contra nosotros y que ellos pertenecen al norte de la Muralla y no se les hará daño mientras permanezcan en ese lado.

—¿Crees que lo comprendieron? —preguntó Rhonwyn.

—Advirtieron que no los habíamos matado y que lo podíamos haber hecho con toda facilidad. Mi opinión es que regresarán a sus campamentos deshonrados y que

su propia gente los matará.

Medhir aspiró con fuerza:

—Son como animales.

—Para los pictos, la muerte no es nada. La agradecen. Cuando mueren, sus espíritus se liberan y vuelan lejos, como pájaros; esa libertad constituye, en realidad, su íntima aspiración. Es mejor morir que vivir deshonrado. Cuando uno de sus cabecillas muere en una batalla, sus hombres se clavan sus propios cuchillos antes que regresar a casa sin ellos.

—Mi mujer tiene razón: son animales —masculló Gwyddno—. Nada más que animales de rapiña.

—Oh, sí, son ladrones de nacimiento; robar les resulta tan fácil como respirar —concedió Elphin—. Aunque ellos no lo consideran igual. Ellos no tienen propiedades ni bienes, ni se imaginan lo que es poseer algo. Lo que es de uno les pertenece a todos: esposas, niños, caballos, perros, todo. Se burlan de nosotros porque cultivamos campos y recogemos grano.

—No obstante, se dan buena prisa en robarlo —interpuso Medhir.

—Sólo porque les resulta imposible conseguirlo de otra forma.

—¡Pues que siembren su propio grano y críen su propio ganado! —exclamó Medhir—. Pueden cultivar y recolectar igual que nosotros.

—No poseen tierra, madre. Además, cultivar la tierra significaría permanecer en un lugar y no querrían ni oír hablar de ello. Vagabundean; se mueven a favor del viento. Significa más que la vida para ellos.

—Son gentes bien extrañas, pues —murmuró Medhir.

—¿Cómo son sus mujeres? —interrogó Rhonwyn—. ¿Son igual de malas?

—Tanto o peor. Una mujer puede tomar tantos esposos como quiera. No cuenta para nada el linaje, los niños pertenecen al clan. Y si no tienen niños a los que cuidar, se pintan el rostro de azul con tallos machacados de glasto y toman parte en la batalla con los hombres. Sus salvajes alaridos se escuchan de un extremo a otro en aquellas solitarias colinas.

Elphin tomó otro largo trago de cerveza del cuerno que le habían vuelto a llenar y luego lo depositó sobre la mesa.

—De todas formas —continuó—, sólo encontramos a aquella banda en todo el verano. Hay unos pocos poblados novantae allá arriba en la costa, y las gentes afirmaban que han estado viendo pictos en los senderos de las colinas, viajando en dirección norte, siempre hacia el norte.

—A lo mejor se han dado al fin por vencidos —dijo Rhonwyn.

—No es probable —comentó Gwyddno.

—No podría decirlo. —Elphin meneó la cabeza despacio—. Las tripas me dicen que no. —Su rostro se iluminó y anunció—: De todas formas, no acudiremos a luchar el año que viene. Se lo dije a Maximus y está de acuerdo; los pictos parecen haberse retirado, de modo que no veo la necesidad de gastar los cascos de nuestros caballos corriendo de un lado a otro todo el verano. Nos quedaremos en casa y nos ocuparemos de nuestros asuntos.

—¡Maravilloso! —exclamó Rhonwyn, poniéndose en pie de un salto y abrazando a su esposo por el cuello—. Tenerte aquí... ¡Oh! Pero, ¿qué voy a hacer contigo estorbando todo el año?

—Ya pensaremos en algo, señora esposa. —La apretó contra sí y la besó.

—Es bueno que nos acompañes, hijo —se alegró Gwyddno al tiempo que se

levantaba despacio—. Pero yo ahora me voy a la cama. Vamos, mujer —indicó a Medhir—. Estoy cansado. —Ambos salieron andando despacio.

Elphin contempló al chiquillo que se acurrucaba entre sus brazos.

—Aquí hay otro que también se va a dormir.

Shelagh, que había estado escuchando desde su esquina junto al hogar, se acercó. Elphin se incorporó y le entregó al dormido Taliesin; se inclinó y le besó la dorada cabeza.

—Que duermas bien, hijo mío.

Rhonwyn deslizó su brazo alrededor de la cintura de su esposo.

—Vamos, marido —susurró—, retirémonos.

3

El amanecer anunciaba ya que el día iba a ser caluroso, a pesar de que el sol aún no había salido. El viento soplaba del norte, seco, y con el olor a leña de las tierras áridas. Charis se despertó y supo de inmediato qué clase de día le esperaba. Cuando se abrieran las puertas del estadio y la multitud empezara a abrirse paso hasta sus asientos, el sol sería una ardiente llama blanca en un cielo también blanco como la cáscara de un huevo. La arena del ruedo les quemaría las plantas de los pies, impidiéndoles concentrarse; los toros estarían nerviosos e imprevisibles, el público, de mal humor y difícil de complacer.

Era un día propicio al desastre.

Por lo tanto, Charis se aseguraría de que las Gaviotas estuviesen preparadas. Tomarían un buen desayuno a base de higos, miel, tortas de pan, pescado ahumado, carne prensada, leche, nueces y dátiles, y a nadie se le permitiría abandonar la mesa hasta que todos hubieran comido en abundancia. Luego, se pondrían las ropas de ejercicio y saldrían al estadio vacío para destensar los músculos y ensayar.

Cuando sus cuerpos estuvieran totalmente flexibles, Charis los reuniría y planearían la danza para aquel día. Mentalmente ya los tenía emparejados: Joet y Galai se ocuparían del primer toro; su sólida actuación serenaría a los bailarines más jóvenes. Kalili, Junoi y Peronn bailarían después; Junoi se beneficiaría de la experiencia de sus compañeros y correría menos riesgo. En cuanto a Belissa y Marophon, se podía contar con ellos para que ofrecieran un espectáculo lleno de vigor en cualquier circunstancia, aunque ella les escogería un toro que no les causaría problemas, un semental tranquilo: quizá Cuernoamarillo o Espaldón.

¿Y ella? Galai se le uniría enseguida y luego Belissa. Las tres realizarían el número que habían preparado la temporada anterior para el Festival del Templo: un sugerente baile que no se había vuelto a ejecutar desde entonces y que había hecho enloquecer a la gente de admiración.

¿Y luego?

Charis se encargaría del último toro ella sola. ¿El número? No habría nada decidido. Hoy bailaría para el dios, para Bel únicamente, los movimientos vendrían a ella a medida que bailase, seguiría sus instintos, danzaría con el corazón y el espíritu. Bailaría por última vez. Todos lo harían.

Los otros no sabrían nada, no lo podrían saber hasta que todo hubiera terminado. Entonces lo comunicaría. No antes, pues no lo comprenderían y la noticia los trastornaría; su ritmo se resentiría y a lo mejor también ellos. La vida en el ruedo colgaba del más delgado de los hilos; un parpadeo, una mano mal colocada, el más ligero error de concentración, y el hilo se rompía. Estos pensamientos ocupaban por completo su mente mientras saltaba de la cama, se ponía un ligero atuendo, se lavaba el rostro y salía en dirección a los alojamientos de los bailarines.

La mañana no era más que un rumor en el este mientras Charis atravesaba el cuadrado de hierba que separaba sus aposentos de los de los demás. Sus bailarines

dormían todavía. Se acercó al surtidor situado junto al sendero. Era una fuente en forma de delfín. Agarró la cola de la criatura con una mano y empezó a moverla arriba y abajo hasta que el agua, fría y dulce, empezó a brotar por la boca del animal cayendo sobre un recipiente de oricalco colocado sobre un trípode justo debajo de ésta.

Después, se volvió hacia la primera puerta, golpeó con suavidad y la abrió.

—Galai —susurró, al tiempo que sacudía a la muchacha con dulzura por el hombro—, despierta.

—Mmmmm —se quejó la bailarina.

—Vamos, levanta, el desayuno estará enseguida y quiero hablar con vosotros.

Galai se enroscó aún más sobre la cama.

—No puede ser la hora ya —se lamentó.

—Hoy es un día especial —repuso Charis abandonando la habitación—. Vístete y sal.

Los despertó uno por uno, y los primeros no tardaron en salir tambaleantes para acercarse, medio dormidos aún, al recipiente de bronce y echarse agua fría sobre rostro y brazos.

—¡Ohhh! —gimió Peronn, cuando le tocó el turno—, eres una capitana muy cruel.

—Sí, cruel y despiadada. Vivo para amargarte la vida, perezoso Peronn. —Charis agitó la cola del delfín y volvió a remojarlo.

—¡Y lo consigues de maravilla!

—¿Dónde está Marophon?

—Todavía en cama —replicó Belissa—. Él es el perezoso. ¿Quieres que lo despierte?

—Id a la mesa —les aconsejó Charis—. Yo haré que se levante.

Las Gaviotas se alejaron corriendo, charlando animadamente, mientras Charis penetraba en la habitación de Marophon, situada en el extremo.

—Mar... —empezó y se detuvo; había dos cuerpos entrelazados en la estrecha cama.

Marophon se despertó sobresaltado y la vio. Se irguió bruscamente, mientras echaba a un lado a la muchacha que tenía junto a él.

—¡Charis! ¡Por favor! Espera, yo...

Charis se colocó a los pies de la cama.

—Vístete inmediatamente.

—Puedo explicarlo. Por favor...

—¡No quiero oírlo! Sácala de aquí.

La muchacha, despierta ahora y sobrecogida por el terror, se quedó mirando a Charis, al tiempo que apretaba las sábanas contra su pecho.

—Espera hasta que los otros se hayan ido y entonces deshazte de tu furcia. Que nadie la vea. ¿Comprendes?

La cabeza de Marophon se movió de arriba abajo con brusquedad. Dicho esto, Charis dio media vuelta y se fue.

Todos los bailarines del toro tomaban su desayuno juntos en el patio del templo inferior, cerca del foso de los toros. Las Gaviotas, no obstante, tenían su propia mesa en una sección parcialmente cerrada del patio y su propia comida, preparada especialmente para ellos y que la misma Charis compraba en el mercado.

Esto había provocado algunos celos entre los demás equipos de bailarines,

quienes acusaban a las Gaviotas de elitistas al tiempo que los envidiaban. Pero Charis sabía que era importante que los bailarines se sintieran superiores, ajenos, gracias a su destreza sin par. Mientras que al principio esto podría haber sido estrictamente cierto, el creerlo durante tanto tiempo lo había transformado en realidad. Eran las Gaviotas y eran mejores que el resto.

Los demás estaban muy ocupados comiendo cuando Marophon se les unió. Le dedicaron algunos comentarios burlones, pero nadie se dio cuenta de su expresión culpable mientras se deslizaba en su asiento.

Comieron con fruición y cuando casi habían terminado Charis se puso en pie y dijo:

—Vamos, ruidosas Gaviotas, tranquilizaos ahora y escuchad. Hoy es un día especial.

—No es el cumpleaños de la reina —observó Joet.

—¡Chissst! Escuchad —regañó Belissa.

—Algunos de vosotros —continuó Charis— puede que sepáis que ayer hablé con el Belrene. Como resultado... —se interrumpió.

Todos dejaron de comer y se irguieron en sus asientos.

—Bien, ¿tendremos acaso que hacer equilibrios sobre nuestras cabezas? —preguntó Peronn.

—Ha accedido a darnos la mitad de las ofrendas de oro a partir de hoy.

—¡La mitad! —exclamó Joet, poniéndose en pie de un salto.

Los bailarines se miraron unos a otros con incredulidad. Joet abrazó torpemente a Charis y la besó en la mejilla.

—¡La mitad, por las gónadas doradas del dios! ¿Habéis oído? ¡Ensalcemos a nuestra hermosa y testaruda jefa!

—Siéntate, Joet —le gritaron los demás—. Deja que termine.

—El Belrene también ha accedido a dejarme escoger los toros. Sí, se ha dado cuenta de su error al intentar que acatemos sus ridiculas reglas.

—¡Somos libres! —exclamaron Peronn y Galai a la vez.

—¡Y ricos! —añadió Joet.

—¿Qué sucede, Maro? —preguntó Belissa bromeando; le dio un codazo en las costillas—. ¿Te dejaste la cabeza bajo las sábanas esta mañana?

Marophon esbozó una débil sonrisa.

—No, lo he oído, estoy contento.

Otros grupos de bailarines empezaban a entrar ya en el patio.

—Ahora —ordenó Charis—, quiero que empecéis vuestros ejercicios inmediatamente. Hemos de terminar antes de que el sol caliente demasiado. No os precipitéis. Empezad despacio. Allí fuera, hoy va a ser un horno, lo mejor será que reservemos nuestras energías —dio unas palmadas—. Ya podéis empezar. Me reuniré con vosotros enseguida.

Los bailarines echaron hacia atrás sus sillas y empezaron a cruzar el patio.

—Maro —llamó Charis—. Quiero conversar contigo.

El bailarín regresó, avergonzado. Abrió la boca para hablar, pero lo pensó mejor y permaneció con la mirada clavada en sus pies.

—No te recordaré tu sagrado voto de continencia —empezó Charis. Aunque hablaba con suavidad, en su lengua había una cólera latente que aguardaba el momento de desatarse—. Todos somos vírgenes, o lo éramos, consagrados sólo al dios mientras bailemos. Dime, ¿por qué has decidido romper este sagrado

juramento? ¿Y cuánto tiempo has estado durmiendo con esa furcia?

—No es una furcia —titubeó—. Es una bailarina. Es...

—¡Más vergonzoso aún! La has obligado a romper también a ella su juramento. Maro, ¿en qué estabas pensando? ¡Hoy precisamente!

—Lo siento.

—Si yo fuera el Belrene os haría azotar a los dos y os arrojaría del templo.

—Pero tú dijiste que el Belrene te dio permiso para ocuparte tú misma de nosotros.

—¡Cállate, Maro! Empeoras aún más las cosas con tus lloriqueos. Sí, tengo la autorización del Belrene para encargarme de vosotros como me parezca más conveniente. ¿Crees que seré más indulgente por ello? ¿Por qué? ¡Dime!

El desdichado joven dejó caer la cabeza y permaneció en silencio.

—Demuestras sensatez, Maro, pero demasiado tarde.

El bailarín levantó la cabeza con brusquedad.

—¿Me dejarás bailar? Por favor, no volverá a suceder jamás. ¡Lo juro! ¡Jamás! Tienes que creerme.

—¡Has violado el juramento más sagrado de un bailarín! ¿Cómo has podido?

El muchacho hizo una mueca de dolor.

—Sabes que eso nos pone en peligro a todos. Los otros correrán un gran riesgo por culpa tuya.

—Bailaré solo —murmuró desesperado.

—¡No debiera dejarte bailar de ninguna manera! —Charis lo miró fijamente durante un buen rato—. Pero parece que no puedo hacer otra cosa. Si te aparto del grupo ahora pasarán semanas antes de que tenga listo un sustituto, incluso conseguir un bailarín sin experiencia ya es demasiado. Junoi empieza a ganar confianza: si añadiera un nuevo bailarín ahora... —suspiró—. ¿Qué voy a hacer?

—Podría bailar solo —repitió Maro—. No pondría en peligro a nadie.

—Excepto a ti mismo —Charis sacudió la cabeza—. No, será mejor si los otros no se enteran de nada. Bailarás con Belissa y conmigo: realizaremos el número que creé para el Festival.

Marophon asintió y continuó con la mirada baja.

—Gracias.

—Agradécemelo después. Vete ahora, antes de que cambie de opinión y haga que te arrojen por las escaleras del templo.

El bailarín se alejó corriendo sin volver la cabeza. «Marophon debe ser castigado», pensó Charis, «¿qué sucedería si los bailarines descubrieran que pueden violar los juramentos más sagrados impunemente?»

Pero no, no importaba. Después de hoy ya no importaría.

Charis tardó más de lo que pensaba en escoger los toros para la danza. Resultó difícil encontrar a un encargado del foso, y aún más, conseguir que el Señor de los Toros tomara en serio sus órdenes. Pero Charis estaba decidida; exigió, suplicó, invocó la autoridad del Belrene muchas más veces de las que hubiera pretendido, y al fin tuvo éxito.

Recorrió las cámaras subterráneas, deteniéndose ante cada establo para atisbar a través de la oscura celosía mientras el encargado sostenía su sucia antorcha. Cada una de las bestias la contempló con un dócil desinterés, que hubiera engañado a un

tasador menos experimentado, pero que no causó efecto en Charis ni por un momento. Conocía a la mayoría de los animales y tan sólo tenía que echar una ojeada al deterioro de cuernos y pezuñas, al estado de la piel, y al tamaño del lomo y cuartos traseros, así como a la forma de mirar, para formarse una opinión precisa del comportamiento en la arena de una bestia que no conociera.

Después de mirar a una docena o más y de escoger cuatro de los que estaba segura permitirían a sus bailarines realizar una actuación sólida pero vigorosa, Charis se sintió incapaz de encontrar el toro apropiado para su última actuación. Los evaluó y rechazó uno tras otro hasta que, al agotarse el tiempo, se obligó a tomar una decisión, recordándose a sí misma que no había ningún toro entre ellos que no pudiera manejar con facilidad.

El último toro al que miró era un enorme animal rojo que no había visto nunca.

—¿Qué hay de éste? —preguntó cuando el mozo se inclinó sobre la pesada celosía de hierro.

—¡Oh, ah, hummm! —respondió el hombre, enigmático, torciendo el rostro en una extraña contorsión que Charis tomó como algo parecido a un guiño de complicidad—. Es nuevo. Del oeste, de Mykenea viene.

—¿Está entrenado para el ruedo?

—Oh, ah, sí. En ruedos pequeños en su mayoría, pero ¿no ocurre lo mismo con todos? No obstante, nosotros creemos que estuvo una temporada en el ruedo del rey Musaeus en Argos.

Charis examinó al animal con atención. Un toro no acostumbrado a una plaza grande y ruidosa resultaría problemático. Pero un animal rojo y nuevo proporcionaría al público la emoción apropiada para su última actuación.

—Hemos, ah, recibido otro de Mykenea. ¿Quieres verlo?

—No —replicó Charis decidida—. Este servirá. Quiero que salga el último.

Regresaron a donde se hallaba el Señor de los Toros, que estaba dando instrucciones a sus mozos sobre los ejemplares que debían prepararse para las actuaciones de aquel día.

—Estos son los que he seleccionado para las Gaviotas —le informó Charis, y le hizo una relación de los toros que había escogido y el orden en que deseaba que salieran—. Y el nuevo ha de ser el último. Lo quiero para mí.

—Como gustes —repuso el Señor de los Toros, mientras tomaba nota de sus instrucciones—. Así se hará.

Charis abandonó el foso y se precipitó en dirección al ruedo. Sus Gaviotas ya estarían terminando sus ejercicios y ella ni siquiera había empezado. Una vez en la plaza cruzó el vestuario de los bailarines y se quitó el vestido para remplazado por una túnica corta y ceñida. Salió al ruedo sujetándose todavía el cinturón alrededor de la cintura. Otros equipos estaban realizando también ejercicios de desentumecimiento; las Gaviotas habían terminado los suyos y practicaban saltos utilizando los modelos de madera. Charis empezó a estirar los músculos, despacio, de forma muy suave, eliminando el agarrotamiento de su espalda y piernas, sin dejar de mirar todo el tiempo a sus bailarines con el ojo crítico de un entrenador.

—¡Las rodillas juntas, Peronn! —gritó al tiempo que cruzaba la arena en dirección a donde se encontraban ellos—. Y mantén la barbilla encogida. Tienes que notar cómo se te dobla la columna vertebral. Ahora, inténtalo de nuevo. —Se volvió hacia los otros—. Belissa, Galai, Kalili, Junoi, todos vosotros. Quiero ver siete dobles perfectos.

Todos se dedicaron a practicar en los aparatos de madera mientras el sol seguía su curva ascendente por el cielo, arrancando brillantes y ardientes destellos a la arena del ruedo. El sudor corría a raudales por los brazos y piernas de los bailarines, empapando sus túnicas. Charis sintió que necesitaba ejercitarse aún más pero no quiso agotar a sus compañeros. El sol disolvería sus fuerzas; la energía se escaparía como agua. Incluso ahora ya empezaban a saltar demasiado cerca del modelo, sus arcos más cerrados, menos amplios y flexibles.

Charis dio unas palmadas.

—¡Basta! Es suficiente. Ahora descansaremos. Adentro todos. Es hora de descansar.

Salieron en tropel en dirección a los vestuarios, y dejaron la arena a otros equipos de bailarines. Dentro se estaba fresco y en penumbra. Se quitaron el sudor frotándose con estrígilas de bronce y se secaron con inmaculados pedazos de tela, bebieron luego agua de unas copas dispuestas al efecto, y se dedicaron a conversar entre ellos sin dejar de moverse para no quedarse fríos.

—Acercaos, Gaviotas charlatanas —los llamó Charis mientras los disponía en un círculo a su alrededor sobre el suelo. En cuanto los tuvo bien acomodados procedió a notificarles el orden de las actuaciones del día, dando a cada bailarín y bailarina sus instrucciones, al tiempo que repasaba los números uno a uno.

Terminó con estas palabras:

—Bailemos hoy como no hemos actuado jamás. Será un día difícil. El calor y el sol están en contra nuestra y el público estará de malhumor, pero lo quiero en pie aclamándonos como no lo han hecho jamás. No quiero que nadie que nos vea hoy olvide este día.

Joet, el más hablador del grupo, preguntó:

—¿Hay algo diferente en el día de hoy, capitana?

Charis vaciló, y su gesto avivó el interés. Marophon volvió la mirada.

—Sí —respondió la muchacha por fin—. ¿O es que lo habéis olvidado?

La miraron sin comprender.

—¡El oro! —les recordó—. Hoy recibiremos la mitad de todo lo que se dé. Por lo tanto, quiero una lluvia interminable, que se nos arroje un torrente de oro.

Los bailarines se echaron a reír y empezaron a bromear sobre quién conseguiría más ofrendas. Charis se alejó en dirección a la puerta y añadió, antes de salir:

—Descansad ahora. Regresaré cuando sea la hora de vestirse para la actuación.

Charis regresó a su habitación y se tumbó sobre la cama, pero descubrió que no podía dormir. No hacía más que pensar en el futuro, en después de la actuación, en aquel terrible e inevitable instante en que tendría que comunicar a sus bailarines que habían bailado por última vez.

¿Estaba siendo justa con ellos?, se preguntó. ¿Había otra forma, alguna otra forma?

Desde luego, eran libres de decidir por sí mismos. Si querían permanecer en el templo, podían unirse a otro equipo. Sin duda serían bien recibidos en cualquier grupo que escogieran, a menos que lo impidieran celos mezquinos. Pero ya no serían las Gaviotas. No, aquello debía terminar. Sin Charis ya no habría más Gaviotas.

Sin embargo, esperaba que elegirían la libertad, alejarse del ruedo mientras aún estaban enteros y saludables.

El Belrene tenía razón: había ocupado aquel cargo durante un largo tiempo y con éxito, pero esto debía finalizar. Era mucho mejor ponerle fin ahora en la cima del triunfo, por decisión propia.

Con la mente agitada por su resolución y las implicaciones de ésta, se levantó de la cama, se puso el vestido y las sandalias, y salió a vagar por los senderos menos frecuentados del templo, caminando sin rumbo, con aquella familiar sensación en el estómago como de mariposas revoloteando en su interior, aunque no era el baile lo que la ponía nerviosa esta vez. Aquel estado de ánimo le recordó el primer día, la primera vez que danzó.

Fue a principios de primavera; había estado dos años, en el templo, sometiéndose al riguroso entrenamiento de un bailarín del toro, ganando puestos entre las filas de los neófitos con extraña facilidad. Poseía tal habilidad para la danza que parecía haber nacido para ella, como si de alguna forma fuera lo más natural del mundo el juguetear con bestias enfurecidas y babeantes. Incluso aquel primer día, aunque su actuación no fue en ningún modo extraordinaria, aquellos que la vieron quedaron prendados de aquella muchacha de rostro solemne que danzaba con tanta brillantez, abandonada tan por completo a su destino.

Aquella despreocupación inconsciente por su cuerpo se convirtió en un emblema. No pasó mucho tiempo antes de que la gente empezara a llenar los asientos de la plaza sólo para contemplar a la muchacha que bailaba con la muerte. Aunque a nadie que viera aquella delgada figura solitaria en el centro del ruedo le cupo jamás la menor duda de que la muerte acechaba todos sus movimientos, la joven evitaba aquella siniestra realidad con una facilidad que resultaba casi ridícula, aun cuando realizaba proezas consideradas como demasiado peligrosas por otros bailarines. Sus inspiradas actuaciones le ganaron muy pronto el respeto de bailarines de más experiencia, y se le hizo jefe de su grupo, los Grises.

Sin embargo, demostró ser un cabecilla exigente, y los miembros de su equipo se fueron reduciendo uno a uno para ser remplazados por otros bailarines de más talento escogidos por ella misma. Pronto, los Grises se convirtieron en las Gaviotas.

Ahora iba a terminar. Nunca se había engañado a sí misma con respecto a esto. A pesar de lo que había dicho al Belrene, sabía que todo acabaría algún día. Sucedería un error, una equivocación, un cálculo mal calibrado, aunque inapreciable, y todo finalizaría. Habría dolor y sangre, sí, pero también liberación. La vida terminaría.

El reconocer aquella realidad le había permitido aplazar el dolor y la sangre durante todo aquel tiempo. Aceptaba aquel hecho inevitable; aún más, lo agradecía, se extasiaba con ello, se pavoneaba incluso, y los dioses reaccionaban a su bravura y abandono confiriéndole una longevidad negada a otros bailarines. Un regalo que Charis nunca había buscado ni valorado hasta ahora. «Es hora de que tomes una decisión», había dicho la reina. Muy bien, había seguido su consejo; los demás tendrían que tomar sus propias determinaciones. No podía responsabilizarse de ellos eternamente. Les ofrecería un baile más y luego los dejaría en libertad. Y ella también sería libre. Bailarían una vez más a cambio de oro, y éste les proporcionaría un futuro.

El deambular de Charis la había llevado muy lejos del recinto del templo. Se hallaba en una callejuela casi desierta, en una zona del mercado cuyos comerciantes se encontraban muy atareados en cerrar sus tiendas. Fue entonces cuando se dio cuenta de que cerraban porque faltaba poco para que se abrieran las puertas de la

plaza.

Giró sobre sus pasos y echó a correr de regreso, por donde había venido.

El primer grupo que debía actuar aquel día había salido ya al ruedo cuando Charis llegó al vestuario, y los gritos de la muchedumbre sentada en las gradas que quedaban justo encima de sus cabezas ahogaron su jadeante irrupción. Se vistió deprisa, colocándose la pieza de duro cuero, cuyos lazos sujetó con fuerza alrededor de las caderas; se envolvió el pecho con el pedazo de ropa blanca y de una caja de alcanfor sacó un collar de laureles de delgadas hojas de oro. Con dedos hábiles trenzó su larga cabellera en una gruesa cola y la sujetó con una tira de cuero blanco, luego se reunió con sus danzarines.

Las Gaviotas estaban ataviados y dispuestos: sentados en un amplio círculo, con las piernas cruzadas, los brazos reposando ligeramente sobre las rodillas y los ojos cerrados, en meditación. Charis adoptó su misma pose, aspiró tres veces como prescribía el ritual de purificación y empezó:

¡Glorioso Bel, dios del fuego y la luz,
gobernante de los senderos del cielo, Señor del Mundo Subterráneo,
y de todas las cosas duraderas,
escucha las peticiones de tus siervos!
Primer ocupante del cielo, contémplanos desde tu elevado trono,
derrama el favor de tu presencia sobre nosotros,
danos fuerzas, danos coraje, danos valor
a los que vamos a bailar ante ti en este día.
Poderoso ser que iluminas la Tierra,
engrandécete con nuestro sacrificio,
habita en nuestro espíritu,
haz tuya la belleza de la danza.

Cuando hubieron recitado la oración tres veces, los bailarines se levantaron en silencio y empezaron a ejercitar sus músculos para recuperar la elasticidad en todo su cuerpo, cada uno intentando llegar al fondo de su espíritu para obtener el valor necesario para salir al ruedo. Una vez en el umbral, las interminables horas de entrenamiento y repetición salían a la superficie y los movimientos se volvían instintivos. Pero dar el primer paso hacia el exterior requería una fuerza de voluntad que ni la preparación ni la repetición de ejercicios convertían en algo mecánico. Por lo tanto, cada bailarín tenía que encontrar por sí mismo el arrojo necesario.

El ruido de los aplausos les indicó que el primer equipo había terminado, y que el segundo había entrado en el ruedo. Las Gaviotas continuaron con su dedicación física. Uno a uno se acercaron a la gran ánfora de alabastro colocada en el centro de la habitación sobre un pequeño trípode, sumergieron las manos en el aceite perfumado que contenía y empezaron a extenderlo sobre sus cuerpos.

Charis tomó un pequeño jarro de piedra y pasó por entre sus bailarines. Cada uno se arrodilló por turno ante ella, con los ojos cerrados y las manos alzadas formando el símbolo solar. Charis introdujo un dedo en el jarro y luego trazó un círculo dorado en la base del cuello de cada uno de los bailarines.

Los gritos del público que ocupaba las gradas alcanzaron un *crescendo* y luego murieron de repente. Los bailarines se miraron en silencio. Conocían el clamor y

sabían lo que significaba: un bailarín yacía sobre el ruedo, mientras la ardiente y blanca arena se teñía con su roja sangre.

—Bel ha exigido lo que era suyo —susurró Charis—. Alabemos a Bel.

—Alabemos a Bel —repitieron los otros.

La muchacha extendió las manos y los bailarines que la flanqueaban las tomaron y, uno a uno, se fueron estrechando sus manos para formar una circunferencia en el centro de la habitación.

—¿Quiénes somos? —preguntó Charis en voz baja.

—Somos las Gaviotas —replicaron los bailarines.

—¿Quiénes somos?

—¡Somos las Gaviotas! —gritaron, elevando la voz—. ¡Las Gaviotas! ¡Las Gaviotas!

—Somos los mejores —pregonó Charis—. ¡Los mejores!

—¡Somos las Gaviotas y somos los mejores! —exclamaron.

En ese momento, las enormes puertas interiores de la habitación se abrieron de golpe. Dos mozos los contemplaron sudorosos. Tomados todavía de las manos, los danzarines salieron rápidamente al fuerte y brillante sol. Un rugido de reconocimiento y alegría surgió de un millar de gargantas, y Charis sintió aquella emoción que le era tan familiar recorriéndole el cuerpo. Levantó la vista hacia las inclinadas gradas de la plaza para mirar a la vociferante masa y alzó las manos despacio. Aquel sencillo gesto puso al público en pie con una sonora ovación y su nombre atronó el atormentado aire.

«¡Cha-ris! ¡Cha-ris! ¡Cha-risss!»

No hubo preludio. Al otro lado del ruedo se abrió una puerta y un toro se precipitó al ardiente ruedo. Sacudió la monstruosa cabeza, dejando un reguero de saliva. Tenía los cuernos pintados de rojo, sus puntas afiladas y relucientes. A una señal de Charis, Joet y Galai se adelantaron, dirigiéndose con toda tranquilidad al centro del ovalado ruedo; las Gaviotas restantes se retiraron para dejar la arena a sus compañeros.

El toro cargó de inmediato. Bajó la testa y se precipitó hacia los dos. Pero cuando se les aproximó, los bailarines ya no estaban allí. Para gran sorpresa del animal, éstos no se hallaban nunca donde parecían estar, de modo que cuando el baile terminó y las puertas se abrieron de nuevo y los mozos salieron agitando sus redes, el confundido animal se dejó introducir de nuevo en el foso de muy buena gana. Los espectadores gritaron y rieron: Joet y Galai abandonaron la arena dando volteretas.

—Bien hecho —saludó Charis, abrazándolos cuando llegaron junto a ella, sin aliento, pero resplandecientes de satisfacción.

Hizo una señal a los otros. Kalili, Junoi y Peronn se dieron la mano y corrieron hacia adelante para ocupar su lugar en el centro del ruedo. Peronn levantó a Junoi en alto, por encima de su cabeza, y Kalili empezó a girar alrededor de ellos con los brazos bien extendidos.

Los mozos soltaron al toro desde el otro extremo de la plaza. El animal avanzó distraídamente hacia ellos, lanzó un mugido y cargó. La muchedumbre contuvo la respiración. ¿Lo habían visto los bailarines? Si era así, no parecían prestarle la menor atención. Kalili giraba como un trompo detrás de Peronn, que seguía sosteniendo a Junoi en equilibrio sobre él. El toro se abalanzó contra ellos y, en el último segundo, Peronn soltó a Junoi con suavidad, quien se enderezó y aterrizó como una pluma

sobre la espalda del animal, rebotó sobre su columna vertebral y saltó al suelo al tiempo que Peronn se echaba a un lado. Kalili se había situado a un costado de la bestia y ahora fue ella la que saltó sobre el lomo de ésta. Cabalgó sobre el toro, bien erguida, con las piernas juntas y los brazos extendidos, mientras la criatura mugía y se revolvía, intentando desalojarla.

El resto de su danza transcurrió sin la menor equivocación y, cuando terminaron, se reunieron con los otros y recibieron los abrazos de rigor, al tiempo que les comentaban:

—¿Lo notáis? ¡Es como un horno allí fuera!

—¿Qué tal los toros? —preguntó Charis. Había observado la manera de embestir de los dos primeros, sus movimientos lentos y desesperados.

—Perezosos —respondió Peronn.

Joet asintió.

—Sienten el calor y eso los pone de malhumor.

Belissa y Marophon ocuparon sus lugares. Charis esperó a que realizaran las primeras figuras y saltos antes de reunirse con ellos. El público la aclamó al verla, pero ella bailó tan sólo como respaldo a los otros dos y no intentó atraer la atención del gentío.

El número contenía gran cantidad de saltos y lanzamientos espectaculares unos tras otros, en rápida sucesión, en los que no cabía el más mínimo margen de error. El toro cargaba una y otra vez, lanzando los pitones a un lado y a otro en un esfuerzo inútil por alcanzar a uno de los alegres fantasmas que saltaban y giraban a su alrededor. La criatura parecía realmente letárgica; sus movimientos eran ampulosos y lentos y, sin embargo, el animal embestía y corría con furiosa desesperación, como si intentara por la fuerza bruta sacudirse aquello que lo sujetaba y le impedía atravesar a los bailarines con sus cuernos. Charis había visto muy pocas veces a un veterano del ruedo tan enloquecido.

Los tres realizaron su número con facilidad, arrancando chillidos de placer a la multitud mientras daban volteretas en el aire sin el menor esfuerzo.

El toro empezaba a cansarse. Se apartó de los tres y bajó el testuz para un último encuentro. Los danzarines se colocaron para efectuar su último salto, una figura complicada en la cual Charis y Marophon realizaban unos dobles, pasando uno por encima del otro, mientras Belissa sujetaba los pitones y hacía el pino.

Cuando el animal inició la carrera, Charis echó un vistazo a Belissa y a Maro para ver si se hallaban en sus puestos. Belissa mantenía el equilibrio en su punto exacto, vigilando al toro que avanzaba pesadamente hacia ellos, pero Maro la miraba con una sonrisa afectada, como diciendo: «¿Ves? Romper mi juramento no ha afectado a mi actuación».

—¡Maro! —aulló Charis. No había tiempo para nada más. El toro se encontraba encima de ellos.

Maro volvió la cabeza y se preparó para el salto, pero Charis supo ya entonces que su movimiento resultaba retrasado. Intentó ajustar su salto, de manera que no chocara con él. Belissa retrocedió a sus espaldas. Marophon saltó hacia arriba, enrollándose en un ovillo. Charis lo imitó y sintió cómo el aire se estremecía bajo ella cuando el toro pasó a toda velocidad.

Mantuvo el arco de su salto al mínimo posible para dejarle espacio a Maro sobre ella. Mientras giraba sobre sí misma, Charis oyó a Belissa chillar la señal en el momento en que se sujetaba a los pitones.

El pie de Maro golpeó a Charis exactamente entre los omóplatos en el momento en que ella completaba su segundo salto mortal y buscaba el suelo bajo sus pies. El golpe la dejó sin aire en los pulmones y luchó por recuperar el equilibrio, acortando el salto para evitar rodar hacia adelante sobre su espalda. El suelo apareció bajo sus pies y cayó sobre él pesadamente. Maro cayó y aterrizó sobre manos y rodillas. Charis se dio la vuelta y lo vio encubrir su error con una voltereta adicional y ponerse luego en pie, tembloroso y con el rostro lívido. Belissa hizo un rápido movimiento con los pies y saltó del lomo del toro.

Los tres bailarines se escabulleron hacia donde aguardaban los otros, mientras los mozos se llevaban al animal.

—¡Maro, idiota! ¿Qué hacías? —La voz acusadora era la de Joet—. ¡Podrías haber matado a alguien!

—¿Estás bien, Charis? —Belissa la estudió con atención, con ojos llenos de preocupación. Los demás permanecían en un horrorizado silencio.

—Lo siento, yo... —La voz de Maro se quebró; sus ojos estaban desorbitados por el terror que le inspiraba su torpe ejecución.

—No estoy herida —masculló Charis entre dientes—. Dejadme estar.

Hervía de cólera, le hubiera gustado azotar a Maro pero no había tiempo. Su danza era la siguiente y no podía perder su preciosa concentración. «La actuación está casi terminada», se dijo, «ya lo castigaré más tarde.» Así alejó el incidente de su cabeza.

Entretanto, había empezado a brotar un clamor de las gradas: «¡Cha-ris! ¡Cha-ris! ¡Cha-ris!».

—No me he dañado —sosegó a los bailarines. Tensó las tiras entrecruzadas de sus muñequeras y avanzó hacia el centro del ruedo.

La multitud aulló de placer.

Charis levantó los brazos ante su ruidosa adulación.

Al otro lado del ruedo, los mozos abrieron las puertas de golpe. Charis se volvió para recibir al toro, pero el animal tardaba en aparecer. Esperó.

Y, de repente, allí estaba, materializándose de pronto como si fuera una aparición, con su reluciente piel brillando bajo la fuerte luz del sol: una bestia enorme, elegante y magnífica. Sus gruesos músculos sobresalían en una masa nudosa mientras trotaba sobre la arena, parecía una gigantesca mole blanca de fuerza bruta.

«¡Es una equivocación!» La sorpresa la dejó atónita. «¡Éste no es el toro que escogí!»

La bestia dio algunos pasos y se detuvo para observarla con calma, al tiempo que arañaba el suelo con una reluciente pezuña dorada. También sus cuernos estaban pintados de color dorado, extendiéndose en mortíferas curvas a ambos lados de su enorme cabeza. Su joroba era una colina nevada que se alzaba sobre su ancho lomo, sus patas recordaban a sólidos troncos de abedul, y su cola, a un látigo blanco que sacudía de un lado a otro. Del ancho hocico rosado brotaba espuma. Los ojos de la bestia, muy separados, se teñían de rojo.

La muchedumbre se quedó momentáneamente en silenció. Nunca había visto nadie a una criatura tan enorme y poderosa.

Charis, casi con un esfuerzo físico, apartó de ella toda emoción. Ya se había enfrentado otras veces a toros desconocidos, y cada uno de ellos había sucumbido a su dominio. Avanzó despacio y la multitud empezó a entonar su nombre otra vez. No los oyó. No percibía más que la sangre zumbándole en los oídos.

El toro blanco agitó la testa y trotó en dirección a la muchacha, bajando los pitones a medida que se acercaba. Charis le cortó el paso, sin hacer el menor movimiento para saltar o apartarse.

Los terribles pitones hendieron el aire y partículas de saliva centellearon al sol. El toro arremetió como una tromba contra ella, reduciendo la distancia entre ambos con terrible rapidez. Cuando lo tuvo casi encima, Charis se dejó caer al suelo.

El público lanzó un ahogado grito de horror al ver desaparecer a la muchacha bajo las pezuñas.

El toro pasó y allí estaba Charis de nuevo, sin un rasguño, con los brazos levantados en un saludo triunfal. Un gran suspiro brotó de la multitud. El toro giró sobre sí mismo, balanceando la cabeza de un lado a otro. Charis le saltó sobre el lomo sin el menor esfuerzo y apretó las rodillas con fuerza a cada lado de su joroba. El animal bramó furioso y la muchacha se dio cuenta de que lo cegaba un odio insensato: la mataría o se mataría a sí mismo intentándolo.

La muchacha se inclinó hacia adelante y sujetó los dorados cuernos con las manos, luego, tomando impulso, se arqueó hacia adelante elevando los pies en dirección al cielo. El toro se revolvió en un intento por sacudírsela de encima, pero ella mantuvo la postura hasta que el animal se dio por vencido y empezó a corretear por la arena, momento en el que Charis bajó las piernas para colocar los pies entre las manos. Entonces, pasando un brazo alrededor de cada cuerno, se dejó caer hacia adelante sobre la ancha frente de la bestia, dejando que sus piernas desnudas colgaran sobre la arena.

El toro se detuvo y empezó a cabecear. Una, dos y tres veces. Charis se soltó en el preciso instante en que la enorme cabeza blanca se alzaba una vez más; se elevó por los aires, enrollándose sobre sí misma, para luego caer, describiendo una voltereta, al suelo.

La bestia giró de nuevo en redondo y se abalanzó sobre ella, pero Charis estaba preparada. Saltó, muy alto, y pasó por encima de los cuartos traseros para luego rodar rápidamente fuera del alcance de los furiosos pitones.

«Derrota hacia la derecha», pensó, conteniendo un escalofrío ante la increíble fuerza y velocidad de aquel monstruo.

La siguiente serie de saltos la ejecutó a la perfección; sin embargo, sentía cómo el calor brutal del sol, que caía sobre la plaza, le robaba poco a poco las energías. Saltó una y otra vez, brincando, girando sobre sí misma, haciendo cabriolas, volando por los aires. Pero aquellas precisas maniobras le costaban un alto precio. Cada vez le suponía un esfuerzo mayor recuperarse, mientras que el toro, en lugar de cansarse, parecía ganar velocidad y potencia con cada paso.

No obstante, Charis bailaba con su característico abandono. Su cuerpo era a la vez elegante y vulnerable, empequeñecido por aquella montaña blanca de carne que giraba y corría a su alrededor. El temor que experimentaba el público le proporcionaba fuerzas. Ya no se oían aclamaciones, ni gritos, ni vítores; la multitud contemplaba estupefacta cómo la danza de la muerte llegaba a su climax.

«Un nuevo salto bien elevado», pensó Charis, «y colocaré al toro para el triple.» El último triple. Ni se le había ocurrido dejarlo fuera de la actuación. Era su firma, tan parte de ella como su nombre; era más fácil abandonar su nombre que omitir el salto que le había concedido la inmortalidad como la mejor bailarina del toro que jamás había existido.

El toro arremetió contra ella. Charis dio un salto, inclinándose para apoyarse en

su lomo. Sus manos fueron a parar al sitio exacto, pero, cuando estiró los codos para levantarse y pasar por encima, algo crujió en su espalda, entre ambos hombros, en el lugar donde Maro la había golpeado con el pie. El dolor hizo que un velo rojo le cubriera los ojos, pero obligó a sus extremidades a completar la figura y consiguió aterrizar sin contratiempos.

El toro se había detenido a poca distancia. Permanecía medio girado hacia ella, respiraba pesadamente, y sus costados se agitaban como los fuelles de una forja, su pálida piel brillaba húmeda. El sudor relucía también en el bronceado cuerpo de Charis, pero ella se había quedado fría de repente. La espalda le dolía como si alguien la hubiera tocado con una tea encendida en el pliegue que había entre ambos omóplatos. Sentía cómo se le entumecían los músculos a medida que el dolor los agarrotaba.

«Tengo que saltar ahora», pensó; «si espero más tiempo me será imposible.»

Rodeó al toro moviéndose muy despacio de lado, para colocarse de modo que el sol le quedara a la espalda. La criatura, con la enorme y pesada testa inclinada, la miró furiosa con sus ojos rojos y berreó como si la torturaran. Charis se percató de que la espuma que brotaba de su boca abierta estaba teñida de sangre.

«De modo que los dos nos hemos lastimado», se dijo. «Bien, vamos a ello pues; una vez más. Acabemos con esto.»

La arena parecía una tumba, silenciosa y vacía; el público constituía simples sombras clavadas en sus lugares.

El sol brillaba sin piedad. El aire le quemaba los pulmones. Calculó la distancia que mediaba entre ella y el toro y dio un rápido paso hacia atrás. El animal permaneció inmóvil, como una inmensa colina blanca.

«¡Vamos!», aulló Charis en su interior. «¡Embiste!»

Sentía un dolor punzante en la espalda que la debilitaba como un narcótico. Si no saltaba ahora, ya no podría moverse. ¿Por qué se quedaba el toro allí, quieto?

—¡Bel! —Su voz sonó como un latigazo en la silenciosa arena.

La muchedumbre la contempló, incapaz de reaccionar. ¿Llamaba la muchacha al dios? ¿O se dirigía al toro?

El toro permaneció inmóvil, como si estuviera esculpido en un sólido bloque de mármol blanco.

—¡Bel! —chilló Charis de nuevo, y su grito se elevó hasta la llameante neblina que parecía cubrir el cielo.

«Bel», pensó, «te lo he dado todo, y, sin embargo, quieres quitarme también el orgullo. Toma mi vida, pues. No me retiraré derrotada.»

Tras esto, se puso de puntillas y se lanzó hacia adelante, corriendo en dirección al estático toro, dejando que sus piernas la arrojaran a su destino. En ese mismo instante el toro juntó las pezuñas y cargó.

Charis lo vio dar un bandazo y ponerse al trote. Escuchó gritar a alguien, y reconoció su propia voz resonando en sus oídos.

Vio la enorme cabeza que se inclinaba casi a ras del suelo, las doradas pezuñas golpeando contra el suelo, los brillantes cuernos hendiendo el aire, y extendió la mano derecha para sujetar el asta cuando se volviera hacia ella. Pero la cabeza se desvió y Charis vio llegado su fin: ¡la criatura derrotaba hacia la izquierda!

No había tiempo para cambiar de mano. Tendría que saltar con el impulso del pie derecho, y poner toda la fuerza del salto únicamente en el brazo izquierdo. Sabía que así no podía lograrse, pero no había otra solución: intentarlo o dejarse empitonar

sencillamente por aquel maldito cuerno.

La fría claridad de estos pensamientos la sorprendió y, aunque resultaba extraño, le causó satisfacción. No tenía miedo, sólo un leve pesar por no poder completar su último salto.

Y entonces su mano entró en contacto con el cuerno, la palma envuelta en piel sujetando con fuerza su suave superficie. Las piernas se levantaron, los pies se posaron sobre el amplio testuz. El toro clavó las patas y hundió las pezuñas en el polvo, al tiempo que levantaba con fuerza la cabeza, en un intento por enganchar en el aire al fantasma que lo atormentaba, y bramaba su cólera en dirección al ardiente sol.

Pero Charis volaba ya por los aires. La fuerza con que el toro había levantado la cabeza la había impelido hacia el cielo. Apretó las rodillas contra el pecho, hundió la barbilla y se abrazó las piernas. Giró..., una vez..., muy alto...; una segunda vez..., vio cómo el cielo y la tierra invertían posiciones, fue girando despacio..., y otra vez. De repente, el suelo pareció salir a su encuentro a una velocidad alarmante.

Arqueó la espalda y extendió las manos como para abrazar todo el ruedo. Sin embargo, se desviaba poco a poco hacia un lado; el salto ejecutado con una sola mano la había hecho girar lateralmente y el impulso de la voltereta le impediría caer en posición vertical. El instinto se hizo cargo al instante de la situación; sus brazos se movían ya: el izquierdo balanceándose hacia arriba, el derecho cruzándose sobre el pecho, para aumentar la velocidad de rotación.

Su campo visual se sumergió en la deslumbrante arena blanca del ruedo y enderezó las piernas en el último instante para plantar los pies con fuerza en el suelo.

¡Crac!

Charis se irguió lentamente. Había caído con una fuerza excesiva. Su espalda lastimada había absorbido el ímpetu del aterrizaje y algo en su interior había cedido. Se le enturbió la vista, al tiempo que un negro velo pasaba ante sus ojos, y comprendió que no podía moverse.

El toro dio media vuelta y se detuvo. La contempló desde el otro lado del ruedo, con las patas extendidas y separadas, la cabeza hundida y el enorme cuello incapaz ya de mantener erguida la pesada testa. La miró con nublados ojos rojos; sus costados estaban salpicados de espuma ensangrentada. Luego levantó una pezuña y arañó el suelo, lanzando arena sobre su lomo.

Charis se quedó de pie con la cabeza bien erguida. El animal se lanzaría de nuevo y no había ninguna forma en que pudiera evitar lo inevitable.

«No me tomarás», pensó, «soy yo la que me entrego.»

Despacio, con tanta dignidad como le permitía su lesión, se arrodilló, cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó la cabeza.

Con un último bramido de desafío, el toro blanco se lanzó a un pesado trote; las patas lo conducían hacia adelante, ganando velocidad a medida que se acercaba.

Las Gaviotas contemplaban la escena estupefactos.

—¡No! —gritó Belissa, rompiendo el horrorizado silencio de la plaza.

Charis levantó la cabeza y abrió los ojos.

—¡No-o-o! —El grito de Belissa resonó en toda la plaza.

Charis volvió la cabeza hacia sus bailarines. Sonrió y dirigió el rostro al sol.

El toro se abalanzó hacia ella, con las pezuñas y los cuernos reluciendo bajo el sol.

—¡Maldito seas, Bel! —exclamó ella, y levantó la mano en un último y

desafiante saludo.

Los separaba menos de un cuerpo cuando el toro pareció tropezar. Las patas delanteras se doblaron y la impresionante cabeza se estrelló contra el suelo, mientras uno de los dorados cuernos abría un surco en la arena al ser impelido el cuerpo hacia adelante por las patas traseras. Entonces el asta se hundió, quedó atorada, y el enorme cuello se partió, silenciando el grito de sorpresa de la bestia mientras se debatía torpemente sobre un costado.

Charis contempló incrédula la sangre que brotaba de la boca y del hocico del animal. Las piernas del toro se agitaban espasmódicamente mientras toda una serie de temblores recorrían su cuerpo. Entonces, con un último estremecimiento, la bestia se sacudió y quedó inmóvil.

En un principio fue tan sólo una única voz la que llenó la arena con un grito de triunfo. Charis volvió los ojos y vio a Joet que corría hacia ella. Luego todo el público se puso en pie, entre gritos y vítores; el sonido de su salvaje júbilo era como el ensordecedor rugido del océano. El oro brilló bajo el sol, un hilillo primero, y luego más y más, llenando el aire, derramándose sobre el ruedo, un río de oro, una inundación.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! Estoy herida —Charis se oyó decir mientras Joet y Peronn la levantaban en hombros para realizar su triunfante vuelta al ruedo.

Belissa, Galai, Kalili y Junoi saltaban a su alrededor, riendo, abrazándose, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Marophon había olvidado su deshonra, y también él se les unió para correr de un lado a otro, recogiendo los objetos de oro y arrojándolos al aire como si se hubiera vuelto loco.

El tumulto subió hasta las alturas y resonó por aquel cielo sin nubes para luego retumbar por las calles vacías de la ciudad real.

—¡Charis! ¡Cha-ris! ¡Cha-ris! —gritaban.

La gente empezó a salir al ruedo, saltando por encima del muro para caer sobre la arena y correr hasta ella; cada vez era más numerosa la multitud, y aún seguían viniendo más personas con las manos extendidas para tocarla mientras la rodeaban con su adulación.

—¡Cha-ris! ¡Cha-ris!

La muchacha, mareada por el dolor, vio cómo intentaban tocarla, observó el júbilo en sus rostros y escuchó cómo sus labios pronunciaban su nombre. Las Gaviotas se agolparon aún más a su alrededor para evitar que la aplastaran, y se quedaron en el centro del ruedo, rodeados por aquella vociferante muchedumbre.

A causa del ruido, nadie oyó el primer y débil sonido atronador. El primer temblor pasó inadvertido. Pero el retumbar aumentó de volumen y los temblores también. Desde el lugar que ocupaba sobre los hombros de los bailarines, por encima del gentío, Charis alzó la mirada y contempló una insólita escena: el Templo del Sol temblaba en el aire, con sus pisos superiores balanceándose precariamente como si estuvieran construidos de algún material flexible y fluido. El enorme obelisco de cristal situado en la parte superior se estremeció, columpiándose hacia adelante y atrás y, finalmente, cayó de su pedestal.

Y por entre el clamor de la muchedumbre se percibió un ruido procedente de las entrañas de la tierra. Un sonido parecido al de pétreos huesos al ser arrancados de sus articulaciones, al de gigantescas muelas de molino rozando unas con otras, al rechinar de enormes dientes, al crujido de raíces milenarias al doblarse y partirse en dos.

Charis vio evaporarse la alegría del mar de rostros que la rodeaba, y cómo ésta era remplazada por una expresión de franco temor mientras la blanca arena bajo sus pies se ondulaba igual que las olas marinas. Joet y Peronn la sujetaban con fuerza, manteniéndola en alto mientras el suelo se estremecía bajo ellos.

A continuación, Charis sólo advirtió un sobrenatural silencio, roto casi al instante por el ladrido de los perros. Un sonido curioso e insólito. «Extraño», pensó ella. «Deben de estar aullando todos los perros del entorno.»

Una fina capa de polvo se elevó por los aires cubriendo la ciudad. Las gentes se miraron bajo aquella luz pálida y fantástica, incapaces de comprender lo que sucedía.

Pero el temblor había cesado ya. Nada quedaba para acreditar lo que, en realidad, había ocurrido; tan sólo la silenciosa mortaja de polvo que se alzaba hacia el cielo y los aullidos atemorizados de los perros.

4

La lesión de Charis hizo más fácil a las Gaviotas aceptar la irrevocabilidad de su decisión. Cuando les anunció que no volvería a entrar en el foso de los toros jamás y que eran libres, nadie puso en duda su resolución, ni su autoridad. Se habían reunido en su habitación para escuchar su declaración y, una vez oída, recibieron la noticia con solemne resignación. No hubo enojo ni disidencia. Estaba claro que ninguno de ellos podía concebir la idea de bailar para alguien que no fuera Charis.

—Si dejas el ruedo, todos nos vamos contigo —afirmó Joet.

—Tenemos oro —añadió Belissa—. Podríamos comprar una casa en la ciudad y vivir todos juntos.

—Y entonces, ¿qué? ¿Qué haríamos? —preguntó Charis—. No, queridos Joet y Belissa, es hora de que todos empecemos a pensar en emprender nuevas vidas. Ya no estaremos juntos nunca más. Somos las Gaviotas, y esa parte de nuestras vidas siempre nos pertenecerá, pero ahora ha terminado.

—Es justo que no queramos abandonarte —sollozó Galai.

La tristeza que se reflejaba en los rostros de sus bailarines le pareció horrenda y perversa a Charis. Un hormigueo le recorrió el cuerpo.

—Hay que vivir, Galai —le espetó Charis—. ¿Habéis estado muertos tanto tiempo que ya no sabéis lo que eso significa?

»Cuando un bailarín penetra en el templo lo hace como ofrenda. Está muerto, vive sólo a través de su danza. Si baila bien el dios consiente en permitirle continuar así un poco más. Pero un día Bel exige su sacrificio y el bailarín debe consumarlo.

»Yo me he enfrentado a ese día —concluyó Charis—. Y no volveré a enfrentarme a ese horrible momento jamás.

—Te queremos —interpuso Kalili.

—Y yo también; a cada uno de vosotros. Y ésa es la razón de la vida: el amor. ¿Querríais que continuásemos actuando de forma que pudiésemos presenciar la muerte de cada uno de nosotros? Eso es lo que sucedería. Más tarde o más temprano nos haríamos pedazos entre las pezuñas y los cuernos de los toros.

»Esta tristeza no es la que corresponde a este instante. Tendríamos que estar celebrando el futuro en lugar de llorar el pasado. El Belrene nos ha devuelto nuestras vidas. ¡Hemos sobrevivido! ¡Viviremos!

Las Gaviotas se miraron sombríos y desesperanzados, hasta que Joet exclamó:

—¡Un triple hecho con una sola mano! —Su voz estaba llena de admiración—. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos no lo creería. De todas formas, me llamarán mentiroso cuando cuente lo que he visto.

—¿Cómo van a llamarte mentiroso? —contraatacó Peronn—. Lo contempló toda la ciudad. La gente no habla de otra cosa. En estos mismos momentos el relato de lo sucedido se esparce por los Nueve Reinos. ¡Pronto lo sabrá todo el mundo!

—Cuando observé que te arrodillabas ante el toro —repuso Belissa en voz baja—, estuve segura de que te mataría. Pero cuando saludaste..., nunca lo olvidaré.

—Entonces, disfruta de una larga vida y recuérdalo, Belissa. —Charis miró a los demás—. Todos vosotros, disfrutad de una larga vida y recordadlo.

—¿Te volveremos a ver? —preguntó Junoi.

—Oh, sí, por supuesto. No voy a desaparecer.

—¿Qué harás? —quiso saber Kalili.

—Me voy a casa durante un tiempo, a curarme. Pero cuando me haya recuperado regresaré. —Se detuvo, reclinándose de nuevo en los almohadones—. Idos ahora, hay sueños que proyectar y planes que elaborar.

Joet y Peronn levantaron el sillón sin el menor esfuerzo y lo llevaron junto a la cama. Marophon se levantó del rincón donde había permanecido sentado y se acercó a ella, se arrodilló y colocó su cabeza entre las rodillas de Charis. Ella extendió una mano y acarició la oscura melena del joven.

—Lo siento —empezó éste, con voz ahogada—. Quería salir al ruedo para ocupar tu lugar. Estaba dispuesto a morir por ti. Pensé...

—Chissst —lo tranquilizó Charis—. Ya ha pasado.

—No. Hice mal.

—¿Te has de culpar tú, porque el Señor de los Toros envió el toro equivocado?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, lo sé, y no importa.

—Pero...

—No importa, Maro.

Se inclino sobre ella, con lágrimas brillándole en los ojos, y le dio un leve beso en la mejilla.

—Gracias por mi vida.

—Ve a buscar a tu bailarina —le susurró—. Llévatela contigo. Empezad los dos una vida juntos.

Joet y Peronn la levantaron en andas y la colocaron con suavidad, con mucha suavidad, sobre el lecho. Luego, uno a uno, los danzarines se acercaron y se despidieron de ella.

A pesar de los persistentes servicios del Belrene, de la atención personal de dos de los doctores de la corte de la Suprema Soberana Danea y de una verdadera avalancha de regalos, comida y flores que inundaba diariamente las habitaciones de Charis, amenazando en ocasiones con ahogarla, pasaron varias semanas antes de que ésta se sintiera con fuerzas para viajar.

Llegado ese momento, abandonó sus aposentos un día de buena mañana y subió al carruaje que la esperaba en la plaza del templo. Sus pocas pertenencias ya habían sido empaquetadas, al igual que los regalos que había seleccionado para su familia. La reina Danea había proporcionado el carruaje, además de un séquito de sirvientes supervisados con toda atención por un mago, cada uno de los cuales había recibido personalmente de la reina el encargo de garantizar a Charis un viaje lento y reposado y de atender con todo cuidado cualquier petición de ésta.

El vehículo rodó por las medio desiertas calles y penetró en la Vía Procesional, atravesando las tres zonas de la ciudad real. Pero, hasta que los cascos de los caballos repiquetearon bajo las murallas de la ciudad y atravesaron las enormes puertas de bronce para ascender a las verdes colinas situadas al norte, bajo el enorme Monte Atlas cubierto de nubes, Charis no se dio cuenta de que realmente se iba.

Comprendió que, en realidad, nunca había imaginado que abandonaría Poseidonis viva, y mucho menos que volvería a regresar a su hogar. Esta palabra despertaba una cálida sensación en su corazón que no había sentido en mucho tiempo.

A pesar de eso, se preguntó cómo la recibirían. Recordó el día en que se había marchado. Habían pasado pocos días desde el entierro de su madre, y la irracional hostilidad del rey Avallach la culpaba de la muerte de Briseis, y sólo mucho después, Charis se enteró de que Seithenin, actuando de acuerdo con Néstor, era el responsable del ataque. Fue la duplicidad de Seithenin en aquella acción la que había precipitado la guerra que ahora sepultaba a la mitad de la Atlántida.

Charis también se culpaba a sí misma, aunque no de la misma manera en que lo hacía su padre. Su sensación de remordimiento era más básica: ella había sobrevivido, mientras que su madre había muerto. Siempre había pensado que era su vida la que debía haber sido segada aquel día. Avallach había perdido a una esposa, sí, pero Charis había perdido a su madre.

—Escogiste el foso taurino, la muerte —le había dicho la Suprema Soberana, y había dicho la verdad.

Pero la vida es un don tan tenaz que no importaba lo mucho que Charis se había esforzado para desprenderse de ella, finalmente había resistido. Y si había extraído alguna enseñanza de su vida en el ruedo ésta había consistido en comprender que todo lo que vale la pena se consigue con dolor. Por lo tanto, lo primero que haría sería abrir aquellas mal cicatrizadas viejas heridas para que curaran por fin.

Día a día las colinas iban elevando la carretera, llevándose el carruaje más allá de las verdes montañas, mientras el enorme Monte Atlas crecía hasta llenar por completo el horizonte. Charis observaba fascinada el incansable juego de sombras que las nubes proyectaban sobre las laderas más bajas. Dormía durante muchas horas y sentía cómo poco a poco iba recuperando las fuerzas.

No obstante, hubo un día durante el cual Charis no pudo dormir. Cada guijarro sobre el que pasaban las ruedas se traducía en una terrible sacudida, un sol abrasador caía sobre ellos sin misericordia, y el viento, sofocante, levantaba enormes remolinos de polvo, mientras la montaña parecía alzarse distante y hostil, con sus cumbres ocultas a la vista por desapacibles nubes grises. Ante sus ojos no aparecían más que colinas accidentadas y estériles que se estiraban en un intento por alcanzar los rocosos lomos de la gran montaña; entre ellas le pareció entrever a una figura de pie en la cima de una colina lejana.

Cerró los ojos deliberadamente, y cuando los volvió a abrir aquella silueta había desaparecido. Se recostó de nuevo en su asiento pero le fue imposible descansar. Su mente no hacía más que regresar a la cumbre de la colina. Miró otra vez y, de nuevo, destacando oscura en el pálido contorno de la montaña, percibió la figura de pie en lo alto.

—¡Parad el carruaje! —gritó.

Este se detuvo al instante y dos sirvientes llenos de inquietud acudieron corriendo desde el carro situado detrás del suyo.

—¿Qué precisáis, princesa? —preguntó uno de ellos.

—Quiero bajar.

Ambos se miraron por un instante y uno de ellos desapareció.

—Se llamará al mago —explicó el otro sirviente.

—Bien —repuso ella, y se dispuso a descender con cuidado del carruaje—.

Decidle que espere aquí hasta que yo regrese.

Empezó a ascender la colina. Resultaba agradable estirar los músculos que hacía tanto tiempo que no utilizaba, y subió con facilidad, sintiendo tan sólo alguna que otra punzada, persistente recordatorio de su lesión.

Cuando estuvo cerca de la cumbre, se detuvo y contempló la carretera que quedaba a sus pies. Los dos sirvientes hablaban con el mago, quien la observaba con atención. Ella se volvió y continuó hasta su meta, la cima. La figura, un hombre, se hallaba de espaldas a ella, inmóvil, los brazos completamente extendidos como si suplicara a la montaña. El viento peinaba las cerdas de la sucia piel negra con que se cubría. Charis se quedó paralizada: ¡Era Throm!

Había algo brillante ante sus pies desnudos: la luz del sol arrancaba destellos a una gema amarilla sujeta a la parte superior de un bastón envuelto en cuero. No había la menor duda de que era el profeta demente.

—Throm —llamó ella, y se sorprendió de la forma tan natural con que el nombre surgió de sus labios, aunque lo había oído sólo una vez, y de eso hacía ya mucho tiempo. Se acercó.

—Throm, soy Charis —continuó, dándose cuenta en el mismo instante en que lo decía que el nombre no podía tener ningún significado para él.

El hombre no se movió ni demostró en modo alguno haberse percatado de su presencia. Se le ocurrió que a lo mejor estaba muerto, todas las fibras de su cuerpo bloqueadas en un espasmo que no lo dejaría relajarse ni en la muerte. Extendió una mano para tocarlo, vaciló y la retiró.

—He-hermana del Sol —exclamó él con una voz sepulcral que brotaba quebrada de su garganta—. Tú que bailas con la Muerte, princesa de las Gaviotas, yo, Throm, te saludo.

Como no hizo el menor movimiento para volverse hacia ella o mirarla, Charis lo rodeó y se colocó al lado. El profeta continuó pronunciando en aquella extraña forma entrecortada, como si las palabras le fueran arrancadas a costa de un gran dolor, por la fuerza.

—¿No te parece extraño? ¿No te asombra que seas tú de entre todas las criaturas de Bel la escogida?

—¿Escogida? Yo no he sido escogida.

—¿Por qué estás aquí?

—Te vi, divisé a alguien de pie, aquí arriba —respondió Charis, mientras su seguridad empezaba a desvanecerse. ¿Por qué estaba ella allí? Había sabido que era Throm; alguna parte de ella tenía esa certeza desde el mismo instante en que había vislumbrado la figura de lejos.

—Muchos han pasado sin detenerse. Tú eres la única que ha venido.

—No sabía que eras tú.

—¿No lo sabías?

—No —insistió Charis—. Sencillamente vi una figura.

—Entonces te pregunto de nuevo, ¿por qué viniste?

—No lo sé. A lo mejor pensé que era alguien que necesitaba ayuda.

—A lo mejor imaginaste que yo era un toro con el que bailar.

—No, tan sólo quería bajar del carruaje un momento. Nada más. No sabía que tú estabas aquí arriba. Observé a alguien y pensé en venir. Eso es todo.

—Es suficiente.

—¿Qué quieres de mí? —¿Era temor o tan sólo el frío viento que soplaba en la

colina lo que hacía temblar su voz?

—¿Querer? Lo que cualquier ser desea: todo y nada.

—Hablas en clave. Me voy.

—Quédate, Bailarina del Toro. Quédate aún un poco.

Se volvió hacia ella y Charis lanzó una exclamación ahogada.

Su rostro estaba quemado y lleno de ampollas por la acción del sol y el viento; la piel, arrugada y en carne viva; su cuero cabelludo, con sus desiguales mechones de frágiles cabellos, era oscuro como piel curtida; lo que parecía un resto de barba estaba enmarañado y húmedo de saliva. Sus ojos eran como dos tizones negros en su cabeza, hundidos, consumidos, quemados, y por la forma en que miraba, sin parpadear y con lágrimas arrancadas por el viento resbalando por sus arrugadas y curtidas mejillas, Charis se dio cuenta de que estaba ciego.

—Yo, Throm, quisiera hablar contigo —siguió.

La mujer no contestó.

—Hay mucha sabiduría en el silencio, sí, pero alguien debe interrumpirlo. Antes del silencio definitivo, una voz debe gritar. Alguien debe decírselo. Sí, revelárselo todo.

—¿Decirles qué?

El profeta loco giró la cabeza para mirar sin ver en dirección al viento.

—Lo que les he dicho: que Throm ha hablado, que las piedras hablarán, que el polvo bajo sus pies gritará, sí, ¡con un grito terrible! Explicarles lo que tú ya sabes.

Charis se estremeció de nuevo, pero no de frío. Una vez más estaba en la colina del sacrificio situada fuera del palacio, junto a su madre, Elaine, su padre, Belyn, sus hermanos y los magos. El sol empezaba a ponerse y, de repente, allí estaba Throm en medio de todos ellos. Oyó su voz de nuevo en su mente diciendo: «¡Escúchame, oh Atlantis! La tierra se mueve, el cielo cambia, las estrellas abandonan sus cursos, las aguas están hambrientas».

—Preparad vuestras tumbas —musitó Charis—. Recuerdo. Siete años dijiste. ¿Han transcurrido ya?

—¡Ah!, lo recuerdas. Siete años han venido y se han ido mientras tú danzabas en el ruedo con los sirvientes de Bel, y en una ocasión con el mismo Bel. Siete años, Hija del Destino, y el tiempo se acaba. El tiempo se ha cumplido, sí, y sin embargo aún no se ha agotado el tiempo.

—¿Tiempo para qué? —preguntó Charis—. Dímelo. ¿Tiempo para qué? ¿Puede evitarse la catástrofe?

—¿Puede el sol alzarse en el ayer?

—Entonces, ¿qué?

—Hay tiempo para desarraigar el árbol y plantar la semilla.

La desesperación se apoderó de ella como un mar embravecido.

—¡Habla con claridad, estúpido! ¿Qué árbol? ¿Qué semilla? ¡Dime!

—El árbol de nuestra nación, la semilla de nuestra gente —aclaró Throm, volviendo sus facciones erosionadas por el viento hacia ella—. Debe plantarse la semilla, sí, en las entrañas del futuro.

Ella lo miró con atención, mientras se esforzaba por descifrarlo.

—¿Irse de aquí, quieres decir? ¿Es eso lo que intentas proponer?

—No hay futuro aquí.

—¡Oh! ¿Por qué persistes en hablarme con palabras que no puedo comprender? ¿Cómo voy a ayudar si no sé qué se supone que debo hacer?

—Lo sabes, Bailarina del Toro. Haz lo que debes.

Charis lo miró, impotente.

—Ven conmigo. Dile a mi padre lo que me has advertido a mí.

Throm sonrió, mostrando los negros y rotos dientes.

—Se lo he dicho. Yo, Throm, se lo he comunicado a todos. Se taparon los oídos con excrementos, sí, se rieron. Igual que se reirán de ti. ¿Pero se reirán cuando las fauces de la tierra se abran para tragarlos vivos?

Ella lo miró un instante. No había nada más que pudiera sonsacarle.

—Adiós, Throm —dijo por fin y se dio la vuelta para marchar.

—Adiós, Bailarina del Toro —replicó el profeta. Ya se había vuelto de nuevo para continuar con su ciega contemplación de la solitaria montaña.

Charis regresó al carruaje. El mago la estudió con atención y ella percibió que estaba preocupado. El hombre extendió las manos para examinarla, pero ella las apartó con violencia.

—¡Deja de manosearme! Estoy bien.

El mago las bajó.

—¿A quién visteis ahí arriba, princesa?

—A un viejo amigo —le espetó Charis—. Y si querías saber de qué hablaba podrías haber subido allí arriba tú mismo. —Dirigió una mirada a la cima de la colina, donde Throm permanecía de pie con los brazos extendidos mientras el cortante viento le iba lacerando la piel—. Ya hemos perdido bastante tiempo aquí. Utilizad el látigo con estos animales, quiero llegar a casa.

5

Llovió por la mañana mientras se llenaban con carbón los agujeros para las hogueras. Pero cuando la carne empezó a chisporrotear, el cielo ya se había aclarado, y al llegar el anochecer la celebración alcanzó su punto culminante. La cerveza, espumosa y oscura, y la dulce y dorada aguamiel fluían a chorros de barriles y toneles para llenar cuernos y jarras. Bueyes, cerdos y corderos enteros se asaban en enormes asadores de hierro, extendiendo un plateado manto de oloroso humo sobre la alegre concurrencia. Resonaban las canciones de un extremo a otro del *caer,* y sonoras voces célticas se elevaban en el aire como aves en frenético y jubiloso vuelo.

Elphin reía y cantaba con la campechana confianza de un rey seguro de su posición y poder. A todos los reunidos alrededor de la mesa presidencial colocada frente a su casa, les contaba historias ensalzando la bravura de sus hombres; levantaba su cuerno en honor de cada uno de ellos, y relataba ejemplos individuales de su valor, al tiempo que prodigaba honores a su pequeño ejército con palabras llenas de alabanza. Rhonwyn se sentaba junto a su esposo, y Taliesin revoloteaba por allí cerca, gozando de la presencia de su padre igual que una nutria de brillantes ojos tumbada al sol sobre una roca.

Cuando las primeras estrellas empezaron a brillar en el firmamento, Cuall, que estaba sentado a la derecha de su señor, se inclinó sobre él y le susurró unas pocas palabras; éste asintió y depositó su cuerno de bebida sobre la mesa.

—Es hora —anunció Elphin, mientras recorría la escena con la mirada desde su mesa.

—¿De qué? —preguntó Rhonwyn.

Elphin le guiñó un ojo y se puso en pie sobre su silla. Cuall empezó a golpear sobre la mesa con el mango de su cuchillo. El sonido se perdió en la festiva atmósfera, pero pronto se unió al de todos los comensales y el rítmico toc, toc, toc se adueñó de todo el pueblo.

—¡Lord Elphin quiere hablar! —gritó alguien—. ¡El rey va a hablar!

—¡Dejadle hablar! —reclamó otro—. ¡Callad! ¡Dejad que hable el rey!

La algarabía de voces creció con la excitación y la gente se reunió alrededor del lugar donde se hallaba su jefe. Se despejó la mesa, y Elphin se subió a ella. Extendió los brazos como si quisiera abrazar a todo el clan.

—¡Pueblo mío! —exclamó—. Escucha a tu señor.

Al cabo de un momento había el suficiente silencio como para que pudiera continuar, de modo que empezó:

—Cada año durante siete años hemos patrullado la Muralla...

—Sí, es verdad —replicó la muchedumbre a sus pies.

—...y cada año durante seis de esos años regresamos aquí a festejar el final de ese período.

—¡Lleu sabe que es verdad! —respondió la multitud.

—Hacíamos una fiesta para celebrar el retorno del grupo armado y al cabo de

un día o dos los hombres se dispersaban para regresar a sus hogares en las colinas y en los valles de nuestro territorio y sus manos volvían a empuñar el cayado y el arado. Pero este año es distinto —chilló Elphin—. Nunca más ocurrirá mientras yo sea rey.

La gente empezó a murmurar:

—¿Qué es lo que dice? ¿Qué significa?

—¡De ahora en adelante el grupo se quedará aquí! —bramó Elphin mientras contemplaba los rostros perplejos de su gente—. Cuando salimos la primera vez éramos muchachos: campesinos, pastores o los hijos de éstos.

»¡Pero en siete años nos hemos convertido en guerreros!

La gente aprobó sus palabras con movimientos de cabeza.

—En la antigüedad, nuestros reyes vivían con sus ejércitos en sus salas de madera. Al parecer, estas épocas pasadas están regresando a nuestra tierra; por lo tanto, es justo que los guerreros permanezcan con su jefe.

—Así es, lord Elphin —replicaron los habitantes del *caer.*

—¡Por este motivo haré levantar aquí, en este mismo lugar, una gran sala! Un gran recinto capaz de competir con los que poseían los jefes guerreros de antaño.

—¡Una gran sala! —exclamó el gentío, complacido.

—A partir de ahora, viviremos como nuestros antepasados, sin volvernos al este, al oeste o al sur en busca de protección; no dependeremos de la Pax Romana, sino sólo de nosotros mismos, y confiaremos únicamente en nuestras propias armas. ¡A partir de ahora protegeremos lo que es nuestro! —Dicho esto, sacó su espada y alzó la hoja desnuda con ambas manos por encima de su cabeza.

La muchedumbre lanzó un clamoroso vítor, gritando al unísono:

—¡Larga vida al rey! ¡Larga vida a lord Elphin!

En el extremo opuesto, Hafgan y Blaise permanecían de pie envueltos en sus túnicas azules y contemplaban lo que sucedía.

—¿Qué te parece? —preguntó Blaise.

—Funcionará —repuso Hafgan.

—Tal vez, pero ¿con qué finalidad?

—Bien —replicó el druida, mientras la algarabía empezaba de nuevo—, los mantendrá muy ocupados durante el año próximo. Me preguntaba qué sucedería con el grupo aquí todo el año. Elphin tiene razón, ahora son guerreros, por consiguiente es mejor mantenerlos ocupados con los deberes y el tipo de vida que ahora les son propios.

—Y funcionará tenerlos estorbando por aquí.

—No les regatees sus hogares, Blaise. Hay que alabar a Elphin. Su trabajo le está facilitando buenas enseñanzas, se está convirtiendo en un rey astuto.

—¿Es eso suficiente? —inquirió Blaise.

—Por ahora, sí —respondió Hafgan—. Habrá más cuando se requiera. —Miró en dirección a Elphin con orgullo—. Es un buen rey y un buen padre para Taliesin. ¿Ves cómo los ojos del muchacho no pierden un solo movimiento de su padre? Sí, Blaise, es suficiente.

La presencia de Hafgan no pasó inadvertida durante mucho tiempo y pronto todos empezaron a gritar pidiendo al bardo que contara una historia. Los ruegos se transformaron después en un cántico.

—Ve a buscar mi arpa, Blaise —pidió, y empezó a dirigirse hacia la mesa del jefe.

—Aquí estás, Hafgan —saludó Elphin con alegría—. Ven y siéntate a mi lado.

El druida inclinó la cabeza pero continuó erguido al pie de la mesa.

—¿Cómo puedo serviros, mi señor?

—Al parecer, se te pide un relato. Debo confesarte que hace mucho tiempo que no hemos oído otra cosa que ronquidos alrededor del fuego.

—¿Qué relato quiere escuchar mi señor?

—Algo sobre grandes proezas e insuperable valor —replicó Elphin—. Algo apropiado para una ocasión como ésta. Tú eliges.

Taliesin, que se ocultaba detrás de su padre, se precipitó hacia adelante:

—¡Cuenta la historia de los cerdos! —exclamó mientras se subía al regazo de su padre—. ¡Los Cerdos de Pryderi!

—Silencio, Taliesin —le reprendió Rhonwyn—. Hafgan decidirá.

Blaise regresó con el arpa y el druida la rasgueó distraídamente como intentando determinar qué historia contaría. Se encendieron los postes de las antorchas y la gente se acercó a la mesa, disponiéndose en grupos y corrillos sobre el suelo.

Cuando todo quedó en silencio, Hafgan levantó la pequeña arpa para apoyarla en el hombro y, con un guiño dirigido a Taliesin, empezó a tocar.

—Escuchad pues, si así lo queréis, la historia de Math *ap* Mathonwy —anunció, y aguardó hasta que la gente volvió a quedarse en silencio.

»En los días en que el rocío de la creación estaba aún fresco sobre la tierra, Math, hijo de Mathonwy, era rey de todo Gwynedd, Dyfed y Lloegr, así como de todas las Tierras Occidentales. Sin embargo, Math sólo podía vivir si tenía los pies en el regazo de una doncella, excepto cuando la confusión de la guerra se lo impedía. La doncella se llamaba Goewin, hija de Pebin, de Dol Pebin, y era la más hermosa de aquel entonces.

»Bien, pues, en esa época le llegaron noticias a Math de una criatura nueva en la Isla de los Poderosos cuya carne era dulce y más gustosa que la del buey. Y así es como sucedió que...

Hafgan contó cómo Math envió a su sobrino Gwydyon a Pryderi, hijo de Pwyll, para que regresara con algunos de los cerdos que Arawn, señor de Annwn, había enviado a aquel lugar como regalo, de modo que pudieran criar piaras de cerdos también ellos. Taliesin permanecía acurrucado en la falda de su padre, mientras memorizaba la cadencia de la voz de Hafgan y escuchaba los ecos de antiguas proezas que se habían convertido en leyendas hacía tanto tiempo que nadie las recordaba ni adivinaba lo que habían sido, pero que vivían ahora, aunque sólo fuera por un tenue momento, en el débil reflejo de las palabras de Hafgan.

«Ser un bardo», pensó Taliesin, «conocer los secretos de todas las cosas que existen bajo el cielo y la tierra, tener el poder de mandar a los mismos elementos tan sólo con el sonido de la propia voz: ¡ésa sí que constituiría una vida que valdría la pena! Algún día», se prometió, «seré un bardo y un rey. Sí, ¡un rey druida!»

Levantó los ojos al cielo nocturno y a toda la hueste de estrellas que parpadeaban por entre el brillo de las antorchas, y le pareció que él, Taliesin, era eterno, que una parte de él había estado siempre viva y que siempre lo estaría, que se le había llamado a la vida para un propósito y, cuanto más pensaba en ello, más seguro se encontraba de su certeza.

Mientras las palabras de Hafgan llenaban sus oídos, observaba los rostros extasiados de sus compatriotas, de un rojo rosado bajo el resplandor de las antorchas

que los rodeaban, y supo que, aunque estaba ligado para siempre a ellos, a su gente, su destino abarcaba al mismo tiempo algo más, una vida muy diferente a la que ninguno de los que se sentaban en el interior del círculo creado por las mágicas palabras de Hafgan podía concebir.

Estos pensamientos lo llenaron de un repentino y punzante dolor, un vacío atravesado por una flecha, y el chiquillo cerró los ojos y apretó el rostro contra el pecho de su padre. Enseguida sintió los fuertes dedos de Elphin acariciándole la cabellera.

Abrió los ojos y vio que su madre lo observaba, los ojos brillantes en la vacilante luz —aunque relucían de igual modo sin las antorchas—, con amor por él y por su esposo. Taliesin le sonrió y ella volvió su atención a la historia de Hafgan.

Taliesin sabía que el amor era algo bueno y justo, y Hafgan le había dicho muy a menudo que éste yacía bajo los cimientos de piedra del mundo. Pero, además, faltaba algo para lo que él no tenía un nombre y que el amor no podía abarcar o suministrar, y cuyo origen no era el corazón humano. Ese algo, fuera lo que fuese, formaba la flecha que le había causado tal vacío y anhelo.

Estos pensamientos los reconocía tan sólo a medias; Hafgan los llamaba «sensaciones omniscientes». Taliesin los tenía a menudo, y muchas veces, como ahora, sin ninguna relación con la atmósfera del momento. En aquel mismo instante podría sentirse feliz y satisfecho, disfrutando de la historia de Math, el Ladrón de Cerdos, en cada uno de sus detalles. Y, con aquella parte de él que era el chiquillo, la paladeaba, pero su parte más adulta contemplaba aquella feliz escena y clamaba por la falta de algo que él ni siquiera estaba seguro de que tuviera un nombre.

«Las sensaciones omniscientes», le había dicho Hafgan, «tienen una razón de ser que les es propia. No se puede luchar contra ellas; no se puede hacer más que aceptarlas y escuchar lo que tienen que decir.»

Hasta ahora, Taliesin no había aprendido nada de ellas, excepto no tratar de ellas con nadie. En su lugar, las guardaba para sí, soportando el dolor exquisito de su presencia en silencio. Desde luego, Hafgan se daba cuenta a veces de cuando experimentaba una de ellas, pero ni tan sólo éste podía ayudarle.

Levantó los ojos hacia las estrellas de nuevo y observó su frío resplandor. «Soy parte de eso», pensó. «Soy Taliesin: una palabra formada por letras; un sonido en el rumor del viento, una ola del mar, y el Gran Mannawyddan es mi padre; una lanza arrojada desde los cielos...»

Estos términos empezaron a girar en la mente del muchacho. Su espíritu se estremeció cuando lo tocaron, antes de emprender el vuelo al interior de la palpitante oscuridad de la que habían surgido, dejando su marca impresa en su joven espíritu como con un hierro al rojo.

«Soy Taliesin», pensó, «cantor en el alba de la Era.»

Al día siguiente, mientras se estaban recogiendo los restos del festín, Cormach, el Gran Druida de Gwynedd, llegó a Caer Dyvi sin más acompañante que el poni pardo que montaba. No habló con ninguno de los allí presentes, quienes lo contemplaron pasar en silencio, y se dirigió directamente a la cabaña de Hafgan, donde se detuvo.

—¡Hafgan! —llamó.

Al cabo de un instante, el rostro de Blaise surgió de detrás de la piel de buey amarilla que cubría la puerta de la cabana.

—¡Cormach! —El joven salió despacio—. ¿Qué es...? Quiero decir, bienvenido,

maestro. ¿Cómo puedo servirte?

—¿Dónde está Hafgan? Llévame hasta él.

—Con mucho gusto. ¿Irás a pie? No está lejos.

—Iré a caballo —respondió el anciano.

Blaise tomó las bridas del poni y condujo al animal y a su jinete de nuevo a través del poblado fortificado de la colina, por el mismo camino por el que habían venido. Una vez fuera de los portones de madera lo abandonaron y se dirigieron al interior del bosque, donde tomaron un sendero muy bien marcado que discurría entre los árboles y llevaba al claro que Hafgan utilizaba a menudo para la instrucción de Taliesin.

Al penetrar en éste se encontraron con el muchacho y su maestro en una pose habitual en ellos: Taliesin sentado con el cuerpo doblado hacia adelante a los pies de Hafgan, con el bastón de éste sobre su regazo, mientras el druida permanecía acomodado en su acostumbrado tronco de roble con los ojos cerrados, mientras escuchaba a su alumno recitar la lección. Cambiaron de postura en cuanto el Gran Druida descendió de su montura. Hafgan se incorporó y Taliesin dio un brinco.

—¡Cormach está aquí!

—Maestro, tu presencia es una alegría y una grata sorpresa —saludó Hafgan—. Espero que no sucederá nada malo en Dolgellau.

—He venido a ver al muchacho, si es eso lo que quieres saber —replicó el anciano—. Me estoy muriendo. Quería ver al chico una vez más antes de reunirme con los Antiguos.

—¿Muriendo? —se preguntó Blaise en voz alta. Cormach se volvió hacia él, enojado. —Tus oídos funcionan perfectamente, Blaise. Pero a tu lengua le convendría algo que la sujetara.

Hafgan miró con atención a su maestro.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó en voz baja.

—Presenciaré mi último *Lugnasadh* —afirmó, inclinando la cabeza para mirar al cielo como si pudiera encontrar el momento exacto allí escrito—, pero no veré *Samhain* de nuevo.

Hafgan lo aceptó con calma, pero Blaise se adelantó y preguntó:

—¿Puede hacerse algo?

—Oh, sí, siempre es posible: haz retroceder los años, Blaise; encierra el tiempo en una jarra, agita tu varita de avellano y, mientras tanto, conjura para mí el cuerpo de un hombre joven, aunque no quiere eso decir que éste no me haya servido. Bien, ¿qué miras? Te he explicado qué hacer. ¡Ponte en marcha!

Blaise se sonrojó. Taliesin quedó algo perplejo ante aquella conversación. ¿Por qué estaba Cormach tan alterado? Sin duda el comentario de Blaise se debía a la preocupación que sentía por su antiguo maestro.

—Si te he ofendido... —empezó Blaise.

Cormach hizo una mueca e hizo a un lado la disculpa antes de que terminara.

—Ve y hiérveme una col para cenar, muchacho —pidió al *filidh*—. Y ponle algo de pescado, si tienes.

Blaise se animó al instante.

—¡Pescaré algunos! —anunció, echando a correr fuera del claro.

—Taliesin, ven aquí —llamó Hafgan, volviéndose hacia el muchacho—. Cormach quiere hablar contigo.

El jovencito se aproximó cauteloso. Siempre había sentido un gran respeto por

el anciano, cuyos modales abruptos y a veces cáusticos a menudo le hacían parecer feroz. Taliesin, en realidad, no estaba asustado, sino simplemente prevenido, y le preocupaba decir algo incorrecto en presencia del Gran Druida.

El muchacho se detuvo frente a él.

—Me siento honrado, maestro —saludó al tiempo que se llevaba el dorso de la mano a la frente en señal de supremo honor y respeto.

Cormach lo estudió por un instante y sonrió de modo que su rostro apareció todo arrugado. No obstante, la sonrisa desapareció tan de repente como se había perfilado.

—¿Has tenido una visión, chico?

La pregunta cogió a Taliesin por sorpresa.

—S-sí —respondió, antes de darse cuenta de que aún no se la había mencionado a Hafgan.

—Cuéntamela.

Taliesin vaciló y miró a Hafgan.

—¡No lo mires a él, mírame a mí! —ordenó Cormach. Volvió a medias la cabeza y dijo—: Puedes irte ahora. Quiero hablar con el muchacho a solas.

Hafgan asintió, tomó el bastón de serbal de detrás de la silla de montar, lo entregó a su maestro, y se fue sin pronunciar una palabra.

Cormach cojeó hasta el tocón del árbol y se dejó caer pesadamente sobre él.

—Ven aquí, muchacho, siéntate. Ahí, así. —Contempló una vez más con atención al chiquillo de dorados cabellos que tenía ante él y sus modales se suavizaron—. Perdona a un anciano, muchacho. Si parezco brusco con ellos es sólo porque ya no tengo tiempo para formalidades y ceremonias sin sentido. Además, me he ganado ese derecho.

Taliesin le devolvió la mirada al Gran Druida pero no comentó nada. Siempre sentía una extraña mezcla de excitación y temor en su presencia, como atracción y repulsión a la vez. No había nada físicamente amenazador en Cormach: estaba seco como una rama vieja, y su rostro, lleno de arrugas y con la piel bien curtida de toda una vida permaneciendo inclinado sobre hogueras aromáticas. Así era como Cormach realizaba sus profecías: penetrando en su *awen* mediante la contemplación de las llamas.

A lo mejor consistía en que había algo del Otro Mundo en Cormach, como si permaneciera con un pie en el mundo de los vivos y el otro en el mundo del más allá. Taliesin tuvo la sensación de que veía más que otros hombres. Tener aquellos ojos clavados en él, un simple muchacho, lo emocionaba y asustaba un poco.

—Háblame de la visión —repitió Cormach.

Taliesin asintió.

—Vi la Isla de Cristal, maestro. Estaba allí, a lo lejos, en el mar oriental, reluciente como una piedra pulida, como una hermosa joya...

—¿Sí? ¿Qué más?

—Era hermoso, pero triste. Ellos gritaban; eran voces que sollozaban. «Perdido», decían, «todo está perdido.» Era tan triste, maestro, no había esperanza para ellos.

—¿Y luego?

—Entonces la isla se desvaneció y ya no la pude ver.

—¿Cómo desapareció? Ahora piensa con cuidado.

Taliesin cerró los ojos para ayudarse a recordar.

—Se desvaneció, sí, pero también pareció como si se hundiera bajo las aguas mientras se desvanecía.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. —Taliesin meneó la cabeza, solemne.

Cormach suspiró y asintió. Levantó los ojos hacia el pedazo de cielo azul-blanco que podía atisbarse a través de las ramas que había sobre sus cabezas. Hacía calor en el claro, y el canto de los pájaros sonaba soñoliento; las hojas de las ramas se susurraban las unas a las otras en la melodiosa habla que les era propia.

—¿Qué significa? —preguntó Taliesin—. ¿Está realmente encantada la Isla de Cristal, como dice la gente?

—¿Encantada? No —Cormach sacudió la cabeza despacio—, al menos no en la forma en que tú imaginas. Es un lugar totalmente real. Está en las Tierras Occidentales, las Islas del Verano, o lo que queda de ellas. ¿Qué significa?

El Gran Druida rodeó su bastón con ambas manos y se reclinó en él, apoyando la cabeza en el antebrazo.

—Significa que la oscuridad regresa de nuevo, Taliesin, y que debemos estar preparados.

—¿La Era de las Tinieblas?

—Ya veo que Hafgan te lo ha explicado.

—Pero, ¿de dónde viene la oscuridad?

—Pues, así es como pasó: cuando el Espíritu Supremo hizo el mundo, creó al sol para que brillara sobre él y desterró a la oscuridad al mundo subterráneo, donde habita en una fría caverna desde la que contempla con odio el mundo de la luz mientras su perverso corazón se corroe de envidia. Pero, de vez en cuando, la luz se debilita y la oscuridad escapa y ataca al mundo en un intento de hacerlo suyo, de apoderarse de él. Sin embargo, jamás podrá poseerlo de nuevo; por lo tanto, puesto que no puede conseguirlo, intenta siempre destruirlo.

»Durante muchos miles de años los Hombres Occidentales han sido los guardianes de la luz y, mientras se mantenían fuertes, la oscuridad ha permanecido encerrada en su caverna. Pero ahora, al parecer, están perdiendo vigor, aunque no sé a qué se debe.

—¿Ha ocurrido antes?

—Oh, sí, muchas veces ya. Pero en cada nueva ocasión es peor. La oscuridad se vuelve más poderosa y es más difícil derrotarla y obligarla a retroceder de nuevo a su caverna.

»La oscuridad sumergió al mundo entero durante cientos de años la última vez. También en esa ocasión los Hombres Occidentales se debilitaron, y el mar se tragó a la mayor parte de las Islas del Verano.

Los ojos de Taliesin se hallaban abiertos de par en par ante aquel terrible misterio.

—¿Qué sucedió entonces?

—Algunos de los Hombres Occidentales vinieron aquí, otros se marcharon a otros lugares. Algunos sobrevivieron en la última de las Tierras Occidentales, la isla cuyo reflejo contemplamos de cuando en cuando y que llamamos la Isla de Cristal.

—Entonces, ¿la vi de verdad?

—Claro que sí, jovencito. Pese a que no todo el mundo puede.

—¿La habéis observado alguna vez?

—Dos veces.

Taliesin frunció el entrecejo y se puso a considerar todo lo que Cormach le había contado.

—Si desaparecen las Tierras Occidentales —repuso por fin—, será responsabilidad nuestra contener la oscuridad.

Cormach entrecerró los ojos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque debemos ser nosotros, ya que somos los únicos que lo sabemos y los únicos que podemos hacer algo.

El Gran Druida reflexionó sobre esto y durante un buen rato permaneció contemplando al muchacho que tenía ante él: rubio, de frente amplia y despejada, sus ojos como los lagos del bosque, ora azules, ora de un verde profundo; de torso y miembros largos y finos. Sería un hombre alto, más alto que la mayoría. Cormach lo miró y preguntó:

—¿Quién eres, Taliesin?

La pregunta no había sido hecha con intención de ofender, pero el muchacho se sobresaltó, su expresión se llenó de angustia. Cormach se dio cuenta del desasosiego del muchacho y pensó: «Hafgan tiene razón, este Taliesin es diferente y uno se olvida de que no es más que un chiquillo después de todo. Sin embargo, ¿cuánto sabe? ¿Qué poderes posee?».

—Soy Taliesin *ap* Elphin —replicó éste, y luego admitió—; sin embargo, a veces pienso que voy a recordar algo más, que sólo debo concentrarme con fuerza y lo recordaré todo, pero nunca lo consigo.

—Ni lo conseguirás, muchacho. Aún no, al menos.

—Anoche entreví parte de ello, pero esta mañana no tiene sentido para mí.

—Si continúas observando y escuchando, Taliesin, un día lo tendrá.

—Pero, decidme, maestro, ¿qué puede hacerse con la oscuridad? Debemos intentar algo.

—Cada uno debe procurar lo que esté a su alcance, Taliesin. Eso es todo lo que pueden hacer los hombres. No obstante, si todos cumplieran, sólo eso sería suficiente. Sí, y más que suficiente.

Taliesin frunció el entrecejo de nuevo.

—¿Sí? ¿Queréis decir que algunos no resistirán?

—No, chico, no lo lograrán. Algunos hombres no poseen luz en su interior y se entregan a la oscuridad cuando ésta aparece. Eso dificulta nuestro trabajo enormemente.

—Entonces, tenemos que ser mucho más fuertes —replicó Taliesin con bravura.

El Gran Druida tomó la barbilla del muchacho en su mano.

—Mírame y recuerda, Taliesin. Recuérdame en lo que ha de venir. —Cormach dejó caer la mano y se echó hacia atrás, exhausto.

—Os lo prometo, maestro —aseguró Taliesin—. Jamás os olvidaré.

El anciano sonrió levemente, luego se apoyó en su bastón y se puso en pie con esfuerzo.

—Bien. Ahora vayamos a ver qué tal le va a Blaise con ese pescado.

Abandonaron juntos el claro. Taliesin conducía el poni pardo. Hafgan estaba sentado en su tocón ante el portón de entrada; se levantó y se acercó a ellos en el momento en que salieron del bosque.

Cormach hizo adelantarse a Taliesin para poder hablar en privado con Hafgan.

—Tenía otro motivo para venir. Quería comunicártelo antes de que llegara la

noticia de otra parte.

Hafgan sacudió la cabeza.

—La elección fue muy fácil —continuó Cormach—. No requirió ni avellanas ni agua de roble. Tú serás el Gran Druida.

Hafgan se detuvo para volverse hacia su maestro.

—Me honras demasiado.

—En absoluto —repuso Cormach—, es tu derecho. Nadie más podía ocupar mi lugar.

La boca de Hafgan se movió, pero las palabras se le quedaron en la garganta. Volvió el rostro hacia los acantilados y el reborde plateado del mar que relucía en el horizonte.

—No te apenes por esto —le dijo Cormach—. Soy viejo y estoy cansado. Es hora de que un hombre más joven sea Jefe de la Hermandad. He sido afortunado al poder escoger a mi propio sucesor y puedo morir sin inquietudes.

—Regresaré contigo... —empezó Hafgan.

—No es necesario.

—Por favor, permíteme que te sirva.

El anciano druida meneó la cabeza con suavidad.

—Tu lugar está aquí, con el muchacho. Quédate. Me verás de nuevo antes de *Samhain.* —Aspiró con fuerza—. ¡Ahhh! El aire del mar abre el apetito.

Hafgan lo tomó del brazo y se pusieron en marcha hacia el *caer.*

—Comeremos y podrás descansar.

—Descansar... —replicó Cormach—, pronto obtendré mi reposo. Lo que preferiría es hablar contigo, Hafgan, si no te importa escuchar a un anciano.

6

Charis no sabía si Avallach se encontraba en Kellios o embarcado en otra de las campañas de su interminable guerra contra Néstor y Seithenin. Estaba preparada para aceptar cualquiera de las dos alternativas: enfrentarse a su padre inmediatamente, o esperar con paciencia su regreso. Sin embargo, para lo que no estaba prevenida era para el espectáculo de un rey pálido, cojeando como un muerto por un gran salón vacío, mientras estornudaba cada dos minutos y exigía a gritos que le trajeran su medicina.

Desde su encuentro con Throm se había sentido nerviosa e inquieta. No porque éste hubiera pronosticado la destrucción del mundo, lo que resultaba demasiado fantástico para poderlo comprender, sino porque temía no poder volver a ver su hogar. Esto se había convertido en una obsesión para ella, le parecía que el momento no iba a suceder nunca y, a cada instante que pasaba, se sentía más ansiosa por no llegar demasiado tarde.

Pero, cuando el carruaje descendió de las amenazadoras colinas en dirección al familiar puerto de forma circular, Charis contempló la Isla de las Manzanas flotando serena sobre sus huertos de manzanos al otro lado de la bahía y suspiró aliviada, con una mezcla de alegría y de desilusión al verlo todo igual. «Nada ha cambiado», pensó, «está todo exactamente igual que el día en que me fui.»

Este pensamiento, reconfortante en cierta forma, le produjo también una decepción. Algo debería de haber cambiado. «Al fin y al cabo, ¡he estado fuera siete años!», pensó, y comprendió que, de una forma vaga, había esperado que su hogar se hubiera modificado tanto como ella durante aquel tiempo.

Mientras subía por la larga avenida que conducía del puerto al palacio, Charis imaginó que sus siete años de exilio habían sido en vano. Penetraría en el gran salón y Avallach estaría allí con los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada dura, la barbilla alzada como un acantilado de granito y una expresión sombría y feroz, ocultando el trueno que estaba a punto de estallar. Oiría su voz, que resonaría a lo largo del brillante suelo al recorrer la distancia que los separaba. Parecería como si sólo hiciera un momento que hubiera salido de la habitación. Todo permanecería igual.

Incluso eso hubiera sido preferible a la escena con la que se encontraron sus ojos mientras recorría un sucio y oscuro pasillo en dirección a las grandes puertas de cedro cuyo brillo se había dejado empañar bajo una pátina de polvo gris. El palacio parecía casi abandonado. Al llegar, había salido a recibirla un senescal joven, que no estaba demasiado seguro de quién era ella, y éste la había conducido sin protocolos al gran salón.

—Ve a buscar a Annubi —le ordenó, mientras el senescal la contemplaba inmóvil entre confuso e indeciso—. Dile que Charis ha regresado.

El joven se hizo un lío con los pies en sus esfuerzos por escapar y, mientras se alejaba, Charis tomó el regalo que había traído para su padre y se volvió hacia la

puerta. La mano le tembló al posarse sobre el grueso cordón. Tiró de él, el enorme panel se abrió sin un sonido y penetró en el oscuro salón. A pesar de que el sol brillaba en el exterior, la estancia estaba en penumbra.

En un principio pensó que el senescal la había conducido a un lugar equivocado y que Avallach no estaba allí. Se daba ya la vuelta cuando oyó:

—¿Quién está ahí? —La voz era un áspero susurro.

Se volvió y avanzó despacio hasta el centro de la enorme sala.

—¿Padre?

De la tarima situada al otro extremo de la sala surgió una tos seca. Charis se detuvo y miró en aquella dirección. Allí, a los pies del trono, estaba sentado Avallach, la espalda apoyada en el escabel, las piernas extendidas ante él. Sus ojos brillaron cuando la miró desde las sombras.

—¿Eh? —dijo, y la exclamación le produjo un ataque de tos que le hizo doblarse hacia adelante.

—Padre, soy yo, Charis —repuso ella, acercándose.

El rey levantó la cabeza y la miró con atención, luego se puso en pie trabajosamente y se acercó, moviéndose con un extraño paso vacilante. La muchacha vio que se apoyaba sobre una muleta.

—¿Has traído mi medicina? —preguntó mientras se aproximaba, las palabras rechinaron en su boca.

—Soy Charis —repitió ella—. Tu hija, he vuelto a casa. —Contempló horrorizada la ruina en que se había convertido su padre.

—¿Charis? —Avallach se acercó tambaleante para verla mejor. El pelo le colgaba en mechones apelmazados y lacios, su rostro aparecía blanco como el papel, y sus ojos, débiles y llorosos.

Charis hubiera querido correr hacia él, abrazarle, pero la sorpresa de verlo tan distinto la mantenía clavada en su sitio.

—Así que has regresado. —Avallach se acercó aún más, respirando con dificultad; un sudor frío hacía brillar su frente.

—Padre, ¿qué ha sucedido? ¿Dónde está todo el mundo? Estás enfermo; deberías guardar cama.

—No debieras haber regresado. —Jadeaba por el esfuerzo que le había supuesto recorrer aquella distancia.

—Tenía que venir —repuso ella—, para verte. He estado fuera tanto tiempo. Quería...

—No debieras haberlo hecho —repitió Avallach. Alzó la cabeza y chilló—: ¡Lile! ¡Mi medicina! —Sus palabras resonaron en la sala vacía.

—Te he traído algo —siguió Charis, recordando el regalo. Levantó el largo y delgado objeto envuelto en una piel aceitada y lo colocó sobre sus manos, mientras él aguantaba el equilibrio sobre la muleta.

Avallach contempló el objeto con indiferencia.

—¿Qué es?

—Deja que lo abra —replicó ella y empezó a aflojar las bandas que lo sujetaban. Un brillo de plata centelleó bajo sus manos y, al instante, el envoltorio se abrió para mostrar una delicada espada, cuya elegante longitud se estrechaba hasta terminar en imperial punta. La empuñadura era de reluciente oricalco incrustado de rubíes y esmeraldas, y los ojos de dos serpientes coronadas con sus cuerpos entrelazados formaban el mango. Descansaba sobre las palmas de Avallach, despidiendo un frío

fulgor.

La hoja estaba decorada con una intrincada filigrana y llevaba grabada una inscripción que decía: «Empúñame» en un lado, y «Guárdame» en el otro.

—Te burlas de mí con tu regalo, muchacha —afirmó Avallach, y le devolvió el arma con un gesto brusco, dándole luego la espalda.

—No, por favor, no era mi intención.

—¡Lile! —rugió el rey de nuevo—. ¡Mi medicina!

En aquel momento, se abrió la puerta y una joven entró corriendo. Llevaba un vaso de plata en una bandeja y una larga tira de ropa blanca sobre el brazo.

—Tu medicina, esp... —empezó, y se interrumpió tan bruscamente al ver a Charis que estuvo a punto de volcar el vaso sobre la bandeja—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Soy Charis, he regresado. —Miró fijamente a la joven. Era pálida y delgada, con unos ojos grandes y oscuros, casi luminosos, y una larga cabellera que se derramaba en una oscura cascada por debajo de la cintura. Lile no era mucho mayor que la misma Charis.

—Sé quién eres —replicó Lile. Se colocó con cuidado entre Avallach y Charis y le ofreció la bandeja al rey; éste tomó el vaso y se lo llevó a los labios, bebiendo ruidosamente—. Eso es —le animó la muchacha—, bébetelo todo. —Cuando terminó, Avallach dejó caer el vaso sobre la bandeja y Lile le secó la barbilla con el pedazo de ropa como si se tratara de un niño descuidado.

—Charis —dijo entonces Avallach con una sonrisa estúpida en el rostro—, ¿no sabías que me había vuelto a casar?

—¿Cómo habría podido saberlo? —replicó ella sin dejar de observar a la mujer morena—. Nadie me lo dijo.

—Pensé que lo habrías oído —contestó Avallach.

—Llevamos casados tres años —añadió Lile con rapidez—. Tenemos una hija.

—¡Oh! —replicó Charis. Contuvo a duras penas sus furiosas emociones y preguntó—: ¿Dónde están mis hermanos? ¿Dónde están Guistan, Eoinn, Kian y Maildun?

—Donde yo estaré cuando me haya curado —gruñó Avallach—. ¡Luchando! —Rompió a toser otra vez y Lile le secó la barbilla de nuevo con la tela.

—Entiendo —repuso Charis—. ¿Y Annubi?

—Oh, por ahí, en algún sitio. —Avallach agitó la mano con aire ausente. Contemplaba a su esposa con ojos nublados y mirada perdida. ¿Era un narcótico la medicina?

—Annubi vive recluido últimamente —le informó Lile—. No hay duda de que lo encontrarás en su maloliente celda. Si nos disculpas, es hora de cambiar el vendaje del rey.

Lile tomó a Avallach del brazo y le hizo dar la vuelta. Charis vio la herida entonces, o una prueba de ella, ya que una desvaída mancha rosa empapaba las ropas del monarca justo debajo de las costillas de su costado izquierdo. Ambos se alejaron arrastrando los pies mientras Charis los observaba. Luego se volvió y salió a toda velocidad de la habitación, mordiéndose el labio para no gritar.

Charis encontró a Annubi donde Lile le había indicado: en su celda, en los aposentos inferiores de la servidumbre. Golpeó la roja puerta y penetró en el interior sin esperar una respuesta. Estaba sentado solo a la luz de una única vela y contemplaba la Lia Fail, que descansaba sobre la mesa ante él. Sus manos no tocaban

la piedra, sino que estaban cruzadas sobre su regazo. Su rostro estaba arrugado y cansado, pero en sus ojos brilló la antigua chispa al verla.

—Sabía que estabas en camino —saludó, mientras sus labios se curvaron en una sonrisa—. Hasta ahora había esperado que te mantendrías alejada.

—Oh, Annubi. —Charis se abalanzó hacia él. Cayó de rodillas a su lado y apretó la cabeza contra el pecho del hombre.

El adivino la rodeó con sus brazos y le dio unas suaves palmaditas.

—Ha pasado mucho tiempo —afirmó.

—Lo sé. Pero ahora he vuelto a casa. —Levantó la cabeza y miró con fijeza su rostro cansado—. Oh, Annubi, ¿qué es? ¿Qué va mal aquí? ¿Dónde están todos y qué le ha sucedido a mi padre? ¿Quién es esa mujer de ahí arriba?

—¿Lile? —Annubi se encogió de hombros—. El juguete del rey. No es nadie.

Charis se incorporó y tiró a Annubi de la mano.

—Ven conmigo. Tenemos que hablar. Quiero que me cuentes todo lo que ha sucedido desde que me fui, pero no soporto esta sofocante habitación.

De modo que abandonaron la celda de Annubi y pasearon una vez más por entre la fresca sombra azulada del pórtico de columnas. El adivino, con voz pausada y entristecida, relató todo lo ocurrido.

—Fue la guerra —empezó—. Hubo muchos motivos: la muerte de tu madre, tu partida, la perversa traición de Seithenin, todo esto causó un impacto terrible sobre tu padre. No obstante, encontró consuelo en la lucha, creyó que la venganza curaría la herida que le habían infligido.

»Y la verdad es que la guerra pareció decantarse de su lado al principio. Su odio y su deseo de venganza solos sostuvieron más de una batalla, pero Seithenin y Néstor son muy hábiles en el engaño y en la trampa. Cuando comprendieron que no podían ganarle por la fuerza, al menos con las fuerzas de Belyn y Meirchion apoyándolo, decidieron acosarlo. No se enfrentaban a él en campo abierto, sino que le tendían emboscada tras emboscada; lo alejaban de posiciones donde su victoria era segura, obligándolo a salir en su persecución y, mientras los perseguía, arrasaban los pueblos de las costas y las fronteras.

»Desde luego, no se atrevían a enfrentarse a él en buena lid en el campo de batalla, sino que asolaban una población y masacraban a sus indefensos habitantes mientras intentaban refugiarse en sus casas, para luego desaparecer y ocultarse de nuevo en lugar seguro. Me enferma pensar en toda la desdicha que han causado. Para resumir, lo obligaron a luchar utilizando la intriga y el engaño: dos armas que nunca le han gustado y que no sabe emplear demasiado bien.

—¿Cómo lo hirieron? ¿Cuándo? —quiso saber Charis.

—Hace tres años. No puedo decir cómo sucedió. Después de aquellas primeras batallas afortunadas, cuando la guerra cambió de rumbo, ya no volví a acompañarlo. —El adivino lanzó un profundo suspiro—. Iba a defender una ciudad en la frontera corania, Oenope, creo. Llegó justo a tiempo de bloquear la retirada de Seithenin, pero éste se hallaba preparado: ocultaba una parte de su ejército. Por una vez tuvo lugar una batalla y Seithenin la ganó. Los hombres de Avallach estaban agotados por la marcha y no estaban en condiciones de enfrentarse a unas tropas totalmente descansadas; sin embargo, lucharon. Hubo grandes pérdidas en ambos bandos, la mayor parte de los dos ejércitos sucumbió aquel día.

»Al final, Seithenin se retiró y abandonó a Avallach sobre el campo de batalla, creyéndolo muerto. No cometió un error, sino que no sabía que estaba herido, de lo

contrario no se hubiera ido sin dejar el asunto resuelto.

Charis escuchaba con aterrada fascinación. Jamás había imaginado que algo así estuviera sucediendo. Su mundo en el foso de los toros quedaba demasiado lejos del que Annubi le describía. Ni una sola vez recibió nada que no fuera una muy vaga impresión de luchas que tenían lugar muy lejos de allí. Había una guerra, sí, y parecía interminable. Eso era todo lo que sabía.

—Condujeron al rey a la ciudad, o lo que quedaba de ella. Había una casa que había escapado del fuego y acomodaron a Avallach allí. Pertenecía a un comerciante; su hija se ocupó de cuidar al rey. No se consideró que la herida fuese grave. Un día o dos para que cicatrizara y cabalgaría de regreso al palacio.

»Pero no fue así. Y cuando Belyn se enteró y se presentó para llevarse a Avallach, éste, en su debilidad, se había encaprichado de su joven niñera. —Annubi calló y elevó los estrechos hombros como toda explicación—. Aún no se ha apartado de su lado.

—Ella me dijo que estaban casados.

—Se casaron. Justo después de que Avallach regresara a casa. Ella, desde luego, regresó con él.

—Tienen una hija. Eso es lo que ella dijo.

—Morgian, sí —Annubi asintió con la cabeza—. Siempre me olvido de la criatura.

—¿Qué hay de Belyn y de mis hermanos?

—Siguen luchando, aunque de forma intermitente. Patrullan las costas y las fronteras y defienden las ciudades. Belyn se ocupa de Tairn, mientras que Kian, Maildun y Guistan mantienen a distancia a Seithenin. De cuando en cuando uno de ellos se encuentra con un grupo de saqueo y se produce una batalla, pero la mayor parte del tiempo se limitan a cabalgar y vigilar.

—Parece tan inútil, Annubi...

—Lo es, criatura. Esta guerra es la desesperación misma; no puede ganarse pero ningún bando se atreve a retirarse. Y los otros reinos permanecen sin inmiscuirse, mientras observan y piensan, supongo, en cómo obtener ventajas del perdedor, de la misma forma que ahora sacan partido de todos los combatientes, les venden suministros, caballos, armas, y algunas veces incluso hombres al que ofrece más. Sólo Meirchion sigue siendo nuestro aliado, pero está cansado. Claro está que hay conversaciones, tratados y alianzas, y más conversaciones y más tratados, pero todos mantienen sus distancias a la espera de recoger los despojos.

—¿Y Eoinn? —preguntó Charis—. No lo has mencionado.

Annubi dejó de andar.

—Pensaba que lo sabías.

Ella sacudió la cabeza.

—N-no.

—Está muerto, Charis. Ocurrió el año pasado.

—¿Cómo?

—Un ataque nocturno junto al Koran. Nadie vio lo que sucedió. Simplemente desapareció. —Annubi pronunció las palabras con cansancio—. Dos días después encontraron su cuerpo río abajo. No tenía ni una señal. Al parecer, lo tiró su caballo y se ahogó.

Charis inclinó la cabeza. Pobre y dulce Eoinn, tan fascinado por sus caballos. ¡Qué ironía que uno de sus queridos animales le hubiera provocado la muerte!

¿Cómo era posible que hubiera fallecido y ella no se hubiera enterado?

—El rey se estaba recuperando cuando sucedió, pero insistió en salir a caballo para traer de vuelta el cuerpo de Eoinn. Volvió aún más desmejorado y ha ido empeorando desde entonces.

—¿No se puede hacer nada?

Annubi hizo un rápido movimiento de cabeza.

—Mientras ella permanezca en su interior..., nada. Sólo Bel sabe lo que echa en ese asqueroso brebaje que le da. Lo hace ella misma y no permite que nadie se le acerque. —Se interrumpió y profirió sombrío—: Creo que lo está envenenando.

—¿Por qué? —Charis levantó la cabeza—. ¿Se lo has dicho a él?

—Esa pócima lo mantiene débil y dependiente de ella. Y sí, se lo he insinuado. Se ríe de mí. He hablado también con esa arpía. Cree que estoy celoso del afecto que el rey siente por ella, cuando es ella la que está celosa; esa mujer está loca.

»He intentado tratar al rey yo mismo, pero Lile se pone hecha una furia, incluso me ha amenazado. —Meneó la cabeza tristemente—. Como si yo fuera un ladrón decidido a robar la mantelería del rey. Yo, Annubi, que ha servido al trono de Sarras durante tres generaciones. No tiene sentido.

Volvieron a pasear. Charis permaneció silenciosa un buen rato, mientras escuchaba cómo sus pasos deambulaban ligeros, sin apenas ruido, por entre las inmensas columnas de piedra.

—No importa, Annubi —dijo por fin—. Nada de ellos importa, por lo menos no ahora. Ha terminado.

—¿Qué ha terminado, Charis?

—Encontré a Throm otra vez —explicó la muchacha—, en una colina cerca del Monte Atlas. Estaba allí de pie, esperando el fin. Me dijo que habían transcurrido los siete años y recordé su profecía. Va a suceder, Annubi, tal y como él predijo.

—Así que lo sabes.

—También tú lo has sabido todo el tiempo, ¿por qué nunca lo has mencionado?

—¿Qué puede decirse?

—Hubo un terremoto en Poseidonis; sucedió cuando yo estaba en el foso de los toros. De pequeña intensidad, no ocasionó apenas daños y nadie fue herido, pero el templo de cristal se hizo añicos. El próximo será más fuerte, y el siguiente...

—¿Qué hizo la gente de Poseidonis?

—Pues nada. No hubo grandes pérdidas y, por tanto, siguieron con sus cosas.

—Las señales están ahí para que todo el mundo las lea —afirmó Annubi—, pero nadie les presta atención. La gente continúa con sus asuntos como si el mundo fuera a durar eternamente, y no será así. Nunca lo es.

—Podríamos advertírselo. Avisarles.

—¿Realmente crees que alguien escucharía? —se mofó Annubi—. No lo harán. Throm lo ha estado vaticinando durante años.

—Pero... el terremoto. Creerían...

—¡Oh, sí! El terremoto. Creerán cuando sus casas se derrumben sobre ellos, cuando los dinteles del templo se resquebrajen y caiga el sagrado edificio, aunque entonces será demasiado tarde.

—Pero seguramente... —apuntó Charis.

Annubi siguió andando algunos pasos, se detuvo de repente y se volvió en redondo hacia ella.

—¿Imaginas que éste es el primer desastre que le sucede a la Atlántida? Ha

habido otros.

—No lo sabía.

—Oh, sí. El último fue hace mucho tiempo. Una bola de fuego procedente del cielo se hundió en el mar, perforó el fondo marino y alteró la trayectoria de la Tierra. Ciudades enteras se vinieron abajo. Reinos enteros situados al sur se precipitaron sencillamente en el mar y desaparecieron. Enfermedades, pestes y guerras siguieron a ese desastre. Los sobrevivientes abandonaron las ruinas y emigraron a otras tierras. Pero la situación no estaba mejor en otras partes.

—No tenía ni idea.

—Los magos no hablan de estos hechos, pero los conocen. Se encuentran en los archivos, si se sabe dónde mirar. La gente olvida lo que no quiere recordar. Se niegan a creer que la catástrofe pueda jamás penetrar en sus pequeñas y mezquinas vidas. Ésa es la razón por la que no te escucharán a ti, ni a Throm ni a nadie que intente avisarles.

—Pero debemos intentarlo —insistió Charis—. Debemos tratar de que lo comprendan.

—¿Por qué?

—Porque tenemos que salvar tantas vidas como podamos, porque podemos sobrevivir.

Annubi sacudió la cabeza despacio.

—No, Charis —repuso con suavidad—. Nuestra era ha terminado. Las cosas son así. El mundo va a entrar en una nueva era y no hay lugar para nosotros en ella. El centro se desplazará una vez más, como sucede siempre, y la Atlántida desaparecerá bajo las aguas.

—Podemos obtener un barco y marcharnos en él, abandonarlo todo. Podemos ir a algún otro sitio.

—No existe ningún otro lugar, Charis. No para nosotros.

—No lo creo.

Annubi suspiró.

—Piensa lo que quieras, Charis.

—Saldré en busca de mis hermanos; iré a ver a Belyn.

—Te harán el mismo caso que las gentes de Poseidonis prestaron al terremoto, el mismo que siempre le han concedido a Throm.

—¡Basta! —gritó Charis colérica—. ¡Haré que me hagan caso! Lograré que me escuchen y que me crean.

Para conseguir convencerlos Charis tenía primero que localizarlos, de modo que persuadió a Annubi de que los encontrara mediante la Lia Fail y averiguara, si podía, adonde se dirigían. Entonces ella cabalgaría hacia ese lugar con la esperanza de encontrar a alguno de ellos o a varios.

—Te advierto que estás perdiendo el tiempo —le aseguró Annubi, tras consultar la piedra profética.

—Ya me has avisado antes. Ahórrate saliva y dime simplemente dónde puedo hallarlos.

—Como desees —se ablandó el adivino—. Kian es el que está más cerca. Se dirige al estuario del Nerus y, si mantiene su ruta y velocidad actuales, llegará a él dentro de dos días. Avallach ha levantado allí una atalaya, sobre las tierras de aluvión donde los dos promontorios se unen a la cuenca del río. Puedes recorrer la distancia en un día con toda facilidad. Espéralo allí.

—Gracias, Annubi. Me voy ahora mismo, y regresaré tan pronto como haya hablado con mi hermano. No tardaré; entretanto, cuida de mi padre por mí.

Annubi lanzó un bufido.

—Lile se encargará de eso.

—Pues asegúrate al menos de que no lo está matando.

Dicho esto regresó a su habitación y se vistió con ropas de montar: pantalones, una túnica corta ceñida por un cinturón ancho y unas botas altas de piel de becerro de color blanco; se sujetó la cabellera con la banda blanca de cuero que había usado en el ruedo. Tras echarse por los hombros una capa liviana de color rojo, se dirigió a los establos en busca de un caballo. Escogió uno de los que habían pertenecido a Eoinn y ordenó al caballerizo mayor que le ensillara el animal, abandonando el palacio en cuanto su montura estuvo lista.

Era una mañana luminosa, las nubes flotaban altas y ligeras y el campo aparecía tranquilo. Siguió el camino de la costa en dirección norte a través de suaves colinas, sintiendo el sol sobre su espalda mientras escuchaba cómo los pájaros llenaban cielo y tierra con himnos inocentes dedicados a la luz, al día, a la misma vida. Y casi hubiera podido persuadirse de que nada de lo que había averiguado en los últimos días era realmente cierto. No había guerra ni inminente destrucción; su padre no estaba enfermo, su hermano seguía vivo; lo había soñado todo en una odiosa pesadilla que no tenía ningún sentido en la luminosidad del día.

Las aves conocían la verdad y la cantaban.

Pero también ella la conocía, una verdad siniestra e inquietante que no se desvanecería aunque los pájaros trinasen y el sol brillase, y recaía en ella convencer a tantos como la quisieran escuchar, empezando por Kian, el heredero del rey.

Jamás había estado muy unida a Kian. De los cinco hijos de Avallach él era el primero, y ya era bastante mayor cuando Charis nació. Su mundo y el de ella fueron diferentes desde el principio; por eso, ahora, Charis tenía la impresión de que podría hablarle con alguna esperanza. No habían compartido ninguna de las pequeñas rivalidades de hermanos más próximos, y acostumbraban considerarse mutuamente desde una generosa distancia. Kian era muy parecido a Avallach en muchos aspectos, pero muy diferente en otras características importantes. Tenía iguales la cabeza de cabellos oscuros y espesos, los ojos vigilantes, las fuertes manos y la inquebrantable lealtad que tanto podía aplicarse a una causa como a una persona, una firmeza de propósito que muchos consideraban inflexible cabezonería. Sin embargo, se podía influir en él con un bien meditado llamamiento a la razón, ya que, al contrario que Avallach, acostumbraba ser más el pensamiento y no el corazón el que guiaba sus actos.

Como primogénito de Avallach, Kian siempre había poseído una indeleble sensación de seguridad de la que carecían los otros hijos del rey. Un día se ceñiría la diadema y el manto de estrellas. No sentía rivalidad, ni codicia, ni la menor necesidad de demostrar su fuerza o sus méritos, lo cual era propio de un carácter inseguro, y la ambición consecuente de estos elementos no formaba parte de él; en su cuerpo no había una sola partícula de falsedad o indecisión.

Charis cabalgó sin detenerse, familiarizándose de nuevo con su hermano a través del recuerdo mientras los kilómetros pasaban raudos bajo los cascos de su caballo. Siguió el camino de la costa hacia el norte hasta Oera Linda, una pequeña población marítima que presumía de una biblioteca inmensamente antigua, único foco que centraba su actividad y su interés. Cuando era niña había acompañado a su

madre muchas veces a Oera Linda, y en aquellos momentos le hubiera gustado poder quedarse y visitar el lugar, pero no quería arriesgarse a no encontrar a Kian. Por lo tanto, atravesó a toda prisa la estrecha calle principal y le asombró no ver a ningún otro ser humano mientras pasaba. Al llegar al otro extremo de la vacía ciudad, hizo girar su montura en dirección al interior para cruzar la lengua de tierra que separaba la costa marítima del estuario del Nerus.

El camino estaba bien señalado y no tuvo dificultad en encontrar su dirección. A pesar de que aquella zona parecía tan tranquila como la recordaba de antaño, se encontró con muy pocas gentes a su paso, bien fuera siguiendo su mismo sendero o trabajando en los campos. La mayoría de las casas que bordeaban la carretera también estaban abandonadas.

A media tarde alcanzó la línea divisoria de las aguas y se detuvo para inspeccionar. A su derecha la delgada península se extendía describiendo una curva para terminar en un revoltijo de rocas rojizas y espuma; frente a ella, el camino descendía para encontrarse con el Nerus, una ancha franja plateada que relucía en la brumosa distancia; detrás, la suave y dorada línea de la costa y, tras ella, el gran arco del verde-azulado Oceanus, despejado hasta la línea del horizonte.

Abrevó el caballo en un riachuelo cercano y luego volvió a montar para completar el último tramo de su viaje, llegando a la atalaya justo cuando el sol se hundía hacia el atardecer envuelto en nubes de un llamativo rojo anaranjado. La torre, visible desde lejos sobre su rocoso promontorio, constituía un lugar fácil de reconocer y el camino pasaba cerca de ella.

Charis llegó hambrienta y cansada, pero el ejercicio le había sentado bien ya que había proporcionado a sus músculos el cálido resplandor de la fatiga. Sintió tan sólo una punzada casi imperceptible en la lesionada espalda al desmontar para desentumecer hombros y piernas; dejó caer las riendas del caballo para que éste pudiera pastar en la hierba dulce que crecía en la esponjosa turba del promontorio, y empezó a pasear alrededor de la torre.

Era un tosco cuadrado de piedra, grosero y chabacano, ancho en la base para estrecharse rápidamente hasta acabar en una plataforma descubierta. Conformaba una construcción burda y sin atractivos erigida a toda prisa por conveniencias de la guerra y, hasta que no la vio de cerca, Charis no había ni siquiera pensado que podría tener que pasar la noche allí sola.

Tampoco había imaginado lo que podría comer, y no había traído provisiones ni tenía medios para encender un fuego. Pero aquella construcción era un refugio resistente, aunque grosero, y se dijo que no le haría ningún daño ayunar por una noche.

Se inclinó para cruzar la exigua arcada de acceso y ascendió los estrechos peldaños de la escalera de caracol de su interior hasta alcanzar una desnuda plataforma de madera. Se acercó al parapeto de piedra para contemplar la ancha boca del estuario y el mar situado más allá, ahora manchado del color del bronce expuesto a las inclemencias del tiempo. Un bosque de profundo color verde ocupaba la orilla situada frente a la torre, y las copas de sus árboles parecían retener la anaranjada luz que empezaba a desvanecerse.

Aunque el aire conservaba todavía el calor de la mañana, sintió frío en aquel lugar y se preguntó si no se hallaría más cómoda en otro sitio, así que se volvió para inspeccionar la plataforma. Una porción de ésta estaba cubierta por un tejado hecho de estacas atravesadas que sostenía un desigual techo de paja. Ocultos bajo este techo

encontró una manta de pieles de cordero cosidas, pulcramente doblada, y, junto a ella, un pellejo de agua. Había un pequeño brasero sobre un trípode con un cristal en una tira de cuero para encender un fuego, pero sin combustible. Al encontrarse con tan pobre acomodo, Charis decidió pasar la noche en la plataforma.

Descendió una vez más y condujo al caballo hasta un arroyo más abajo de la colina donde se alzaba la torre; luego, cuando ambos hubieron bebido hasta saciarse, Charis condujo al animal de nuevo colina arriba, lo desensilló y lo hizo entrar en la hueca base de la atalaya, donde le ató las patas para que no escapara. Hecho esto volvió a subir los escalones de piedra y sacó al exterior el edredón de lana, que extendió sobre la parte descubierta de la plataforma. Luego se tumbó sobre él para contemplar una puesta de sol llena de vencejos que revoloteaban y se precipitaban por los aires a la caza de insectos invisibles. No obstante, resultaba un atardecer extrañamente silencioso y Charis reflexionó sobre el hecho de que hallándose tan cerca del mar debería oír los chillidos de las aves marinas.

Permaneció allí tumbada hasta que salieron las estrellas y se quedó dormida pensando en lo que diría a Kian para convencerlo de que el mundo estaba a punto de finalizar.

7

Charis se despertó antes de la salida del sol. Las estrellas eran como antorchas extinguidas en el firmamento y, al este, el cielo mostraba una banda roja como la sangre que se extendía por el horizonte como una herida. Una brisa suave procedente del sur anunciaba que iba a ser una mañana calurosa. Resultaría un día bochornoso y húmedo en la hondonada. Desde la plataforma de la atalaya podía ver, al otro lado del estuario, una neblina azul que flotaba sobre las aguas y, más allá, las colinas tapizadas de árboles. El olor a pescado producido por la marea lo impregnaba todo.

Decidió ir hasta el río y bañarse antes de que el calor la dejara pegajosa e irritable. Tenía que enfrentarse con Kian hoy y deseaba estar relajada para lo que bien podría convertirse en una confrontación. Abandonó la torre y dejó que su caballo pastara en la hierba cubierta de rocío mientras ella descendía por la ladera llena de maleza en dirección a uno de los innumerables riachuelos que iban a desembocar al río.

Se acababa de sacar las botas cuando oyó el rítmico retumbar de los cascos de unos caballos. «¡Kian!», pensó, y, calzándose de nuevo a toda prisa, gateó apresuradamente en dirección a la atalaya justo a tiempo de ver a cuatro jinetes, cuyos emplumados yelmos y capas de montar ondeaban al viento, que coronaban la colina donde se alzaba la torre.

Uno de ellos se giró sobre la silla y la vio; dirigió su caballo hacia ella y, en aquel mismo instante, Charis comprendió que se trataba del enemigo.

Los otros tres pasaron junto a la torre y bajaron de nuevo la colina en dirección a la orilla. Ella se volvió para mirar hacia el mar. Un barco, de casco y velas oscuros, había penetrado en el estuario aprovechando la marea; aún estaba demasiado lejos para divisar ningún detalle, pero adivinó que iba lleno de hombres de Seithenin, que habían acudido para tenderle una emboscada a su hermano.

No había tiempo para pensar qué hacer. El adversario se acercaba ya a ella. Se volvió para enfrentarse a él y observó que llevaba una espada en la mano. Retrocedió para ganar espacio, el jinete vio su movimiento e, imaginando que se daría la vuelta para huir, espoleó a su montura para pisotearla desde atrás.

Sin embargo, Charis no escapó. Sino que aguardó a que el caballo galopara hasta quedar a pocos pasos de ella y, entonces, simplemente se dejó caer ante él, rodando a un lado mientras los cascos retumbaban cerca de ella. Cuando el jinete hizo girar al animal y regresó al trote para contemplar su obra, Charis había llegado ya a la torre, gracias a su extremada rapidez, se deslizó en su interior sin que nadie la viera con un solo pensamiento en su mente: avisar a Kian. Pero ¿cómo podría conseguirlo?

Alcanzó la plataforma de la atalaya y corrió hasta el parapeto. El barco había amarrado, se había hecho bajar un tablón y cientos de hombres corrían hacia tierra firme para gatear por la empinada y rocosa orilla. Se apartó rápidamente del lugar y

sus ojos se posaron en el brasero; fue rápidamente hacia él y agarró el pedazo de cristal rompiendo la tira de cuero. El sol relucía en el horizonte, pero los primeros rayos aún no habían aparecido. «¡De prisa!», masculló para sí, pero se quedó helada: se oían pasos en el interior de la torre.

La desnuda plataforma no ofrecía ningún lugar donde esconderse, pero con repentina inspiración se dio la vuelta, agarró el pellejo de lana y saltó sobre el tejadillo de paja. Se tumbó cuan larga era sobre el plano tejado y, dándole la vuelta a la piel, se la tiró por encima justo en el momento en que el jinete llegaba a la plataforma debajo de ella. Charis contuvo la respiración.

Le oyó moverse hasta el otro extremo de la torre, y atisbó desde debajo de la piel de cordero para observarlo, con la espalda hacia ella, mirando hacia abajo, al barco y a sus camaradas. Los llamó y agitó las manos, y luego se volvió para otear tierra adentro. «No me está buscando», comprendió Charis, «piensa quedarse aquí. Claro, ésa fue su intención primera; tiene que vigilar para ver llegar a Kian y entonces dará la señal a los demás.»

«Bueno, puedo ayudarle en eso», pensó mientras sujetaba el cristal con fuerza. Estiró una mano hasta el extremo del pellejo con infinito cuidado, haciendo girar el cristal a un lado y otro, pero el sol no estaba todavía lo bastante alto como para capturar sus rayos. «¡Vamos, vamos!», instó al amanecer para que avanzara más rápido. «¡De prisa!»

La piel de cordero resultaba sofocante y Charis pensó que se ahogaría en cualquier momento, de modo que la apartó de su cara y atisbó hacia afuera. El enemigo permanecía aún medio vuelto de espaldas a ella, con la mirada fija en las colinas del interior. «¡Maldito seas, Bel! ¡De prisa!»

Sintió cómo el cristal se calentaba en su mano, lo observó y lo vio relucir con una luz dorada y rosada a la vez cuando los primeros rayos de la mañana chocaron contra su superficie. Ésta concentró la luz del sol y la convirtió en un rayo ardiente. Charis sujetó el cristal con firmeza y deseó que hiciera arder el tejado que tenía bajo ella.

Una delgada columna de humo se elevó como un hilillo de la gruesa paja y al poco se le unió otra y luego otra. Los hilos de humo se mezclaron con la brisa y se dirigieron hacia el adversario. Ahora ya había aparecido una llama, un diminuto parpadeo de color amarillo pálido, en principio débil, pero que iba aumentando.

Charis mantuvo el cristal inmóvil, proporcionando al fuego todas las oportunidades para crecer. «¡Vamos, vamos! ¡De prisa!»

Escuchó como si alguien olfateara el aire, y el sonido volvió a repetirse enseguida. Echó una ojeada desde debajo de la piel justo en el momento en que el otro, al oler el humo, se volvía hacia ella. Arrojó la piel a un lado y saltó sobre él en un mismo movimiento. El sorprendido jinete dejó escapar una aguda exclamación y cayó hacia atrás. Charis le saltó de nuevo encima al instante, al tiempo que extraía el cuchillo que llevaba al cinto.

El jinete se recuperó de su momentánea sorpresa y la sujetó por las muñecas, pero no antes de que ella consiguiera empuñar el cuchillo. El hombre logró ponerse en pie, sus dedos seguían apretando con fuerza las muñecas de la muchacha. Con ojos desorbitados, lanzó una poco convincente carcajada.

—Después de todo, eres real —exclamó—. Creí que había visto una sombra ahí abajo. —Entonces miró detrás de ella y vio las llamas que brotaban del tejado de paja— ¡Eh! ¿Qué has hecho?

Charis intentó liberar sus manos, que el otro inmovilizaba, y la hoja del cuchillo se hundió en el brazo del hombre.

—¡Ahh! —gimió y, por fin, la soltó.

La muchacha levantó la rodilla al instante y le clavó el pie con firmeza en el pecho. Lo pateó con todas sus fuerzas, al tiempo que se daba impulso hacia atrás para aterrizar sobre las manos. Su adversario dio un traspié, y se golpeó contra el parapeto de piedra, se quedó sin respiración momentáneamente y el yelmo que llevaba rodó al suelo con estrépito.

Charis giró sobre sí misma y vio que las llamas aumentaban, extendiéndose por la paja; el penacho de humo empezaba a convertirse en una columna. Tomó la piel de cordero y empezó a avivar el fuego.

Casi inmediatamente unas manos la sujetaron y un brazo le rodeó el cuello. La levantaron en el aire y la arrojaron a un lado, con furia. Chocó contra las planchas de madera del suelo y un dolor agudo le corrió por la columna hasta el cerebro, como una negra y nauseabunda llamarada.

El hombre del caballo se inclinó sobre ella y le arrancó la piel de las manos, luego le volvió la espalda y empezó a golpear las llamas para apagarlas.

Charis se incorporó con un ronco gemido y, durante un segundo, permaneció apoyada contra el parapeto, sacudiendo la cabeza para desvanecer la neblina gris que le cubría los ojos mientras la piel de cordero subía y bajaba una y otra vez a impulsos del hombre. Cuando las llamas se extinguieron éste se giró hacia ella.

—Ahora, me encargaré de ti —afirmó con la voz ronca de rabia. Tenía las ropas manchadas de sangre a causa del corte del brazo.

El golpe acertó a Charis en la mandíbula justo debajo de la oreja y por poco no le arranca la cabeza. Rodó contra el parapeto pero no cayó al suelo. El hombre se abalanzó hacia ella y la muchacha cerró los ojos.

El puño salió despedido como un látigo y se estrelló contra su mejilla. Charis sintió el sabor de la sangre en la boca, y sus dedos se aferraron desesperadamente a la piedra. El jinete levantó la mano de nuevo y le giró la cara de un violento revés. El dolor hizo desaparecer la neblina que parecía rodearla y vio cómo él se arrojaba de nuevo sobre ella con las manos dispuestas a atenazarle la garganta; mientras, detrás de él, el fuego se había reavivado. Retrocedió de nuevo contra el parapeto y se aferró a él con una mano.

Su atacante llegó junto a ella y se inclinó para sujetarla, pero Charis giró sobre sí misma, levantando el cuchillo al hacerlo. La hoja se deslizó con facilidad entre las costillas del hombre y la sangre salió despedida con un burbujeante siseo al escaparse el aire del pulmón que había atravesado. El jinete la miró sin comprender, al tiempo que se llevaba las manos al costado.

—¡Manténte alejado! —le escupió Charis con los labios sangrando—. Atácame otra vez y te mataré.

El fuego chisporroteó al encenderse la paja y envió una nube negro-grisácea hacia el cielo.

—No servirá de nada —resolló el hombre, con la mano apretada contra su costado.

—Ya veremos.

—Lo verán desde allá abajo y enviarán a alguien.

—Que lo hagan.

—Dame el cuchillo y me ocuparé de que no te hagan daño.

—¡Kian es mi hermano! —le espetó, y luego hizo una mueca a causa del dolor que sintió al hablar.

El hombre apretó los labios con una expresión de dolor y oprimió aún más la mano contra el costado. La sangre salía a borbotones de la herida y, a la luz de la mañana, Charis vio que su rostro se había vuelto marfileño. El hombre se tambaleó.

—Dame el cuchillo.

Extendió la mano y avanzó hacia ella con paso vacilante.

—¡Manténte alejado! —siseó Charis.

El hombre se tambaleó hacia adelante; sus rodillas fueron a chocar contra la plataforma. Los ojos le quedaron en blanco, cayó de lado y se quedó inmóvil. Charis lo miró con atención un momento y luego, con cuidado, se le acercó; colocó las puntas de los dedos a un lado del cuello y percibió el débil pulso, después apartó las ropas y examinó la herida. Se perfilaba nítida y la sangre empezaba a coagularse. Por su experiencia en los ruedos supo que aquel hombre viviría.

Oyó un grito que procedía de abajo y, con las manos sobre las rodillas, estiró el cuerpo para ver; al instante sintió como si ardientes cuchillos le desgarraran la espalda. El dolor la aturdía, pero aspiró con fuerza para intentar mantener la mente despejada y se acercó al parapeto. Seis miembros de las tropas enemigas habían trepado a la orilla y corrían colina arriba en dirección a la atalaya.

Charis suspiró. No podía luchar contra otro soldado enemigo, y mucho menos contra seis. Se volvió, recogió la piel de cordero del suelo y la arrojó sobre las llamas que ahora ardían furiosas, elevándose rojas y amenazadoras bajo el fulgor de un sol que acababa de alzarse en el horizonte.

Las estacas de madera que formaban las vigas del tosco techo se derrumbaron, y las llamas se esparcieron por la plataforma de madera. Charis retrocedió para colocarse fuera de su alcance, deseando con todas sus fuerzas que Kian viera la pira y advirtiera el aviso. Se dejó caer sin fuerzas contra la pared de piedra mientras los soldados alcanzaban los últimos peldaños de la escalera interior.

En menos de un segundo, el primero de ellos apareció por el agujero de acceso. Atravesó la plataforma en tres rápidas zancadas. Charis levantó el cuchillo. El soldado lanzó un certero puntapié hacia arriba, y el cuchillo salió despedido por los aires.

Un instante después se sintió levantada del suelo y el hombre la echó sobre su hombro. Vio cómo otros dos arrastraban el cuerpo del que había apuñalado, luego se sintió inmersa en un remolino de humo nauseabundo y oscuridad y, casi sin darse cuenta, se encontró tumbada sobre la hierba, junto a la torre, que se había convertido en un llameante faro. Vio un humo negro que se enroscaba hacia el cielo, y sintió una cálida sensación de orgullo «Si Kian está por aquí cerca», pensó, «lo verá. Tiene que divisarlo.»

Los soldados se habían reunido para una rápida deliberación, que terminó de forma abrupta. Uno de ellos se le acercó, la puso en pie de un tirón y se la echó también sobre la espalda. Los otros dos ayudaron a su compañero herido a levantarse y empezaron a dirigirse hacia la orilla.

Charis dejó que la transportara un trecho mientras recuperaba las fuerzas. Cuando el grupo llegó a terreno llano, el hombre que cargaba con ella la bajó para pasarla al otro hombro. Ese era el momento que Charis necesitaba.

Se echó a un lado y le dio una patada a su asaltante en la rodilla. La pierna del hombre se dobló y éste cayó, mientras lanzaba un grito de alerta a sus camaradas,

pero ella ya había echado a correr y les llevaba cuatro cuerpos de ventaja antes de que se dieran cuenta de lo sucedido. Huyó colina arriba sin hacer caso del dolor que sentía.

Cuando llegaba a la cima, uno de sus perseguidores la alcanzó, la agarró del brazo y la hizo girar. Ella tiró las manos hacia atrás, atrayéndolo contra ella y al mismo tiempo levantó la rodilla velozmente. El hombre lanzó un gemido y se desplomó, sujetándose con las manos la parte baja del vientre mientras se revolcaba lleno de dolor. El siguiente que la alcanzó tuvo más cuidado, aunque no más suerte. Se le arrojó a los pies con la esperanza de hacerla perder el equilibrio, pero ella calculó su salto a la perfección y aterrizó con ambos pies sobre el brazo extendido de su atacante. El hueso se partió con un crujido horripilante y el hombre lanzó un gemido.

Los dos siguientes la atacaron en pareja, aproximándosele uno por cada lado; uno de ellos empuñaba un cuchillo. Se lanzaron sobre ella una y otra vez; sin embargo, Charis los esquivó con facilidad, eludiéndolos. Los soldados lanzaron una maldición y se abalanzaron sobre ella. La muchacha se deshizo de ellos, pero el cuchillo se enganchó con su manga y la inmovilizó. Las manos de su enemigo la sujetaron al instante.

—¡La atrapé! —gritó—. ¡Usa tu cuchillo!

El segundo atacante sacó su arma y corrió hacia ellos. Charis aguardó hasta que estuviera tan cerca de ella que no pudiera esquivarla; entonces, simplemente levantó las piernas y plantó los pies con fuerza en el pecho del hombre. El impulso que llevaba le hizo continuar hacia adelante provocando que Charis se alzara en el aire, elevándose hacia arriba y por encima del que la sujetaba, con la misma ligereza que si la hubiera lanzado uno de sus toros. Los dos asaltantes chocaron y uno de ellos cayó al suelo con una herida de cuchillo en el costado.

Era libre de nuevo, pero los dos individuos restantes ya los habían alcanzado y, junto con el que empuñaba el cuchillo, avanzaban lentamente hacia ella con las espadas en la mano. El dolor de la espalda era terrible, los músculos empezaban a agarrotársele. La mandíbula y la mejilla le daban punzadas y la vista se le nublaba.

La rodearon y Charis se dispuso a enfrentarse a ellos, permitiéndoles que se prepararan para el ataque; sabía muy bien lo que haría. Cuando se lanzaron sobre ella, dio un salto adelante, aprovechando la inclinada ladera de la colina, y empezó a rodar, chocando contra los pies de uno de sus atacantes y derribándolo al pasar.

En menos de una décima de segundo, volvía a estar de pie y volaba colina abajo, pero al llegar al llano dio un tropezón y cayó cuan larga era sobre la hierba. Intentó levantarse, pero el movimiento le provocó una negra oleada de náuseas. Oyó el retumbar de pasos y, apretando los dientes, se retorció sobre el suelo para enfrentarse a sus atacantes por última vez.

Se habían detenido en la ladera de la colina, más arriba de donde se hallaba ella, con los ojos fijos no en la muchacha, sino a su espalda. Charis volvió la cabeza y vio una hilera de jinetes que galopaban hacia allí. «No hay escapatoria contra hombres a caballo», pensó.

Los tres adversarios de la colina lanzaron un grito y lo siguiente que la muchacha advirtió fue que se encontraba rodeada de caballos y de un gran griterío. Pero todo esto sucedía muy lejos y ya no tenía nada que ver con ella. Apoyó la cabeza sobre la hierba y dejó que la dominara el dolor. Una oscura cortina de humo colgaba entre el cielo y la tierra, dispersándose en la brisa. Charis notó que su propia

nebulosa conciencia se desvanecía con ella, y cerró los ojos.

El sol le daba con fuerza en el rostro, y Charis se despertó. La sostenían unos brazos y un rostro aparecía suspendido sobre ella.

—Tengo sed —dijo, y al cabo de un momento le colocaron una copa en los labios. Bebió aquella agua fresca, volvió a mirar el rostro, y lo reconoció—: ¡Kian!

—Los hombres estaban preocupados —exclamó alegremente—. Pensaban que no tendrían la oportunidad de dar las gracias a su liberadora. —Sonrió y soltó una corta carcajada que era, en su mayor parte, de alivio—. Les aseguré que no conocían a mi hermana si creían que cualquier ejército de Seithenin podría con ella. Tuvieron suerte esos carniceros de que llegásemos cuando lo hicimos.

—Kian, he...

—Recuéstate. ¿Dónde estás herida?

—En la espalda, es una vieja herida —aclaró e intentó sonreír.

—¿Puedes montar?

Sacudió la cabeza, lo cual hizo que le regresara de nuevo el mareo.

—Lo dudo.

Su hermano llamó a uno de sus hombres, quien asintió con la cabeza y se alejó a toda prisa.

—Pronto llegará un carruaje —le explicó, y la dejó sobre el suelo con cuidado—. Descansa ahora.

—Necesito hablar contigo.

—Luego.

—No, ahora.

Kian aflojó la tira de cuero de su barbilla y se quitó el emplumado yelmo, al tiempo que se acomodaba junto a ella. Charis vio los largos rizos oscuros que le caían sobre el cuello y la prominencia de su tirante barbilla; era como si viera a Avallach.

—¿Qué estás haciendo por aquí, aparte de salvar nuestras vidas?

—Esperarte.

—¿Sabías que vendríamos aquí?

—La Lia Fail, induje a Annubi a que la consultara.

Aceptó esto sin la menor muestra de asombro y preguntó:

—¿Por qué?

—Tenía que verte, hablar contigo. No sabía nada de la emboscada, Annubi no la vio.

—Tampoco la hubiéramos advertido nosotros de no ser por tu aviso. —Sonrió de nuevo, esta vez con placer—. Pequeña Charis, nunca pensé que te volvería a ver. Siete años sin saber nada, ni una palabra, y ahora estás aquí. ¿Qué era tan importante que te obligó a medirte con lo mejor de las tropas de Seithenin para poder hablar conmigo?

Él había hecho la pregunta y ahora ella no sabía cómo empezar lo que había venido a decirle. Las palabras le resultaban frágiles y torpes recipientes incapaces de transmitir la verdad de lo que sabía.

—Necesito tu ayuda, Kian. Eres el único que puedo confiar en que me escuche.

—Lo estoy haciendo.

—Kian, no queda mucho tiempo —comenzó y, entonces, todo salió a borbotones—. Hemos de estar preparados, se está terminando todo esto; la guerra no tiene sentido. Hemos de prepararnos porque se ha acabado, Kian. Hemos de...

La interrumpió.

—Espera, espera un momento. ¿Prepararnos para qué? ¿Qué se está acabando?

Ella vaciló, luego extendió las manos para abarcar todo lo que los rodeaba.

—Nuestro mundo, Kian. La Atlántida; va a ser destruida. Muy, muy pronto. Hemos de prepararnos para ello.

La miró con atención durante un momento.

—Si todo va a ser destruido —dijo despacio—, ¿importa mucho si estamos listos o no?

—Quiero decir que tenemos que estar preparados para partir.

Su hermano se encogió de hombros y sonrió con placidez.

—¿Adonde iríamos?

—No me crees.

—He oído esos rumores antes, Charis. Me sorprende que les des crédito.

—No es un rumor, Kian. ¿Arriesgaría mi vida para venir a verte por un rumor que hubiera oído en el mercado del pescado?

—¿Por qué venir a verme a mí? No soy el rey.

—Sabes perfectamente por qué. Padre no está en condiciones de discutir nada. Esa mujer lo mantiene drogado y medio loco.

—¿Eso piensas?

—¿Estás ciego también tú? Claro que lo hace, pero no es ése el motivo. —Se movió para incorporarse, y el dolor la dejó sin aliento.

—Tranquila —la aplacó Kian—. Échate hasta que llegue el carruaje.

—¿Por qué? ¿Qué te importa? Estoy perdiendo el tiempo aquí.

—Si yo estuviera dispuesto a darte barcos...

—¿Darme? ¿Piensas cerrarme la boca siguiéndome la corriente? ¡Dadle a esa loca un par de botes agujereados y que se vaya!

—Tranquilízate, Charis. No se trata de eso. —Se encogió de hombros—. Además, no tenemos barcos, al menos no tantos como necesitarías.

—¿Crees que así me contentas, Kian?

Este levantó las manos en un gesto conciliador.

—¿Qué pasaría si accediese? ¿Podrías probar que lo que afirmas es verdad?

—¿Me creerías si te lo demostrara?

—Sólo un estúpido duda de las pruebas —replicó él con afabilidad.

—Entonces, ¡ya eres un estúpido! —le espetó ella.

—¿Yo, un estúpido?

—¡Sí! Sólo un tonto exige que le demuestren lo que ya sabe.

—Escúchate a ti misma, Charis. Hablas en clave, como los magos.

—Y tú limítate simplemente a abrir los ojos y a mirar a tu alrededor, Kian. La tierra misma te lo está diciendo: soplan vientos ardientes del sur por la noche; las nubes van y vienen, pero no cae la lluvia; los pueblos que hay a lo largo de la costa están vacíos, abandonados; la tierra tiembla bajo tus pies durante el día, y el enorme cristal del Gran Templo de Poseidonis se ha hecho pedazos. Mira a tu alrededor, Kian. ¿Cuándo fue la última vez que divisaste un ave marina? ¡Piensa! Estamos cerca del mar, debería haber bandadas de ellas. ¿Dónde están?

La contempló un instante y volvió la cabeza, apretando los dientes.

—No me crees —continuó ella—. No existe ninguna posibilidad, ninguna prueba que te haga creer, Kian, porque ya has decidido no hacerlo.

—¡Charis, sé razonable! —Resopló de exasperación—. ¡Mira, no te he visto en siete años! ¿Qué he de pensar?

Charis le devolvió la mirada en un silencio indignado.

—Ha habido terremotos antes, y épocas de sequía, y pueblos abandonados a causa de la tierra. En nombre de Cybel, ¿qué se supone que debemos hacer? ¿Irnos a quién sabe dónde cada vez que el suelo se estremece un poco o unas cuantas gaviotas mugrientas se van a otra parte?

—Annubi aseguró que no lo creerías —replicó sombría—. Dijo que nadie lo haría.

—¡Ohh! —exclamó, mudo por la exasperación. Se puso en pie bruscamente y se alejó a grandes zancadas.

Charis se recostó de nuevo. «¿Por qué me preocupé siquiera?», pensó. «Sabía que resultaría así. Annubi me avisó. ¿Por qué me ha tocado esto a mí? ¿Por qué yo sí le creo a Throm? A lo mejor estoy tan loca como él, después de todo.»

El carruaje llegó mientras uno de los magos de Kian la atendía; la levantaron con sumo cuidado y la colocaron en su interior, mientras Kian daba órdenes al cochero y a la escolta.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó a su hermano cuando éste se volvió para despedirse.

—Tengo que encontrarme con Belyn dentro de dos días en un lugar de la frontera entre Tairn y Sarras, en Herakli.

—Vuelve a casa conmigo. Habla con nuestro padre.

Kian bajó la vista.

—No puedo.

—Ella lo está matando, Kian —repuso Charis en voz baja.

—¡Es lo que él quiere! —gruñó él con repentina ferocidad—. ¿No te ha contado nadie lo que hizo Seithenin?

—Annubi me contó lo de la derrota.

—Fue más que una derrota, fue una carnicería. Cuando hubo terminado, Seithenin ordenó que a los prisioneros que quedaban vivos se les quitaran las ropas y los ataran a los cadáveres de sus camaradas: ¡mano contra mano, tobillo contra tobillo, boca contra boca!

»Y luego ese demente los dejó allí para que murieran así: ¡atados a cuerpos en descomposición! Encontramos a los sobrevivientes tres días más tarde. ¡Tres días bajo un sol ardiente! El hedor era horrible; el espectáculo, inenarrable. Avallach tuvo que permanecer allí como el resto y escuchar cómo aullaban sus hombres mientras se debatían sobre el suelo en aquella odiosa danza. —Kian se detuvo, los músculos de sus mandíbulas se movieron durante un instante en silencio—. Encontraron a Guistan debajo de él, Charis. Le afectó la mente y aún no se ha recuperado.

Charis cerró los ojos con fuerza y se mordió los labios para no gritar.

—Ahora ya lo sabes —terminó, y añadió a modo de disculpa—. No quería decírtelo de este modo.

—Annubi no me relató nada de eso.

—Annubi recuerda estos días tan sólo lo que desea. —Extendió las manos en un gesto de impotencia—. De todas formas, es mejor que no regrese a casa todavía, puesto que la última vez que estuve allí luchamos.

—¿A causa de ella?

—En parte, ella fue el motivo —admitió—. Le dije que se librara de ella y él me arrojó un cuchillo.

—Sabes que no quería hacerlo. No creo que lo recuerde siquiera. —Charis tomó

la mano de su hermano—. Regresa a casa conmigo.

—Si aceptara volvería a suceder de nuevo. Además, tengo que encontrarme con Belyn. Por primera vez en mucho tiempo Seithenin y Néstor están huyendo. —Una breve sonrisa iluminó su rostro—. La estrategia de los pequeños destacamentos móviles, a caballo, capaces de golpear en cualquier lugar del reino, empieza a dar resultado. La emboscada que estropeaste era un último esfuerzo para intentar evitar que cayésemos sobre ellos. —Se detuvo—. ¿Qué harás tú?

—No puedo decirlo. —Sonrió con tristeza y alzó la cabeza—. Adiós, Kian.

El carruaje se alejó y Charis no giró la cabeza ni una sola vez.

8

Cormach permaneció en Caer Dyvi cuatro días, y cada mañana se llevaba a Taliesin al claro del bosque, donde se sentaban y hablaban o, más exactamente, Cormach hablaba y Taliesin escuchaba, oyendo en las palabras del anciano druida la música del Otro Mundo: melodiosa, mágica, extraña, aterradora y fantástica a la vez.

El último día, Cormach se acomodó en el tocón de roble y observó fijamente al muchacho sentado frente a él durante un largo rato sin decir nada. Taliesin se sintió cohibido por la mirada del anciano y se puso a juguetear nervioso, arrancando pedazos de hierba y esparciéndolos sobre sus pies. Finalmente, Cormach pareció volver en sí.

—Sí, sí —musitó—, debe hacerse —y metió la mano bajo el manto para sacar una pequeña bolsa de piel, la abrió y vertió sobre su palma cinco avellanas tostadas.

—¿Sabes lo que son, muchacho? —preguntó el Gran Druida.

—Avellanas, maestro —respondió Taliesin.

—Sí, en una ocasión lo fueron. Son Pepitas del Conocimiento, Taliesin, Semillas de Sabiduría. Son útiles a su manera. ¿Te gustaría probar una?

—Si queréis que lo haga.

—No es por mí, Taliesin —respondió Cormach, quien se interrumpió y luego añadió ciñéndose más a la verdad—: bien, a lo mejor sí. Pero no debe suponer ociosa curiosidad, jovencito. Eso nunca. —Se quedó en silencio de nuevo, mirándolo, pero esta vez Taliesin tuvo la impresión de que no lo contemplaba a él sino a través de él, a alguna otra presencia, quizás a uno de los Antiguos—. Nunca por curiosidad, muchacho, recuérdalo —siguió Cormach como si no hubiera dejado de hablar. Bajo la mirada hacia la mano y contempló las avellanas—. Éstas son las últimas que necesitaré —afirmó, escogiendo una—. Tómala, Taliesin. Cómetela.

El muchacho tomó la avellana y se la llevó a la boca. Tenía un ligero sabor a quemado, pero no resultaba desagradable. Masticó despacio y miro a su alrededor, en un intento por averiguar si el fruto en sí poseía alguna propiedad especial. A juzgar por lo que veía, ésta no existía. —Bien, muchacho, ¿sabes qué es un *awen*? —preguntó el druida.

—Lo sé, maestro —respondió Taliesin—. Es una situación de trance a la que solo puede acceder un bardo. Hafgan dice que es la puerta de acceso al Otro Mundo.

—Bien, bien —Cormach asintió con la cabeza—. ¿Te gustaría descubrir esa entrada por ti mismo, Taliesin? —El muchacho movió la cabeza afirmativamente—. Muy bien, entonces cierra los ojos y préstame atención.

El chico cerró los ojos, pero descubrió que escuchar le resultaba muy difícil. El Gran Druida empezó a canturrear en voz baja y, aunque Taliesin intentó atender sus palabras, su mente no hacía más que vagar y dirigirse hacia otras cosas; muy pronto perdió por completo el hilo de la canción. El sonsonete de Cormach retumbaba en sus oídos e intentó concentrarse, pero la canción del anciano druida se había transformado en una ininteligible maraña de sílabas, pues le parecía como si hubiera

cerrado los ojos a un mundo para abrirlos a otro que, pese a resultar muy parecido al mundo normal, no obstante era claramente distinto. Existían los árboles, matorrales y pastos que le eran familiares, pero el cielo brillaba con un luminoso tono cobrizo, como si la única luz de aquel mundo, en lugar de provenir de la llameante esfera solar, lo hiciera del mismo cielo o de alguna misteriosa fuente situada detrás de él; de modo que la luminosidad llegaba a aquel extraño mundo vagamente difuminada, como la de una vela de junco al relucir a través de la tela de una tienda de campaña.

Observó con mayor atención y se percató de que los mismos árboles, e incluso las briznas de hierba, irradiaban aquel fulgor sobrenatural. El aire de aquel lugar, si se le podía llamar así, ya que la atmósfera era densa y túrbida, más similar a una neblina transparente, era también ligeramente luminoso; parecía como si aquel mundo estuviera envuelto en una bruma reluciente. El aire se estremecía de forma apenas perceptible con el sonido de una música extraña y misteriosa, alegre y fluida como la música de la flauta de un pastor, aunque más cristalina, más suave y cambiante, como el sonido del agua. Esta música parecía emanar de todas las cosas vivas de los alrededores, ya que no había ningún ser humano ni de otro tipo que Taliesin pudiera ver.

Allá, en la distancia, al otro extremo de una ancha y extensa llanura, se divisaban montañas cuyas cimas se perdían en el reluciente cielo. Y Taliesin tuvo la impresión de que sólo tenía que levantar un pie para empezar a moverse hacia ellas y ser transportado al instante a través de la llanura hasta llegar a aquellas lejanas laderas. Con toda seguridad habría cuevas en aquellas montañas con pasajes subterráneos que llevarían hacia abajo y abajo, cada vez más profundamente hasta llegar al tenebroso mundo inferior. Pero el muchacho no alzó el pie y no viajó en dirección a las montañas; en lugar de ello, se dio la vuelta y vio un arroyo que serpenteaba por entre los árboles hasta ir a parar a un estanque del bosque situado a poca distancia.

El césped resultaba elástico bajo sus pies, como si la hierba resistiera sus pisadas; echó una mirada a su espalda y comprobó que sus pasos no dejaban la huella acostumbrada sobre el suelo, sino que, por el contrario, un ligero brillo perfilaba cada rastro. Siguió el arroyo hasta el estanque y se arrodilló entre los helechos de la orilla, en el lugar en que los fluidos de ambos se mezclaban, y se dedicó a contemplar cómo las aguas cristalinas se deslizaban sobre las pulidas piedras que brillaban cual ámbar ahumado. Y allí, justo bajo aquella tranquila superficie, vio a una mujer, dormida entre los largos y ondulantes filamentos de las verdes frondas de las colas de caballo.

Llevaba un vestido blanco que despedía destellos cuando el agua se rizaba sobre él, y su larga cabellera, dorada como la suya propia, se sujetaba en parte con dos trenzas más cortas a las sienes, mientras el resto flotaba ondulante en un halo dorado alrededor de su cabeza, como agitado por una suave brisa en lugar de por el agua. Su piel parecía delicado marfil; los labios rojos estaban ligeramente entreabiertos, de modo que podía contemplar sus dientes brillantes como perlas y de una total perfección. Los ojos permanecían cerrados y las largas pestañas acariciaban con delicadeza sus mejillas y, a juzgar por las suaves órbitas de sus cuencas, sus ojos, cuando estaban abiertos, debían de ser grandes y, al igual que el resto de sus otras facciones, modeladas con tanta gracia, y simetría, de una belleza indescriptible.

Tenía las largas y exquisitas manos cruzadas sobre el pecho, donde sujetaba, apenas, una reluciente espada cuya enjoyada empuñadura descansaba justo debajo

de su barbilla. La hoja larga y puntiaguda estaba repujada con curiosos símbolos y una extraña inscripción que Taliesin no pudo descifrar. Oscilaba bajo los reflejos que el agua y la luz arrancaban a su afilada superficie, lo que a Taliesin le pareció una indicación de que, en cierta forma, poseía vida.

No le producía asombro observar a aquella mujer dormida bajo las ondulantes aguas del estanque, sino más bien satisfacción, aunque también respeto. Por otra parte, se alegraba de que ésta se hallara reposando, ya que de otra forma no hubiera podido mirarla con tanto descaro.

Contemplándola experimentó un gran anhelo por saber de aquella mujer misteriosa y hermosa, y que ella lo conociera a él, por fundirse con ella. Era una sensación extraña que el joven Taliesin no comprendía, pero que identificó como perteneciente a aquella otra parte, más vieja, de sí mismo. Lleno de confusión ante la intensidad de estos sentimientos, el muchacho se incorporó y, tras dejar que sus ojos recorrieran por última vez aquel cuerpo tan bello, volvió la cabeza.

Levantó la mirada de nuevo y la clavó en el otro lado del estanque, donde había un hombre de pie, entre las aneas y los helechos de la orilla opuesta, que lo observaba. Llevaba una capucha de piel de gamuza y una capa de brillantes cerdas que Taliesin consideró muy extrañas hasta percibir que, en realidad, eran plumas.

La capucha de piel ocultaba su rostro, y los helechos, la parte inferior de su cuerpo; sin embargo, Taliesin imaginó que conocía a aquel hombre, o que lo haría si tan sólo pudiera ver su semblante. Como contestación a sus pensamientos, el hombre alzó una mano enguantada hasta la capucha y la echó hacia atrás, mostrando su rostro; pero, aunque Taliesin lo contempló con gran atención, no pudo discernir su aspecto, ya que no poseía rasgos faciales, sino sólo la huella de un rostro.

En el lugar de los ojos, aparecía un cielo nocturno lleno de estrellas que giraban sin parar alrededor de una colina coronada por un antiguo anillo de piedras verticales.

Taliesin pensó en llamar al hombre, en acercarse e inclinarse ante él, porque realmente era una figura a la que se debían rendir honores. Pero cuando alzó la mano para saludarlo, el vigilante de la capa de plumas se desvaneció.

El muchacho resiguió el arroyo de regreso al lugar donde se había despertado, y se encontró con que se alzaba un manzano justo en el centro del claro donde él había estado. Sus frutos eran enormes globos dorados que colgaban entre hojas de un verde pálido. Se acercó y arrancó una de las manzanas, que apenas si le cabía en la mano, y la paladeó anticipadamente, al contemplar aquella piel lisa e imaginar la blanca y agridulce pulpa de su interior. Por fin, se la llevó a la boca.

Al instante escuchó una voz que provenía de más allá de las verdes y doradas alturas:

—¡Ven, Faz Resplandeciente!

La voz contenía el retumbar del trueno y la autoridad de la tormenta. Era salvaje, pero, en cierta forma, refinada, y Taliesin la relacionó con el mando y el gobierno no sólo de los hombres y sus acciones, sino también de sus más íntimas lealtades. La voz de un caudillo o, mejor aún, de un emperador, ya que Taliesin percibió en ella la esencia pura de la soberanía, como si su propietario fuera alguien cuyas más mínimas palabras fueran obedecidas de inmediato por validos dedicados por completo a complacer los más nimios deseos de su señor. Resultaba claro que se le dirigía uno de los amos de aquel extraño lugar, quizás el Señor Supremo en persona.

—¡Habla, Faz Resplandeciente!

Al oír esto, Taliesin dejó caer la manzana y cayó de rodillas, alzando los ojos al extraño cielo de aquel mundo diferente. Abrió la boca, pero no brotó ningún sonido de ella.

—Muy bien, Faz Resplandeciente, te enseñaré qué decir —exclamó la voz en respuesta a su propia orden.

Se produjo un resplandor cegador y Taliesin cayó hacia adelante abrazándose a la tierra. Era consciente de una presencia de pie junto a él, ya que despedía un calor que él percibía a través de sus ropas, pero no se movió ni se atrevió a levantar la vista.

Cuando Taliesin volvió en sí de nuevo el bosque estaba lleno de sombras y el sol era un pálido resplandor amarillento en el oeste. El fuerte zumbido de los insectos veraniegos llenaba el aire, imitando el rumoroso sonido de su cabeza. Cormach seguía sentado en el tronco del roble, con el bastón de serbal sobre el regazo, y Hafgan, de pie junto al Gran Druida, parecía ansioso y agitado mientras su boca se movía de una extraña forma; Taliesin comprendió que hablaba.

—...no estaba preparado... se le ha traído demasiado deprisa... demasiado joven... no era hora aún... —murmuraba Hafgan.

Cormach tenía la cabeza hundida entre los hombros, y sujetaba el bastón con sus manos retorcidas, sus arrugas se fruncían en una expresión severa, pero Taliesin no podía decir si ésta se debía al enfado o a la preocupación. Ninguno de los dos parecía haber advertido que él estaba despierto y podía oírles. Estaba a punto de hablar y demostrárselo cuando se dio cuenta de que sus ojos todavía permanecían cerrados, y, sin embargo, lo veía todo con tanta claridad como si estuvieran abiertos de par en par.

—¡Un momento! —repuso Cormach, y Hafgan dejó de murmurar—. ¡Está despierto! —Se inclinó hacia adelante—. ¿Eh, Taliesin?

El muchacho abrió los ojos. Estaba tumbado de costado, con las rodillas dobladas sobre el pecho. Cormach y Hafgan se encontraban tal y como los había visto, sólo que ahora se reflejaba el alivio con claridad en el rostro de Hafgan.

—Taliesin, yo es... —empezó.

Cormach estiró una mano y Hafgan calló.

—Rápido, muchacho, ¿cómo te encuentras?

—Estoy bien —respondió Taliesin. Se incorporó y se sentó con las piernas cruzadas.

—Bien, bien. ¿Puedes contarnos lo que te ha sucedido?

Taliesin describió el lugar en el que había estado lo mejor que supo; pero, aunque todo persistía en su memoria con claridad, su lengua se embrollaba una y otra vez a causa de la enloquecedora insuficiencia de las palabras para describirlo. Al fin, se limitó a encogerse de hombros y afirmar:

—No era como ningún lugar en el que haya estado nunca.

Cormach asintió con benevolencia.

—Conozco el lugar, Taliesin, y lo describes bien, a pesar de haberlo visitado sólo una vez.

—¿Es el Otro Mundo?

—Lo es —afirmó el Gran Druida.

Taliesin meditó sobre ello; Hafgan se le acercó y extendió la mano.

—¿Tienes sed, Taliesin?

—¡No lo toques! —advirtió Cormach, y Hafgan retiró la mano.

—Estoy bien, Hafgan. De verdad —insistió el muchacho.

—Ahora, Taliesin, quiero que pienses en lo que observaste en el Otro Mundo y nos lo relates, incluso si ahora carece de sentido para ti.

El obedeció y los druidas lo escucharon, atentos a cada palabra. Terminó diciendo:

—Y entonces el señor del Otro Mundo me llamó por mi nombre y anunció que me enseñaría qué decir.

—¿Y lo hizo? —preguntó Cormach.

Taliesin asintió sin demasiada seguridad.

—Eso creo.

—¿Qué dijo?

El chico frunció el entrecejo.

—No puedo recordarlo.

—¿Es eso todo? —preguntó Hafgan entonces.

—Sí —afirmó Taliesin—. Es todo lo que recuerdo.

Cormach asintió y Hafgan extendió la mano de nuevo para ayudar al muchacho a ponerse en pie.

—Lo has hecho muy bien, Taliesin. Muy bien, de veras.

Los tres empezaron a cruzar el bosque hacia el *caer.*

—Pero ¿qué significa? —preguntó Taliesin.

—Puede que el mensaje se dirigiera únicamente a ti, Taliesin —replicó Hafgan.

—¿Qué hay del resto; la dama del estanque, la espada, y todo lo demás?

Los dos druidas se quedaron en silencio un instante, luego Hafgan replicó:

—A un druida no le gusta tener que admitir que hay cosas que desafían a su arte, especialmente cuando éstas salen de la boca de alguien tan joven.

—¿Me intentas decir que no lo sabes? —preguntó el muchacho.

—Está procurando no decirlo —respondió Cormach—, pero viene a ser lo mismo. Sí, no comprendemos lo que significa. Con franqueza, jovencito, no esperábamos que tu viaje fuera tan largo, ni tan completo. —Se detuvo y tomó al muchacho por los hombros—. Escucha, Taliesin, has estado en un lugar que nosotros sólo hemos vislumbrado de forma incompleta desde lejos. Tú has visitado el mundo que nosotros conocemos tan sólo a base de oscuras visiones momentáneas.

—¿Comprendes lo que te dice Cormach, Taliesin? —inquinó Hafgan.

Taliesin asintió.

—Eso creo.

—Quizá sí y quizá no —suspiró Cormach—. ¿Sabes? Esperaba que me trajeras una señal, muchacho. Pensé que tus jóvenes ojos verían con más claridad, y eso hiciste, pero lo que has contemplado es sólo para ti. Es suficiente con saberlo. Jovencito, tus pies han pisado un mundo que nosotros sólo hemos percibido vagamente y eso es algo que me llevaré a la tumba.

Recorrieron el resto del camino hasta el *caer* en silencio. Aquella noche Taliesin permaneció despierto en su jergón junto al fuego pensando en lo que había experimentado en el Otro Mundo, preguntándose qué significaba, y si iría allí de nuevo y pronto, no, como había dicho Cormach, por simple curiosidad, sino para contemplar otra vez a la mujer y despertarla, si podía, de su sueño bajo las relucientes aguas.

9

Aunque la obligación de guardar cama casi la volvió loca de impotencia, puesto que estaba de nuevo inmovilizada y con multitud de cosas por hacer, mientras el tiempo se agotaba, Charis se sintió, muy a pesar suyo, agradecida de seguir viva después de todo y de que su dolencia le concediera un cambio de categoría en lo referente al trato que le otorgaba Lile. Esta contemplaba ahora a Charis como a otro inválido al que cuidar personalmente, lo cual dio a la muchacha la oportunidad, imposible de conseguir de otro modo, de estudiar a aquella misteriosa mujer más de cerca.

La verdad es que, tan pronto como Charis regresó de su aventura en la atalaya para instalarse en sus antiguos aposentos, Lile se precipitó en su habitación con una sirvienta que llevaba una bandeja llena de tarros y jarras de diferentes formas y tamaños. Annubi acababa de abandonar su cabecera tras haber examinado la lesión y prescrito un descanso forzado que, aunque a ella le dolía tener que admitirlo, era la única cura posible.

Charis entrevió a Lile y a la criada que llevaba la bandeja aproximándose a ella, y lanzó un fuerte gemido, causado más por la exasperación que por la sensación de aborrecimiento que la embargó al volver a ver a Lile. Volvió el rostro a un lado cuando la mujer se sentó con cuidado en el borde de la cama.

Las primeras palabras que la entrometida pronunció desarmaron, en cierta forma, a Charis; no obstante, no por ello olvidó sus recelos.

—Sé que no sientes ningún cariño por mí, princesa Charis. Pero te considero el verdadero amo y señor de esta casa ahora que estás aquí, y el deber me obliga a servirte lo mejor que pueda.

Charis se volvió a mirarla, pero no dijo nada.

—Claro está —continuó Lile— que si Kian estuviera aquí me remitiría a él, pero no es el caso y tú eres la Hija del rey.

—Tú eres su esposa —replicó Charis con algo más de veneno del que en realidad sentía.

—Lo soy —respondió Lile, flemática—, pero no provengo de casa noble. Nunca podré ser más que su consorte, y tú eres de su sangre. —Alzó una mano con la palma hacia arriba—. Te serviré también a ti. —Hizo un gesto a la criada, quien colocó la bandeja a su lado y se retiró.

¿Era esto alguna especie de truco? Que Lile era un ser retorcido, Charis no lo dudaba en absoluto, pero ¿era también tan astuta como para intentar conquistar a un enemigo con una demostración de humildad?

—No necesito nada —rehusó Charis—, tan sólo descanso y tú me lo impides.

—Sé lo que Annubi te ha dicho, pero hay algo más que puede hacerse.

Charis soltó una cáustica carcajada.

—He estado al cuidado de los doctores personales de la Suprema Soberana y sólo pudieron aconsejarme que permitiera que el tiempo siguiera su curso.

—No hay duda de que los doctos magos son muy sabios —concedió Lile—, pero existen formas de ayudar a que el tiempo transcurra con más rapidez en lo que concierne a curaciones.

—¿Qué formas?

Lile sonrió misteriosa y murmuró una palabra:

—¡Mitra!

—¿Qué?

—Un antiguo arte curativo practicado por los seguidores de un dios de oriente: su nombre es Mitra, o Isis en su forma femenina.

—¿Cómo conoces a este dios y sus artes curativas? —preguntó Charis.

Lile ladeó la cabeza.

—Mi padre navegó en una ocasión hacia el este, hace muchísimo tiempo. No sé exactamente cómo ocurrió, puesto que desde entonces he oído muchas versiones diferentes, pero se trajo a un esclavo que había adquirido en un mercado de allí. El esclavo era un sabio y mi padre esperaba que nos enseñaría a mí y a mis hermanas a leer y escribir en el estilo antiguo.

—Sin duda para que os volvierais lo bastante refinadas como para poder acceder a una de las casas reales —replicó Charis con malicia—, si eso era posible.

—Con seguridad. —Lile entrecerró los ojos. Apartó la mirada y continuó—: Este esclavo, un frigio llamado Tothmos, nos enseñó a escribir y, cuando fuimos lo bastante mayores, también nos explicó la vieja religión.

—Que has estado utilizando para tratar a mi padre.

—Sí.

—Aunque me parece que con dudosa efectividad.

Lile la miró con curiosidad.

—¿Qué otro hubiera podido conseguir tanto?

—Te congratulas tú misma y no sé por qué, cualquiera hubiera podido hacerlo. La herida del rey no era tan mala, sólo...

Lile la interrumpió.

—La herida del rey era mortal.

—¿Qué estás diciendo?

Lile le respondió con sencillez.

—Cuando llegué junto a él, el cuerpo del rey estaba frío y listo para la fosa. Es verdad, la herida recibida no era grave, pero los que lo rodeaban no lo habían atendido en la forma adecuada: la vida se le escapaba por entre los vendajes mientras dormía. Esos estúpidos me hicieron venir al comprobar que no podían despertarlo, pensando, creo, en culparme a mí de su muerte.

Charis no sabía qué decir. La idea de que su padre hubiera sufrido una herida más seria de lo que nadie pensaba no se le había pasado por la cabeza, y mucho menos que hubiera podido morir.

—Claro está que cuando lo volví a la vida —continuó Lile—, todos insistieron en que su estado no era tan grave, después de todo. —Lanzó una corta carcajada—. Entonces, ¿para que me enviaron a buscar? Sinceramente, nunca has visto a unos hombres más preocupados, avergonzados y desesperados.

Aquello suponía demasiado para asumirlo todo de golpe, de modo que Charis lo dejó a un lado de momento y preguntó:

—Si tuvieras una oportunidad, ¿qué harías por mí?

—Tu lesión es muy profunda.

—Todo el mundo lo sabe.

—Se te ha roto una costilla justo aquí —explicó Lile al tiempo que indicaba, en su propia espalda, el lugar donde se situaba la lesión.

—¿Una costilla rota?

—Es muy doloroso, y además, un pedazo del hueso presiona sobre el cordón de la vida que discurre por el interior de la columna vertebral hasta el cerebro, lo cual provoca aún más dolores. Por mucho que descanses no se curará nunca.

—El reposo anterior me recuperó.

—Y aquí estás, lesionada otra vez.

—¿Qué piensas hacer con tus jarras y pomadas? —inquirió Charis.

—La pomada es para la hinchazón de la mejilla. En cuanto a lo demás, me propongo sacar el pedacito de hueso astillado para que cure como debe.

—«¿Chirurgia?». No lo permitiré, no estoy tan mal.

—Ahora quizá no, aunque persiste el dolor, pero si lo dejas, siempre existe la posibilidad de que la astilla de hueso se mueva y penetre en algún órgano, con lo que las lesiones serían muchos peores.

—Los magos...

—Los magos se niegan a aceptar ideas que no salgan de ellos mismos. Además, tengo instrumentos de piedra tan delicados como cualquier aparato de metal. A la piedra se la puede consagrar; su energía curativa es fuerte y duradera.

Charis contempló a aquella mujer. Lile daba la impresión de ser menuda, aunque era casi tan alta como Charis y morena, aspecto que venía dado por sus enormes ojos negros, que dominaban sus facciones, y por su oscura y larga cabellera, que relucía con un brillo satinado. A pesar de que su piel era pálida como el alabastro, se percibía, sin embargo, una sombra de algo más oscuro bajo la delicada superficie, como si una sangre más espesa y oscura fluyera por sus venas. Sus movimientos eran cegantes y llenos de gracia, pero ésta parecía estudiada, como si cada movimiento fuera totalmente artificial.

—¿Por qué te preocupas por mí? —preguntó Charis.

—Ya te lo he dicho —le respondió con sencillez.

—¿Por devoción a Mitra?

—Sí, y además porque eres la hija de mi esposo y cabeza de esta casa mientras él se halla indispuesto.

—Ya.

Lile la miró con franqueza con sus enormes ojos negros.

—Estamos emparentadas, Charis. No hay necesidad de que nos convirtamos en enemigas. No te deseo ningún daño y, lo creas o no, respeto mucho a tu padre. Utilizo mi arte para que se sienta cómodo y... —vaciló, y luego continuó— ayudarlo a recuperar la salud.

Charis estaba segura de que había estado a punto de añadir otra cosa. Correspondió a su sinceridad:

—Puesto que has hablado con franqueza, también lo haré yo. No confío en ti, Lile. No sé qué es lo que quieres, pero sea lo que sea, lo has conseguido al lograr que mi padre se casara contigo. Hasta que no te conozca mejor y sepa cuáles son tus ambiciones, recelaré de ti.

—Te expresas atinadamente, princesa Charis. Comprendo.

La mujer se incorporó despacio y tomó la bandeja de las medicinas. Se detuvo al llegar a la puerta y dijo:

—Haz lo que quieras sobre la «chirurgia». Si cambias de idea, me tienes a tu servicio.

Al día siguiente vino a verla Annubi, y Charis le contó su conversación con Lile. El consejero del rey la escuchó en silencio y el entrecejo se le fue arrugando a medida que la joven hablaba, hasta que alzó las manos horrorizado y exclamó:

—¡Basta! ¡No quiero oír más!

La violencia de su reacción la sorprendió; había esperado preocupación, pero no un franco enojo.

—Annubi, ¿por qué? ¿Qué he dicho para molestarte?

—Todo son mentiras. ¡Todo mentiras!

—Pero tiene que haber un ápice de verdad en lo que ha contado. Los magos que atendían al rey no la hubieran hecho venir si no la hubieran necesitado. Si verdaderamente salvó a mi padre de la tumba, puedo comprender la dependencia de él respecto de ella ahora.

—El destino la favoreció con una oportunidad, sin duda. Pero le ha sacado todo el partido posible. Ha tergiversado todo ese desafortunado incidente de la forma que más le conviene. Ese esclavo frigio..., ¿te dijo su nombre?

Charis recapacitó por un momento.

—Tothmos. Sí, Tothmos, eso era.

—¿Lo ves? Su padre se llamaba Tothmos. Era él el frigio: sin duda un marinero. Lo más probable es que su madre fuera una criatura del arroyo que se llevara a la cama al primer hombre que le dirigiera la mirada.

—No mencionó para nada a su madre —recapacitó Charis.

—Supongo que la desdichada ramera se abriría las venas a la primera ocasión posible.

—Pero su arte: ¿la curación, la «chirurgia», Mitra? Parecía tan experta, incluso me describió la lesión con todo detalle y, sin embargo, no me puso ni un dedo encima.

—Estoy seguro de que posee algunas habilidades menores, lo que explica sus instrumentos de piedra y lo demás. La religión de Mitra e Isis es muy antigua y poseyó notable influencia en un tiempo.

—¿Poseyó?

—Desapareció hace miles de años.

—Entonces, ¿cómo...? —empezó Charis.

—La han hecho revivir como culto. En estos momentos se ha revitalizado en algunas partes del mundo, según se me ha dicho. Como su padre era un marino, no resulta difícil imaginar que se tropezara con ella en alguno de sus viajes.

—Parecía saber mucho de medicina —contraatacó Charis, dudosa. También ella había empezado a arrugar la frente.

—No niego que tenga un don, pero hay muchos dioses que podrían otorgarlos, Charis, aunque no todos ellos en provecho del hombre.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

—Si sus habilidades son tan grandes como ella aduce, ¿por qué no mejora el rey? ¡Hace ya cuatro años!

—Casi me engañó. Estuvo a punto de convencerme.

—Ah, sí, eso también forma parte de sus artes. Si la escuchas el tiempo suficiente, ya no podrás discernir la verdad.

—Annubi, ¿qué vamos a hacer?

El adivino suspiró, al tiempo que extendía las manos en un gesto de impotencia.

—Absolutamente nada, Charis, es inútil. Si Kian estuviera aquí, a lo mejor...

Charis apartó las sábanas.

—Kian no vendrá.

—Vamos, recuéstate. ¿Qué haces?

Charis pasó las piernas con dificultad sobre el borde de la cama.

—Kian me dijo que él y Belyn se iban a encontrar al cabo de un día en un puente en algún lugar de la frontera entre nuestras dos tierras: Herakli. No sé dónde está, pero debo acudir y tú me ayudarás, Annubi.

—No puedes montar.

—Entonces debes hacer lo necesario para que pueda: véndame bien fuerte y dame algo para el dolor.

—Descansa, Charis. No conseguirás nada allí.

Se sentó al borde de la cama, con el rostro contraído por el dolor.

—No permaneceré ni un momento más en esta casa de muerte y engaño —masculló entre dientes—. Esta vez lograré que me escuchen. ¿Crees lo que dijo Throm?

Al ver que no respondía, preguntó de nuevo:

—¿Niegas lo que afirmaste en principio?

—En absoluto —repuso Annubi en voz baja.

—Entonces, ¿por qué me miras así?

—Tu madre, la reina, también lo creía. ¿Recuerdas el Gran Consejo? —Ella asintió—. Briseis me tuvo ocupado todo el tiempo que permanecimos en Poseidonis buscando en los archivos, adivinando las señales de las estrellas y consultando a otros adivinos.

—¿Qué deseabas encontrar?

—Señales, evidencias, información, cualquier cosa que demostrara que lo que Throm había predicho era cierto.

—¿Y lo hallaste?

—No —admitió Annubi—, porque me pasé todo el tiempo investigando otra cuestión.

—¿Cuál?

—La muerte de tu madre.

Charis sacudió la cabeza.

—¿Por qué?

—Briseis creía, en parte a causa de la lluvia de estrellas, aunque lo había presentido mucho antes, que iba a morir. Tenía algunas pequeñas aptitudes. De modo que consulté a los magos por ella. Los signos eran concluyentes: ocurriría eminentemente una defunción real. Ella adivinó que no le quedaba mucho tiempo de vida, pero imagino que nunca vio la forma que tomaría su muerte; eso, al menos, se lo ahorró. No obstante, cuando asesinaron al Supremo Monarca, creímos, por un breve período, que la anunciada defunción real había sido precisamente ésta y que ella se había salvado.

Charis reflexionó durante un largo rato. Los acontecimientos que le relataba Annubi parecían haber sucedido hacía siglos, debido a que ella había cambiado en gran medida desde que mataran a su madre. Pero, de repente, todo la aflicción de aquellos últimos días se precipitó sobre ella de nuevo con tal intensidad que la cegó,

y transcurrió mucho rato antes de que pudiera hablar.

—Nunca lo supe —dijo.

—Ella no hubiera podido enfrentarse a ello si hubiera pensado que alguien más conocía este presentimiento.

—Tú la ayudaste entonces, ¿me ayudarás a mí ahora?

—¿Te he negado algo jamás?

10

Charis escogió un carro, a pesar de ser bastante incómodo, por su velocidad. Los carruajes eran demasiado pesados y lentos y, aunque cada bote de las delgadas ruedas del carro le arrancaba una mueca de dolor, provocando que el cochero parpadease bajo el látigo de su lengua, la carretera parecía volar casi bajo ellos. Sin embargo, no llegaron a Herakli hasta después de oscurecer.

Las calles empedradas de la pequeña ciudad estaban desiertas, pero aún ardían un puñado de antorchas en el exterior de algunas de las casas de mayor tamaño, y risas estridentes se desparramaban hacia afuera desde la posada de estuco blanco, en cuya ventana superior refulgía una linterna roja de marino, pese a que Herakli estaba situada a muchas millas del mar.

El cochero detuvo el vehículo, y Charis, agarrotada por el esfuerzo que le había significado mantenerse erguida en el diminuto asiento del carro, se volvió despacio para mirar a través de las estrechas y oscuras ventanas de la posada.

—¿Crees que pueden estar aquí? —preguntó en voz alta.

Piros, el cochero, se rascó la barbilla.

—Sería una buena apuesta —replicó—. Entraré a ver.

Arrolló las riendas en la barandilla y bajó del carro, desapareciendo en el interior del hostal sin una palabra y sin siquiera girarse.

Tardó tanto en volver que Charis pensó que tendría que ir en su busca, y casi se había decidido cuando reapareció.

—No están aquí, princesa Charis —informó, mientras de su cuerpo emanaba un fuerte olor a vino de resina.

—¿Te has bañado en esa cosa, o te has limitado a beberte un ánfora o dos?

Piros la miró con asombro, atónito.

—Me dejas aquí sentada mientras bebes hasta reventar de esa... —farfulló al tiempo que buscaba las palabras—, esa orina de cabra que sirven ahí dentro.

El mozo cayó de rodillas en medio de la calle.

—Mi vida es vuestra, princesa, si estáis molesta —ofreció.

—¡Oh, ponte en pie!

—La información debe comprarse, pero los posaderos sólo hablan con aquellos que tienen una jarra en la mano. Y conducir un carro te deja tan polvoriento que pensé...

—¡Levántate de inmediato! —ordenó Charis con severidad—. Y deja de gimotear. Al menos podrías haberme traído una.

Piros se puso en pie, con la cabeza inclinada y las manos colgando a los costados.

—Bien, ya que estuviste allí el tiempo suficiente como para establecer tu residencia, ¿qué has descubierto?

—Algunos de los hombres de Kian estuvieron en Herakli a primeras horas de hoy para comprar comida y bebida, pero se fueron y no han regresado.

—¿Se hallan todavía por aquí?

—Nadie lo sabe, pero un hombre, creo que un viticultor, afirmó que había visto a un grupo de hombres en el camino esta mañana, cerca del puente. Existe un bosquecillo en el lado de Sarras donde la gente se encuentra a veces.

—Si están aquí, ahí es donde los hallaremos —aseguró Charis—. ¿Dijo cómo llegar allí?

—Se ofreció a llevarnos.

—Entonces, entra a buscarlo.

Piros agachó la cabeza y salió a toda velocidad.

—Ya has cumplido con tus obligaciones sociales, Piros —le gritó—. Deja el vino tranquilo.

El viticultor era un tipo delgado, de piel oscura y con una nariz larga y estrecha que, incluso a la vacilante luz de las antorchas, Charis pudo apreciar que estaba hinchada y colorada por un abuso excesivo del producto de su trabajo. La joven lo miró con escepticismo.

—¿Dices que sabes dónde se encuentran los hombres que estoy buscando?

—Sé dónde podrían estar —replicó con una estúpida sonrisa afectada y astuta.

—¿Estás en condiciones de llevarnos hasta el lugar?

—Puede que consiga encontrarlo, aunque también es posible lo contrario. —Agitó su bolsa vacía. El cochero le dio un codazo y le susurró al oído; la sonrisa afectada desapareció, y el hombre añadió precipitadamente—: Sin duda, desde luego que puedo, reina Charis. —Piros le dio un nuevo codazo.

—Entonces, vamos —ordenó ella—; estamos perdiendo tiempo.

El cochero subió al carro y desató las riendas, haciéndolas chasquear con fuerza. Los caballos levantaron las cabezas, el viticultor subió al vehículo con enorme cuidado y se pusieron en marcha.

Encontrar el puente no resultó nada difícil, incluso en la oscuridad, ya que la carretera conducía directamente a él. El atontado viticultor sólo tuvo que indicar qué ramal tomar cuando el camino se bifurcó en dos ocasiones. El puente no se hallaba lejos de la ciudad y lo alcanzaron cuando la luna se alzaba sobre las colinas circundantes.

No había nadie en él pero, esparcidos por el bosquecillo, a poca distancia de la carretera, Charis observó fuegos de campamento que parpadeaban entre los árboles.

—Ahí están —exclamó—. Piros, entrégale a nuestro guía el precio de una jarra y déjalo marchar.

El cochero hurgó en su bolsa y arrojó una moneda al viticultor, que mostraba la misma expresión que un hombre al que acabara de picar un avispón.

—No te ocasionamos ningún perjuicio, viticultor —le dijo Charis—. Te recompensamos por tu ayuda en especie, y el aire fresco te despejará la cabeza de forma maravillosa. Ahora vete; si te das prisa aún puede que tengas tiempo de tomar otra jarra antes de que el posadero cierre los postigos.

El hombre saltó del carro y, murmurando entre dientes, se alejó corriendo. Piros hizo girar el tiro de caballos y se dirigió a la arboleda; tan pronto como penetraron en ella les salieron al paso centinelas armados que vigilaban entre los árboles.

—Dad la vuelta —les conminó uno de ellos.

—No hay nada que os ataña —agregó otro.

—Soy Piros —replicó el mozo, sin hacer el menor caso del protocolo—. ¡Oh! Y la princesa Charis —añadió apresuradamente—, que quiere ver a su hermano, el

príncipe, y al rey Belyn de Tairn.

El centinela se acercó, vio a Charis sentada muy rígida en el carro, hizo una reverencia y fue hacia la parte trasera del vehículo.

—Princesa, permitidme que os conduzca hasta vuestro hermano —repuso y le ofreció el brazo. El cochero hizo intención de unirse a ellos—. Lleva los caballos junto a los demás —le dijo el centinela, indicando a su espalda entre los árboles—. Allí encontrarás forraje y agua para ellos.

Piros dio la vuelta al tiro y lo condujo por entre los árboles. El vigilante no habló mientras guiaba a Charis hasta el centro del bosquecillo. Recorrieron un sombrío sendero con fogatas a cada lado, alrededor de las cuales Charis vislumbró rostros, cuyos ojos relucían en aquella luz macilenta, que la observaban al pasar. Se acercaron a un fuego de mayor tamaño y Charis advirtió que se habían levantado tres enormes tiendas circulares; unas antorchas que ardían sobre pedestales en su interior les daban la apariencia de gigantescos hongos relucientes que hubieran brotado bajo las protectoras ramas de los árboles.

—La del príncipe Kian está a la izquierda, princesa Charis —informó el centinela—. La del rey Belyn, a la derecha, y en el centro está la del príncipe Maildun.

—Gracias —repuso ella, y se encaminó hacia la tienda de Kian. Su guía pareció vacilar—. ¿Hay alguna otra cosa?

El hombre bajó los ojos e, incluso a la luz de la luna, Charis pudo ver que se sentía violento. Al principio pensó que no hablaría, pero volvió a levantar la vista hacia ella y dijo:

—Yo estuve allí, en la atalaya. Vi lo que hicisteis. Todos lo vimos.

—Cualquier otro se hubiera comportado de la misma manera.

El centinela asintió como diciendo: «¡Oh, sí, y las vacas vuelan!».

—Es muy amable por tu parte recordarlo. —Se volvió de nuevo hacia las tiendas—. ¿La de la izquierda?

El hombre asintió de nuevo y la condujo allí. Otros dos centinelas montaban guardia frente a la tienda y, al ver a Charis, se cuadraron inmediatamente.

—La princesa desea ver al príncipe Kian —anunció el vigilante que le hacía de guía, como si ellos no lo hubieran adivinado ya.

Uno de los guardias se introdujo bajo la cortina que cubría la entrada y, al cabo de un momento, ésta se abrió del todo y apareció Kian.

—Charis, ¿qué estás haciendo aquí? Entra inmediatamente.

Una vez en el interior, rodeada de calor y luz, el cansancio que la joven había conseguido dominar durante tanto tiempo se apoderó de ella de repente. Se apoyó contra uno de los postes de la tienda y cerró los ojos.

—...una idiotez —decía Kian—, ya te dije en la torre que yo... —se interrumpió al ver su rostro—. ¡Por los cuernos de Cybel, Charis! ¡Estás blanca como el papel! Siéntate, aquí. —Se inclinó hacia ella para acompañarla hasta una silla.

—¡No! —Su mano se soltó del poste, y abrió los ojos despacio, al tiempo que se enderezaba—. Puedo hacerlo sola.

Kian la observó con aprensión creciente en sus oscuros ojos.

—Estás sufriendo, Charis. Enviaré a buscar a un mago... —Hizo un movimiento en dirección a la cortina que cubría la entrada.

—No..., no, gracias, Kian. Se me pasará. Annubi me hizo tomar una cosa antes de marchar y ahora se me está pasando el efecto, pero estaré bien.

El príncipe frunció el entrecejo.

—Esto no resulta nada sensato. Deberías estar en casa, en la cama.

—¿En casa? Vaya palabra has escogido, Kian. ¿Y dónde supones que está mi hogar? ¿En el ruedo?

—Ya sabes lo que quiero decir. —Permanecía erguido con los puños apoyados en las caderas, pero luego se ablandó y dio un paso hacia ella—. ¿Por qué has venido?

—¿Está Belyn despierto todavía?

—Sí, estuvimos juntos hasta hace unos pocos minutos. ¿Quieres que lo haga venir?

—Iremos a verle.

Apoyada en el brazo de su hermano, Charis consiguió recorrer los pocos metros que separaban ambas tiendas. Kian hizo un gesto a uno de los centinelas y se les permitió pasar al momento. En la entrada misma había un biombo de palisandro tallado, y la luz de las velas brillaba a través de sus innumerables agujeros como si de miles de estrellas se tratara. En un braserillo ardía un perfumado incienso y una capa de humo azulado pendía como una nube del techo de la tienda.

Charis se irguió y adoptó una expresión tranquila al pasar al otro lado del biombo. Belyn se hallaba de pie junto a una pequeña mesa con una garrafa en la mano, vertiendo vino en una copa. Tenía el aspecto macilento de un hombre cansado más allá del agotamiento. Levantó la cabeza al entrar ellos.

—Ah, Kian, quieres... —Su mirada se dirigió a Charis.

—Tío Belyn —saludó ésta.

Una expresión de reconocimiento, como un rayo de sol, apareció en el rostro del rey.

—¡Charis! ¡Charis, dioses, deja que te mire! ¡Hace tanto tiempo...! Cuando te vi por última vez... Pero ¡mírate! —Dejó la copa y rodeó la mesa para ir a abrazarla.

La joven hizo una mueca de dolor.

—Tío Belyn —exclamó, apretando los dientes—, yo también me alegro de verte.

El rey se apartó alarmado, y dirigió una mirada a Kian.

—Estás herida, Charis. Siéntate inmediatamente. Toma... —Arrastró una silla de campaña de tres patas por el alfombrado suelo—. Acomódate.

Charis aceptó y se sentó muy despacio.

—Un poco de vino —siguió Belyn—. Trae más sillas, Kian. —Se acercó a la mesa y sirvió dos copas más, Charis se dio cuenta de que tenía una cicatriz que comenzaba en la sien y le seguía por el nacimiento del pelo hasta perderse en el cuero cabelludo; su cabello se había vuelto blanco a lo largo de aquella señal y uno de sus párpados caía ligeramente sobre el ojo. Se volvió mientras Kian juntaba dos sillas más y le entregó una copa a cada uno diciendo—: Tu hermano me contó lo que hiciste en la atalaya. Estoy impresionado, y no soy el único.

—Pagaron por su diversión —reconoció Charis. Dio un sorbo al vino y luego bebió varios tragos de golpe.

—Desde luego —observó Kian—. ¿Sabes, Charis, que mis hombres no han hablado de otra cosa desde entonces? Te consideran una diosa.

—Deberían ver a esta diosa ahora —se burló la joven, llevándose una mano al maltrecho rostro. Tomó otro trago de vino y se recostó con cuidado en la silla—. Una diosa, quizás, con la espalda rota.

—Puedes decir lo que quieras, pero es verdad —repuso Belyn—. También se habla de ello entre mis tropas, aunque, como sabes, ni siquiera estuvieron allí. —Se

bebió el vino de un golpe y dejó la copa a un lado—. Bien, ¿por qué has venido cuando deberías estar guardando cama?

La muchacha le contestó sin rodeos.

—Quiero que abandonéis esta estúpida guerra.

—¿Abandonarla? —El rey enarcó las cejas y miró en dirección a Kian—. Pero si gracias a ti, acabamos de obtener la primera ventaja desde que Avallach..., bien, la primera desde hace mucho tiempo. ¿Por qué tendríamos que renunciar ahora?

—No me refiero a rendirnos a Seithenin —aclaró Charis—, sino a dejar de luchar.

—Kian, ¿sabes de lo que está hablando?

—Tengo una idea general —admitió éste—. Vamos, Charis, ¿crees que...?

Ella lo ignoró, dirigiéndose sólo a Belyn.

—La guerra no importa. Va a suceder algo muy pronto y debemos estar preparados.

—¡Ah! ¿Hablas de la profecía, que anuncia la inminente catástrofe?

—Sí.

—Entonces estás diciendo tonterías, Charis —respondió con suavidad—. He oído esos estúpidos rumores durante años.

—No se trata de un rumor, Belyn —repuso Charis con firmeza—. No puedo explicar por qué o cómo tengo esa certeza, pero sé que va a suceder, muy pronto. Queda muy poco tiempo.

Belyn se apoyó pesadamente en el respaldo de su silla, con una expresión en la que se mezclaban pena y lástima.

—Pero no he venido aquí a pediros que me creáis —continuó—. No puedo ofrecer ninguna prueba de lo que pienso. Vine a pedir que...

Justo en aquel momento la cortina de la tienda se agitó y la figura alta y robusta de Maildun se precipitó en su interior. Se detuvo en la misma entrada y los contempló con los ojos hinchados todavía por el sueño.

—¡Charis! ¡Hermanita querida, eres tú! Dormía y me pareció oír...

—Maildun —saludó Charis levantándose despacio—, me alegro de verte.

Su hermano atravesó la habitación de una zancada y la levantó en brazos. Ella hizo una mueca y ahogó un grito de dolor.

—¡Está herida! —gritó Kian.

Maildun la soltó de inmediato.

—Entonces, ¿lo que se comenta es verdad? —La miró con expresión de asombro—. Kian asegura que lo salvaste. Pero ¿qué haces aquí? ¿Te quedarás?

—Si permaneces callado un instante descubriremos por qué ha venido. Iba a decírnoslo cuando irrumpiste aquí dentro.

—Algo sobre una petición —añadió Belyn.

—¿Una petición? —inquirió Maildun, mientras se acomodaba en el suelo— ¿De qué tipo?

—Barcos —dijo Charis con sencillez—. Necesitamos barcos.

—No tenemos embarcaciones dignas de ese nombre —replicó Belyn.

—Quizá no, pero Seithenin sí —manifestó Maildun—. Es casi lo único que le queda.

—Entonces, quitádselos.

Belyn la miró y se echó a reír.

—Así de simple, arrebatárselos.

—¿Tienes una vaga idea de lo difícil que resultaría eso? —preguntó Kian—. El plan que estás proponiéndonos resultaría más complicado que penetrar en su palacio y apoderarnos de Seithenin en persona.

—Espera un momento, Kian, existe una forma. —Maildun se inclinó hacia adelante—. Charis, esto es lo que he estado intentando decirles.

—Bien, tienes tu oportunidad ahora —ofreció ella—. Explícalo.

—Consiste en enviar un mensaje urgente de Belyn a Meirchion, en el que le informamos de que creemos tener a Seithenin en una situación desesperada...

—Totalmente cierto —observó Belyn. Kian dejó escapar un resoplido de exasperación, pero Belyn no le hizo caso—. Sigue.

—Le decimos que crees que podemos por fin derrotar a Seithenin pero que necesitamos más hombres para conseguir nuestros propósitos. Meirchion debe reclutarlos y nosotros esperaremos entretanto, con todos nuestros ejércitos, en algún lugar no demasiado fácil de atacar, durante una semana, no más, hasta que Meirchion pueda enviarlos.

Kian se bebió de un trago el vino que le quedaba y dejó a un lado su copa con expresión disgustada.

—¿Dejar que Seithenin se apodere de un mensaje así? No puedes pretenderlo en serio. Él jamás...

Belyn levantó la mano para hacerlo callar.

—Un cebo muy atractivo, Maildun. Pero, ¿dónde está la trampa?

—Supongamos que Seithenin también recibiera un mensaje urgente de Néstor.

—¿De qué clase?

—Alguno que le comunicara que ha detectado un fuerte movimiento de tropas en donde se supone que estamos esperando, y que cree que tiene una posibilidad de cortarnos la retirada antes de que nuestras fuerzas de ataque queden asentadas. Hagamos que Néstor le diga que posee tres mil hombres reunidos en cualquier lugar y listos para la lucha, pero que....

—¿Sí? —quiso saber Charis, fascinada por aquella intriga.

—Pero que teme no poder llegar hasta ellos a tiempo.

—Empiezo a comprender —repuso Belyn.

—Yo no —replicó Kian—. ¿Qué le importa a Seithenin...?

Belyn lo hizo callar con un gesto.

—Es la sutileza personificada —indicó—. Nosotros no hacemos más que sugerir los medios y dejamos que Seithenin tome la iniciativa.

—¿Enviaría los barcos? —se preguntó Charis—. ¿Los enviaría en realidad?

—Podría. Desde luego, consideraría esa posibilidad, puesto que le ofrece una salida muy atractiva a su dilema —respondió Belyn—. La guerra se ha vuelto contra él. Néstor lo presionará para que sea más efectivo en sus ataques y, después de su más reciente derrota, estará sentado en su palacio lamiéndose las heridas, contando sus pérdidas y preguntándose cómo reaccionará su aliado cuando se entere de que sus mejores tropas de ataque han sido derrotadas. Ahora aparece su oportunidad de recuperar el favor de Néstor, de obtener quizás una victoria decisiva con muy poco riesgo para él.

—¿Lo haría? —preguntó Kian, ahora de pie y con las manos sujetando con fuerza el respaldo de su silla—. ¿De veras?

—¿Lo intentarías si estuvieras en su lugar? —Belyn se levantó y se dirigió hacia la mesa, donde se sirvió más vino, bebiéndoselo de un solo trago. Tanto él como Kian

parecían haberse olvidado por completo de Charis y de Maildun en su excitación con respecto al plan—. Si yo fuera Seithenin, enviaría los barcos y rezaría a todos los dioses de la tierra y del cielo para que llegaran a tiempo. Así decidirá y sacrificará el día y la noche en busca de vientos favorables. Ya que sabe que sólo esperaremos una semana y que, viajando por tierra, Néstor no puede de ninguna manera llegar a tiempo.

—¡Pero por barco tendría una posibilidad! —gritó Kian.

—Es la única esperanza que le queda a Seithenin.

—Lo haría.

—De lo contrario, sería un imbécil.

Quedaron en silencio y se miraron los unos a los otros.

—¿Cómo nos apoderaremos de los barcos? —quiso saber Kian.

—Sí, ¿y qué haremos con ellos una vez conseguidos? —preguntó Belyn. Ambos hombres miraron a Charis.

—Entregármelos —replicó ella.

—¿De modo que puedas zarpar en ellos cuando llegue la catástrofe? —se mofó Kian.

—¿Catástrofe? —repitió Maildun.

—Precisamente —admitió Charis—. Tú mismo lo has dicho, Seithenin está perdiendo. Todo lo que le queda es su flota. Sin eso, deberá aceptar su derrota.

—Pero Néstor...

—Sin Seithenin para respaldar sus intrigas, se interesará de repente más por la protección de sus fronteras que por invadir las nuestras.

—Jamás solicitará la paz —afirmó Kian.

—¿A quién le importa? —replicó Charis con ardor—. Es indiferente lo que hagan. Que se dividan los Nueve Reinos entre ellos, tampoco les va a servir para nada. —Miró con severidad a los dos hombres—. Si estoy equivocada, ¿qué se habrá perdido? Quizás un poco de tiempo. Pero, si tengo razón, ¿qué se ha ganado? De una forma o de otra, os apoderaréis de Seithenin y habréis ganado una gran victoria; quizás, incluso, llegue el final de la guerra.

Belyn miró fijamente a Maildun, luego a Charis.

—Muy bien, lo haremos —concluyó, sacudiendo la cabeza—. Pero, ¡por los cuernos de Cybel!, que no tenías la menor idea de lo que ibas a decir cuando viniste aquí está noche.

—Puede que tengas razón, tío. Los detalles os los dejo a vosotros —replicó Charis con magnanimidad—. Tan sólo traedme los barcos cuando los tengáis. —Se incorporó despacio y con gran dificultad—. Regreso a palacio.

—¿Ahora? ¿Esta noche? —preguntó Kian.

—Sí, esta noche. —Rehusó su ayuda con un gesto de la mano—. Quiero regresar ahora.

—Es tarde, Charis. Quédate —pidió Maildun.

Belyn se le acercó.

—Descansa unas cuantas horas al menos. Sal mañana al alba. Enviaremos a un centinela contigo.

—No hay ninguna necesidad.

—Insisto. Puedes utilizar mi cama; de hecho, todas nuestras camas —Puso una mano en el hombro de cada uno de los jóvenes—. Tus hermanos y yo trabajaremos toda la noche.

11

El trabajo en la construcción de la sala de madera de Elphin avanzaba a un ritmo rápido. A la semana del regreso del grupo armado, la tranquilidad del *caer* situado en la cima de la colina ya no constituía más que un recuerdo. Cada mañana, al amanecer, cuando las puertas de la empalizada se abrían, un tropel de hombres salía en dirección al bosque, empuñando relucientes hachas, y pronto se empezaban a arrastrar los primeros troncos colina arriba con la ayuda de un tiro de caballos; esta actividad continuaba hasta el anochecer. Con cien pares de manos para talar, desbastar, trasladar los troncos desde el bosque cercano y colocarlos en su sitio, ponerles calzas, fijarlos con clavijas y encajarlos luego unos con otros, para sujetarlos a los enormes postes verticales con tiras de cuero sin curtir, aquellas resistentes paredes crecían con cada día que pasaba.

En cuanto al necesario armazón de hierro, Elphin solicitó y obtuvo la ayuda de un herrero a cambio de proporcionarle ganado y un pedazo de tierra junto al río para su herrería. Desde primeras horas de la mañana y hasta la caída de la noche el repiqueteo del martillo del herrero resonaba por los bosques situados junto al río, al tiempo que era contestado por el sonido de los golpes secos de las hachas de los leñadores. Aquellos que no estaban directamente ocupados en la construcción de la sala se encargaban de agrandar el *caer:* cavando una nueva sección del foso exterior y rellenando una porción del antiguo para poder expandir la empalizada.

Por encima de toda aquella diligencia, rodeándola e impregnándola como un condimento, flotaba el aroma de la carne asada y del pan cocido; las mujeres daban vueltas al asador y se ocupaban del horno en sus esfuerzos por alimentar a los hambrientos constructores. Las bolsas de comida llenas de manzanas, montones de carne, montañas de pan, y quesos enteros desaparecían tan pronto como se las dejaba sobre la mesa, rociadas con espumosos ríos de cerveza y aguamiel.

La risa de los niños se escuchaba con prodigalidad por entre el bullicio y el alboroto, salpicándolo todo como reluciente rocío o brillantes pedacitos de piedras preciosas. La enormidad de la tarea y la grandeza de la empresa fascinaban a los habitantes más jóvenes de Caer Dyvi, quienes la alentaban con exclamaciones de delicia ante las maravillas que se realizaban ante sus ojos. Su incansable ánimo aligeraba la carga de sus mayores, y la imagen de un trabajador inclinado sobre un niño, con la mano ligeramente por encima de la manecita que tenía debajo al tiempo que guiaba la herramienta, se veía a menudo en todo el pueblo. Aunque el trabajo resultaba duro, la alegría y el buen humor de todos los interesados hacía que, a veces, pareciera que las paredes se levantaban tan sólo con risas, como gracias a un pueril hechizo.

Taliesin no se sintió menos atrapado que el resto por aquella sugestión. Estaba en todas partes: esquivaba las vigas que se balanceaban por los aires; cabalgaba sobre los troncos que subían por la ladera; metía los dedos en el caldero en busca de algo que comer; cogía una manzana de una bolsa o robaba un pedazo de queso; se

deslizaba en silencio hasta la entrada de la oscura cabaña del río para escuchar el resollar de los fuelles y ver el rojo fulgor del fuego en la ennegrecida y sudorosa frente del herrero, el cual descendía de Gofannon, dios de la forja ardiente; corría junto con otros chicos arriba y abajo del sendero por el que subían la madera, para llevar agua y cerveza a los sedientos leñadores.

Los días eran buenos y, a pesar de la larga jornada de trabajo, representaba una época alegre para las gentes de Caer Dyvi. Elphin era un jefe, pero también ayudaba a sus hombres; en multitud de ocasiones se lo podía ver desnudo de cintura para arriba, igual que ellos, con la cabellera sujeta en una gruesa trenza y un martillo en su mano, sentado a horcajadas sobre un tronco recién colocado en la pared, mientras el sudor le chorreaba bajo el fuerte sol. Con este aspecto lo encontró Hafgan una tarde, varias semanas después de la visita de Cormach.

—¡Saludos, Hafgan, Henog de Gwynedd! —lo saludó Elphin. El sol del otoño brillaba resplandeciente y el cielo lucía un profundo azul; interrumpió su trabajo para contemplar la escena, y el orgullo iluminó sus ojos mientras se pasaba el brazo por la frente—. ¿Qué te parece, bardo? ¿Aguantará el tiempo hasta que hayamos colocado el tejado?

—El tiempo no será adverso, señor —replicó el druida, mirando el cielo con ojo crítico.

—Entonces, ¡por Lleu que tendremos una sala donde reunimos antes de *Samhain*!

—Creo que así será. —Hafgan se quedó de pie, los ojos levantados hacia donde estaba Elphin, resguardándolos con una mano.

—¿Alguna cosa más, Hafgan? —preguntó el rey.

—Una palabra, lord Elphin.

Elphin asintió y dejó a un lado el martillo, luego descendió por la escalera de abedul y se acercó al druida.

—¿Qué sucede, Hafgan?

—Cormach ha muerto, debo ir a enterrarlo.

Elphin asintió con afabilidad.

—Ya veo. Muy bien, ve.

—Desearía que Taliesm me acompañara.

Elphin se tiró del bigote.

—¿Es necesario?

Hafgan se encogió de hombros.

—Será instructivo.

—¿Permaneceréis fuera mucho tiempo?

—Dos días, quizá tres.

—Supongo —repuso Elphin pensativo— que tu petición no entraña ningún mal. —Hafgan no replicó, sino que permaneció en silencio junto a él, permitiéndole decidir por sí mismo—. Bien, puede ir si tú quieres —concluyó Elphin, e hizo intención de marchar—. Se lo diré a su madre.

—Gracias, mi señor —replicó Hafgan con una curiosa y breve reverencia.

Elphin observó su comportamiento y se volvió hacia él.

—Gracias, Hafgan.

—¿Señor?

—Me demuestras respeto.

—¿Me he conducido de otra forma alguna vez, señor?

—Tú solo entre todos sabes perfectamente lo que soy y, sin embargo, nunca me has despreciado. Por eso, debo darte las gracias. Además, sé que podrías llevarte a Taliesin cuando quisieras, pero, no obstante, vienes a pedírmelo. Eso también te lo agradezco.

—Lord Elphin, precisamente es porque te conozco que nunca te he despreciado. Y en cuanto al otro asunto, ¿cómo podría yo jamás tomar algo que no es mío? —Se llevó el dorso de la mano a la frente—. No temas el momento de la prueba, puesto que has conseguido controlar lo positivo que hay en ti y también tus posibilidades. Vivirás largo tiempo, rey mío, y se te recordará para siempre por la bondad de tu corazón y la sabiduría de tu reinado.

—¿Halagos? —Elphin sonrió incómodo.

—La verdad —replicó el druida.

Hafgan, Taliesin y Blaise partieron al día siguiente. De ordinario, Taliesin se hubiera alegrado del viaje, pero como significaba que iba a perderse parte del trabajo de construcción de la sala, no se sentía nada feliz. De todos modos, no le mencionó ninguna de sus inquietudes a Hafgan y, aunque éste observó el aspecto abatido del muchacho y la forma en que arrastraba los pies y sabía cuál era la razón, tampoco dijo nada. Las desilusiones, por ligeras que sean, son una realidad de la vida con las que las personas deben enfrentarse, y Taliesin estaba aprendiendo.

—¿Cuál es el color del verano? —preguntó Blaise al cabo de un rato.

Seguían un sendero muy transitado del bosque, en dirección al oeste, hacia Dolgellau, donde se sumarían a los otros druidas que empezaban ya a reunirse para conducir el cuerpo de Cormach al cromlech de la colina situada bajo Garth Greggyn. Los tres avanzaban con pasos rápidos por la senda. Hafgan con su bastón nuevo de serbal, Blaise con su bastón de olmo, y Taliesin, con el suyo de sauce, golpeaba impaciente con la flexible vara las ramas que bordeaban el camino. —¿Eh? —Taliesin se volvió.

—El color del verano —repitió Blaise—. ¿Cuál es?

El muchacho recapacitó por un momento.

—Es..., hummmm... ¡Dorado! —declaró triunfal.

—Quieres decir verde, ¿no es así, Taliesin? Yo pienso que es el otoño el que debiera ser dorado.

—No —replicó Taliesin—. El otoño es gris.

—¿Gris? —Blaise meneó la cabeza desconcertado—. Qué cosas dices, Taliesin. ¿Qué crees tú, Hafgan?

El druida no contestó.

—¿De qué color es la primavera, Taliesin?

—Blanca.

—¿Y el invierno? ¿De qué color?

—El invierno es negro.

Blaise se echó a reír.

—El verano es la única estación del año que tiene color en tu mundo, Taliesin. ¿Te das cuenta?

—Claro —respondió él sin una vacilación, al tiempo que agitaba tranquilamente la vara de sauce—. Por eso voy a ser Rey del Verano, y a mi reino se lo conocerá como el Reino del Verano. Mientras yo sea rey no habrá invierno, ni otoño ni primavera.

—¿Sólo verano? —Blaise se había vuelto serio de repente. Había sorprendido

una nota de melancolía en la voz del muchacho y había dejado de reír.

—Sólo verano. No existirá oscuridad ni muerte, y la tierra rebosará de cosas buenas. —Taliesin se quedó en silencio después de esto y no volvió a pronunciar palabra; los tres siguieron caminando callados, escuchando los sonidos del bosque.

Llegaron al poblado a mediodía. Dolgellau se ubicaba en un valle arbolado, poco profundo, junto a un arroyo de frías aguas. No tenía portones, ni murallas, ni defensas de ningún tipo, sino que confiaba en su aislamiento y en la fuerza de sus vecinos para su seguridad. Sus habitantes les dieron la bienvenida con cordialidad, ya que Cormach les había servido bien como bardo, consejero, profeta y médico. Su bien dispuesto jefe vio el bastón de Hafgan y salió corriendo a su encuentro.

—Le hemos hecho unas andas —explicó—. El bardo nos pidió que las hiciéramos de madera verde de espino.

Hafgan asintió.

—Es lo que él quería. Hemos cumplido todos sus deseos y lamentamos no haber podido hacer más.

—Estoy seguro de que habéis hecho todo lo necesario —le dijo Hafgan—. Nos lo llevaremos ahora. Tú y tu gente nos podéis acompañar, si queréis.

—¿Necesitaréis caballos?

—No, lo transportaremos nosotros mismos.

—Sea como deseáis.

Atravesaron el pueblo bajo el agudo escrutinio de los miembros de aquel clan, y Blaise se acercó a Hafgan para murmurarle:

—¿Por qué nos miran de esa forma?

—Es a Taliesin a quien observan —respondió el druida.

El muchacho, no obstante, parecía no haber advertido en absoluto la atención que se le dedicaba, y avanzaba con la cabeza erguida y la mirada fija al frente.

«Sí», pensó Hafgan, «es el Rey del Verano y su reinado no conocerá ni frío ni oscuridad. Pero el verano es corto en la Isla de los Poderosos, Taliesin, y no se puede contener al invierno indefinidamente. Todo ha de ceder cuando le llega su momento. Sin embargo, que la luz brille, muchacho; mientras arda, deslumhrará a la codiciosa noche como una lluvia de estrellas.»

Llegaron a una pequeña cabaña con techo de paja situada al extremo del poblado. Tres miembros de la Hermandad estaban sentados en el suelo fuera de la misma, cada uno ataviado con una túnica azul; las andas vacías reposaban sobre el terreno, no muy lejos, cubiertas con ramas de abeto y tejo. Al ver a Hafgan se pusieron en pie.

Hafgan los saludó por su nombre.

—Kellan, Ynawc, Selyv, ¿va todo bien aquí?

Selyv fue el encargado de contestar.

—Así es. Se ha preparado el cuerpo, y he enviado a los demás al bosquecillo, nos esperan allí.

—Bien —replicó Hafgan.

Se inclinó, apartó la piel de venado que colgaba a la entrada y penetró en la cabaña. Al cabo de un momento sujetó a un lado la piel e hizo una señal a Blaise y a Taliesin para que entraran.

Taliesin siguió al aprendiz y se encontró en una vivienda de una sola habitación y sin ventanas; únicamente existía un agujero redondo, destinado a la salida del humo del hogar situado en el centro del habitáculo, que dejaba entrar la luz.

Cormach yacía en su lecho de juncos con las manos cruzadas sobre el pecho. Dos velas de sebo, una junto a la cabeza del Gran Druida y la otra a sus pies, arrojaban un resplandor amarillento sobre las paredes de barro encalado.

Taliesin contempló el cadáver y quedó impresionado por el hecho de que ya no parecía Cormach. No había la menor duda de que había sido el Gran Druida, puesto que las facciones y la figura eran las mismas, pero resultaba evidente que había desaparecido por completo como tal. El espíritu que había animado aquel cuerpo se había esfumado, y su ausencia producía que aquella envoltura del suelo pareciera terriblemente frágil e insignificante, un residuo, una simple secuela de la persona que la había llenado.

—Se ha ido —dijo en un susurro Taliesin. No había visto muchos cadáveres y bajó la voz en presencia del cuerpo como si estuviera en el cuarto de un enfermo—. Cormach se ha ido.

—Sí —asintió Hafgan—. Ha iniciado ya su viaje.

Le dio un golpecito a Blaise en el brazo y se colocó junto a la cabeza del cadáver; Blaise ocupó su lugar a los pies.

Hafgan pronunció unas pocas palabras en la lengua secreta de la Hermandad y colocó las manos a ambos lados de la cabeza de Cormach. Blaise repitió sus palabras y colocó las suyas alrededor de los fríos y rígidos pies. Pronunciaron los mismos vocablos de nuevo, al unísono, y alzaron el cuerpo. Si realizaban algún esfuerzo al efectuar tal acción, Taliesin no lo detectó, ya que parecía como si el cuerpo flotase libremente al menor toque.

Los druidas se incorporaron y giraron el cuerpo de forma que saliese por la puerta.

—Taliesin, aparta a un lado la piel de venado —ordenó Hafgan—, y no olvides tomar su bastón.

El muchacho salió de su ensimismamiento con un respingo, corrió a la entrada y apartó la piel. Hafgan y Blaise salieron, llevando el cuerpo de Cormach entre los dos. Los otros druidas sujetaban las andas ya preparadas y con un ligerísimo esfuerzo colocaron sobre ellas el cuerpo del Gran Druida.

Taliesin penetró de nuevo en el interior de la cabaña, encontró el bastón de Cormach en el lugar donde había yacido el cuerpo, lo agarró y se reunió con los demás que habían empezado a cubrir el cuerpo con ramas de abeto, excepto la cabeza, que Hafgan aún sujetaba entre las manos. Cuando hubieron finalizado, los druidas, colocados uno a cada esquina de las andas, alzaron la plataforma recubierta de verdes ramas. Ésta se elevó del suelo con la ligereza de las flores de sauce arrastradas por el viento.

—Toma el bastón, Taliesin —le indicó Hafgan—. Levántalo ante la cabaña.

Taliesin lo sujetó con las dos manos y lo sostuvo tan alto como pudo; entonces, Hafgan pronunció una frase en la lengua secreta, hizo una pausa y, luego, la repitió dos veces. A los pocos instantes unas columnas de humo empezaron a ascender por el agujero del techo y por debajo de la piel de venado de la puerta. Taliesin siguió con el bastón entre las manos y contempló cómo llamas de un brillante color naranja subían por la parte exterior de la cabaña de zarzo. El fuego atrajo al clan, que observó con silenciosa curiosidad cómo las luengas llamaradas engullían la cabaña y el tejado de paja se hundía hacia adentro.

Los druidas giraron las andas entonces y empezaron a atravesar Dolgellau, mientras Taliesin caminaba delante de ellos con el bastón de Cormach en las manos.

Cruzaron el arroyo por el vado y luego tomaron el sendero que conducía desde el bosque a las colinas. Un gran número de habitantes los seguían, componiendo una procesión de regular tamaño.

Andaban sin prisa, pero la distancia se redujo de tal manera que llegaron a Garth Greggyn casi sin darse cuenta. A Taliesin le pareció como si simplemente hubieran salido del bosque y ascendido una colina, pero allí estaban, en el valle de la primavera, bajo el bosquecillo sagrado. Los druidas subieron el collado hasta el lugar donde el resto de la Hermandad se había reunido. El clan los siguió, pero con timidez y a cierta distancia.

Condujeron las andas al centro de la arboleda y las colocaron sobre dos piedras verticales. Los druidas se dispusieron a su alrededor, cada uno con una rama de árbol. Hafgan levantó las manos a la altura de los hombros, con las palmas hacia afuera, y empezó a hablar en la lengua secreta.

—Hermanos, nuestro Jefe ha iniciado su viaje al Otro Mundo. ¿Qué enviaréis con él?

El primer druida dio un paso adelante, alzó la rama que sostenía y exclamó:

—Yo te traigo aliso, Primero en Linaje, que significa seguridad. —Después puso su rama contra las andas cubiertas de verde y retrocedió.

—Yo te traigo cornejo —dijo el siguiente—, Poderoso Compañero, que significa compasión.

—Yo te traigo abeto, Sublime Soñador, que significa sentimientos elevados —añadió otro, apoyando su rama contra las andas.

—Yo te traigo avellano, Semilla de la Sabiduría, que significa comprensión.

—Yo te traigo olmo, Gran Donante, que significa generosidad —repuso otro, y dejó su rama contra las andas.

—Yo te traigo castaño, Orgulloso Príncipe, que significa porte real.

—Yo te traigo fresno, Cúmulo de Valores, que significa honestidad.

—Yo te traigo serbal, Señor de la Montaña, que significa equidad de juicio —ofreció otro más.

—Yo te traigo ciruelo espinoso, Guerrero Invencible, que significa agudeza de criterio.

—Yo te traigo manzano, Don de Gwydyon, que significa veneración.

—Yo te traigo roble, Monarca Poderoso, que significa benevolencia.

De esta forma todos los presentes en el círculo fueron presentando sus regalos; cada druida nombraba su ofrenda y la depositaba luego contra las andas. Taliesin contemplaba la ceremonia extasiado, mientras absorbía las palabras y deseaba poder tener algo que ofrecer. Su mirada se paseó por la arboleda y vio un rosal en el que algunas flores tardías aún lucían entre sus espinosas ramas. Abandonó momentáneamente el bastón en el suelo, se acercó al matorral y, sujetando un tallo por el lugar más cercano a la raíz, allí donde las espinas no estaban tan juntas, empezó a tirar con fuerza. Se oyó un chasquido y la rama se desprendió.

Con ella en las manos se dirigió hacia las andas donde el último Hermano del círculo mostraba en aquellos momentos su regalo. Hafgan aspiró con fuerza y abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera decir nada, Taliesin se adelantó y exclamó:

—Yo te traigo rosal, Hechicero del Bosque, que significa honor —y colocó el tallo junto con las otras ramas, que ahora formaban una frondosa cerca alrededor del cuerpo.

Hafgan sonrió y dijo:

—Hermanos, liberemos el cuerpo de nuestro amigo de sus obligaciones.

Cada druida se inclinó, recuperó la rama que había ofrecido, la levantó en una mano y con la otra sujetó las andas; todos juntos transportaron el cuerpo a través del bosquecillo hasta el cromlech que se alzaba en un terraplén más abajo.

El cromlech constituía un pequeño círculo de piedras verticales que rodeaban un dolmen, formado por tres piedras también verticales coronadas por un bloque liso de piedra. Las andas de madera de espino en las que descansaba Cormach fueron colocadas sobre este último con las ramas a su alrededor, formando de nuevo un espeso seto alrededor del cuerpo. Hafgan levantó las manos, pronunció unas palabras en la lengua secreta y, luego, añadió:

—Adiós, amigo de nuestro hermano, eres libre de seguir tu camino. —Se arrodilló y presionó las palmas de las manos contra la tierra—. Gran Madre, te devolvemos a tu hijo. No lo trates con rigor, ya que ha servido bien a su amo.

Dicho esto, se alzó, se giró y abandonó el dolmen atravesando el anillo de piedras. Los otros druidas siguieron su ejemplo; cada uno pasaba por entre diferentes piedras del círculo y se alejaba en diferentes direcciones hacia las colinas y bosques circundantes.

Algo más tarde, los tres se encontraban sentados alrededor de una hoguera en el bosque; la oscuridad los rodeaba como una espesa manta de lana. Comieron parte de los alimentos que les habían dado los habitantes de Dolgellau y hablaron. Cuando terminaron, Blaise bostezó, se envolvió en su capa y se puso a dormir. Taliesin, por su parte, no tenía nada de sueño; su mente se hallaba rebosante de imágenes, y, con los ojos clavados en las danzarinas llamas, meditaba sobre todo lo que había presenciado aquel día. Hafgan lo vigiló durante largo rato, en espera de las preguntas que sabía rondaban aquella cabeza dorada.

Por fin, el muchacho levantó la mirada del crepitante fuego y preguntó:

—¿Qué le sucederá ahora al cuerpo?

El druida tomó una manzana del pequeño montoncito que tenía junto a él en el suelo y se la pasó al muchacho, luego, escogió una para él, le dio un mordisco, masticó pensativo por un instante e inquirió:

—¿Tú qué crees?

—La carne se pudrirá y quedarán sólo los huesos.

—Exactamente. —Mordió de nuevo la manzana—. ¿Por qué planteas la cuestión si ya sabes la respuesta?

—Quiero decir —aclaró Taíiesin, royendo la fruta—, ¿qué sucederá cuando la carne se haya descompuesto?

—Se recogerán los huesos y se llevarán a un panteón subterráneo donde se depositarán para que descansen con los huesos de aquellos hermanos nuestros que marcharon antes que él.

—Pero los pájaros y los animales molestarán el cuerpo.

Hafgan sacudió la cabeza ligeramente.

—No, muchacho, no penetrarán en el círculo sagrado. Y, de todas formas, la carne es carne; si alimenta a un viajero en su camino ha cumplido uno de los propósitos para los que fue creada.

Taliesin aceptó esta afirmación con tranquilidad, dio un mordisco final a su manzana y arrojó el corazón al fuego.

—Cuando hablaste en la lengua secreta, las andas flotaron, Hafgan. ¿Era un

encantamiento?

El druida sacudió de nuevo la cabeza.

—Simplemente invoqué a los Antiguos para que atestiguaran sobre las acciones de nuestro Hermano y le otorgaran una feliz travesía. El cuerpo era muy ligero —la palma de su mano se elevó—, porque ya no había nada que lo ligara a la tierra ni lo abrumara.

El muchacho contempló el fuego con ojos relucientes.

—¿Lo veremos alguna vez?

—No en este mundo. En el Otro Mundo es posible. El espíritu vive eternamente, antes del nacimiento y después de la muerte. Este mundo no es más que una breve residencia, Taliesin, y dudo que los hombres lo recuerden cuando pasan a otra vida, al igual que olvidamos nuestra existencia anterior a la presente.

—Yo la recordaré —declaró Taliesin.

—Quizá —replicó Hafgan en el mismo tono de voz, sus ojos grises brillaban bajo la luz del fuego mientras observaba al chico.

Bajo aquel resplandor trémulo, el rostro de éste parecía adquirir un aspecto diferente. Ya no correspondía al de un niño, sino a un semblante eterno, ni joven ni viejo, al rostro de un dios joven e inmortal, más allá del tiempo y de la edad.

Taliesin se abrazó las rodillas y empezó a balancearse hacia adelante y hacia atrás. Contempló con atención las llamas y afirmó:

—Tuve muchas formas diferentes antes de nacer: fui rayo de sol en una hoja, el haz de luz de una estrella, la linterna luminosa en el cayado de un pastor.

»Fui un sonido en el viento, una palabra, un libro de palabras.

»Fui un puente sobre siete ríos. Un sendero en el mar. Una barquilla de hule en las aguas. Un bote de cuero que surcaba las brillantes olas.

»Fui una burbuja en la cerveza, una mota de espuma en la copa de mi padre.

»Fui una cuerda en el arpa de un bardo durante nueve novenas de años; una melodía entonada en primavera por los labios de una doncella.

»Fui una chispa en una hoguera, una llama en una fogata durante el *Beltane...* una llama... una llama...

La voz se apagó, para convertirse de nuevo en la voz de un niño. Taliesin dejó caer los hombros y todo su cuerpo se estremeció, a pesar de que no era una noche fría.

—No te preocupes, Taliesin —indicó Hafgan con suavidad—. No te esfuerces por ir en su busca, déjalo fluir. El *awen* viene o no, no puedes forzarlo.

El muchacho cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre las rodillas.

Estuve a punto de recordarlo —replicó, su voz casi un quejido.

Hafgan colocó su mano sobre el hombro del joven y lo obligó a echarse junto al fuego.

—Duerme, Taliesin. El mundo te esperará aún un poco más.

12

El tiempo se devanaba como en un lento e interminable ovillo para Charis. Al final de la segunda semana se sintió lo bastante recuperada como para valerse por sí misma de nuevo. A cada momento esperaba recibir noticias de Kian, pero los días transcurrían lentos y no llegaba ninguna información.

Lile acudía a verla a menudo y, aunque repetía cada vez su oferta de ayuda, no presionó a Charis sobre aquella cuestión. Por su parte, ésta soportaba aquellas visitas mostrando una fría cortesía para con la esposa de su padre. Lile no decía nada con respecto a la actitud de Charis, sin embargo, aquella distante cordialidad debía de haberla herido más de lo que admitía, ya que un día, hacia el final de la segunda semana de la convalecencia de Charis, arrojó al suelo la bandeja que llevaba y abandonó la habitación sin pronunciar una palabra.

Algo más tarde, Charis se la encontró en el jardín. La joven se empezaba a impacientar y, a pesar de las recomendaciones de Annubi, había decidido que unos cortos paseos la ayudarían más que días enteros tumbada en la cama boca arriba. En un principio se contentó con conseguir recorrer el pasillo, pero pronto se sintió deseosa de respirar de nuevo aire fresco. Una mañana se levantó y recorrió vacilante el corredor para bajar por el largo tramo de escalera de caracol que conducía al jardín. Este florecía tras un seto decorativo y, para llegar a él, se pasaba a través de una arcada abierta en el verde muro. Charis se acercó por el camino de losas que conducía hasta él y advirtió que se había colocado una puerta en la arcada, donde antes no había existido jamás ninguna.

Se detuvo y la contempló extrañada; la puerta estaba ligeramente entreabierta, la acabó de abrir y penetró en el interior. No había acudido al jardín desde que abandonara su hogar y se asombró del cambio que presenciaban sus ojos. Habían desaparecido las flores, exuberantes y perfumadas, dispuestas en hileras de arriates, los rosales trepadores y las floridas enredaderas, así como también los vistosos arbustos cubiertos con un delicado manto de encaje de flores. En su lugar, y en mayor variedad y abundancia que la decoración anterior, se extendían la hierba y el césped, además de helechos, musgos y hongos, aunque estos últimos los detectó más por el olfato que por la vista; el embriagador aroma floral que recordaba se había disipado por completo y lo reemplazaba el nauseabundo olor dulzón a podredumbre de los hongos.

Resultaba obvio que el jardín se atendía con cuidado, a pesar de que a las plantas se las dejaba crecer libremente, sin podarlas, sin ponerles trabas. Por consiguiente, el jardín tenía una apariencia lastimosa y sórdida, como lleno de hierbajos. Charis siguió el sendero principal y se introdujo en el interior del jardín; pasó junto a macizos de adelfas, belladona y ortigas, ruda, lenguas de ciervo y lunarias, geranios, juncias y colas de caballo, y muchas más plantas que no reconoció y a las que no podía dar un nombre.

Entre las ramas caídas, sobre gruesos lechos de hojas en descomposición, había

pedos de lobo, hinchados y obscenos; falos hediondos que rezumaban un líquido pegajoso y negro y despedían un tufo insoportable; oronjas verdes y trompetas de los muertos en misteriosos y siniestros amontonamientos. De todos estos hongos y de otros muchos ocultos procedía el olor a putrefacto que impregnaba el jardín.

Charis siguió paseando por el sendero y llegó a un pequeño bosquecillo que ocupaba el antiguo lugar de un espacio verde. En el centro del césped había un estanque circular con peces; un surtidor en un extremo de éste arrojaba agua sobre una cascada en forma de peldaños de mármol que alimentaba el estanque. Ahora los peces y el surtidor habían desaparecido, y tanto en las orillas, poco profundas, como en el fondo crecían numerosas plantas acuáticas: juncos, cañas y berros de diferentes clases.

Alrededor del aljibe, en pulcros círculos concéntricos, crecían unos pequeños árboles cuyas delgadas ramas estaban cargadas de pálidas manzanas totalmente redondas. Charis se acercó al más cercano, y extendió una mano para coger uno de aquellos frutos color verde-dorado.

—No creo que estén maduras aún, princesa Charis.

Retiró la mano con rapidez y se volvió para encontrarse con Lile, que avanzaba hacia ella por entre los árboles.

—No obstante, son hermosas.

—Sí —replicó Charis, molesta por no hallarse sola en el jardín, pero no demasiado sorprendida, puesto que ya había deducido que aquel lugar se había convertido en el refugio de aquella mujer—. No creo haber visto jamás manzanas semejantes.

—Son especiales —afirmó Lile, estirando la mano para acariciar una de ellas con la palma.

Iba vestida con una ropa de hilo bastante burda, el borde de su falda plisada recogido por entre las piernas y metido en la parte delantera de su cinturón. Llevaba los pies descalzos.

—Has tomado posesión de este lugar —observó Charis sin el menor entusiasmo.

—Había sido abandonado.

—Es una lástima que no pudieras salvarlo.

Lile se dio por aludida y le contestó colérica:

—No puedo imaginar qué es lo que Annubi te ha contado, pero me doy cuenta de que ha envenenado tu corazón en contra mía.

Charis la miró confusa, pero no respondió.

—Lo siento cada vez que me acerco a ti.

—Entonces, ¿por qué no haces más que entrometerte donde no se te quiere? —le espetó Charis con saña.

Lile retrocedió ante el ataque.

—¿Por qué todos me odian tanto? —gimió, tapándose el rostro con las manos. Cuando lo levantó de nuevo sus ojos estaban secos—. ¿Le he hecho alguna vez daño a alguien? ¿Por qué me rehuyen? ¿Por qué todo el mundo me tiene miedo?

—¿Miedo de ti? Debes de estar equivocada.

—Tiene que tratarse de eso. ¿Qué otra cosa puede hacer que la gente me trate de la forma en que lo hace? No confías en mí porque me tienes miedo.

Charis sacudió la cabeza con violencia.

—No te tengo miedo, Lile. —Pero la acusación de la mujer era, en cierto modo,

cierta.

—¿No? —Lile frunció el entrecejo con tristeza—. Annubi teme que le haya usurpado su influencia sobre Avallach, por eso cuenta mentiras sobre mí.

—Annubi no miente —replicó Charis con tranquila confianza. En toda su vida jamás había oído al consejero del rey disimular siquiera la verdad, y mucho menos afirmar algo falso por completo. De todas formas, no le había relatado toda la verdad sobre la herida de Avallach, y no había hecho la menor mención a la muerte de Guistan.

—Cualquiera que se sienta amenazado puede mentir —aseguró Lile con igual convicción—. Yo lo he amenazado, por eso habla en contra mía. Sin duda te habrá contado que mi padre fue un marino frigio... —empezó Lile.

—Llamado Tothmos. En efecto, pero tú dijiste que ese hombre era un esclavo.

—Es verdad que mi padre era frigio, y su nombre era Tothmos. De joven fue marino, pero era dueño de su barco, y también es cierto que compró un esclavo.

—¿Uno llamado Tothmos? —se mofó Charis.

—Mi padre le concedió la libertad, así que el esclavo tomó su nombre. Es algo bastante común. ¿Por qué Annubi tergiversa todo lo que digo?

Una vez más la duda penetró en la mente de Charis. ¿Podría ser verdad la explicación de Lile? ¿Annubi podía guardarle tanto rencor como para modificar sus palabras y utilizarlas en su contra? Pero ¿por qué tendría qué hacerlo?

—Sólo existe una forma de saber la verdad —indicó Lile.

—¿Cuál es?

—Ponme a prueba y comprobarás si miento o no.

—¿Qué prueba sugerirías?

—La que tú desees, princesa Charis. Para que signifique algo debes escogerla tú.

—No quiero hacerlo, Lile —suspiró Charis, sacudiendo la cabeza fatigadamente—. Tú dices una cosa; Annubi otra. Palabras y palabras. Ya no sé que creer.

—Créeme cuando afirmo que no le deseo daño a nadie, ni intento obtener poder para mí. Créeme si te aseguro que procuro ser tu amiga.

Charis se sintió avergonzada ante aquellas palabras. Sintió que había verdad en ellas y quería creerlas, pero, sin embargo, había algo en Lile que inspiraba desconfianza. Algo sombríamente siniestro, como los hongos en sus fétidos lechos o, peor aún, algo que se mantenía encadenado y oculto parecido a una bestia grotesca jamás vista, pero que vigila desde su oscuro escondite. Charis sentía esa presencia, la percibía vigilante, acechante. Y eso provocaba que le fuera imposible fiarse de Lile por completo.

—Me gustaría creerte —repuso Charis, y, en realidad, lo sentía.

Lile sonrió, pero su sonrisa murió tan deprisa como había aparecido.

—Pero no puedes.

—No —admitió Charis—. Aún no. Pero no te mentiré.

En aquel momento oyeron una suave voz cantarina, aguda y alegremente desafinada; al cabo de un instante, una cabecita sonriente apareció ante ellas al salir dando saltitos de detrás de una mata de boj, una chiquilla descalza de unos cuatro años. La niña tenía el pelo rubio y estaba muy tostada por el sol. No llevaba más que una falda de hilo color azul cielo, cuyos pliegues, perfectos originariamente, se encontraban ahora completamente arrugados y deshechos. Una margarita le colgaba

de la oreja y alrededor del cuello llevaba un collar hecho de las mismas flores, con sus tallos rotos y trenzados toscamente. A excepción del collar, la parte superior de su cuerpo se hallaba desnuda. Sujetaba en la mano una ciruela claudia a medio comer y cuyo jugo le resbalaba por la barbilla. Al ver a Charis se detuvo en pleno salto y se quedó mirándola con unos ojos tan verdes como la fruta que llevaba en la mano, o como el frondoso seto que rodeaba el extraño jardín.

—Ven aquí, Morgian, quiero que conozcas a alguien —dijo Lile.

La niña se adelantó con timidez. Sus ojos verdes recorrieron el rostro de Charis y ésta se sintió molesta por la franqueza de aquella inocente mirada.

—Morgian, ésta es Charis. Salúdala.

—Hola —replicó Morgian—. Eres hermosa.

—Tú también.

—Pero tú eres grande —repuso la chiquilla.

—Algún día, tú también lo serás —le aseguró Charis—. Veo que te gustan las ciruelas claudias. ¿Es buena?

Morgian miró la fruta que llevaba en la mano y la dejó caer al suelo, como si le hubieran descubierto un terrible secreto. Su madre le dirigió una mirada severa y explicó:

—Sabe que no debe coger nada del jardín, ¿no es así, Morgian?

La chiquilla se mostró avergonzada y bajó los ojos. Apartó la fruta con uno de sus sucios pies.

—Puedes irte, Morgian. Despídete.

—Adiós, princesa Charis —dijo Morgian y se marchó.

—Qué criatura más encantadora —observó Charis, mientras la observaba alejarse dando saltitos.

—Es una preciosidad. Tu padre afirma que es igual que tú cuando tenías su edad.

Charis asintió con la cabeza.

—Lile, me pediste que te pusiera a prueba —dijo de repente—. Necesito tu ayuda.

Lile inclinó la cabeza a un lado, como si sopesara reacciones contrapuestas. Era imposible conocer lo que pensaba tras aquellos ojos oscuros y duros. Por fin, preguntó:

—¿Cómo puedo servirte?

—Pasea conmigo, tengo algo que contarte.

Las dos mujeres se alejaron juntas y Charis empezó a explicarle la profecía de Throm sobre el cataclismo y la destrucción de su mundo. Al contrario de los otros a los que Charis había hablado sobre el inminente desastre, Lile lo tomó en serio, aceptando la sorprendente declaración de Charis sin la menor cuestión ni vacilación.

—¿Qué puedo hacer? —inquirió. Su voz sonaba firme, sin el menor indicativo de aprensión o temor.

—Belyn ha aceptado tratar de conseguir la flota de Seithenin. Tiene un plan, y existe una remota posibilidad de que tengan éxito. Una vez en posesión de los barcos, si así ocurriera, sólo quedaría llenarlos.

Lile abrió los ojos de par en par mientras miraba a su alrededor.

—¡Se tardaría años!

—No tenemos años, Lile. Un mes, dos quizá, no más. Annubi está intentando descubrir cuánto tiempo nos queda.

—Comprendo. —Había tal tono de resignación en sus palabras que Charis se detuvo y se volvió para observarla. Lile contemplaba el palacio, cuyos balcones, pórticos y terrazas se elevaban ante ellas—. Lo dejamos todo y empezamos de nuevo.

—Sí, empezaremos de nuevo, pero nos llevaremos con nosotros aquello que nos sea de utilidad para comenzar una nueva vida.

Lile aspiró con fuerza, como si pensara iniciar cuanto antes el envío de cajones de embalaje al puerto. «Qué mujer tan insólita», pensó Charis. «No obstante, me alegro de habérselo dicho; no hubiera podido hacerlo sola.»

Como si leyera los pensamientos de Charis, Lile se volvió hacia ella y dijo:

—No estás sola ahora, Charis. Te ayudaré en todo lo que pueda. ¿Por dónde empezamos?

—He estado pensando en ello —respondió Charis, y ambas empezaron a andar de regreso a palacio—. Ropas, herramientas, comida; todo eso es importante, pero creo que comenzaremos con la biblioteca de mi madre. Hay libros que deberían salvarse.

—Estoy de acuerdo. Los conocimientos nos serán de más ayuda allá adonde vayamos... —se interrumpió con una extraña sonrisa.

—¿Qué sucede?

—¿Cómo podemos prepararnos para el fin de nuestra raza si no tenemos ni idea de adonde dirigirnos?

—Creo que hacia el oeste —replicó Charis—. Según me han dicho, allí existen tierras muy parecidas a ésta, y poco habitadas. Podremos llevar una vida muy similar a la que conocemos.

—O mejor —añadió Lile, y Charis percibió la dureza de su expresión al decirlo.

—Dime —inquirió Charis—. ¿Me crees en lo referente a la profecía de Throm?

—Desde luego —aseguró la mujer—. ¿No debería?

—Nadie más lo hace.

—Entonces se merecen su destino —masculló Lile sombría. Una expresión efímera, pero de una inconfundible ferocidad, apareció en su rostro; un odio despiadado brilló en las sombrías profundidades de los ojos de Lile.

«¿Era ésta la bestia que acechaba desde las tinieblas?», se preguntó Charis. «¿He cometido un error al contárselo?»

Pero Lile sonrió, y la bestia, si es que estaba allí, se retiró a su escondite una vez más.

—¿Preguntas por qué te creo? Te lo diré. Toda mi vida he sabido que esto sucedería. He guardado ese conocimiento en mi interior... —se llevó una mano al corazón—. No me atrevía a esperar llegar a verlo, pero sabía que ocurriría. Lo sentía. Incluso cuando era muy pequeña, contemplaba el mundo y percibía que contemplaba un mundo que no duraría. Cuando me lo has descubierto he notado que era verdad, porque tus palabras no han hecho más que confirmar lo que yo ya adivinaba.

—Ésta constituirá, pues, la prueba que pediste —concluyó Charis—. Todo lo que valoro en esta vida lo he puesto en tus manos.

—No, no todo. —Lile la tocó suavemente en el costado, y la joven hizo una mueca de dolor— Deja que te ayude, Charis. Puedo curar tu lesión. Necesitarás todas tus fuerzas en los días venideros. Puedo devolvértelas con más celeridad.

Charis vaciló, luego cedió.

—Lo que dices es verdad. Hazlo.

—No te fallaré. Créeme.

—Lo intentaré —prometió Charis—. Te lo aseguro.

La confianza de Charis obtuvo su recompensa, y Lile demostró no haber mentido en lo referente a sus habilidades, ya que la operación no tuvo el menor incidente y la joven se recuperó con rapidez. Unos cuantos días después de que le quitaran los vendajes, Annubi la encontró sentada con las piernas cruzadas entre una pila de fundas de pergamino; con la barbilla apoyada en la palma de la mano, estudiaba con atención el documento que tenía extendido ante ella. La contempló por un momento y luego penetró en la desordenada biblioteca. Ella levantó la mirada cuando él se acercó.

—¡Oh, Annubi! ¿Qué se sabe? ¿Noticias de Belyn?

—No —sacudió la cabeza.

—¿Algo en las estrellas?

—No, nada aún.

—Entonces, ¿qué es?

—Se refiere a ti, Charis.

—¿A mí?

—Le contaste a Lile lo del cataclismo.

—Sí, lo hice. ¿Por qué?

El adivino suspiró, arrastró una silla sobre el suelo lleno de papeles y se dejó caer sobre ella.

—¿Por qué? —insistió Charis—. ¿He hecho algo malo?

Sacudió la cabeza y se pasó una mano por los ojos.

—Ya no puedo ver. —Esta admisión la hizo con tanta tranquilidad que, al principio, Charis no comprendió el significado de sus palabras.

—¿Por qué no hice bien? Pensé que lo mejor era... —Se interrumpió. Annubi estaba sentado como si su pecho se hubiera hundido; tenía los hombros caídos y sus largos dedos se retorcían sobre su regazo—. Annubi, ¿qué ha sucedido?

—Ya no puedo ver —repitió, escupiendo cada una de aquellas amargas palabras—. La Lia Fail no me revela nada. Ya no existe luz.

—Estás demasiado cansado —tranquilizó Charis, mientras apartaba a un lado el manuscrito— Te he obligado a realizar demasiadas cosas, te he pedido en exceso. Si descansas, regresará.

—No —gimió—, sé que no. —Calló y luego alzó los hombros en un gesto de impotencia—. Pero no es ésa la cuestión por la que he venido.

—Insinuaste que no debería habérselo confesado a Lile. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—La encontré en mi habitación con la Lia Fail. Estaba furioso. La sujeté, quería matarla... —Sacudió la cabeza con incredulidad—. Así me he comportado. ¡Yo, Annubi!, que jamás he levantado un dedo contra otro ser viviente en toda mi vida.

—¿Qué hizo ella?

—Se rió de mí —murmuró, y cerró los ojos con fuerza—. Se rió y me dijo que había perdido.

—¿Perdido? ¿La visión?

—Que te había perdido a ti.

Charis sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué pasó entonces?

—Se fue. La oí reírse por el pasillo. —Se llevó las manos a la cabeza como para

detener aquel sonido.

—¡Oh, Annubi, lo siento! Nunca se lo hubiera contado si lo hubiera sabido. —Charis sintió lástima por su viejo amigo; pero, incluso mientras su corazón se unía al de él en su aflicción, no pudo evitar preguntarle—: ¿No hay ninguna posibilidad de que estés equivocado?

—¡Equivocado! —El consejero del rey se incorporó echando la silla hacia atrás, que cayó al suelo con estrépito—. ¡Te ha conquistado! ¡Maldito sea el día en que la vi!

—Annubi, por favor, sólo quería decir que a lo mejor había alguna otra explicación.

—He perdido la visión y también la cordura, ¿no?

—No, claro que no.

Se quedó rígido, con los puños crispados a los costados.

—Ella ha ganado, Charis. Primero tu padre, y ahora tú. —Se volvió y salió colérico de la habitación.

La joven permaneció sentada en el mismo lugar, impasible. «Debo enfrentarme a ella», pensó. «Tengo que ir a buscarla de inmediato y..., ¿y qué? ¿Qué? ¿Decirle que Annubi ha perdido la visión y que cree que ella ha ganado? Incluso si fuera cierto, sería exactamente el tipo de admisión que busca. No, no puedo confesarle que lo sé y tampoco dejar que se entere... Pero, ¿qué es lo que sé? ¿Qué me ha dicho Annubi en realidad? Podría existir otra explicación. A lo mejor es como Lile pretende: que se ha tomado su presencia de forma adversa y tergiversa sus palabras para desacreditarla. Quizá quepa alguna otra razón.»

«En cualquier caso», pensó, «prometí que confiaría en ella. No puedo ir a buscarla ahora sin faltar a mi palabra. Pobre Annubi, tendrá que seguir sufriendo un poco más. No puedo ayudarlo, y otros asuntos son más importantes en estos momentos.»

Volvió a su trabajo, seleccionando los manuscritos valiosos e irremplazables de entre los miles de la colección de su madre y depositándolos en el impermeable cofre de madera.

13

Para Taliesin el final del verano fue una pura delicia. Se levantaba con el sol para dar la bienvenida a aquellos gloriosos días dorados que transcurrían con regia y pausada serenidad. Cuando podía abandonar por algún tiempo su trabajo en la construcción de la Gran Sala, Elphin se llevaba al muchacho con él al bosque a cazar, o bajaban al estuario a pescar o a escarbar en busca de crustáceos, o simplemente se sentaban sobre los guijarros para contemplar las nubes y las olas.

Cabalgaban juntos durante horas, y Elphin le describía la monótona tarea de patrullar la Muralla, o le hablaba de la necesidad de mantener a los pictos y a los irlandeses a distancia, además de relatarle los breves y feroces enfrentamientos que tenían lugar algunas veces. Le enseñó a Taliesin la forma de luchar de los romanos y, más importante aún, la manera de gobernar la tierra. Le explicaba las historias que sus guerreros contaban alrededor del fuego por las noches, cuando estaban lejos de casa, y le hablaba también de los hombres, de sus deseos y ambiciones; le confió, también, sus esperanzas con relación a su gente y las razones de las decisiones que había tomado.

Taliesin escuchaba todo lo que le contaba y escondía cada una de aquellas palabras en su corazón, porque comprendía el regalo que su padre intentaba hacerle.

—Debes ser fuerte, Taliesin —le aconsejó un día. Cabalgaban por el bosque con lanzas en la mano para cazar jabalíes, mientras los perros buscaban el rastro del animal más adelante—. Fuerte como el frío hierro que sujetas en la mano.

—Hagfan dice lo mismo. La fuerza y la sabiduría constituyen la espada de doble filo de un rey.

—Y tiene razón. Un rey debe ser fuerte y sabio para ayudar a su gente. Pero me temo que se aproxima una época en la que la sabiduría fracasará y tendrá que bastar con la fuerza.

—¿La Era de las Tinieblas?

—Una oscuridad como nunca ha existido. —Tiró de las riendas del caballo para detenerlo, y levantó la vista hasta el verde encaje que tejían las ramas de los árboles sobre sus cabezas—. Escucha, Taliesin, pero no te dejes engañar. Todo está tranquilo y silencioso aquí y, sin embargo, es sólo en apariencia. El mundo no sabe ni le preocupa lo que sucede con las vidas de los hombres que habitan sobre él. No existe la paz, Taliesin. Es una ilusión, un encantamiento de la mente.

»La única paz que conocerás será la del descanso que te hayas ganado mediante la fuerza.

Taliesin se quedó muy sorprendido ante el repentino ataque de pesimismo que se había apoderado de su padre, pero no hizo comentarios. Una becada inundó el bosque con su grito no muy lejos de ellos, el cual, en medio de la atmósfera melancólica creada por las palabras de Elphin, sonó lúgubre y solitario.

—Se acerca, Taliesin. No podremos mantenerla alejada por mucho más tiempo. —Miró con tristeza al muchacho montado a caballo junto a él—. Ojalá mi legado

pudiera ser diferente, hijo mío.

Taliesin meneó la cabeza.

—Cormach me habló de la Era de las Tinieblas, pero aseguró que, en medio de tanta oscuridad, la luz brilla con más fuerza. También afirmó que habrá alguien cuya llegada iluminará el cielo de este a oeste con tal esplendor que su imagen quedará grabada para siempre en la Tierra.

Elphin asintió.

—Al menos, eso es una esperanza. —Paseó la mirada una vez más por el adormecido bosque—. ¡Ah!, pero poseemos el día de hoy, Taliesin. ¡Escucha! —Los ladridos de los perros se habían convertido en un griterío frenético—. Los perros han encontrado algo. ¡Vayamos a ver!

Elphin hizo chasquear las riendas sobre el cuello de su caballo y el animal, excitado por el fragor de los alaridos, se encabritó y saltó hacia adelante. Taliesin golpeó con los talones los ijares de su montura y salió al galope tras él. Comenzó una persecución temeraria e implacable, en la cual perros, caballos y tres jabalíes, dos hembras jóvenes y un enorme y entrecano macho adulto, atravesaron el bosque a toda velocidad, mientras se abrían paso por entre los espesos matorrales, saltaban sobre los troncos caídos y se escabullían rápidamente bajo las ramas inferiores de los árboles, en una mescolanza de gruñidos, chillidos, ladridos, bufidos, y risas provocadas por el placer que proporcionaba aquella desenfrenada carrera.

Los jabalíes los condujeron hasta el corazón del bosque antes de desaparecer en la espesura. Los perros se precipitaron a un arroyo de aguas rápidas en el que el rastro desaparecía, y los jinetes, cuando llegaron al cabo de un instante, los encontraron lloriqueando junto a la orilla, al tiempo que olfateaban el aire y aullaban por la presa perdida. Elphin lanzó su jabalina al suelo, hundiéndola en el barro junto al arroyo; Taliesin hizo otro tanto y ambos desmontaron y llevaron los caballos hasta el agua, donde los extenuados animales bebieron ruidosamente.

—¡Una persecución espléndida! —rió de buena gana Elphin, jadeante—. ¿Viste a ese viejo macho? ¡Dos mujeres tiene ese bribón, el Rey de los Bosques!

—Estoy contento de que se escaparan —observó Taliesin, el rostro sonrojado por la excitación y el ejercicio. El sudor le empapaba los cabellos que le caían sobre la frente, rizándoselos en pequeños bucles.

—¡Oh, y tanto! Aunque la galopada me ha abierto el apetito, y casi me parece sentir el sabor de esa carne delicada que se asa sobre un buen fuego. Me alegro de que lo consiguieran. Ya los perseguiremos de nuevo otro día.

Elphin se tendió sobre una sombreada roca cubierta de musgo y cerró los ojos. Taliesin se acomodó a su lado, y estaba a punto de tumbarse también cuando le pareció ver un destello por el rabillo del ojo.

Al cabo de un instante, Elphin oyó el ruido de algo que caía al agua y se incorporó. Taliesin estaba en el centro del arroyo nadando hacia la orilla opuesta, mientras gritaba:

—¡Lo veo! ¡Deprisa!

Los perros gimoteaban junto a la orilla con las cabezas gachas y la cola entre las piernas.

—¡Taliesin! ¡Espera! —gritó Elphin. Agarró su lanza y se arrojó al agua tras el muchacho—. ¡Espera, hijo! —Llegó a la otra orilla justo a tiempo de verlo meterse en un bosquecillo de saúcos y desaparecer.

—¡Deprisa! —La voz de Taliesin sonaba muy lejana—. ¡Lo veo!

Elphin escuchó. Oyó cómo el muchacho se abría paso entre la maleza y, un segundo más tarde, todo quedó en silencio; entonces inició la tediosa tarea de seguir su pista por el bosque.

Lo encontró una hora más tarde, sentado en una losa de piedra cubierta de líquenes en un claro circular, rodeado de robles, el rostro sin expresión, las manos fláccidas sobre el regazo.

—¿Estás bien, hijo? —La pregunta de Elphin resonó en el claro.

—Lo vi —replicó Taliesin con la voz ronca a causa del agotamiento—. Me condujo hasta aquí.

—¿Qué viste?

—Un ciervo. Y me trajo hasta aquí.

—¿Un ciervo? ¿Estás seguro?

—Un ciervo blanco —añadió el muchacho; sus ojos brillaban en la penumbra del claro como dos oscuras estrellas—. Tan blanco como la corona de Cader Idris. ¡Tenía una enorme cornamenta tan roja como tu capa romana, y también su cola era roja! —Contempló a su padre con incertidumbre—. ¿Lo viste?

Elphin negó despacio con la cabeza.

—No. Corrías demasiado deprisa para mí. —Paseó la mirada por el claro. Estaba rodeado por todos lados de gruesos robles, cuyas resistentes y retorcidas ramas hablaban de épocas remotas. Una ligera depresión del terreno alrededor del perímetro del claro marcaba los restos de un antiguo foso y, con toda seguridad, la piedra en la que se sentaba Taliesin se había alzado en una ocasión en el centro de aquel círculo. Asimismo, aunque las curvadas ramas permitían que una porción del cielo apareciera pálido y azul sobre sus cabezas, penetraba muy poca luz en aquel redondel—. ¿El ciervo te trajo aquí?

Taliesin asintió.

—Y ahí es donde vi al hombre —repuso, indicando un hueco por el que la zanja circular se introducía en el bosque—. El Hombre Negro.

—¿Lo viste? —Elphin lo contempló con atención—. ¿Qué aspecto tenía?

—Era alto, muy alto —replicó Taliesin; cerró los ojos para ayudarse a recordar mejor—, y de músculos fuertes; sus piernas parecían troncos, y sus brazos, ramas de roble. Estaba cubierto de pelo negro, muy espeso, con ramitas y hojas pegadas a él por todas partes. Su rostro estaba pintado con arcilla blanca, excepto alrededor de los ojos, negros como pozos. Su cabellera lucía encalada y moldeada como una cresta; pequeñas ramas brotaban de ella, y llevaba un gorro de piel sujeto a la cabeza con astas de ciervo. En una mano sujetaba un bastón astado y con el brazo rodeaba un jabato. Y también había un lobo enorme de ojos amarillos. Me vigiló desde el otro lado del círculo de robles y no penetró en el anillo.

—El Señor de las Bestias —murmuró Elphin—. ¡Cernunnos!

—Cernunnos —confirmó Taliesin—. «Soy el Ser Astado», afirmó.

—¿Dijo algo más?

—Sí, añadió: «Alza lo que está caído». Eso es todo.

—¿Alza lo que está caído? ¿Nada más?

—¿Qué significa? —quiso saber Taliesin.

Elphin miró la piedra sobre la que se sentaba el muchacho.

—La piedra yace sobre el suelo.

Taliesin paseó las manos sobre su superficie.

—¿Cómo la levantaremos?

—No será fácil. —Se tiró del bigote y empezó a pasear alrededor del círculo. A poco, regresó con una resistente rama de fresno, que encajó bajo el borde de la piedra—. Haz girar esa roca hacia allí —le instruyó, y los dos empezaron a izar la losa haciendo palanca con la rama.

La piedra empezó a elevarse muy despacio; al esforzarse con la palanca y empujarla consiguieron que se levantara sin interrupción y descubrieron que, una vez alzada a una altura suficiente como para que Elphin la pudiera sujetar bien, éste podía incorporarla aún más. Desnudos hasta la cintura, tanto el hombre como el muchacho se aplicaron a la tarea y, poco a poco, lograron levantar la piedra cada vez más y más, hasta que, con un gemido y un tremendo empujón, Elphin notó que se asentaba de nuevo sobre su base.

Se sonrieron mutuamente y contemplaron la losa con satisfacción; cubierta de musgo, con manchas oscuras debidas a su largo descanso sobre el suelo y apestando a tierra húmeda, se inclinaba ligeramente, de modo que la poca luz que se filtraba en el interior del círculo daba de lleno sobre su superficie cubierta de marcas. Taliesin se acercó y colocó las manos sobre los símbolos grabados en ella: intrincadas espirales y circunvoluciones, como laberintos circulares, todos ellos bordeados por un ribete de serpientes cuyos cuerpos entrelazados perfilaban la silueta de un huevo enorme.

—¿Es muy antigua? —preguntó Taliesin.

—Muchísimo —respondió Elphin. Bajó la vista al lugar donde había yacido la losa—. Ya comprendo por qué cayó.

Taliesin siguió la mirada de su padre y se dio cuenta de que casi pisaba los huesos largos y amarillentos de un hombre. El peso de la piedra había aplastado el cráneo y la caja torácica, pero el resto del esqueleto estaba intacto. Un destello dorado atrajo su atención, y se arrodilló para apartar con cuidado la fina tierra, encontrándose con una cadena de diminutos eslabones entrelazados y que, en una ocasión, había colgado del cuello del hombre que había sido sepultado bajo la piedra. Del extremo de la cadena pendía un colgante de ámbar amarillo con una mosca atrapada en su interior.

—¿Qué has encontrado, hijo? —preguntó Elphin al tiempo que se arrodillaba junto al muchacho.

—Un colgante. ¡Y mira! —Señaló la delgada muñeca—. ¡También un brazalete!

Éste era de oro y estaba grabado con los mismos dibujos de espirales de la piedra alrededor de una cornalina roja como la sangre colocada en el centro. En la misma cornalina se percibía una figura, que no pudo verse con claridad hasta que Elphin no sacó el brazalete con suavidad del brazo del hombre que lo había llevado durante tanto tiempo. Quitó la tierra de las pequeñas incisiones y lo levantó para que Taliesin lo estudiara.

—¡El Señor del Bosque! —exclamó. Tomó el adorno entre sus manos y resiguió con un dedo el contorno de una cabeza humana con cuernos.

Entre las rodillas del esqueleto descubrieron fragmentos de cerámica pertenecientes a alguna vasija que se había roto. Junto a uno de los omóplatos había una larga punta de lanza hecha de pedernal y, justo sobre el cráneo, una daga de bronce con la hoja corroída hasta ser casi irreconocible; la empuñadura de ésta era de azabache, aunque cubierta de un entramado de diminutas fracturas, y estaba aún en buenas condiciones.

Taliesin se inclinó para recoger la daga y la sostuvo en la mano. Se puso en pie despacio y contempló la piedra, pero ésta había cambiado: sus esquinas eran

cuadradas y los dibujos de su superficie nítidos y recién grabados. El foso que formaba el anillo también se destacaba con claridad y era más profundo. Se había levantado una empalizada de madera en el borde exterior del mismo y, sobre un poste de cada cuatro, aparecía clavada la cabeza en descomposición de alguna víctima sacrificial, animal o humana. La mayoría de las cabezas estaban curtidas, con la carne ennegrecida, y revelaban los blancos huesos. Se podía percibir el hedor de la muerte en el aire.

Se volvió hacia la abertura del anillo y vio dos pilares de piedra que se alzaban a cada lado de lo que constituía la entrada del círculo. En ellos se habían horadado unos huecos, y en cada uno de ellos reposaba un cráneo humano sobre los que se había trazado de forma burda una espiral azul.

Mientras Taliesin observaba la metamorfosis, por entre los pilares de piedra apareció un hombre vestido con un jubón de piel de venado que le llegaba hasta las rodillas. Llevaba pieles de conejo arrolladas a las piernas y botas de piel de venado. Su rostro resultaba una máscara pintada de azul y su cabello era muy corto, a excepción de una larga trenza doblada y atada a la nuca, de forma que sobresalía como una cola de caballo. Se adornaba con un pequeño gorro de cuero sin curtir con astas de ciervo sujetas en la parte superior. En una mano sujetaba un pequeño recipiente de barro manchado de azul, y en la otra un tambor fabricado con piel.

El muchacho contempló paralizado cómo el chamán se acercaba a la piedra, ahora vertical, y elevaba un palo muy desgastado que había sumergido en el recipiente lleno de pintura azul. Con aquel tosco pincel empezó a pintar los símbolos grabados en la losa. Mientras se dedicaba a esta tarea, penetró en el círculo otro chamán, ataviado como el primero, que llevaba una lanza con punta de pedernal. Tras él aparecieron otros dos vestidos con pieles más burdas y, entre ellos, caminaba un tercero cuyas muñecas estaban atadas con una tira de cuero trenzado. Éste iba desnudo, con excepción de la máscara de cuero que le cubría el rostro y llevaba atada al cuello y en la que se mostraba un dibujo de espirales como los de la piedra.

El hombre maniatado andaba con dificultad y lo condujeron hasta la piedra, donde el chamán del gorro astado lo esperaba sosteniendo el palo que había utilizado como pincel. El cautivo permaneció inmóvil mientras el otro le pintaba espirales azules sobre el pecho, y luego lo obligaron a colocarse de espaldas a la piedra. Le pasaron una cuerda de cuero trenzado entre las muñecas y luego la echaron por encima de la losa. Uno de los hombres tiró de ella y los brazos del hombre atado quedaron estirados por encima de su cabeza.

El hombre de los cuernos tomó su tambor y empezó a golpearlo con un palo de hueso tallado, primero despacio y rítmicamente, después cada vez con mayor velocidad. Cantaba con una voz salvaje y el cautivo empezó a retorcerse. El sonido se aceleraba y el cántico se tornó más salvaje. El segundo chamán permanecía junto a él y, de repente, como espoleado a la acción por una fuerza oculta, dio una vuelta, dos, con la lanza de pedernal sostenida sobre su cabeza durante un instante y luego la hundió en el costado de su víctima.

La sangre manó a borbotones de la herida y el hombre se contorsionó para librarse de la lanza, pero sólo consiguió que se la hincaran de nuevo, con más fuerza, y la mantuvieran allí mientras él se contraía en un espasmo de dolor. Cuando dejó de agitarse, soltaron la cuerda; los brazos cayeron sin fuerzas y se apoyó contra la piedra mientras la vida se le escapaba junto con la sangre que manaba sobre el suelo.

—¡No! —aulló Taliesin, horrorizado.

El moribundo dio un paso vacilante, y luego otro. Las piernas se le doblaron y cayó de rodillas, se plegó sobre su herida y se desplomó hacia un lado, mientras se convulsionaba débilmente por un momento; todo ocurría bajo la intensa mirada de éxtasis del chamán astado.

La víctima luchó por incorporarse una vez más y luego se quedó inmóvil; su sangre empezaba a espesarse mientras rezumaba por el horrible boquete abierto en su costado. Tan pronto como el hombre expiró, el segundo hombre astado saltó sobre el cuerpo y le arrancó la máscara de piel. Con su puñal de bronce, cortó la cabeza del hombre y la colocó sobre la piedra, desde donde sus ojos desorbitados se quedaron contemplando sin ver el azul del cielo.

A continuación, los dos chamanes conferenciaron por unos breves instantes mientras los otros levantaban el cuerpo y lo colocaban en sentido longitudinal frente a la piedra. Hecho esto, el primero de los hombres astados recogió su tambor y su vasija y abandonó el círculo.

—¡Taliesin! —El muchacho oyó que alguien pronunciaba su nombre y notó cómo lo sacudían por los hombros—. ¡Taliesin!

Se volvió y miró a su padre. El rostro preocupado de Elphin apareció lentamente ante sus ojos, al tiempo que aquellos extraños personajes, su desdichada víctima y, por último, la empalizada se desvanecían en el aire.

—¿Qué sucede, hijo? ¡Estás blanco como un muerto! —Elphin lo zarandeó con fuerza.

El muchacho se llevó una mano a la cabeza.

—Ponla como estaba —murmuró, y luego empezó a chillar, mirando a su padre aterrorizado—: ¡Ponla como estaba! ¡Pon la piedra como estaba antes!

—Muy bien —respondió Elphin despacio—. La pondremos otra vez en el suelo. —Se enderezó y contempló los amarillentos huesos de la descubierta sepultura—. No todo lo que se descubre es beneficioso; ciertas cosas conviene perderlas y olvidarlas.

Volvieron a tumbar la piedra, lo que les resultó sólo ligeramente más fácil que izarla. Durante todo ese tiempo, Taliesin sintió cómo la atmósfera opresiva del lugar actuaba como una fuerza empeñada en resistir a sus esfuerzos por derribar la losa. No obstante, lucharon y se esforzaron, y la piedra cedió poco a poco, dejando escapar algo parecido a un suspiro cuando por fin se desplomó sobre el lugar en el que llevaba descansando tanto tiempo.

Cuando la piedra volvió a estar en la posición en que la hallaron, notó Taliesin que respiraba con más facilidad.

—No era la piedra —explicó Taliesin—. El Ser Astado quería que volviera a reanudar los sacrificios que se le hacían. —Se estremeció y miró a su padre asustado—. Pero constituiría un error.

Elphin asintió y dio una última mirada a su alrededor.

—Este es un lugar infeliz. Yo también lo siento, y ya lo he soportado bastante. Vámonos de aquí.

Regresaron a través del camino del bosque que los había conducido hasta allí y por fin llegaron al arroyo. Sus caballos dormitaban bajo los últimos rayos del sol de la tarde, y los perros yacían enroscados a sus pies, con las cabezas sobre las patas delanteras. Los mastines se pusieron en pie de un salto y empezaron a ladrar excitados tan pronto como vieron a Elphin y a Taliesin que atravesaban el arroyo.

—Hemos de galopar a toda velocidad si queremos llegar al *caer* antes de que oscurezca —observó Elphin mientras montaba—. Hemos permanecido en ese círculo

más tiempo del que parecía. ¿Listo?

—Listo —respondió Taliesin, resistiendo el poderoso impulso de dirigir una última mirada al bosque.

Chasquearon las riendas y salieron al galope.

14

Los primeros temblores azotaron Kellios justo antes del amanecer. Charis se había despertado en plena noche, al sentir la atmósfera bochornosa y sofocante espesarse y convertirse en un asfixiante manto. Cuando le resultó imposible respirar, se levantó y salió al balcón para contemplar la ciudad que brillaba con suavidad a sus pies. Oceanus se balanceaba inquieto en su lecho; un remedo de estrellas brillaba enrojecido en la gris oscuridad de la noche y Charis comprendió que el fin había llegado.

Lo aceptó con la fría calma del que sale al ruedo, y observó por última vez la ciudad dormida.

Del otro lado de las distantes montañas le llegó el profundo retumbar del trueno en las tormentas de verano. «Así que ya empieza», pensó. «Sigue soñando, Atlántida; el día de tu muerte se avecina. Adiós.»

Volvió a entrar mientras el estruendo se iba transformando en una vibración leve e insignificante. Los perros de la ciudad empezaron a gimotear y aullar. Ellos lo sabían. Muy pronto todos se darían cuenta.

Se puso las ropas que había escogido para aquel día: una sencilla y resistente túnica de hilo combinada con el ancho cinturón de cuero blanco y las sandalias que había utilizado en el ruedo. Con dedos expertos se trenzó el pelo y lo sujetó con una tira de cuero también blanco, se puso su cadena de oro favorita alrededor del cuello y abandonó rápidamente su habitación para hacer sonar la alarma: una campana que había hecho instalar en el centro del pórtico, desde donde se oiría por todo el palacio. Mientras los últimos repiques se estremecían en el aire, Charis se dirigió con pasos rápidos a los aposentos de Annubi.

Abrió la puerta sin llamar y penetró en el interior. El adivino estaba sentado ante su mesita, la Lia Fail frente a él en su caja de madera; sus ojos aparecían enrojecidos y cansados.

—Ya ha empezado —anunció Charis.

Él asintió y cerró los ojos.

—Sí —susurró.

—Entonces recoge tus cosas y ven conmigo al puerto. Esperaremos a Belyn allí.

—Belyn no vendrá —replicó Annubi—. Me quedaré aquí.

—No, te quiero a mi lado. —No podía desafiarse a la autoridad que había en su voz, y Annubi se encogió de hombros y se puso en pie. Tomó un fardo de tela y echó la Lia Fail dentro de él; dirigió una última mirada a la habitación y luego se dirigió a la puerta.

La vibración había cesado, pero la atmósfera seguía cargada y ahora se hallaba impregnada de un penetrante olor metálico. El lamento de los perros resonaba por el palacio como música fantasmal.

En el pasillo principal se encontró con Lile, trastornada y nerviosa, acunando a una Morgian soñolienta mientras se aferraba con fuerza a su valor. Se abalanzó sobre

Charis y la agarró de la mano.

—¿Es la hora? —preguntó.

—Sí —replicó Charis—. ¿Dónde está mi padre?

—Dormido en su cama.

—Despiértalo, y continúa con tu cometido.

Lile vaciló.

—Dame la niña —siguió Charis, quitándole a Morgian de los brazos—. Vete ahora. Y date prisa.

Lile regresó rápidamente por el pasillo.

—Toma a Morgian —pidió Charis a Annubi, y le entregó a la chiquilla. El adivino se echó hacia atrás con una mueca de disgusto, pero tomó a la criatura, que empezó a llorar reclamando a su madre—. Espera junto a los carros —le ordenó Charis, y él se alejó arrastrando los pies en la temblorosa noche.

La joven se dedicó a supervisar todos los arreglos que había dispuesto, yendo de una tarea a otra con serena eficiencia. Las últimas semanas habían resultado física y emocionalmente agotadoras. Había acumulado un pequeño montón de provisiones y herramientas y lo había embalado, precintando todo lo que había podido para protegerlo del agua; una y otra vez había repasado los planes que ella y Lile habían elaborado para la evacuación conjuntamente con docenas de funcionarios de palacio reacios y, a menudo, desdeñosos. Para su realización vendió tesoros del palacio a cambio de monedas de oro y plata y compró y equipó una flota de barcos de pesca para transportar a la gente y la carga a aguas más profundas, si era necesario.

Supervisaba, un carro tras otro, la operación de carga de materias primas para la supervivencia, ingente y ardua labor que había requerido enormes y desconocidas reservas de energía, tacto y voluntad. Ahora que el temido momento había llegado, podía permanecer calmada. El mundo podía derrumbarse a su alrededor, pero el final no la vería corriendo de un lado a otro, víctima de un indecoroso pánico. Despertó a aquellos capataces que seguían dormidos y los envió a ocuparse de los quehaceres que tenían encomendados.

—No os paréis a pensar —aconsejó a los temerosos—. Haced exactamente lo que planeamos, y rápidamente.

De esta forma, cuando los primeros temblores sacudieron el palacio horas más tarde, soltando una lluvia de tejas que caían con estrépito sobre el oscuro patio, los carros ya estaban agrupados, diez hileras en filas de a cuatro, con los pasajeros y los cocheros dispuestos a partir. Los caballos se encabritaron y sus ojos brillaron aterrorizados a la luz de las antorchas, de modo que sus cuidadores tuvieron que hacer grandes esfuerzos para inmovilizarlos y vendarles los ojos con pedazos de ropa.

Charis permanecía de pie en la escalinata, con los brazos en jarras.

—¿Qué entretendrá a Lile? ¿Tengo que ocuparme de todo?

—Princesa Charis —la llamó una voz próxima—, deberíamos sacar los caballos. Si las puertas se derrumban...

—¡Lo sé, lo sé! Estamos esperando al rey. Regresa a tu puesto.

El hombre desapareció y Charis se precipitó al interior del palacio en busca de Lile y Avallach. El segundo terremoto tuvo lugar mientras recorría la galería principal, en dirección al dormitorio del rey. Las losas de piedra se estremecieron bajo sus pies y oyó un lejano crujido semejante a alguien que moliera grano entre dos enormes muelas de piedra.

Abrió de golpe la puerta de la habitación de su padre y se encontró a Avallach totalmente vestido y sentado en un sillón; Lile, a sus pies, le suplicaba que se levantara y la acompañara. El rey volvió la cabeza cuando ella entró. Charis ignoró a Lile y dijo:

—Padre, es hora de irse. Todos te esperan para que los guíes.

El rey sacudió la cabeza.

—Debo permanecer aquí. Mi lugar es éste.

—Tu lugar está con tu gente.

—Llévate a Lile y a los otros. Déjame.

—No nos iremos sin ti, padre —repuso ella con firmeza.

—Debéis iros, o moriréis.

—¡Entonces moriremos todos! —exclamó ella—. Pero no nos iremos sin ti.

Avallach se puso en pie despacio; Lile le entregó su muleta y lo acompañó al carruaje, donde Annubi y Morgian los esperaban. Lile y Avallach subieron a él y Charis le hizo una señal al conductor para que se pusiera en marcha. Tan pronto como la carroza real cruzó el portón, los demás carros empezaron a moverse y cruzaron uno tras otro las puertas del palacio, mientras la tierra se estremecía inquieta bajo sus ruedas.

Charis aguardó hasta que el último vehículo hubo salido y luego montó en su caballo, deteniéndose en la oscuridad para echar una última mirada al hogar de sus ancestros, que abandonaba para siempre. Los carros no tardaron en llegar a Kellios, pero se encontraron las calles atestadas de gente que había huido de sus casas y ahora corrían enloquecidas de un lado a otro ante los temblores que, uno tras otro, sacudían el suelo. El clamor de su llanto era ensordecedor. Charis cabalgó sin detenerse, abriéndose paso a través del tumulto a golpes de rienda al tiempo que despejaba el camino a los carros para que siguieran avanzando. Condujo a su comitiva al puerto, hasta el muelle de piedra, y allí se detuvieron para aguardar los barcos que debían aparecer.

El cielo se iluminó con un amanecer fantasmal lleno de vapores sulfurosos. De la zona del templo llegaba el lúgubre mugir de los toros, y un manto de polvo flotaba sobre la ciudad como una neblina, inmóvil por la falta de la más ligera brisa. Annubi se paseaba arriba y abajo del muelle entre las hileras de carros. Por fin, fue a detenerse junto a Charis.

—Parece como si amainase —dijo—. Los temblores pierden fuerza y frecuencia.

La joven observó su rostro, pálido bajo aquella luz sobrenatural.

—Entonces puede que aún tengamos tiempo —contestó.

Con la salida del sol los seísmos cesaron. El asustado populacho se olvidó enseguida de sus temores y volvió a sus ocupaciones normales. Los que esperaban en el muelle, casi quinientas personas en total, representaban todos los habitantes del palacio: albañiles, artistas, carpinteros, granjeros y pastores, mayordomos y criados y funcionarios palaciegos de varias clases, junto con sus familias. A todos ellos Charis les había prometido un lugar en los botes. Sin embargo, empezaron a sentirse inquietos mientras contemplaban tontamente un mundo que ahora volvía a parecer tan sólido y permanente como siempre.

La princesa se mantuvo firme y, a medida que transcurrían las primeras horas del día, se dedicó a mantener a todo el mundo ocupado transfiriendo la carga de los carros a los botes de pesca. El sol se elevó sobre un cielo desnudo, donde permaneció de forma intermitente, arrojando sus abrasadores rayos sobre aquella tierra caliente,

y, cuando el ardiente disco inició su descenso hacia el mar y la última carga quedó colocada en las embarcaciones, aún no se veía señal alguna de los barcos de rescate.

Los habitantes de la ciudad se mofaban de los que esperaban en el muelle; lanzaban pullas, se reían delante de ellos y disfrutaban del espectáculo. En el puerto, entretanto, los barcos entraban y salían como de costumbre y la misma Kellios se comportaba como si lo sucedido unas horas antes no hubiera constituido nada extraordinario ni fuera de lugar.

No fue hasta que las sombras empezaron a alargarse sobre el muelle que Lile se acercó a Charis y le dijo:

—La gente está cansada, Charis. Deberíamos regresar.

—No —respondió ésta—. Yo también lo estoy, pero no podemos retroceder.

—Podríamos dejar los botes y si...

Charis se revolvió furiosa.

—Retorna a palacio, Lile, ¡y regresarás a tu tumba! Sólo queda muerte allí.

Lile retrocedió y volvió a su inquieta vigilia junto a los demás. La larga tarde transcurrió sin que nada sucediera. Comieron sencillamente y se dedicaron a escuchar el nervioso rumor de las aguas que iban y venían por entre las columnas sobre las que se asentaba el muelle, mientras una asfixiante oscuridad empezaba a cubrir la bahía, convirtiéndose rápidamente en noche cerrada.

Continuaban aguardando sobre el muelle, rodeados por aquella atmósfera densa, opresiva y pegajosa, cuando observaron cómo una llamarada rasgaba de repente el firmamento y un sinfín de estrellas de fuego se precipitaban en dirección a la tierra, al tiempo que rompían aquel silencio sobrenatural con el terrible fragor de su paso al abatirse sobre el inquieto Oceanus.

La llameante lluvia de astros siguió, desprendiendo hacia el cielo columnas de vapor, mientras los habitantes de la ciudad se agolpaban en el embarcadero para contemplar boquiabiertos la escena. Nadie reía ahora.

De las lejanas montañas les llegó un estruendo potente y siniestro y, al volverse, contemplaron horrorizados cómo las flamígeras estrellas atravesaban la neblina para impactar contra el suelo en una deslumbrante y mortífera sucesión. Las gentes de Kellios, con una cortina de fuego a sus espaldas, huyeron despavoridas hacia el mar e invadieron el muelle, presas del pánico; ahora luchaban unas con otras por conseguir un lugar en los pequeños botes de pesca que llenaban el puerto y se balanceaban en el incierto oleaje, dispuestas a lanzarse a ciegas hacia un mar abierto negro como la noche.

—Los barcos no vienen —gritó alguien desde uno de los carros—. Hemos de salir de aquí.

—¡Silencio! —le espetó Charis—. Esperaremos.

—¡Moriremos! —gimoteó otro.

—¡Entonces moriremos como seres humanos, no como animales enloquecidos!

Y aguardaron. Unos vapores humeantes y malsanos flotaban hasta ellos, procedentes del mar, que se agitaba oleoso. Kellios se estremeció con el horrible fragor y las casas temblaron en sus cimientos mientras las columnas caían de sus pedestales. Muchos, temerosos de que el muelle cediera, regresaron dando alaridos a la ciudad, pisoteando a todos aquellos que no pudieron esquivarlos.

Charis mantuvo el orden entre los suyos gracias a su gran fuerza de voluntad; se paseaba entre ellos y los exhortaba a tener valor, como tantas veces había hecho con sus bailarines en el foso de los toros. Annubi le salió al encuentro mientras la

muchacha recorría el muelle, aplacando a gritos el temor que crecía a su alrededor.

—Si los barcos no llegan pronto... —No continuó.

—¿Sí?

—Puede que tengamos que salir a su encuentro.

—No —se opuso Charis con firmeza—. Los esperaremos aquí. —Volvió a pasear.

Annubi se colocó a su lado.

—Tenemos tiempo aún, Charis. Los botes están dispuestos.

—Belyn vendrá —respondió ella, tozuda.

—No lo dudo. Pero a lo mejor no podrá llegar hasta nosotros. —Levantó una mano en aquella calma sepulcral—. No sopla viento para las velas. Los barcos no navegarán con facilidad esta noche.

Charis se volvió y clavó los ojos en la oscuridad del puerto y en los botes amontonados allí.

—Quizá tengas razón —concedió al fin—. Hemos llegado hasta aquí, podemos ir más lejos si es necesario.

Giró sobre sus talones y empezó a gritar órdenes. Los botes, noventa en total, estaban sujetos unos con otros en grupos de tres: dos transportaban la carga a ambos lados de otro bote con pasajeros. Bajo la dirección de los supervisores de Charis, la gente se distribuyó entre ellos. Y uno a uno, a medida que los botes para pasaje quedaban cargados, fueron saliendo con grandes esfuerzos hacia el centro del puerto.

Desde la bahía, la gente volvió la mirada atrás, y contempló cómo el pálido firmamento se iluminaba de repente por el oeste con una fuerte luz que centelleó amarilla primero y roja como la sangre después.

El silencio descendió sobre la tierra y el mar quedó inmóvil.

Las gentes de los botes contuvieron la respiración mientras se sujetaban a las barcas con manos exangües.

Sintieron el sonido antes de oírlo: el tremendo y demoledor gruñido que brotaba de las revueltas profundidades. El extraño relámpago apareció de nuevo, esta vez al este, y, en ese mismo instante, las colinas empezaron a retorcerse y a temblar. Kellios se balanceó sobre sus cimientos. Charis miró en dirección a la colina donde se alzaba el palacio y vio brillar las llamas entre los muros que se desmoronaban. Por encima de todo, se seguía escuchando aquel odioso y aterrador sonido.

La gente, presa de incontenible desesperación, se arrojaba al agua desde el muelle, debatiéndose en ella durante algunos instantes antes de hundirse por completo, incluso algunas madres se introducían con cuidado en el agua, mientras sostenían en alto a sus bebés. Los caballos, aterrorizados, se soltaban de sus arneses y corrían despavoridos por la estremecida playa.

El suelo perdió toda su solidez: las colinas resbalaban sobre los valles; los árboles se balanceaban y giraban sobre sí mismos, mientras sus raíces crujían y emergían al exterior al quedarse sin suelo debajo, como si de agua se tratara, las casas se tambaleaban para estrellarse sobre calles en movimiento, esparciendo un reguero de llamas y polvo; los gritos de aquellos que aquella tierra en movimiento había atrapado invadieron la oscuridad como chillidos de pájaros asustados; el mar hervía y se debatía como resultado de las terribles sacudidas que sufría en su lecho.

El cielo se convulsionó y empezó a escupir fuego sobre la ciudad. Piedras de azufre, chisporroteantes y malolientes, hendían el torturado aire como teas

encendidas, abriendo surcos en las colinas, precipitándose en un torrente sobre las ruinas palpitantes, arrasando el templo entre penachos de humo gris y llamas blanquecinas; la piedra ardía; los brillantes tejados de oricalco se derretían y resbalaban sobre los muros. Sobre el templo se elevaba una espesa humareda negra que despedía un terrible hedor a carne quemada.

Las llamas lo engulleron todo rápidamente. El fuego corría por las laderas de los montes; las columnas de humo se hinchaban más y más para aplanarse de repente y desparramarse como una mano enorme por las capas superiores, ocultando la luna que acababa de salir.

Los botes se balancearon aún con más fuerza sobre las agitadas aguas cuando el muelle se derrumbó y se sumergió, arrastrando con él a una multitud aullante. Charis lo contemplaba todo con fría y despiadada objetividad, sin sentir nada.

La destrucción continuó durante la noche, mientras los botes eran zarandeados por las olas y se movían sin rumbo por el interior del puerto. Una luna fantasmagórica brillaba ahora sobre la bahía, y los supervivientes escudriñaban en vano el horizonte en busca de alguna señal de los navíos de rescate. Charis contempló los rostros de los que la rodeaban y vio cómo su porfiada esperanza se disolvía poco a poco para transformarse en desesperación a medida que pasaba el tiempo.

—Vendrán —murmuraba para sí, sabiendo que cuanto más se alejaran los botes de la orilla, más disminuían sus posibilidades de supervivencia—. Nos encontrarán.

Cerca de la medianoche, Charis se obligó a tomar un bocado y beber un poco de agua, luego se durmió; despertó al amanecer para ver cómo aquella tierra condenada se debatía en plena agonía. Belyn seguía sin aparecer con los barcos.

La Atlántida se retorcía y sacudía; las montañas gemían y se abrían como los pliegues de un vestido; las olas se estrellaban contra la temblorosa orilla; Kellios ardía, y hacia el sur, a lo largo de la costa, se elevaba el humo de otras ciudades, oscureciendo el cielo matutino de tal modo que todo aparecía bajo una penumbra irreal.

Entretanto, las estrellas seguían cayendo a través de la oscurecida claridad, estallaban sobre la tierra devastada y caían dentro del agua.

La destrucción continuaba, lenta, terrible, despiadada.

Hacia el mediodía, a pesar de que el cielo se hallaba tan opaco como en la más cerrada de las noches, las nubes, negras como tizones, que flotaban sobre la tierra empezaron a lanzar relámpagos rojos y anaranjados. El aire se estremeció y un viento abrasador allanó las olas mientras el sonido de una explosión, tan enorme que el mar se levantó en olas tan puntiagudas como cuchillos, les llegaba con unas décimas de segundo de diferencia. Percibieron primero la sacudida como un agudo rugido, motivado por la onda expansiva que arranca rocas y árboles del suelo, y luego como un ensordecedor fragor que paralizaba los sentidos.

El mismísimo Monte Atlas había explotado, entrando en erupción con tal violencia que la poderosa montaña se había resquebrajado desde su pico cubierto de nieves eternas hasta sus profundas entrañas de granito, y arrojaba su masa pulverizada a la atormentada atmósfera. Pero antes de que los detritos pudieran iniciar su libre descenso, una nueva erupción convulsionó el corazón de la montaña, lo hizo pedazos con un violento fogonazo de color violeta y comenzó a vomitar

cenizas, humo, fuego y lava hacia el cielo. En un instante el Monte Atlas se convirtió en una turbulenta columna de gas y humo envuelta en llamas.

La gente de los botes, magullada y ensordecida por la horrible explosión, se abrazó desesperada: algunos gemían palabras incoherentes, otros permanecían mudos; todos se hallaban sobrecogidos y confusos mientras cordilleras enteras se volatilizaban y se derrumbaban ante sus ojos.

El mar, encrespado y revuelto, hervía ahora a medida que las llameantes rocas y la lava caían sobre su sucia superficie. Un bote, cerca del de Charis, recibió el impacto de un humeante pedazo de magma y se hundió al instante, arrastrando a los otros dos botes con él. Un chorro de agua se precipitó sobre los botes cercanos en una humeante cascada.

Charis observó un movimiento por el rabillo del ojo y volvió la cabeza en dirección a tierra justo a tiempo de ver cómo el maremoto ocasionado por la explosión se abalanzaba sobre ellos con pasmosa velocidad.

La gente se quedó paralizada mientras la pared de agua se acercaba; no había tiempo para gritar ni girar la cabeza. Charis sintió cómo el bote se inclinaba hacia arriba bajo sus pies y agarró con todas sus fuerzas una de las gruesas cuerdas que sujetaban la carga en el momento en que la ola se estrellaba contra el bote, lo levantaba en el aire y lo daba vuelta con su fuerza arrolladura.

El cielo y el mar intercambiaron su lugar. Todo se había transformado en una húmeda y asfixiante oscuridad. La fuerza del agua arrancó las manos de Charis de la cuerda y la muchacha se golpeó contra la borda, y hubiera caído del bote si no hubiera sido por la fuerza del agua que se abalanzaba sobre ella y la aplastaba contra la cubierta con una potencia demoledora.

Todo sucedió en un instante. Los botes se dieron vuelta, se enderezaron, y el maremoto siguió adelante, hacia mar abierto, dejando a los supervivientes medio ahogados y sin respiración. Charis se incorporó con un supremo esfuerzo, tosiendo y farfullando, mientras vomitaba amarga sal; se limpió el agua de los ojos, que le escocían de una forma terrible, y miró a su alrededor. Los demás botes giraban sobre el oleaje, algunos muy escorados, llenos de agua, y Charis advirtió que su número ahora era menor de lo que había sido momentos antes.

El cielo era un espantoso caldo gris-verdoso de nubes y humo, teñido de amenazadores rayos rojos sobre el lugar donde los restos ruinosos de la Atlántida temblaban y se estremecían; su antigua y hermosa silueta era destrozada y partida ahora por aquellos odiosos paroxismos. La gente contempló aquella desolación estúpidamente, con la boca abierta y los ojos en blanco a causa de la conmoción sufrida.

Los botes flotaban a la deriva, y el tiempo permanecía suspendido entre el día y la noche, en un repulsivo crepúsculo, mientras los vapores volcánicos y el humo cubrían el firmamento de forma incesante y los ecos espantosos de convulsiones fatales resonaban aún sobre las aguas. Oceanus se fue calmando poco a poco hasta que el único sonido audible fue el suave rumor del agua y el golpear contra los costados de las barcas de algún pedazo de madera flotante.

Charis levantaba la cabeza de cuando en cuando para seguir escudriñando el horizonte. Pero, a medida que pasaban las horas, incluso su inquebrantable ánimo empezaba a flaquear y efectuaba sus reconocimientos con menos frecuencia. El día transcurrió, para ser sustituido por una larga, agotadora e inquieta noche en la que el sueño fue recibido como un bienaventurado refugio, aunque demasiado breve. Los

supervivientes, quedaban menos de trescientos, se acurrucaban en los botes que navegaban sin rumbo y contemplaban su tierra torturada, todavía temblorosa bajo su tormento.

Llegó el alba sin que saliera el sol. Tan sólo refulgía una insignificante claridad en el oscuro cielo, y dio comienzo otro interminable día. Los botes siguieron flotando a la deriva; todos aguardaban. Charis se preguntó si no hubiera sido mejor quedarse en palacio y dejar que los muros se desplomaran sobre ella y sobre todos sus acompañantes.

Fue Annubi el primero en divisar la vela. Se encontraba en el bote que quedaba junto al de Charis; los dos flotaban a la par.

—Charis —llamó en voz baja. Ella levantó la cabeza, que tenía apoyada sobre los brazos cruzados—. Charis, mira hacia el norte y dime lo que ves.

La muchacha observó en aquella dirección largo rato y luego se incorporó.

—¿Es una vela? ¿Un barco? ¿Lo es, Annubi?

Atisbaron con atención, entrecerrando los ojos para contemplar mejor aquel diminuto punto cuadrado del horizonte que se destacaba oscuro en la penumbra. El barco al que pertenecía se hallaba demasiado lejos aún para poderlo identificar. La vela se acercó despacio. Pronto la vieron también otros y se produjo un clamor en los botes circundantes, al tiempo que algunos agitaban en el aire prendas de vestir para atraer la atención del barco.

—Sólo hay uno —gritó Charis a Annubi cuando su silueta fue al fin perceptible. ¡Sólo veo uno! ¿Dónde están los otros? Tiene que haber más.

—Sólo éste —afirmó Annubi—. Y no posee gran capacidad.

—¡Viene hacia aquí! —gritó alguien desde uno de los botes.

El barco había ajustado su rumbo y se dirigía ahora a la flotilla de botes medio hundidos. Los supervivientes lo contemplaron mientras surcaba las aguas hacia ellos y su regocijo se trocó en alarma poco a poco, ya que los tripulantes no daban señales de haberlos visto, ni tampoco de reducir la velocidad, sino que seguían adelante, con la enorme vela hinchada al viento.

—¡No nos ven! —gritó uno.

El barco navegaba impulsado por el viento, su aguda proa hendía el gris oleaje. El grito se repitió por todos los botes. La nave se encontraba ya muy cerca, lo suficiente como para distinguir a personas de pie en la cubierta que los contemplaban. Los supervivientes los llamaron, alzando sus voces histéricamente.

«Algo no funciona», pensó Charis, y en ese mismo instante advirtió de qué se trataba: «¡Seithenin!».

El navio se abatió sobre el primero de los pequeños botes, a pesar de que los remeros se esforzaron por apartarse de su camino. El bote fue alcanzado en el centro y se oyó un fuerte crujido. Se balanceó en el agua, se resquebrajó y se dividió, lanzando pasajeros y carga al mar. Un segundo bote consiguió alejarse de la terrible proa; otro se salvó cuando uno de los remeros levantó su remo, lo apretó contra el casco en movimiento del navio e impulsó a su propio bote hacia atrás, aunque perdió el equilibrio al hacerlo y cayó al agua.

Un cuarto bote, lleno de agua y demasiado lento para desviarse con rapidez, volcó y se hundió al chocar contra él la estela que dejaba el barco. Se sumergió bajo la superficie sin un sonido, mientras sus pasajeros chillaban despavoridos.

El barco de la muerte pasó junto al bote en el que Charis permanecía sentada, muda de cólera e hirviendo por dentro. El rostro de Seithenin apareció un instante

por encima de la barandilla. Charis lo vio y lo reconoció; escupió y le vio hacer una mueca burlona, medio loco de odio.

—¡Seithenin, te desafío! —era la voz de Avallach.

Charis se volvió y vio a su padre de pie en su bote; mojado, sucio, pero todavía un rey. Su odio le había dado ánimos para lanzar su impotente amenaza.

El timón del enorme navío se movió a un lado; el barco viró y la vela se deshinchó cuando maniobró para volver hacia ellos. Los tripulantes corrían por la cubierta; las puntas de las lanzas se alzaban junto a las barandillas.

—¡Regresan! ¡Nos matarán! —gritó una mujer desde un bote cercano.

Pero, mientras se inclinaba hacia ellos con la vela agitándose inútil en su mástil, el barco pareció vacilar. El arco se enderezó, la vela se hinchó de nuevo y viró para tomar un nuevo rumbo. Seithenin apareció sobre la barandilla de nuevo y gritó:

—¡Lamento no haberte matado, Avallach! Ahora, Oceanus acabará lo que yo empecé.

Charis se volvió y contempló lo que el capitán de Seithenin había visto y lo había hecho alejarse antes de finalizar su cruel tarea. Tres rápidos trirremes navegaban raudos hacia ellos.

—¡Belyn y Kian! ¡Estamos salvados!

Nadie la oyó. Los demás habían divisado también los barcos y, llenos de alivio, gritaban hasta desgañitarse.

Charis miró a su alrededor. De los noventa botes que habían abandonado el puerto de Kellios, calculó que quedaban menos de la mitad: algunos se habían alejado a la deriva durante la noche, otros habían recibido el impacto de escombros en llamas o habían sido arrastrados por el maremoto, y al menos Seithenin había destruido a tres, aunque la mayoría de los pasajeros de los botes embestidos por el navío estaban todavía vivos y se mantenían agarrados a maderos flotantes.

Los barcos arriaron las velas al aproximarse. Los remeros de los barcos de pesca trabajaron con energía para acercarse a sus salvadores, y los primeros pasajeros no tardaron en trepar por los cascos con la ayuda de redes arrojadas por encima de la barandilla. Charis se ocupó personalmente de que se rescatase a todos los pasajeros y de que todo el cargamento fuera izado a bordo antes de permitir que la ayudaran a subir a cubierta.

Belyn apareció ante ella, exhausto, con un semblante lleno de tristeza.

—Sabía que nos encontrarías —dijo Charis cuando Belyn la estrechó entre sus brazos.

—Charis, lo siento —murmuró, y ella sintió sus lágrimas sobre su mejilla—. No pudimos venir antes.

Ella se separó de él.

—¿Está Elaine...?

—A salvo, creo. Hay otro barco —explicó Belyn. Hundió los hombros en un gesto de futilidad—. Kian lo tiene, están en sus manos ahora.

Había otros supervivientes a bordo; habían avistado otros botes y habían salvado a sus ocupantes en su camino, con lo que los barcos aparecían casi repletos. Charis se aseguró de que Avallach, Lile, Morgian y Annubi se encontraran sanos y salvos y de que la carga, que tanto le había costado conservar, estuviera bien segura antes de desplomarse agotada en un rincón.

Belyn dio órdenes a su capitán, que fueron transmitidas a los otros barcos, uno de los cuales lo capitaneaba Maildun. Se izaron las velas de nuevo, que se agitaron e

hincharon con la brisa, y los barcos se pusieron en movimiento.

No obstante, no habían navegado mucho cuando oyeron un rugido, lejano y amenazador, que se desplazaba sobre el agua. Los que estaban junto a las barandillas levantaron la cabeza y vieron que las nubes se cernían amenazadoras sobre la Atlántida. Unos hilos finos de reluciente lava carmesí recorrían la temblorosa superficie, brotando de enormes hendiduras abiertas en la tierra.

El humo serpenteaba sobre las aguas en finas volutas, de modo que la Atlántida parecía flotar sobre nubarrones de tormenta. El aire caliente olía a sulfuro y a roca quemada; una ceniza totalmente negra flotaba en el aire como nieve inmunda, ensuciando todo lo que tocaba. Aunque ya era mediodía, prevalecía una oscura penumbra en el aire. Los supervivientes se acurrucaban sobre las cubiertas en medio de aquellas tinieblas; sus rostros cansados quedaban iluminados por las espeluznantes llamaradas de los incendios y por los rayos que caían incesantemente sobre el agonizante continente.

El gruñido se convirtió en un enorme y creciente siseo que se extendió desde la destrozada cáscara de la isla y lo invadió todo. Charis cerró los ojos y escuchó en aquel horrible sonido la avalancha de espíritus difuntos que se elevaban en su vuelo inmortal. Alguien la golpeó en el hombro y levantó los ojos. Annubi estaba de pie junto a ella, los ojos rojos bajo el resplandor del fuego.

—Ven a ver —le pidió.

Ella se puso en pie y lo siguió hasta la popa, donde se abrieron paso hasta apoyarse en la barandilla. La Atlántida se había encogido terriblemente, su enorme extensión de tierra no era ahora más que un grupo de montañas destrozadas; el destruido Monte Atlas aparecía como una colina informe bajo la llameante oscuridad.

El sibilante siseo aumentó de intensidad, pero resultó ahogado por otro sonido, como el de una tela enorme que se rasgara de una punta a otra: la estructura de la tierra dividida de punta a punta. El ruido aumentó de volumen, sumergiendo en él a los barcos y a sus asustados pasajeros.

Entonces, mientras todos lo contemplaban, el oscuro montículo que constituía ahora el Monte Atlas se hundió sobre sí mismo, se alzó de nuevo, y estalló en una definitiva y destructora hecatombe de devastadoras llamas. Aquella terrible metamorfosis vomitó gases y cenizas, y los escombros se elevaron en una magnífica y batiente columna cuyo final se perdía en las nubes. Al cabo de un momento vieron cómo la ola, producto de la onda expansiva, corría hacia ellos sobre las aguas, aplastando las otras crestas a su paso.

Los golpeó como una mano invisible; los vigías cayeron y todo el armazón del barco se sacudió. El maremoto vino acompañado de un viento huracanado que azotó las velas con tanta fuerza que los mástiles se doblaron y crujieron. Los trirremes se vieron empujados sobre el agua, con las cubiertas casi verticales. Charis, agarrada a la cubierta con los dedos, permaneció tumbada sobre el suelo, con los ojos muy apretados para que no les entrara agua salada.

El viento pasó sobre ellos y siguió su camino mar adentro. Del inflamado cielo caían ardientes pedazos de roca, que dejaban una estela de humo blanco y chisporroteaban al precipitarse hacia el agua, hundiéndose entre surtidores de vapor. Proyectiles incandescentes se desplomaban sobre los barcos, lanzando chispas por doquier, mientras rebotaban alocadamente, se hundían en las planchas de madera e incendiaban las cubiertas. Aquel pedrisco mortífero parecía no tener fin. Charis oyó

un chillido y vio pasar corriendo a una mujer que intentaba ponerse a salvo, con una criatura entre los brazos y el borde de su túnica encendida. Se abalanzó sobre ella, la derribó al suelo, apagando las llamas de sus ropas con sus manos, y luego echó un pedazo de lona sobre las tres con la esperanza de poder resistir así la tormenta de fuego.

Mientras permanecían acurrucadas bajo la tela, Charis se dio cuenta de que sus compañeras eran Lile y la pequeña Morgian, cuyos rostros aparecían lívidos bajo la capa de hollín, con los cabellos grises de ceniza. Lile la miró sin verla, sin reconocerla. «Mi aspecto debe resultarle también muy extraño», pensó Charis; «no sabe quién soy.»

—Lile —dijo, extendiendo la mano—. Soy Charis. Estamos vivas, y sobreviviremos. ¿Lo oyes? ¡Viviremos!

Morgian gimió suavemente, pero la mujer no respondió, Charis volvió el rostro para contemplar la espantosa lluvia.

La gigantesca cresta que siguió a la última explosión levantó los ligeros navíos peligrosamente en el aire antes de soltarlos en la profunda depresión que dejó tras ella. La ola pasó bajo los cascos y siguió su camino a toda velocidad por el inmenso Oceanus, ganando fuerza y celeridad a medida que avanzaba. Charis se estremeció al pensar en lo que provocaría en la primera masa de tierra que encontrara en su camino.

Cuando cesó la tormenta de fuego, Charis y Lile apartaron la lona y contemplaron sobre el agua una inmensa e impenetrable cortina de humo y ceniza que los envolvía por todas partes, la cual resultaba tan espesa que les impedía ver los demás barcos.

A lo largo de aquella noche interminable, los trirremes permanecieron a la deriva sobre un mar totalmente inmóvil. Los supervivientes se derrumbaron sobre las cubiertas y durmieron allí mismo, para despertarse a la mañana siguiente bajo un lóbrego amanecer. Las velas colgaban fláccidas e inútiles de los mástiles. La ceniza flotaba por todas partes como copos de nieve, cubriendo las aguas con una repugnante y espesa capa. El aire apestaba a azufre.

Durante tres días, los barcos siguieron a la deriva sobre las quietas aguas. Al cuarto salió el sol, un pálido disco grisáceo que brillaba a través de la gruesa tela de saco en que se había convertido el cielo. Hacia el mediodía, una irregular brisa que soplaba del sur dispersó los últimos restos deshilachados de humo y la gente escudriñó la superficie de Oceanus. Donde había estado la Atlántida no se atisbaba ahora más que una enorme extensión de agua sucia. No quedaba ni una roca, ni un grano de arena. La Atlántida había desaparecido y tan sólo un imperceptible hilillo de humo que se elevaba de una enorme franja de burbujas señalaba el lugar donde se había sumergido.

La Atlántida ya no existía.

Libro tres

El Merlín

1

«¿Qué puedo escribir sobre aquellos años difíciles, aquellos años terribles, años de desesperación, de enfermedades, de muerte...? ¿Qué se puede decir? ¿Que luchamos, padecimos dolor, privaciones y heridas, y que sufrimos de mil modos diferentes?

»Así fue.

»Sin embargo, sobrevivimos y obligamos a una tierra fría y hostil a que se convirtiera en nuestro hogar.

»Después de casi cuatro meses sombríos, miserables y llenos de inconveniencias a bordo de nuestros maltrechos navíos, desembarcamos en la rocosa costa occidental de una tierra llamada Ynys Prydein, una isla rodeada de nubes, de montañas cubiertas por la niebla y de suaves colinas verdes al este y al norte.

«Había muy pocos habitantes en aquella punta de tierra donde recalamos, pero éstos nos recibieron con respeto, a pesar de sus costumbres atrasadas y recelosas. Delgados y cortos de estatura, con los cabellos y los ojos oscuros como las criaturas del bosque a las que se parecían, estas gentes, que se llamaban a sí mismas cerniui, vivían toscamente en pequeños asentamientos de madera y barro. No podíamos comunicarnos con ellos; el lenguaje no nos servía de vehículo. Su lengua constituía una maraña sin sentido de sonidos guturales roncos mezclados con otros sibilantes y cantarines; no parecía una verdadera lengua. Sin embargo, conseguimos hacerles comprender nuestros deseos y se apresuraron a atender nuestras necesidades, tomándonos por auténticos dioses.

»Dejamos transcurrir dos estaciones del año; vivíamos con ellos, mientras esperábamos el cuarto barco que, desgraciadamente, jamás llegó. Kian, Elaine y todos los demás se habían perdido, y lloramos su muerte. Luego nos adentramos mas en aquella tierra, más allá de una cordillera baja de montañas, sagradas para los cerniui, hasta una región de fértiles bosques, lagos y bellos rincones que Belyn había inspeccionado y, en su opinión, nos podía proporcionar los medios para sobrevivir. Apenas habitada, nadie se opuso a nuestro asentamiento; los salvajes con los que nos tropezamos huían nada más vernos, abandonando hogares y ganado sin intentar nada contra nosotros del inmenso terror que sentían.

«Dimos a aquella nueva tierra el nombre de Sarras, en recuerdo del hogar que habíamos dejado atrás. Pero entre nuestros diminutos vecinos pronto fue conocida como Llyn Llyonis, su aproximada versión del nombre Atlántida. Allí, en Llyn Llyonis, iniciamos nuestra vida sobre una tierra inhóspita y despiadada.

«Justo más allá del límite más septentrional de la región que Belyn había inspeccionado se elevaba una gran colina rodeada de pantanos, con un lago muy extenso pero a la vez poco profundo junto a ella. Avallach reclamó para sí la colina con la intención de construir en ella su palacio; Belyn se quedó en el sur, estableciendo su hogar en Llyn Llyonis, en aquella estrecha península que se proyectaba mar adentro. Maildun permaneció con él. Creo que Belyn quería estar

cerca del mar para poder ver el barco perdido si alguna vez arribaba a aquel lugar.

»La colina de Avallach, o la Torre, como la denominaban los nativos, se alzaba en medio de un paisaje fantástico y extraño: pequeños montículos redondeados y anchas cañadas surcadas por oscuros ríos bordeados de árboles y por centelleantes arroyos plateados, espesos bosques de viejos robles, tejos, olmos y castaños de Indias; este último era tan grande que todo un rebaño podía refugiarse bajo las altas y amplias ramas de uno de aquellos venerables señores del bosque. Era un lugar triste y melancólico de silencios y sombras, de grandes distancias que parecían cortas y de cosas pequeñas que parecían enormes, un mundo acuático en tierra firme.

»Era una tierra antigua y llena de secretos, vacía, obsesionante, habitada tan sólo de forma esporádica durante toda su larga historia. Con el tiempo llegué a amar aquel lugar, con su juego de luces sutil y variable, y su atmósfera nebulosa, aunque nunca dejó de resultarme extraño.

»En el corazón de aquel paisaje misterioso se alzaba la Torre, y desde su cima, incluso antes de que Avallach erigiera sus altas y relucientes almenas, teníamos una visión ilimitada en cualquier dirección. Desde cualquier distancia, la colina atraía todas las miradas; no obstante, de forma curiosa, desde algunos puntos estratégicos más cercanos, la Torre desaparecía de la vista.

»Abundaban las rocas con las que levantar muros, y contábamos con buena madera al alcance de la mano. Los lagos hervían de truchas, percas y lucios; los prados alimentaban todo tipo de caza. El ganado engordaba con facilidad en aquellos pastos fértiles, y el grano crecía casi sin que nos ocupáramos de él. En las cañadas llenas de árboles se encontraban frutas silvestres y bayas, además de todas las variedades comestibles de hierbas.

»Si bien no era tan generosa como el hogar que habíamos perdido, aquella tierra nos ofrecía las comodidades que poseía. En muy pocos años conseguimos poseer un territorio envidiable, y nos convertimos en una fuente inacabable de fascinación y conjeturas para las tribus nativas que nos rodeaban, las cuales jamás se cansaban de observarnos y discutir minuciosamente nuestras actividades entre ellas. Nosotros también las analizábamos, por nuestra parte, y de esta forma aprendimos sus costumbres, y, con el tiempo, logramos incluso dominar su desconcertante lengua.

»No obstante, pagamos un alto precio por nuestras ganancias. El clima del lugar, frío y eternamente húmedo, originó una multitud de enfermedades con las que nuestra sangre atlante jamás se había enfrentado ni podía tolerar. Más noches de las que quiero recordar, tuve que contemplar impotente cómo misteriosas fiebres se llevaban a mi gente, reduciendo de forma continua nuestro número.

»Año tras año, la construcción del palacio de Avallach en la colina continuaba; se pescaba en sus lagos, se araban los campos y se plantaba en ellos. Lile, más feliz de lo que jamás la viera, se ocupó de los huertos y de los jardines como si fuera una obligación particular suya, y casi siempre se la encontraba entre las moteadas sombras verde hoja de sus queridos manzanos. La pequeña Morgian crecía con ramitas y capullos enredados entre sus cabellos y aquella tierra fértil metida bajo las uñas de sus dedos manchados de hierba.

»Annubi se encerró cada vez más en sí mismo, hasta vivir casi en soledad, recluido en su habitación de palacio. Raramente aparecía, y aún menos se le oía; se convirtió en una sombra viviente que merodeaba por los senderos oscuros y menos concurridos de los jardines del palacio y las habitaciones más retiradas de la parte

alta del edificio. Los dumnoni lo llamaban Annwn, y lo consideraban un dios del Otro Mundo, aquel mundo en el que ellos creían y en el que los muertos residían en perpetuo crepúsculo, aunque en esto no se equivocaban demasiado.

«Curiosamente, la herida de Avallach nunca cicatrizó por completo y lo obligaba algunas veces a quedarse en cama durante varios días; en estas ocasiones se ocupaba de los asuntos de la corte desde una litera especial con dosel que se hizo construir, pero, tan pronto se encontraba mejor, volvía a sus actividades de costumbre, especialmente a la pesca, que se había convertido en su pasión. Pasaba innumerables horas en el lago situado a los pies del palacio. Resultaba habitual levantarse por la mañana y observarlo, al igual que un Poseidón, flotando entre las doradas brumas del amanecer en su bote, inmóvil y con el arpón en equilibrio y listo para hundirse en las aguas.

»¿Y qué hay de mí? Yo vagabundeaba por las tristes colinas a caballo y visitaba los lugares recónditos de aquellas tierras: estanques en medio de bosques y claros aislados a los que nunca iba nadie. Este merodeo se acomodaba bien a mi espíritu inquieto y melancólico, y me pasaba el tiempo soñando en una época y una tierra ahora desaparecidas para siempre, ya que, ahora que había conducido a mi gente a este lugar, mi tarea había finalizado, mi propósito se había cumplido y no existía ningún otro cometido para mí.»

Charis se deslizó de su silla de montar y dejó caer las riendas. Su poney gris hundió al instante el hocico entre los altos y dulces pastos. El claro no quedaba muy lejos del palacio, justo detrás de la colina situada frente a Ynys Witrin, nombre que los nativos habían empezado a dar a la Torre desde que el palacio de Avallach se ubicaba allí: Isla de Cristal. Esta colina más pequeña no tenía, por lo que sabía Charis, ningún nombre, ni tampoco el claro, aunque resultaba evidente que había estado habitado en el pasado, puesto que en un extremo de éste había los restos de una pequeña y sólida estructura de madera. Quizás, algún tipo de casa, pero mucho mayor que las de los indígenas, y con un tejado de paja muy puntiagudo, que ahora se hallaba roto por diferentes lugares. Si alguna vez se había enorgullecido de poseer una puerta, ese refinamiento hacía mucho tiempo que había desaparecido y la casa se alzaba vulnerable y abierta.

Charis estudió el claro y las ruinas con interés; el lugar, como otros que descubría por sí misma, respiraba un aire inconfundible. Se había convertido en una experta en la percepción de las sutiles texturas de la atmósfera que exudaban estos escondrijos, y éste tenía un aura poderosa. En una ocasión, algo importante había sucedido allí, y su recuerdo todavía flotaba en el aire.

«Si pudiera descifrar esa huella», pensó, «¿qué me contaría este sitio?»

La pregunta le venía a la mente cada vez que visitaba las ruinas, lo que hacía a menudo, ya que influía en su desasosiego interior y la tranquilizaba durante algún tiempo.

Abandonó despacio el amparo de los árboles circundantes, permitiendo que el poney pastase a su aire. El armazón de madera de las ruinas se hallaba intacto, aunque gran parte del barro que cubría el entramado de varillas situado entre las vigas se había desmoronado. A través del tejado roto toda la luz que se filtraba en el claro iluminaba por completo el interior lleno de maleza. Charis se acercó a la puerta abierta, consciente una vez más de la existencia de un apagado murmullo: la brisa o

el eco de una voz que había dejado de oírse hacía tiempo.

Algo importante había ocurrido allí. O quizás un dios muy poderoso gobernaba el lugar y empapaba aquella pequeña parcela de tierra con su potente carisma. Fuera lo que fuese, la joven sentía la inmensa atracción de este primitivo magnetismo dentro de su propio espíritu. Lo había sentido anteriormente, pero esta vez era aún más fuerte, de modo que se quedó en el umbral de la tosca cabaña, conteniendo la respiración, mientras escuchaba, y se decía a sí misma que el lugar, incluso en su deteriorado estado, había sido el emplazamiento del más sagrado e importante de los templos.

—¿Quién eres? —preguntó en voz muy baja, esperando a medias que le respondieran.

El sonido de su voz resonó en aquella atmósfera inmóvil y silenciosa. Las ramas superiores de un fresno cercano se agitaron y una becada levantó el vuelo. Charis escuchó con atención el susurrar de la brisa entre las hojas. El zumbido de un insecto pareció llenar todo el claro con un soporífero sonido.

Penetró en la maltrecha estructura, colocando una mano delgada y larga al pasar en el podrido marco de la puerta.

—Háblame —musitó—. Cuéntame tus secretos.

El interior de la vivienda estaba cubierto de ortigas y hierba mora, y de helechos de finísimas hojas. El lugar desprendía un fuerte olor a tierra húmeda y a madera podrida. Se dirigió hacia el centro de la habitación, agachando la cabeza para pasar por debajo de una de las vigas caídas. No había ningún tipo de mobiliario a la vista; ni siquiera el más mínimo utensilio o fragmento de cerámica había subsistido. En realidad, no existía ningún hogar ni horno, nada que hubiera servido para calentar o cocinar. «Qué extraño», pensó. ¿Quién habría vivido allí que no necesitaba calor ni comida?

Tampoco había ventanas, tan sólo se veía una curiosa abertura muy arriba en la pared del fondo. Aunque era demasiado alta para servir de ventana y demasiado pequeña para dejar pasar mucha luz. Además, tenía una forma extraña: una hendidura vertical atravesada en su parte superior por otra hendidura horizontal casi igual de larga.

La luz que penetraba a través de aquel inusual tragaluz se proyectaba oblicuamente hacia el suelo en un brillante haz en el que revoloteaban diminutas mosquitas y motas de polvo. Contempló todo por un momento y luego se volvió para salir, pero al llegar a la viga caída se detuvo.

La paz de aquellas curiosas ruinas la atraía y se sentó sobre la viga, mientras la luz que se filtraba por la extraña ventana caía sobre ella y lo que la rodeaba.

El calor del sol al dar sobre su espalda le producía una sensación agradable, y Charis cerró los ojos. En el exterior se oía el tintineo de las pequeñas campanillas de plata trenzadas entre las crines de su poney, mientras el animal pastaba tranquilamente, y el suspirar de la brisa. Pero había algo más también. Al escuchar, Charis percibió un murmullo de voces que hablaban en voz baja muy cerca de allí. Su poney gris se puso a piafar, agitando la cabeza en el aire y haciendo cascabelear las campanillas.

Los extraños callaron cuando penetraron en el claro. Quizás habían visto su montura. No podía observar a sus visitantes, pero los imaginó de pie en el exterior, contemplando en silencio al poney y a la desmoronada construcción. Escuchó el rumor de unos pasos furtivos que producía alguien que se acercaba a la casa.

Una forma oscura apareció en el umbral, la de un hombre joven de mediana estatura, que miró al interior pestañeando bajo la luz. Lo estudió mientras los ojos de éste vagaban por el interior, y luego, por fin, se posaban sobre ella, tomándola primero por una parte de la casa, y sólo un poco más tarde por un ser vivo como él. La sorpresa de esta pequeña revelación hizo que el hombre dejara escapar una exclamación ahogada y diera un paso atrás. Su reacción fue advertida, ya que en el exterior sonó un vivo rumor de inquietud.

El hombre que había en el umbral no comentó nada, pero no apartaba los ojos de Charis. Permaneció así por un momento, con la mirada fija en ella, luego dio un paso hacia adelante despacio y cayó de rodillas, al tiempo que juntaba las manos frente a él.

La joven se quedó tan sorprendida por aquel comportamiento como el hombre sobresaltado por su presencia. El compañero del desconocido lanzó una nueva exclamación y Charis percibió el temor que había en la voz del hombre, pero tampoco recibió respuesta, ya que el visitante que Charis tenía frente a ella permanecía inmóvil, contemplándola, con el terror y el éxtasis reflejados a la vez en su rostro.

Su compañero entró entonces precipitadamente, se quedó contemplando a su amigo durante un buen rato con mirada atónita y levantó los ojos hasta donde Charis permanecía sentada, con las manos cruzadas sobre el regazo, serena y regia como una reina en su trono. El segundo hombre cayó de rodillas también y alzó unas manos temblorosas hacia ella en una súplica.

—¡María! —exclamó, mientras lágrimas de gozo se vertían sobre sus mejillas—. ¡Ave, María!

Esto desconcertó y fascinó a la vez a Charis. Resultaba evidente que se dirigían a ella con reverencia, pero en una lengua desconocida, distinta al idioma de los dumnoni locales. ¿Quiénes eran aquellos hombres? Vestían con sencillez, llevaban el pelo cortado a ras sobre sus redondas cabezas a la manera de los estudiosos, y sus rostros jóvenes y barbudos relucían de gozo bajo la luz del sol. ¿Quiénes podrían ser?

Se puso en pie, un movimiento que arrancó una exclamación de asombro a uno de los hombres.

—¿Quiénes sois? —preguntó Charis en la lengua de los britones.

Los hombres la miraron, con los ojos abiertos de par en par por el asombro. Con gran sorpresa suya, uno de ellos le respondió:

—¡Santa María, madre de Cristo, Señor de todos los ejércitos celestiales! ¡Ten piedad de nosotros!

Aunque las palabras eran extrañas, las entendió; aquel hombre hablaba el dialecto local.

—¿Quiénes sois? —preguntó de nuevo.

—¿Cómo?, pues seguidores de María —farfulló el hombre, confundido.

—¡Ave, ave, María, Mater Dei! —chapurreó el segundo desconocido, mientras alzaba su rostro en dirección al agujero de la pared y la luz caía por completo sobre su semblante lleno de dicha.

—¿Por qué habéis venido aquí?

—Hemos venido en busca de este lugar sagrado. —La miró, y la duda apareció en sus ojos. Charis se dio cuenta de su confusión.

—Estáis muy lejos de casa —afirmó con voz suave.

El hombre asintió, pero no dijo nada. La expresión de alegría desapareció de su

rostro, remplazada por una de incertidumbre.

—¿Quién es esa Santa María de la que habláis?

—Es la madre del Altísimo, Jesús el Cristo, Salvador de la Humanidad, Señor de la Tierra y el Cielo. —Bajó las manos y las separó—. ¿No sois vos Nuestra Señora?

Charis sonrió.

—Jamás he oído hablar de esa diosa.

La redonda faz del hombre enrojeció violentamente. Se puso en pie con rapidez.

—Perdonadme, señora —murmuró.

Su amigo abrió los ojos y miró a su alrededor. Al ver a su compañero de pie, también él se levantó de un salto y se abalanzó hacia adelante, para caer de cara a los pies de Charis y sujetar el extremo bordado de su túnica entre sus manos; luego se llevó la prenda a los labios y la besó.

—¡Collen! —exclamó el primer hombre, y siguió hablando en una explosión de sonidos extraños que Charis no comprendió. El otro contempló su entorno con curiosidad, dirigió una rápida mirada a la muchacha, dejó caer el borde de la túnica y se escabulló hacia atrás.

—Perdonadnos, señora —se disculpó el primer intruso—. Pensamos... No sabíamos...

Charis lo atajó con un gesto, y preguntó:

—¿Es vuestra diosa esa María?

—¿Diosa? —El hombre palideció, pero respondió con rotundidad—. ¡En el nombre de Jesús, no! No adoramos a otro dios más que al Dios Verdadero. —Levantó una mano para indicar lo que los rodeaba—. El Dios que fue adorado en una ocasión aquí mismo.

—¿El Dios Verdadero? —Charis se sintió perpleja ante el significado de aquellas palabras—. ¿Adorado aquí? —Le parecía muy poco probable.

El segundo hombre le hizo una pregunta al primero, quien le contestó en aquella lengua extranjera. Discutieron sobre algo durante un instante y luego el primero se volvió y se dirigió a Charis.

—Collen, mi compañero, no habla la lengua de los britones con tanta soltura como yo. Aunque su abuela nació en Logres, él es de la Galia y habla sólo la lengua de los galos y el de nuestros hermanos de Roma. —Sonrió e hizo una cortés reverencia—. Mi nombre es Dafyd. Pertenezco a los silures de Dyfed, que no se hallan muy lejos de aquí.

—Yo me llamo Charis; vivo cerca de este lugar, en el palacio de mi padre, Avallach, que es el rey de todas estas tierras.

La mirada del hombre se agudizó.

—¿Avallach? ¿El rey del Pueblo de los Seres Fantásticos que habita en la Isla de Cristal?

—Ynys Witrin, sí; así es como llaman a nuestro palacio.

Dafyd abrió mucho los ojos. Su compañero lo miró alarmado y le hizo una pregunta ininteligible. El primer hombre extendió la mano para hacer callar al otro y sacudió la cabeza, sin dejar de mirar a Charis.

—Hada —susurró.

—¿Pasa algo? —preguntó Charis.

—Las gentes de aquí cuentan muchas historias extrañas sobre vosotros. Hemos oído cosas... —Se interrumpió.

—Cosas inquietantes —adivinó Charis por la agitación de su voz.

Dafyd asintió.

—Hechizo y magia —continuó ella—. Se dice que cambiamos de apariencia a voluntad: lobos, podencos, ciervos; que tomamos la forma de las aves y volamos; que jamás dormimos ni descansamos; y que no tenemos más que ordenarlo y los vientos nos traen noticias de cualquier rincón de nuestro reino, de modo que estamos al tanto de todo lo que se dice o se habla... Sí, sé muy bien lo que comentan sobre nosotros. —Se encogió de hombros y enarcó una ceja—. Pero vosotros parecéis hombres instruidos. ¿Qué creéis?

—Creeremos —respondió Dafyd despacio— lo que Nuestro Señor nos revele como la verdad en esta cuestión.

Charis consideró estas palabras durante unos instantes y luego inquirió:

—¿Ese señor es el mismo Dios Verdadero?

—Es uno y el mismo, señora —replicó Dafyd—. Nosotros lo llamamos Rey y Señor, Padre Todopoderoso, porque es el Creador de todo lo visible y lo invisible, y somos sus siervos.

—¿De veras? Nunca he oído hablar de ese dios —repuso Charis con sencillez—. Habladme de él.

Dafyd sonrió feliz. Le dijo algo a Collen en tono conciso y éste, tras echar una última mirada, se dirigió hacia la puerta y salió apresuradamente al exterior.

—Lo he enviado a cuidar de los caballos —explicó Dafyd—. Nos esperará fuera.

Charis se sentó otra vez en la viga caída, e hizo un gesto con la mano para indicar a aquel hombre santo que se sentara junto a ella. Éste así lo hizo; se le acercó con cautela, se acomodó cerca de ella, pero a cierta distancia, como si la muchacha fuera una llama abrasadora.

—Estas ruinas cuyas paredes nos rodean constituyeron en una ocasión, según nos han dicho, un lugar de culto consagrado al Altísimo. Hemos venido a buscar, y si es posible restaurar, esta capilla para que la verdad de nuestro Dios sea revelada de nuevo en estos lares.

—Hablas mucho de la verdad —observó Charis—. ¿Está tan interesado vuestro dios en la verdad?

—Sí, y también en el amor.

—¿Amor?

—Oh, sí. En el amor más que nada.

—Es un dios extraño, pues. Y creo que se sentirá decepcionado a menudo.

—No me sorprende que os parezca raro porque también me lo pareció a mí cuando oí hablar de él por primera vez. No obstante, lo he estudiado durante mucho tiempo y me he ido convenciendo de ello. Más aún, he comprendido su verdad por mí mismo y ahora nada me convencería de lo contrario, sucediera lo que sucediese. —Miró a Charis con franqueza y añadió—: ¿A qué dios adoráis o hacéis sacrificios?

—A ninguno —contestó Charis con brusquedad y repentina vehemencia. La sobresaltó el sonido de su propia voz, y continuó en tono más suave—: Antes creía en Bel, el dios supremo de mi gente. Pero demostró ser falso e indigno, que permitió que la destrucción se abatiera sobre mi raza, de modo que ahora no sirvo ni adoro a ninguno.

—¡Bien dicho! Yo también fui así, hasta que Jesús me encontró. —Charis casi podía percibir la ilusión y el entusiasmo que bullía en el interior de aquel extraño sacerdote, tan diferente de los hastiados sacerdotes de Bel—. ¡Así es él! Tiende la mano; atrae a los hombres. Es el Buen Pastor siempre en busca de las ovejas

extraviadas, sin descansar jamás hasta que las ha conducido hasta su rebaño.

Siguieron conversando un poco más y luego Charis se levantó y dijo:

—Debo irme ahora. Si pensáis quedaros en este lugar, debéis solicitarle permiso a mi padre.

—Haremos lo que sea necesario —contestó Dafyd.

Charis se dirigió a la puerta, y permaneció un momento indecisa, mientras pensaba que quizás había despedido al sacerdote con demasiada brusquedad.

—Cenad con nosotros esta noche, podréis pedírselo entonces.

Dafyd levantó la mano en señal de protesta.

—Por favor, no buscamos ensalzarnos a nosotros mismos. Preferiría que nos permitierais quedarnos aquí y tomar las provisiones que hemos traído.

—No podéis quedaros aquí hasta que el rey os permita hacerlo, y mi padre se enojará muchísimo si se entera de que no os he ofrecido la generosidad de su casa. Si me lo negáis, puede que incluso venga él en persona a buscaros.

Al oír esto, el hombre santo cedió.

—¡Eso no puede ser! Nosotros servimos a todos los hombres, a reyes y mendigos por igual. Haremos lo que sugerís.

—Entonces seguidme —repuso Charis—. Os conduciré allí inmediatamente.

El palacio de Avallach no se parecía a nada que ninguno de aquellos dos santos varones hubieran visto jamás: exteriormente estaba construido a una escala impresionante; en el interior todo era de piedra pulida y brillante, con esbeltas columnas que sostenían delicadas arcadas y elevados techos abovedados, con intrincados suelos de baldosas incrustados de mosaicos y paredes suntuosamente pintadas, que mostraban escenas fabulosas de un paraíso acuático lejano del mundo real. En cualquier dirección a donde se mirara se encontraban con seres de elevada estatura y porte elegante, hombres y mujeres de belleza incomparable.

Collen echó una mirada a los mozos de cuadra que se llevaban sus caballos y le cuchicheó a Dafyd.

—¡Realmente, son Hadas y Duendes! No hay duda.

—No, hermano, son mortales igual que nosotros.

Collen abrió los ojos de par en par.

—Mortales puede que lo sean, pero desde luego no son como nosotros. —Ladeó la cabeza hacia los jóvenes que se llevaban sus caballos—. ¡Fíjate, el más insignificante de los mozos de cuadra se viste con más magnificencia que cualquier rey galo!

Charis los condujo al interior, donde, a pesar de lo mucho que se esforzaron, no pudieron evitar contemplar boquiabiertos y sin recato todo lo que veían, ni tampoco pudieron omitir los comentarios entre ellos ante cada novedad. Ella los llevó al gran salón, en el que se hallaba la litera endoselada de brocado de seda escarlata donde descansaba Avallach.

—Padre —dijo Charis acercándose—, he traído visitantes.

El rey se incorporó sobre un codo y miró con interés a sus dos invitados. Éstos vieron a un hombre apuesto que, a pesar de la palidez mortal de su piel, parecía estar en plena posesión de sus facultades. Una abundante melena negra le caía sobre los hombros formando rizos, y la barba en forma de tirabuzones perfumados le cubría parte del pecho. Llevaba una túnica blanca impecable sobre unos pantalones también

blancos, con un cinturón ancho de piel de escamas plateadas, cada una del tamaño de un plato e incrustadas de costoso lapislázuli. La capa era de color verde esmeralda, bordada en hilo de oro con los más sorprendentes dibujos.

Cuando habló, su voz sonó profunda y llena, como la de un dios marino.

—Sed bienvenidos, amigos, quienesquiera que seáis.

Ambos hombres se inclinaron con humildad. La boca de Collen permaneció ligeramente entreabierta.

Dafyd se rehízo de su asombro y replicó:

—Os saludamos en nombre de nuestro Amo y Señor.

—¿Quién es, pues, vuestro amo? —preguntó Avallach.

—Es Jesús, llamado el Cristo.

—Saludad a vuestro Cristo en mi nombre cuando regreséis de nuevo a su reino.

—Su reino es inmenso, señor —replicó Dafyd—. Aquellos que lo conocen lo llaman Rey de reyes.

Avallach sacudió la cabeza, mientras sus cejas se fruncían. Charis intervino:

—Este Jesús es un dios, padre, y estos hombres son sus sacerdotes.

—¡Sacerdotes! —Avallach lanzó una carcajada—. Bienvenidos, sacerdotes. Confío en que vuestro dios no ponga objeciones a que comáis y bebáis.

—No, señor —repuso Dafyd—. No lo hace.

—Entonces, permitid que mi senescal os conduzca a unas habitaciones donde podáis refrescaros y recuperar fuerzas. Reuníos conmigo a la mesa cuando hayáis descansado. —Levantó una mano y apareció un sirviente.

Los dos hombres hicieron una reverencia. Se colocaron detrás de su guía y salieron de la habitación.

—¿Dónde los has encontrado? —preguntó Avallach cuando las puertas del salón se cerraron de nuevo.

—Ellos me encontraron a mí, padre —respondió Charis—. En las ruinas a las que acudo en ocasiones. Esos hombres venían en su busca, dicen que es un santuario de su dios. Me tomaron por una diosa. —Se echó a reír.

—¡Ah, eso es muy divertido! —Avallach enarcó las oscuras cejas—. Necesito que me animen.

—¿Sientes dolor? —Charis se inclinó sobre él, colocando una mano sobre su costado.

Él le dio unas palmaditas en la mano y repuso:

—Puede soportarse. Sí, me siento mejor. Estaré de nuevo en pie en un día o dos. Ahora, comunica a la cocina que tenemos invitados. No debemos ofender a dos emisarios de tanta importancia.

2

Había sido un invierno duro, la primavera había resultado fría y lluviosa, y la llegada del verano no mejoró las perspectivas; las cosechas fueron pobres; sin embargo, los pastos crecieron abundantes y el ganado se crió gordo y lustroso. A medida que se aproximaba el otoño, los vientos recrudecieron, anunciando que otro invierno inclemente se avecinaba, además en el desolado norte se estaba formando una tormenta que muy pocos en el sur preveían. Elphin, inquieto y nervioso, regresó pronto de patrullar la Muralla. Taliesin no lo había acompañado este año, sino que se había quedado con Blaise, para ayudar a Hafgan en la instrucción de un reducido pero revoltoso grupo de hijos de nobles de la región. Cuando las tropas armadas, que contaban ahora con casi trescientos de los mejores guerreros de todo Gwynedd, penetraron en Caer Dyvi haciendo retumbar el suelo con los cascos de sus caballos, Taliesin y sus alumnos se colocaron en la carretera frente a las puertas para recibirlos, junto con el resto del pueblo.

Dedicó una mirada a la tensa sonrisa de su padre y a la forma, tan rígida, en que se sentaba en la silla, y se dio cuenta de que algo no iba bien, aunque a causa de la acostumbrada algarabía que celebraba el regreso de los guerreros pasó algún tiempo antes de que Taliesin pudiera descubrir qué preocupaba al rey.

—¿Qué sucede? —preguntó cuando finalmente consiguió llevarse a Elphin aparte para hablar con él en privado. Levantó la jarra y llenó dos cuernos de dulce aguamiel, uno de los cuales entregó a su padre.

Elphin esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—¿Soy pues transparente como el cristal para todos y cada uno de vosotros?

—Quizá no para todos y cada uno de nosotros, pero sí para mí. —Taliesin alzó su copa—. A tu salud, padre. —Tomaron un buen trago y se secaron el bigote con el dorso de la mano—. ¿Qué sucedió allí arriba este verano? —inquirió el muchacho.

—Bastante poco. Sólo nos topamos con tres bandas nómadas en todo el verano. —El rey se encogió de hombros y volvió a clavar la mirada en su bebida.

—¿Y sin embargo?

Llegaban risas a través de la puerta abierta de la sala situada enfrente, donde la celebración estaba dando comienzo.

—Y, sin embargo, siento un peso en el corazón que ni el sabio consejo de mis asesores puede eliminar o aligerar.

—¿Qué te preocupa?

El rey levantó una mano y se llevó la palma al corazón.

—Mi propio consejero particular me dice que se está tramando algo terriblemente perverso. ¡Oh!, todo está tranquilo al norte de la Muralla, no hubo ningún problema, pero creo que se debe a que aguardan, y nos evitan mientras tanto.

—¿Has hablado con Maximus de ello?

—Lo intenté. Pasamos por Caer Seiont de regreso, pero había marchado de nuevo a Londinium. ¡Romanos! Si lucharan con tantas ganas contra los pictos y los

attacotti como se matan entre ellos. —Elphin suspiró—. Aunque no es que importe. Ya quedan bien pocos legionarios en estos momentos: quinientos en Luguvallium y no muchos más en Eboracum y Deva. Fullofaudes manda en la Muralla ahora, y hay que reconocer que vigila, pero confía demasiado en sus exploradores. ¿Exploradores, he dicho? Los cortadores de cabezas no son mucho mejores que las sabandijas que les pagan por vigilar.

—Podrías ir a Londinium —sugirió Taliesin—. Iría contigo, y nos acompañarían algunos de tus jefes. Podríamos hablar con el Legado.

—Me subiría de nuevo a esa maldita silla sin pensarlo si creyera que serviría de algo. El Legado piensa que el sudeste es la zona más vulnerable. Todos los hombres de que dispone los ha puesto a trabajar en la construcción de fuertes a lo largo de la costa meridional, para defenderse de unas cuantas barcas de pesca llenas de saecsen, y esto después de la masacre acaecida en el norte.

—Eso fue hace siete años, padre —manifestó Taliesin con suavidad.

Elphin lo consideró en silencio, luego sonrió despacio y sacudió la cabeza.

—Así es. Pero eso mismo volverá a suceder, incluso peor. Está empezando, Taliesin: la Era de las Tinieblas. Parece como si la hubiera estado esperando durante media vida, pero te juro que jamás había visto una época más sombría que ésta. Creo que Maximus también lo percibe, por eso ha ido a Londinium: para intentar conseguir que lo escuchen. No pueden pretender chuparnos toda la sangre aquí arriba y a la vez esperar que protejamos el sur.

—¿Qué harás?

—¿Qué se puede hacer excepto prepararnos para defendernos por nosotros mismos?

Taliesin se quedó en silencio. Muy pocas veces había visto a su padre tan trastornado. Sí, había asistido a su enojo, mientras echaba espumarajos de cólera ante la miope estupidez del emperador, los gobernantes y los comandantes de las legiones, especialmente después de la terrible masacre ocurrida siete veranos atrás. Pero ahora Elphin, el más leal y fiel de los subditos, estaba a punto de darles la espalda a los jefes romanos; esto constituía algo nuevo y preocupaba a Taliesin.

Lo había visto venir poco a poco, a medida que la distancia entre los *cymry* y sus protectores romanos aumentaba con el paso de los años. Las gentes regresaban gradualmente a sus antiguas costumbres, las de sus antepasados britones.

—El celta renacerá —afirmó Taliesin.

—¿Qué?

—Es algo que Hafgan dijo. Una profecía que me temo se está haciendo realidad.

—Sí, totalmente. Ojalá estuviese aquí —deseó Elphin con pesimismo—. Lo echo de menos. —Alzó su cuerno—. ¡Por unos brazos fuertes, armas afiladas y caballos veloces! —Se bebió el aguamiel de un trago—. Ahora, unámonos a la diversión. Los dos sabemos que ésta podría muy bien ser la última durante mucho tiempo. Trae tu arpa, hijo. He extrañado tus canciones estos meses.

Rhonwyn entró en la casa en aquel momento, y los encontró levantándose de la mesa.

—Tu gente pregunta por ti, esposo.

—Que pregunten —dijo Elphin, envolviendo a su esposa en un fuerte abrazo de oso—. Pienso ocuparme primero de ti.

—¡Déjame estar, marido! —exclamó la mujer, debatiéndose entre sus brazos, aunque no con la fuerza suficiente para soltarse, se percató Taliesin—. Ya habrá

tiempo para hacer el amor.

Elphin sonrió abiertamente.

—Ahí es donde te equivocas, mujer. Nunca hay bastante tiempo para amarse. Hay que aprovechar todos los momentos. —Le dio un fuerte beso en los labios, al que ella correspondió con pasión.

—Ah, Taliesin, muchacho, encuentra una esposa lozana y serás feliz toda tu vida.

—Palabras de gran valor, padre —se echó a reír Taliesin.

—Quiérela tanto como puedas —añadió Rhonwyn, empujando a Elphin hacia la puerta, mientras el brazo de éste rodeaba todavía su cintura—, y siempre tendrás un hogar feliz.

Tras esto se unieron a la fiesta, que duró dos días, y Elphin demostró poseer dotes proféticos, ya que supuso la última fiesta de aquel año, y pasaron muchos antes de que volviera a celebrarse otra. Incluso para un gran número de ellos, fue la última a la que asistirían jamás.

Los dorados días del otoño desaparecieron y la tierra se preparó para el descanso invernal. Hafgan, tieso y erguido como siempre, sus ojos grises todavía tan agudos como los de un halcón, aunque sus largos cabellos mostraban ahora más hebras plateadas que castañas, estaba sentado frente a su cabaña y observaba con atención cómo una larga y delgada columna de humo flotaba en dirección al frío azul del cielo. La estudió durante un buen rato mientras se balanceaba y describía espirales y por fin se aplanaba en las corrientes superiores. Por fin el druida se envolvió en su túnica azul y se dirigió a toda prisa a la sala de Elphin.

—Ve a buscar a tu señor —ordenó a un joven guerrero que estaba recostado contra la pared.

El muchacho se limitó a tirarse del bigote, de modo que Hafgan dio un paso atrás y le soltó un rápido puntapié en la espinilla. El vigía estuvo a punto de caer al suelo.

—Date prisa —apremió el druida.

Al cabo de un momento, Elphin estaba de pie ante su consejero mayor parpadeando bajo la luz del sol, al tiempo que comentaba:

—Es un poco temprano para ir dando puntapiés a los mensajeros, ¿no te parece, Hafgan?

—Demasiado tarde, más bien.

—¿De qué se trata, pues? ¿Qué has visto?

—Ya vienen.

—¿Los pictos?

—A partir de hoy ya no hablaremos de pictos, irlandeses o saecsen, sino de bárbaros.

—¿Me anuncias que vienen todos juntos?

—¿Por qué esa expresión de sorpresa? ¿No has hablado tú mismo muy a menudo de una oscuridad que se acercaba?

—Pensaba que aún nos quedarían algunos años —confesó Elphin.

—Un año u otro, una estación más o menos, ¿qué más da? Toma los acontecimientos tal como se presentan, Elphin.

—¿Auguras la victoria para nosotros?

—Mejor pregúntale a tu hijo. Él tiene visiones más certeras.

—¡Hace tres días que no veo a Taliesin! ¿Dónde se mete cuando lo necesito?

—Estará donde se precise más su presencia.

Algo más tarde, cuando el pequeño ejército se preparaba para salir a caballo de nuevo, oyeron sonar el aro de hierro que colgaba del árbol del consejo.

Elphin y sus consejeros más cercanos: Cuall, Redynvar y Heridd, corrieron hacia el árbol, donde Taliesin los esperaba con el mazo de hierro en las manos.

—Hubiera ido a vosotros, pero no hay tiempo que perder —explicó el joven—. Se han visto barcos irlandeses buscando un lugar donde recalar, más abajo de Mon. Bandas armadas se han abierto paso en dirección sur hasta Dubr Duiu. Diganhwy está sitiado.

Taliesin medio esperaba que su padre reaccionara con cólera y furia desatada como los antiguos señores guerreros celtas. En lugar de ello, el rey se mostró frío y resuelto.

—¿Cuántos barcos? —preguntó.

—Treinta al menos. Quizá más. Los que han desembarcado tenían pintados con el color del mar casco, velas y mástiles, para ocultarse mejor entre las olas. Resultaba difícil contarlos.

—¡Eso podría suponer aproximadamente un millar de hombres! —exclamó Heridd.

Cuall, que ya se estaba abrochando el peto de cuero, observó con sequedad:

—Sus mil contra nuestros trescientos, ¡sólo necesitan dos mil más para que sea una batalla justa!

—¿Los esperamos en la orilla, o los dejamos que vengan a nosotros? —quiso saber Redynvar.

—Si lo que desean es esta tierra, que vengan a quitárnosla —replicó Heridd.

—No —dijo Elphin con firmeza—. Eso puede servir para nosotros, pero hay muchas aldeas pequeñas y poblados que nos han otorgado su confianza para su protección. Les saldremos al encuentro allí donde desembarquen. Salimos de inmediato. —No tuvo necesidad de decir nada más. Tan bien adiestrados estaban sus hombres en las cuestiones de la guerra, que la palabra de su jefe acababa con toda discusión.

Hafgan llegó en el momento en que los diferentes comandantes salían corriendo para llevar a cabo sus distintas tareas. Elphin permaneció junto a los dos bardos.

—¿Ves la victoria de nuestro lado, hijo?

Taliesin arrugó la frente.

—Veo muchas muertes y dolor en ambos bandos. ¿Victoria? Padre, te seré franco, aún no ha nacido el hombre que verá terminar esta lucha, y mucho menos ganarla.

Elphin se ajustó el cinturón.

—Entonces, lo mejor es empezarla como es debido, y dar a los que nos seguirán un ejemplo que no olviden jamás. ¿Cabalgarás con nosotros?

—Lo haría aunque no me lo hubieses pedido —respondió Taliesin.

—Pero yo no —observó Hafgan—. Soy demasiado viejo. Dejad más bien que apoye a mi señor mediante imprecaciones contra el enemigo.

—De acuerdo —repuso Elphin, echándole una maliciosa sonrisa—. ¡Y deja que esas alimañas repugnantes se salven si pueden!

Hubo despedidas apresuradas por todo el *caer y* el grupo se puso en marcha.

Galoparon hacia el norte en tres columnas bordeando la costa, en busca de barcos en el horizonte o ya varados en las playas. No vieron ninguno hasta muy entrada la tarde, cuando el sol empezaba a hundirse para dar paso al atardecer. Uno de los exploradores regresó al destacamento que iba en cabeza con la noticia:

—Botes, señor, he contado unos veinte. Muy lejos todavía. No parece que vayan a entrar.

—Es tarde. Sin duda esperan poder deslizarse a cubierto de la oscuridad —afirmó Cuall.

—¿Cuál sería el lugar de desembarco más probable? —preguntó Elphin.

—Hay una ensenada arenosa al norte, a menos de tres kilómetros. Es posible que se dirijan a ella.

—Conozco el lugar. Los esperaremos allí. Llévate a dos hombres y ve hasta Caer Seiont; dile al tribuno que entablaremos combate con el enemigo aquí y nos reuniremos con la legión tan pronto como podamos.

El explorador saludó a la romana y, al cabo de un instante, tres hombres salían a caballo. Las tres columnas se pusieron en camino para colocarse en posiciones estratégicas alrededor de la ensenada, y aguardar el anochecer y la llegada del enemigo.

Las primeras horas de la noche pasaron sin incidentes. El ejército de Elphin vigilaba y esperaba en silencio. Comieron raciones frías y durmieron con sus armaduras y las armas al alcance de la mano. No se percibía ni un movimiento en el mar, aunque cuando la luna salió por fin reveló que los invasores estaban allí, acechando frente a la costa.

—¿A qué esperan? —se preguntó Cuall. El y Elphin estaban acurrucados uno al lado del otro en un saliente rocoso que daba al mar, muy por encima de la playa. Era ya pasada medianoche y los barcos seguían frente a la costa, sin moverse.

—Mirad al cielo en dirección norte —exclamó una voz detrás de ellos.

—¡Ah, Taliesin, has decidido reunirte con nosotros! —replicó Cuall—. ¿Al norte, dices? ¿Qué hay? No veo nada.

—Ese banco de nubes; puedes ver el extremo inferior como una línea delgada a la luz de la luna. Justo allí, por encima del agua. Esperan a que esté completamente oscuro.

—Y tendrán oscuridad —rezongó Elphin—. ¡Por Lleu, que demuestran astucia! ¿Cuándo han aprendido todos esos trucos?

—Tú les has enseñado, padre. Tú y los romanos. Saben que la noticia del ataque ya se conoce a estas horas y que es probable que les salgan al paso, de modo que preparan sus fuerzas.

—Veremos qué consiguen —bufó Cuall.

—Lo mejor será que durmamos —sugirió Taliesin—. Las nubes se mueven despacio; los barcos no se acercarán aún a la orilla.

Elphin apostó un centinela en el saliente y se echó a dormir. Fue despertado cuando aún reinaba la penumbra por un áspero susurro en el oído.

—Una luz, lord Elphin. Creo que es una señal. Puede que los barcos se estén moviendo.

El rey estaba ya en pie antes de que el mensaje hubiera terminado.

—Alerta a los capitanes. Que se reúnan conmigo aquí.

Se aproximaron todos: Cuall, Heridd, Toringad, Redynvar, Nerth, Mabon; cada uno tenía a su cargo un contingente de cincuenta hombres, un sistema que habían

copiado de los romanos.

—Los barcos se acercan —les dijo—. Será difícil verlos al principio, pero dejad que los invasores lleguen a la orilla y se internen un poco tierra adentro, entonces quemad las naves. No deben escapar. No quiero que huyan de esta batalla para ir a desembarcar a cualquier otro lado al amanecer. —Paseó la mirada por sus hombres, todos ellos luchadores aguerridos que habían demostrado su valor muchas veces—. ¡Que Lleu mueva vuestras espadas con rapidez y afine la puntería de vuestras lanzas! —exclamó.

—¡Muerte a nuestros enemigos! —respondieron, y se alejaron a toda prisa para reunir a sus compañías.

Doce de los barcos piratas vararon en la playa; otros diez se dirigieron al estuario del río Tremadawce, algo más al norte.

—¡Cuall! —gritó Elphin al ver el despliegue. Su segundo en el mando llegó junto a él corriendo; en su rostro severo llameaban sus ojos—. Diez se han ido río arriba. Tú, Redynvar y Heridd, id tras ellos.

Cuall se golpeó el peto con la palma de la mano y giró sobre sus talones alejándose. Al cabo de un momento, ciento cincuenta hombres se alejaban a caballo y en silencio de las dunas situadas sobre la playa.

Elphin aguardó hasta que los piratas hubieron arrastrado sus barcos más arriba de la línea de la marea y les permitió que se adentraran un poco tierra adentro. Los atacó antes de que pudieran reunirse para formar un fuerte contingente. Al principio las dunas no eran más que oscuras y silenciosas formas que se destacaban contra el oscuro cielo y, al siguiente, resonaban con aullidos capaces de helar la sangre. Flechas incendiarias surcaron la oscuridad; cuando los invasores se dispersaron por la playa, jinetes invisibles cayeron sobre ellos desde todas partes. Al intentar retroceder a sus barcos, se encontraron con que las velas ardían y los cascos estaban en llamas.

Fue una batalla corta y horrible. Elphin despachó al enemigo con fría eficiencia y, cuando estuvo seguro de que sus adversarios estaban heridos o muertos, hizo montar a sus tropas y cabalgó hacia el río para ayudar a sus capitanes a ocuparse del resto.

Llegaron al lugar cuando el amanecer empezaba a iluminar el cielo por el este. El humo se elevaba como una serpiente gris por entre los árboles, y escucharon gritos apremiantes y el entrechocar de las armas cuando se lanzaron a través de la densa espesura en dirección a la batalla. Pero al aproximarse más todo se volvió extrañamente silencioso. La débil luz de la mañana les reveló una hilera de barcos irlandeses que ardían mansamente justo por encima de la línea de flotación; los cuerpos de invasores semidesnudos se balanceaban en silencio sobre las aguas del río teñidas de sangre. Había tantos que se podría haber cruzado de una orilla a la otra sin mojarse los pies. En las riberas los muertos yacían desparramados por doquier, algunos atravesados por flechas, otros por lanzas. Muy pocos de aquellos cadáveres iban vestidos con las ropas de los *cymry.*

—¿Dónde han ido? —se preguntó Elphin.

—¡Escucha! —siseó Taliesm.

Al cabo de un momento Elphin oyó el ruido de hombres que se abrían paso hacia ellos por entre el bosque. El rey hizo una rápida señal en silencio y sus tropas se dispersaron. Aguardaron, y, al poco, aparecieron los hombres de Cuall, que avanzaba a grandes zancadas delante de ellos con expresión enojada.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Elphin dirigiéndose a su encuentro.

—Esos perros se escaparon —masculló Cuall como si las palabras le ardieran en la lengua.

El rey echó una mirada a los cuerpos que yacían a su alrededor.

—No consiguieron escapar demasiados, por lo que parece.

—¡Ya lo creo que no! Pero había más de los que pensábamos. ¡Cada barco transportaba al menos a cincuenta! Los atacamos cuando llegaron a la orilla.

Elphin se maravilló ante la desenfadada ferocidad de sus guerreros. Conocía muy bien su destreza y su valor e, incluso, había tenido muchas ocasiones para elogiar estas cualidades en canciones. De todas formas, lo seguía asombrando verlos en acción: ciento cincuenta contra casi tres veces su número, y les irritaba que algunos hubieran escapado, sin importarles que los hubieran sobrepasado en número desde el principio.

—Los perseguimos —siguió Cuall—, pero los perdimos en el bosque.

—Dejadlos. Nos vamos hacia Caer Seiont.

Cabalgaron sin descanso y llegaron a la fortaleza romana al mediodía. Elphin hizo adelantarse a algunos exploradores para que le informaran de la situación.

—No me gusta nada todo esto —murmuró Cuall mientras esperaban y aprovechaban el tiempo para comer algo y que los caballos abrevaran en el vado.

La colina en la que se alzaba el fuerte no se hallaba muy lejos del río y podían ver las negras columnas de humo que se alzaban sobre los árboles que tenían delante y oír con claridad el frenético sonido de la batalla en el tranquilo aire otoñal.

—Maximus se encuentra en apuros —replicó Elphin—. Pero de nada le servirá que irrumpamos allí si no sabemos exactamente cómo es la situación.

Cuando los exploradores regresaron, el rey reunió a sus capitanes y todos juntos escucharon la información de la avanzadilla.

—El fuerte está totalmente rodeado, pero la batalla principal se libra ante las puertas, que están en llamas. Existen incendios en el interior del fuerte —dijo uno de los exploradores.

—¿Cuál es el número de enemigos? —preguntó Elphin.

—Un millar —respondió el segundo explorador con cautela—. Quizá más. Pero no guardan a nadie en reserva.

—Mil hombres —se asombró Redynvar—. ¿De dónde han salido?

—Eso importa muy poco —le recordó Cuall—. ¡Están aquí! Y ésa es la comida que tenemos en el plato.

—Atacaremos a la fuerza principal en las puertas —decidió Elphin—. Una columna se adelantará con apoyo por ambos flancos. Heridd y Nerth, quedaos atrás y proteged nuestra retaguardia. Puede que necesitemos gente de refresco más adelante. —Una vez planeado el ataque, hicieron montar de nuevo a sus hombres y continuaron camino hacia el fuerte.

Los informes de los exploradores eran ciertos: al menos quinientos invasores luchaban en masa frente a la puerta principal, y otros quinientos o seiscientos se distribuían alrededor del cuadrado hecho de muros de piedra y madera, afanándose por mantener a los que estaban en el interior del fuerte ocupados en la defensa de aquellos muros. Piedras y flechas volaban por los aires y chocaban con estrépito contra los largos y estrechos escudos de los atacantes.

—Miradlos —murmuró Elphin, asombrado.

Nunca había visto un fuerte romano bajo un ataque. Los escoceses procedentes

de Irlanda correteaban arriba y abajo, mientras arrojaban sus largas lanzas contra las murallas; a su alrededor, cruithni y pictos desnudos, con sus cuerpos de un brillante azul al estar pintados con glasto, corrían y danzaban, llenando el aire con sus cortas y agudas flechas; los attacotti, cuyos delgadas figuras oscuras relucían al sol, se arrojaban contra las puertas armados tan sólo de hachas de hierro.

—Aquellos tan altos... —dijo Cuall, indicando un grupo situado más en la retaguardia que estaba formada por hombres de largos miembros y aspecto fornido vestidos con pieles y tiras de cuero y cuyos cabellos rubios les caían en largas trenzas.

—Saecsen —respondió Taliesin—. Tal como anuncié, se hallan todos aquí.

—¡Y muy pronto desearán no estarlo! —El rey se volvió sobre su silla—. ¡Columna preparada! —chilló. Se oyó el movimiento, a lo largo de las filas, de preparar las lanzas para la carga.

—Cuenta nuestra victoria, Taliesin —exclamó Elphin, tirando de sus riendas.

—Os apoyaré —replicó Taliesin.

La columna cargó colina arriba en línea recta y se ensanchó en el último instante para formar una cuña puntiaguda. Se dirigieron directamente a la puerta, donde la batalla era más intensa. El enemigo oyó demasiado tarde el tronar de los cascos de sus caballos y la muerte se abatió sobre ellos por sorpresa. Se volvieron para atacar a su vez y fueron barridos hacia atrás e inmovilizados contra las puertas en llamas y el muro del fuerte que intentaban destruir.

Las lanzas de los *cymry se* hundían una y otra vez, las hojas de sus extremos lucían rojas de sangre mientras se clavaban a diestro y siniestro en medio de toda aquella confusión. Aquí y allí, los hombres eran derribados de sus monturas para desaparecer bajo una oleada de cuchillos centelleantes y garrotes. Los que estaban en primera fila se desviaron para colocarse a un lado y permitir a sus camaradas, que se habían reagrupado, que cargaran contra el enemigo de nuevo.

Taliesin, al lado de Heridd, Nerth y sus escuadras, observaba la lucha, y aguardaba la señal de Elphin. Los caballos embestían una y otra vez. Las lanzas se clavaban, los cascos de las monturas brillaban al sol y el enemigo caía a docenas. Pero cada uno que caía era remplazado por tres que ocupaban su lugar. Finalmente, el agotamiento obligó al grupo de Elphin a retroceder y permitir que tropas de refresco ocuparan el campo.

—¡Cabalgad en grupos de a dos! —gritó el rey cuando su montura se precipitó hasta donde se encontraba la retaguardia—. ¡Conservad los caballos! ¡Que cada hombre proteja al que está a su lado! —Jadeante y sudoroso, hizo una señal para que se lanzaran a la refriega.

—Es peor de lo que esperaba —confesó Elphin a Taliesin cuando los otros se hubieron ido, mientras se secaba la sangre y el barro de la frente. A su alrededor los hombres se reponían de su agotamiento. El rey habló en voz baja para que los que estaban cerca no pudieran oírles—. Piensan morir hoy, y esto les llena de un valor desesperado. Luchan como si se hubieran vuelto locos. —Sacudió la cabeza—. ¡Y son tantos!

Sin decir una palabra, Taliesin apartó su caballo y cabalgó por entre la barrera protectora de árboles, atravesando de nuevo el río, hasta la colina situada frente a aquella en la que se alzaba la fortaleza. Subió a caballo hasta su cima y se detuvo sobre el yermo cerro para contemplar la batalla. Soltó las riendas y, saltando de la silla, sacó su bastón de roble y su túnica azul; tras echarse ésta sobre los hombros, se apartó unos pasos del caballo y plantó el bastón con fuerza en el suelo.

Luego se dedicó a reunir piedras de buen tamaño, que amontonó en el lugar donde había clavado el bastón. Tomó luego más piedras, comenzó a medir con pasos las dimensiones de un gran círculo y colocó una cada tres pasos. Completa la circunferencia, arrancó el bastón de la tierra, lo alzó y cerró los ojos, al tiempo que sus labios se movían para formar las palabras de un conjuro.

Mientras estaba allí de pie murmurando, el sol, opaco ya a causa del humo, desapareció por completo al intensificarse éste y extender su oscuro manto sobre el cielo. El ruido de la batalla: el sonoro entrechocar de las armas, el aterrorizado relinchar de los caballos, los juramentos y los gritos de los heridos y los moribundos, llegó hasta él a través del pequeño valle.

Taliesin abrió los ojos y vio el ejército de su padre rodeado por el enemigo y bloqueado cuando intentaba abrirse paso por entre las llameantes puertas; el mismo Elphin, a la cabeza, repartía mandobles a diestro y siniestro con su espada corta.

Taliesin repitió dos veces más el conjuro y, cuando miró de nuevo, el enemigo rodeaba incontenible a las fuerzas de Elphin en una proporción de seis a uno, y muchos más aún rodeaban las murallas, con sus furiosas hachas brillando rojas de sangre por encima de sus cascos astados.

Los bárbaros, al ser tan superiores en número, habían frenado el violento ataque del rey y obligaban al pequeño ejército a retroceder. Con creciente frustración, Taliesin se volvió y miró con desesperación a su alrededor, hasta que sus ojos se posaron en su caballo negro. Corrió hacia él y, tomando las riendas, lo llevó hasta el centro del tosco círculo de piedra que había construido. Montó y se irguió sobre el lomo del caballo.

Entonces, levantó el bastón de roble sobre su cabeza y repitió el conjuro. Esta vez sintió cómo su *awen* descendía sobre él como un radiante manto; el aire empezó a relucir a su alrededor. Pronunció de nuevo las palabras y sintió cómo su poder tomaba forma en el viento; ya no eran simples palabras solamente, sino que se encarnaban en el viento y el poder que había tras él; surgían de sus labios, arrancadas a su lengua por la fuerza de su propia voluntad. Una ráfaga helada se arremolinó a su alrededor en un vórtice de forma espiral que ganó fuerza y echó a volar colina abajo. Este extraño y repentino torbellino helado atravesó el valle hasta el lugar donde la lucha se desarrollaba con más violencia.

Los hombres del rey Elphin sintieron en su rostro el azote de aquel viento frío y levantaron la cabeza. Allí, en la colina opuesta, vieron la delgada y alta figura de un hombre montado en un caballo negro, con un bastón muy largo alzado sobre su cabeza.

—¡Taliesin! —gritó alguien—. ¡Nuestro druida ha enviado al viento a salvarnos!

También el enemigo sintió el gélido azote del aire y observó el oscuro cielo. Volvieron sus ojos asombrados hacia la misteriosa figura de la colina y su ataque vaciló.

Era lo que el pequeño ejército necesitaba. Reanimados por la visión de los melenudos saecsen y sus secuaces que se replegaban, las tropas de Elphin dieron la vuelta y cargaron contra aquella masa sorprendida. El viento helado aullaba por encima del ensangrentado campo de batalla y, en cuestión de minutos, el enemigo huía ya ladera abajo para refugiarse en el bosque. Los legionarios que defendían las murallas lanzaron un sonoro vítor. Las puertas se abrieron y los soldados salieron en tropel.

Poco después, Elphin se encontraba en el interior del recinto frente a un

Magnus Maximus exhausto, cuyo rostro aparecía manchado de hollín y sudor.

—Nunca pensé que vería el día en que una legión romana precisaría de la ayuda de un ala para evitar la derrota. —Se detuvo y luego añadió—: Pero, como siempre, me alegro de tu apoyo, rey Elphin.

—Esta mañana hemos enviado a la muerte a los ocupantes de unos veinte barcos, de lo contrario hubiéramos llegado antes.

Se les acercó corriendo un criado con una garrafa de vino y una copa para el tribuno. Maximus le entregó la copa a Elphin y le sirvió vino, al tiempo que decía:

—Resulta un día aciago, y aún no ha terminado. Sin embargo, tú debes tomar el primer trago, puesto que el tuyo ha constituido el esfuerzo más duro.

Elphin tomó un buen sorbo de aquel espeso vino negro.

—¿De dónde han salido? —inquirió, entregando la copa a Maximus—. Nunca había visto a tantos reunidos en un mismo sitio, y jamás luchando como aliados.

—¡Son unos hijos de perra todos ellos! —Maximus se enjuagó la boca con vino y lo escupió en el suelo—. ¡Tomar un fuerte! ¡Deben de haberlos embrujado!

Seguían hablando cuando apareció un jinete sobre un caballo que apenas se mantenía en pie; la bestia estaba empapada en sudor y medio coja.

—Pero qué... —empezó Maximus, pero lanzó una mirada al emblema que aparecía en el arnés del animal y exclamó—: ¡Por César! ¡Luguvallium!

El agotado jinete se inclinó hacia adelante en su silla y cayó al suelo, de donde lo recogieron dos mozos. Maximus y Elphin corrieron hacia el hombre y el romano vertió el resto del vino en la copa y la apretó contra los labios del hombre.

—Bebe esto —ordenó.

El hombre bebió y empezó a toser, vomitando el vino sobre su cuerpo.

—Tribuno —resolló, y levantó la mano en un débil saludo—. Vengo de...

—De parte de Fullofaudes —terminó Maximus, impaciente—. Sí. Desembucha ya, hombre.

—La Muralla —jadeó el jinete—. La Muralla ha sido rebasada. Luguvallium ha caído.

Maximus se incorporó despacio.

—Luguvallium, arrasado.

—Iremos contigo —dijo Elphin, levantándose con él—. Con comida y descanso pronto estaremos listos otra vez.

El tribuno miró a Elphin y negó con la cabeza.

—Ya habéis librado dos batallas hoy.

—Nos necesitarás —insistió Elphin.

—Tus gentes te necesitarán aún más. Regresa, amigo, defiende a los tuyos.

Elphin iba a protestar de nuevo, cuando llegó Taliesin. Desmontó y se dirigió hacia ellos; su paso era ligero y rápido, aunque parecía agotado. Al ver al jinete caído en el suelo y los rostros serios de Maximus y Elphin, preguntó:

—Malas noticias del norte, ¿verdad?

—Sí —replicó Elphin—. Luguvallium ha caído y se ha rebasado la Muralla.

—Entonces debemos regresar a Caer Dyvi —respondió Taliesin con sencillez—. Mientras aún haya tiempo.

—Justo lo que yo recomendaba —intervino Maximus.

Taliesin se dio la vuelta y regresó junto a su caballo. Elphin lo siguió, pero antes se volvió, dedicó a Maximus el saludo de la milicia romana y luego volvió a montar él también. El rey hizo sonar con fuerza su cuerno de caza por tres veces para llamar

a su ejército al pie de la colina. Una vez todos reunidos y vendadas las heridas, recogieron a sus muertos y emprendieron el regreso a casa.

3

Los peregrinos se quedaron con el rey Avallach varios días y luego regresaron a la cercana colina y al santuario en ruinas. Al poco tiempo, tras convencerse de que hablaban en serio con respecto a restaurar el templo, Avallach les envió provisiones, ya que durante el curso de su estancia había quedado muy intrigado por aquellos bondadosos hermanos y su insólito dios.

Esto agradó mucho a Charis. Le gustaba Collen, quien la miraba con un respeto que era a la vez reverente y perplejo, y se esforzaba con obstinación por aprender la lengua britona, y sentía cariño por Dafyd, un hombre bondadoso, de inteligencia e ingenio agudos, cuyo sincero entusiasmo por el Dios del amor y la luz se derramaba sobre todos sus actos. Se sentía feliz por tenerlos cerca y, si la restauración del santuario significaba que se quedarían más tiempo, tanto mejor.

Se interpuso un húmedo invierno y la construcción se interrumpió durante aquellos meses. Pero cuando llegó la primavera, se iniciaron de nuevo los trabajos y Charis iba a menudo a caballo a visitar a los sacerdotes y a supervisar cómo avanzaba la tarea. Algunas veces les llevaba comida y bebida, y, en esas ocasiones, se sentaban y comían juntos, mientras Dafyd contaba historias sobre la vida de Jesús, el hijo del Gran Dios, quien debía de haber sido con toda seguridad el hombre más extraordinario que jamás hubiera vivido, si lo que aseguraba de él era remotamente verdad.

A Charis le importaba muy poco si lo que Dafyd relataba era cierto; la fe de aquel hombre valía por sí sola. Sencillamente le gustaba la compañía de aquella persona tan agradable y, lo que era más importante, valoraba el efecto curativo que ejercía sobre su padre. Se había dado cuenta desde la primera noche de que Avallach se sentía más cómodo en presencia de Dafyd. Al cabo de uno o dos días el mismo rey había comentado que el dolor le molestaba menos cuando aquel hombre santo estaba cerca de él, y esto, ya por sí solo, resultaba más que suficiente para granjearle las simpatías de Charis.

Por eso no le sorprendió en absoluto cuando Avallach le pidió a Dafyd que empezara a instruirle en la religión del nuevo dios. Charis lo consideró una ocupación totalmente inofensiva, pero Lile, siempre al acecho, invisible pero próxima, se mostró contraria al influjo de los peregrinos y advirtió que nada bueno podía resultar de andar persiguiendo dioses extranjeros.

—¿Qué sucederá cuando se vayan? —le preguntó Lile a Charis un día.

Dafyd acababa de llegar para una de sus sesiones con el rey, y Charis se dirigía a reunirse con ellos. Se encontró con Lile, que merodeaba fuera de la sala de audiencias.

—¿Cuando se vayan quiénes?

—Los hombres santos, los sacerdotes, o peregrinos, o lo que sean; ¿qué pasará cuando se marchen?

—¿Han anunciado que se irían? —inquirió Charis.

—No, pero está muy claro. Cuando le hayan sacado bastante dinero a Avallach y el santuario esté terminado, se irán.

—Eso debiera hacerte feliz. ¿Por qué te preocupas?

—A mí no me preocupa. Pensaba tan sólo en Avallach.

—Claro.

—¿Crees que no me he dado cuenta? Sé que el rey se siente mejor cuando el sacerdote se halla con él. —Lile se aferró a la manga de Charis con un gesto torpe y desesperado.

Charis la observó con más atención. Desde luego, algo trastornaba a Lile; la expresión de la mujer vacilaba entre la impotencia y la cólera, y su voz sonaba a la vez feroz y suplicante.

—¿Qué es lo que te pasa, Lile?

—A mí, nada; simplemente no quiero que le hagan daño a mi esposo.

—Crees que la marcha de Dafyd podría hacerle daño, ¿no es así?

Lile vaciló.

—Quizá.

Charis sonrió.

—Entonces, debemos pedirle a Dafyd que se quede.

—¡No! —exclamó Lile.

El sufrimiento de ésta era tan real que Charis se puso seria.

—Lile —dijo con suavidad—, no envidies la paz que Avallach encuentra en las palabras de Dafyd. El rey no te querrá menos por amar a ese nuevo dios.

Aunque las palabras habían salido de su propia boca, Charis se quedó paralizada. ¿Amaba su padre a aquel nuevo dios y a su hijo hacedor de milagros? ¿Los amaba también ella?

¿Qué era lo que la había atraído hasta el santuario en ruinas? ¿Amor? ¿Era ese sentimiento lo que aceleraba los latidos de su corazón cuando Dafyd hablaba? ¿Era amor aquella sensación perturbadora que sentía cada vez que susurraba para sí el nombre de Jesús?

—¿Yo envidiarle a él? —exclamaba Lile.

—¿Qué? —preguntó Charis, saliendo de su ensimismamiento.

—Has dicho que envidiaba la paz de espíritu de Avallach. ¡No es verdad! —insistió, y luego gimoteó lastimera—: ¡Oh, hubiera sido mucho mejor si jamás hubieran aparecido!

—Los peregrinos sólo intentan hacer el bien... —empezó a decir Charis.

—Y ahora han traído a toda una tribu de britones con ellos. —Indicó la puerta con un gesto— Están todos allí dentro con Avallach ahora. ¿Quién sabe lo que estarán tramando?

En ese momento la sala se abrió y apareció un senescal. Inclinó la cabeza y se dirigió a ambas.

—Por favor, el rey solicita vuestra presencia. —Se hizo a un lado y abrió la puerta de par en par para dejarlas entrar.

—Bien, ahora veremos qué es lo que planean —susurró Charis mientras entraban juntas en el salón.

Charis se acercó a la litera endoselada y echó una ojeada a la delegación, que calculó en unos ochenta o más, reunida frente al rey. Sus ojos se pasearon por la singular comitiva y se posaron sobre la alta y delgada figura de un joven de rubios cabellos. Su paso se volvió vacilante, bajó los ojos y siguió andando, hasta detenerse

al lado izquierdo de Avallach, mientras Lile ocupaba su lugar a la derecha.

Notó los ojos de los desconocidos fijos en ella y se sintió extrañamente incómoda; el corazón le latía con fuerza y las manos le temblaban. Aspiró profundamente y se obligó a recuperar la compostura.

—... mi hija, la princesa Charis —decía el rey en aquellos momentos, y Charis comprendió que la acababan de presentar. Esbozó una leve sonrisa y saludó a los reunidos con un movimiento de cabeza.

Dafyd dio un paso al frente e indicó al grupo situado detrás de él.

—Rey Avallach, traigo ante vos al rey Elphin *ap* Gwyddno, de Gwynedd, y a su gente. —El sacerdote no parecía precisamente muy seguro de quiénes eran, pero empezó a presentarlos, de todas formas.

Charis aprovechó la oportunidad para estudiar a los extranjeros. Iban vestidos a la manera britona, pero con más colorido, de forma más exótica que ninguno de los dumnoni o cerniui que había visto. El rey llevaba un pesado adorno de oro en el cuello, el *torc,* al igual que varios otros miembros del grupo. Lucían capas de colores brillantes: rojas, azules, naranja, verdes y amarillas, echadas sobre los hombros y sujetas con enormes y elaborados broches labrados en plata o cobre esmaltado en ingeniosas formas. Los hombres llevaban bigotes grandes y llamativos, pero no barba; sus oscuros cabellos, aunque largos, estaban recogidos y sujetos en la nuca con tiras de cuero. Se vestían con amplios pantalones de rayas anchas o cuadros, las piernas rodeadas por tiras entrecruzadas de ropa de brillantes colores hasta medio muslo. La mayoría se adornaban con gruesos brazaletes de bronce y cobre, incrustados de oro batido. Muchos llevaban lanzas con puntas de hierro, y otros espadas de doble hoja.

Las mujeres vestían túnicas largas y llenas de color, con anchas fajas tejidas con dibujos intrincados y ceñidas alrededor de la cintura; los bordes, puños y cuellos de las ropas aparecían delicadamente bordados con complicados remates. Los cabellos los llevaban meticulosamente trenzados y enroscados, los rizos tachonados de recargadas horquillas de bronce con adornos de ámbar, granates y perlas. Collares, cadenas y brazaletes de oro, plata, bronce y cobre, relucían en sus cuellos y muñecas, y en sus orejas se balanceaban pendientes. Una de ellas, una imponente mujer de cabellos rojos y porte noble, llevaba un delgado *torc* de plata y un gran broche del mismo material en forma de espiral con un brillante rubí en el centro.

En general tenían un aspecto tranquilizadoramente regio, pero inquietantemente extranjero. Charis comprendió que estaba en presencia de una nobleza muy parecida a la suya propia, de alta alcurnia y terriblemente orgullosa y aristocrática, aunque de muy diferente y primitivo estilo.

En medio de su escrutinio, Charis se sintió también ella objeto de curiosidad. El joven rubio que había visto al entrar la estudiaba con atención. Sus miradas se encontraron.

En aquel breve instante, Charis sintió una gran afinidad con los desconocidos, como si se reuniera con compatriotas tras un año de ausencia. La sensación pasó como un escalofrío en la oscuridad y se desvaneció. La muchacha apartó la mirada.

El rey extranjero, tras haber sido presentado a su entera satisfacción, se adelantó despacio.

—Soy Elphin —dijo con sencillez—, señor y jefe guerrero de los habitantes de Gwynedd. He venido a ofrecer mis respetos al señor cuyas tierras estamos atravesando.

Avallach inclinó la cabeza en señal de reconocimiento ante el honor que se le rendía.

—Los viajeros siempre son bien recibidos entre estos muros —respondió—. Por favor, quedaos con nosotros, si podéis, y permitidme que comparta con vosotros la generosidad de mi mesa.

Sin una vacilación, Elphin sacó un cuchillo de su cinto, se lo mostró Avallach y exclamó:

—Vuestro ofrecimiento es muy generoso. Aceptad este recuerdo como muestra de nuestra gratitud. —Le entregó el cuchillo a Avallach.

Charis lo contempló mientras su padre lo hacía girar entre sus manos. La hoja era de hierro y de doble filo y la empuñadura de brillante azabache, en la que se habían incrustado perlas formando los mismos complicados dibujos entrelazados que aquella gente lucía en sus joyas y ropas. Era un arma hermosa, pero desde luego no constituía una pieza ceremonial fabricada para regalar. El cuchillo había sido usado; era el arma particular de Elphin.

«¿Por qué este regalo?», se preguntó Charis. Sorprendía, a menos que aquel hombre no tuviera otra cosa que ofrecer. Sí, exactamente. Había dado lo único que poseía de valor, quizá lo último que quedaba de su tesoro, aparte del *torc* que llevaba alrededor del cuello. No obstante, el regalo había sido hecho voluntariamente y con elegancia, y Charis sabía que el significado de aquella acción no había pasado inadvertido a su padre.

—Me honráis, lord Elphin —replicó Avallach, guardando el cuchillo en su cinto—. Espero que vuestra estancia resultará beneficiosa para ambos. Hablaremos de ello más tarde. Pero ahora, como ésta es la hora en que acostumbro tomar un refrigerio, os ruego a vos y a vuestra gente que me acompañéis.

A un gesto de Avallach, el senescal abandonó la habitación y al cabo de un momento las puertas del salón se abrieron de nuevo para dejar pasar a una docena de sirvientes que llevaban bandejas con bebidas en cuencos y cálices, los cuales pasaron por entre los visitantes, sirviéndoles; cuando cada uno hubo recibido su copa, Elphin levantó la suya en alto y proclamó en voz alta:

—¡Salud, lord Avallach, Rey Pescador de Ynys Witrin! ¡Y salud a los enemigos de vuestro enemigo!

Al oír esto, Avallach echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada. Su voz retumbó por toda la sala y resonó entre las vigas de madera del techo. Se levantó despacio de su litera y, mientras se sujetaba a uno de los postes del dosel, alzó su copa.

—¡Bebed, amigos míos! —dijo—. Vuestra presencia me ha animado enormemente.

Charis se quedó observando durante algún tiempo; luego, mientras todos estaban ocupados bebiendo y conversando, salió de la habitación sin que nadie la advirtiera, haciéndole una seña a Dafyd para que la siguiera. Éste la alcanzó en el pasillo.

—¿Deseáis hablar conmigo, princesa?

—¿Quiénes son? —preguntó, al tiempo que conducía al sacerdote pasillo abajo.

—Quienes dicen ser —respondió él—. Un rey y su pueblo. Creo que han tenido que huir de su tierra natal: Gwynedd es tierra *cymry* del norte.

—¿Han tenido que huir? ¿Cómo es eso?

—A causa de la guerra, princesa Charis. A causa de las luchas que allí se suceden continuamente. Su territorio fue ocupado por guerreros bárbaros, y

escaparon sólo con sus vidas. —El sacerdote hizo una pausa y añadió—: Y si lo que he oído es cierto, muy pronto sentiremos también en el sur el calor de la guerra.

—Gracias, Dafyd —repuso Charis, volviendo la cabeza para mirar a través de la puerta abierta del salón—. Gracias. —Se alejó despacio, absorta ya en sus pensamientos.

Aquella noche Avallach sentó a los *cymry* a su mesa, con Lile a su lado. Charis rehusó asistir a la cena y comió en sus habitaciones. Permaneció sola en su aposento escuchando el rumor del banquete que le llegaba desde el gran salón. En una ocasión el ruido se apagó por completo. Aguzó el oído para captar cualquier sonido errante, pero no oyó nada. ¿Qué podía significar aquello?

Impulsada por la curiosidad, se dirigió a la puerta de su habitación, la abrió y se asomó al exterior para escuchar. Todo era silencio.

Por fin, ya no pudo soportarlo por más tiempo y se deslizó furtivamente hasta la sala para acechar detrás de la puerta. Estaba abierta y, mientras se acercaba en silencio por entre las sombras, oyó las claras y sonoras notas de un arpa y, al cabo de un instante, la voz fuerte y melodiosa de un cantor. Los *cymry,* algunos de los cuales se sentaban en bancos y otros en el suelo, con las piernas cruzadas, estaban reunidos alrededor de uno de los suyos, que aparecía iluminado por la vacilante luz de las antorchas: el joven de cabellos rubios.

Aunque muchas de las palabras le resultaban desconocidas, Charis dedujo que cantaba sobre un hermoso valle y todos los árboles, flores y animales que allí se encontraban. Era una sencilla melodía, de gran poder evocativo, y se sintió atraída por ella. Atravesó el umbral y penetró en el salón, aunque quedaba medio oculta por una de las columnas.

El joven, alto y delgado, estaba en pie, con la cabeza levantada y los ojos cerrados; apoyaba el arpa en su hombro y sus manos se movían hábiles sobre sus cuerdas, arrancando del corazón del instrumento cada una de aquellas notas argentinas. Las palabras se formaban en su boca, pero la música surgía de un lugar remoto; él no resultaba más que un conducto por el que ésta, pasaba para llegar al mundo de los hombres, brotando con más y más fuerza, como una fuente, desde las ocultas profundidades de su espíritu para esparcirse en relucientes anillos a su alrededor. Charis lo escuchaba, sin apenas atreverse a respirar por temor a estropear la singular belleza del momento.

Era una canción triste y desgarradora, salvaje y orgullosa; un recuerdo sobre un valle perdido y una tierra abandonada, sobre todas aquellas cosas perdidas que el corazón humano ama y rememora. Charis se entregó por completo al hechizo de la canción a medida que ésta avanzaba, dejando que el dolor de su propia pérdida la embargara como una dulce y oscura riada. Cuando las últimas notas se desvanecieron, vio unas gotas relucientes sobre las mejillas del joven.

«Tú y yo somos iguales», pensó; «caminantes sin hogar en un mundo que no es el nuestro.»

Las cuerdas del arpa sonaron de nuevo y el joven empezó otra canción. Charis no se quedó para oírla, sino que se apartó con vehemencia de la columna y se alejó a toda prisa del salón mientras los primeros sonidos salidos de aquella voz suave como la miel empezaban a flotar en el aire.

4

Pasaron aquella noche en la gran sala del Rey Pescador, donde el fuego ardía alegremente en la enorme chimenea. Se echaron las capas por encima y durmieron, con las mentes embargadas por los recuerdos de su hogar perdido.

Elphin y su grupo habían regresado para encontrar Caer Dyvi ya bajo asedio. Los invasores que habían esquivado a Cuall en el río se habían dirigido al sur, marchando todo el día a lo largo de la costa hasta llegar al *caer* al anochecer. Las defensas de la fortaleza de la colina habían mantenido a los atacantes a raya durante la noche, pero con la llegada del alba el enemigo advirtió que la fortaleza se hallaba virtualmente indefensa: sólo un contingente simbólico formado por hombres de edad, y muchachos demasiado jóvenes para luchar en el campo de batalla, había quedado allí para defenderla.

Pero si los invasores creyeron que Caer Dyvi sería una conquista fácil, pronto cambiaron de opinión, ya que los habitantes consiguieron rechazar ataques directos hasta tres veces, ante la cólera y frustración del enemigo.

Cuando Elphin llegó al *caer* los bárbaros habían iniciado un cuarto ataque y estaban a punto de atravesar los portones. Las mujeres y los niños permanecían hombro con hombro junto a los hombres en las murallas, mientras arrojaban piedras y carbones encendidos sobre las cabezas de los atacantes, pues las flechas se habían agotado hacía ya tiempo. Si hubieran tardado un poco más, el pequeño ejército hubiera encontrado su hogar convertido en una llameante tumba.

En lugar de ello, llegaron justo para enfrentarse con el enemigo en las laderas que llevaban al fuerte. Los atacantes, furiosos al encontrarse de repente frente a un grupo de varios cientos de jinetes bien entrenados, se revolvieron con furia antes de desperdigarse por los bosques que bordeaban el río. Cuall se llevó a la mitad del grupo y salió en su persecución. Elphin penetró en el poblado y se lo encontró ya en ruinas carbonizadas; el granero, un humeante montón de maderas ennegrecidas y grano chamuscado por entre el que se movían los cerdos en busca de comida; la gran sala había perdido su techo de paja. Las víctimas también eran numerosas: muchas de ellas habían muerto con una flecha picta en la garganta, o una lanza irlandesa en el pecho.

El grupo penetró en el *caer,* siendo recibido con gritos de bienvenida y alivio. Los supervivientes, exhaustos y ensangrentados, sujetaban todavía sus armas con férrea determinación. Rhonwyn, con una lanza y un escudo romano en las manos, aguardaba al frente de los defensores cuando su esposo penetró en el poblado. Tenía el rostro manchado de hollín y el pelo gris a causa de la ceniza, pero el fuego seguía ardiendo en sus ojos.

—Se os saluda, señor —exclamó mientras apoyaba la mejilla en la lanza—. Como siempre, vuestro regreso es bienvenido.

—¿Estás herida? —preguntó él, desmontando.

—Estoy ilesa —replicó ella mientras levantaba una mano para apartarse los

cabellos del rostro—. Aunque tu sala necesitará un tejado nuevo.

Elphin la rodeó con sus brazos. Permanecieron abrazados durante un buen rato y luego empezaron a andar por entre las ruinas del poblado.

Caer Dyvi fue atacado otras veces durante los dos días siguientes. Los *cymry* rechazaron cada vez las embestidas, pero con cada una sus filas disminuían, y no importaba a cuántos enemigos mataban, puesto que aumentaban en la siguiente ocasión. Estaba claro que habían identificado Caer Dyvi como una plaza de importancia y estaban decididos a tomarla o destruirla, sin importarles lo que costase. Y el precio fue alto: los cuerpos desnudos y pintados de azul de los pictos, escoceses y attacotti yacían prácticamente amontonados fuera de los muros; el camino que conducía a la entrada estaba embarrado por la sangre de los muertos; las lanzas se elevaban como arbolillos, surgiendo de entre bosquecillos de flechas en las laderas de la colina. El aire era espeso y maloliente a causa del zumbido de las moscas y el hedor de la muerte. El cielo se ennegrecía con las bandadas de cuervos y cornejas que se dirigían a dar cuenta de aquel horrendo festín.

Y, sin embargo, los invasores no se retiraban.

Al final, Elphin no tuvo elección. O bien abandonaba el *caer y* salvaba a tantos de los suyos como le fuera posible, o se quedaba para verlos caer uno a uno. No resultaba una decisión fácil: la mayoría de los miembros de su clan hubieran preferido morir con una flecha en la cabeza antes que abandonar sus tierras y sus hogares.

Hafgan y Taliesin, que habían trabajado muy duro, ayudando a los guerreros con palabras de ánimo y conjuros, fueron a ver a Elphin con la triste verdad.

—No podemos ganarles, padre —afirmó Taliesin con suavidad—. Son demasiados. No podemos matarlos a todos.

El rey Elphin, fatigado hasta lo indecible, se limitó a mover la cabeza mientras permanecía encorvado frente a los incandescentes restos de un fuego. No le quedaban fuerzas ni para contestar.

—Debemos irnos de aquí —propuso Hafgan. Las palabras eran como punzantes avispas en su lengua.

Elphin levantó la cabeza; una expresión de desafío se agitaba en las profundidades de su mirada.

—¡Jamás!

—Padre —repuso Taliesin aún con mayor suavidad—, escúchame. —Se dejó caer de rodillas junto al rey—. Hemos de hacerlo. Habrá otras batallas, otras guerras para nosotros. Pero no aquí, lo he visto.

—Escucha a aquel a quien llamas hijo tuyo, Elphin —intervino Hafgan—. Ha habido demasiada muerte aquí. Si debe haber vida, será en otra parte.

—Id pues —refunfuñó Elphin—. Llevaos a todos aquellos que quieran acompañaros. Yo pienso quedarme.

—No —se opuso Taliesin con sencillez—. Tú eres el rey; tu gente te seguirá sólo a ti. Necesitaremos un jefe poderoso en nuestro nuevo hogar.

Elphin se pasó una mano fatigada por el rostro y sacudió la cabeza.

—¡Que Lleu me ayude! No puedo —exclamó con voz ronca—. La deshonra...

—La muerte carece de dignidad —replicó Taliesin. Se incorporó despacio y extendió su mano. Elphin la miró con ojos relucientes por las lágrimas contenidas—. Ven.

El rey tomó la mano de su hijo y se puso en pie trabajosamente. Cuando el alba

empezó a iluminar el cielo a la mañana siguiente, el clan y todos los hombres abandonaron Caer Dyvi para siempre. Del orgulloso ejército de trescientos hombres de Elphin, quedaban menos de cien, y sólo algo más de cien miembros de su clan.

Se fueron y se llevaron con ellos todas las provisiones y posesiones que podían cargar en tres carros, conduciendo a su ganado y a sus piaras delante de ellos. Cuando el último hombre hubo atravesado las puertas, Elphin dio la orden y se prendió fuego al poblado; luego, por entre las espesas columnas de humo y el crepitar de las llamas, el rey siguió a su gente colina abajo y se alejó, con los restos de su ejército cabalgando tras él con ánimo abatido y expresión sombría.

Viajaron incansables durante todo aquel otoño húmedo y triste, en dirección al sur, dejando Gwynedd a sus espaldas, para finalmente llegar y atravesar Powys. A lo largo del camino vieron cosas que la mayoría sólo conocía por rumores e historias de viajeros: lujosas villas romanas con estatuas pintadas y fuentes y mosaicos en los suelos, anchas carreteras enlosadas, arcos triunfales, un espléndido estadio para realizar carreras de caballos y, excavado en una colina en una ciudad muy próspera, un anfiteatro en el que podían reunirse a la vez varios miles de personas. Pasaron el invierno en Dyfed, cerca de Brecheniauc, donde la madre de Elphin, Medhir, había tenido un pariente y donde el nombre de Gwyddno Garanhir era recordado con honor. El frío se llevó a muchos cuyas heridas, junto con los rigores del largo viaje, habían debilitado sin posibilidad de recuperación.

Cuando llegó la primavera cruzaron el canal Mor Hafren en dirección a Dumnonia, donde empezaron a oír historias sobre un extraño pueblo: el Pueblo de las Hadas o Seres Fantásticos, que había llegado a la región con su monarca, Avallach, conocido como el Rey Pescador.

Estas gentes, según se decía, eran extremadamente altas y hermosas: los hombres tenían cuerpos perfectos y robustos, las mujeres eran de una belleza sin par. Además, expertos en todas las artes y dotados de todas las gracias, el Pueblo de los Seres Fantásticos poseía muchos poderes excepcionales que les permitían obtener enormes riquezas sin apenas esfuerzo, de modo que incluso los más humildes de entre ellos vivían con más lujo que el mismo emperador en Roma. En resumen, no se conocía una raza más magnífica.

Elphin y su gente escucharon los relatos y decidieron ir al encuentro de aquel Avallach y averiguar por sí mismos la certeza de los rumores. El rey reunió al consejo y anunció:

—Si lo que se dice de este Rey Pescador es verdad, puede ser que nos reciba y ayude a encontrar tierras para nosotros.

Hafgan oyó también las historias y se sintió muy intrigado por ellas. Recordó aquella noche, muchos años atrás, en que el cielo pareció arder, y se preguntó si este Avallach no sería aquel cuya venida se había anunciado entonces. También le interesó conocer el origen del Pueblo de los Seres Fantásticos; Sarras, decían algunos; Llyn Llyonis decían otros; de muy lejos, indicaban algunos; de las Tierras Occidentales al otro lado del mar; de la Isla de los Inmortales. Las conjeturas eran múltiples, pero nadie parecía saber nada en concreto.

—Sí —dijo Hafgan a Elphin—, es un buen plan. Ya que los romanos de por aquí no pueden ofrecernos ayuda, debemos buscarla donde podamos. Puede que resulte como tú deseas.

Taliesin también se mostró de acuerdo. Tenía sus propios motivos para querer ver a los Seres Fantásticos. Desde la primera vez que había oído hablar del Rey

Pescador y de su gente, el corazón le ardía en su interior. Había penetrado en su *awen e* intentado seguir los dispersos senderos del futuro, pero una niebla densa y reluciente había oscurecido el camino y se había visto obligado a regresar por temor a extraviarse en el Otro Mundo. Pero antes de que las relucientes tinieblas le impidieran la visión, contempló una maraña de senderos más estrechos que convergían algo más adelante, y tomó aquel signo como señal de que, para bien o para mal, el futuro de su pueblo y el de Avallach estaban ligados en cierta forma.

—En cualquier caso —concluyó Elphin—, es justo que ofrezcamos nuestros respetos a un rey cuyas tierras pensamos atravesar pacíficamente.

Por fin, se decidió a buscar a aquel Avallach y visitarle. Esa misma noche, Taliesin se trasladó a un bosquecillo aislado y, mascando un puñado de avellanas preparadas especialmente, penetró en su *awen* para intentar una vez más ver el futuro con respecto a la suerte de su pueblo.

Tras cerrar los ojos, empezó a canturrear en voz baja y, al instante, se sintió transportado por el oscuro e impetuoso torrente para encontrarse luego inmerso en la repentina quietud que le indicaba que había cruzado hasta el Otro Mundo. Abrió los ojos, y se encontró de nuevo en aquel mundo de sombras que, a través de los años, se había convertido en uno tan familiar para él como el que habitualmente lo rodeaba.

Observó el luminoso cielo que brillaba con un color cobrizo, y escuchó los acordes familiares de aquella música inolvidable y etérea. Olió el perfume dulce y embriagador de la tierra y vio las montañas allá en la distancia, y, aunque había explorado sus laderas muchas veces, no fue hacia ellas donde se dirigió. Por el contrario, se encontró contemplando un pequeño arroyo que serpenteaba entre los árboles para desembocar en un estanque del bosque cercano.

Taliesin siguió este arroyo por entre los brillantes árboles, se abrió paso por la ribera cubierta de helechos hasta llegar a la orilla y se preguntó si aún estaría ella allí: la dama que había visto hacía tanto tiempo. Se arrodilló y contempló con atención las aguas cristalinas, sin atreverse apenas a respirar. Esta había desaparecido. El agua seguía fluyendo, las verdes colas de caballo aún se agitaban por entre las pulidas piedras de color ambarino. Pero la mujer no se encontraba allí.

Volvió sobre sus pasos despacio, siguiendo el curso hasta el lugar donde los senderos convergían. Escogiendo el que había elegido con anterioridad, Taliesin empezó a caminar, y, al igual que antes, no había transcurrido mucho tiempo cuando la extraña, reluciente y brillante niebla empezó a enroscarse alrededor de sus piernas. Al cabo de pocos momentos la bruma se había alzado y espesado, de modo que ya no podía ver el camino bajo sus pies. Siguió adelante un poco más y se detuvo.

De mala gana, Taliesin decidió volver atrás, y descubrió que la niebla lo había rodeado por completo. A su alrededor el espeso vapor se retorcía y subía en forma de espiral por canales invisibles. Él conocía el peligro de vagar por el Otro Mundo sin ver por dónde se iba, así que se detuvo, cayó de rodillas y se arrastró a gatas unos cuantos pasos más antes de acomodarse en el suelo para esperar a que la bruma se disipase.

Esperó mucho tiempo, pero la niebla no se levantó. Por el contrario, el luminoso firmamento, que se filtraba a través de ella como un tejado que ardiera con un fuego oscuro, empezó a apagarse, y el vapor se volvió más espeso y oscuro. Taliesin no se había sentido jamás asustado en el Otro Mundo, pero en esta ocasión sí se atemorizó.

Aguardó, abrazándose las rodillas y balanceándose adelante y atrás, mientras el

cielo se oscurecía y el Otro Mundo penetraba en una de sus raras e interminables noches. Para animar su decaído espíritu, Taliesin empezó a cantar, en voz baja al principio, pero aumentando el volumen gradualmente para mantener el temor alejado con la ingeniosa belleza de sus versos.

Mientras estaba allí sentado, envuelto en su capa, entonando sus canciones más poderosas, oyó pasos en el invisible sendero a su espalda y se calló al instante. Una suave radiación traspasaba la envolvente niebla, y percibió la presencia de un ser del Otro Mundo: de un Antiguo.

Éste se detuvo cerca de él, pero no lo suficiente como para distinguirlo con claridad; resultaba simplemente una forma imprecisa y reluciente detrás de la neblina. Aguardó, sin atreverse a dirigirse a aquella entidad, permitiéndole hablar en primer lugar si así lo deseaba.

—Bien, Faz Resplandeciente, aquí estás de nuevo —exclamó el Antiguo, al cabo de un rato. La voz parecía provenir de algún sitio por encima de su cabeza.

Taliesin percibió al instante que le hablaba la misma entidad que había encontrado en su primera visita al Otro Mundo, cuando era un niño, años atrás.

—Aquí estoy —respondió sencillamente.

—¿Por qué has seguido este camino si sabes que está prohibido?

—Esperaba ver... —empezó a decir, pero la voz se le quebró.

—Esperabas ver —replicó el Antiguo con un ligero tono burlón—. ¿Y qué has visto?

—Nada, Señor —respondió Taliesin.

—Haces bien en llamarme Señor —afirmó el ser—. Eso demuestra que has aprendido algo durante tus años como hombre. ¿Qué otras cosas has aprendido?

—He aprendido a cantar al estilo de los bardos —respondió Taliesin. El orgullo lo volvió audaz—. Y también los secretos de las palabras para que los elementos obedezcan mi voz; he aprendido a comprender los bosques y los claros, las aguas, el aire, el fuego y la tierra, y a todos los seres vivientes.

—Eres realmente docto, ¡oh, Sabio entre los Hombres! —se mofó el ser con benevolencia—. Contéstame, pues, si puedes: ¿por qué una noche está iluminada por la luna, y otra está tan oscura que no puedes ver el escudo que tienes junto a ti o la lanza que empuñas?

Taliesin meditó sobre esta cuestión, pero no encontró una respuesta apropiada.

—¿Por qué es tan pesada una piedra? —inquirió el Antiguo—. ¿Por qué es tan puntiaguda una espina? Dime, si lo sabes: ¿quién sale más beneficiado en la muerte: el joven de miembros ágiles y poderosos, o aquel que tiene los cabellos blancos?

Taliesin permaneció en silencio.

—¿Sabes, o puedes adivinar, qué eres cuando duermes: un cuerpo, un alma o un espíritu radiante? ¿Dónde espera la noche al día? ¿Qué sostiene los cimientos de la tierra de forma perpetua? ¿Quién colocó el oro en el suelo para hacer vuestros *torcs?* ¿Qué queda del hombre cuando sus huesos se han convertido en polvo? Bardo experto, ¿por qué no me respondes?

A Taliesin le pareció que ya no se acordaba de cómo hablar. Su boca no podía formular una respuesta. La ignorancia lo envolvía como un manto y la vergüenza hacía enrojecer sus mejillas.

—¿No tienes nada que decir, oh, Elocuencia en Letras? —exigió el ser—. ¿No? En eso, al menos, demuestras sabiduría, Faz Resplandeciente. Muchos parlotean inútilmente cuando deberían escuchar. ¿Me estás oyendo?

Tahesm asintió con la cabeza.

—Bien. Te dije que te enseñaría qué decir, ¿recuerdas?

Taliesin asintió de nuevo.

—El día de tu liberación tu lengua se soltará y las palabras que te daré vendrán a ti. Serás mi bardo, mi heraldo, y proclamarás mi reinado en el mundo de los hombres. Los hombres escucharán tu voz y sabrán quién es el que les habla. Te escucharán y creerán.

»En la Era de las Tinieblas la gente se volverá hacia ti, y hacia aquel que vendrá después de ti, en busca de la luz. Tú se la darás, de la misma forma que yo te la doy a ti. ¿Comprendes, Faz Resplandeciente?

Taliesin no hizo ningún movimiento, de modo que el ser dijo:

—Habla, Hijo del Polvo. ¿Comprendes?

—Comprendo.

—Así sea —siguió el Antiguo—. ¿Sabes quién es el que te habla?

—No, Señor.

—Mírame entonces, Faz Resplandeciente. ¡Mira!

Taliesin levantó los ojos y una brisa repentina y fuerte empezó a soplar, dispersando aquel vapor sobrenatural. Recibió una última impresión del Antiguo a través de un velo gris de niebla; entonces, éste se disolvió y apareció ante él la figura gigantesca de un hombre, al menos dos veces más alto que cualquier mortal, que vestía una deslumbrante túnica blanca. La luz centelleaba y brillaba en danzarines arcos iris a su alrededor, y Taliesin sintió el calor que emanaba de la presencia del ser como una llama que le lamía el rostro y las manos y le atravesaba las ropas inflamando todo su ser.

El rostro del hombre brillaba como el sol, desprendiendo una luz incandescente, de modo que sus ojos no podían posarse en él ni discernir sus facciones. El ser alzó una mano en dirección a Taliesin, la luz se elevó en el aire y el Otro Mundo se convirtió en una exigua sombra, vaga e insustancial.

—¿Me conoces ahora, Faz Resplandeciente?

Taliesin cayó de rodillas y levantó las manos suplicante.

—Vos sois el Espíritu Supremo —dijo—. El Señor del Otro Mundo.

—De todos los mundos —corrigió el Antiguo—, de este mundo y del siguiente, y del que vendrá después. Soy el Rey Tanto Tiempo Esperado cuya venida se profetizó en la antigüedad, que era, es y será de nuevo. Soy Aquel Que Da Vida, conocido desde antes de la fundación del mundo, y del que Cielo y Tierra recibieron su forma. Se me nombra de muchas maneras pero se acerca el momento y muy pronto llegará el día en que todos los hombres me llamarán Señor.

Taliesin se estremeció de temor y respeto mientras las palabras del Espíritu Supremo se grababan en su alma.

—Soy aquel a quien has buscado, Taliesin, en los lugares más secretos y recónditos de tu corazón. Soy la luz que lucha contra la oscuridad. Soy la sabiduría, la verdad, la vida. A partir de este momento, no colocarás a ningún dios por encima de mí. ¿Lo comprendes?

—Sí, mi Señor —respondió Taliesin con voz débil y vacilante—. Lo comprendo.

—Yo te he levantado y te he destinado a una tarea muy especial. Permanece junto a mí, Faz Resplandeciente, y te convertirás en una bendición para tu pueblo. Porque, a través de ti, naciones que aún no han nacido sabrán de mí, y mi reinado se extenderá hasta los confines de la Tierra. ¿Crees lo que te digo?

—Sí, mi Señor —asintió Taliesin—. Siempre te he creído.

—Eso es verdad, Faz Resplandeciente. Vete ahora y no temas, porque estaré más cerca de ti que tu aliento, más incluso que los latidos de tu corazón. Aunque las tinieblas se alcen contra ti y te sumerjan, nunca te abandonaré. Me perteneces, Faz Resplandeciente, ahora y para siempre.

Taliesin levantó la cabeza.

—Si lo tenéis a bien, mi Señor, dadme una señal para que pueda conoceros.

—Me pides una señal, Faz Resplandeciente, y te la daré. ¡Conóceme por esto!

Taliesin sintió el calor de la presencia del ser sobre él y permaneció inmóvil, temblando de miedo y excitación, mientras la luz brillaba a su alrededor y atravesaba sus párpados cerrados. Sintió un roce en la coronilla, suave, casi ni podía considerarse así, pero fue como si una tea encendida le hubiera quitado la parte superior de la cabeza, para exponer los oscuros y delicados tejidos de su cerebro a la ardiente luminosidad de la luz.

Su mente se llenó de imágenes en un deslumbrante torbellino de escenas: ejércitos en movimiento, pastores recogiendo rebaños, siniestras celdas y ruidosas habitaciones de enfermos, ciudades bulliciosas con ruidosos mercados, poblados tranquilos en solitarias colinas, ríos resplandecientes, bosques espesos, frías cumbres montañosas, ardientes llanuras desérticas, fronteras heladas, cortes de reyes y jergones de mendigos, llanuras yermas y campos llenos de grano, mercaderes llevando a cabo sus transacciones, amantes abrazándose, madres que bañaban a sus hijos, gentes que hablaban, combatían, trabajaban y construían... y muchas cosas más. Hombres y mujeres de edades y épocas diferentes, de razas distintas, de diferentes órdenes, de mundos diferentes, que luchaban, vivían, nacían y morían.

Taliesin vio todo esto, pero a través de los ojos del Radiante Señor que se cernía sobre él, y en su interior germinó una diminuta simiente de comprensión que le hizo conocer quién era aquel a quien había jurado seguir.

—¡Mi Señor! ¡Mi Dios! —gritó mientras las vertiginosas imágenes giraban sin cesar.

Cuando Hafgan lo encontró en el bosquecillo unas cuantas horas más tarde, pensó que Taliesin estaba muerto. El joven yacía en el suelo con los miembros inertes, totalmente inmóvil. Se acercó y se dio cuenta de que el joven se hallaba profundamente dormido y no se lo podía despertar, de modo que lo cubrió con su capa y esperó.

Cuando Taliesin se despertó, no podía hablar.

Al cabo de muchos días llegaron a Ynys Witrin. Elphin instaló a su gente a los pies de la Torre y se adelantó en compañía de Cuall, Hafgan y Taliesin para determinar en qué forma debían presentarse ante el Rey Pescador. Mientras permanecían de pie contemplando la Torre rodeada de lagos y terrenos pantanosos, se encontraron con dos hombres ataviados con sencillez que descendían por el estrecho y sinuoso sendero que llevaba al palacio.

Al verlos, la lengua de Taliesin se soltó y empezó a gritar de alegría.

—¡Mirad! ¡Los sirvientes de mi Señor se acercan! —exclamó—. Debo ir a saludarlos. —Y corrió hacia ellos, cayendo a sus pies.

Los dos hombres se miraron sorprendidos.

—Poneos en pie —le pidió uno de ellos—, pues somos hombres de humilde cuna. Mi nombre es Dafyd, y éste es mi amigo Collen. —Miró las ropas de Taliesin, vio el *torc* de oro que rodeaba su cuello y supo que se dirigía a un señor británon—.

¿Quién sois vos?

—El gran bardo del rey Elphin de Gwynedd —replicó Taliesin con el rostro radiante.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Dafyd—. ¿Os conocemos?

Elphin y los demás llegaron junto a ellos y, mientras se les unían, Taliesin empezó a cantar:

Yo estuve con mi Señor
en los cielos
cuando Lucifer cayó
a las profundidades del Infierno;
yo sostuve el estandarte
ante Alejandro en Egipto;
yo llamo a las estrellas por su nombre
de norte a sur;
yo fui el gran arquitecto
de la torre de Nimrod;
yo estuve en Babilonia
en el Tetragrámaton;
yo fui patriarca
para Elías y Enoch;
yo estuve encima de la cruz
del misericordioso Hijo de Dios;
yo estuve tres veces
en la prisión de Arianrhod;
yo estuve en el Arca
con Noé y Alfa;
yo presencié la destrucción
de Sodoma y Gomorra;
yo sostuve a Moisés
a través del mar;
yo estuve en la corte de Don
antes del nacimiento de Gwydion;
y yo estuve con mi Señor
en el pesebre, con los bueyes y las mulas.
Fui transportado por todo el universo
por la mano del Altísimo;
recibí mi *awen*
del Caldero de Ceridwen;
la gente me llama poeta y bardo,
¡y a partir de ahora se me conocerá como el Profeta!
Taliesin es mi nombre,
y se me recordará hasta el día del juicio final.

Ninguno de ellos había escuchado jamás palabras parecidas. Dafyd alzó las manos en dirección a Taliesin y dijo:

—¿Cómo es que conoces al Señor y le honras?

Taliesin le contestó:

—¡Lo he visto! El Señor se me ha manifestado para que pueda adorarle y proclamar su nombre entre mi pueblo.

Elphin y Hafgan no comprendían gran cosa de lo que exclamaba Taliesin, pero se dieron cuenta de que habían presenciado algo realmente extraordinario.

El rey le contó a Dafyd la derrota acaecida en Caer Dyvi y cómo su gente andaba errante. Terminó su relato diciendo:

—Hemos venido aquí a conocer a este Rey Pescador, y ver si puede ayudarnos.

—Entonces, os acompañaré hasta él con mucho gusto, y de esta forma podréis comprobar su generosidad por vosotros mismos. Sé que querrá veros, pues recientemente se ha convertido en un seguidor de Cristo también él.

De este modo, Elphin y su gente fueron conducidos al palacio de Avallach, donde se les recibió con gran cortesía. Allí Taliesin vio por primera vez a la hija de dorados cabellos de Avallach, Charis.

5

—¿Pasa alguna cosa? —preguntó Lile. Se había encontrado a Charis sentada en el huerto entre los manzanos en flor—. He estado observando, y no has aparecido por el salón ni por el patio desde que llegaron los visitantes.

La princesa se encogió de hombros.

—No tengo el menor deseo de interferir en los asuntos de mi padre.

—¿Los asuntos de Avallach? Se propone invitar a los extranjeros a instalarse en nuestras tierras, unir los destinos de nuestras razas, adaptarse a sus costumbres e, incluso, abandonarlo todo para seguir a ese nuevo dios, el Cristo, ¿y afirmas que sólo le incumbe a él? —Lile aspiró con fuerza y echó la cabeza hacia atrás—. ¿No te preocupa nada de eso?

—¿Debería? —preguntó Charis, abstraída.

—Hablar contigo es como dirigirse a una pared. ¿Qué sucede?

—Nada en absoluto. Tan sólo quiero permanecer a solas con mis pensamientos.

—Observé la manera en que lo mirabas —tanteó Lile—. Realmente es menos repulsivo que cualquiera de los otros, pero no puedo creer que pierdas un solo minuto de tu tiempo pensando en él.

Charis se agitó en su asiento y se volvió hacia Lile.

—¿Quién? —inquirió, verdaderamente perpleja.

—¡Quién va a ser, el cantor! No has oído una sola palabra de lo que he dicho.

—El cantor —repitió Charis y volvió la cabeza de nuevo.

—No conocemos a esa gente. Se llaman a sí mismos reyes, pero, ¿dónde está su reino? Vienen a pedir audiencia a Avallach, pero, ¿cuáles son sus regalos? Esperan que los tomemos en serio y, sin embargo, se visten de la forma más estrafalaria, duermen en el suelo y comen con los dedos.

—Creo que sus tierras fueron invadidas —manifestó Charis.

—Eso aseguran. Avallach es en verdad demasiado crédulo. ¡Sólo con que esa comadreja de ojos brillantes de Dafyd le murmure unas pocas palabras al oído es capaz de donarles la mitad de sus propiedades!

—¿Lo oíste? —preguntó Charis de improviso.

—¿A Dafyd?

—Al cantor —aclaró Charis con exasperación—. Tan sencillo, tan puro...

—¿Con esa lira desafinada?

—Tan hermoso.

—En esa jerigonza de idioma que hablan, ¿le llamas a eso una canción? Sonaba como una bestia herida aullando para que alguien la rematara. —Lile sacudió la cabeza despectiva—. A lo mejor te ha dado demasiado el sol.

El día era caluroso y claro, el astro brillaba con fuerza sobre la tierra y la neblina provocada por el calor relucía sobre la línea del horizonte. Lile se levantó y tomó una rama cercana entre sus manos para examinar las delicadas flores; de cada una, llegado el momento, se originaría una exquisita y dorada manzana. Descubrió una

flor marchita y, frunciendo el entrecejo, la arrancó y la arrojó al suelo.

—¿Estás segura de que no pasa nada?

—Creo que iré a dar una vuelta a caballo.

—Deberías echarte. El sol te afecta demasiado.

—No tengo ganas de acostarme sino de montar a caballo. —Tras esta afirmación Charis se levantó y abandonó el huerto a toda prisa, mientras Lile la miraba con ojos muy abiertos y sacudía la cabeza al tiempo que murmuraba en voz baja.

La princesa pasó la tarde cabalgando por las colinas, y se dedicó a visitar aquellos lugares recónditos a los que no había vuelto desde la llegada de los sacerdotes peregrinos. Siguió senderos que atravesaban bosques y caminos que cruzaban colinas, y pasó junto a ruidosos arroyos y silenciosos lagos. Mientras paseaba sobre su montura, comenzó a pensar en el inesperado rumbo que había tomado su vida.

Con la llegada de todos aquellos extraños, primero Dafyd y Collen, y ahora los *cymry,* tenía la impresión de que un plan o un proyecto se había puesto en marcha y empezaba a tomar forma y que ella participaba de él aunque no comprendía cómo. No obstante, percibía los hilos de aquella trama que se tensaban a su alrededor como los sedosos filamentos de la tela de una araña al ser lanzados y sujetados con fuerza en los extremos.

El diseño, sin embargo, no se perfilaba completamente y resultaba difícil reconocerlo.

De todas formas, se sentía segura de que aquella existencia llena de melancólica inquietud había tocado a su fin. Algo nuevo se estaba preparando y comenzaba a fermentar a su alrededor, en la atmósfera misma; quizás incluso dentro de ella, flotaba allí para ser saboreado con cada inspiración. Realmente, jamás se había visto tan rodeada de dioses y hombres, ni siquiera cuando era una danzarina en el foso de los toros. Apenas si podía dar un paso sin tropezarse con alguno de ellos.

No consistía en una sensación desagradable en absoluto, sino que, más bien, se desprendía de ella una seguridad que la atraía. Quizá su impresión era irracional, ya que hacía tiempo que había aprendido que no hay nada firme en esta vida.

Siguió cabalgando y dejó que aquellos pensamientos giraran sin rumbo en su mente, como las aves que revoloteaban alrededor de los árboles sin posarse. Llegó a un claro del bosque en el que la luz penetraba en tonos verdosos por entre las ramas de los árboles. En el centro del mismo había un estanque alimentado por un riachuelo de aguas cristalinas. Charis refrenó su caballo y dejó que el animal avanzara al paso hasta la orilla cubierta de musgo, mientras que ella contemplaba desde la silla las nubes que se reflejaban en la superficie del agua.

Esta se hallaba bordeada de aneas y juncos coronados de penachos. Ya había visitado este lugar en una o dos ocasiones anteriores, ya que no estaba lejos del palacio, y recordó haber pensado que constituía un sitio idóneo para bañarse. Al mirar ahora el tranquilo estanque, la idea la sedujo de nuevo y desmontó, ató el caballo del ronzal y avanzó hasta la orilla, donde se quitó las botas, retiró el lazo que sujetaba sus cabellos, y se introdujo en el agua.

Una alondra que volaba en lo alto lanzó una melodía que descendió sobre el claro como una lluvia de oro líquido. El sol brillaba con fuerza y las nubes se deslizaban errantes sobre la superficie del estanque. Charis, imitándolas, penetró en una zona más profunda. Cuando el agua le llegó hasta la cintura, dobló las rodillas y

se tumbó de espaldas, sintiendo cómo la fresca humedad envolvía todos los rincones de su cuerpo.

Nadó, al tiempo que disfrutaba del movimiento que producía el lento y suave ondular de sus cabellos y ropas en el agua, y contempló gozosa las relucientes gotas que, como diamantes, brillaban sobre su piel y se desparramaban de entre sus dedos cuando levantaba las manos para volver a sumergirlas de nuevo. Cerró los ojos y flotó, dejando que el agua diluyera cualquier pensamiento y toda preocupación; gozó del encanto del día y empezó a canturrear en voz baja la melodía que había escuchado la noche anterior en el salón de su padre.

Taliesin vio salir al caballo gris del patio con un galope corto. Contempló cómo el animal y su jinete de áureos cabellos bajaban por el sendero de la Torre y pasaban sobre la calzada que cruzaba el pantano. Los observó y luego los siguió; no tenía ningún plan previsto, ni deseos de detenerlos ni otro pensamiento que no fuera el de perder su pista. Lo intrigaba y lo hechizaba. Parecía tan regia y reservada, tan hermosa, distante y atrayente como uno de los habitantes del Otro Mundo, un ser cuya mirada o contacto podía sanar o matar según su voluntad o el capricho del momento.

Cabalgó tras ella, con cuidado para no ser descubierto, ya que no deseaba molestarla. Observó que montaba perfectamente y que manejaba al animal con maestría; aunque pronto advirtió que, si se dirigía hacia algún lugar, no tenía prisa por llegar, puesto que parecía vagar, mas su vagabundeo no respondía al azar y tenía un propósito.

Taliesin dedujo finalmente que la princesa no se ajustaba a una dirección determinada; no obstante, tampoco trotaba sin rumbo; se dedicaba a visitar sitios que conocía bien, tanto que no tenía necesidad de buscar senderos y caminos, mientras seguía un circuito que había recorrido a caballo con anterioridad incontables veces.

Charis podía estar familiarizada con los lugares que escogía, al contrario que Taliesin, quien la perdió pronto. Ella había cabalgado hasta la cima de una colina, penetrando en un bosquecillo de hayas que allí se extendía. Taliesin había ido tras ella y también llegó a la hayeda, pero se encontró con que la joven había desaparecido.

Registró la ladera de la colina, intentando descubrir de nuevo su rastro, pero le resultó imposible. Al fin se resignó y empezó su regreso al palacio; retrocedió por el sendero serpenteante que había seguido. Ya divisaba la Torre cuando oyó que alguien cantaba. La música flotaba en el aire, se le acercaba ayudada por corrientes invisibles y lo llamaba para que se desviara.

Abandonó el sendero para seguir el sonido y penetró en un pequeño bosque cercano. Justo en el interior de éste se tropezó con un arroyo y siguió su curso al tiempo que se adentraba en el bosque, en dirección al lugar de donde procedía la melodiosa voz. Se detuvo y desmontó, el corazón le empezó a latir apresuradamente. No existía error posible ahora: la canción era una de sus propias melodías, y quien la entonaba era una mujer.

Pero, tan pronto como bajó del caballo, el sonido cesó.

Anduvo en silencio junto al arroyo de rápidas aguas, moviéndose por entre los árboles, y llegó a un claro bañado por la luz del sol. En el centro se veía un pequeño estanque y la melodía parecía surgir de él y era transportada por las vibraciones del

aire. Se deslizó más cerca y se acomodó detrás de un robusto olmo para observar.

El sol de la tarde caía de plano sobre el estanque, tiñendo sus aguas de un dorado pálido. A poco, vio en el centro una ondulación sobre la superficie y luego percibió un chapoteo. Por fin un brazo se alzó despacio; las gotas que se deslizaban por él centelleaban como piedras preciosas al caer de nuevo en el estanque. A poco desapareció y la superficie del diminuto lago se tranquilizó.

Aguardó mientras los latidos de su corazón le martilleaban con fuerza en los oídos.

De repente vio emerger a la mujer con la cabeza echada hacia atrás para mantener los cabellos fuera de sus ojos; era la hija del Rey Pescador, relucía bajo la luz del sol, al tiempo que el agua corría sobre ella en dorados arroyuelos; sus ropas brillaban deslumbradoramente, derramando a su alrededor fragmentos de luz como trocitos de cristal.

Se le cortó la respiración, al reconocer su figura: la dama misteriosa que dormía bajo las aguas del lago, con las manos cerradas con fuerza sobre la empuñadura de una espada en el Otro Mundo.

Ella permaneció allí por un momento, inmóvil, mirando hacia donde él se hallaba, y creyó que había sido descubierto, pero entonces ella inclinó la cabeza a un lado, recogió sus largos y mojados mechones y empezó a retorcerlos para extraer el agua de ellos. Su voz llenó de nuevo el claro con la melodía de Taliesin y éste tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no unirse a ella, ya que cada nervio y cada fibra de su ser entonaban las mismas notas.

«Sabía que te encontraría», pensó, exultante al ser consciente de su hallazgo, y de que éste fuera un ser vivo, de carne y hueso como él, y no una visión, o un espíritu que habitara tan sólo el Otro Mundo.

Se puso en pie y salió de su escondite.

Charis no lo vio al principio. Continuó escurriéndose el agua de los cabellos, y luego empezó a vadear en dirección a la orilla. Dio unos pocos pasos y se detuvo; las manos le cayeron a los costados, y levantó los ojos hacia el olmo que crecía junto al estanque, aunque ya sabía lo que éstos contemplarían.

El se encontraba allí, tal como ella intuía; su figura alta y delgada, con el *torc* de oro brillando al sol y los largos cabellos rubios sujetos en una cola en la nuca, la miraba fijamente, con sus ojos negros pendientes de ella por completo.

¿Estaba él realmente allí, o simplemente ella había conjurado su aparición con la melodía?

Durante un buen rato ninguno de los dos se movió o habló. El gotear del agua de sus ropas llenaba el silencio de la misma forma que su canción había llenado el claro. Por fin el joven avanzó hacia ella y entró en el agua.

—Dama del Lago —dijo con dulzura, extendiendo la mano hacia ella—, yo os saludo.

Charis aceptó su mano y juntos atravesaron el estanque de regreso a la orilla cubierta de musgo.

—Vos sois la hija del Rey Pescador —afirmó él mientras la ayudaba a salir del estanque.

—En efecto —replicó ella—. Y vos sois el cantor. —Lo contempló con calma, aparentando más tranquilidad de la que en realidad sentía, y preguntó—: ¿Tenéis un nombre?

—Taliesin.

—Taliesin... —Pronunció el nombre como si fuera la respuesta a una pregunta que la hubiera atormentado durante años, y luego se dio la vuelta para dirigirse hacia su caballo.

—Significa «Faz Resplandeciente» en la lengua de mi gente —explicó el joven, colocándose junto a ella—. Y vos, ¿cómo os llamáis? ¿O los hombres se limitan a pronunciar la palabra más bella que conozcan para llamaros?

—Charis —respondió ella, con cierta cautela.

El sonrió.

—Un nombre que debe de significar «bello» en la lengua de vuestra raza.

Ella no respondió, sino que desató su caballo y arrolló la cuerda trenzada del ronzal en sus manos. Taliesin se inclinó y juntó las manos para levantarla hasta la silla. Ella alzó el pie y vio que estaba desnudo. Ambos se quedaron mirándolo; todavía se hallaba húmedo por el baño, y tenía enganchados pedazos de hierba y barro. Taliesin empezó a reír y su voz sonó nítida y fuerte en el claro.

A Charis le dio la impresión de que se había volcado un ánfora y de que, en lugar de vino o aceite de oliva, se había vertido una pura y alegre risa para que fluyera como el mercurio a través del verde espacio. Ella se contagió de su alegría, y sus voces se elevaron por entre los árboles como aves hermanadas en el vuelo.

Riendo todavía, Taliesin regresó a la orilla y recogió las botas y la tira para el cabello. Cuando volvió, Charis se había ido. Oyó el cascabeleo de los arreos de un caballo, miró hacia el lugar de donde provenía el sonido y contempló cómo la princesa desaparecía en el bosque. Su primer impulso fue saltar sobre su montura y alcanzarla, pero, en lugar de ello, se quedó observando su silueta mientras se desvanecía entre los árboles; luego se acercó a su caballo, subió a la silla, y se encaminó hacia la Torre mientras oprimía contra su pecho las pertenencias de la muchacha.

Avallach, ceñudo, estaba sentado con la barbilla apoyada en su mano. Detrás de él, Annubi, como un ídolo de granito, se cernía siniestro y amenazador. Elphin y Cuall ocupaban un banco frente a ambos; sus expresiones aparecían doloridas y fieras. Hafgan, envuelto en su túnica azul y con el bastón de serbal en la mano, permanecía de pie junto a la puerta de la habitación; su cabeza inclinada y los ojos apenas abiertos demostraban una total concentración.

—¡Qué acontecimientos tan espantosos! —exclamó Avallach al cabo de un rato—. Vuestra historia me aflige en gran manera.

—No resulta agradable contarla —replicó Elphin—. Pero es la verdad.

—Cada palabra —añadió Cuall con amargura—. ¡Por mi vida que es cierta!

—¿Creéis que esos Hombres Pintados, esos bárbaros de los que habláis, se expandirán hacia el sur?

—Con el tiempo —repuso Elphin—, es posible. Aunque, en Dyfed oímos que el emperador iba a retirar dos legiones de la Galia e iba a enviar tropas de nuevo a la Muralla.

—A lo mejor podréis regresar a vuestro hogar —conjeturó Avallach.

—No. —Elphin sacudió la cabeza con tristeza—. A menos que el emperador esté dispuesto a volver a dotar a las legiones de todos sus efectivos y a las guarniciones de la Muralla de soldados entrenados, no existirá una paz duradera en el norte, ni tampoco protección.

—La paz ha desaparecido del mundo —murmuró Annubi, lúgubre.

Elphin asintió con la cabeza en dirección al consejero de Avallach.

—Es lo mismo que asegura Hafgan: Sólo habrá guerras durante la Era de las Tinieblas. —Suspiró—. No, no regresaremos a nuestro hogar. Si nuestra gente sobrevive, será aquí, en el sur. Tenemos que encontrar tierras y echar raíces con tanta fuerza que, cuando llegue el enemigo, no pueda echarnos.

Avallach frunció el entrecejo y dijo:

—Permitidme que recapacite sobre este asunto. Mi hermano, y mi hijo, que vive con él, poseen tierras en el sur; van a venir dentro de poco. Por favor, quedaos conmigo hasta que pueda hablar con ellos. Quizá podamos ayudaros.

Elphin asintió:

—Haremos lo que nos pedís, Avallach, aunque nos avergonzáis con vuestra generosidad, ya que no tenemos nada que ofrecer a cambio.

Avallach se levantó de su silla e hizo una mueca al notar una momentánea punzada de dolor, pero sonrió y repuso:

—No os sintáis en absoluto obligado hacia mí, Lord Elphin, puesto que yo también soy extranjero en este territorio. No obstante, si os ha de facilitar la estancia, pensaremos en algo para que podáis saldar la deuda que creéis tener.

Se encaminaron hacia la puerta y, al llegar a ella, Avallach se volvió hacia Elphin y dijo:

—El cantor...

—Es mi hijo, Taliesin.

—¿Podríais persuadirle de que cantara para nosotros esta noche? —inquirió el rey anfitrión.

—Se necesitará poco esfuerzo para convencerlo —replicó Elphin—. Se lo pediré.

Avallach sonrió calurosamente y le palmeó la espalda a Elphin.

—Me anima muchísimo oírlo, a pesar de que apenas si comprendo las palabras. Creo que las suyas son las canciones más extraordinarias que he escuchado jamás.

—Es un *derwydd,* un bardo —explicó Elphin mientras salían de la habitación al pasillo—. Entre mi gente, la destreza que demuestre un druida bardo enorgullece al clan y a su rey. Y, en efecto, Taliesin es un bardo particularmente dotado.

—Más dotado que la mayoría —corroboró Hafgan—. El suyo es un don único y excepcional, extremadamente raro.

—Una afirmación del mismísimo Gran Druida —señaló Elphin con orgullo.

—Aseguráis haberlo perdido todo —replicó Avallach—, y, sin embargo, contáis con dos bardos de incalculable importancia en vuestro séquito. Por lo tanto, consideraos un hombre rico.

Taliesin no vio a Charis aquella noche cuando cantó una vez más ante Avallach. Tampoco se topó con ella a la mañana siguiente, ni durante el resto del día. Entrada la tarde ensilló su caballo y salió a cabalgar, con la esperanza de hallarla por las colinas.

En lugar de ello, fue a parar al campamento que Dafyd y Collen habían establecido cerca del santuario.

—¡Hola, Taliesin! —saludó Dafyd, yendo a su encuentro cuando éste se acercó a caballo.

Collen dejó el puchero que removía sobre el fuego, se incorporó sonriente y agitó la mano en un ademán de cordial bienvenida.

—Saludos, hombre santo —exclamó Taliesin; luego condujo al animal al

interior del campamento, lo ató a una mata de acebo y se volvió para contemplar la pequeña capilla, hecha de cañas y barro, situada en la colina, sobre sus cabezas—. ¿Es aquí donde se adora al Buen Dios?

—Sí, aquí y en todos aquellos lugares donde se conoce su nombre —respondió Dafyd.

—Toda la creación es su... er... su templo —manifestó Collen. El joven se ruborizó y preguntó—: ¿Lo he dicho bien?

—¡Perfectamente! —rió Dafyd—. En efecto, toda la creación es su templo. —Indicó el santuario con un gesto—. Pero éste constituye un lugar especial.

—¿En qué sentido? —inquirió Taliesin—. ¿Son sagradas la colina y el arroyo que corre a sus pies?

Dafyd sacudió la cabeza.

—No se debe a la colina o al arroyo, Taliesin. Este lugar es sagrado porque fue aquí donde por primera vez en esta tierra se honró el nombre de Jesús.

Taliesin miró a su alrededor.

—Resulta curioso. ¿Por qué aquí?

—Ven, siéntate, íbamos a comer. Comparte nuestros alimentos con nosotros y te hablaré de los motivos. —Observó la rápida mirada que Taliesin dirigía al puchero—. No te preocupes, hay suficiente, y, además, Collen es un cocinero excelente. Ya sabes que los galos tienen un don especial para la cocina.

Taliesin se sentó y aceptó un cuenco de barro y una cuchara de madera y, tras una corta oración por parte de Dafyd, los tres empezaron a cenar. Al estofado le seguía vino caliente con especias servido en unas jarritas; lo tomaron a pequeños sorbos, con satisfacción, y se dedicaron a escuchar y observar cómo el crepúsculo caía sobre la tierra. Empezaban a brillar las primeras estrellas en el cielo cuando Dafyd dejó a un lado su jarrita e inició su relato:

—Existía una tribu que vivía en esta región hace muchísimo tiempo. Moraban en casas construidas sobre pilones en el lago situado a los pies de la Torre. Tenían un jefe y un druida; pescaban en los lagos y pantanos de los alrededores, y criaban ovejas en la Torre.

»En esta colina enterraban a sus muertos; incluso, en este lugar, habían levantado un ídolo de piedra, un objeto descabezado; guardaban la cabeza de éste en una pequeña cueva junto al arroyo y la sacaban en ciertas ocasiones para que presenciara sus ceremonias. Vivían según sus costumbres tradicionales, sin que apenas se fijara en ellos el gran mundo que se extendía más allá de las fronteras de esta tierra.

»Un día, ante ellos, aparecieron hombres venidos de Oriente, judíos, cuyo jefe era un hombre llamado José, el mismo de quien está escrito que sintió compasión por Nuestro Señor cuando éste murió, dando su sepultura recién excavada para que pudiera ser enterrado. Fue este José, y otro hombre llamado Nicodemo, quienes fueron a pedir el cuerpo de Jesús al gobernador Pilatos, y se encargaron de él adecuadamente.

»José era un hombre acaudalado; su riqueza provenía del comercio del estaño, el negocio de su padre. Cuando era un muchacho en Arimatea, había acompañado a su padre en los viajes a diferentes minas de todo el mundo. En una ocasión, o quizás en más de una, llegaron hasta aquí, a la Isla de los Poderosos, para comerciar con los britones.

»José debía de recordar este lugar y tener una buena opinión de sus

alrededores, porque, después de que Nuestro Señor ascendiera a los cielos, regresó; lo acompañaron otros que también eran seguidores de Cristo y trajeron con ellos el Santo Cáliz, la copa que Jesús había utilizado durante la Cena, la noche antes de su muerte.

»Fue este hombre el que hizo levantar el santuario en esta colina.

—¿Este santuario? —se preguntó Taliesin.

—No exactamente, puesto que debe de haberse remodelado desde entonces, pero José y su familia, y los hombres que vinieron con él, habitaron aquí durante años, al tiempo que consagraban el lugar con sus plegarias y vivían en paz con todos; consiguieron muchos amigos e, incluso, creyentes en el Reino Eterno, pese a que, en mi opinión, el jefe de la tribu nunca tuviera fe. No obstante, el anciano jefe debía de haberse sentido muy impresionado con aquellos visitantes, ya que les concedió unas seis hectáreas de tierra. Cuando José y su gente murieron, la tierra los olvidó.

—Pero el... santuario... permaneció —manifestó Collen.

—¡Oh, sí! Por supuesto. Y llegaron otros y lo reconstruyeron. Hay quien dice que el apóstol Felipe vino aquí para ayunar y orar, al igual que otros santos en diferentes épocas.

—¿Por qué vinisteis vosotros? —preguntó Taliesin.

Dafyd sonrió.

—Para hacer renacer el culto al Dios Verdadero entre las gentes de esta tierra. La verdad es que muchos de mis hermanos llevan a cabo la misma tarea en otros lugares. Nuestro Señor se mueve por el mundo y se da a conocer entre los hombres. Nos precede para indicar el camino y nosotros lo seguimos. —El sacerdote se encogió tímidamente de hombros—. Nos sentimos privilegiados por participar en esta labor.

Taliesin lo consideró con calma.

—Como sabéis —dijo—, he conocido al Dios Verdadero en el Otro Mundo. —Observó que Collen hacía una mueca al oír sus palabras y añadió—: ¿Os asusta eso?

—Hay que reconocer —repuso Dafyd— que no es la forma usual en la que nuestro Dios se revela a los hombres, pero —añadió moviendo la mano en un gesto de generosidad—, tú tampoco eres un hombre corriente. Nuestro Señor se da a conocer como quiere, a quien desea y en la forma que mejor sirva a sus propósitos. —Dafyd se interrumpió y mostró una sonrisa—. Tendemos a olvidar que somos sus siervos, y no es al sirviente a quien corresponde regañar a su señor. Si nada te lo impide, relátanos esa revelación. Me gustaría escucharla.

—No existe ningún impedimento —replicó Taliesin—, y os la contaré de buena gana. —Empezó a describir el Otro Mundo y la niebla que había encontrado mientras intentaba discernir el futuro para su gente—. La niebla se espesó y me perdí. Se presentó ante mí con la figura de un Antiguo, ataviado con relucientes ropajes. Salió a mi encuentro y me mostró los secretos de todos los tiempos. —Taliesin se quedó en silencio, reviviendo aquel maravilloso momento.

Dafyd no lo interrumpió, y al cabo de un momento el joven continuó su relato.

—Durante muchos días después de aquella aparición no pude comer ni hablar. Mi mente rebosaba con la gloria de lo que había oído y visto, pero no podía expresarla. Por eso, cuando os encontramos, grité, pues mi lengua se soltó de repente y pronuncié las palabras que me habían estado ardiendo en el corazón.

—Tus palabras semejaban un himno, Taliesin —replicó Dafyd—. Lo recordaré siempre.

—Fue una... suerte —manifestó Collen— que te toparas con nosotros. ¿Qué otro

hubiera comprendido tu exclamación?

—¡Una suerte, realmente! ¡Providencial! —exclamó Dafyd—. Sin embargo, eres un druida, Taliesin, y tu gente honra a muchos dioses. ¿Por qué escogiste renunciar a todos los demás y seguir a este Dios?

—Obedecí sus órdenes. No obstante, entre nuestra gente un hombre es libre de seguir al dios que desee, a veces es uno, otras otro y, en ocasiones, ninguno, según lo que la suerte le depare. Conocemos a muchos dioses y diosas, y los veneramos a todos de la misma forma. Incluso existe uno que no tiene nombre, al que la gente designa como el Buen Dios.

»A pesar de esto, entre los Sabios se reconoce que todos los dioses son aspectos del mismo dios; de este modo, un druida puede adorar a cualquier deidad aceptada entre su gente y saber, en el fondo de su corazón, que honrar a uno es venerarlos a todos.

—Aún no comprendo cómo llegaste a la conclusión de que era el Dios Verdadero el que te llamaba.

Taliesin le dirigió una amplia sonrisa.

—Eso no es ningún misterio. La verdad es algo vivo, ¿no es así? Toda mi vida he buscado la verdad de las cosas; ¿cómo no iba a reconocerla cuando me fue revelada?

»Además no era la primera vez que lo encontraba —continuó Taliesin—. En una ocasión, hace tiempo, cuando era un chiquillo y visité, por primera vez, el Otro Mundo, se me apareció y me dijo que sería mi guía y me enseñaría a hablar. Pero, tras esa ocasión, no lo volví a ver hasta que llegamos a este lugar.

—¿Y aquí te mostró quién era?

—Sí; pero no permitió que hablara sobre ello. Me lo impidió hasta que os hallé. Afirmó de nuevo que me enseñaría lo que debía decir. —Taliesin se inclinó hacia adelante y posó su mano sobre el brazo de Dafyd—. Bien, pues he meditado sobre ello y creo que significa que vos sois el instrumento a través del cual recibiré mi aprendizaje.

Dafyd hizo un gesto con ambas manos como apartando aquella idea.

—Me honras, lord Taliesin. Pero sería más apropiado que fuera yo quien me sentara a tus pies y escuchara por tu boca la sabiduría. Ciertamente, un hombre que ha hablado con el Cristo cara a cara tiene mucho que enseñar al resto.

Taliesin se sintió sorprendido.

—¿Nunca lo habéis visto?

—Jamás —respondió Dafyd con una sonrisa—, pero no te asombres por ello. No demasiados de sus seguidores han tenido ese privilegio. En realidad, muy pocos.

—Entonces, me asombra que lo sigáis —observó el joven—, que veneréis a un señor al que jamás habéis visto.

—Está escrito: «Porque me habéis visto habéis creído; bienaventurados aquellos que no han visto y, sin embargo, han creído». Nuestro Señor sabía lo difícil que resultaría, y bendijo la pervivencia de la fe de aquellos a quienes no se les otorga su visión. Con eso, nos damos por satisfechos. Supongo que sucede algo parecido con vuestro Otro Mundo: muchos creen en él, a pesar de que muy pocos mortales han pisado jamás sus senderos.

—Cierto, cierto —corroboró Taliesin—. No obstante, los hombres creerían con mayor presteza si el Dios Único se mostrara más abiertamente, ¿no es así?

—Quizá —concedió Dafyd—. En una ocasión anduvo por la tierra como un ser

mortal y, aunque muchos creyeron, la mayoría no. La fe no siempre nace de la certeza de los sentidos y el deseo del Salvador es traer tal virtud al mundo. Creemos por la fe y, mediante ella, nos salvamos del pecado y de la muerte. ¿Qué clase de fe es aquella que cree sólo en lo que puede contemplarse o tocarse?

—Entonces, ¿la fe es tan importante?

—Pues claro, es esencial —afirmó Dafyd—. No existe otro camino para llegar al Dios Verdadero que no sea a través de ella.

Taliesin meditó sobre aquello y, por último, preguntó:

—¿Por qué me elegiría a mí? ¿Y por qué escogió este lugar para darse a conocer?

Collen, que había seguido la conversación lo mejor que podía, respondió inesperadamente:

—Nos está reuniendo en el momento oportuno. —Sonrió triunfante—. Tú estás aquí, al igual que nosotros. Nos está congregando.

—Bien dicho, Collen —elogió Dafyd. Su compañero esbozó una tímida sonrisa y se inclinó hacia adelante para avivar el fuego con un palo—. Es verdad. —El sacerdote se volvió hacia Taliesin, su rostro aparecía ávido a la luz de las llamas—. Se nos ha conducido hasta aquí, pues bien, Taliesin, te enseñaré, y juntos levantaremos una fortaleza; ¡un sólido torreón de fe que la oscuridad no podrá derribar jamás!

Siguieron conversando hasta bien entrada la noche, y, tal como Dafyd esperaba, Taliesin demostró ser un alumno muy despabilado. La agilidad de su mente sólo encontraba unos rivales apropiados en su aguda perspicacia y en su extraordinaria memoria.

El sacerdote habló hasta quedarse ronco. Describió la tierra de Israel y las antiquísimas profecías referentes al Mesías; relató el nacimiento de Jesús, su vida y los milagros que había realizado; explicó el significado de la cruel crucifixión y su milagrosa y triunfante resurrección de la tumba, y hubiera seguido su narración, ya que Taliesin mantenía enteramente su atención, si el fuego no se hubiera consumido y el frío relente de la noche no hubiera caído sobre ellos. Dafyd se frotó los ojos y contempló los humeantes rescoldos, y al hermano Collen enroscado en el suelo, profundamente dormido. Reinaba un completo silencio en la colina y la noche era oscura, pues la luna hacía rato que se había escondido.

—Ha sido suficiente para una noche —exclamó Dafyd fatigado—. ¡Ah! —suspiró—. Escucha el sonido del mundo que descansa en paz.

—La noche apacigua los afanes del mundo —replicó Taliesin—, en honor del Señor de la Paz.

—Así sea —repuso Dafyd con un bostezo—. Disfrutemos algo de esta paz ahora mientras nos es posible.

Taliesin pasó cuatro días con Dafyd y Collen. Llegado el último, Dafyd sacudió la cabeza y exclamó:

—¡Te he enseñado todo lo que sé! Tan sólo los Santos Hermanos de Tours podrían aleccionarte mejor. —Levantó los ojos bruscamente—. Deberías acudir a ellos, Taliesin, y sentarte a sus pies. ¡Has de extraer de ellos toda su sabiduría! Seguro que sus conocimientos no se agotarán tan deprisa como los míos.

—Habéis cumplido perfectamente, hermano Dafyd. Mejor de lo que estimáis —aseguró Taliesin—. Y os doy las gracias. Os recompensaría si tuviera algo de valor para ofreceros. No obstante, si poseo algo que deseéis, nombradlo.

—Has recibido voluntariamente, Taliesin, da ahora voluntariamente. No hemos

de poner precio a nuestros conocimientos, ni hacer del saber una muralla que nos separe de la gente. Además, no consideramos que se tenga que recompensar a un amigo por una pequeñez fruto de la amistad.

Taliesin abrazó al sacerdote.

—Amigo mío —dijo, y luego se dispuso a ensillar su caballo.

—Id a Tours, Taliesin. Martín está allí; es un hombre realmente extraordinario. El continuará mis enseñanzas. Recibiría con alegría a un alumno como vos.

—Lo tendré en cuenta —prometió Taliesin—, pero primero debo regresar al palacio de Avallach. Volveré en cuanto tenga oportunidad. ¡Hasta entonces, adiós!

—¡Adiós!

El joven cabalgó a través del pequeño valle situado entre las dos colinas y rodeó la Torre, bordeando el pantano y el lago. Llegó a la calzada que conectaba ésta con tierra firme y continuó en dirección al palacio. Cuando penetró en el patio vio que Hafgan lo esperaba.

—Llevas cuatro días ausente, Taliesin —le regañó—. Tu padre ha estado preguntando por ti, y también el rey Avallach.

—¿Ha pasado tanto tiempo? Parece como si hubiera sido un instante.

Empezaron a caminar hacia el interior del palacio.

—¿Dónde estabas?

—Con el sacerdote Dafyd. He estado ocupado en aprender a conocer al Dios Verdadero.

—Y, a juzgar por tu aspecto, en revolcarte por el barro.

—Trabajábamos mientras hablábamos. Las horas pasaron rápidamente. —Se detuvo, se volvió hacia el Gran Druida y le sujetó el brazo con fuerza—. Es Él, Hafgan, estoy seguro. El Altísimo. Vivió entre los hombres allá en Oriente. Su nombre era Jesús, pero se llamaba a sí mismo el Camino, la Verdad y la Vida. ¡Imagínatelo, Hafgan!

—¡Ah, sí! —replicó el druida—. Recuerdo que Cormach me habló de él, y aseguraba que las señales de su venida fueron portentosas, pero, después de todo, existen muchos dioses. ¿No sería mejor adorarlo lo mismo que a los otros?

—Él es el Amor y la Luz, y se le debe honrar con sinceridad. Los otros dioses son como la hierba a sus pies y no se les debe venerar junto a él; no sería correcto. Además, ¿por qué agasajar a la criatura cuando el Creador está presente?

—Hay algo de verdad en tus palabras —consideró Hafgan—, pero ningún otro dios exige tal devoción. Muchos no aceptarán tal sujeción.

—La verdad debe mostrarse por entero, Hafgan. Tú me lo enseñaste. No debe guardar la menor partícula de falsedad en ella, puesto que dejaría de serlo. He descubierto el origen de toda verdad; ¿cómo puedo rechazar lo que sé?

—No lo hagas, Taliesin. Nunca te pediría eso. —Tuvo la intención de seguir andando, pero el joven lo retuvo con fuerza.

—Los dioses de nuestro pueblo: Gofannon, el Herrero; Clota, la Diosa de la Muerte: Taranis, el Trueno; Epona, la Doncella de los Caballos; Mabon, la Juventud Dorada; Brighid, la del Huso de Plata; Cernunnos, el Señor del Bosque, e incluso Lleu, el de la Larga Mano, todos señalan al único, al Buen Dios Sin Nombre. Tú lo conoces, Hafgan. Es aquel que los *derwydd* siempre han buscado. Es la razón por la cual los Sabios han recorrido los senderos del Otro Mundo desde tiempo inmemorial. Era Cristo a quien queríamos hallar, Hafgan, y ahora se nos ha presentado.

El Gran Druida rumió sobre ello durante largo rato. Por fin, levantó la mirada

hacia los ojos de Taliesin, que ardían con una brillante luz, y repuso:

—Estoy convencido de que estás en lo cierto, pero dar la espalda a los dioses de nuestros padres...

—No pienses en que los repudias, Hafgan, sino en que apartas la imagen para alcanzar el objeto, que vas de las sombras a la luz para cambiar esclavitud por libertad.

Hafgan sonrió.

—Resultas un oponente formidable, Taliesin. Tus palabras constituyen armas en defensa de la causa del Buen Dios.

—Todo guerrero jura defender a su señor, y luchar cuando sea necesario. Ahora el enemigo se reúne a nuestro alrededor, Hafgan; la alarma ha sonado, pues el adversario está a nuestras puertas; debemos unirnos a la batalla.

—¡Oh, sí!, aunque no esperes que todos te sigan en el combate.

Se dirigieron al interior del palacio y entraron en el gran salón. La brillante luz del sol penetraba a través de los altos ventanales, esparciendo reflejos dorados sobre las pulimentadas superficies de piedra de las paredes. Taliesin miró a su alrededor con rapidez.

—¿Dónde están todos?

—Se sentían desasosegados en la sala, así que Cuall se los ha llevado no muy lejos, a un campamento. No obstante, tu padre y el rey Avallach nos esperan en la cámara real.

Cruzaron la reluciente estancia, mientras sus sombras vacilaban sobre aquel marco cristalino semejando hombres que caminaran sobre el agua, y llegaron a la cortina situada al otro extremo. Al aproximarse a ella, un senescal la apartó y pasaron al otro lado.

Cuando entraron en la cámara, Avallach decía:

—Una alianza entre nuestros dos pueblos resultaría ventajosa para ambos. Mi hermano y yo hemos discutido el asunto detenidamente y estamos de acuerdo en que...

Sentados uno a cada lado del Rey Pescador había dos hombres de aspecto similar al de Avallach: largos cabellos oscuros de gruesos rizos, espesas barbas negras y ropas lujosas; llevaban puñales adornados de piedras preciosas guardados en el interior de gruesos cinturones de cuero dorado. Ambos poseían asimismo la estatura extraordinaria y la gracia masculina que caracterizaban al rey; no cabía duda de que eran Seres Encantados y parientes de Avallach.

Todos los ojos se volvieron hacia Tahesin cuando éste penetró en la habitación.

—¡Ah! Aquí está Taliesin —exclamó Elphin, y se levantó para salir a su encuentro—. Te esperábamos.

—Os pido perdón, majestades —se disculpó dirigiéndose tanto a Avallach como a su padre—. Estaba ocupado en otra parte y acabo de regresar.

—Éste es aquel de quien te hablaba —murmuró Avallach al hombre que tenía a su derecha—, el cantor. —Se volvió hacia el joven—. Mi hermano Belyn —presentó—, y mi hijo, Maildun. —A ambos les dijo—: El príncipe Taliesin, hijo del rey Elphin.

—El rey Avallach ha sugerido una alianza entre nuestros pueblos —le informó Elphin—. Estábamos a punto de discutirlo.

—Pero, ¿qué necesidad hay? —inquirió Taliesin—. Ciertamente, para nosotros es beneficioso tener aliados tan poderosos como Avallach, aunque me pregunto qué ventajas puede obtener él.

Avallach sacudió la cabeza, apreciativo.

—Vuestro hijo desarma y desafía con las mismas palabras, Elphin. Resulta una técnica sutil y útil para un rey, pero la cuestión está planteada: ¿qué ganaríamos nosotros con una alianza?

Belyn habló entonces.

—Tal y como mi hermano ha afirmado, somos extranjeros en esta tierra, al igual que vosotros; mas, al contrario que vosotros, nunca podremos regresar a nuestro hogar. Tairn, Sarras, toda la Atlántida fue destruida y yace en el fondo del mar. Hemos sobrevivido y nos proponemos rehacer nuestra vida aquí, aunque es mucho más difícil de lo que os podéis imaginar.

—Sin embargo, estáis bien establecidos aquí —observó Elphin; su gesto abarcaba todo el magnífico palacio.

—No constituye presunción si os aseguramos que lo que veis no es sino una sombra humilde y desdeñable comparada con todo lo que dejamos atrás. No obstante, de nada sirve llorar por un mundo que ya no existe y no revivirá jamás. No tenemos más elección que conformarnos con el mundo en el que nos encontramos.

—Por lo que se advierte —replicó Elphin—, parece que os habéis resignado de forma admirable.

—Y, sin embargo —siguió Avallach con un asomo de tristeza en la voz—, no todo se ajusta a la apariencia. Si hemos de tener un futuro aquí, los cambios son necesarios.

—¿Sí?

—Tenemos ciertas carencias —aclaró el Rey Pescador—. Si he de ser honrado, nos faltan muchas cosas que asegurarían nuestra supervivencia en esta cruel tierra y que vosotros nos podríais facilitar.

—Desde luego, estaríamos dispuestos a ayudar tanto como nos fuera posible —replicó Elphin—, pero como sabéis muy bien, no poseemos nada que aumente vuestras pertenencias.

—No pensaba en bienes materiales, rey Elphin —corrigió Avallach.

—¿Qué otra cosa puede facilitaros vuestra supervivencia?

—Sois una raza guerrera —repuso Belyn—, y estáis acostumbrados a la batalla. A nuestro pueblo la guerra le desagrada y, no obstante, resulta manifiesto que, si hemos de mantener nuestra posición en este mundo, es necesaria.

—¿Hemos de entender que queréis que luchemos para vosotros? —inquirió Elphin con incredulidad.

—A cambio de tierra —respondió Avallach.

Un sonido, parecido a un gemido, se escapó de la garganta de Hafgan. El rostro de Elphin se endureció.

—¡Quedaos con vuestra alianza! ¡Los *cymry* no son esclavos de nadie!

El príncipe Maildun, con una expresión arrogante en el rostro, se puso en pie.

—Me parece que no tenéis muchas alternativas. Vosotros necesitáis tierras, y nosotros, gente experta en la lucha; ninguna otra cosa de vosotros nos interesa. La complementación es sencilla.

Elphin enrojeció de cólera y abrió la boca para dar una rápida respuesta, pero, antes de iniciarla, Taliesin se adelantó y se interpuso entre su padre y Avallach.

—Permitid que nos retiremos, rey Avallach, para poder sopesar vuestra oferta entre nosotros.

—No vamos a... —empezó Elphin furioso.

Taliesin se giró hacia él.

—Salgamos inmediatamente —apremió en voz baja.

Tras esto, Elphin se volvió y abandonó la habitación a grandes zancadas; Hafgan y Taliesin siguieron sus pasos. Ninguno pronunció una sola palabra hasta que hubieron atravesado la sala y llegado al patio.

—Cuall lo hubiera matado —masculló Elphin, sombrío, mientras los mozos de cuadra venían corriendo desde el otro lado del patio con sus caballos.

—Hablaba sin saber —lo disculpó Taliesin.

—Hay hombres con menos méritos a los que se ha degollado.

—Está realmente equivocado —manifestó Hafgan.

—¡Si hubiera tenido mi puñal a mano, su hijo estaría muerto!

—Es la cólera la que dicta ahora tus razones —reprendió Taliesin—. No quiero escuchar nada más.

Tenían los caballos ante ellos; Elphin arrancó las riendas de manos del mozo más cercano y montó.

—¿Vienes?

—No —respondió Taliesin—. Me quedaré un poco más y, si puedo, hablaré con Avallach.

—No es necesario. Nos vamos de este lugar.

—Déjame primero conversar. Puede que ya esté lamentando su error.

—Muy bien, hazlo —le espetó Elphin—, aunque mientras vosotros habláis, yo me prepararé para partir. Está claro que aquí ya no somos bien recibidos.

Los cascos de los caballos resonaron sobre el patio mientras se alejaban y Taliesin se dirigió de regreso a la sala. Al penetrar en el pasillo que conducía hasta ella le pareció ver un movimiento entre las sombras, junto a él. Se detuvo y exclamó en voz alta:

—Salid, amigo, y hablemos cara a cara.

Al cabo de un momento la figura alta y elegante de Annubi se colocó ante él. Taliesin había visto con anterioridad al consejero de Avallach, pero sólo durante breves instantes y de lejos. No obstante, ahora que lo tenía cerca se sintió sobrecogido por la apariencia extraña de aquel hombre: la palidez mortal de su piel, la boca entreabierta, los ojos apagados y grises y los ralos mechones que adornaban su cabeza. El adivino se acercó a él y las sombras parecieron oscurecerse más y moverse con él; parecía estar rodeado de penumbra.

—Quisiera hablaros, señor —suspiró Annubi. Al aproximarse, Taliesin percibió, cuando abrió la boca, el aliento fétido de algo que se disolvía.

—Vos sois el consejero de Avallach —dijo Taliesin.

—Lo fui. —El adivino lo contempló con sus ojos muertos—. Perdí mi visión y, por lo tanto, mi voz.

Taliesin se agitó nervioso bajo aquella mirada siniestra e inquietante.

—¿Cómo puedo serviros?

—Marchad —siseó Annubi—. Vuestro padre tiene razón, ya no sois bienvenidos aquí. Marchad y no regreséis.

—¿Por qué queréis que nos vayamos?

—Avallach habla de alianzas y de futuro... ¡Bah! ¡Sueños! ¡Delirios! No existe un porvenir para nosotros. Pertenecemos a un mundo que ha desaparecido y jamás regresará.

—Quizá —replicó Taliesin—, pero los tiempos y el mundo cambian. Siempre

sucede así. Sin embargo —indicó el palacio con un gesto—, vuestro presente no es tan agorero.

—Lo que observáis a vuestro alrededor constituye una ilusión. ¡Es menos que nada! —Sujetó a Taliesin por el hombro con una mano de largos y finos dedos—. Somos el eco de una voz que ha muerto y, pronto, incluso el eco desaparecerá.

El joven levantó una mano para retirar la del adivino y sintió los huesos bajo la cetrina muñeca.

—Aún no ha cesado; persistirá mientras haya quienes lo escuchen. —Continuó andando por el pasillo.

Annubi no lo siguió, por el contrario, se hundió de nuevo entre las sombras.

—Estamos muriendo —gimió, y la oscuridad del corredor se unió a él en su queja—. ¡Marchad y dejadnos morir en paz!

Una vez más el senescal permitió entrar en el aposento interior a Taliesin. Belyn se había ido, pero Maildun y Avallach permanecían allí. Ambos se volvieron cuando Taliesin entró; Maildun frunció el entrecejo abiertamente, pero el rey se forzó a sonreír.

—¡Ah, Taliesin! ¿Quieres compartir nuestro vino? —Sirvió una copa y se la entregó.

—Mi padre me ha hablado de vuestras habilidades como cantor —observó Maildun—. Es una pena que no haya podido oíros. —La arrogante sonrisa afectada había vuelto a aparecer.

—Entre todos los hombres, vos sois quien más debéis comprender —empezó Taliesin—. Mi padre sería menos rey si pasara inadvertidos los insultos directos contra él y contra su pueblo.

—¿De modo que una alianza con nosotros es un insulto? —exigió Maildun colérico. Los ojos de Avallach se entrecerraron.

—¿Veis lo fácil que resulta malinterpretar las palabras? —indicó Taliesin.

—¡He comprendido perfectamente! —gritó Maildun, golpeando con su copa en la mesa.

—¿De veras? —El cantor se volvió hacia él—. Entonces me he equivocado al regresar.

—¡Esperad! —Avallach dio un paso al frente—. Creo que vislumbro vuestras intenciones. Quedaos, Taliesin; hablaremos.

—¿Por qué insistes en discutir con esta gente? —gritó Maildun, enojado—. Todo el mundo se opone a nosotros, padre. Si sobrevivimos será mediante las espadas. ¡Acéptalo!

—Déjanos, Maildun —pidió Avallach con suavidad—. Conversaré con Taliesin.

El príncipe volvió a golpear la copa contra la mesa y el vino salpicó las losas junto a sus pies con un oscuro color rojo, como la sangre. Avallach volvió a servirse y le indicó a Taliesin que se sentara en una silla mientras Maildun abandonaba la cámara.

—Mi hijo es un hombre impaciente —se disculpó Avallach—. También yo lo fui. Desea lo que no puede tener, y posee lo que no quiere. Resulta complicado. —El Rey Pescador se acercó a un sillón y se acomodó en él con gran cuidado—. Sentaos, Taliesin.

El bardo tomó la silla que le ofrecían.

—¿Vuestra herida os aflige, lord Avallach?

—¡Ay! Sí, el dolor comienza de nuevo —suspiró Avallach—. Viene y va.

—Es una enfermedad muy poco común —se compadeció Taliesin.

—Desde luego —asintió Avallach—, y la única cura que me alivia consiste en tener al sacerdote Dafyd cerca de mí.

—También yo he sentido sus poderes, más exactamente, el poder del Dios al que sirve. Quizá si jurarais lealtad al Dios Supremo, a Cristo... —empezó Taliesin, y la luz apareció de nuevo en sus ojos.

—Oh, ya lo he hecho —afirmó Avallach—. Creo en él, y he recibido el Bautismo del Agua en mi propio lago, válido tanto para mí como para mi gente. Así se acostumbra entre nuestra raza. No obstante, el Altísimo no ha considerado oportuno curar mi aflicción. A lo mejor, como sugiere Dafyd, para enseñarme humildad; debo admitir que desconozco en gran medida a este nuevo Dios.

Avallach, pensativo, tomó unos pequeños sorbos de su copa, luego levantó los ojos y sonrió alegremente.

—Extraño, ¿no es así? Seres pertenecientes a mundos diferentes y unidos por la fe en el mismo Dios. Por eso es necesario que evitemos los malentendidos. —Dejó a un lado la copa, como si hubiera constituido el motivo de la disputa entre ellos.

—Bien dicho, lord Avallach —replicó Taliesin—. Estoy seguro de que no pretendíais realizar ninguna afrenta con vuestras palabras. No obstante, debierais saber que vuestra oferta, por muy generosamente que se haya concebido, nos convertiría en esclavos, y, entre nuestro pueblo, la tierra pertenece al rey y el rey a la tierra; se hallan ligados desde la antigüedad. El clan depende del justo gobierno del rey, que es el que garantiza la armonía y los frutos de la tierra; si aquél prospera, lo mismo ocurre con ésta.

—Representa un reflejo de nuestra mentalidad —observó Avallach.

—La tierra es del rey, quien debe servirla y protegerla, y éste la otorga a su pueblo a cambio de lealtad y defensa en tiempo de disturbios.

—Gracias por informarme —respondió al cabo de un rato—. Comprendo lo ofensivas que han resultado mis palabras, y lamento mi ignorancia.

—No os guardo rencor, lord Avallach.

—Aconsejadme pues, Taliesin, sobre cómo puedo reparar mi error.

—No será fácil.

—Proponedme una manera de rectificarlo y la seguiré.

—Bien, así es como os ganaréis de nuevo la confianza de mi padre.

Y Taliesin empezó a concebir un plan que relató al rey. Tras de lo cual, ambos se pusieron de acuerdo.

7

Cuando la melancolía se apoderaba de ella, Charis buscaba consuelo en los paseos a caballo. Salía a cabalgar, y ni el viento ni el sol, ni las neblinas ni la lluvia que barrían los pequeños valles lograban aplacar su inquietud por completo. No obstante, entre las colinas desiertas, su soledad se perdía en el aislamiento de aquel país agreste y regresaba de sus cabalgadas calmada, aunque no satisfecha, con su espíritu inquieto sojuzgado por el momento.

Pero esta vez no resultó así. Salió a caballo y, cuando le parecía estar a punto de perder la conciencia de sí misma y permitir que el sol y el paisaje produjeran su efecto mágico sobre ella, se sentía empujada a volverse para mirar por encima del hombro si él la seguía; cada vez que se giraba, los latidos de su corazón se aceleraban y la respiración se le ahogaba en la garganta.

Se decía a sí misma que él no estaría allí, que no quería verlo, pero de todas maneras, continuaba vigilante. Al convencerse de que no lo vería, una punzada de desilusión la conmovió para envenenar toda alegría que pudiera sentir. Durante cinco días cabalgó por las salvajes colinas, cada tarde, y regresaba agotada y desdichada.

Por la noche el palacio se hallaba silencioso y vacío, con mayor intensidad que en cualquier otra época que pudiera recordar con anterioridad a la llegada de los *cymry.* Ni tan siquiera Belyn y Maildun y sus séquitos lograban disimular el abandono de las salas ni desterraban el silencio como lo habían hecho los *cymry* con sus canciones e historias.

Comía con los otros pero las reuniones eran sosegadas hasta extremos soporíferos: tanto la conversación como las diversiones, suaves como un caldo muy líquido recalentado. Por curioso que parezca, los *cymry,* con su fuego y agitación, y pese a su apariencia de intrusos, habían infestado la misma atmósfera del palacio de una insolente vitalidad. Aunque habían permanecido poco tiempo, su presencia había impregnado de alguna forma la vida en el palacio del Rey Pescador, de modo que ahora su ausencia parecía antinatural, como si le hubieran cortado una rama a un árbol floreciente.

Charis se dedicó a examinar lo que la rodeaba. El palacio, que siempre le había parecido elegante, aunque, conforme los patrones atlantes, austero, ahora lo consideraba desolado y vulgar: un corral lleno de corrientes de aire sobre una cima rodeada de pantanos. No podía concebir la idea de soportar otro día en él, y mucho menos toda una vida. Pero aguantaba y se sentía desgraciada.

El quinto día, regresó de su cabalgada temprano y se encontró con un caballo negro en medio del patio. Detuvo su animal junto a éste y desmontó.

—¿Es éste el corcel del extranjero? —preguntó al mozo que sujetaba las bridas del caballo.

—Lo es, princesa Charis —replicó el interpelado mientras ella le entregaba las riendas del suyo.

Se detuvo y, permaneció mirando la entrada del palacio, como si se debatiera entre penetrar en su interior o abstenerse. Por fin se movió y subió muy despacio la escalinata. Volvió a pararse tras haberse introducido en el interior. Alguien avanzaba hacia ella desde el otro extremo del vestíbulo. Quizás aún no la habría advertido. Giró inmediatamente y se dirigió de nuevo al exterior.

—¡Esperad! —le gritó una voz a su espalda. Un escalofrío le recorrió la nuca y las puntas de los dedos al oírla. Vaciló.

La figura de Taliesin quedó enmarcada por el cuadro de luz creado por el portal abierto. Charis permanecía inmóvil, pero con la postura de quien va a emprender la huida en cualquier momento: sostenida sólo sobre las puntas de los dedos, con las manos extendidas y una expresión mezcla de anticipación y sorpresa.

—Quedaos, Dama del Lago —pidió él en voz baja.

Llevaba una capa azul echada sobre el hombro; los pliegues de ésta se sujetaban por un broche de plata en forma de dos cabezas de ciervo enfrentadas con los cuernos entrelazados y cuyos ojos consistían en brillantes esmeraldas. Charis clavó la mirada en este adorno para evitar enfrentarse a los ojos del cantor.

—Pensaba que os vería descalza —dijo él e indicó las sandalias que calzaba—. Pero veo que no habéis echado de menos vuestras botas.

—Un auténtico príncipe las hubiera devuelto —respondió ella; la voz le resultó chirriante y parpadeó ante su sonido.

—Permitid que me redima —replicó alegremente, y pasó junto a ella. Salió al exterior, se aproximó a su caballo y regresó al cabo de un instante con las botas abandonadas en la mano—. Las he guardado para vos.

Ella no hizo el menor movimiento para tomarlas.

—Son vuestras, princesa Charis, ¿no es así?

El sonido de su nombre en los labios de él era como un relámpago brillando en un cielo despejado. Sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas.

—En efecto —murmuró, como si admitiera una terrible culpa.

—Ponéoslas —propuso el joven y se arrodilló ante ella con el calzado.

Charis levantó el pie, apoyando la mano ligeramente en su hombro para no perder el equilibrio, y percibió cómo los dedos del joven deshacían el nudo y retiraban hábilmente la sandalia de su pie. La bota se ajustó con facilidad, y levantó el otro pie; contemplaba la luz que danzaba en los dorados cabellos de Taliesin mientras éste le quitaba la sandalia. El calor del contacto de su mano sobre la piel de ella la hizo estremecer. La respiración se le volvió entrecortada.

—Os he estado esperando —afirmó él, incorporándose. Sus ojos claros tenían el mismo color verde de un bosque frondoso.

Las palabras se formaron y coagularon en su lengua. Había perdido el habla.

—Estaba... estaba cabalgando —consiguió pronunciar.

—Cabalgad conmigo ahora —pidió él; su tono era a la vez apremiante y seductor—. Mostradme los lugares a los que vais. Llevadme a ellos.

Charis abrió los ojos de par en par, pero esta vez ya no miraban el broche, sino que estudiaban el contorno del rostro del joven. Sin una palabra se volvió en dirección a la puerta, anduvo hasta el patio y montó en su caballo izándose con facilidad sobre la silla. Taliesin montó también y la siguió por el serpenteante sendero que bajaba desde la Torre para pasar sobre la calzada elevada que atravesaba el pantano.

Una vez en tierra firme, al otro extremo de la calzada, Charis espoleó a su

montura para que corriera y el corcel levantó los cascos antes de salir al galope colina arriba, al tiempo que dispersaba a una familia de liebres que huyó en busca de escondite. Alcanzó la cima y empezó a descender por el otro lado, con Taliesin tras ella. Cabalgaron sin cesar, pasando sobre colinas en una persecución agotadora bajo un cielo brillante moteado de nubes. Una suave alfombra verde de hierba recién salida y manchada de inmumerables y diminutos capullos amarillos, cubría la tierra.

Charis lo condujo a través del valle y a lo largo de un arroyo de aguas rápidas. El valle se estrechó y llegaron a un matorral de espinos que se extendía como una pared hasta el extremo opuesto. Aquí la muchacha se introdujo en el arroyo y atravesó el matorral por donde se aclaraba al enmarcar el río.

El bosque de abedules situado tras el matorral de espinos resultaba umbrío y fresco; se poblaba con los chirridos de una multitud de ardillas rojas, tordos y mirlos. El suelo aparecía húmedo y esponjoso a causa de las hojas podridas, y estaba cubierto por un manto de campanillas; flores de madreselva que adornaban los arbustos más cercanos, llenaban el aire con su suave perfume. Cuatro ciervos de piel rojiza levantaron sus cabezas al oír acercarse a los jinetes, se quedaron mirando a los intrusos por un segundo y luego se volvieron como uno solo y saltaron al interior de las verdes sombras para desaparecer.

Charis y Taliesin cabalgaron despacio adentrándose en el bosque; ambos, silenciosos, pasaron por entre los troncos más delgados. En ocasiones, Charis sentía los ojos del joven fijos en ella, pero no se giraba, temerosa de devolverle la mirada.

Por fin llegaron a un lugar donde se alzaba desde el suelo una enorme piedra negra. En algún momento de un remoto pasado, otras dos piedras habían sido apoyadas contra ella en ángulo y la parte superior de las tres coronada por una gran losa de piedra. La piedra se hallaba en el centro del bosque; sus esquinas aparecían cubiertas de líquenes grises y amarillos y le otorgaban un aspecto más vegetal que mineral: como un hongo gigantesco que dominara el bosque con su siniestra presencia melancólica.

Charis detuvo su caballo y desmontó de un salto; soltó las riendas, se acercó a la estructura y posó la mano sobre la áspera superficie.

—Me gusta imaginar que esto es un cenotafio —indicó la joven al cabo de un momento—, que en este lugar, hace muchísimo tiempo, tuvo lugar un gran acontecimiento o un suceso trágico. —Sus ojos se movieron hacia donde estaba Taliesm, que permanecía apoyado en el pomo de su silla y la contemplaba—. No me desengañéis aunque sepáis su verdadero sentido.

—Sin duda —replicó Taliesin, deslizándose al suelo— que el mundo consiste en sucesos magníficos y trágicos. Algunos son observados y recordados, pero otros se desarrollan fuera de la vista de la humanidad y permanecen ignorados para siempre. Pero, decidme, ¿qué es lo que imagináis que ocurrió aquí? —Avanzó hacia ella.

Charis acercó la oreja a la piedra y cerró los ojos.

—Chisst —susurró—. Escuchad.

Taliesin oyó los sonidos de un bosque en plena actividad a su alrededor: el zumbido de insectos, los trinos de los pájaros y el susurro de las hojas agitadas por la brisa. Contempló a la mujer que tenía ante él, fascinado por su imagen. Era rubia como un soleado día de verano, con unos ojos tan profundos, claros y cambiantes como el mar; delgada y regia, cada uno de sus movimientos estaba lleno de gracia. Llevaba una sencilla prenda de color blanco con una faja verde y dorada rodeándole la cintura, pero semejaba la vestimenta de una diosa. Jamás había visto a una mujer

más hermosa, ni más seductora; el solo hecho de contemplarla se rodeaba de misterio. Advirtió que sería capaz de dar su vida alegremente por seguir ante su presencia y como estaba ahora, aunque supiera que nunca desvelaría el misterio.

—¿Qué es lo que oís? —preguntó Taliesin.

Ella abrió los ojos y respondió con franqueza:

—Hubo una mujer —empezó a pasear alrededor de la piedra y continuó— que vino a este lugar desde un reino allende los mares. Su vida resultaba dura, ya que era una tierra cruel, y no podía evitar recordar todo lo que había dejado atrás. Anhelaba regresar a su hogar, al otro lado del mar, pero éste había quedado destruido por un gran torbellino de fuego y no podía realizar su deseo. Empezó a sentirse sola, y para aliviar su espíritu cabalgaba por las colinas, en busca de algo que no sabía bien en qué consistía.

»Un día encontró a un hombre; lo oyó cantar aquí, en este bosque. Su canción le capturó el corazón con la misma facilidad con que un cazador atrapa un ave con un lazo de seda. Ella lucho por liberarse, pero no pudo, puesto que la atracción era demasiado fuerte.

»Hubiera podido ser feliz con aquel hombre y hubiera dado todo lo que poseía para permanecer junto a él; sin embargo, no era posible.

—¿Por qué no?

—Porque pertenecían a razas diferentes —explicó Charis con tristeza, y Taliesin percibió en su voz la resignación de alguien abandonado a su destino—. Además, la mujer pertenecía a una casa noble cuya dinastía se remontaba a los mismos dioses.

—¿Y el hombre? ¿Su linaje no era también noble?

—En efecto... —respondió ella y se apartó de él de nuevo. Se movía despacio alrededor de la estructura, palpando la fría superficie de las piedras verticales con las manos, como si resiguiese símbolos grabados allí en épocas lejanas, destruidos ahora por el viento y el tiempo.

—¿Entonces?

—Pero su gente era tosca y salvaje, a semejanza de su tierra. Constituían una raza guerrera entregada a la violencia y las pasiones. Representaban la cara opuesta de la moneda; por eso él nunca comprendería sobre ella ciertas cosas.

»Y, aunque es cierto que el corazón de la mujer se encontraba cautivo por el hombre, también resultaba obvio que nunca podrían... —Se detuvo.

—¿Ser felices? —sugirió él.

—Convivir. Este presentimiento llenaba de aflicción a la mujer y también de tristeza, al tiempo que convertía su exilio en una situación más amarga.

—¿Qué más te indica la estructura? —preguntó Taliesin.

—El hombre marchó —concluyó con sencillez—. Tras un tiempo regresó a su propio reino lejano y se llevó el corazón de la mujer con él. Ella no podía vivir sin su corazón y, por lo tanto, empezó a morir, cada día un poco. Finalmente una mañana no se despertó. Su gente la lloró, y condujeron su cuerpo a este lugar, donde había conocido al hombre. La enterraron aquí y levantaron este cenotafio de piedra sobre su tumba.

Taliesin empezó a moverse despacio alrededor de la estructura.

—En verdad tu historia es trágica —afirmó al cabo de un rato—; no obstante, si el hombre hubiera amado más a la mujer hubiera podido encontrar una forma de salvarla. Podría habérsela llevado con él, o ambos hubieran podido irse juntos a una nueva tierra.

—Quizá —repuso Charis—, pero tenían responsabilidades que los ligaban para siempre a su gente y al lugar donde vivían. Sus mundos se hallaban demasiado separados.

—¡Ahhh! —suspiró Taliesin y, deslizándose hasta el suelo, se apoyó contra la piedra y cerró los ojos.

Charis lo observó con curiosidad.

Por fin, él abrió los ojos e indicó:

—Al estar muerta y enterrada, la mujer nunca pudo conocer lo que le sucedió al hombre.

—Supongo que él encontraría a otra que ocupara su lugar, seguramente una de su propia gente —replicó Charis.

Taliesin sacudió la cabeza muy serio.

—Nada de eso. Se sintió muy desdichado durante un tiempo, medio enloquecido por su angustia y tormento, pero un día reaccionó y regresó. Cuando llegó se enteró de la muerte de la mujer; fue a su tumba y allí tomó un cuchillo y se abrió el pecho, luego se sacó el corazón y lo enterró junto a la mujer y, después, se tumbó sobre el suelo. —Taliesin se quedó en silencio.

—¿Qué le sucedió?

—Nada —respondió Taliesin pesaroso—. Aguarda todavía en el mismo lugar.

Charis vio el destello de una sonrisa en sus ojos y la contracción maliciosa de sus labios, y empezó a reír. La atmósfera lúgubre creada por aquella desgraciada historia desapareció gracias a una dulce sonrisa.

—No sirve de nada intentar animarlo —advirtió Taliesin—. Su corazón yace junto a su dama y ya no siente ni dolor ni placer.

Charis se arrodilló junto a Taliesin. Él le ofreció la mano y ella la tomó en la suya. El atrajo la mano hacia sí y se la llevó a los labios. La joven lo observó, luego cerró los ojos y, al cabo de un instante, sintió los labios del joven sobre los suyos.

Fue un beso suave: exquisito y casto, pero en él había un ardor vehemente y apasionado que despenó en ella un anhelo dormido. Taliesin no habló; ella podía escuchar su respiración e, incluso, sentir el calor que desprendía su cuerpo sobre su piel, pues el joven se hallaba junto a ella.

—Ni dolor, ni placer —murmuró Charis, y apoyó la cabeza contra la mejilla de él.

Rodeándola con sus brazos, Taliesin empezó a cantar en voz muy baja.

Las sombras del bosque se habían intensificado ya cuando salieron de su letargo. La luz del sol penetraba oblicuamente por entre los árboles en haces radiantes, y las nubes eran grises y ribeteadas de rojo. Los caballos se habían aventurado algo más allá entre los árboles y permanecían con las cabezas inclinadas hacia el suelo.

Taliesin posó una mano sobre la mejilla de ella.

—Charis, vida mía —murmuró dulcemente—, si he capturado tu corazón es porque tú has atrapado el mío.

Charis hizo ademán de levantarse, pero él le sujetó la mano y se lo impidió.

—No —protestó ella—. No puedo soportarlo.

Se apartó, se puso en pie y se alejó unos cuantos pasos; se detuvo y, cuando se volvió para mirarlo, sus ojos se endurecieron como la piedra del monumento.

—¡Nunca podrá ser! —exclamó; su voz semejaba un cuchillo veloz arrojado al silencio del bosque.

Taliesin se incorporó despacio.

—Te quiero, Charis.

—¡El amor no es suficiente!

—Es más que suficiente —la apaciguó él.

Ella se revolvió contra él.

—¿De veras? ¡No impide el dolor, la tristeza, la muerte! ¡No devuelve lo que se ha perdido!

—No —concedió Taliesin—. La vida se enraiza en el dolor; no existe escapatoria, pero el amor hace más llevadero el dolor.

—No deseo soportarlo. Quiero librarme de él, y ser libre por fin. Necesito olvidar. ¿Me proporcionará olvido el amor?

—El amor, Charis —Taliesin se acercó a ella; puso las manos sobre sus hombros y percibió la tensión que la dominaba—, el amor nunca olvida —afirmó con suavidad—. Nunca deja de esperar, de creer o de aguantar. Aunque el dolor y la muerte se desencadenen a su alrededor, el amor permanece eternamente firme.

—Espléndidas palabras, Taliesin —replicó Charis, su voz sonó hueca en medio del bosque—, pero, después de todo, sólo son frases bonitas, no creo que exista una pasión así.

—Entonces, cree en mí, Charis, y permíteme mostrarte este amor.

Al apartarse ella de él, Taliesin vio en su rostro los años de terrible soledad y también un dolor que surgía de un lugar recóndito en su interior, como herida en carne viva abierta en su alma. Aquí estaba el origen de su rabia y de su orgullo.

—Te lo demostraré —le aseguró con ternura.

Por un instante, ella pareció ablandarse; se volvió a medias hacia él. Pero el dolor era demasiado grande. Se puso rígida y le dio la espalda, tomando las riendas de su caballo.

No intentó detenerla, sino que se limitó a contemplar cómo se alejaba entre los árboles. Al cabo de unos momentos escuchó un chapoteo al penetrar el rucio en el arroyo a la entrada del bosque. Entonces montó en su silla, hizo girar a su montura y se dispuso a desandar el camino por el que había venido.

Llegó al matorral de espinos y, apenas si había penetrado en el arroyo, cuando le llegó un grito agudo y sobresaltado procedente de la cañada que había justo enfrente. Luego oyó pronunciar su nombre.

—¡Taliesin!

Detuvo su caballo y escuchó con atención. Al no percibir nada más, golpeó el cuello del animal con las riendas y se lanzó al galope. Las espinas se clavaron en su carne y en sus ropas como intentando refrenarlo; no lo consiguieron, y siguió cabalgando a través del matorral hasta la cañada.

Al principio no la distinguió, tan sólo vio un bulto gris que se debatía sobre el suelo: era el caballo de la joven, que luchaba por ponerse en pie mientras tres hombres le sujetaban el cuello y la cabeza. Otros cuatro hombres estaban inclinados, tirando de algo que había en el suelo. Advirtió un destello de ropa blanca. ¡Era Charis!

Taliesin se lanzó a la lucha. Mientras su caballo se abalanzaba sobre ellos, observó a Charis que se soltaba y retrocedía. Los hombres llevaban lanzas y los cuatro avanzaron hacia ella, con las armas dispuestas. Taliesin se encontraba aún

demasiado lejos; jamás llegaría a tiempo. Mientras acudía a todo galope en su ayuda, contempló horrorizado cómo uno de los hombres cargaba y arrojaba su lanza contra Charis.

La lanza hendió el aire, pero Charis había desaparecido; al cabo de un instante apareció girando por los aires por encima de la cabeza de su atacante; sus brazos sujetaban las rodillas, la cabeza se inclinaba sobre ellas y la trenza se balanceaba en el aire. El hombre, aturdido, perdió el equilibrio y cayó hacia adelante, cuan largo era, sobre la hierba pisoteada.

Charis salió disparada para colocarse detrás de los otros, que permanecían clavados en el suelo totalmente confusos. Uno de los hombres que sujetaban el caballo lo soltó y se lanzó sobre ella; sus brazos se cerraron en el vacío y cayó de cara al suelo.

Los bandidos corrieron hacia ella, con las puntas de hierro de sus lanzas reluciendo en la oscura cañada. Uno de ellos alzó su lanza y, con deslumbrante rapidez, echó el brazo hacia atrás y la lanzó; el arma centelleó en el aire.

Sin embargo, Charis había desaparecido de nuevo y la punta de la lanza se clavó en el suelo.

El bandido se precipitó para recuperarla, pero Charis, rodando por el suelo para tomar la lanza, se la devolvió cuando el hombre se abalanzaba sobre ella. Se detuvo en seco, se enderezó, y dio un paso atrás tambaleante. Se volvió hacia sus compañeros aullando, mientras con sus manos sujetaba la lanza que sobresalía de su cuerpo.

Al tiempo que caía, agarrado a la lanza, otro saltó sobre su cuerpo y atrapó a Charis por detrás; ella intentó esquivarlo, pero él la dirigió hacia los otros. El más adelantado de los atacantes se lanzó hacia adelante con el arma levantada para atravesarla.

La lanza centelleó, hendió el aire en el lugar donde había estado Charis, y se hundió con fuerza en el pecho del que la había capturado mientras ella daba una voltereta hacia arriba y le pasaba por encima de la cabeza.

Taliesin estaba ahora lo bastante cerca como para ver el temor pintado en el rostro de los bandidos. Estos sólo habían pensado en eliminar a la muchacha rápidamente y llevarse el caballo y cualquier otra cosa de valor que Charis pudiera poseer, pero no habían estado preparados para enfrentarse a un demonio en forma de mujer que aparecía y desaparecía a voluntad.

Con dos hombres heridos de muerte, los asaltantes reconsideraron la situación. Uno de ellos arrojó su lanza y se apartó de Charis con la esperanza de adentrarse en el bosque. El tronar de los cascos a su espalda le llegó demasiado tarde. Taliesin tuvo una breve visión del rostro del desgraciado con los ojos desorbitados por el terror y la boca abierta por el pánico, mientras éste desaparecía bajo las patas de su caballo.

El resto de los bandidos se dispersó; huyeron para salvar sus vidas. Sus gritos de terror siguieron resonando en el valle mucho después de que hubieran desaparecido.

Taliesin saltó de su caballo y corrió al lado de Charis. La muchacha parecía conmocionada; sus ropas estaban rotas y manchadas de barro y hierba, y tenía cardenales en los antebrazos, allí donde la había sujetado el bandido, pero aparte de ello estaba ilesa. Él levantó los brazos para abrazarla, pero el gesto se interrumpió a medio camino.

—No estoy herida —le dijo ella, posando los ojos en los muertos que la

rodeaban—. ¿Quiénes eran?

—Piratas irlandeses. Sin duda subieron por Mor Hafren anoche y buscan un botín fácil. —Taliesin miró los cuerpos que yacían en el suelo—. Me parece que ya se habrán cansado de saquear y ahora regresarán a su país.

—Sucedió tan deprisa... —explicó Charis; su respiración era rápida y entrecortada—. ¿Cuántos eran?

—Siete —respondió Taliesin—. Eran siete y ahora son cuatro. —La mujer que tenía ante él le pareció de pronto indeciblemente extranjera, proveniente de un mundo lejano, totalmente ajeno al suyo.

—Si me hubieras visto en la arena no me mirarías así —repuso ella, y le dedicó una débil sonrisa—. Bailaba los toros del Templo del Sol. —Se encogió de hombros—. Hay algunas cosas que nunca se olvidan.

—Deberíamos regresar ahora. Creo que se han ido, pero puede que haya más por aquí. —La acompañó hasta su caballo.

—Taliesin, ¿pertenecían al pueblo que atacó vuestras tierras?

—No —sacudió la cabeza despacio—. Éstos venían del sur de Ierna, piratas costeros intentando conseguir ganancias fáciles. No obstante, no penetran a menudo tan hacia el interior; la mayoría se contentan con apoderarse de ganado y oro en los poblados de la costa, cuando pueden encontrarlo.

Ella montó en el rucio con cierta dificultad y bajó la mirada hacia Taliesin.

—Partirás pronto.

—¿Por qué afirmas eso?

Ella levantó el rostro y contempló la luz moribunda del sol que brillaba al oeste.

—No estamos destinados a estar juntos, Taliesin. Mi vida terminó allí —indicó con la cabeza en dirección a la anaranjada puesta de sol.

—Pero aquí ha empezado de nuevo —replicó Taliesin.

—Sólo se nos otorga una vida, cantor. —Tras esta frase, Charis hizo girar su montura y se dirigió de regreso al palacio.

8

—Podemos protegernos nosotros mismos. Tenemos armas, podemos levantar un ejército si es necesario —propuso Belyn con vehemencia mientras paseaba por la habitación de Avallach.

Maildun se puso inmediatamente de parte de Belyn.

—Escúchalo, padre, porque es cierto que podemos defendernos nosotros mismos. Además, los problemas aquí en el sur no son tan apremiantes como en el norte, y quizá nunca lo sean. No existe una buena razón para darles tierra a estos bárbaros *cymry.*

Avallach se incorporó en su litera, meneando la cabeza fatigosamente.

—Aún no lo comprendéis. Les entrego la tierra porque quiero, no por miedo, y tampoco con la esperanza de obtener algo.

—Siempre se planteó obtener algo —indicó Belyn.

—Sí —admitió Avallach—, al principio, y fue un error.

—Ese cantor te ha hecho perder el juicio. —La acusación de Maildun hizo que Avallach se pusiera en pie.

—Hablamos y me convenció —afirmó Avallach, sujetándose con fuerza al armazón del dosel para mantenerse en pie—. Pese a la opinión que te merezca esa gente, son una raza inteligente y honorable.

—No son mucho mejores —se burló Belyn— que los ladrones de ganado y los merodeadores de las colinas que nos infestan por todas partes.

—Créeme, padre; el único honor que comprenden es una daga en el cuello, o una lanza en la espalda. —Maildun cruzó los brazos sobre el pecho; su expresión altanera desafiaba a cualquiera a discutir sus palabras.

—Nuestro futuro, si hemos de tener un futuro —advirtió Avallach, con una voz que sonaba como un trueno sordo—, está en aprender a convivir pacíficamente con ellos.

—¿Estás plenamente decidido?

—Sí.

—Entonces no sirve de nada esta conversación. Da tu tierra a quien te parezca. Dáselo todo a ese sacerdote tuyo que se pasa el día murmurando entre dientes, no me importa. ¡Pero, por Cybel, que no quiero tomar parte en ello! No recibirán ni una piedra de mí.

—Belyn —repuso Avallach con suavidad—, no le faltes al respeto al sacerdote. Es un hombre santo, y me he convertido en seguidor del Dios Verdadero.

—¡Lo que nos faltaba! —exclamó Maildun con incredulidad.

—Supongo que eso explica algunas cosas —se mofó Belyn—. Toda esta palabrería sobre querer dar y paz. Pero sigo sin entender por qué crees que esto es útil.

—El bien tiene su propio fin. En cualquier caso, no te pido que lo comprendas.

—Haz lo que desees, entonces, Avallach. ¿Por qué molestarte en pedir nuestro

consejo?

—Busco la armonía entre nosotros —respondió con sencillez el Rey Pescador.

—No la encontrarás —le espetó Belyn— mientras persistas en todo esto. —Levantó una mano en dirección a Maildun, que miraba a su padre, malhumorado—. Vamos, Maildun, hemos terminado aquí. No hay nada más que decir. —Se volvieron para salir de la cámara.

En aquel momento, Charis hizo su aparición; Taliesin atravesó la cortina junto a ella. Avallach observó las ropas rotas y manchadas de su hija.

—¿Qué ha sucedido, Charis?

—No es nada —respondió, observando las expresiones enojadas de su hermano y su tío—. Fui atacada mientras cabalgaba.

—¿Ves? —rugió Maildun—. ¿Y aún quieres dar tierra a esta gente? Tiéndele la mano a una víbora, padre, y recibirás más agradecimientos por tu gesto.

—No puede existir la paz entre nosotros —masculló Belyn, sombrío. Miró a Taliesin con un desprecio claro y manifiesto—. Mientras tú piensas en la paz, ellos planean intrigas en tu contra.

Charis se volvió furiosa hacia Belyn.

—¿Qué insinúas?

—Afirmo que esto no hubiera sucedido nunca si Avallach no les hubiera incitado con menciones de tierra —respondió Belyn—. Me equivoqué al mostrarme de acuerdo en un principio.

—¿Pensáis acaso que algún integrante de mi pueblo ha tenido algo que ver en este asalto? —Taliesin dio un paso en dirección a Belyn.

—¿Es eso lo que crees? —exigió Charis—. ¿Es eso?

—Resulta evidente, hermana —intercedió Maildun sin alterarse—. Debes de estar conmocionada y confusa o, de lo contrario, tú también lo comprenderías.

—¡Eres tú el que está en un error, hermano! —Charis se revolvió contra él, con ojos llameantes—. Intenté escapar, pero eran demasiados. Si Taliesin no hubiera venido en mi ayuda, me hubieran matado o me hubieran llevado. Me salvó la vida.

—Eran siete piratas irlandeses —informó Taliesin.

—Irlandeses o *cymry,* ¿qué diferencia los separa? Estas tribus se parecen —replicó Maildun—, todos son bárbaros sanguinarios. ¡Si se supiera la verdad! ¡Seguro que la atacó él mismo!

—¡Mentiroso! —siseó Charis.

—Es un estúpido que no sabe diferenciar un amigo de un enemigo —repuso Taliesin sin inmutarse.

—¿Estúpido, yo? —Maildun avanzó hacia Taliesin con los puños crispados y las mandíbulas apretadas.

—¡Quieto, Maildun! Te acaban de poner en tu sitio. El bardo ha dicho la verdad. —Avallach inclinó la cabeza en dirección a Taliesin—. Se os recompensará por salvar la vida de mi hija.

—No pido nada en absoluto, señor, ni tampoco aceptaré ninguna. —Se inclinó protocolariamente ante Charis—. Tras haber conducido a la dama sana y salva a casa, me retiraré ahora. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia la cortina que cubría la entrada.

—Esperad un momento afuera —le dijo Avallach mientras salía—. Os acompañaré.

—Después de todo lo que ha sucedido, ¿insistes todavía en llevar a cabo este

imprudente plan tuyo? —gruñó Maildun cuando Taliesin hubo salido.

—Todo lo sucedido ha servido para confirmarme en mi resolución —contestó Avallach.

—¿Tan ansioso estás de deshacerte de tu reino? —intervino Belyn—. Está oscureciendo; pronto será de noche. Espera hasta mañana al menos. Habrá tiempo suficiente entonces.

—Ya que me he decidido a realizar una buena acción —respondió Avallach, avanzando hacia la cortina—, me siento reacio a demorarla aunque sea un instante. Iré de inmediato y, además, deseo que me acompañéis. —Belyn y Maildun lo miraron incrédulos—. Sí, iremos todos —continuó Avallach—. Sea lo que sea lo que penséis sobre la tierra, debemos reparar un insulto y expresarles nuestra gratitud.

De modo que el Rey Pescador y Taliesin, con Charis, Maildun y Belyn, cabalgaron, ya oscurecido, hasta el lugar donde Cuall había establecido el campamento: junto a un arroyo en un pequeño prado al abrigo de una colina cercana.

Al acercarse al campamento, unos centinelas salieron al encuentro de los jinetes.

—¡Hola, Taliesin! Por fin has regresado. Tu padre te está esperando —dijo uno de ellos, uno de los pocos guerreros que aún le quedaban a Elphin.

Una hoguera enorme brillaba con fuerza, sus llamas color naranja mantenían alejada la creciente oscuridad. De los calderos chisporroteantes, colocados sobre carbones encendidos en su reborde exterior, brotaba el olor de un estofado de carne y caldo de hierbas en plena ebullición. Unos toscos refugios, construidos apresuradamente con ramas y pieles, rodeaban la fogata. Elphin y Rhonwyn emergieron de uno de ellos cuando los jinetes desmontaron.

—Lord Avallach —exclamó Elphin, sorprendido—. No esperábamos volveros a ver.

—Lord Elphin, lady Rhonwyn —respondió Avallach con cortesía—, no es nuestra intención inmiscuirnos allí donde nuestra presencia no es bienvenida. No obstante, los acontecimientos nos han guiado por un rumbo diferente desde la última vez que nos vimos. Desearía hablar con vos, si queréis escucharme.

Elphin se volvió hacia su esposa.

—Tráenos un cuerno de cerveza, si aún queda. —Y a sus invitados dijo—: Es temprano todavía. ¿Habéis comido?

—Venimos directamente de palacio —respondió Taliesin—. Comeremos juntos.

—Una cena constituiría un placer —afirmó Avallach. Aspiró con fuerza el vivificante aire de la noche—. ¡Ahhh! Creo que el paseo me ha hecho bien. Aunque no hace mucho estaba en mi lecho por causa de mi herida, ahora me siento tan sano como antes.

—Bienvenido, pues —repuso Elphin, y pidió que se trajeran antorchas y se colocaran alrededor de su tienda de piel de buey. Rhonwyn apareció con un cuerno de cerveza para los invitados y uno para los *cymry.*

—Mis señores —dijo—, sentaos y discutid vuestros asuntos. Traeré la comida tan pronto esté lista.

Regresó junto al fuego y a las otras mujeres que se afanaban allí. Los *cymry,* reunidos cerca, los observaron con atención, pero a la vez de forma discreta; no obstante, sin parecer prestar atención en absoluto, se enteraron de todo lo que sucedió y de casi todo lo que se dijo.

Mientras se acomodaban en un círculo, llegaron Hafgan y Cuall. Elphin hizo

espacio para ellos y les pasó su cuerno.

—Uníos a nosotros —les animó—. Lord Avallach ha venido a hablar conmigo y he jurado escucharle.

—Eres tú quien debe decidirlo, señor —masculló Cuall, dando a entender que, rey o no, Avallach debía la continuación de su existencia a la notoria generosidad de Elphin, y que si hubiera sido él el jefe las cosas hubieran sido diferentes.

Hafgan se limitó a ajustarse la túnica, aceptó el cuerno, y bebió.

—Te esperábamos hace horas —dijo Elphin a Taliesin—. Al no seguirnos de regreso al campamento, me preocupé.

Taliesin empezó a responder, pero Avallach interpuso con rapidez:

—Mi hija fue atacada esta tarde, mientras paseaba a caballo, por piratas irlandeses. Creo que dijiste siete, ¿no? —Charis confirmó la aclaración con la cabeza—. No sé exactamente cómo sucedió, pero vuestro hijo acudió en su ayuda y le salvó la vida.

—¿Es cierto, Taliesin? —inquirió Elphin.

—Lo es. Tres murieron y el resto huyó a pie.

—Y ya deben de hallarse a medio camino de casa a estas horas —gruñó Cuall.

—Me siento realmente agradecido —continuó Avallach—, pero no es éste el motivo de mi visita... —se detuvo, consciente de la suspicacia que brillaba en los oscuros ojos que lo rodeaban—, sino la tierra.

—Habéis dicho que los sucesos os han hecho modificar vuestros planes —recordó Elphin—. ¿Tiene este ataque algo que ver con este cambio?

—En parte. Taliesin no ha pedido ninguna recompensa, es más, aseguró que no aceptaría ninguna. Bien, ésa es su decisión. Sin embargo, ya había decidido mi actuación antes de enterarme del ataque. —Avallach levantó su cuerno y bebió. Los demás lo estudiaron con la mirada; los *cymry,* cautelosos; los atlantes, indignados—. Es buena esta bebida —siguió Avallach, bajando el cuerno—. Nunca había probado nada parecido.

—No somos gentes incivilizadas, aunque nuestras maneras sean algo toscas —refunfuñó Cuall.

Elphin le dirigió a su segundo en el mando un rápido gesto de impaciencia y éste, ceñudo y malhumorado, se hundió en un hosco silencio.

—Si tuviera un tonel, os lo daría —se disculpó con Avallach—. Pero la cerveza, como tantas otras cosas, se ha acabado. —Miró al Rey Pescador directamente a los ojos y preguntó—: ¿Por qué habéis venido?

Avallach hundió la mano en su ancha faja y sacó el cuchillo de Elphin:

—He venido a devolveros vuestro cuchillo.

—Era un regalo hecho a un amigo.

—Por esa razón debo devolverlo ahora. Mi actitud de esta mañana no correspondía a la de un amigo. Por favor, recuperad vuestro cuchillo.

Elphin contempló fijamente el arma pero no hizo el menor movimiento para tomarlo.

—Fue una ofrenda hecha libremente, y no lo lamento. Debe hacerse honor a un regalo.

Avallach colocó el cuchillo entre ambos. Cuall extendió una mano para tomarlo, pero Taliesin le sujetó la muñeca.

—¡Déjalo! —susurró.

—¿Por qué no aceptar el cuchillo? —preguntó Avallach—. ¿No es mío y puedo

darlo si quiero?

—En efecto, haced lo que deseéis; no tengo ningún derecho sobre él.

—Pero era vuestro —insistió Avallach.

Elphin miró a Hafgan, cuyo rostro permanecía sin expresión.

—Ya no es mío —repitió con cautela—. Mi regalo no imponía ninguna obligación.

Avallach sonrió, su rostro resultaba misterioso a la luz de las antorchas.

—«Debe hacerse honor a un regalo», habéis afirmado. Acepto vuestra ofrenda, y os pido igualmente que aceptéis la mía.

La declaración tomó a Taliesin por sorpresa.

—Conforme a las palabras de mi padre, no debéis sentiros empujado a...

—Lo comprendo; de lo contrario, jamás hubiera venido aquí esta noche. —Tomando el cuchillo de nuevo, Avallach siguió—: ¿Tomaréis el regalo que os hago?

Elphin buscó el consenso en las expresiones de sus consejeros, pero sus rostros no ofrecían ninguna ayuda; ninguno adivinaba lo que planeaba Avallach.

—Cualquier don debe ser ofrecido para poder ser aceptado. Pero no veo ningún perjuicio en corroborar nuestra amistad.

—¡Bien dicho, rey Elphin! —casi gritó Avallach, triunfante.

Los *cymry* intercambiaron miradas preocupadas y perplejas. Belyn y Maildun fruncieron el entrecejo.

—Bien, ¿cuál es ese regalo? —preguntó Cuall, incapaz de contenerse por más tiempo.

—A no mucha distancia de aquí existe una fortaleza sobre una colina que, según me dicen, ahora se halla abandonada y en mal estado. Las tierras que la rodean se encuentran desiertas, pues sus gentes fueron expulsadas hace mucho tiempo por una tribu; he oído contar que la tribu de los romanos. Es una buena tierra, pero inútil sin hombres para trabajarla. Os ofrezco todo a vosotros; la fortaleza y las tierras.

Cuall empezó a ponerse en pie, pero Taliesin posó su mano sobre el brazo del otro y lo mantuvo sentado.

—¿Qué juego es éste? —inquirió Elphin, con los ojos entrecerrados y la frente arrugada.

—Por favor —suplicó Avallach—, no es mi intención insultaros más, por eso no añado a mi regalo ninguna condición. —Sonrió feliz—. Vuestra aceptación no implica ninguna obligación.

—Pero un regalo de tal valor —observó Hafgan— siempre impone algún tipo de condición, directa o indirectamente.

—¿Por qué no? ¿Qué importa el tamaño del regalo? No es ni una décima parte de lo que poseo; incluso aunque fuera la mitad de mi reino no pensaría diferente. Simplemente deseo que sea vuestro.

—¿Por qué? —preguntó Cuall—. ¿Para que luchemos por vos cuando los Hombres del Norte vengan aullando desde el País de los Pictos?

Avallach se enfrentó a él sin rodeos.

—Esa pregunta constituye un insulto para mí, al igual que mi irreflexiva oferta lo fue para vosotros. Sin embargo, he de admitir que una alianza entre nuestros pueblos resultaría ventajosa, y la buscaré afanosamente. Pero no mediante engaños y, desde luego, no con regalos.

Elphin miró a su alrededor y se encontró con los ojos de Taliesin. Este asintió en

silencio.

—No resulta fácil dejar a un lado las costumbres de un clan que existe desde hace cien generaciones; tampoco para un rey es menos difícil deponer su orgullo —respondió Elphin con ecuanimidad—. En otro momento y en otro lugar, no aceptaría vuestro regalo porque me avergonzaría; pero un rey debe tener una tierra donde gobernar, así que, por el bien de mi pueblo, aceptaré vuestro regalo, lord Avallach.

Cuall meneó la cabeza con asombro. Su boca se movió una, dos veces, y se cerró de nuevo, muda.

Hafgan estudió a los que lo rodeaban, con ojos entrecerrados, y se permitió una sonrisa en privado. Avallach se dio un manotazo en las rodillas y gritó:

—¡Eso ha estado muy bien, lord Elphin! Con tierra o sin ella, sois un rey, y, desde luego, equiparable a cualquiera de los que he conocido. Os doy la bienvenida como vecino y amigo.

Los hombres del clan, que habían estado siguiendo a su manera aquella enrevesada conversación, estallaron en grandes aclamaciones para celebrar su inesperada buena suerte y el honor rendido a su rey. De pronto todo el campamento se vio inundado con risas jubilosas. Alguien sacó un arpa y se la pusieron entre las manos a Taliesin. Este se puso en pie de un salto y empezó a rasguearla y a cantar, reuniendo otras voces junto a la suya hasta que todo el campamento resonó con los sones de las canciones celtas.

Avallach reía a carcajadas, con la negra cabellera echada hacia atrás, y los blancos dientes centelleando a través de su barba, mientras sus anchas espaldas se agitaban convulsionadas por la alegría. Incluso Belyn y Maildun consiguieron mostrar unas sonrisas apagadas al observar el inicio de la fiesta.

Durante una pausa entre dos canciones y al tiempo que se servía la comida desde los humeantes calderos, Taliesin encontró un momento para llevar a su padre a un rincón.

—¿Buena suerte, eh, Taliesin? Sospecho que no te ha sorprendido menos a ti que al resto de nosotros.

Taliesin meneó la cabeza.

—El regalo de Avallach ha sido idea suya por completo. No he tenido nada que ver.

—¿Y tampoco con el rescate de su hija? —inquirió Elphin, y obsequió a Taliesin con una mirada de complicidad.

—Necesitó muy poca ayuda por mi parte. Llegué a tiempo de dispersar a los piratas, nada más, los cuales se sintieron muy felices de poder huir para salvar la vida cuando caí sobre ellos.

—Extraordinario —exclamó Elphin. Volvió la cabeza hacia el otro lado de la hoguera para contemplar a Charis, que se hallaba junto a Rhonwyn y otras mujeres para ayudar a llenar los cuencos con comida—. Una mujer con belleza y carácter, un tesoro, Taliesin. —Miró a su hijo, observó el brillo de sus francos ojos oscuros, y sonrió ampliamente—. Una novia digna de un señor *cymry*. ¿Quieres que le hable a su padre?

—Desde luego —respondió Taliesin con voz tirante—. No he pensado en otra cosa desde que la vi.

—Entonces, ¿por qué perder el tiempo? Se lo comentaré ahora.

—¿Ahora?

—¿Qué mejor momento? ¡Fomentemos aún más la alianza con un matrimonio!

Elphin se alejó a grandes pasos. Taliesin contempló cómo su padre rodeaba el fuego en dirección a donde se encontraba Avallach, que hablaba con Cuall y Hafgan. Vio a Elphin unirse al grupo, pronunciar unas pocas palabras y gesticular en su dirección. La cabeza de Avallach se alzó y se volvió hacia él. El joven observó moverse la boca de su padre y cómo la sorpresa y luego la conmoción se reflejaban en el rostro del Rey Pescador. Sin abandonar en ningún momento los labios de Avallach, la sonrisa se transformó directamente en una mueca de enojo.

Contempló la cabeza de Avallach al volverse para hablar con su padre; la amplia sonrisa de Elphin desaparecía para dar paso a una expresión de perplejo desaliento. Entonces, el Rey Pescador se volvió muy tieso y desapareció en la oscuridad; al cabo de un momento se oyó pedir el caballo del rey. Maildun apareció junto a Charis, y la tomó del brazo, y Taliesin percibió por encima del hombro la mirada desesperada de la muchacha mientras se la llevaban.

Taliesin vio todo esto como en un sueño: cada detalle resultaba nítido y claro, pero terrible en su irrevocabilidad. Entonces sus piernas empezaron a moverse y se encontró corriendo alrededor del círculo formado por la hoguera. Llegó hasta Charis en el mismo momento en que la ayudaban a subir a la silla de montar. Su rostro, a la luz del fuego, mostraba ansiedad y confusión.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó ella, con un ronco susurro—. Avallach está enfadado.

—Tenemos que hablar —la apremió Taliesin, acercándose cuando Maildun se dirigió a su montura.

—¡Charis! —gritó Maildun desde su caballo—. ¡Vamos!

—¡Tenemos que hablar, Charis! —insistió Taliesin.

—Nos encontraremos en el huerto —susurró ella, haciendo girar a su caballo para seguir a los otros—. Al amanecer.

9

A la mañana siguiente, Taliesin se levantó justo antes del amanecer y cabalgó hacia la Isla de Cristal para encontrarse con Charis. La noche había sido fresca y los vapores nocturnos aún reposaban sobre el pantano, elevándose de los estrechos arroyos de aguas en movimiento para flotar a la deriva en ondulantes olas por encima de la tierra, a la espera de que las cálidos rayos del sol de la mañana los derritiesen.

Al llegar al huerto, Taliesin desmontó, ató su caballo a una rama y, luego, avanzó por entre los árboles en flor. El rocío caído sobre hojas y flores brillaba bajo las primeras luces del día como pequeñas estrellas que hubieran quedado atrapadas en el suelo. Las altas hierbas estaban mojadas; el agua se deslizaba por los lisos troncos de los manzanos, negros como el carbón, y goteaba desde las ramas en una lluvia lenta y continuada que se desvanecía en el mullido verdor del suelo. El aire, aunque fresco, estaba ya impregnado del perfume de las flores.

Mientras paseaba por los amplios senderos del bosquecillo, advirtió de forma gradual la existencia de un sonido, débil, aunque perfectamente audible, que serpenteaba por entre los árboles: enlazada a una cristalina melodía, una canción sin palabras se iba tejiendo alrededor de ramas y troncos y parecía formar parte del bosquecillo tan intrínsecamente como las mismas flores rosa pálido. Rastreó el sonido con la esperanza de descubrir al cantor, mientras pensaba que a lo mejor Charis había llegado después de él y había penetrado en el manzanal por otro camino.

No obstante, el origen del sonido resultó ser muy escurridizo, y le supuso bastante tiempo localizarlo: buscó primero en una dirección y luego en otra, pero siempre encontraba que éste desaparecía y le llegaba de repente desde otro lugar. Finalmente, al agacharse bajo una rama baja, descubrió un enramado de haya recién hecho que se alzaba en el centro del huerto. Delante de él se hallaba una doncella cuyos cabellos eran como la luz de la mañana, vestía toda de verde y se sentaba en un taburete de tres patas junto a un trípode, del que colgaba un caldero sobre un pequeño fuego que ardía sin despedir humo. El caldero era redondo y fabricado con un extraño metal que despedía un brillo color rojo oscuro; sus costados tenían grabadas las figuras de animales fantásticos.

La doncella cantaba en voz baja, para sí, mientras dispersaba el vapor con un abanico hecho de alas de mirlo. De vez en cuando introducía la mano en un recipiente que tenía a los pies y sacaba una hoja o dos que dejaba caer con suavidad en el hirviente puchero. Taliesin la contempló durante un pequeño espacio de tiempo, antes de que ella volviera la cabeza para mirarlo tranquilamente, sin el menor asomo de sorpresa en sus ojos verdes ni en su melosa voz. Lo saludó:

—¡Bienvenido, amigo! Llegáis temprano al manzanal esta mañana. ¿Qué os trae por aquí?

Taliesin levantó la rama y se adelantó.

—Debo encontrarme con alguien —respondió.

—Claro que sí. —La doncella sonrió, aunque no podía decir si lo hacía por satisfacción o a causa de algún divertido pensamiento secreto—. Acercaos más, Cantor —pidió mientras dejaba caer otra hoja en el puchero—. Hablemos.

La doncella mostraba un extraño parecido con Charis, y era igual de hermosa, mas su belleza insinuaba algo frío e inhumano: quizás el gélido encaje de la escarcha del otoño sobre una rosa veraniega, o la helada elegancia de una nevada en primavera.

—No deseo molestaros —se disculpó él.

—Sin embargo, ya que lo habéis hecho; ¿agravaréis vuestra ofensa rehusando una invitación para sentaros un rato? —Al hablar, no lo miraba a él, sino al caldero.

Taliesin observó que no había ningún lugar para acomodarse excepto el suelo, que estaba húmedo por el rocío.

—Permaneceré de pie, señora —indicó y añadió—: ¿Agravaría en gran manera mi ofensa si os preguntara vuestro nombre?

—Podéis preguntarlo —respondió la joven. Sonrió de nuevo, y esta vez Taliesin comprendió que se reía de él.

—No lo haré —se corrigió—. Prefiero que me consideréis grosero.

—¡Oh! ¿Podéis adivinar lo que pienso? —preguntó, contemplándolo entrecerrando los párpados. Taliesin observó que el pulso de la muchacha se aceleraba en la base de la garganta—. Debéis de ser una persona muy aguda. Ya que, si podéis captar mis pensamientos, mi nombre no representará un obstáculo para vos.

—Desde luego, se me ocurren varios nombres —replicó Taliesin—. Pero ¿cuál resultaría más apropiado para vos?

La muchacha hizo un rápido movimiento con el abanico y una columna de vapor se elevó por los aires y, de repente, a Taliesin le pareció como si aquella joven hubiera creado las brumas y la niebla con su caldero hirviente y su abanico de plumas de mirlo.

—Llamadme como queráis —respondió ella—. Después de todo, un nombre no es más que un sonido en el aire.

—Ah, pero los sonidos tienen significado —repuso Taliesin—, y, por lo tanto, también los nombres.

—¿Qué os inspiro? —preguntó, casi con timidez. Al plantear esta cuestión, algo cambió en la muchacha, fue una sutil variación en sus modales, en la forma en que se mostraba a su escrutinio, y Taliesin tuvo la impresión de que conversaba con una persona totalmente distinta—. ¿Bien? ¿No tenéis un nombre para mí?

No esperó una respuesta sino que continuó precipitadamente.

—¿Veis? No es tan simple descubrir el significado como vos sugerís. Me parece mejor un sonido en el aire que un molesto afán en pos de un propósito vano.

—¡Qué criatura tan sorprendente sois! —rió Taliesin—. Hacéis una pregunta y la respondéis vos misma. Eso no es muy justo.

La dama se sonrojó al oír esto, sus mejillas enrojecieron violentamente como heridas por una llama. Se revolvió contra él, con una luz feroz y salvaje en las verdes profundidades de sus ojos y, por un instante, se convirtió en un ser salvaje y sin domar, dispuesto a huir a la oscura seguridad de una madriguera en el corazón del bosque. Taliesin sintió cómo una llamarada de cólera y alarma recorría la distancia que mediaba entre ambos.

—¿He dicho algo que os haya molestado, señora? No era ésa mi intención.

La expresión desapareció con la misma rapidez con que había aparecido y la doncella sonrió con recato.

—Sonidos en el aire —respondió—, ¿dónde está el mal?

Volvió su atención al puchero, estiró una mano y tomó un puñado de hojas que dejó caer, una a una, sobre la superficie del agua hirviendo.

—Mi nombre es Morgian.

Morgian...

Miró fijamente a la joven que tenía ante él mientras su nombre resonaba como un eco en sus oídos. Una oscuridad escurridiza se derramó a su alrededor como el vapor humeante del caldero, y el espíritu de Taliesin fue arrebatado y transportado como una barquilla de hule sacudida por el oleaje del océano y arrojada contra las rocas. Tuvo que hacer un supremo esfuerzo para mantenerse en pie.

Había rozado un poder puro e irracional, como el viento que arroja las olas contra la orilla. Ya se había encontrado con esta fuerza en una ocasión, hacía muchísimo tiempo, en el rostro de Cernunnos, el Señor del Bosque, y también entonces lo había conmocionado y había huido de él.

Ahora tenía más edad y había aprendido mucho sobre los antiguos dioses y su poder natural, elemental y nacido de la tierra, ligado a los árboles, a las colinas, a las piedras, a las estrellas, al sol y a la luna. Lo rodeaban tinieblas, pero no estaba entregado totalmente a la maldad, por lo tanto, no se le debía temer en exceso ni huir de él, sino respetarlo, de la misma forma en que se debe guardar precaución ante una víbora que echa hacia atrás la escamosa cabeza y nos muestra los comillos.

Taliesin no huyó esta vez, sino que permaneció firme. Jamás había buscado el poder de la tierra, al contrario de muchos druidas. Hafgan siempre había dicho que era innecesario, que tal búsqueda era insensata y peligrosa, que nadie podía esperar domar aquella fuerza ni descubrir la forma en que se utilizaba en la antigüedad, y que aquellos que lo habían intentado, si continuaron viviendo, fue para lamentarlo amargamente.

Morgian lo miraba con curiosidad.

—Otro lapso —suspiró alegremente—. Resulta educado decir a una dama que su nombre es encantador, que pronunciarlo es como música en los labios. —Se levantó del lugar que ocupaba junto al caldero y se acercó a él—. ¿Tan desagradable os resulto?

—Perdonadme, señora —repuso Taliesin—. Parezco destinado a cometer errores.

—No lo haré, Cantor —dijo Morgian, mientras se aproximaba aún más, con una sonrisa maliciosa y seductora asomando a sus labios—. Obtendré una satisfacción.

Taliesin retrocedió. Ella extendió una mano y la posó sobre su brazo.

—¿A dónde vas, Taliesin? Quédate conmigo, Señor del Verano.

—¿Por qué me llamáis así? —La voz del joven rechinaba como la grava bajo los cascos de un caballo—. ¿Dónde oísteis ese nombre?

La sonrisa de Morgian se acentuó.

—¿No os dio Avallach tierras?

—Sí —respondió Taliesin vacilante—, anoche.

Morgian acercó su rostro al de Taliesin. Su aliento flotaba dulce en el aire y olía a flores de manzano.

—Son las Tierras del Verano —repuso con fingida inocencia—. Y tú eres el

Señor del Verano. —Levantó una mano hacia el rostro de él y lo besó.

El contacto de su piel era al mismo tiempo como el roce de una llama y de un pedazo de hielo; ardía con una sensación de frío, como fuego helado. Taliesin sintió de nuevo cómo su espíritu se inclinaba hacia ella. Una parte de él quería permanecer a su lado, hacerle el amor siguiendo su invitación, pero su razón retrocedió ante el beso como ante una bofetada con el revés de la mano. El cielo se oscureció y la tierra giró bajo sus pies. Se desasió de su abrazo con violencia y empezó a correr, tropezó y cayó a cuatro patas, se alzó de nuevo con un esfuerzo y siguió corriendo.

—Regresa, Taliesin —lo llamó Morgian a su espalda con un extraño sonsonete. Volvió la cabeza y la vio llamarlo con las manos, su rostro brillando de júbilo—. Regresarás... Taliesin, vendrás a mí.

Charis llegó al manzanal y se encontró a Taliesin, que salía de él. Ató su caballo junto al de él y corrió a su encuentro.

—¿Qué sucede? —preguntó mientras su sonrisa de bienvenida se desvanecía—. ¿Ha sucedido algo?

Él la estrechó entre sus brazos, y el calor de su cuerpo lo tranquilizó.

—No pasa nada malo —la calmó—. No ha sucedido nada.

Ella se apartó y lo sujetó, con los brazos estirados.

—¿Estás seguro? Tenías un aspecto tan asustado hace un momento. Pensé...

—Shhh..., no importa. No ha ocurrido nada. —Taliesin colocó un dedo sobre los labios de ella—. Estás aquí ahora. Eso es todo lo que me importa.

—Pero no debiera haber venido —repuso ella con severidad apartándose de él, aunque al instante se ablandó y dijo—: Oh, Taliesin, no puede ser. Mi padre está muy enfadado; se ha opuesto a nuestra unión. No dejará que nos casemos.

—¿Por qué? —preguntó él con suavidad mientras se acercaba.

Ella lo mantuvo a distancia.

—Pocas veces lo he visto tan furioso. Se negó a hablar de ello conmigo anoche.

—Pero Avallach nos ha dado tierras —le informó—. Si nuestros pueblos han de convivir como vecinos, no veo por qué no podemos convivir nosotros como esposos.

—No resulta tan simple y tú lo sabes, Taliesin. —Le dio la espalda—. Ya te lo advertí: nuestro destino no nos conduce a estar juntos.

—Charis —dijo él con firmeza—, mírame.

La muchacha se volvió de nuevo hacia él, cejijunta.

—Sabes que te quiero; ¿me quieres tú?

—No importa mi voluntad.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes que negarte así a ti misma? ¿No eres acaso digna de amar y ser amada?

—¿Amor? —Charis sacudió la cabeza con tristeza—. No me hables de amor, Taliesin.

—Entonces, aconséjame lo que debo decir para conquistarte y lo pronunciaré. Con mis palabras haré de las estrellas del firmamento una corona para tu cabeza, convertiré las flores del campo en un manto, el tumultuoso arroyo en una melodía para tus oídos y las voces de mil alondras la entonarán para ti; mis palabras transformarán la suavidad de la noche en tu lecho y el calor del verano en tu colcha; te darán el brillo de la llama para iluminar tu camino y el del oro para que reluzca en tu sonrisa; hablaré hasta que tu insensibilidad se derrita y tu corazón quede libre una

vez más.

—Hermosas palabras, cantor. Quizá las podrás utilizar en una de tus canciones. —La voz provenía de los árboles a sus espaldas.

Charis giró en redondo hacia el sonido.

—¡Morgian! —Escudriñó los árboles y los senderos de la arboleda, pero no vio a nadie—. Morgian, ¿dónde estás? ¡Sal, deprisa!

Se produjo un largo silencio, y luego se oyó el roce de una rama florida y Morgian salió al exterior, con una perversa sonrisa en los labios.

—¿Estás celosa, hermana? Vamos, no te enojes. No era más que un juego; curiosidad ociosa, si lo prefieres. No hablaba en serio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió Charis con indignación, mientras el color le arrebolaba las mejillas.

—La encontré antes —explicó Taliesin, en un intento por disipar la tensión del momento—. Hablamos un rato, mientras esperaba. No sabía que fuera tu hermana.

—¿No le hablaste a Taliesin de mí? —inquirió Morgian inocentemente—. ¿Por qué no? ¿Temías que te lo robara?

—¡Déjanos! —Con las manos apoyadas en las caderas, Charis se irguió, inexpugnable.

—¡No puedes echarme! —Morgian se adelantó amenazadora. Sus ojos relucieron con dureza a la luz del sol, como pedazos de granito verde, y su voz era como una serpiente enroscada—. No me iré.

Taliesin se interpuso entre las dos mujeres. Le indicó a Morgian:

—Ya has recibido tu satisfacción. Vete ahora y separémonos como amigos.

Los ojos de Morgian pasaron de Charis a Taliesin; su expresión, su humor, todo su ser se suavizó al instante.

—Amigos, sí, y mucho más —murmuró.

—¡Morgian! —siseó Charis—. No tengo miedo de tus trucos de magia. ¡Déjanos! Y no vuelvas a entrometerte jamás.

—Me voy —aceptó Morgian alegremente—. Pero no creas que te has librado de mí.

10

Dafyd escuchaba; una expresión preocupada aparecía de vez en cuando en su rostro. Pero cuando Taliesin terminó de contarle lo sucedido, el sacerdote sonrió y dijo:

—Tienes razón al estar preocupado, Taliesin. Pero, que yo sepa, no corres ningún peligro mientras mantengáis vuestra fe. La doncella Morgian probablemente tenga poderes; no dudo ni por un momento que lo que decís sea verdad. Pero el poder de nuestro Salvador es aún más fuerte. Dios no abandonará a aquellos a quienes ha llamado, ni permitirá que se los arrebate el Maligno.

Taliesin se sintió animado por estas palabras.

—Explícanos, buen hermano, ¿cómo conoce el Salvador a los suyos?

—Cómo va a ser, por nuestra fe en él. Todos los que creen proclaman su muerte y su resurrección con el bautismo del agua, el mismo con el que el Señor fue bautizado por Juan. Es un rito muy sencillo, pero de lo más sagrado. No hace mucho lo recibió el rey Avallach.

—¿Podéis hacerlo también por nosotros? —preguntó Taliesin, tendiendo la mano para coger la de Charis.

—Desde luego —respondió Dafyd, y su rostro bondadoso se iluminó con una sonrisa—. ¿Será ahora? No habrá mejor momento.

—Estoy de acuerdo —corroboró Taliesin—. Hagámoslo ahora.

—Collen —llamó Dafyd en dirección al santuario—, deja tus herramientas y acompáñanos. Vamos al lago para convertir en cristianos a nuestros amigos.

De esta forma, los cuatro juntos bajaron hasta el lago, mientras los sacerdotes cantaban un himno latino; detrás de ellos, Taliesin y Charis, silenciosos, los seguían con pasos decididos y pausados. Cuando llegaron a la orilla, Dafyd se introdujo en el agua, luego se volvió y extendió las manos en dirección a ellos; su capa y su túnica se arremolinaban a su alrededor.

—Venid hasta mí, amigos, el reino de Dios se acerca.

Charis y Taliesin penetraron en el agua y vadearon hasta donde estaba Dafyd, mientras Collen seguía cantando con su potente voz de tenor resonando sobre el paisaje. Dafyd los colocó uno a cada lado de él y los hizo volverse para que se miraran.

—Es algo hermoso que un ser humano renazca de nuevo. Quiero que ambos lo veáis y lo recordéis siempre.

Tras esto extendió las manos, levantó la cabeza y empezó a orar, diciendo:

—Padre Celestial, os damos las gracias por el don del agua, que se transforma en vuestra señal de purificación y de nueva vida; os damos las gracias porque salvasteis a vuestro Hijo de las quietas y profundas aguas de la muerte y lo convertisteis en Rey de los Cielos. Bendecid estas aguas y a vuestros siervos que en estos momentos se purifican y lavan de todo pecado, y se unen a vos tanto en su muerte como en su nueva vida. No los olvidéis, Padre Celestial, y concededles la paz,

la esperanza y la vida eterna. Amén.

Collen añadió también su amén y Dafyd continuó:

—Aquellos que nacemos de padres terrenales precisamos nacer de nuevo, ya que en los textos sagrados la buena nueva de Jesús nos dice que si un hombre no ha renacido no puede ver el reino de Dios. Dios, siempre sabio y digno, nos ofrece este modo de nacer de nuevo mediante el agua y la intervención de su Espíritu. Este bautismo representa nuestro segundo nacimiento.

Entonces, se volvió a Taliesin y dijo:

—¿Es tu deseo recibir el sacramento del agua?

—Lo es —respondió Taliesin.

—Entonces arrodíllate, Taliesin —siguió Dafyd, y cuando el bardo le hubo obedecido, preguntó—: ¿Crees que Jesús es el Cristo, el Hijo unigénito del Dios Vivo?

—Lo creo —respondió Taliesin.

—¿Te arrepientes de tus pecados?

—Me arrepiento.

—¿Renuncias al mal?

—Renuncio.

—Juras devoción a Jesús, nuestro Rey y Señor, y prometes amarlo, seguirlo y servirlo todos los días de tu vida?

—Con todo mi corazón lo juro —respondió Taliesin.

Dafyd se inclinó para recoger agua entre sus manos.

—Entonces, en el nombre de nuestro nuevo Rey, Jesús el Cristo, amigo y Salvador de los hombres, y en el nombre del Dios Verdadero y de su Espíritu, yo te bautizo —mientras lo decía, el sacerdote alzó las manos y derramó el agua sobre la cabeza inclinada de Taliesin.

Luego colocó una mano entre los omóplatos de Taliesin y la otra sobre su cabeza y sumergió al joven.

—Al igual que Jesús murió para que los hombres pudieran vivir, de la misma forma mueres tú para tu antigua vida. —Sostuvo al bardo bajo el agua un instante y después lo levantó pronunciando estas palabras—: ¡Despierta, Taliesin *ap* Elphin! Entra en tu nueva vida como hijo del Único Dios Verdadero.

Taliesin se irguió de las aguas con un grito, su rostro radiante, el cuerpo temblando y esparciendo agua por todas partes.

—¡He renacido! —exclamó, se echó sobre Dafyd y lo envolvió en un fuerte abrazo.

—¡Espera, Taliesin! ¡Tranquilo! ¡A mí ya me han bautizado! —farfulló el sacerdote. Collen se lanzó con fuerza a un nuevo himno.

Charis fue bautizada inmediatamente y, cuando hubo finalizado, Dafyd elevó las manos por encima de ellos y oró:

—Dios Todopoderoso, en vuestro infinito amor nos habéis llamado para que os conozcamos, nos habéis guiado para que confiemos en vos, y habéis ligado vuestra vida a la nuestra. Rodead a estos tus hijos con vuestro amor y protegedles del mal, pues se hallan ahora bajo vuestra protección, de modo que puedan seguir el sendero del Señor y aumenten su gracia y su fe. Amén.

Se volvió primero hacia Taliesin y luego hacia Charis, e hizo un gesto en el aire al tiempo que decía:

—Os hago la señal de la cruz, el signo de Cristo. No os avergoncéis de confesar vuestra fe, amigos míos. Vivid en la luz, y luchad con valentía contra el pecado y el

Demonio todos los días de vuestra vida.

Vadearon en dirección a la orilla y, mientras salía del agua, Taliesin se volvió hacia Charis.

—Hemos nacido juntos. Nada puede separarnos.

—No ha sido un verdadero matrimonio —observó Dafyd, chorreando agua—. ¡Ah! Pero puedo celebrar ese rito también.

—Y lo haréis muy pronto —afirmó Taliesin.

Se alejaron del lago y regresaron al santuario, donde Collen les proporcionó túnicas con las que cubrirse mientras esperaban que el sol secara sus ropas. Comieron pescado ahumado y pan negro junto al fuego y Taliesin contó la visita del rey Avallach al campamento de Elphin la noche anterior y su regalo.

—¡Qué don tan magnífico y generoso! —observó Dafyd al oírlo—. Me alegro, ya que significa que estarás cerca. —Miró a Charis, que había permanecido silenciosa durante su charla—. ¿No son ésas buenas noticias, Charis? —preguntó.

La muchacha salió de su ensimismamiento al oír su nombre y dijo:

—¿Qué? Oh..., sí que son buenas noticias.

—Y tan pronto como nos hayamos instalado en nuestras propiedades —continuó Taliesin—, Charis y yo nos casaremos.

Dafyd asintió con aprobación.

—Hacéis tan buena pareja...

La joven no hizo ningún comentario. Al cabo de un rato, Collen apareció con sus ropas colgadas de los brazos. Ella se alejó para vestirse.

—Ha estado muy sola —dijo el sacerdote—. Ha perdido muchas cosas durante su vida y puede que tenga miedo. No es fácil amar lo que puede perderse. Algunas veces pienso que supone lo más difícil del mundo. —Dafyd hizo una pausa y continuó—. ¿Sabes?, Hafgan vino a verme no hace mucho.

Taliesin enarcó las cejas sorprendido.

—¿De veras? No me contó nada sobre ello.

—Quería que le hablásemos del Señor. «Explicadme cosas de ese dios», nos dijo, «de ese Jesús al que llamáis el Cristo». Conversamos durante varias horas y me relató un extraordinario suceso: afirmó que la señal del nacimiento de Cristo se había visto en el cielo, y que los druidas de antaño supieron por ella que había nacido un rey sin igual en toda la tierra. ¡Imagínate! Lo sabían.

—He oído esa historia, al igual que otra bastante a menudo referente a una lluvia de estrellas ocurrida hace muchos años.

—No lo mencionó.

—Hafgan y muchos otros la contemplaron. Me dijo que ésta también significaba un nacimiento maravilloso: el del rey que nos guiará durante la Era de las Tinieblas.

—¿La Era de las Tinieblas? ¿Te refieres al ataque que empujó a tu gente hacia el sur?

—Eso constituye sólo el comienzo. —Taliesin se puso muy serio—. Pero se acerca: una profunda oscuridad, como noche cerrada, descenderá sobre la Isla de los Poderosos.

—Este rey, ¿dices que ha nacido? —preguntó el sacerdote.

Taliesin sacudió la cabeza.

—A lo mejor, nadie lo sabe con seguridad. Pero su venida no puede estar lejana, ya que las tinieblas son más poderosas cada día; tendrá que llegar pronto si ha de quedar algo que merezca la pena salvar.

—Creo que es cierto —intervino Collen. Había estado siguiendo la conversación lo mejor que había podido—. Algunos pastores que pasaban por aquí esta mañana dijeron que se han visto piratas por aquí, en una zona donde no se habían visto irlandeses desde hace muchísimos años.

—Charis se encontró con ellos ayer en el valle. Si yo no hubiera estado allí, hubiera podido salir malparada... —Se interrumpió al recordar cómo la había contemplado vencer a diestros guerreros—. ¡Ah! Debiérais haberla visto. Incluso ahora no estoy seguro de que realmente necesitara mi ayuda.

—Puedo imaginar —repuso Dafyd pensativo mientras se acariciaba la barbilla— que resultase un formidable contrincante. Hay una gran fortaleza en ese cuerpo. A menudo me he preguntado de dónde procede.

—¿Te irás pronto? —preguntó Collen.

—Hoy —contestó Taliesin—, aunque pienso venir de visita a menudo, y os invito a hacer lo mismo.

—Desde luego —prometió Dafyd—. Tengo que cuidar a mis nuevos conversos y ganar más adeptos. Creo que nos veremos asiduamente en el futuro.

Charis se reunió con ellos de nuevo, y ella y Taliesin se despidieron de mala gana. Los sacerdotes les dijeron adiós con la mano mientras se alejaban y luego regresaron a su trabajo en el santuario.

Los dos cabalgaron hasta la Torre, recorrieron la calzada y, al llegar al pie del sendero sinuoso que conducía hasta el palacio, Taliesin se hizo a un lado. Charis detuvo también su montura, y permanecieron durante unos instantes mirándose el uno al otro.

—Te vas —afirmó ella como sin darle importancia.

—Durante algún tiempo. Pero cuando regrese estaremos juntos, y nunca más nos separaremos. —Obligó a su caballo a dar algunos pasos hacia ella, y le tomó la mano—. Ocuparás constantemente mis pensamientos hasta mi regreso. —Se inclinó hacia adelante y la besó con dulzura.

Charis se irguió muy tiesa sobre su silla y aferró con fuerza las riendas que tenía en la mano.

—Aseguras que hemos renacido —respondió con amargura—, y que nos casaremos y nunca nos separaremos. Afirmas que me amas.

—Es verdad, Charis. Lo siento con todo mi ser.

—¡No es suficiente! —gritó ella, azotando con las riendas el cuello de su caballo, mientras le clavaba los talones en los ijares—. No es suficiente.

El rucio se encabritó y salió al galope por el serpenteante sendero en dirección a la cima de la Torre.

En los días lluviosos, fríos y lúgubres que siguieron, el desánimo descendió sobre el corazón de Charis. Se paseaba por los pasillos de palacio irritable e inquieta, al tiempo que se odiaba a sí misma por albergar esos sentimientos, y padecía aún más por ello.

Su tormento no se concretaba. Al igual que el viento que ataca desde todas direcciones, parecía golpear desde multitud de centros y de forma inesperada. «¿Por qué?», no cesaba de preguntarse, «¿por qué?»

«¿Por qué tiene que ser así? ¿A causa de qué me llena de tanto temor la idea de amar a Taliesin? ¿A qué se debe mi miedo?»

Pensaba en el joven, pero más como una presencia abstracta, una fuerza a la que enfrentarse o una discusión a la que poner fin, que como un ser humano de carne y hueso que la amaba y la deseaba. Constituía un enigma sin rostro, un símbolo cuyo significado no podía descifrar.

«¿Por qué recordarlo no me depara felicidad?»

Se planteó la misma cuestión una y ota vez, y siempre tropezaba con la misma torpe conclusión: «No lo amo».

«Eso debe de ser», decidió. «Por dolorosa que resulte, ésa debe de ser la respuesta. No lo amo. Quizá nunca he amado a nadie.»

«No, amaba a mi madre», pensó. «Pero eso ocurrió hace mucho tiempo, hace muchísimos años que murió. A lo mejor cuando mataron a Briseis también murió todo el amor que había en mí. Es curioso descubrirlo ahora precisamente. Hace tanto tiempo que no he sentido afecto por nadie ni por nada excepto por mí misma... No, ni siquiera por mí misma. Lo que la Suprema Soberana me dijo aquel día era cierto: yo quería estar muerta, por esa razón bailaba en el ruedo.»

«Amor... ¿Por qué ha de ser tan importante? Salvo algunos breves años, cuando era niña, mi vida ha transcurrido sin él. ¿Por qué debe preocuparme su ausencia ahora? ¿Por qué ahora?»

¿Qué había sucedido con aquella tranquila y agradable sensación que había experimentado tan sólo hacía unos días, aquel sentimiento de seguridad y de justicia, de que formaba parte de un plan secreto que se iba desarrollando meticulosamente? ¿Dónde había ido?

«Es verdad», se recordó. «Hace unos pocos días estabas segura de estar enamorada de Taliesin y sentías que tu vida había recuperado su propósito y su significado. ¿Y ahora?»

¿Tanto habían cambiado las cosas? ¿O aquello no había sido más que espejismos fugaces, más un sueño que una realidad? Realmente, sí existía algo de ensueño en lo sucedido durante los últimos días. Era como si hubiera estado durmiendo y hubiera despertado de un sueño agradable a la monótona austeridad de la vida cotidiana.

¿Fue un sueño? ¿Lo había imaginado para librarse de su soledad y melancolía?

Taliesin era muy real. Charis aún podía oír su nombre en los labios de él, sentir su contacto sobre su piel y el calor de sus brazos al rodearla. Pero, ¿esas reminiscencias significaban amor?

Si era así, no era suficiente.

Volvieron a ella sus palabras al separarse, hiriéndola con su inutilidad. ¡No era suficiente! El amor nunca había bastado: no había evitado que su madre muriera, no había alejado la espantosa guerra que se había llevado a Eoinn y a Guistan, ni había salvado la Atlántida de la destrucción. Si se atenía a su experiencia, el amor no había librado jamás a nadie de la agonía de la vida, ni por un instante siquiera.

Y ahora aquí estaba el sacerdote cristiano Dafyd insistiendo en que el poder que regía al mundo, incluso el que había gobernado todos los mundos pasados, presentes y futuros, era el amor; esa emoción débil e inestable, impotente y, por su misma naturaleza, vulnerable; algo más digno de desprecio que de exaltación, más merecedor de lástima que de aceptación.

¿Quién era este dios que exigía amor de sus seguidores, se llamaba a sí mismo amor e insistía en que se le rindiera un culto de amor? ¿Por qué ese sentimiento constituía la expresión suprema de su poder? ¿A qué se debía su insistencia en que

sólo él estaba por encima de los demás dioses y había creado los cielos y la tierra, que únicamente él era digno de ser adorado, reverenciado y glorificado?

«Este Dios del Amor es extraño y perverso», pensaba Charis. «En nada se parece a los otros dioses que he conocido. Resulta tan diferente a Bel, cuya dualidad de constancia y cambio no exigía nada más que sencilla reverencia y ritual, y ni siquiera eso, si uno no lo deseaba. Ciertamente, no prestaba demasiada atención ni ayudaba a su pueblo, aunque tampoco lo fingía; ignoraba a todos los hombres en la misma forma, siendo por igual mago y mendigo.»

Mas este Dios Altísimo insistía en que se preocupaba por sus fieles, y pedía, más exactamente, exigía, que los hombres lo reconocieran como guardián supremo, autoridad y juez sobre todas las cosas, si bien podía ser tan silencioso, frío, distante y veleidoso como siempre había sido Cybel.

A pesar de ello, Charis había prometido seguirlo, y había sido bautizada en la fe cristiana. ¿Por qué?

¿A causa de su inquietud? ¿Porque se había cansado de su agitación, de su búsqueda constante y de aquella sensación vacía y remota de que su vida ya no tenía significado? ¿Fue por eso?

Como un pájaro atrapado en un establo, que se arroja contra mudas e insensibles paredes, Charis luchaba por comprender la desdichada confusión de sus pensamientos y emociones, sin encontrar más que silencio e indiferencia una y otra vez; sus preguntas quedaban sin respuesta.

Muy bien, se había sentido atraída hacia este nuevo dios a través de su hijo, Jesús, que había vivido bajo la apariencia de un hombre entre los hombres y había predicado los caminos del amor, sembrando la esperanza de un reino de paz y felicidad sin fin. Esa promesa, al menos, valía la pena creerla. Pero, ¿con qué fin?

Bel no proponía nada tan imposible, no ofrecía ilusiones sin fundamento. La vida y la muerte eran lo mismo para él. Por el contrario, este Jesús, que era en realidad Dios, si Charis había comprendido a Dafyd correctamente, se había inmolado para que todos pudieran renacer de nuevo y habitar en su reino, tan remoto e insustancial para ella como el amor que él prometía compartir con aquellos que creían en él y le seguían.

—Sólo fe —le había dicho Dafyd—, no nos pide que le comprendamos, tan sólo que creamos en él. Está escrito: «Dios amaba tanto al mundo que entregó a su Hijo unigénito; por eso, aquellos que creen en él no morirán jamás, sino que disfrutarán de la vida eterna».

«¡Sólo creer! ¡Levantar la Atlántida de las profundidades sería más fácil!», pensó Charis con desesperación. «¿Cómo puedo creer en un dios que no tiene una imagen y que, sin embargo, reclama toda la creación como suya, que exige una devoción total y sin reparos y, no obstante, no quiere hablar; que se llama a sí mismo Padre y se negó a salvar a su único hijo verdadero?»

Sería mejor honrar a Bel, a Lleu, a Oester, a la Diosa Madre, o a cualquiera de los múltiples dioses y diosas que los hombres han adorado a través de los tiempos. Es preferible no creer en nada ni en nadie, pero esta conclusión poseía el consuelo lapidario de la tumba.

—¡Dios! —gritó desesperada. Su voz se perdió entre el viento y la lluvia que azotaban la Torre—. ¡Dios!

11

Las tormentas de los últimos días cesaron durante la noche y empezó a atisbarse el inicio de la primavera. Charis permaneció unos momentos en su lecho, se sentía ligera de cuerpo y espíritu, y recordó que no había probado bocado el día anterior, ni tampoco el día anterior a ése. Estaba hambrienta, pero también aliviada, como si el peso de su desdicha se hubiera disuelto durante la noche y desaparecido con los nubarrones. Pero nada había cambiado.

Seguía indecisa sobre su amor por Taliesin e insegura en su fe en el nuevo dios; se sentía muy sola todavía, y también muy inquieta. Su primer pensamiento fue levantarse, ensillar su caballo al momento y salir hacia las colinas; cabalgar sin detenerse jamás, hasta perderse en la melancólica gloria de la tierra verde y el intenso azul del cielo.

Hizo una pausa para comer pan y queso y tomar un trago de vino de camino a los establos, atravesó luego corriendo el patio y se encontró con Morgian, malhumorada y erizada de amenazas inarticuladas.

—No tengo nada en contra tuya, Morgian —le dijo Charis—. Pero lleguemos a un acuerdo.

—¿Un acuerdo? ¿Cómo es eso, hermana? —inquirió maliciosa.

—Se trata de Taliesin. Me ha declarado su amor, y desea que nos casemos. Ahora bien, honradamente, no sé si lo amo o no. Me inclino a creer que no y, por lo tanto, es muy posible que nunca nos casemos.

La sonrisa de Morgian recordaba en mucho a la del gato cuyas zarpas se acaban de cerrar alrededor del ratón.

—Entonces, adm...

—Pero —la interrumpió Chans—, tanto si nos casamos como si no, te prohíbo que interfieras en nuestros asuntos.

—Si no lo amas, ¿qué te importa? —exigió Morgian.

Charis en aquel momento no prestó atención a la pregunta y no la contestó, pero, más tarde, mientras dejaba que su rucio avanzara pesadamente a su aire por el sendero bordeado de retama de la colina, se encontró meditando en torno a aquella pregunta: «¿Qué me importa?».

Empezó a considerar la cuestión seriamente mientras escuchaba el lento golpear de los cascos del caballo sobre la tierra mojada. «¿No indica amor el preocuparse por otro? En verdad, ¿no se identifican?»

Absorta en sus pensamientos, coronó la colina y empezó a bajar por el otro lado, pasando junto a un espeso bosquecillo de endrinos. Un grito agudo y penetrante la sacó con violencia de su ensimismamiento. Refrenó su montura y escuchó; un suave crujido surgió del endrino que tenía enfrente.

Charis desmontó y se acercó al arbusto. Tras arrodillarse, miró con atención por entre las entrelazadas ramas; estaba demasiado oscuro para distinguir gran cosa, pero había algo allí, entre las sombras. Con cuidado, dobló hacia atrás la capa

superior de hojas. El desgarrador chillido atravesó el aire y el endrino se agitó con furia. Charis soltó la rama, pero ya había atisbado lo que había en su interior: un pequeño halcón, atrapado entre las espinas.

Apartó las hojas otra vez y, despacio, alargó la mano. El ave se debatió, sacudiendo la cabeza y agitando las patas, pero las alas se hallaban clavadas en las espinas y fuertemente sujetas.

—Vamos, amiguito —lo tranquilizó Charis, tendiendo su mano libre en dirección al halcón—. Estáte quieto, no te haré daño.

El pájaro atacó a Charis con las garras y el pico, y ésta retiró la mano.

—Shhh, tranquilo, soy tu amiga.

El halcón chilló de nuevo, e intentó atacarla; sus ojos rojos relucían en orgulloso desafío, y a Charis no le quedó más solución que sentarse sobre sus talones, hasta que la cólera se apaciguara.

A los pocos instantes, el ave volvió a apaciguarse y Charis acercó la mano hacia ella; despacio, con suavidad, deslizó los dedos hasta el halcón. Éste dejó que las puntas de sus dedos le rozaran las plumas y entonces le clavó el afilado pico.

—¡Ay!

Él picotazo le arañó el dedo índice.

Este juego del gato y el ratón continuó durante algún tiempo; el ave rechazaba cada uno de los intentos de Charis, pero ésta persistió: le habló, lo consoló y lo obligó a aceptar su preocupación.

—¿Qué voy a hacer contigo? No puedo dejarte aquí así, morirás —razonaba con el halcón. Éste chilló como respuesta, pero no tan fuerte como antes, y Charis se percató de que se debatía también con menos fuerza.

—De modo que —siguió ella— has estado aquí algún tiempo. Me lo temía. El vendaval te arrojó al interior del arbusto y mírate: no puedes liberarte por ti mismo y necesitas ayuda. Ahora, quédate quieto y deja que te saque. —Él ave la observó fijamente con sus brillantes ojos redondos, pero esta vez no se debatió; permaneció inmóvil y dejó que su mano se cerrara alrededor de su cuerpo.

Con suavidad, consiguió soltar sus alas y sacó al pájaro de su prisión. Sus alas y dorso eran de color gris claro; su vientre, de un suave tono crema con matices rojizos; tenía unas manchas oscuras, como pequeñas dagas, por todo el pecho, el lomo, las alas y la cabeza; una ancha franja negra le atravesaba la cola y la punta de cada ala.

—Ya está, ¿lo ves? —le dijo, sujetándolo cerca de ella y acariciándolo, con un susurro tranquilizador—. Eres libre. Ahora te dejaré ir.

Charis se apartó algunos pasos del arbusto, se volvió en dirección a la brisa y alzó el ave en sus manos. El halcón dio un salto, se debatió en el aire y cayó; una ala batía el aire con furia, pero la otra se hallaba medio doblada e inmóvil. Él pájaro acabó en el suelo a poca distancia, y ella corrió hacia él.

—¡Lo siento, amiguito! Estás herido. Déjame ver. —Se inclinó para levantarlo de nuevo y el halcón la golpeó con el pico, y en esta ocasión acertó a Charis en la parte carnosa de la mano entre el pulgar y el índice.

—¡Ay!

Era un buen picotazo y la sangre empezó a manar al instante.

—No eres un pájaro muy agradecido, ¿verdad? —le recriminó ella mientras se llevaba la mano herida a la boca—. ¿Cómo voy a ayudarte si no me dejas?

El halcón lanzó su penetrante grito de nuevo y avanzó penosamente hacia adelante, cojeando por entre las altas hierbas, mientras el ala lastimada se arrastraba

inútil sobre el suelo.

—¿A dónde irás? —le gritó Charis—. Mírate. Estás herido y débil por no haber comido hace tiempo. No puedes cazar para alimentarte y ni siquiera puedes volar. No hay nadie más que pueda salvarte. Morirás aquí fuera, amigo.

El animal recorrió tanto trecho como pudo, pero el esfuerzo demostró ser excesivo y se detuvo, volviendo la cabeza para mirarla, la cabeza gacha, jadeando por el abierto pico.

Charis corrió hacia él y se detuvo a su lado.

—¿Dejarás que te ayude?

El halcón, exhausto, bajó la cabeza y cayó hacia adelante sobre la hierba. Charis lo recogió con cuidado, y el pájaro, demasiado débil para seguir la lucha, permitió que lo tocara; cerró los ojos y se acomodó en el ángulo de su brazo.

Nada más llegar al palacio, Charis llevó el ave directamente a su habitación y lo depositó sobre su cama, luego salió en busca de Lile y la encontró en el jardín de las hierbas a cuatro patas, hundiendo semillas en un pedazo de tierra húmeda.

—Lile —llamó Charis—, he encontrado un pájaro herido. ¿Quieres venir a darle un vistazo, por favor?

—¿Un pájaro herido? —Lile se limpió la frente con la manga—. No se puede curar a los pájaros. Debieras haberlo dejado donde estaba —concluyó y siguió cavando.

—Hubiera muerto —explicó Charis.

—Sí, es lo más probable. A la mayoría de los animales salvajes no se los puede curar y, en especial, a los pájaros. Se mueren.

—No es un pájaro pequeño —respondió Charis—. Es un halcón. Creo que tiene un ala rota, porque no puede volar.

—¿Un halcón? —Lile pareció interesada, y luego se encogió de hombros—. Es inútil, no puedo hacer nada por él.

—Oh, al menos ven y échale una mirada —insistió Charis—. Dudo de que esté malherido, tan sólo se ha lastimado el ala; además, está débil por el tiempo que lleva sin comer.

Lile se frotó las manos en su manto amarillo y se incorporó.

—Muy bien, le echaré una ojeada a tu halcón. Pero tienes que prometerme que si no se lo puede curar harás que se lo mate inmediatamente. No es justo dejar que una criatura sufra innecesariamente.

—Lo prometo —asintió Charis—. Ven, está en mi habitación. —Y salieron a toda prisa.

Lile se acomodó en el borde de la cama y estudió al ave con cuidado. Ésta no se movió cuando ella se inclinó para tocarlo, e incluso dejó que le examinara el ala herida sin oponer resistencia.

—El ala está rota —dijo ella—. Me temo que este pequeño *merlin*[1] ya no volará más.

—¡No! —exclamó Charis sobresaltada—. Seguro que puedes curarlo. Por favor, Lile, debes intentarlo.

Lile suspiró y frunció el entrecejo escépticamente ante aquella masa de plumas grises.

—Bien, veré lo que puede hacerse, aunque no creo que haya muchas

[1] En este caso se prefiere la palabra inglesa *merlin* a su traducción al castellano, ya que de lo contrario no se comprendería el motivo por el que se escoge el nombre de Merlin para el hijo de Charis. (N. de la T.)

posibilidades de salvarlo. Incluso si conseguimos mantenerlo vivo, lo más posible es que jamás vuelva a volar, lo cual no lo convertirá precisamente en un ser afortunado. —Al abandonar la habitación, añadió—: Traeré mis cosas. Entretanto, da instrucciones a los mozos del establo para que cacen un ratón o dos, pero que no los maten. A partir de ahora necesitaremos tantas ratas y ratones vivos como puedan capturar. Trae también un recipiente con agua.

Charis obedeció y, cuando regresó, Lile estaba vendando el ala con tiras de ropa blanca. Había pedazos de plumas esparcidos por toda la cama, y la cabeza del halcón se hallaba cubierta por una venda de ropa blanca.

—¿Qué has hecho? —quiso saber Charis.

Sin levantar la cabeza, Lile explicó:

—He cubierto la cabeza del pájaro para que no se agite, pues he tenido que recortar las alas para que no intente volar antes de que la extremidad esté curada. He unido los huesos rotos lo mejor que he podido y he vendado el ala. Ahora, si conseguimos que la criatura se alimente y permanezca quieta, puede que se salve. Es todo lo que puede hacerse, el resto depende del pájaro.

Charis se sentó en la cama y empezó a acariciar la cabeza del halcón.

—Gracias, Lile. Se recuperará —aseguró muy convencida—. Me ocuparé de ello.

—Quizá —repuso Lile escéptica, y empezó a recoger sus vendajes y utensilios—. Ya veremos.

Al cabo de unos días Taliesin regresó a Ynys Witrin. Rodeó la Torre y cabalgó directamente al santuario. Dafyd le salió al encuentro en el arroyo, donde ató su caballo y subió con él la colina.

—Me alegro de verte, Taliesin. ¿Comerás con nosotros? Estábamos a punto de partir el pan.

Se sentaron y Collen sacó unos cuencos con conejo y cebollas cocidas y pan recién horneado. Elevaron una plegaria y empezaron a comer. Taliesin les contó su llegada a la tierra que Avallach les había dado.

—Existe un *caer* en ruinas en una colina elevada, desde el que puede defenderse la tierra hasta donde alcanza la vista. Constituye una excelente fortaleza en el corazón de magníficos bosques y terrenos de labranza. Cualquier rey se sentiría afortunado de poseerla, pero no la han habitado durante muchos años y empleará mucho trabajo arreglarla: levantar refugios, desbrozar campos, criar y cuidar ganado y mil otras tareas grandes y pequeñas; en fin, todo lo necesario para convertir la propiedad en un lugar habitable y seguro.

Dafyd observó que los ojos del joven se desviaban continuamente hacia la Torre que se alzaba en la distancia e intentó distraer su mente hablándole del aspecto que tendría el santuario cuando estuviera terminado, y anunciándole que el culto se iniciaría muy pronto.

El sacerdote advirtió que Taliesin no escuchaba una sola palabra sobre estos avances, de modo que exclamó por fin:

—Pero no has venido a oír mi cháchara sobre el santuario, aunque si quieres saber algo de Charis, debes preguntarle tú mismo, puesto que no hemos vuelto a ver a la dama.

El joven meneó la cabeza sombrío y contó a Dafyd lo sucedido la noche que

Avallach había visitado el campamento *cymry.*

—Comprenderéis ahora —concluyó— que la cuestión no está resuelta entre nosotros y que a mí no se me recibe en el palacio del Rey Pescador, de lo contrario iría yo mismo.

—Sí, ya veo —repuso Dafyd—. ¿Ayudaría si llevara un mensaje a la joven?

—Exactamente lo que estaba pensando.

Dafyd hundió la mano en el recipiente para tomar otro pan, lo extrajo y lo partió en dos.

—Bien pues, al acabar de comer iré.

Taliesin se puso en pie y tiró al sacerdote del brazo.

—Comed cuando regreséis.

—Oh, muy bien —consintió el sacerdote—. Ya me voy. Préstame tu caballo y así efectuaré el encargo más deprisa y regresaré antes.

Descendieron la colina y Dafyd montó en el negro animal al tiempo que preguntaba:

—¿Qué mensaje debo llevarle?

—Decidle que la esperaré en el manzanal que hay al pie de la Torre. Que se reúna conmigo allí.

Dafyd cabalgó hasta la Torre por la calzada de tierra, y escaló el empinado y serpenteante sendero que conducía a la entrada del palacio. Se le permitió entrar sin ceremonias y penetró en el patio, donde desmontó y permaneció durante un momento mirando a su alrededor. Una vez más, se sentía impresionado por la grandiosidad que lo rodeaba, tan diferente de todo lo que hubiera visto antes, incluso en Constantinopla.

Entendía muy bien por qué a las gentes de Avallach sus vecinos britones las llamaban los Seres Fantásticos: todo en ellos era extraño y espléndido, como si realmente hubieran venido de otro mundo. Quizá las historias sobre las Tierras Occidentales eran auténticas y, como murmuraban los habitantes de las colinas, Avallach era el Rey de las Hadas de la Isla de los Inmortales. Sucesos más fabulosos eran posibles.

No era la primera vez que Dafyd tenía estos pensamientos, pero la sensación que les seguía, aquella que le inducía a creer que al poner el pie en la Torre penetraba en un mundo diferente, era más fuerte ahora que en ninguna otra ocasión que pudiera recordar.

Mientras contemplaba la elegante sillería de los muros del palacio, reconoció para sí que no serían necesarios muchos esfuerzos para convencerlo de que existía una poderosa magia detrás de todo lo que veía.

Sin embargo, conocía a Avallach, y sabía que era un mortal. Éste le había ofrecido su amistad, el sacerdote había compartido su comida y bebida, había dormido bajo su techo y lo había bautizado en el lago que chapoteaba a los verdes pies de la Torre. De todas formas, tanto él como Collen habían confundido a Charis momentáneamente por una visión de Santa María —el recuerdo le hizo sonreír—, pero resultaba un error perfectamente lógico y cualquiera hubiera podido cometerlo bajo aquellas circunstancias: estaban cansados y hambrientos después de su largo viaje, susceptibles a cualquier espejismo; además, en raras ocasiones se encuentra tal belleza en este mundo. La verdad era que no esperaban encontrar a nadie, y mucho menos a una criatura tan hermosa, guardando el santuario. La equivocación había sido muy natural.

Al llegar al pórtico, se dio cuenta de que lo observaban unos ojos. Se detuvo y esperó. La doncella Morgian salió de entre las sombras casi al instante, con las manos cruzadas ante ella y una recatada sonrisa asomando a sus labios. Le devolvió la sonrisa, pero experimentó como un escalofrío indefinible.

—Habéis venido a ver a Charis —afirmó Morgian, con la amabilidad reflejándose aún en sus labios.

—Sí. Decidme, si lo sabéis, ¿está en su habitación?

—En efecto. Os ha estado esperando hoy.

Dafyd frunció el entrecejo con gesto sorprendido.

—¿Cómo es eso? Hasta hace muy poco no había pensado siquiera en venir.

Morgian inclinó la cabeza ligeramente, como si escuchara a alguien que estuviera a su lado.

—Eso es lo que decís.

—¿Podéis acompañarme hasta ella? —Dafyd indicó la enorme puerta de latón abierta. Morgian miró a la entrada pero no hizo el menor movimiento hacia ella.

—Habéis venido a hablar de Taliesin.

—Así es.

El rostro de la muchacha se nubló y avanzó despacio hacia el sacerdote. Un pequeño tentáculo de miedo se extendió y rozó el corazón de Dafyd.

—Ella no ama a Taliesin —le dijo Morgian con una voz profunda y amenazadora.

—¿Os lo ha confesado ella? —Dafyd sintió un repentino e inexplicable impulso de huir.

—Se lo ha comentado a todo el mundo, incluso al mismo cantor, pero éste no quiere escuchar. Le aseguró que no iría; su espera resulta inútil.

—Me gustaría ver a Charis ahora.

Morgian asintió con expresión grave.

—Entonces, lo mejor es que me sigáis. —Se volvió en dirección a la puerta, dio unos cuantos pasos, y luego vaciló—. Quizá pueda ayudar al cantor.

—Quizá —respondió Dafyd—, pero hablaré primero con Charis y después ya veremos.

12

—¿Pensabas acudir a su encuentro sin decírmelo? —Avallach llenaba el umbral de la habitación de Charis con su cuerpo. Ella se enderezó, con las botas de montar ya puestas, y lo miró directamente a la cara.

—¿Cómo lo sabías?

—Morgian me lo ha contado —respondió con voz áspera por la desilusión y la cólera—. Dice que Dafyd ha venido con un mensaje. ¿No lo niegas?

«¿Cómo se enteraría Morgian?», se preguntó ella.

—Iba a decírtelo. Dafyd acaba de marchar.

—¿Cuándo?

—Cuando estuviera segura. —Le devolvió la mirada a su padre. Avallach estaba justo en el umbral, con una mano apretada contra su costado como si el saber que su hija pensaba abandonarlo le hubiera atravesado el corazón. Su rostro tenía el color del marfil y contrastaba con la negrura de su barba—. No sé si lo amo, padre, pero sé que quiero intentarlo.

—No —su padre sacudió la cabeza despacio—. No puedo permitirlo, nuestra raza es noble.

Charis rodeó la mesa y posó sus manos sobre el brazo de Avallach.

—¿Por qué has venido aquí de esta forma? —preguntó con suavidad—. No puede ser Taliesin. —Avallach giró el rostro—. ¿Quién habló de unir el destino de nuestros pueblos, de adaptarse a sus costumbres, quién sino tú? Les diste tierra y un hogar.

El rey se puso rígido.

—Pero no a mi hija.

—No —respondió Charis en voz baja—. He sido yo quien se ha comprometido.

—No lo permitiré —repitió apretando los dientes—. ¡No lo haré! Nuestra sangre es pura. No puedes mezclar la sangre de la grandiosa Atlántida con estos...

—¿Bárbaros *cymry?* —Charis se apartó de él—. Fuiste tú quien afirmó que nuestro futuro depende de ellos. Y tenías razón; es cierto. Cada día nuestro número decrece. Si contamos a la gente de Belyn, éramos casi dos mil cuando desembarcamos en estas orillas. Ahora sólo quedamos un millar. Nacieron seis criaturas el año pasado...

—¡Seis! ¿Ves cómo...?

—¡Ninguna soportó el invierno! Nos estamos muriendo, padre. Si sobrevivimos será junto a ellos, porque solos moriremos.

—No me refería... —empezó, y se detuvo, mirando a Charis impotente—. No tiene por qué ser de esta forma.

—No existe otra —repuso Charis con firmeza—. Nuestra real sangre atlante no significa nada aquí, padre. Lo sabes y tú mismo lo has asegurado. Taliesin me ama. Ha regresado a buscarme y voy a ir a hablar con él.

—Si quieres casarte, encontraré a alguien de los nuestros. Muchos en la casa de

Belyn se casarían contigo.

—Lo has expresado con mucho tacto, padre —ironizó Charis—. Aunque seguramente agradecerían más una de tus yeguas de cría.

—Mejor eso que un matrimonio con... ¡con un británico! Te prohíbo que lo hagas —rugió y levantó el puño—. ¿Me oyes? ¡Lo prohíbo!

Charis se le acercó y se arrodilló a sus pies. Tomó las manos de él entre las suyas.

—Es mi voluntad, padre. Deseo hacerle feliz. —Al explicárselo convirtió el hecho en algo real para ella, y comprendió que era cierto—. Lo amo.

Avallach levantó una mano temblorosa, su hija apoyó la cabeza contra su rodilla y él le acarició los cabellos.

—Me apartaste de ti en una ocasión, padre —dijo ella—. ¿Recuerdas?

—Lo recuerdo —el rey dejó escapar un sonido ahogado—, y el rememorarlo me produce gran dolor.

—Por favor, no me alejes de nuevo. Déjame ir a él, para que pueda regresar libremente. No alces una muralla entre los dos.

—Charis, no me das elección.

Ella levantó la cabeza. Los labios de Avallach formaban una apretada línea, pero su mano acariciaba con dulzura sus cabellos.

—Si la queremos, siempre existe una opción, padre.

El rey volvió el rostro.

—Esto me resulta más amargo que la muerte.

—No —negó Charis con aspereza—. En realidad, no lo piensas; no puedes atarme con sentimientos falsos.

—¡No hay falsedad en mí! —exclamó él—. Nuestro linaje ha permanecido puro durante mil generaciones.

—La Atlántida se ha perdido; ha desaparecido y nunca regresará. Pero yo estoy viva, padre. ¡Viva!, y no puedo vivir en un mundo que ha muerto. Nuestro ilustre linaje terminará aquí. ¿Es eso lo que quieres?

—Hay otros entre nuestra propia gente.

—¿Dónde están? Que declaren su amor por mí como ha hecho Taliesin. —Se aferró a sus manos con fuerza, instándolo a que comprendiera—. No hay nadie, padre.

—Espera un poco. A lo mejor cambiarás de idea.

—¿Cuánto quieres que espere? ¿Cuántas estaciones han transcurrido desde que llegamos a Ynys Prydein? ¿Cuántas más deben agotarse?

—Tu lugar está aquí, entre los tuyos —insistió Avallach.

—Me muero aquí. —Charis levantó la mano y la posó sobre la mejilla de su padre. Él la contempló con obstinación—. Cada día muero un poco, padre. Si me quedara, me transformaría en un ser como Annubi, que es peor que la muerte. Siento pena por Annubi y no deseo convertirme en un reflejo suyo.

Avallach se irguió en toda su estatura.

—Te digo que no te marcharás. ¡Juro por mi vida que no lo permitiré! —Y abandonó la habitación furioso.

Charis escuchó hasta que sus pesados pasos se apagaron en la distancia. «¿Ahora qué?», se preguntó. «No puedo irme así. Tengo que encontrar un medio de ablandar el corazón de Avallach. Taliesin comprenderá. Oh, pero me está esperando; debo hacerle llegar un mensaje.»

Fue de inmediato al establo, donde un mozo le salió al encuentro en la puerta.

—Hoy no hemos atrapado más que una rata pequeña, princesa Charis. ¿Cómo está el *merlin*?

—Está bien, pero no he venido a buscar comida.

—¿No?

—Necesito un caballo al instante.

La plácida sonrisa del mozo desapareció.

—No me lo pidáis a mí, princesa Charis. No puedo facilitaros un caballo.

—¿El rey?

—Prohibió que se os dejara el rucio o cualquier otra montura.

—Ya —dijo Charis, mientras dirigía una rápida mirada a su alrededor—. ¿Para quién es ese caballo que están ensillando allí?

—Pues, es mío, princesa —respondió el caballerizo—. Voy a ver los potros de los prados más allá del pantano.

—Entonces, puedes llevar un mensaje por mí.

—Al momento, princesa.

—Bien. El mensaje es para Taliesin.

—¿El arpista bárbaro?

—El bardo británon —respondió Charis con voz firme—. Dile que me impiden reunirme con él y que debo persuadir a Avallach; que regrese con su gente y que ya le llegarán noticias mías allí. ¿Comprendes?

—Comprendo, princesa. ¿Dónde encontraré al bardo?

—Aguarda en el bosquecillo de manzanos —afirmó ella—. No te desviará de tu camino.

El mozo asintió una vez y salió corriendo a terminar de ensillar su caballo.

Morgian esperó hasta que el caballerizo se encontró ante las puertas y entonces salió de las sombras para llamarlo.

—¡Eh! —gritó corriendo tras él—. ¡Espera!

El joven tiró de las riendas.

—Princesa Morgian.

—Charis ha cambiado de idea —explicó, mientras se acercaba a la cabeza del caballo—. Soy yo quien debe llevar el mensaje.

El mozo volvió la cabeza en dirección al palacio.

—Bueno...

—Recapacitó sobre el plan —siguió Morgian apresuradamente—, y me pidió que lo hiciera yo. —Sonrió y enredó los dedos entre las crines del caballo—. Algunos encargos los realiza mejor una mujer.

—Eso es verdad —concedió el mozo—. Quizá debiera...

—Dame el caballo. La princesa Charis no quiere que su mensaje se retrase ni un momento. —Morgian sonrió de nuevo y tendió una mano para coger las riendas.

El caballerizo descendió de un salto y ayudó a Morgian a subir a la silla.

—Puedes regresar a tus deberes ahora —le despidió ella—. Iré a ver a Charis tan pronto como regrese. —Hizo chasquear las riendas y empezó a bajar por el sendero.

Taliesin, sentado bajo la rama de un manzano, escuchó el sonido de los cascos de un caballo que subía desde la calzada. Se incorporó y fue a la entrada del

bosquecillo para recibir al jinete.

—¡Morgian! —exclamó sorprendido cuando ella apareció, observando detrás de ella en busca de aquella a la que había esperado ver.

Morgian observó su mirada y dijo:

—No va a venir, Taliesin. Me ha enviado a mí.

Taliesin avanzó despacio hacia ella.

—¿Qué te dijo? —La joven desvió la mirada—. Tiene que haberte encargado algo. ¿Qué dijo?

—No vendrá.

—¡Dime! —La voz de Taliesin retumbó en el tranquilo bosquecillo—. Cuéntamelo —repitió en voz más baja.

El rostro de Morgian se frunció con una expresión de repugnancia, como si las palabras que estaba a punto de pronunciar resultaran amargas en su boca.

—Charis dijo: «Vete a verlo, Morgian, yo no puedo. No lo amo, pero no me escuchará. Me obligará a acompañarlo. Yo soy débil y aceptaría, pero mi lugar está aquí, con mi padre. Convéncelo de que no acudiré». —Morgian calló y miró a Taliesin a los ojos, como si lo desafiara a dudar de sus palabras—. Ésas fueron sus palabras, y repetirlas no me produce ningún placer.

—Entiendo —respondió Taliesin. Contempló a la joven con atención. No había forma de saber si lo que decía era cierto. Los argumentos que había pronunciado se parecían a los que Charis hubiera podido esgrimir. Pero al escucharlos de labios de Morgian...

—Sí, comunícale que no me marcharé hasta que venga a decírmelo ella misma. No la obligaré a acompañarme, si es que es eso lo que teme, pero quiero oírlo de su boca y de nadie más.

—No vendrá.

—Limítate a decírselo. Esperaré en el santuario del Dios Salvador.

—Muy bien —Morgian asintió con la cabeza, hizo girar el caballo, y empezó a alejarse. A los pocos pasos se volvió y gritó por encima del hombro—: ¿Cuánto tiempo esperarás, Taliesin?

—Hasta que Charis acuda a verme. —Se volvió con brusquedad para dirigirse hacia su caballo, y no pudo ver la fría sonrisa de Morgian mientras contemplaba cómo saltaba sobre su silla y se alejaba al galope.

Empezaba a oscurecer cuando Morgian se deslizó sin ser vista en el interior del palacio. Las antorchas y las velas de juncos aún no se habían encendido y los pasillos estaban totalmente en sombras. Avanzó a toda prisa; sus sandalias golpeaban rítmicamente el pulimentado suelo de piedra y su capa de rebordes rojos ondeaba al viento, mientras subía corriendo los peldaños que conducían a una pequeña habitación de la parte alta. Al llegar a la puerta, extendió la mano hacia ella, y una voz desde el interior dijo:

—Puedes entrar, Morgian.

Con una rápida mirada a su espalda, penetró en la cámara.

La habitación estaba a oscuras, inmersa en la penumbra e impregnada de un olor rancio a incienso gastado. Los objetos parecían borrosas e insustanciales formas amontonadas unas sobre otras, como si una vela encendida pudiera hacerlos desaparecer y revelar una habitación vacía.

—¿Dónde has estado?

—Me quedé un rato en el huerto. Quería examinar las manzanas.

—¿Hiciste lo que te encomendé?

—Claro. —Los dedos de Morgian se movieron torpemente sobre la mesa que tenía ante ella— Deja que traiga una luz..., está tan oscuro.

—¿Qué dijo?

—Afirmó que esperaría —respondió Morgian impaciente—. Por favor, está oscuro, déjame traer una luz.

—Dentro de un momento, criatura. Después de que me lo hayas contado todo.

Ella suspiró y se sentó en una silla junto a la mesa.

—Cabalgué en dirección al santuario y me encontré con él en el río. Debieras haber visto la desilusión que inundó sus ojos al ver que Charis no aparecía. No obstante, me traicioné: le dije que Charis no vendría, que no lo amaba y que temía que la obligaría a ir con él pues ella desaba permanecer aquí en el palacio.

—¿Y?

—Y el cantor aseguró que aguardaría hasta que Charis fuera a decírselo ella misma. Le avisé que sería inútil pero no cedió en su empeño y me pidió que se lo transmitiera a ella.

Se produjo un largo silencio y Morgian empezó a inquietarse. Se inclinó hacia adelante y extendió la mano en dirección a la sombra que tenía ante ella.

—Te lo he contado todo. Déjame traer una luz.

El cuerpo se agitó en la oscuridad y la silla crujió.

—No aún. ¿Qué hiciste en el huerto?

—Ya te lo he dicho. Quería examinar las manzanas.

—¡Bah! Eso ya lo sé. ¿Qué más?

—Nada más.

—No me mientas, Morgian. Te conozco muy bien.

—¡Annubi, déjame traer una luz!

—¿Qué más?

Morgian vaciló.

—Fui hasta el caldero.

—¿Y?

—Y nada —suspiró Morgian—. No había nada.

—Nada más que llamas, humo y vapor... y formas. ¿Qué formas, Morgian?

—Hoy no vi nada. No aparecía ninguna silueta.

—Debieras haber venido a mí, muchacha. Yo te hubiera mostrado lo que estabas tan ansiosa por ver. Te hubiera dejado tocar la Lia Fail.

—Prefiero el caldero —murmuró Morgian con voz hosca.

—¿Sabes? —continuó Annubi—. Hace mucho Charis poseía el don. Cuando era una criatura utilizaba la piedra a menudo; la llamaba la piedra vidente. Algunas veces, cuando pensaba que no lo advertía, venía a mi habitación, pero yo nunca me molesté en ocultarla a sus ojos. La utilizaba... —El adivino quedó en silencio. Morgian se removió en su silla y Annubi se sobresaltó—. Deberías confiar más en mí, criatura.

—Confío en ti, Annubi —respondió ella con suavidad—. ¿Tienes hambre? Iré a las cocinas a buscar comida.

—No —rehusó el adivino. Se oyó el crujido de ropas cuando éste se puso en pie—. Esta noche cenaré con el rey. Ven, Morgian, vayamos juntos.

13

Día tras día, la primavera transcurrió para dar paso al verano. Los pastos se oscurecieron en la ladera de la colina donde pastaban las ovejas y el ganado; y en los valles bajos el maíz brotaba y crecía. Todo el pantano que rodeaba la Torre del Rey Pescador resonaba con el canto de las alondras y el grito de los mirlos. Los ciervos, con su nueva capa de pelo, corrían por los bosques de hayas y espinos; zorros de patas negras perseguían codornices y faisanes por entre la maleza; los jabalíes conducían furtivamente a sus escandalosas crías por los senderos cubiertos de matorrales; las moteadas truchas saltaban en los arroyos, y los lucios centelleaban en el lago rodeado de juncos.

Taliesin esperó en el santuario del Dios Salvador a que Charis fuera a verle.

Mientras aguardaba, trabajó junto con los sacerdotes peregrinos reconstruyendo la capilla. La mayoría de las vigas habían sido reemplazadas y el entramado de mimbre colocado entre ellas se había vuelto a embadurnar con una mezcla de barro y paja, y luego había sido encalado. La tarea restauradora se centraba ahora en el tejado, del que se ocupaban Taliesin y Dafyd y para el que vadeaban las ciénagas en busca de juncos secos del año anterior que cortaban y amontonaban en manojos.

El trabajo no exigía demasiada concentración y permitía a Taliesin dejar que sus pensamientos se dispersasen libremente, tanto para meditar sobre algunos puntos de la filosofía de Dafyd, como para componer las canciones que a veces cantaba en voz alta ante las ovaciones de ambos sacerdotes. Sin embargo, su mente se volvía siempre al recuerdo de su gente tomando posesión de sus nuevas tierras. Cada día, al comprobar que Charis no aparecía, su esperanza se reducía, agotándose poco a poco, como el rocío plateado que se seca gota a gota bajo el calor del día.

—La verdad —dijo a Dafyd una mañana— es que no pensaba esperar tanto tiempo. Mi gente me necesita. Le dije que aguardaría, pero ya no puedo entretenerme por más tiempo. —Miró en dirección al palacio situado en la cima de la Torre, nebuloso bajo la luz de la mañana; sus muros y torres formaban una silueta densa y amorfa al recortarse contra el dorado cielo—. Sabe que la espero, ¿por qué no viene?

—Quizá su decisión era definitiva —sugirió el sacerdote con suavidad; había observado la creciente inquietud de Taliesin—. O quizás exista otra razón.

—Morgian —masculló Taliesin sombrío.

—No, quiero decir que a lo mejor le impiden venir.

—Me equivoqué al confiar en ella. Debiera haber ido yo mismo. Bien, ése constituye un error que se corrige deprisa. —Taliesin se enderezó bruscamente.

Dafyd extendió la mano e hizo agacharse al bardo de nuevo.

—Siéntate tranquilo, Taliesin. No sabemos cómo están las cosas. Déjame ir a la Torre y ver por mí mismo lo que sucede. Pronto averiguaré la verdad de lo que pasa...

Taliesin vaciló.

—Iremos juntos.

—Regresaré y te contaré lo que he descubierto.

El joven seguía indeciso.

—No pienso secuestrarla yo solo, ¡druida loco!

Taliesin se ruborizó.

—Muy bien. He esperado hasta ahora, puedo aguardar un poco más.

El cantor ensilló su caballo y el sacerdote montó, diciendo:

—Estaré de vuelta tan pronto como pueda. —Y se alejó al galope.

Charis se hallaba de pie ante su ventana, junto a la percha del *merlin,* acariciando las plumas del ave, cuando vio a un jinete que se aproximaba a la Torre por encima de la calzada que cruzaba el pantano, y su corazón empezó a latir con rapidez. Contempló el caballo negro hasta que se perdió de su vista, mientras ascendía a un medio galope por el serpenteante camino, y supo que Taliesin había venido a buscarla.

«¡Avallach no debe verlo!», pensó, y salió precipitadamente de la habitación para salir a su encuentro en el patio, antes de que llegara a palacio. Pero no era Taliesin quien montaba el encabritado animal negro.

—Dafyd —exclamó, corriendo hasta él—. ¿Por qué montáis el caballo de Taliesin? Le avisé que le enviaría un mensaje. ¿Por qué ha regresado?

—¡Señora, jamás se fue! —respondió el sacerdote sorprendido.

—¿Qué queréis decir? Envié al caballerizo, a Ranen, a su encuentro. Le dije...

El sacerdote meneó la cabeza con suavidad.

—Quizá lo enviasteis con Ranen, pero fue Morgian quien llegó.

—¡Morgian otra vez! ¿Qué es lo que ha hecho?

—Le aseguró a Taliesin que jamás acudiríais. El se negó a aceptar sus palabras y espera en el santuario un mensaje vuestro.

—Pero me encuentro prisionera aquí —explicó apresuradamente—. Avallach está decidido a impedir nuestra unión, y no me deja marchar. Pensé que podría ablandar su corazón, pero... —Miró al sacerdote suplicante—. ¿Está muy desanimado?

—No —la tranquilizó Dafyd—. Ya conocéis su carácter.

—Sin embargo, debo acudir a él de inmediato.

—¿Cómo? Si hay que apaciguar a Avallach, podría hablar con él en favor vuestro.

Charis sacudió la cabeza.

—No se dejará persuadir. Ahora lo sé.

—Vuestro padre os ama, Charis. Me gustaría veros reconciliados.

—¿Me mantendría cautiva el amor? —Vio en la expresión del sacerdote que su pregunta tenía una respuesta obvia—. Creo que no. Él y Morgian han conspirado en contra mía; no les importa mi felicidad.

»Con el tiempo —continuó—, puede que Avallach se dé cuenta de su error, pero no es justo que se me retenga aquí contra mi voluntad.

—Comprendo.

—¿Me ayudaréis?

—En cualquier forma que me sea posible, Charis, pero abiertamente y sin

engaños.

—Es todo lo que pido. Id a sus aposentos y hablad con él sobre lo que os parezca, dadme tiempo tan sólo para recoger mis cosas.

—¿Pensáis iros ahora?

—Sé que debo irme ahora, o nunca podré escapar —repuso ella—. Cuando hayáis terminado, regresad al santuario por donde habéis venido. Os esperaré fuera de las puertas. No temáis, nadie os verá marchar conmigo.

El sacerdote asintió y entró en el palacio. Charis regresó a su habitación directamente y sacó un pequeño cofre de madera de mirto, lo depositó sobre su cama y lo abrió, con la idea de empezar a llenarlo con sus pertenencias, mas se quedó contemplándolo por un momento y pensó que, si se llevaba sus cosas, su padre creería que no iba a regresar nunca. «No debo destruir sus esperanzas ni darle motivos para que me odie», decidió.

Su mirada se dirigió hacia el otro extremo de la habitación y se detuvo en el *merlin* posado en su percha junto a la ventana.

—Vamos, amiguito, tú me acompañarás —dijo mientras se arrollaba la suave cinta de cuero alrededor del brazo.

Tomó al halcón y salió rauda de sus aposentos.

Taliesin los vio llegar desde lejos y corrió a su encuentro, chapoteando a través del arroyo para tomar a Charis y bajarla del lugar que ocupaba detrás de la silla. La abrazó con fuerza y empezó a dar vueltas con ella entre los brazos, arrojando agua en todas las direcciones. Cuando dejó de girar como una peonza, la besó. Ella hundió la cabeza en el hueco de su cuello.

—¡Oh, Taliesin! Lo lamento tanto. Morgian...

—Lo sé —la tranquilizó él, besándola de nuevo—. Pero es culpa mía; de todas formas, ahora ya no importa. ¡Estamos juntos!

Charis se apartó.

—Vengo aquí sola, Taliesin. Si te acompaño, me voy sola.

—¿Avallach está aún en contra nuestra?

Charis asintió.

—Se mantiene inflexible. Con el tiempo puede que cambie, pero no puedo esperar tanto. He tomado mi decisión, Taliesin. Soy tuya, si todavía me quieres.

Taliesin la abrazó por unos segundos, luego tomó su mano y ambos regresaron a pie al campamento.

—No debemos permanecer aquí —dijo él—. Cuando descubran que te has marchado, vendrán a buscarte aquí. Tampoco debemos regresar con mi gente, ése será el primer lugar al que irán.

—¿Adonde nos dirigiremos?

Dafyd, que había desmontado del caballo y los observaba, intervino:

—Si queréis, a lo mejor puedo ayudar.

—Por favor, Dafyd, ¿conocéis algún refugio seguro para nosotros? —preguntó Charis.

—Desde luego —respondió el sacerdote—; como sabéis, mi gente procede de Dyfed, al otro lado de Mor Hafren.

—Pasamos por Dyfed de camino hacia aquí —observó Taliesin—. Recuerdo el lugar.

—Bien, al norte, y al oeste de la antigua fortaleza de Isca, hay un pequeño poblado, una vieja guarnición construida para servir a Caer Legionis.

—¿Y el poblado?

—Maridunum —repuso Dafyd—. Hace muchos años que el lugar está desierto pero los muros siguen en pie. Y, aunque el poblado se ha reducido mucho en comparación con lo que era, a causa de la carretera sigue existiendo un animado mercado y la gente es amable y abierta. Tengo parientes allí.

—Conozco el lugar —afirmó Taliesin. Se volvió hacia Charis—. No te llevaré a ningún lugar que no desees, pero, si estás dispuesta, iremos a Maridunum y nos quedaremos hasta que Avallach haya aceptado nuestro matrimonio.

Charis contestó:

—Ya te he dicho que te acompañaré. A partir de ahora, allí donde te halles estará mi hogar.

—Entonces está decidido. —Taliesin se volvió a Dafyd—: ¿Realizaréis el ritual del matrimonio para nosotros ahora? Nos gustaría unirnos antes de que acabe el día.

—¿Por qué no? Celebraré el rito ahora y después haré todo lo que pueda para apaciguar a Avallach.

—Gracias, hermano —dijo Taliesin con una sonrisa de alegría—. ¡Ahora somos exiliados, amor mío, pero cuando regresemos seremos recibidos con fiestas! Ésta es la promesa que te hago como regalo de boda.

—No te preocupes por las celebraciones, Taliesin. Me siento satisfecha.

El sacerdote Dafyd los casó en el santuario medio en ruinas del Dios Salvador según los ritos cristianos del matrimonio. Y ese mismo día abandonaron Ynys Witrin, llevándose con ellos únicamente el caballo de Taliesin, el halcón de Charis, y una carta redactada apresuradamente por Dafyd para que la entregaran a uno de los parientes del sacerdote y señor de Maridunum.

—¿Dónde pasaréis la noche? —preguntó Dafyd mientras se preparaban para abandonar el santuario.

—En un palacio espléndido sin paredes ni techo —respondió Taliesin—, en una cama tan ancha y profunda como nuestro amor.

—Id en paz, amigos míos —se despidió el sacerdote, mientras hacía la señal de la cruz sobre ellos—. Sabed que no descansaré hasta que la armonía haya sido restablecida entre vosotros y Avallach; iré a verlo tan pronto como os encontréis bien lejos. También informaré a lord Elphin para que tu gente no se preocupe por ti.

Charis se inclinó y besó al sacerdote en la mejilla.

—Gracias, buen amigo. Espero volver a veros pronto.

Taliesin subió a la silla y tendió la mano para subir a la joven detrás de él.

—Adiós, hermano —saludó, y volvió el caballo en dirección al sendero. En aquel momento llegó Collen corriendo y mostró a la pareja un paquete cuidadosamente atado que levantó para que Charis lo tomara.

—Un regalo —explicó cuando ella lo aceptó—. Podéis sentir hambre durante vuestro viaje, pero a lo mejor os olvidáis de la comida.

—Gracias, Collen. Ahora es seguro que estaremos bien alimentados —rió Charis.

—Adiós —los despidieron los sacerdotes—. Que Jesús cuide de vosotros hasta que volvamos a encontrarnos.

Descendieron la colina al paso, cruzaron el arroyo y luego giraron para seguir el sendero que iba al norte a través de los bosques de las tierras bajas que bordeaban el

río Briw hasta las orillas de Mor Hafren. Cabalgaron llenos de felicidad, colmados por la alegría de vivir y por el amor que sentían el uno por el otro. La puesta del sol los encontró en un hondonada escondida junto al río, cubierta de mullida hierba y rodeada por una fortaleza de robles centenarios cuyos enormes y retorcidos troncos formaban una sólida muralla contra el muro exterior.

Taliesin desensilló el caballo, lo ató, y después empezó a recoger leña para la noche. Charis extendió sus capas sobre la hierba y trajo agua del río en un odre. Luego se sentó en una roca cubierta de musgo para observar cómo su esposo encendía el fuego. Cuando la madera empezó a arder con fuerza, Taliesin fue a buscar su arpa y empezó a cantar; su voz llenaba la hondonada y se elevaba hacia el cielo.

Mientras cantaba, el crepúsculo se abrió paso en el cielo, y se extendió sobre la tierra como una mancha cada vez más profunda. Charis tuvo la impresión de que el origen de su música no era terrenal sino que se derivaba de una fuente mucho más pura y desconocida hasta ahora en el mundo. Su canción era como si a una rara criatura enjaulada se la liberara al fin para regresar al lugar que le pertenecía, un reino más allá del mundo de los hombres, más elevado, más refinado y más hermoso que el que éstos conocían. La sutil tristeza de su música, aquella casi imperceptible insinuación de añoranza, resultaba una nota de dolor tan delicada que armonizaba y aumentaba la alegría sin alterarla o apagarla, como si la acción de liberar la canción de su prisión terrenal brindara pena y alegría a la vez. Estas delicadas sensaciones aumentaban la belleza de la música.

Las primeras estrellas brillaban con fuerza cuando la voz de Taliesin empezó a desvanecerse en la brisa nocturna. Un ruiseñor retomó la melodía con un trinar lleno de pureza, y el joven aquietó el suave rumor de las cuerdas y dejó el arpa a un lado para indicar:

—Para vos, Dama del Lago.

—No podría desear un regalo más precioso —respondió Charis con voz ensimismada— que el que se me permitiera escucharte eternamente.

—Entonces cantaré siempre para ti —afirmó él, y se inclinó hacia adelante para besarla—. Tu beso será siempre mi *awen.* —La tomó entre sus brazos y la estrechó contra él.

Charis colocó un dedo sobre los labios de él y dijo:

—Espera, amor mío, regresaré enseguida.

Se levantó y se dirigió al río, justo detrás del anillo de robles. Taliesin echó más leña al fuego y se tumbó sobre su capa para observar cómo se alzaba la luna y las estrellas aparecían en los profundos pliegues del firmamento. Al cabo de un rato oyó a Charis que canturreaba en voz baja y levantó la cabeza.

Se acercó a él entonces, con su sencilla túnica transformada por el crepúsculo en un delicado traje, y sus cabellos, que caían sueltos sobre sus hombros, reluciendo bajo la plateada luz del astro. Se aproximó en silencio sobre la mullida hierba hasta detenerse delante de él.

—El único presente que puedo hacerte, amor mío, soy yo misma —dijo.

Taliesin le tomó la mano y sonrió.

—Charis, corazón mío, contigo mi alegría se hace completa. No necesito nada más.

Y entonces la tomó en sus brazos y permanecieron abrazados sobre sus capas junto al fuego bajo un cielo encendido de diminutas luces y con una luna recién

salida que brillaba con un fulgor puro y transparente.

Se amaron entonces; se entregaron por entero a este acto de amar y consumaron su matrimonio entre el júbilo del placer compartido: él, entregando su calor y ternura; ella, su fortaleza e intensidad; juntos, encendiendo una pasión que ardía con un fuego potente y sagrado.

Cuando sobre sus cabezas los ruiseñores de los árboles lanzaron sus propias y fantásticas canciones a un mundo envuelto por la oscuridad de la noche, se envolvieron en sus capas y dejaron que el sueño se apoderara de ellos mientras yacían entrelazados uno en brazos del otro.

14

Charis y Taliesin siguieron el curso del río hasta el lugar donde desembocaba en el gran estuario de Mor Hafren. Allí, en un pueblecito pesquero situado en sus fangosas orillas, negociaron su pasaje al otro lado del ancho canal hasta Caer Dydd y se acordó que, a cambio de una noche de canciones y relatos, se les daría comida y alojamiento y se los llevaría al otro lado de la ensenada a la mañana siguiente.

Al llegar a Caer Dydd, Taliesin cantó de nuevo a cambio de comida y alojamiento, y así durante todo el camino, algunas veces recibían algo de oro o plata, o un puñado de monedas además de las comidas y de un jergón junto al fuego. Durante el día continuaban su ruta hacia el noroeste, siguiendo la carretera romana que llevaba de Isca a Maridunum, y cada noche obtenían albergue, a menudo el mejor, correspondiendo a lo que Taliesin se sentía feliz de ofrecer.

De esta forma viajaron a través de las agrestes colinas y los valles verdes y estrechos de Dyfed con rapidez y sin contratiempos, mientras disfrutaban del calor de los primeros días del verano y de su mutuo amor. Taliesin cantaba mientras avanzaban, andando con su bastón al lado del caballo, y las colinas resonaban con el eco de su voz. Compuso himnos al cielo y a la tierra y al Dios Creador que le había dado vida. Enseñó a Charis las letras y las melodías y los dos aunaban sus voces en armonía bajo el azul dosel del cielo.

Por fin llegaron a Maridunum, donde hicieron su entrada en día de mercado; las calles enlosadas estaban inundadas de gente: algunos con ganado, gallinas, ovejas, vacas, cerdos, bueyes y caballos: todos vociferaban y protestaban por la forma en que los trataban; otros llevaban grano, vino, cuero, tela, objetos de plata, oro y bronce, o lingotes planos de hierro que podían convertirse en herramientas y armas.

Taliesin y Charis caminaron entre el ruido y el mal olor y se dirigieron a las posesiones del señor de Maridunum, que vivía en una villa muy alejada de la ciudad, sobre una colina junto al río Towy. Su finca consistía en una enorme sala porticada rodeada de largos anexos. En uno de los lados, las alas encerraban un patio al estilo tradicional, y, en el otro, un baño, con cocinas, talleres y dormitorios a su alrededor.

En la cima de un montículo, a poca distancia de la villa, se alzaba un pequeño templo cuadrado, poco más grande que una celda, rodeado por una veranda. Un humo negro brotaba del agujero abierto en la cúpula del templo.

La villa era muy antigua, y habían pasado muchas generaciones desde que los descendientes de su primer dueño habían habitado aquellas paredes de piedra, pero el lugar se encontraba en buenas condiciones. Aunque muchas de las tejas rojas de barro del techo habían sido remplazadas por pizarra, y uno de sus largos anexos no constituía más que un montón desordenado de piedras y maderos, los patios se hallaban bien barridos y la larga rampa que conducía a la entrada lucía una barandilla nueva.

—Aquí dentro vive un hombre que ama el orden —observó Taliesin mientras permanecía a la entrada del patio e inspeccionaba la amplia casa. Le guiñó un ojo a

Charis y siguió—: Veamos si también le gusta la música.

—No tienes más que cantar, mi amor, y las puertas se abren ante ti, monedas de plata brotan de bolsas vacías y el oro cae en tus manos como si fuera lluvia. ¿Por qué preguntar si al señor de esta casa le interesan las canciones? Nadie puede resistirse a tu arpa, y lo sabes muy bien.

Taliesin lanzó una carcajada. Ató el caballo a un matorral cercano y se dirigieron a la rampa de acceso, donde les salió al paso un hombre de rostro delgado, de estrechos hombros y pelo muy corto y gris. Iba vestido al estilo de los romanos, con un largo manto ceñido a la cintura, aunque alrededor del cuello llevaba un *torc* de bronce. Se situó en el centro del camino en actitud resuelta y contempló a los recién llegados con mirada escéptica.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó con voz ronca.

—Soy un bardo, mi nombre es Taliesin *ap* Elphin. Ésta es mi esposa, Charis. Venimos desde nuestro pueblo, en el sur, con saludos para el señor de este lugar de parte de uno de sus parientes.

Los pequeños ojos del hombre parecieron calcular la veracidad de las palabras de Taliesin; luego se encogió de hombros y respondió:

—Sois libres de entrar y esperar. Nuestro señor no está aquí ahora. Está examinando sus campos y no regresará hasta la puesta del sol.

—Entonces, conducidnos hasta un abrevadero, amigo —pidió Taliesin—, donde podamos dar de beber a nuestro caballo y lavarnos.

—Hay uno allá abajo —indicó el río. Y luego, teniendo en cuenta a Charis, añadió—: Además, tenemos un baño. Podéis usarlo. —Tras esto, se volvió y regresó a la sala.

Después de dar agua al caballo y de desensillarlo, el joven matrimonio entró en la casa. No vieron a nadie por allí, pero encontraron el baño con facilidad. La atmósfera de aquella habitación rectangular era calurosa y húmeda, y las baldosas de colores estaban mojadas.

El baño era cuadrado, con columnas altas alrededor de su perímetro. En el fondo había un enorme mosaico de teselas rojas y blancas que representaban las cuatro estaciones, una en cada esquina, bajo la forma de vírgenes vestales. Taliesin se quitó la ropa de inmediato y se introdujo en el agua caliente.

—¡Ahhh! —suspiró—. Cuando sea rey, la primera cosa que tendré en mi palacio será un baño.

—¡También dijiste eso acerca de la cama! —respondió Charis. Se quitó la túnica, aunque se quedó con la otra más corta que llevaba debajo, y se metió en el agua, en el extremo opuesto al lugar elegido por Taliesin, y comenzó a nadar hacia él. Él se reunió con ella en el centro de la piscina y la abrazó; se desplazaron con languidez, permitiendo que el agua caliente disolviera el cansancio del camino, mientras hablaban en voz baja, y sus voces resonaban en la habitación abovedada.

Cuando terminaron, salieron al patio contiguo y se tumbaron sobre los amplios bancos de piedra, para dormitar allí mientras el sol secaba sus cuerpos. Taliesin se despertó al sentir el contacto de la mano de Charis sobre su piel. Se dio la vuelta y abrió los ojos para contemplarla.

—Mi hermoso bardo —dijo ella—. Estos últimos días han constituido un sueño tan feliz que temo despertarme. No me dejes nunca, Taliesin.

—Dama del Lago, jamás lo haré —respondió él, posando una mano sobre el rostro de ella, inclinado sobre el suyo. Permanecieron un buen rato en el silencioso

patio; conversaban en voz baja y reían sin ruido.

Aquella tarde, a la puesta del sol, el señor de Maridunum regresó con cuatro de sus jefes. Penetraron en el salón procedentes de los establos en el mismo instante en que Taliesin y Charis hacían lo mismo procedentes del patio y, de repente, toda la casa pareció cobrar vida. La gente parecía como si le hubieran lanzado un conjuro de pleno movimiento: corrían de una habitación a otra, absortos todos en el cumplimiento de repentinas tareas; encendieron un fuego en el enorme hogar y trajeron cuernos llenos de vino; hicieron su aparición muchachas de trenzas largas y negras que llevaban recipientes de agua para lavar las manos y pies de su rey y de sus jefes de clan, de los cuales dos eran hijos del propio rey.

En medio de todo este ajetreo, entró el criado que había hablado con Taliesin y Charis a su llegada, seguido por otros dos sirvientes que portaban un gran sillón, esmaltado en rojo. Estos criados lo colocaron en el centro de la sala y el señor se acomodó en él con aire regio. Tras esto, se dispusieron otros asientos para los demás y las muchachas iniciaron la tarea de lavar los pies.

Un hombre de aspecto severo, con una barriga que recordaba a un saco de harina, atravesó la habitación, acompañado por un joven de rostro cetrino que llevaba una vara acabada en una punta de hierro. Andaba aquel hombre tan henchido de dignidad que, de no haber sido por su grasienta túnica marrón, se le hubiera podido tomar por el señor de la casa.

—Son el sacerdote pagano del templo del montículo y su ayudante —susurró Taliesin. Charis advirtió la mirada de franca desaprobación que les dedicó el sacerdote al pasar.

El sirviente de pelo entrecano se acercó e, inclinándose, dirigió unas rápidas palabras a su señor, quien movió los ojos en una y otra dirección hasta que se detuvo en los dos recién llegados. El señor respondió a su mayordomo, quien se dirigió entonces a donde se hallaban Taliesin y Charis de pie y les dijo:

—Lord Peridaran desea oíros cantar. Si le gusta lo que oye os podréis quedar; si no, os marcharéis.

—Es justo —respondió Taliesin—. ¿Puedo hablarle ahora?

—Como queráis. —El sirviente se volvió para retirarse.

—Si no os importa, amigo —dijo Taliesin, estirando la mano para sujetarlo por la manga—, hacedme la amabilidad de anunciarme a vuestro señor.

Taliesin tomó a Charis de la mano y siguió al mayordomo hasta el lugar donde estaba el señor de la casa, con sus pies desnudos sobre el regazo de una doncella que los bañaba en agua.

—El bardo Taliesin desea ser anunciado —declaró el mayordomo.

Pendaran Gleddyvrudd, rey de los demetae, un hombre de espaldas encorvadas, estaba sentado en su sillón esmaltado con la espada sobre las rodillas y una expresión malhumorada en su rostro largo y arrugado. Contempló tristemente a Taliesin y, con algo menos de congoja, a Charis, aceptó el vino que le entregaba uno de los muchachos que llevaba una jarra, y lanzó un gruñido.

Taliesin inclinó la cabeza ante Pendaran y se presentó:

—Me llamo Taliesin, gran bardo de Elphin *ap* Gwyddno de Gwynedd.

El muchacho de la jarra sirvió una copa para Taliesin y se la entregó. Este le agradeció y se la llevó a los labios, pero, en ese momento, Pendaran Gleddyvrudd se levantó y se la quitó de las manos con un manotazo. La copa fue a dar con estrépito sobre el suelo y el vino se desparramó a sus pies, mojando sus botas y pantalones.

—Canta primero —refunfuñó Pendaran, y los cuatro jefes situados tras él se retorcieron de risa, al tiempo que golpeaban con las manos sobre sus rodillas y señalaban con malos modos al cantor. Un escalofrío de temor se agitó en el estómago de Charis.

—Quizás —intervino Taliesin con suavidad, aunque con voz uniforme y firme— el nombre de Elphin no signifique nada aquí entre los demetae, pero yo he visto a más de un extranjero ser bien recibido bajo su techo y cómo se le ofrecía el mejor sitio en la mesa por simple respeto.

Pendaran frunció el entrecejo aún con más ferocidad.

—Si nuestra hospitalidad no te gusta, mendigo, lleva tu oficio a otro sitio.

Taliesin introdujo la mano en su jubón y sacó la carta que Dafyd le había dado.

—Me iré a otra parte —afirmó mientras ofrecía el pedazo de pergamino—, pero prometí entregaros esto.

El rey miró la carta como si fuera a convertirse en una serpiente y a picarle si la tomaba. Hizo una señal al sirviente, quien dio un paso hacia adelante, se la arrebató a Taliesin, la abrió y empezó a leer en latín.

—Dafyd es un idiota —anunció lord Pendaran cuando su mayordomo hubo terminado.

—Habló muy bien de vos —respondió Taliesin.

Pendaran el de la Espada Roja gruñó:

—Si no vas a cantar, entonces es mejor que te vayas ahora. Empiezas a agotar mi generosidad.

—Lo que desde luego constituye una desgracia para alguien que manifiesta tener muy poca que ofrecer —repuso Taliesin con calma.

Los cuatro jefes sentados detrás del rey lanzaron una exclamación ahogada y se quedaron callados. Uno de ellos se levantó de su asiento. Pendaran alzó la mano y el hombre se volvió a sentar.

—Canta, mendigo —ordenó—. Hazlo lo mejor que puedas o, con toda seguridad, será la última vez que entones una melodía.

Taliesin se volvió hacia Charis y tendió las manos para que le entregara el arpa.

—Vayámonos —le murmuró ella muy nerviosa—. Por favor, otros nos darán la bienvenida.

—Se me ha pedido que cante —contestó él—. Procuraré que las puertas se abran de par en par y una lluvia de oro caiga sobre nosotros.

Tomó el instrumento, se colocó en el centro de la habitación y empezó a rasguear las cuerdas. Las primeras tersas notas del arpa se perdieron en el bullicio de la sala, pero él continuó tocando. Pendaran mantenía su expresión ceñuda y los que estaban detrás de él bebían con gran ruido.

Cuando Taliesin abrió la boca para cantar, el sacerdote hizo un movimiento, avanzó hacia adelante y golpeó la vara contra el suelo.

—Lord Pendaran —exclamó en voz alta—, este hombre se llama a sí mismo bardo. Sé algo sobre los así llamados hombres santos *derwydd.* Cualquiera puede tañer un arpa y llamarse a sí mismo bardo. Permitidme que verifique su identidad antes de que cante.

El sacerdote pagano, con una sonrisa zalamera, se adelantó más. Pendaran Gleddyvrudd se regocijó con malicia y dirigió una reluciente mirada a Taliesin.

—Un punto sobre el que reflexionar, Calpurnius —corroboró el señor de la casa con un cloqueo—. Muy bien, que demuestre lo que afirma ser. ¿Quién sabe? A lo

mejor se ganará unos cuantos azotes por su impertinencia. De cualquier modo, nos divertiremos.

El sacerdote Calpurnius se colocó ante Taliesin, y los que llenaban la sala dejaron sus quehaceres al instante para contemplar la confrontación, incluso, muchos penetraron desde el exterior para asistir al enfrentamiento. Charis, con las manos cruzadas fuertemente y los labios apretados, examinó la sala con una rápida mirada en busca de una salida de fácil acceso en el caso de que tuvieran que huir, y advirtió que las puertas las custodiaban hombres con espadas y jabalinas.

—Ten cuidado, Taliesin —murmuró—. Por favor, ten cuidado.

Él le dedicó una sonrisa y dijo:

—Estos hombres adolecen de una elemental falta de cortesía. No te preocupes, aunque el remedio es doloroso, raras veces resulta fatal. —Tras esto se volvió y se encaró con el sacerdote ante el sillón de lord Pendaran.

Su contrincante le sonrió con afectación y empezó:

—Dinos, si puedes, las cualidades de los nueve humores del cuerpo.

—Tomáis una ventaja desleal, amigo —respondió Taliesin—. Los conocimientos de los druidas no aceptan esa engañosa sabiduría.

El sacerdote pagano lanzó una risita aguda.

—El hombre considera falso aquello que no conoce. Ya veo que estás mal informado. Pero no importa, explícanos cuál es el sacrificio apropiado para devolver la virilidad al hombre y la fecundidad a la mujer, y a qué dios se dedica.

—No existe más que un Dios verdadero, y un auténtico bardo no ofrece ningún sacrificio por algo que no puede curarse con simples hierbas.

—¡Hierbas! —gritó el pagano; su compañero de rostro cetrino lanzó una risita histérica—. Oh, vamos. Puedes demostrar mejor tu agudeza. No hay duda de que para un verdadero bardo resultaría más fácil hacer desaparecer la enfermedad con una canción.

—Y quizá —replicó Taliesin con frialdad— convendría que os abstuvierais de soltar disparates en presencia de alguien a cuyos pies debierais inclinaros con toda humildad.

Calpurnius se sujetó el vientre y se echó a reír a mandíbula batiente.

—Llámate bardo a ti mismo, o lo que quieras, pero de todas formas eres un embustero. —Se volvió hacia su amo—. Lord Pendaran —dijo, y la forzada hilaridad desapareció de su voz—. Este hombre no es sólo un mentiroso, lo cual resulta ya grave en extremo, sino que, peor aún, ¡es un blasfemo! —Señaló a Taliesin con un dedo acusador; mas éste permaneció totalmente indiferente—. ¡Echadle!

Pendaran Gleddyvrudd echó mano de la espada que reposaba sobre su regazo y sus ojos brillaron maliciosos.

—De modo que has sido descubierto. Se te azotará y se te expulsará. —Echó una ojeada a Charis y se pasó la lengua por los labios—. Aunque la dama se quedará.

—Si a un hombre se le puede castigar en vuestra corte por decir la verdad —repuso Taliesin—, entonces creo que ya habéis escuchado durante demasiado tiempo a este falso sacerdote.

Calpurnius se irguió en toda su estatura y golpeó la vara con fuerza contra las losas.

—¿Te atreves a insultarme? —Hizo un gesto a uno de los hombres situados detrás de Pendaran, quien se levantó al tiempo que sacaba su daga de una funda que pendía de su costado—. ¡Te arrancaré la lengua, pordiosero!

—No antes de que yo obtenga la tuya, hijo de la mentira. —Tras decir esto, Taliesm miró al sacerdote fijamente a los ojos, colocó un dedo sobre sus labios, y produjo un sonido ridículo e infantil—: Blrrmmm, blrrmm, blrrmm. —Muchos de los espectadores se echaron a reír.

—¡Silencio! —gritó Pendaran.

Calpurnius, con el rostro lívido, tendió la mano, y el hombre, que se había incorporado con una sonrisa viciosa hacia Taliesin, colocó la daga en la palma levantada del sacerdote. Éste dio un paso hacia el bardo y abrió la boca para ordenar que lo sujetaran.

—*¡Hleed ramo felsk!*

Los que los contemplaban intercambiaron miradas de perplejidad.

—*¡Hleed ramo felsk!* —gritó el sacerdote pagano de nuevo—. *Mlur, rekka norimst. ¡Enob felsk! ¡Enob felsk!*

Pendaran lo observó asombrado. El ayudante del sacerdote lanzó una audible risita, mientras otros intentaban disimular sus carcajadas con la mano.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó lord Pendaran—. Tu lengua está cambiada.

—*¿Norl? Blet dhurmb, emas veamn oglo mup* —respondió el sacerdote empezando a sudar. Miró a Taliesin con el rostro desfigurado por el pánico y sus ojos se abrieron de par en par—. *Hleed, enob. Felsk enob.*

Los espectadores reían ahora inmensamente divertidos. El sacerdote soltó la daga y se llevó la mano a la boca, aterrorizado.

—Puede que tengáis que aprender a hablar como un hombre de nuevo —le dijo Taliesin—. Pero al menos todavía poseéis una lengua, seguramente he sido más generoso de lo que hubierais sido vos.

El sacerdote dejó escapar un grito agudo y salió corriendo, arrastrando a su ayudante con él. Pendaran los vio alejarse, y luego se enfrentó a Taliesin, aunque ahora en su mirada se reflejaba un nuevo respeto.

—Ese estúpido sacerdote puede que haya olvidado lo que se disponía a hacer, pero yo no. Canta, mendigo, si valoras esa lengua tuya.

Taliesin rasgueó el arpa de nuevo y todos los ojos se clavaron en él. En un principio pareció como si el frío vacío de la sala fuera a tragarse su voz; sin embargo, ésta creció hasta llenar la habitación con un sonido lleno de vida.

Entonó una canción sobre un rey cuyos tres hijos habían sido convertidos en caballos como resultado de una maldición que le había echado un rey rival cuya esposa aquél había raptado. Mientras la historia se desarrollaba verso a verso, los que la escuchaban se iban sintiendo atraídos hasta quedar fascinados por la magia del relato sobre traición y muerte.

Sus dedos se movían sobre las cuerdas del arpa, tañendo distintas melodías dentro de la composición principal, mientras su voz sonaba con un musicalidad tan sobrecogedoramente hermosa que muchos de los reunidos no podían hacer otra cosa que contemplarlo admirados, juzgándolo un visitante del Otro Mundo. Charis presenció cómo la hostilidad y el orgullo se derretían ante el arte sin igual de su esposo.

Cuando terminó, no se percibía ningún sonido; nadie en la sala pronunció una palabra, e incluso el mundo exterior a la estancia se hallaba silencioso, casi mudo. Lord Pendaran Gleddyvrudd permanecía en su sillón de color rojo, con la espada apretada entre sus manos y los ojos muy abiertos, como si presenciara una visión que desaparecería en cuanto moviera un solo músculo.

Luego, muy despacio, se levantó de su asiento y avanzó hacia Taliesin. Sin una palabra, se llevó una mano al brazo, y retiró uno de sus brazaletes, cincelado en oro con forma de cabeza de jabalí y curvados colmillos de plata, y tomando el brazo de Taliesin deslizó el pesado adorno a su alrededor. Luego se sacó otro y se lo puso también al cantor. Finalmente, se llevó las manos al cuello, retiró el *torc* de oro y se lo ofreció.

El bardo, con el rostro brillante por la fiebre de su don, aceptó este último regalo, lo sostuvo en alto, y luego volvió a colocarlo en torno al cuello del rey.

—Soy vuestro siervo, lord Pendaran.

El anciano jefe sacudió la cabeza.

—No, no —negó, y su voz surgió quebrada debido al respeto que lo embargaba—, vos os convertís en amo de cualquier hombre que escuche vuestra voz. Aquí me tenéis, avergonzado e indigno ante vos. Os serviré y seré muy feliz de hacerlo mientras os dignéis permanecer aquí.

El rey demetae demostró entonces su auténtica nobleza llenando su propio cuerno de vino y entregándoselo a Taliesin. Lo sostuvo ante el cantor y anunció en voz bien alta:

—Conoced por esto que estimo a Taliesin por encima de todos los hombres reunidos en esta sala. Residirá aquí como bardo mío y vosotros le recibiréis y honraréis como vuestro señor, puesto que ésa es su condición.

Se sacó uno de sus gruesos anillos de oro, lo colocó en uno de los dedos del joven y lo abrazó como un padre abraza a su hijo. Los jefes del rey vinieron después y cada uno se desprendía de brazaletes de plata u oro y los depositaba en los brazos de Taliesin. Un joven, el hijo mayor de Pendaran, pasó una cadena de oro alrededor del cuello del bardo y se arrodilló ante él.

El cantor posó su mano sobre la cabeza del muchacho y dijo:

—Levántate, Maelwys, te he reconocido.

El joven interpelado se puso en pie despacio.

—Me halagáis, señor, pero mi nombre no es Maelwys, sino Eiddon Vawr Vrylic.

—Quizás hoy sea Eiddon el Generoso —respondió Taliesin—, pero un día todos los hombres te llamarán Maelwys, el Más Noble.

El joven agachó la cabeza y se alejó a toda prisa, antes de que nadie pudiera observar cómo enrojecían sus mejillas. Entonces Pendaran ordenó que trajeran los caballetes y colocaran la mesa. Se llevó una silla de honor para Taliesin y otra para Charis y ambos se sentaron a disfrutar de un abundante festín.

Más tarde, cuando se hallaban a solas en la habitación que Pendaran les había concedido —un pequeño aposento aunque elegantemente amueblado, encima de la sala—, Charis le contó a Taliesin su temor cuando lo había visto enfrentarse a Calpurnius.

—Corriste un terrible riesgo, amor mío. Podría haberte cortado la lengua.

Taliesin se limitó a sonreír ante esta afirmación y repuso:

—¿Cómo es eso? ¿No es nuestro Dios Vivo más poderoso que su mudo pedazo de piedra?

Charis se asombró ante la fe que Taliesin tenía en el Dios Salvador, y hubiera hablado más con él sobre ello, pero él bostezó y se desperezó sobre el alto lecho. Sus ojos se cerraron y no tardó en quedar dormido. La mujer lo cubrió con una manta de lana y se sentó para contemplarlo durante un rato antes de tumbarse a su lado.

—Descansa —dijo, rozando sus sienes con los labios—, y que nuestro Dios nos conceda la paz en nuestra casa.

15

Maridunum se ubicaba en el corazón de una tierra de amplias colinas y fértiles valles entrelazados por serpenteantes ríos y arroyos de rápidas aguas. Charis descubrió que el paisaje de Dyfed era muy parecido al de Ynys Witrin, aunque no tan agreste, debido a que la región había estado colonizada y cultivada durante muchas generaciones. La mayoría de los terratenientes hablaban un latín llano, a la vez que el británico, y se consideraban a sí mismos romanos en lo referente a su cultura y urbanidad.

Los fértiles campos que rodeaban Maridunum producían trigo, cebada y centeno, y alimentaban buenos rebaños de ganado que, complementados por lo que se recogía en el cercano mar, mantenían las despensas de señores y vasallos bien surtidas.

Penderan Gleddyvrudd pronto demostró ser un anfitrión afable y generoso, totalmente ansioso por complacer a sus invitados, especialmente al ser muy consciente de haberse deshonrado a sí mismo y haber desprestigiado con el deshonor su nombre, debido a su grosería y arrogancia.

—Soy un hombre difícil —reconoció a Taliesin y a Charis poco después de su primer encuentro—, que vive en tiempos agitados. Por favor, perdonad a un hombre estúpido y necio.

—Deja de serlo el que ve lo que le aflige y busca remedio —le contestó Taliesin.

—Procuraré más que eso: que la salud y la riqueza me abandonen si a partir de ahora recibo a un extranjero bajo mi techo con las manos vacías. —Miró a Taliesin y sacudió la cabeza tristemente—. ¿Cómo podía disfrutar siendo engañado por ese saco de comida que constituía Calpurnius? Realmente debía de haber perdido el juicio o te habría reconocido, Taliesin; no obstante, al oírte cantar... —La voz de Pandaran se apagó.

Luego el rey demetae salió de su ensimismamiento y finalizó:

—De todas formas, he arrojado a esa llama rencorosa a la generosidad de su dios.

—No lo habréis matado... —exclamó Charis sobresaltada.

—¡Peor! —cloqueó Pendaran—. Oh, mucho peor: lo eché. ¡Ahora tendrá que vivir de su ingenio, y será una triste vida! —Su sonrisa desapareció y meneó la cabeza despacio—. No entiendo cómo pude ser tan ciego —siguió, enfrentándose a sí mismo—, pero lo corregiré; devolveré diez veces lo que he retenido por mezquindad y abandono.

Desde aquel día, Pendaran el de la Espada Roja cumplió su palabra, y su casa se convirtió en el lugar más agradable de la localidad. Resultaba tan acogedora que Charis se sintió un poco avergonzada de no añorar Ynys Witrin y a su gente. La verdad consistía en que a través de Taliesin había empezado a ver un mundo desconocido y lleno de sorprendente belleza, incluso en sus rincones más poco prometedores; una existencia más magnífica, admirable y noble que cualquiera que

hubiera experimentado jamás; y que, además, se hallaba poblada por hombres y criaturas cuya contemplación suponía una maravilla.

En parte, su nueva visión del mundo se debía a su creciente amor por Taliesin y, en parte, a que al hallarse junto a él podía percibirlo a través de sus ojos. Charis advirtió que antes de venir a Maridunum con él no había estado realmente viva; todo su pasado parecía insignificante e irreal, hecho de vestigios de sueños e incompletas imágenes semirrecordadas, casi como si le hubiera sucedido a otra Charis, una persona que había habitado en un país de sombras, gris y estéril.

Anhelaba pasar todos los momentos del día junto a Taliesin, y su deseo se veía cumplido; cabalgaban bajo el celeste cielo veraniego, nadaban en los lagos, visitaban las poblaciones y viejas ciudades romanas de los alrededores, cantaban, reían y hacían el amor. Los días transcurrían uno tras otro; cada uno se ensartaba como una perla perfecta en un hilo de oro trenzado.

A las tres semanas de su llegada a Maridunum, Charis tuvo una visión de que estaba embarazada. Ocurrió mientras el cielo estaba aún oscuro, aunque las aves de los árboles ya se habían reunido y empezaban a lanzar sus trinos anticipándose al amanecer. En sueños, había oído un grito quedo, como el que podría provenir de un bebé. Se despertó y contempló a una mujer que sostenía a una criatura recién nacida, de pie junto a la cama. En un principio pensó que una de las criadas había entrado por error, pero al ir a abrir la boca para hablar, la mujer levantó la cabeza y observó que se trataba de ella misma; sostenía al niño y la criatura era suya. Esta aparición se desvaneció y ella permaneció tumbada en la cama junto a Taliesin, exultante ante lo que acababa de saber. «Hay vida en mi interior», pensó, y empezó a sentirse mareada ante el misterio de la vida.

No obstante, cuando se levantaron, ya de día, Charis comenzó a dudar. A lo mejor no había sido más que un sueño carente de sentido. No aludió a su presentimiento durante el desayuno de pan y vino, ni tampoco comentó su secreto al llevar al *merlin* a una colina cercana para probar su ala, ni siquiera más tarde mientras se bañaban.

Pero aquella noche, después de que él hubo terminado de cantar en la sala y se hubieron retirado a su habitación, Taliesin la tomó por los hombros y dijo:

—Podrías decirme qué es lo que me has estado ocultando todo el día, porque no me dormiré hasta saberlo.

—Pero, esposo —repuso ella—, ¿sugieres que alguna vez podría ocultarte algo?

La atrajo hacia sus brazos y la besó, luego contestó:

—El corazón de una mujer constituye un mundo incomprensible para los hombres. Sin embargo, percibo que hoy has estado de un humor diferente: pensativa, contemplativa, vacilante, ausente. Además, te has pasado la mayor parte del día observándome, como si pensaras que podría seguir a tu *merlin* por los aires y no regresar jamás.

Charis arrugó la frente.

—Así que te sientes atrapado, amor mío. ¿Te has cansado ya de mí?

—¿Puede un hombre hartarse del paraíso? —preguntó él alegremente.

—Quizás —afirmó Charis—, si el paraíso no fuera de su agrado.

—Señora, habláis en acertijos. Pero, de todas formas, un misterio se oculta en vuestras palabras, y me pregunto en qué consiste.

—¿Tan transparente soy? —Se volvió y se soltó de su abrazo.

—Entonces, sí que existe un secreto.

—Quizá.

Se adelantó hacia ella.

—Explícamelo, mi Dama del Lago; compártelo conmigo.

—Puede ser una nimiedad.

—Entonces no se verá reducido si participo de él. —Taliesin se dejó caer sobre la cama.

—Creo que estoy embarazada —declaró Charis, y le contó la visión de las primeras horas de la mañana.

Durante las semanas siguientes su cuerpo confirmó lo que la aparición había revelado.

El verano intensificó su reinado sobre la tierra; la lluvia y el sol se sucedieron y las cosechas crecieron erguidas y abundantes en los campos. Cada día que pasaba, Charis percibía más nítida la presencia de vida en su interior, y notaba los cambios experimentados por su cuerpo mientras éste se preparaba para el nacimiento de la futura criatura; poco a poco sus pechos y estómago empezaron a hincharse. A menudo pensaba en su madre y anheló que Briseis pudiera estar allí para ayudarla en los meses venideros.

Era un deseo lleno de tristeza; en él se centraba su única infelicidad, pero era llevadera, pues el resto de su existencia se colmaba de satisfacción. En el hogar de lord Pendaran, cuya última esposa había muerto hacía cinco años, llegó a ocupar el lugar de la reina a los ojos de los criados, los cuales la distinguían con la más alta estima; incluso peleaban entre ellos a menudo por el privilegio de atenderla.

Durante el día ella y Taliesin salían a pasear a caballo, llevando a menudo el *merlin* con ellos para que se acostumbrara a ir sobre la silla de montar; o se acomodaban en el patio o en el exterior en la cima de una colina y conversaban. Por la noche ella se sentaba en la sala, a la derecha de Pendaran, para escuchar a Taliesin. Estos días representaban los más felices que Charis había conocido en su vida, y saboreaba cada uno de ellos como una gota de vino raro y precioso.

Una mañana, después de un tiempo gris de lluvia y viento, Charis dijo:

—Por favor, Taliesin, salgamos a cabalgar hoy. Hemos permanecido estos últimos días en la villa y tengo ganas de salir.

Pareció que él iba a objetar, pero ella continuó:

—Creo que será la última vez en muchos meses. —Se llevó una mano al vientre—. El *merlin* también se siente inquieto. Ahora que su ala se ha fortalecido anhela volar.

—Muy bien —asintió Taliesin—, dediquemos el día a pasear. Llevaremos el *merlin* al brezal y empezaremos a enseñarle a cazar.

Tras el desayuno atravesaron Maridunum a caballo en dirección a las colinas cuyas empinadas laderas se cubrían de helechos y frondas. Subieron a la cima de una colina y desmontaron para contemplar, al sur, la plateada hendidura que constituía Mor Hafren en la distancia neblinosa y, al norte, los oscuros lomos de las Montañas Negras.

—Más allá de esas montañas —indicó Taliesin, volviendo los ojos a lo lejos hacia las laderas septentrionales tapizadas de pinos—, está mi tierra.

—Nunca te he oído hablar de tu antiguo hogar.

—Tampoco tú has aludido al tuyo.

—La primera vez que te oí cantar supe que éramos iguales.

—¿Cómo es eso?

—Ambos somos exiliados. Vivimos en un mundo que no es el nuestro.

Taliesin le dedicó una rápida sonrisa con reflejos de tristeza.

—El mundo se nos ofrece para que lo moldeemos —repuso alegremente, pero se volvió de nuevo hacia las montañas y permaneció un buen rato sin hablar.

Cuando volvió a hacerlo, su voz sonó lejana.

—He visto una tierra en la que brillaba la bondad, donde cada hombre protege la dignidad de su hermano tan gustosamente como la suya propia; donde la guerra y la necesidad han desaparecido y todas las razas se rigen por la misma ley de amor y honor.

»He contemplado un lugar en el que brilla la verdad; donde la palabra de un hombre es su garantía pues la falsedad ha sido desterrada; en él los niños duermen a salvo entre los brazos de sus madres y jamás conocen el temor o el dolor; allí los reyes extienden las manos para imponer justicia en lugar de para empuñar la espada; la clemencia, la amabilidad y la compasión fluyen como un torrente sobre la tierra, y los hombres veneran la virtud y la belleza, por encima de las comodidades, el placer o el propio interés. Es un sitio como un faro en cada colina, y el amor ilumina todos los hogares de las casas; allí se adora al Dios Verdadero y su mensaje es aclamado por todos.

»He vislumbrado esta tierra, Charis —aseguró mientras se golpeaba el pecho con la mano—, y mi corazón suspira por ella.

Su rostro resplandecía, y Charis se sintió dominada por la fuerza de su visión, aunque también se asustó. Alcanzó su mano y la apretó entre las suyas.

—Un sueño maravilloso, amor mío —concedió. La mano de él se hallaba fría.

—No es un sueño únicamente —repuso él, sacudiendo la cabeza—, sino un mundo auténtico.

—Pero no es nuestro mundo.

—No —admitió él, y luego añadió—: pero así se supone que debería ser, y será. Puede transformarse, Charis. ¿Lo ves? ¿Lo comprendes?

—Desde luego, Taliesin, ya me has hablado del Reino del Verano.

—¡El Reino del Verano no constituye más que su pálido reflejo! —repuso con fiereza, luego se ablandó—. ¡Ah, pero el País del Verano puede ser su inicio! Cuando sea rey, Charis, mi gobierno brillará como el sol, para que puedan verlo todos los hombres y sepan lo que debía de haber sido el mundo.

Taliesin colocó la palma de una mano sobre el vientre de ella y sonrió:

—Debes contarle a mi hijo todo lo que te he dicho. Él será rey después de mí y debe ser fuerte, pues las tinieblas no le darán descanso. Debe ser un hombre entre los hombres, un rey poderoso y sabio y, por encima de todo, debe amar la verdad y servirla.

Charis apretó la mano de él con más fuerza sobre su vientre.

—Tú debes explicárselo. Si es un muchacho, debe aprender de su padre.

El sonrió de nuevo y la besó.

—Sí —repuso en voz baja.

El *merlin* lanzó un agudo chillido en aquel momento y Taliesin lo soltó de su percha para que volara; el ave empezó a dar vueltas en círculo cada vez más alto, para elevarse por fin en el cielo límpido moteado de nubes. Contemplaron al halcón izarse por los aires, y escucharon sus agudos gritos a medida que, salvaje y libre de

nuevo, sentía el empuje del familiar viento bajo sus alas.

Cuando su vuelo lo condujo hacia la zona de colinas, montaron en sus caballos y lo siguieron hasta llegar, al cabo de un rato, a un desfiladero rocoso entre dos despeñaderos. Taliesin refrenó su animal, lo detuvo y gritó a Charis, que iba detrás de él:

—Quizá deberíamos volver.

La mujer alzó los ojos hacia el halcón, que describía círculos sobre ellos.

—Lo perderemos. Por favor, sigamos un poco más. Desfallecerá pronto a causa del ala y regresará.

Taliesin asintió y empezaron a bajar por la empinada y estrecha garganta, que estaba sembrada de piedrecitas sueltas. Cuando llegaron al fondo y miraron atrás, él meneó la cabeza.

—La subida será más dificultosa. Tendremos que buscar otro camino.

Se adentraron en el valle, que se ensanchaba poco a poco, siguiendo al *merlin,* al que encontraron poco después lanzando estridentes chillidos sobre el cuerpo de una liebre recién muerta. Lo dejaron disfrutar de su comida y luego lo devolvieron a la percha de la silla de Charis; después hicieron girar sus monturas y emprendieron el regreso a Maridunum, evitando las rocosas colinas y el traicionero sendero que las surcaba.

Taliesin cabalgaba algo adelantado, entonando un himno en honor del día, mientras escogía una ruta más fácil para su vuelta a la villa. Al llegar ante un arroyo, se detuvo y volvió la cabeza para decir a Charis:

—Dejaremos que los caballos abreven aquí. Y podemos... —Le dirigió una mirada y saltó de la silla—. ¡Charis!

Ella volvió la cabeza despacio y lo observó con una expresión extraña; sus ojos parecían apagados; el rostro, sin color.

—Me siento cansada, Taliesin —murmuró; sus palabras eran tenues y apenas articuladas—. Tengo la boca seca.

—Deja que te ayude a bajar —rogó Taliesin con rostro sombrío—. Descansaremos un momento. —La obligó a pasar el brazo sobre su hombro y la ayudó a descender de la silla.

Al principio no vio la sangre, pero al volverse para conducirla hasta una roca junto al arroyo, donde podría sentarse, la pegajosa mancha húmeda que había sobre la silla le llamó la atención.

—¡Charis, estás sangrando!

Ella contempló la silla y luego bajó los ojos a la oscura mancha escarlata que se extendía por sus ropas. Levantó la mirada con perplejidad, sonrió débilmente y murmuró:

—Creo que... deberíamos... regresar.

Taliesin la ayudó a montar de nuevo, y se colocó junto a ella en su caballo con un brazo alrededor de la cintura de la joven para sujetarla, mientras regresaban despacio y con gran cuidado hacia la villa. Cuando llegaron, Charis se hallaba casi inconsciente. Su cabeza se balanceaba hacia adelante y su piel, pálida como la de un muerto, estaba fría y entumecida. Se desplomó desde la silla a los brazos de Taliesin al detenerse, y éste la transportó al interior, mientras pedía ayuda a gritos nada más entrar en la sala.

Henwas, el mayordomo de pelo gris, llegó corriendo junto a él.

—¿Qué sucede, señor? ¿Qué ha pasado? —Vio la sangre que goteaba de debajo

de la mano de Taliesin, y dijo—: Traeré a Heilyn.

Charis lanzó un gemido cuando Taliesin la depositó con cuidado sobre la cama; después se arrodilló a su lado, intentando recordar frenéticamente algún remedio que pudiera ser útil, y pensó en utilizar sus poderes como druida para curarla. En aquellos desesperados segundos su mente se debatió en muchas direcciones, pero, al final, empezó a rezar por ella. Lo hizo con una expresión de su fe en el Dios Salvador, ya que sopesó que si lo abandonaba y regresaba a las antiguas costumbres a la primera señal de crisis o peligro, significaría que sus creencias eran débiles y enclenques.

Oró y sus palabras brotaron como un torrente hacia el Dios Vivo que se complacía y respondía a las plegarias de los hombres. No le cabía la menor duda de que sus oraciones serían contestadas. No había finalizado su rezo cuando la puerta se abrió y Heilyn, la regordeta señora de las cocinas de lord Pendaran, penetró a toda velocidad, con su rostro rechoncho colorado por el ejercicio.

—Bien, bien —exclamó, como si Taliesin fuera un jovencito que se había portado mal—, ¿qué le sucede a esta muchacha?

—Íbamos a caballo —explicó él—, y empezó a sangrar.

—Quédate tumbada —exigió Heilyn, colocando una mano caliente sobre la frente de Charis. Esta se estremeció sobre el lecho, con los ojos cerrados y la respiración débil; sin embargo, la mujer le hablaba como si estuviera despierta y plenamente consciente—. Veamos, veamos... Deja que Heilyn te eche una mirada. —La mujer, que había actuado de comadrona en el nacimiento de cada uno de los hijos de Pendaran y de casi todas las demás criaturas nacidas en Maridunum en los últimos veinte años, se inclinó sobre la joven, al tiempo que ordenaba a Taliesin—: Id a buscar a Rhuna, y decidle que traiga paños limpios y agua. Haced lo que os digo y rápido.

Taliesin no se movió.

—No podéis hacer nada aquí, de pie como un montón de piedras —siguió Heilyn—. Traed a Rhuna aquí.

Localizó a la muchacha y la llevó a la habitación, y luego se quedó contemplando la escena sin saber cómo ayudar hasta que Heilyn lo echó de la estancia:

—Salid y pasead por otra parte, o servid para algo útil: mandad a Henwas que tenga un brasero preparado y listo para traerlo en cuanto hayamos terminado.

Taliesin obedeció y luego regresó, mas esperó fuera de la habitación. Al cabo de un rato la puerta se abrió y Rhuna sacó la cabeza al exterior para decir:

—Señor, vuestra esposa pregunta por vos.

Taliesin entró y se acuclilló junto a su cama.

—Ya ha superado lo peor —le informó Heilyn—, pero si no os importa, dormid en algún otro sitio esta noche, ya que la pérdida de sangre le arrebata las fuerzas. —Heilyn empujó a Rhuna fuera de la cámara, luego se detuvo junto a puerta y añadió—: Me ocuparé de ella por la mañana.

Salió entonces y Taliesin tomó una de las manos de Charis entre las suyas. Los ojos de ella se abrieron con un parpadeo.

—¿Taliesin? —Su voz era un susurro—. Tengo miedo.

—Chisst, descansa ahora. Yo te velaré. —Charis cerró los ojos de nuevo y se hundió en un profundo sueño.

Taliesin permaneció allí toda la noche, pero Charis sólo se movió en una

ocasión. Cuando el alba hizo su aparición en el cielo, la joven se despertó y lanzó un grito. Taliesin, que dormitaba en una silla junto a la cama, se sobresaltó y se inclinó sobre ella.

—Todo va bien, corazón, estoy aquí.

Charis escudriñó las finas sombras azuladas que había en la habitación detrás de él, como para asegurarse de que todo permanecía inalterado.

—Taliesin, he tenido un sueño muy angustioso —explicó con voz débil.

—Descansa —recomendó él—. Hablaremos más tarde.

—El sueño... Vi una enorme bestia, cuyos ojos eran como la noche, que venía hacia mí... Pero entonces apareció un hombre con una espada, Taliesin, un arma preciosa y reluciente... Su rostro se iluminaba con una valerosa sonrisa... pero yo tenía miedo por él...

—No te preocupes—. Todo va bien.

—... él sonrió y me dijo: «Conocedme por esto, Dama del Lago», y alzó la espada... para dirigirse a matar a la bestia... Dio comienzo un terrible combate... y no regresó; me temo que murió.

—Un sueño desdichado —concedió Taliesin con suavidad—. Pero descansa ahora y conversaremos luego. —Posó su mano sobre la cabeza de ella y la muchacha se volvió a dormir.

16

—He asistido a esta situación en otras ocasiones —afirmó Heilyn con voz grave—. Y nunca es bueno. El niño morirá y te llevará con él a menos que sigas mi consejo; aunque, incluso así, no se puede asegurar nada.

Charis apretó con fuerza la mano de Taliesin, pero su mandíbula mostraba una expresión decidida y su mirada era enérgica.

—¿No existe ninguna esperanza?

—Muy pocas, criatura, pero todo depende de ti.

—¿De mí? Bien pues, no tienes más que decírmelo y haré todo lo que esté en mi poder para ver a mi hijo vivo.

—No hay posibilidades de vida para el niño —declaró Heilyn categórica—. Lo que intentamos es salvar a su madre.

—Pero, si yo me he de salvar, ¿no podría el niño sobrevivir también?

La partera movió la cabeza despacio.

—Nunca he conocido un caso así. Y, muy a menudo, al final, el esposo cava dos fosas.

—Explícanos el remedio —pidió Taliesin.

—Permanece en cama hasta que sientas los dolores del parto. —Se detuvo y encogió los hombros—. Eso es todo.

—¿No existe otra solución? —preguntó Charis, pensando que cuatro meses eran mucho tiempo para estar en cama.

—Únicamente el descanso —repuso Heilyn con aspereza—, y tampoco resulta una garantía. La hemorragia se ha detenido y eso es bueno, pero no me cabe la menor duda de que empezará de nuevo si te mueves de esta habitación.

—Muy bien, seguiré tus indicaciones, pero, incluso así, no abandonaré la esperanza con respecto a mi hijo.

—Es la tuya la vida que hemos de cuidar ahora. —Hizo una ligera inclinación con la cabeza y se volvió para abandonar la cámara—. Mandaré traer comida, debes alimentarte, pues es la mejor forma de que recuperes las fuerzas.

Cuando se hubo ido, Charis repitió:

—La obedeceré, pero no perderé la ilusión por la criatura.

—Y yo me quedaré contigo todos los días. Rezaremos, hablaremos y cantaremos, y el tiempo pasará volando.

—Soportaré mi confinamiento —afirmó Charis—. He superado pruebas más difíciles por causas menos nobles.

Y la espera dio comienzo: Charis se convirtió en una prisionera en la habitación situada sobre la sala y corrió la voz por la villa y por todos los alrededores de que la bella esposa del bardo esperaba un hijo y estaba confinada en la cámara alta de lord Pendaran; se susurraba que moriría al dar a luz a un bebé muerto y deformado, ése supondría el castigo por abandonar a los antiguos dioses y seguir al dios de los cristianos.

Taliesin conocía los rumores que circulaban sobre ellos en Maridunum y en las colinas circundantes, pero nunca se los contó a Charis. Se mantuvo firme en su promesa de permanecer junto a ella, y hubiera pasado cada minuto del día en la silla junto a su cama si la joven no lo hubiera alejado finalmente de allí.

—¡No puedo soportar tenerte ahí sentado mirándome continuamente! —le dijo al cabo de unos días—. Ya resulta bastante duro de por sí como para añadir la culpa de mantener cautivas a dos personas. ¡Sal a cabalgar con Eiddon! ¡Vete a cazar! ¡Márchate a donde quieras, pero sal de aquí!

Taliesin lo aceptó sin discutir y se levantó para salir.

—Y otra cosa —siguió ella—, no has cantado en la sala desde que estoy en cama. Quiero que resuenen tus melodías de nuevo, a ambos nos reconfortará más que si permaneces aquí inmóvil.

—¿Y qué harás tú, corazón mío?

—Tengo mis pensamientos para que me hagan compañía —respondió Charis—. Y he meditado sobre escribir algunas cosas para guardar por si yo..., para reservarlas para más adelante.

—Sí —aprobó Taliesin—. Enviaré a Henwas a buscar lo necesario para escribir, si se encuentra por aquí, de modo que puedas empezar enseguida.

A los pocos días el mayordomo irrumpió en la habitación de Charis con un grueso rollo de pergamino bajo un brazo y un recipiente de tinta en la mano.

—Señora —inclinó la cabeza al entrar—, perdonad mi intrusión. Acabo de llegar ahora mismo del mercado. ¡Mirad lo que os he traído!

Charis tomó el pergamino y lo desenrolló un poco entre sus manos.

—¡Oh, Henwas, es excelente! ¿Dónde lo encontraste?

—Envié a buscarlo a Caer Legionis, ya que pensé que el tribuno de allí podría tener alguno en sus almacenes; no me equivoqué y, como está agradecido a mi señor por sus antiguos servicios, me lo hizo llegar con agrado.

—¡Pero es tan caro! No puedo aceptarlo, Henwas. —Hizo un gesto para devolvérselo.

—Es vuestro, señora. —Colocó el recipiente de la tinta sobre la mesa que se había situado junto a la cama.

—¿Qué dirá tu señor?

—Lord Pendaran —repuso Henwas con orgullo— delega en mí todos los asuntos concernientes a su casa; de todas formas, desearía que lo tuvieses. De hecho, sin duda debe de estarse censurando en este momento por no haber anticipado tan sencilla necesidad.

Charis se echó a reír.

—Gracias, Henwas. Estoy segura de que lord Pendaran no necesitará reprocharse nada jamás mientras tú te ocupes de la villa.

—Siempre supone un placer serviros, señora.

Cuando Taliesin fue a verla más tarde, le mostró el pergamino y le contó sus propósitos.

—Debe de ser una historia que merece ser contada —afirmó—. ¿Me la relatarás mientras la escribes?

—No —respondió ella—, no tengo el talento de un bardo. Pero cuéntame tu vida para que también la pueda escribir en mi libro.

Taliesin recelaba de la idea de escribir aquello que antes sólo se había relatado de palabra; sin embargo, Charis lo persuadió y empezó a relatarle su vida, al tiempo

que incluía muchos sucesos que le habían narrado Rhonwyn y Hafgan. La joven inició su tarea al día siguiente con una pluma que Taliesin fabricó para ella y, de esta forma, encontró alivio al opresivo aburrimiento de su cautividad mientras escribía en aquel precioso pergamino.

Así se inició una rutina que iba a continuar durante los largos meses del confinamiento de Charis: en cuanto se despertaba, desayunaba y se dedicaba a escribir durante la mañana; Heilyn le traía la comida, y ella y Taliesin la compartían y hablaban, a veces sobre la vida de éstos, otras veces sobre su visión del Reino del Verano; él le describía los más íntimos detalles de sus pensamientos, de modo que ella empezó a conocerlo casi tan bien como a sí misma. Descansaba durante las tardes calurosas; en ocasiones permitía incluso que colocaran su cama al sol, junto al *merlin,* que reposaba sobre su percha. No obstante, a la hora de la cena el lecho regresaba a su posición y, cuando se encendían las velas de junco y los hachones al llegar la noche, se abrían las puertas para que la voz de Taliesin pudiera llegar hasta ella desde donde cantaba en la sala del piso inferior. Éste se reunía con ella para pasar la noche en cuanto terminaba, y acababan el día en la misma forma en que lo habían empezado, dormidos uno en los brazos del otro.

Transcurrió el tiempo y con cada día que pasaba las notas crecían sobre el pergamino, desde la fría cosecha de otoño hasta bien entrado el gélido invierno. Algunas veces, Charis se despertaba en altas horas de la noche para tomar de nuevo su pluma y escribir, en un intento por contener el temor siempre latente en su subconsciente. Taliesin se levantaba con los primeros rayos del día y la encontraba envuelta en un suave manto blanco de lana, encorvada sobre el pergamino, con los dedos manchados de tinta, garabateando furiosamente.

—Deberías dormir —le aconsejaba.

Y ella sonreía con tristeza y respondía:

—El sueño no representa ningún consuelo para mí, amor.

Plasmaba su historia durante las horas demasiado escasas de luz diurna, pero lo más habitual consistía en que realizara su labor a la refulgente luz de las velas y rodeada de braseros llenos de carbón encendido. Continuó la redacción durante las largas y vacías noches de invierno, tomando su pluma al tiempo que Taliesin tocaba su arpa en la sala inferior. Y su canción se elevaba hacia ella como música de otro mundo; sin embargo, el tiempo se arrastraba lentamente para ella.

Un día, cercano ya el deshielo de primavera, Charis sintió la primera punzada del parto. Taliesin, sentado en la silla junto a la cama, vio la sombra del temor cruzar sobre su rostro.

—¿Qué sucede, cariño?

Ella apoyó la cabeza contra el poste de madera de la cama, mientras extendía las manos sobre su hinchado vientre.

—Creo que deberías llamar a Heilyn.

La vieja partera echó una mirada a Charis y, apretando una mano contra su vientre, dijo:

—Reza a tu dios, muchacha, pues ha llegado la hora esperada.

Charis tomó la mano de Taliesin y la oprimió con fuerza.

—Tengo miedo.

Él se arrodilló junto a ella y le acarició los cabellos.

—Chissst, recuerda tu visión: ¿quién era la mujer que llevaba el niño en brazos sino tú?

—No quiero hombres bajo mis pies —interrumpió Heilyn—. Salid de aquí y cuanto más os alejéis mejor. Haced venir a Rhuna. Eso ayudará más a vuestra esposa que cualquier otra cosa que podáis realizar.

Taliesin no hizo el menor movimiento, pero Charis le pidió:

—Sigue su consejo, pero permanece cerca, para que puedas oír el primer llanto de tu hijo.

—Id ahora y enviad a Rhuna —ordenó Heilyn mientras lo empujaba hacia la puerta.

Los dolorosos espasmos establecieron un ritmo regular, los músculos de su distendido vientre se contraían, se relajaban por un momento y volvían a contraerse otra vez. La escena continuó durante toda la mañana, mientras Taliesin revoloteaba en el umbral, hasta que finalmente Rhuna llamó a Eiddon para que se lo llevara.

—Estas cosas llevan tiempo —lo tranquilizó Eiddon—. Vayamos a cazar. Nos sentará bien a los dos sentir el frío viento en el rostro. —Taliesin contempló indeciso la puerta de la habitación, que había sido cerrada para evitar que entrara—. Vamos, regresaremos antes de que sucedan cambios.

Taliesin accedió con desgana y dejaron el asunto a las mujeres. Bien envueltos en pieles para protegerse de la gélida temperatura salieron en dirección a las colinas. La caza se convirtió en una farsa deprimente: Taliesin no podía concentrarse y galopaba con temeridad, asustando las piezas antes de que pudieran aproximarse a ellas. Eiddon le amonestó, pero, en realidad, no le importaba demasiado si atrapaban algo, sino que intentaba mantener ocupado a Taliesin. Aunque cabalgaron durante mucho rato, Eiddon se aseguraba siempre de que no perdieran de vista la colina donde se alzaba la villa.

Sin embargo, por fin, Taliesin tiró de las riendas de su caballo, y anunció:

—Creo que es hora de regresar.

Eiddon puso una mano sobre el hombro del bardo.

—Tú, amigo mío, jamás te fuiste.

—¿He resultado antipático?

—No exactamente, pero he cabalgado con perros más sociables.

Taliesin volvió los ojos una vez más hacia la colina.

—Ya cazaremos juntos en otra ocasión, Maelwys Vawr. Pero mi hijo nace hoy y debo estar allí, pese a que Heilyn guarda muy pocas esperanzas.

—Si es así, es porque cuenta con experiencia, Taliesin —repuso Eiddon—. Mas volvamos ahora, si lo deseas.

Se encaminaron hacia la casa y Taliesin se dirigió directamente a la habitación situada encima de la sala. Lord Pendaran y Henwas aguardaban fuera hablando en voz baja entre ellos. El joven se acercó y sujetó las manos del rey.

—No hay noticias aún —le informó Pendaran, en respuesta a la muda pregunta que leía en los ojos de Taliesin—. Pero así son estas cosas.

Llegó el anochecer y se llenaron los hogares de las chimeneas y se trajeron candelabros a la habitación. Al abrirse la puerta, Taliesin tuvo una fugaz visión de su esposa tendida en la cama, con Heilyn junto a ella que le sujetaba las manos. Pensó en entrar, pero mientras miraba, el rostro de Charis se convulsionó de dolor, y lanzó un grito mientras agitaba la cabeza de un lado para otro. Rhuna salió de la cámara con un montón de sábanas empapadas en sangre y la puerta se cerró otra vez rápidamente.

—Bebe algo de vino —propuso Pendaran—. Te calmará.

Taliesin aceptó la copa pero no se la llevó a los labios. Charis gritó de nuevo y el joven hizo una mueca de dolor.

—No puedo ayudar aquí —aseguró, dejando la copa—. Debo ir a algún lugar tranquilo a rezar.

—El templo ha estado vacío todos estos meses —observó Henwas—. A lo mejor a vuestro dios no le importará si os dirigís a él desde allí.

Taliesin cruzó la sala, rodeó la villa y ascendió el pequeño montículo en dirección al templo. El cuadrado edificio se hallaba a oscuras en la luz crepuscular, su masa cúbica se alzaba sobre la cima como una corona de piedra. El cielo era de un verde pálido, y el aire, frío y punzante. El día gris y nuboso había dado paso a una noche despejada y fresca.

El templo interior cubría su suelo con hojas secas, que crujieron cuando Taliesin entró. Había un altar en un extremo de la celda, pero, por lo demás, el edificio estaba vacío. Taliesin se acercó a él y, tras un momento de duda, lo volcó. Se escuchó un fuerte sonido a hueco cuando se desplomó la pared, y se levantó una nube de polvo que parecía estar constituido por los residuos de plegarias no contestadas que se habían acumulado como el mantillo que pisaba.

Se sentó en una de las piedras del altar, cruzó las piernas y apoyó los codos sobre las rodillas, descansando la barbilla sobre sus dos manos entrelazadas. Percibía la persistente presencia de otros dioses y el susurro de sus voces quebradizas, como si imitaran el inquieto suspiro de las hojas secas sobre el suelo.

—Dios Padre —exclamó en voz alta—, tú, que eres más grande que todos los dioses que se han adorado antes de ahora en este lugar, santifícalo con tu presencia y escucha mi plegaria. Te ruego por aquella que me habéis entregado, para que pueda dar a luz sin problemas a la criatura ahora que su prueba ha llegado. Dale fuerza y coraje, Padre, como la otorgas a todos los que se vuelven hacia ti en la necesidad.

Permaneció en el templo, honrando a su Dios, mientras observaba a través de las abiertas ventanas cómo la noche lanzaba su velo sobre la tierra. Un pequeño número de estrellas tempranas brillaba al igual que diminutos pedazos de hielo en el firmamento, cuando por fin salió para permanecer por unos instantes en el umbral del templo; su aliento, suspendido en el aire sobre su cabeza, desprendía un ligero resplandor bajo la luz de la luna que empezaba a salir.

En las cimas de las colinas, a lo lejos, brillaban las hogueras con fuerza, de forma que creaban un collar de relucientes llamas alrededor de Maridunum. Taliesin contempló las fogatas a través del límpido aire y recordó qué día era *Imbolc*, fecha que marcaba el inicio del deshielo.

En las cumbres de aquellas lejanas colinas las gentes celebraban un rito mucho más antiguo que los círculos de piedra en cuyo interior ardían sus fuegos conmemorativos. El Rey del Invierno, Señor de la Muerte, había sido derrotado y arrojado fuera de la tierra, obligado por la diosa Dagda a regresar a su trono subterráneo tras dejar el suelo listo para recibir una vez más la semilla de una nueva vida.

Recordó todas las veces que había permanecido de pie sobre heladas cimas y había observado los mismos fuegos que ahora ardían en la fría oscuridad. Hubo un tiempo, no demasiado lejano, en que él mismo había encendido aquellas llamas.

—No me tentéis —susurró—. Ahora sigo a un Dios Vivo.

Contempló durante un poco más el paisaje que se extendía ante sus ojos y luego se dirigió a toda prisa en dirección a la villa.

En el momento en que el mundo permanece suspendido entre las tinieblas y la luz, en el período en que todas las fuerzas permanecen en equilibrio por el más reducido de los instantes, nació el niño.

Al final, Charis lanzó un grito de dolor y empujó, su vientre sujeto por las manos seguras de la partera, mientras las venas se marcaban moradas sobre su frente y cuello, el sudor empapaba las sucias sábanas y apretaba un pedazo de cuero grueso entre los dientes.

—¡Mas fuerte! —apremió Heilyn—. ¡Ya puedo verlo! ¡Empuja, criatura! ¡Sácalo... ahora!

Charis, en un supremo esfuerzo, empujó de nuevo, con todas sus fuerzas, y el bebé salió al mundo.

Heilyn, con rostro serio, recogió aquel pequeño cuerpo azulado en un pedazo de ropa y se apartó. Charis distinguió su gesto a través de una neblina de agotamiento y dolor, y gritó:

—¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

—Chissst —respondió Heilyn—. Descansa ahora. Ya ha terminado.

—¡Mi bebé!

—El bebé está muerto, señora —susurró Rhuna—. El amnios no se rompió y se asfixió.

—¡No! —aulló Charis, su voz resonó por los dormidos pasillos de la mansión—. ¡Taliesin!

Este penetró inmediatamente en la habitación. Charis, pálida por el cansancio, intentó incorporarse, extendiendo una mano hacia la suya.

—¡Mi niño! ¡Mi hijo!

—¿Dónde está el niño? —inquirió él.

Rhuna indicó con la cabeza en dirección a Heilyn, quien se volvió con el bulto y levantó una esquina de la ropa al hacerlo. Taliesin contempló aquella diminuta criatura azulada en su bolsa membranosa y el corazón se desplomó como una bestia atravesada por una lanza. Tomó aquel ser sin vida de manos de Heilyn y lo acunó contra su cuerpo mientras caía de rodillas; después lo colocó sobre el suelo ante él y, tomando el amnios entre sus manos lo rasgó para liberar a la criatura. El cuerpo yacía inerte, inmóvil, gris-azulado en la semipenumbra de la habitación. Charis observó horrorizada aquel diminuto cadáver mientras, sus labios se movían en silencio, sin comprender, llenos de dolor. No podía suceder que el bebé que se había movido en su vientre permaneciera ahora tan quieto y callado.

Taliesin extendió las manos sobre el niño y le cerró los ojos. De su garganta brotó un sonido, una única nota temblorosa. Los que la oyeron pensaron que constituía el inicio de un lamento; pero la nota se elevó y llenó la habitación, vibrando con resonancia a medida que él aumentaba su potencia. A su espalda la puerta se abrió y entraron Pendaran, Henwas y Eiddon; otros habitantes de la casa se amontonaron en el umbral.

Aquel sonido único se intensificó para descender después a una melodía sencilla y elemental que Taliesin, olvidando la presencia de todos, empezó a entonar. Se inclinó sobre el bebé muerto y le tocó ligeramente con las puntas de los dedos el pecho y la frente, al tiempo que con su canción transmitía su propia vida al niño.

Los que lo contemplaban pudieron percibir un hecho extraño: al agacharse

Taliesin pareció que una sombra pasaba sobre él, pero no una sombra ordinaria, fruto de la ausencia de luz, sino una que era producida por una presencia luminosa. Esta sombra reluciente se detuvo, revoloteó sobre Taliesin y el niño que había en el suelo frente a él, y luego descendió, para precipitarse, por entre las manos extendidas de Taliesin, sobre la criatura, con la rapidez y la puntería de una daga.

La criatura se estremeció, tomó aire y lanzó un vagido.

A medida que el niño lanzaba su primer grito de vida, el horrible color negro-azulado de la muerte empezó a retirarse, y muy pronto su piel adquirió un tono rosado y cálido; sus manitas se cerraron con fuerza y se agitaron en el aire, y su boca, abierta, protestaba a pleno pulmón. Heilyn se inclinó y recogió al niño, envolviéndolo en un paño limpio.

Taliesin se sentó sobre sus talones y levantó la cabeza muy despacio, como si emergiera de un largo y pesado sueño. La comadrona, una vez atado y cortado el cordón umbilical, se volvió y depositó el bebé con cuidado sobre la cama, al lado de Charis, quien lo rodeó con sus brazos y lo acercó a su pecho.

Eiddon fue el primero de los espectadores en salir del trance que los envolvía. Corrió hacia Taliesin, lo ayudó a ponerse en pie y lo acompañó hasta el lecho, donde el bardo se dejó caer sin fuerzas, sonriendo débilmente mientras colocaba una mano sobre la cabeza del niño. Charis le tomó la otra mano en la suya y se la llevó a los labios.

—Es un hombrecito precioso —afirmó Heilyn—. El bebé más hermoso que mis ojos hayan visto jamás.

—Tu hijo —susurró Charis.

A partir de aquel momento, y durante las horas que siguieron, la habitación se convirtió en el lugar más concurrido de la villa. Todo el mundo quería contemplar al niño del milagro y, a pesar de las amenazas y protestas de Heilyn, uno tras otro los curiosos se amontonaban en la cámara para observar al bebé y llenar las paredes y los pasillos de murmullos, mientras se recontaban la historia de su nacimiento unos a otros.

Charis, débil, aturdida, agotada y medio enloquecida, se quejó del ruido, y la comadrona se dispuso a actuar al instante: echó a todos de la habitación y colocó a Henwas de guardia ante la puerta, con órdenes estrictas de azotar a cualquiera que se atreviera siquiera a murmurar una palabra junto a la habitación. Taliesin permaneció sentado en la silla junto a la cama, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y Charis, con el bebé contra el pecho, dormitó, al tiempo que sus dedos acariciaban con ternura los suaves cabellos negros del niño.

Charis durmió la mayor parte del día siguiente, despertándose sólo para amamantar al pequeño y hablar soñolienta con Taliesin cuando éste los visitó.

—¿Qué nombre le pondremos a nuestro hijo? —preguntó, acomodándose en la silla.

Ella bajó la mirada hacia la criatura que acunaba entre sus brazos y observó su oscura mata de cabello y sus finas y bien delineadas facciones, y pensó en el pájaro que tanto había luchado para liberarse.

—Merlín —murmuró adormilada—, mi pequeño halcón.

Taliesin había escogido ya otro nombre, pero miró con atención al niño, sonrió y dijo:

—Será Merlín, pues.

Se oyó un golpe en la puerta y Henwas penetró en el aposento.

—Hay unos hombres aquí, señor —susurró—. Preguntan por vos.

—¿Qué hombres?

—A juzgar por su aspecto, druidas, aunque no los había visto antes. ¿Salís o los hago marchar?

—No, los recibiré.

Cuatro hombres encapuchados estaban de pie en el antepatio de la villa, apoyados sobre sus bastones de madera, bajo la fría llovizna que caía de un cielo encapotado y plomizo. Cuando Taliesin se acercó, se volvieron en silencio hacia él y murmuraron entre ellos.

—Sabios hermanos —saludó Taliesin—, yo soy el que buscáis. ¿Cómo puedo serviros?

Los visitantes no hicieron el menor movimiento ni pronunciaron palabra; entonces, uno de ellos avanzó y se apartó la capucha del rostro.

—Estás muy lejos de casa, hermano —le dijo.

—¡Blaise! —exclamó Taliesin, abrazando a su amigo—. Cómo me alegro de verte. ¿Oh, qué es esto? ¿Un bastón de serbal?

El druida sonrió.

—Uno no puede ser *filidh* eternamente.

Taliesin saludó a los otros que estaban alrededor.

—¿Cómo es que habéis venido aquí?

—Para hablar contigo.

—¿Cómo me encontrasteis?

—En cuanto a eso, simplemente seguimos el río de los rumores hasta esta misma puerta. Dondequiera que has estado, Taliesin, la gente se comporta como si hubieran visto a Pwyll, príncipe de Annwfn, y a la misma Rhiannon. De modo que, cuando los habitantes de estos alrededores nos contaron que habitaba un dios en la casa de lord Pendaran, nos dijimos: «Ése no puede ser más que Taliesin». —Sonrió de nuevo y extendió las manos—. Además, Hafgan nos orientó sobre cómo encontrarte.

Taliesin lo abrazó de nuevo y se estremeció de frío.

—No debéis permanecer aquí fuera, os vais a congelar. Hay un fuego encendido en el hogar y comida para alimentaros. Entrad, y me contaréis cuál es el motivo de vuestra visita.

Pasó su brazo por el de Blaise, y los condujo hasta la sala. Se trajeron sillas, que se colocaron ante el fuego, mientras los druidas se quitaban las empapadas capas y se frotaban las manos para hacerlas entrar en calor.

—Debemos rendir nuestros respetos al señor de esta casa —afirmó Blaise, mientras tomaba un sorbo del vino caliente con especias que se le había entregado.

—Cantad para él esta noche —respondió Taliesin—. Descubriréis que es un anfitrión amabilísimo.

El druida le dedicó una radiante sonrisa por encima de su copa.

—No me extraña en absoluto que la gente te considere un dios. Por mi vida, que pareces Lleu el de la Largo Mano, Taliesin. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que te había echado de menos durante todos estos años.

—A mí me parece como si nunca nos hubiéramos separado. Sin embargo, quiero que me relates todo lo sucedido desde que abandonaste Caer Dyvi.

—Hay muy poco que decir. Serví en Cors Baddon durante varios años y luego

en Cors Glanum, en la Galia. He viajado a Roma y a Grecia, y retorné a la Isla de los Poderosos el pasado verano, cuando Teodosio regresó con tropas para aplastar la conspiración.

Taliesin asintió tristemente.

—Caer Dyvi cayó en sus manos. No se pudo evitar. —Entonces su rostro se animó—. ¿Has visto nuestras nuevas tierras del sur?

—Constituyen un lugar precioso, aunque Elphin asegura que no sabe cómo se las arreglarán sus granjeros con una tierra que produce más grano que piedras.

—¿Cómo está mi padre?

—Está bien y te envía recuerdos, al igual que tu madre.

Se quedaron en silencio, recordando un tiempo y un lugar ahora muy lejanos. Por fin, Taliesin se agitó en su silla y dijo:

—No has venido a traerme recuerdos de mis familiares.

—No, aunque hubiera sido motivo suficiente para mí —respondió Blaise—. Pero no, existe otra razón. Hafgan ha estado muy excitado estos últimos meses. Está seguro de que el Campeón de la Luz, como él lo llama, ha nacido o lo hará pronto. —Blaise se encogió de hombros—. Nosotros no hemos visto ninguna señal, pero Hafgan jamás se ha equivocado. De modo que nos envió a buscarte...

—¿Para que recorriera los senderos del Otro Mundo y comprobara si podía descubrir si ese Campeón había ocupado su lugar entre los vivos?

—Sólo para averiguar si habías visto algo que pudiera confirmarlo en su creencia. —Blaise miró a Taliesin, esperanzado—. Su presencia sería conocida en el Otro Mundo, ¿no es así?

—Sin duda —admitió Taliesin, luego añadió con firmeza—. Pero ahora soy un seguidor del Dios Salvador, también llamado el Dios de la Verdad y el Amor.

—Hafgan me lo contó, a pesar de no aludir a que tu nueva condición te impidiera viajar al Otro Mundo.

—Nadie me lo prohíbe. Es tan sólo el respeto por mi Dios el que mantiene mis pies en senderos mortales.

—Ya. —Blaise se volvió para contemplar el fuego—. Anoche vimos una señal que es posible que posea un importante significado: un anillo de luz rodeaba la luna y, dentro de él, se distinguía una única estrella; ésta apareció y empezó a brillar con fuerza justo después de la salida de la luna, y luego se oscureció como si fuera a desvanecerse; cuando todo lo que quedaba de ella era un destello apenas iluminado, el anillo de luz se apagó y desapareció como para prestar su luz a la moribunda estrella, pues entonces comenzó a relucir con una luz firme. —Estudió a Taliesin—. ¿Lo viste?

—Creo que sucedió tal como lo describes —respondió Taliesin—, aunque yo no lo contemplé porque velaba a la espera del nacimiento de mi hijo.

—¿Tu hijo?

—Sí. ¿Resulta tan sorprendente? Mi esposa dio a luz anoche.

Los otros druidas juntaron las cabezas, murmurando excitados entre sí. Uno de ellos extendió una mano y señaló con el dedo a Taliesin.

—Ese niño es con toda seguridad el Gran Emrys, el Inmortal, que será rey de esta tierra y cuyo gobierno nos conducirá a la nueva era.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Taliesin en voz baja.

—Es exactamente como Hafgan anunció —repuso otro de los druidas—. El Campeón ha nacido.

—¿Mi hijo? —Taliesin se levantó y empezó a pasear ante el fuego.

Blaise le contestó con la voz de un profeta:

—La luz es vida. El anillo de plata representa la vida eterna: el patrimonio del Campeón y su corona. La estrella situada dentro del anillo revela el nacimiento de aquel que llevará esa corona.

—Pero afirmaste que el anillo se apagó y desapareció.

—En efecto.

—Entonces una existencia finalizó para dar vida al Campeón.

—Sí, es lo que parece —corroboró Blaise. Los demás rumorearon su asentimiento.

—Entonces, debéis buscar en otra parte —concluyó Taliesin—. Mi esposa está bien y el niño posee una salud perfecta. No sucedió ninguna muerte en esta casa anoche.

Blaise extendió las manos.

—Todo lo que sé es lo que contemplé en el Cielo.

Taliesin dejó de pasear y se detuvo ante su amigo.

—Entonces, debe existir otra interpretación.

—Me asombras, Taliesin. ¿Qué he dicho que te ha alterado tanto?

El bardo hizo a un lado la pregunta.

—Fue un nacimiento difícil y nadie de la casa ha dormido demasiado esta noche.

Blaise estudió a Taliesin con atención.

—Bien, quizá tendremos que seguir la búsqueda en otro lugar, después de todo.

—Os quedaréis y descansaréis de vuestro viaje. Has de describirme el mundo que se extiende más allá de estas costas, y deseo oírlo antes de tu partida.

—Lo prometo, amigo mío, aunque tenga que hablar durante toda la noche. Pero primero me gustaría ver al niño, si no hay inconveniente.

—Más tarde —aplazó Taliesin con un gesto despreocupado—. Habrá mucho tiempo después.

Los druidas se sintieron asombrados ante aquello, pero no hicieron comentarios. Cuando estuvieron solos con Blaise durante un momento le dijeron:

—¿Qué le sucede a Taliesin? ¿Nos oculta a la criatura? ¿No se nos permitirá siquiera que la veamos?

—Taliesin debe de tener sus razones. No insistiremos más sobre el asunto por ahora, nos limitaremos a observar y esperar; confiemos en que todo se nos dará a conocer a su debido tiempo.

Lord Pendaran se sintió muy satisfecho de tener tantos bardos bajo su techo y decretó una fiesta para honrar al niño recién nacido; duraría cinco días y cinco noches, con lo cual los cinco bardos podrían turnarse en sus cantos.

Blaise aceptó muy cortésmente y rogó se le concediera el honor de permitirle cantar ante la familia de lord Pendaran en último lugar.

La primera noche de la fiesta la sala se llenó con los nobles y principales de los poblados y villas cercanas, ya que Pendaran el de la Espada Roja era un rey respetado y temido; multitud de ellos le debían muchos favores y no deseaban ofenderlo. Por lo tanto, la muchedumbre que se reunió en la sala se mostraba obedientemente alegre, aunque no exultante; muchos esperaban que la celebración se trasladaría a temas más solemnes, que se darían a conocer en su momento.

Como resultado, la concurrencia se quedó asombrada al ver el cambio

efectuado en su señor. Pendaran se mostraba feliz, jovial incluso, mientras se abría paso aquí y allá por entre ellos, al tiempo que depositaba regalos entre sus manos y les daba palmaditas en la espalda; reía, bromeaba y vertía aguamiel en sus copas.

—¿Qué es esto? —se preguntaban unos a otros—. ¿Ha entrado nuestro rey en su segunda juventud?

—Es una trampa —murmuraban algunos—. Va a elevar los impuestos.

—No, está encantado —decían otros—. ¿No habéis oído hablar del druida bardo que aloja en su casa? El viejo Pendaran se halla bajo los efectos de un hechizo.

La fiesta dio comienzo y los jefes se sentaron con su señor en la mesa principal para comer y beber, aunque sin dejar a un lado la cautela. Pendaran soportó su forzada alegría y sus miradas de reojo durante un tiempo, pero, por fin, echó hacia atrás su sillón y golpeó la mesa con el mango de su cuchillo. Cuando toda la sala quedó en silencio se puso en pie y exclamó:

—¿Es posible que hayáis venido a una fiesta? Mirad vuestros rostros largos, ¿tan desagradable resulta mi hospitalidad? —Todos le aseguraron lo contrario—. Bien, pues ¿qué sucede entonces?

Uno de los jefes, un hombre fornido y entrado en años llamado Drusus, que llevaba el pelo muy corto, al estilo romano, se incorporó.

—Si uno pudiera expresarse con libertad, Espada Roja, te descubriría lo que sucede en esta sala.

—Dilo pues, si lo sabes, puesto que quisiera oírlo.

—Para resumirlo en pocas palabras: realmente nos asombra el cambio operado en ti y nos resulta difícil explicárnoslo. ¿Estás bajo un hechizo? ¿O intentas clavarnos la daga mientras alzamos las copas en tu honor?

Pandaran Gleddyvrudd se quedó mirando al hombre, furioso, y todos los que se sentaban cerca de él se echaron hacia atrás. El rey arrojó su cuchillo al tablero que tenía ante él, donde se clavó y quedó temblando. La mano de Drusus bajó rauda a la daga que llevaba en el cinturón, pero la expresión hosca de Pendaran se disolvió en una amplia sonrisa y sus hombros empezaron a agitarse convulsionados por la risa.

—¡Sí, eso es! ¡Estoy hechizado! Y es un encantamiento de lo más extraordinario, como comprobaréis.

Drusus lanzó un resoplido por entre sus dientes apretados.

—¿Te burlas de nosotros, entonces?

—Me río porque me siento feliz, viejo aguafiestas. Me siento afortunado pues, después de muchos años, ha nacido una criatura en esta casa y quiero celebrarlo con mis amigos. —Levantó las manos en dirección a los reunidos—. Si no lo sois, ya podéis marcharos para que pueda llenar mi sala con gentes que sepan de verdad disfrutar la vida que se les ha otorgado.

—¿Admites que estás hechizado? —preguntó otro que estaba sentado cerca de Drusus.

—¡Lo admito voluntariamente! ¿Por qué no? ¿Qué mal existe en ello? Todos vosotros deberíais hallaros así.

Los murmullos de la sala crecieron. Pendaran se volvió y señaló el lugar donde Taliesin permanecía de pie junto a Blaise al lado de la chimenea.

—Ahí —dijo, extendiendo la mano—, ahí está el origen de mi hechizo. Acércate, Taliesin.

Taliesin se aproximó a la mesa del rey y Pendaran posó su mano sobre el hombro del cantor.

—Este hombre que veis ante vosotros posee peculiaridades que lo distinguen de los demás: su voz es la magia personificada, y todo el que lo escucha queda encantado por ella. Pero, amigos míos, os aseguro con toda sinceridad, que tenéis ante vosotros a una persona mucho más feliz que la que conocierais con anterioridad. La vida vuelve a resultarme agradable.

Drusus clavó una dura mirada sobre el bardo y afirmó:

—Cualquiera que puede realizar un cambio como el que contemplamos en nuestro rey constituye el mayor de los hechiceros. Por eso, te planteo con sencillez: ¿son buenas o malas tus intenciones con respecto a nuestro señor?

Varios asistentes corearon su pregunta, exigiendo una respuesta.

Taliesin alzó la voz hasta que ésta alcanzó a todos los rincones de la sala.

—¿Tan insensibles os habéis vuelto a la bondad y tan indiferentes a la alegría que no las reconocéis cuando las encontráis? ¿Se han vuelto ciegos vuestros ojos y sordos vuestros oídos a la felicidad que os rodea? ¿Probáis el vino y anunciáis: «Mi copa está llena de polvo»; o, tras probarlo, concluís: «Lo dulce se ha vuelto amargo y viceversa»?

»¿Habéis olvidado los nacimientos de vuestros propios hijos e hijas? ¿Ya no podéis recordar la dicha que impulsaba vuestros corazones? ¿No habéis reunido jamás a parientes y amigos alrededor de vuestro fuego para unir vuestras voces en una canción por simple placer? ¿Vive cada uno de vosotros en tal miseria que repudiáis el sonido de la risa? ¿Os habéis endurecido tanto que el contacto de la mano de un amigo sobre vuestro hombro no os conmueve más de lo que podría suponer el roce del viento sobre la piedra?

La sala estaba sumida en silencio; cada uno de los presentes miraba al bardo, cuyo rostro brillaba con un fuego sobrenatural, de la misma forma que sus palabras ardían en sus oídos, y todos por igual, tanto los de posición elevada como los humildes, se encogieron avergonzados.

Charis, quien, con Rhuna a su lado, había venido a unirse a la celebración, permanecía de pie al final de la escalera con el pequeño Merlín en brazos. Taliesin la vio y le tendió la mano. Mientras ella se acercaba, siguió:

—¡Mirad! Aquí está mi hijo, que en estos momentos, es el más importante de entre los hombres vivos. —Se aproximó a ella y Charis colocó el niño en sus brazos.

Taliesin levantó al pequeño sobre su cabeza y lo sostuvo allí.

—Miradlo, señores de Dyfed; ¡aquí está vuestro rey! La Era de las Tinieblas se avecina, amigos, pero yo os muestro la luz. Observadla bien y recordadla, de modo que, cuando las tinieblas lleguen y os acurruquéis atemorizados en vuestras vacías madrigueras, podáis comunicar a vuestra gente: «Sí, éstos son tiempos malos y tenebrosos, pero en una ocasión vi la luz».

Los reunidos asistían asombrados a la escena; jamás habían oído a nadie hablar en esa forma. También Charis examinó a su esposo, ya que percibió en sus ojos un feroz y terrible resplandor que consumiría todo aquello que tocase. Tendió los brazos para recuperar al niño y Taliesin devolvió el bebé a los brazos de su madre. Luego, él y Charis abandonaron la sala.

Blaise, que había visto todo aquello, supo que el presentimiento de Hafgan era cierto. Alzó las manos y se adelantó, diciendo:

—¡Escuchad y recordad, señores de Dyfed! Un rey ha sido proclamado en vuestra presencia. Un día éste regresará en busca de su corona. ¡No oséis negársela!

El zumbido de excitación que siguió a esta declaración semejaba al de una

colmena en ebullición. Blaise se volvió hacia sus compañeros druidas y preguntó:

—¿Qué pensáis, hermanos?

Uno de ellos contestó:

—Hemos visto al futuro rey de Dyfed.

Pero Blaise negó con la cabeza y siguió:

—Más que eso: habéis contemplado al más grande de entre nosotros inclinarse ante el Gran Señor de la Luz. A partir de ahora, cualquiera que se atreva a ocupar un trono entre los hombres deberá proceder del mismo modo. Incluso en estos momentos en que los bandos se están formando, pues pronto se iniciará la batalla, es afortunado el que vive en esta era turbulenta.

Los druidas meditaron sobre ello y uno de ellos preguntó:

—¿Por qué es dichoso un hombre que habita en la oscuridad, hermano?

—¿Te asombra? —inquirió Blaise—. Sólo aquel que ha morado entre tinieblas conoce y valora realmente la luz.

17

Cuando la fiesta que celebraba el nacimiento de Merlín teminó, los señores y jefes partieron con la noticia del nacimiento del pequeño rey de regreso a las remotas colinas y valles de Dyfed. Blaise y los otros druidas se quedaron un día más, mientras se preparaban para su vuelta a las tierras del sur, donde Hafgan esperaba sus noticias.

La mañana de su marcha, Charis acudió a ver a Blaise y le dijo:

—Por favor, si no os resulta un inconveniente, ¿podríais llevar un mensaje a mi padre, el rey Avallach, a Ynys Witrin?

—Constituye un mínimo favor para serviros —repuso Blaise—. ¿Qué queréis que le transmita?

—Anunciad a mi padre que le he dado un heredero. Comunicadle que deseo, que deseamos, regresar a casa y que esperamos aquí una señal de que nos da su bendición.

—Cumpliré vuestro encargo, señora —prometió Blaise.

Taliesin se les unió entonces y juntos salieron al patio, donde los otros los esperaban.

—Adiós, Blaise, hermano mío —se despidió Taliesin, con un caluroso abrazo—. Saluda a mi padre y a mi madre en mi nombre. Coméntales que su nieto crece y pronto acudirá a su casa.

Charis meditó las palabras de su esposo. ¿Qué era lo que realmente sabía?

—Verás a tu padre de nuevo —afirmó Taliesin cuando los druidas marcharon—, y disfrutarás del placer de depositar a tu hijo en los brazos de quien te sostuvo a ti de pequeña.

Pasaron las semanas y la primavera fue recobrando la tierra. Llegaron las suaves lluvias y las colinas recuperaron su color verde; las plantas aceleraron su crecimiento y brotaron, las ramas florecieron y los ríos aumentaron su caudal y llenaron las cuencas hasta rebosar. Charis se entregó por completo a la tarea de alimentar al pequeño y restablecer su propia salud. Ella y Taliesin pasaban largas horas hablando y, aunque anhelaba preguntarle el significado de sus palabras en la sala de Pendaran la noche de la fiesta, algo se lo impedía: quizá la entonación con que las había pronunciado y la forma en que había presentado a su hijo, como si de una ofrenda o un sacrificio se tratase.

Durante los días grises de lluvia y viento, y otros de cielos azules y soleados, Charis aguardó noticias de su padre, y empezó a impacientarse, aunque a Taliesin parecía no importarle esperar eternamente, pues continuó cantando para lord Pendaran y comenzó a hacerlo también en la ciudad, de forma que el pueblo llano también pudo escucharlo. Por todas partes se murmuraba que el Señor de la Espada Roja albergaba a un rey y a una Reina del Pueblo de los Seres Fantásticos en su casa, y que estos seres habían presagiado grandes riquezas a todos los de Maridunum y sus alrededores.

La primavera se encaminaba rápidamente hacia el verano, y Charis no hacía más que volver a mirada al camino que bajaba por la colina desde la villa, con la esperanza e descubrir un mensajero de su padre. Un día, mientras paseaba a Merlín por el patio, Henwas acudió a su lado.

—Señora —dijo—, un hombre desea veros.

Ella se volvió en redondo.

—¿De parte de mi padre?

—No lo ha dicho.

Charis salió corriendo del patio en dirección a la sala, donde encontró a un hombre envuelto de pies a cabeza en una capa. Se hallaba de espaldas a ella, junto a la puerta.

—Me acaban de avisar que habéis preguntado por mí —afirmó—. Ya me habéis encontrado.

El visitante se giró y sobre ella cayó la desilusión, ya que esperaba reconocerlo y, sin embargo, no lo había visto jamás.

—¿Os llamáis Charis? —inquirió éste.

—Sí.

—Os traigo esto. —Introdujo la mano en el interior de la capa y de una bolsa de cuero sacó una pluma negra.

Charis miró la pluma con atención y preguntó:

—¿Eso es todo? ¿Nada más?

—No se me encargó nada más —repuso el hombre tendiéndole la pluma.

—¿Os la entregó el mismo rey Avallach? —Charis la tomó.

—El rey en persona —confirmó el mensajero.

—¿Quién sois? —demandó Charis—. No os conozco.

—No existe ninguna razón para lo contrario —respondió el hombre—. Vengo del oeste, de Logres, pero he viajado mucho últimamente. Pasé dos noches en Ynys Witrin y, cuando el rey se enteró de que me dirigía hacia el norte, me encomendó este recado: «Dadle esto a mi hija Charis, que está en Maridunum». —Se encogió de hombros con indiferencia—. Tenía asuntos que resolver en Caer Gwent y Caer Legionis o hubiera venido antes.

—¿Cómo se encontraba el rey cuando lo visteis?

—No estuve mucho tiempo con él, pero me recibió con cortesía; su herida le molestaba y tuvo que permanecer echado todo el tiempo.

Charis asintió e hizo girar la pluma entre sus dedos.

—Gracias —dijo—. Estimo vuestro servicio y me gustaría obsequiaros de algún modo.

—Ya he sido recompensado —aseguró el mensajero al tiempo que inclinaba la cabeza—. Si no disponéis otra cosa, os dejaré ahora. —Tras esto se dio la vuelta y desapareció rápidamente.

Charis no comprendía en absoluto el significado de la pluma negra, y cuando Taliesin regresó de montar a caballo con lord Pendaran y sus hijos le contó lo sucedido con el mensajero y la pluma.

—Aquí está —declaró, y se la entregó—. Tal como la he recibido de él.

Taliesin hizo una mueca al verla y, cuando alzó los ojos, su sonrisa era forzada y tirante.

—¿Ves? Aquí está la señal que querías.

—¿Una pluma negra?

—Una pluma de cuervo. Entre mi gente se dice que un hombre sabe que va a morir cuando oye graznar un cuervo ante su casa en una noche sin luna. La pluma de cuervo constituye un símbolo de luto.

Charis se estremeció.

—¿Cómo puedes pretender que yo esperara esta señal?

—Puede ser que Avallach te esté comunicando que está de luto, pues te añora y llora tu ausencia. El tiempo y el hermano Dafyd habrán hecho su trabajo; Avallach acepta nuestro matrimonio. Siente lo ocurrido y quiere que regreses.

—Si es así, ¿por qué enviarla con un extraño? ¿Por qué no con uno de los suyos?

—Eso se lo tendremos que preguntar cuando lo veamos —repuso Taliesin—, en un día no muy remoto.

Charis se había sentido tan alarmada por el mensaje que tardó en asimilar el significado de las palabras de Taliesin, pero poco a poco empezó a comprenderlas.

—Entonces, ¿podemos volver a casa?

—Desde luego, nos iremos en cuanto tengamos listas las provisiones.

—¡Mañana mismo! —exclamó Charis—. ¡Nos iremos mañana! —Le apretó la mano y llamó a Rhuna, y las dos iniciaron los preparativos.

Lord Pendaran se apenó cuando Taliesin le comentó la señal del rey Avallach. Su sonrisa se desvaneció y sus ojos se oscurecieron.

—Hace mucho que sabía que este día llegaría; sin embargo, lamento verte marchar, amigo mío, aunque sé que es tu deber.

—Vuestra actitud en nuestro primer encuentro se halla lejana de la que ahora mostráis —le recordó Taliesin.

Los labios de Pendaran hicieron una mueca y apartó el comentario con un gesto de la mano.

—Te aseguro que aquél era un Gleddyvrudd diferente del que tienes ante ti.

—Lo sé —confirmó el joven, apretando una mano sobre el hombro de Pendaran—, pero no es conveniente olvidar el pasado; eso evita que nos volvamos arrogantes.

—Ah, ¿lo ves? Tú representas mi lado bueno, Taliesin, la auténtica guía de mi espíritu.

—La Luz —corrigió Taliesin—. Mirad a la Luz y servidla, lord Pendaran, y Él os enseñará el camino a seguir mejor que cualquier hombre mortal.

Pendaran meneó la cabeza con tristeza.

—Asisto a tu partida con el corazón afligido.

—Aún no nos hemos ido.

—No, pero será muy pronto. Sin embargo, no os dejaré marchar sin vuestra promesa de que volveréis alguna vez a alojaros de nuevo bajo este techo.

—Así será —consintió Taliesin.

Durante el resto del día, mientras Rhuna y Heilyn reunían las provisiones para el viaje, Charis se dedicó a empaquetar sus escasas pertenencias. Se entregó al ajetreo con una ligereza de corazón que hacía meses que no experimentaba, al tiempo que se repetía una y otra vez: «Regreso a casa..., a casa». Y le parecía como si el mundo hubiera revivido para ella, tras permanecer moribundo durante tanto tiempo.

De vez en cuando se detenía junto a la cuna de mimbre donde reposaba el pequeño Merlín.

—Nos vamos a casa, Merlín —le anunciaba, desgreñándole los suaves cabellos mientras dormía con su diminuta mano apoyada contra su mejilla, y los dedos bien

apretados, siguiendo el comportamiento típico de cualquier bebé.

El pensar en su hogar le trajo recuerdos de su madre, y Charis deseó que Briseis pudiera estar allí para ver a su hijo. Existían tantas cuestiones que hubiera querido consultarle o compartir con ella... Levantó a la dormida criatura y la oprimió contra ella, al mismo tiempo que murmuraba en voz baja y rememoraba los años en que Briseis aún estaba viva y el sol brillaba sobre la desaparecida Atlántida.

En aquel momento apareció Eiddon y declaró que iría con ellos.

—De este modo no os faltará compañía durante el camino —le aseguró, aunque en el fondo su pensamiento se centraba en sopesar que otra espada y otra lanza les darían más confianza.

Al llegar el atardecer ya estaban listos. Charis cenó en la sala al lado del rey, mientras Taliesin cantaba para la familia de Pendaran por última vez. A primeras horas de la mañana, cuando salieron al patio dispuestos para la marcha encontraron a Eiddon y al más joven de los hijos del rey, Salach, que conducían el caballo de carga sobre el que se había colocado la percha del halcón. Había otras tres monturas preparadas; lord Pendaran, que se encontraba también allí conversando con sus hijos, se volvió cuando Taliesin y Charis, con Merlín envuelto en suaves lanas y pieles de conejo, se acercaron.

—Será un buen día para viajar —anunció Pendaran—. Recorreréis una buena distancia antes del anochecer.

Taliesin observó las monturas vacías y dijo:

—Por lo que parece, nos llevamos la mitad de vuestros establos.

—Tonterías —replicó el rey—. Yo también os acompañaría si pudiera alejarme de mis deberes aquí. Pero envío a mis hijos en mi lugar y a Rhuna, que me ha suplicado que le permitiera acompañar a su señora y al niño durante el viaje, a lo cual he consentido gustoso.

Charis lo abrazó con cariño.

—Gracias, lord Pendaran. No sería digna hija de mi padre si no extendiera la hospitalidad de la casa de Avallach hacia vos y los vuestros. Si alguna vez venís a Ynys Witrin, sabed que tenéis las puertas abiertas, y el lugar de honor asegurado.

—Mis actos no lo han merecido —respondió Pendaran—, pero si significa que nos veremos de nuevo, acepto con gratitud.

—Adiós, Espada Roja —se despidió Taliesin, apretando con sincero afecto las manos de Pendaran—. No olvidaré mi promesa; aguardaré el día de nuestro reencuentro con impaciencia.

El rey envolvió a Taliesin en un tosco abrazo, palmeándole con fuerza la espalda mientras replicaba:

—Vete ahora, para que ese momento llegue lo antes posible.

Henwas y Heilyn aparecieron acompañados de Rhuna, para despedirse. Ésta montó en su caballo, Eiddon se despidió de su padre, y los animales giraron para empezar a bajar la colina en dirección a Maridunum, que yacía todavía oscuras en el valle, bajo un manto de neblina blanco-azulada. Al atravesar sus calles pavimentadas las gentes se asomaron y contemplaron a los jinetes en silencio, mientras al observar a la hermosa mujer que llevaba el niño murmuraban entre ellos con sagaz expresión:

—¡La Reina de los Seres Fantásticos! ¿Ves? ¡Y ése es el niño rey!

Cabalgaron hacia el sur en dirección a la importante Mor Hafren, siguiendo la carretera romana que bordeaba la costa hasta Caer Legionis y Caer Gwent antes de girar al este en dirección a Glevum y las ciudades romanas del sur, hasta llegar a

Londinium y continuar su ruta. Rodearon las elevadas colinas de brezos del norte, cruzaron las ruinas de la antigua Lencarum —que en una ocasión había sido una pequeña ciudad portuaria en una bahía resguardada, y ahora no constituía más que un montón ruinoso de piedras grises cada vez más olvidadas— para llegar a la Ciudad de la Legión al atardecer del tercer día. El tribuno de aquel lugar conocía bien a Eiddon y recibió a los viajeros en su casa, que se hallaba, como las de sus oficiales, en la ciudad, fuera de los muros del fuerte.

—No hay nada de qué preocuparse —tranquilizó el tribuno Valens a Eiddon confidencialmente. Estaban sentados en la pequeña cocina, ante una mesa de madera, con una jarra de cerveza entre los dos—. Esta primavera no se han avistado piratas en la zona. Además, la campaña del conde Teodosio en el norte y el este ha supuesto una extensa victoria: la mayoría de las alimañas que penetraron durante la conspiración han sido derrotadas y enviadas cojeando y con el rabo entre las piernas a sus cubiles.

Eiddon se tiró de la barbilla.

—La vigilancia no hace daño a nadie.

—Te aseguro que han retornado los viejos tiempos —insistió Valens—. Están reconstruyendo los fuertes del norte y en la costa meridional van a construir una serie de torres de vigilancia para que no nos vuelvan a tomar por sorpresa. Las guerras en la Galia marchan de forma satisfactoria y no me sorprendería en absoluto ver regresar pronto a las tropas. Escucha con atención, Eiddon Vawr, las legiones volverán al completo a sus puestos en unos pocos años, y entonces me retiraré a mi granja de las colinas a engordar a base de mi propio ganado y mis quesos.

—Quizá suceda como aseguras —replicó su interlocutor, no muy convencido.

—Pero explícame, ¿quiénes son estos amigos tuyos? ¡Que Nodens me ciegue si alguna vez he visto a una mujer más bella! —Se inclinó hacia adelante con una amplia sonrisa—. Con su compañía, no comprendo qué temes. Cualquier príncipe saecsen digno de su nombre ofrecería oro por una belleza así, ¿eh?

Eiddon se puso rígido.

—¿Te sientes ofendido? —inquirió el tribuno inocentemente.

—Por nuestra amistad, no tendré en cuenta tu comentario. Si supieras quién se alberga esta noche bajo tu techo, no hubieras pronunciado tal estupidez.

—Infórmame pues, ¡oh Espíritu del Honor y la Sabiduría! ¿Quién me honra con su presencia?

—¿No has oído hablar nunca del bardo Taliesin?

—¿Debería haberme llegado su fama?

—Sin duda se trata del bardo más excelso que jamás ha existido. Y Charis es su esposa, una princesa de Llyonesse, según me han contado, aunque ella nunca lo menciona. Su padre es el rey Avallach de Ynys Witrin.

Los ojos del soldado se abrieron de par en par.

—¡De veras! De él sí he oído hablar. ¿Cómo acompañas a personas tan eminentes?

—Durante el año pasado, han vivido con nosotros en Maridunum, y ahora regresan a su hogar.

—No sé nada de poetas ni de cuentistas —reflexionó Valens—, pero si una canción y una rima pueden capturar a criaturas la mitad de bellas que esa princesa, me conseguiré un arpa y no cesaré de tañerla.

Eiddon lanzó una carcajada.

—¡Y el ganado saldría huyendo de las colinas al oír tus rebuznos! —Meneó la cabeza—. Te aseguro que jamás he oído a nadie cantar a semejanza de este hombre. Tan sólo con una palabra dirigida al infame sacerdote que teníamos entre nosotros levantó la maldición que había padecido mi padre durante todos estos años.

—¿Cómo está Espada Roja?

—Parece otra persona; si lo vieras no lo reconocerías, y el asombroso cambio se debe a Taliesin.

—Un hacedor de maravillas, ¿eh?

—Te contaré algo increíble —afirmó Eiddon muy serio—: avergonzó a todos los reyes que se reunían en una sala y ni uno solo osó alzar un dedo en contra de él.

—Me siento impresionado —repuso Valens—. ¿Crees que cantaría para mí?

—Es tarde, amigo mío, y hemos viajado todo el día; no me atrevo a pedírselo.

Pero Eiddon apenas había acabado la frase, cuando las primeras notas del arpa surgieron de la habitación contigua. Se levantaron y entraron en silencio. Taliesin estaba sentado a un lado del fuego y Charis en el otro, amamantando al niño. Salach, el hermano menor de Eiddon, yacía envuelto en su capa a los pies del cantor, y Rhuna estaba acomodada en el suelo junto a Charis. La esclava de Valens, una joven tracia que cuidaba de la casa del tribuno, permanecía en una esquina; sus ojos oscuros centelleaban bajo la luz de las llamas. Taliesin dirigió una mirada a los dos hombres cuando entraron. Ambos acercaron sillas de campaña, del tipo que los oficiales utilizaban en el campo, y se acercaron a la chimenea para escuchar.

La voz del bardo llenó la habitación con su dorado arrullo, como si se tratara de un raro y dulce néctar proveniente de una fuente generosa y rica. El arpa se convertía en sus manos en un instrumento mágico, semejante a un telar divino que tejiera una intrincada belleza incomprensible para los ojos mortales, y, al mismo tiempo, llevara la armonía a sus oídos. Esta noche sus versos describían el país de su visión: el reino de la paz y de la luz, el Reino del Verano. Sus palabras lo evocaban en todo su esplendor y las notas de su canción le infundían vida en las mentes de los que lo escuchaban.

Charis conocía aquellas imágenes de anteriores charlas con Taliesin y, sin embargo, nunca hasta entonces las había musicado y, por primera vez, aludía al rey que habitaría en aquel reino tan sagrado: un hombre nacido para gobernar, condición que no se derivaba del parentesco, sino del amor a la justicia; alguien que serviría a la verdad y al honor, y conduciría a su gente con humildad, al tiempo que defendería su país en el nombre del Dios Salvador.

Charis tuvo la impresión al escucharlo de que todo lo que Taliesin había relatado o imaginado jamás sobre aquel reino fantástico se concentraba en esta canción; las ideas tomaban cuerpo en densos sones y las palabras adquirían forma al pronunciarlas; en definitiva, el esqueleto de la filosofía que lo inspiraba se iba encarnando.

«El Reino del Verano nace esta noche», pensó, «de la misma manera que el niño que descansa en mis brazos se conformó y nació. Ambos han seguido el mismo proceso, se ajustan y se complementan, llegando a crear un todo.»

Bajó la mirada al bebé que se nutría de su pecho.

—¿Oyes, Merlín? —susurró en voz queda—. Tu destino te llama a través de los años. Escucha, hijo mío, pues en esta noche, tu padre ha recreado el mundo con su canción. Atiende y recuérdalo.

Partieron muy temprano a la mañana siguiente; giraron al sur, hacia la gran ensenada marina, siguiendo el río Usk. El puerto de la desembocadura del río estaba lleno de barcos de carga y botes de pesca más pequeños; Eiddon buscó entre éstos uno de mayor tamaño para que los transportara al otro lado.

—Debemos esperar —anunció cuando regresó—. Hay sólo un bote que puede llevarnos, y aguarda que le llegue su cargamento de Caer Gwent. El timonel vendrá a buscarnos cuando se hallen listos para zarpar. Me temo que cuando desembarquemos será tarde.

—Entonces comamos algo mientras tanto —sugirió Taliesin—, así los caballos también descansarán.

Desmontaron y extendieron las capas sobre el terraplén de la orilla, más arriba del muelle de madera, y se armaron de paciencia. Salach cabalgó río arriba recorriendo la corta distancia que los separaba del pueblo y regresó al poco rato con vino que añadir al pan y al queso que habían traído con ellos, además de un pollo recién asado envuelto en un pedazo de tela.

—Olí el pollo —explicó, mientras lo cortaba en pedazos con su cuchillo—, y le pedí a la viuda que me lo vendiera. Se puso muy contenta con la plata.

—¡Bien hecho, Salach! —celebró Taliesin—. Un compañero ingenioso es siempre bien recibido en cualquier viaje. Cabalga conmigo siempre que lo desees, amigo mío.

El muchacho se sonrojó ante el halago y volvió la cabeza para ocultar su tímida sonrisa. Comieron y aguardaron. El sol se elevó aún más en el cielo y unas nubes bajas empezaron a deslizarse hacia tierra procedentes del mar, como si fueran dedos grises que se extendieran sobre el suelo. Pronto el sol desapareció y un viento helado rizó las aguas junto a la orilla; en ese momento apareció el timonel.

—Si queréis venir con nosotros, acompañadme ahora —les gritó—. Zarpamos enseguida.

Recogieron sus cosas y siguieron al hombre por el muelle hasta un barco muy hundido en el agua.

—¡Subid a bordo! —ordenó el propietario del barco, de pie junto a la barandilla— Si no os apresuráis, perderemos el viento favorable.

Mientras aseguraban los caballos con una cuerda en el centro de la cubierta, Charis encontró un lugar para ella y el niño al resguardo de un toldo de lona en la popa del barco, justo debajo de la plataforma del timonel. Se arrebujó en su capa bordeada de piel y apretó al bebé con fuerza contra su pecho. Rhuna se sentó frente a ella, para proteger con su cuerpo del viento tanto a Charis como a la criatura. A los pocos instantes el bote se balanceó, al tiempo que se alejaba del puerto, y se dirigió hacia la corriente.

No hacía mucho que el barco había llegado a aguas abiertas, cuando una fresca brisa empezó a soplar, arrastrando con ella una densa y baja niebla. Muy pronto, la embarcación quedó envuelta en aquella pesada y húmeda calima que goteaba lentamente sobre sus capas y cabellos hasta impregnar los pliegues de sus ropas. El propietario del barco vociferaba juramentos a una docena de dioses diferentes y maldecía al timonel al mismo tiempo; corría por la cubierta de un lado a otro, contemplando impotente aquel espeso revoltijo de brumas, en un esfuerzo vano por atisbar algo a través de la oscuridad.

La travesía resultó húmeda pero sin incidentes y desembarcaron en un pequeño

muelle río abajo del poblado de Abonae, en la carretera que llevaba a Aquae Sulis. El lugar quedaba bastante al norte de donde habían esperado atracar, pero no consiguieron persuadir al capitán de que los condujera más al sur, ya que aseguraba que la marea baja impediría un segundo acercamiento a la orilla. Tan pronto como los viajeros bajaron a tierra firme, el barco retrocedió, empujado mediante pértigas, hasta alcanzar de nuevo la corriente.

—Quizás incluso nos beneficia —dijo Eiddon mientras montaban—. De esta forma, por carretera, y con un poco de suerte, podremos llegar a Aquae Sulis antes de la noche.

—Me alegraría poder dormir en un lecho seco esta noche —repuso Taliesin mientras ayudaba a Charis a montar. Observó su vaga mirada y añadió—: ¿Te encuentras bien, mi amor?

Charis se sobresaltó y volvió en sí.

—Estaba soñando —replicó, sacudiendo la cabeza—; es a causa de la niebla y las brumas.

—Podríamos descansar un poco —intervino Eiddon.

—No —se opuso ella, forzando una sonrisa—. Estoy sólo un poco adormilada. No me ocurre nada. Se me pasará.

—Si queréis —se ofreció Rhuna—, yo llevaré al niño, mi señora.

Charis le entregó al pequeño y siguieron adelante, avanzando uno detrás de otro.

Aunque Charis luchó por permanecer alerta, pronto se hundió en aquel pesado y apático ensimismamiento, una especie de duermevela en la que su mente vagaba perezosa como un bote cargado en un lento río; sus ojos se cerraron, al tiempo que la densa neblina gris la envolvía.

Parecía como si hubiera transcurrido un instante, pero cuando los abrió de nuevo la bruma se había oscurecido y espesado. En la carretera, mojada y silenciosa, el único sonido lo producían las gruesas gotas que caían de las ramas de los árboles y el seto de matorrales que formaba un muro impenetrable a lo largo del camino. En cuanto alzó la cabeza, Charis percibió la presencia del peligro.

El silencio resultaba antinatural. Oteó a su alrededor con rapidez: Rhuna cabalgaba justo detrás de ella, seguida por Taliesin; algo más adelante se perfilaba la silueta de Eiddon, con la espalda erguida y la cabeza inclinada a un lado, escuchando al tiempo que pasaba la mano sobre la espada que le colgaba del cinto; delante de éste, Salach empuñaba la lanza y resultaba apenas visible, como una figura gris y fantasmal rodeada de niebla.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, y su voz quedó ahogada y perdida al instante en el aire inmóvil y sin vida.

Observó cómo Salach se detenía y se erguía en la silla. Eiddon cabalgó hasta él y conversaron en voz baja. Aquél hizo girar su caballo y volvió hacia ella. Advirtió su rostro tenso en la oscuridad, y la espada en su mano.

¡Merlín! ¿Dónde estaba su hijo? Se volvió en la silla para mirar atrás.

En ese mismo instante escuchó un sonido extraño y aterrador, como el zumbido de una avispa enfurecida o el fino chirrido de las plumas de un águila al hendir el aire. Lo interrumpió un ruido sordo.

El caballo de Eiddon pasó a toda velocidad junto a ella en el momento en que Rhuna llegaba a su lado.

—¡Dame a Merlín! —le susurró Charis con brusquedad.

Mientras la muchacha sacaba al niño del cálido refugio de su capa, el caballo de Taliesin llegó al trote. Charis se volvió para preguntar qué sucedía, pero las palabras se ahogaron en su garganta.

Se inclinó hacia él, y entonces vio la flecha que llevaba clavada profundamente en su pecho.

Su rostro se giraba hacia ella, pero sus ojos estaban fijos en la lejanía y su faz se iluminaba por la visión: el Reino del Verano. Duró apenas un instante, luego la luz parpadeó y murió. Taliesin se desplomó hacia adelante, con las riendas sujetas aún entre sus manos.

De la garganta de Charis surgió un grito que rasgó el profundo silencio del bosque. Todo a su alrededor se volvió confuso; unas figuras surgieron de la niebla y sin saber cómo se encontró en el suelo, acurrucada sobre el cuerpo de Taliesin y con la flecha entre sus manos. Entre sollozos intentó extraer aquella punta diabólica del corazón de su esposo.

Sintió unas manos que la agarraban y Eiddon se arrodilló a su lado. Taliesin tenía los ojos vueltos hacia el cielo, pero oscuros y vacíos; el calor de la vida se escapaba lentamente de su cuerpo.

18

—Señora, no podemos quedarnos aquí más tiempo. —Aquella voz hueca era la de Eiddon y su mano la tomaba del codo—. Pueden regresar en cualquier momento.

Charis levantó la cabeza y vio el rostro sombrío y ceniciento de su amigo. Cerca de allí, el niño sollozaba en voz baja en brazos de Rhuna. Apenas si quedaba luz, pues el día daba paso con rapidez al crepúsculo; la niebla se había disuelto para convertirse en una llovizna triste que empapaba el tosco empedrado del camino sobre el que yacía Taliesin. Se miró las manos y las manchas rojas que se extendían allí donde había sujetado la flecha, y le pareció como si llevara una eternidad en aquel lugar de la carretera.

—Charis —musitó Eiddon—, ¿venís?

Asintió en silencio e intentó levantarse, pero las piernas no aguantaron su peso y cayó hacia adelante sobre el cuerpo de Taliesin. Se abrazó a él, le apartó los mojados cabellos del rostro y luego apoyó su mejilla contra su pecho inerte.

—Duerme bien, amor mío. —Besó los helados labios y Eiddon la ayudó a ponerse en pie.

Salach permanecía de rodillas algo más allá, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo; las lágrimas se deslizaban por su rostro y su cuello. Charis se acercó a él y le puso la mano sobre la cabeza. El muchacho levantó unos ojos desesperados hacia ella y lloró.

—Perdonadme, mi señora —sollozó—. Si hubiera dado la alerta antes... Si les hubiera advertido, podría haber... Oh, por favor, si los hubiera oído él estaría aún vivo. —Inclinó la cabeza y la desesperación lo embargó de nuevo.

—Tú no pudiste evitarlo —lo tranquilizó Charis—. Nadie hubiera podido hacer nada. No existe ninguna falta que perdonar. ¿Cómo hubieras podido preverlo? —Le tendió la mano—. Levántate ahora, Salach, necesito tu fuerza. Tenemos un largo camino que recorrer.

El muchacho se pasó la manga por el rostro y se puso en pie tambaleante. Charis lo rodeó con sus brasos y lo abrazó, luego lo condujo hasta donde yacía Taliesin.

—Tienes que ayudar a Eiddon para colocar a mi esposo sobre su caballo. No quiero abandonarlo aquí.

Salach vaciló, pero Eiddon asintió con la cabeza y, entre los dos, subieron el cuerpo de Taliesin a su montura.

Era entrada la noche cuando por fin llegaron al pequeño poblado situado junto al remanso del río Byd. Estaba formado sólo por un puñado de casas de barro y cañas parapetadas tras un círculo constituido por una zanja cavada en la tierra rematada por una empalizada de madera. El portón estaba cerrado, pero se vislumbraba una hoguera en el centro del grupo de casas.

Eiddon cabalgó hasta el borde de la valla y llamó al grupo de personas que permanecían cerca del fuego. La gente se apartó de la luz al instante y desapareció

entre las sombras. Eiddon gritó de nuevo, bien fuerte y claro en lengua britona, para que no los identificaran como piratas. Al cabo de unos momentos una antorcha apareció por encima del portón.

—Las puertas se han cerrado ya. No se abre a nadie —vociferaron desde algún sitio invisible.

—Nos han atacado en la carretera. Necesitamos ayuda —urgió Eiddon al hombre. Le siguió un largo silencio—. Tenemos plata para pagar nuestro alojamiento —añadió Eiddon.

Casi al instante, la empalizada se abrió y se tendió una tabla de madera a guisa de tosco puente. Los caballos la cruzaron y penetraron dentro del círculo protector, donde los habitantes del remanso del Byd rodearon silenciosos el cuerpo inerte sobre el caballo.

El anciano del pueblo se abrió paso entre ellos y se acercó a Eiddon con cautela.

—Parece que vuestro acompañante está herido —comentó inseguro, con los ojos clavados en el broche de oro que Eiddon llevaba al hombro y el *torc* de plata que pendía de su cuello.

—Es mi amigo y está muerto —repuso Eiddon con voz suave—. Lo llevamos a casa.

El anciano meneó la cabeza y miró de reojo a los viajeros a la luz de la hoguera.

—Entonces, os atacaron. —La gente empezó a murmurar detrás de él—. Tendréis hambre, imagino.

—Agradeceríamos algo para alimentarnos —contestó Eiddon. Se volvió hacia Charis y la condujo cerca del fuego, extendió su capa y la ayudó a sentarse. Luego, él y Salach se llevaron el caballo de Taliesin a un rincón oscuro donde, con la mayor ternura, descendieron el cuerpo de Taliesin de la silla y lo colocaron sobre el suelo. Salach lo cubrió con su capa para que pasara así la noche.

Los viajeros se calentaron junto al fuego y tomaron un poco de comida, a la que no encontraron ningún sabor, y luego se tumbaron para dormir. El anciano apostó un centinela junto al portón, sin hacer ostentación de su gesto, diciendo:

—Dormiréis mejor si alguien vigila.

Una de las mujeres de la aldea se acercó a Charis.

—Hace frío para el pequeñín, señora. Podéis cobijaros los dos y también vuestra muchacha en mi casa —comentó.

Charis se levantó y penetró en una choza cercana; Rhuna, con Merlín, la siguió; les ofrecieron la única cama disponible: un jergón de paja cubierto con pieles de oveja en un rincón seco. Charis, agotada, cerró los ojos tan pronto como su cabeza se apoyó en el lecho, y se quedó dormida.

La noche fue como escapar a un dichoso vacío y Charis se despertó con las primeras luces. Merlín se agitó junto a ella y empezó a llorar reclamando alimento. Le dio de mamar y permaneció tumbada pensando en el largo y solitario día que la esperaba; luego se puso a pensar en los meses y los años venideros. «¿De dónde sacaré las fuerzas para continuar?», se preguntó, y decidió que era imposible prever un futuro aún tan lejano. En lugar de ello, pensaría tan sólo en el momento actual y no en el porvenir; únicamente de esta forma, momento a momento, podría actuar como debía.

Cuando todos se hubieron levantado y se preparaban ya para partir, el anciano jefe de la aldea se acercó a Eiddon y le comentó:

—No es apropiado hacer que un hombre cabalgue hasta su sepultura. —Se

volvió e hizo un gesto a dos hombres que estaban cerca, los cuales empezaron a empujar una chirriante carreta de dos ruedas—. Conduciréis mejor a vuestro amigo en esto. Tomadla.

—Si él supiera las atenciones que le habéis prestado —dijo Eiddon—, os recompensaría con gran generosidad. —El príncipe introdujo la mano en la bolsa que llevaba sujeta al cinturón, sacó un puñado de monedas de plata, y las depositó en la mano del anciano.

Éste las sopesó.

—Entonces, ¿es un rey?

—En efecto —respondió Eiddon.

Tras sujetar la carreta al caballo y colocar a Taliesin con cuidado en su interior, abandonaron el poblado y cruzaron el río por el vado. Encontraron la carretera otra vez al otro lado y continuaron su camino hacia Aquae Sulis, a cuyas ajetreadas calles llegaron a media mañana. Desayunaron y, con la esperanza de llegar a Ynys Witrin al anochecer, emprendieron la marcha de inmediato; giraron en dirección sur en la encrucijada de carreteras y se alejaron de los pórticos de columnas y de los elevados techos de tejas que caracterizaban a la ruidosa ciudad de ladrillo.

Casi de inmediato, Charis sintió que habían penetrado en terreno conocido. Le parecía reconocer cada colina y cada valle, aunque sabía que era imposible que los hubiese visto antes. Pese a ser falsa, la sensación de reencuentro la consoló.

De cuando en cuando, Charis se volvió sobre su silla para mirar atrás, con la esperanza de ver allí a Taliesin con una sonrisa en sus labios, los ojos brillantes y transparentes y una mano levantada en señal de saludo.

Pero no había más que la tosca carreta que se balanceaba detrás de ellos mientras sus ruedas giraban lentamente.

Las horas transcurrieron a medida que el sol se movía por el cielo nuboso y desapacible. Charis se evadió durante el resto del viaje; todo lo que recordó de este período fue el dolor más profundo y devastador que conociera nunca, y el silencio, sombrío y total, que rodeaba a los angustiados sollozos de su corazón. Se movía como en un sueño, dolorosamente despacio, agobiada por el peso de una pena tan enorme que su mente se había suspendido.

Bien entrada la tarde llegaron al río Briw y abandonaron la carretera, para seguir el sendero que llevaba a la Isla de Cristal. Cuando el sol se había transformado en un fulgor rojo-anaranjado en el horizonte, Charis levantó la cabeza y vio el palacio de Avallach, que flotaba sobre el lago bordeado de juncos, sobre la colina de la hondonada.

La visión no le produjo alegría, ni animó su espíritu o reconfortó su corazón. En lugar de ello, reflexionó con pesar en la bienvenida y la celebración que seguramente se hubiera realizado y que ahora resultaba imposible.

Al poco rato, los cascos de los caballos golpeaban ya sobre la calzada que cruzaba los terrenos pantanosos hasta la isla. El sendero serpenteante los condujo hasta el palacio, donde encontraron las puertas abiertas, ya que se los había divisado desde lejos. Tan pronto como la carreta que transportaba el cuerpo de Taliesin se detuvo, Avallach apareció en el patio acompañado por Lile.

Extendió los brazos para recibir a Charis mientras Eiddon la ayudaba a desmontar, pero su sonrisa murió al ver el rostro de su hija. Al observar el séquito de extraños que la acompañaba, preguntó:

—Charis, ¿dónde está Taliesin?

Ella le indicó el tosco ataúd, puesto que le era imposible hablar. Eiddon se le acercó y se colocó a su lado, luego, con la cabeza inclinada en señal de deferencia hacia Avallach, explicó:

—Taliesin está muerto, lord Avallach; una flecha cruithne lo abatió.

Los enormes hombros de Avallach se hundieron, extendió una mano y atrajo a Charis hacia él, envolviéndola entre sus fuertes brazos. Lile, que permanecía en silencio cerca de ellos, se aproximó a la carreta y echó hacia atrás la capa que cubría el cuerpo. Contempló aquel antiguo rostro tan reluciente por un momento y luego rozó con los dedos la flecha cruel que aún sobresalía del pecho de Taliesin. Colocó de nuevo la capa y se dirigió con paso rápido a los establos. Regresó casi al instante, y a los pocos minutos un jinete atravesó el patio procedente de las caballerizas para alejarse por el sendero.

—Se ha de avisar a su gente —le comentó a Salach, que lo contemplaba todo en silencio—. He enviado a avisarles para que vengan enseguida.

Salach asintió taciturno y bajó la mirada de nuevo.

Finalmente, Avallach levantó la cabeza e hizo una señal a Rhuna para que se acercara. Ésta le mostró al niño, apartando un poco la envoltura de lana para que pudiera verlo.

—¡Ah, el niño! —exclamó él—. El niño... tan hermoso...

Charis salió de su letargo.

—Se llama Merlín —informó, y lo colocó en los brazos de su padre.

—Bienvenido, pequeño Merlín —saludó Avallach al tiempo que le acariciaba la frente y la mejilla con el dedo índice—. Y bienvenida, hija. —Se detuvo y miró en dirección a la carreta funeraria—. Perdóname, Charis. Llevaré en la conciencia el peso de lo sucedido hasta el día de mi muerte. Que Dios me juzgue con severidad por el daño que te he causado.

—¿Perdonarte, padre?

—Te eché y con ello he provocado esta tragedia.

Charis sacudió la cabeza con firmeza.

—¿Tensaste tú el arco, padre? ¿Sujetaste la flecha a la cuerda y la arrojaste ciegamente en medio de la niebla? No; por lo tanto, no te sientas culpable.

Lile se les acercó y dijo:

—Conduce a Charis adentro. Yo me ocuparé de su esposo.

Avallach entregó el niño otra vez a Rhuna y acompañó a Charis al interior del palacio; Rhuna los seguía.

Cuando hubieron llevado a Charis y al bebé a su habitación, Avallach regresó al patio.

—No os conozco —se dirigió Avallach a Eiddon—, pero me doy cuenta de que me habéis prestado un gran servicio al traer a mi hija sana y salva a casa, y os doy las gracias por ello.

Eiddon sacudió la cabeza pesaroso.

—No me agradezcáis nada. ¡Ojalá estuviera yo en el lugar que ocupa él!

—¿Erais su amigo?

—Lo soy aún —respondió Eiddon—. Mi nombre... —vaciló—, mi nombre es Maelwys, y os saludo de parte de mi padre, Pendaran Gleddyvrudd, Señor de Dyfed.

—Ah, sí, el druida que me trajo el mensaje me habló de él. Vos y vuestro hermano debéis hallaros en esta casa como en la vuestra.

Se aproximaron a la carreta y Avallach contempló durante un buen rato y con

expresión dolorida el cadáver. Lile regresó con algunos hombres que llevaban una litera y, en el momento en que iban a llevarse el cuerpo hacia el palacio, llegaron Dafyd y Collen, que penetraron en el patio corriendo y sin aliento; sus rostros aparecían severos y sombríos, mientras sus capas ondeaban al viento.

Dafyd se colocó junto a Taliesin y permaneció durante un momento perplejo, luego sacó un frasco de entre uno de los pliegues de su manto, mojó un dedo en el aceite e hizo la señal de la cruz sobre la fría frente. Ambos sacerdotes se arrodillaron y oraron por el alma de su amigo.

Cuando terminaron, Lile se hizo cargo del cadáver; Dafyd se levantó y fue hasta Avallach.

—Vuestro hombre nos encontró por el camino y nos contó lo sucedido. Vinimos de inmediato. ¿Dónde está Charis?

—Se la ha conducido a sus habitaciones. Hoy han recorrido un largo trayecto.

—No obstante, iré a verla —replicó Dafyd—, aunque sólo sea un momento.

Los sacerdotes entraron en el palacio y encontraron a las dos mujeres en una cámara del piso superior; Charis se puso en pie al ver entrar a Dafyd, y fue a su encuentro. El sacerdote la abrazó, tomó su mano y la llevó de nuevo hasta la cama, donde permanecieron sentados cierto tiempo sin hablar. Al cabo de unos minutos, Lile hizo su aparición para decir que se había depositado el cuerpo en la sala.

—¿Habéis visto el..., a Taliesin? —preguntó Charis a su visitante.

—Traje óleo y he rezado por él.

—¿De qué sirven vuestras oraciones ahora, sacerdote? —exigió Lile en voz baja pero aguda.

Dafyd ignoró la pulla.

—¿Cómo puedo ayudaros, Charis?

—Dejadla sola. Vos y vuestro dios ya habéis hecho bastante por ella —gruñó Lile.

—Por favor, Lile —suplicó Charis con suavidad—, me gustaría hablar con mi amigo. ¿Encontrarías una cesta para Merlín?

La mujer se retiró, al tiempo que dedicaba una furiosa mirada a Dafyd al pasar junto a él. Rhuna, que acunaba al niño en su regazo, estaba sentada en una silla junto a la cama con el rostro tenso y pálido, pero sus ojos relucían con fuerza bajo la luz cada vez más débil.

Charis, con la mano del sacerdote todavía entre las suyas, miró por la ventana abierta la mancha roja que ardía en el cielo.

—Ocurrió de improviso —suspiró hondamente—. Cabalgábamos rodeados de una espesa niebla. Lloviznaba y estaba oscuro. Escuché un sonido extraño y miré hacia atrás, y, en ese instante, alcanzaron a Taliesin. No dejó escapar ningún sonido, ni un grito, ni una palabra; tan sólo estaba allí muerto. —Se volvió hacia Dafyd, sacudiendo la cabeza fatigosamente—. Lo amaba tanto, y ahora se ha ido.

Dafyd permaneció sentado junto a ella mientras el crepúsculo se adueñaba del firmamento. Ningún comentario hubiera servido para aliviar el dolor de la herida o hacer desaparecer el pesar sordo y arrollador de su aflicción ante la desaparición de su esposo.

Por fin, Charis se puso en pie y avanzó hasta la ventana.

—Duele, y odio tener que reconocerlo —aseguró—. ¿Qué voy a hacer?

—Yo no soy quien deba indicároslo —respondió él con voz suave, acercándose a la ventana para estar junto a ella—. Ni tampoco puedo aliviar el dolor, Charis.

Ella se giró hacia él, con ojos ardientes.

—No me afirmes lo evidente —repuso con amargura—. Lo sé muy bien. Taliesin creía en vuestro dios; le llamaba la Gran Luz y el Dios del Amor. ¿Dónde está el amor y la luz ahora, Dafyd? ¡Los necesito profundamente!

El sacerdote sacudió la cabeza.

Permanecieron próximos el uno al otro mientras el anochecer descendía despacio; el velo de la noche se cernía sobre el cielo y aumentaba la melancolía que reinaba en la habitación a medida que las sombras crecían y se extendían. Merlín se agitó en los brazos de Rhuna y empezó a llorar. La voz de la criatura resquebrajó el silencio con su vital insistencia.

—Está hambriento —declaró Charis, e hizo una seña a Rhuna para que se acercara—. Le daré de comer ahora.

—Yo bajaré a la sala —anunció el sacerdote—. Collen y yo nos quedaremos en palacio esta noche y acompañaremos el cuerpo de Taliesin. Estaremos cerca si nos necesitáis.

La pálida luna creciente brillaba muy alto sobre un techo con fisuras formado por nubes bajas cuando los *cymry* penetraron en el antepatio del palacio entre el resonar de los cascos de sus caballos; sumaban unos sesenta. Resplandecían las antorchas en los soportes colocados junto a las puertas que, aunque vigiladas, se habían mantenido abiertas para esperarlos. Tal y como había hecho algunas horas antes, Avallach salió al encuentro de los viajeros. Una expresión de tristeza surcaba su rostro, y el dolor de su costado lo hacía doblarse casi por completo mientras descendía la escalinata de piedra para recibir a los recién llegados.

Elphin saltó de la silla, ayudó a Rhonwyn a desmontar y luego se volvió para aceptar el abrazo de Avallach.

—Lo siento —le dijo Avallach—. Lo siento tanto...

—¿Dónde está? —inquirió Rhowyn.

—He colocado su cuerpo en el gran salón. Lo encontraréis allí, y a los sacerdotes junto a él.

—Iremos al instante —replicó Elphin con voz quebrada.

Los *cymry* siguieron a su señor al interior del palacio hasta el gran salón, donde encontraron un tablero que descansaba sobre unos trípodes, situado en el centro de la enorme habitación; se habían sujetado con estacas unas antorchas a cada lado. Los dos sacerdotes se hallaban arrodillados junto a él. Dafyd y Collen se incorporaron al entrar los *cymry* y retrocedieron en silencio hasta una esquina de la habitación.

Elphin dejó escapar un grito de angustia, se precipitó hacia las andas y se arrojó sobre el cuerpo de su hijo. Rhonwyn avanzó más despacio, mientras las lágrimas brotaban a raudales de sus ojos. Tomó una de las manos de Taliesin entre las suyas y se dejó caer de rodillas. Los *cymry* rodearon a su rey y a su reina y alzaron sus voces en el lamento de la muerte, vociferando gemidos, mientras se abandonaban a su pesar.

Hafgan penetró detrás de los demás y permaneció por un momento con los ojos cerrados, escuchando aquel canto fúnebre. Tras abrirlos de nuevo, se acercó al catafalco para contemplar la forma sin vida de aquel a quien había querido como a un hijo.

—Adiós, Faz Resplandeciente —musitó para sí—. Adiós, mi Ser Dorado.

Sujetó su manto entre sus puños y tiró con fuerza hasta que la prenda se desgarró.

—¡Aghhh! —gritó con voz sonora, y su sonido se elevó por encima de los otros—. ¡Observad, pueblo mío! —Extendió las manos sobre el cuerpo del joven— ¡El hijo de nuestra felicidad yace frío, preso en las fuertes garras de la muerte! ¡Llorad y lamentaos con fuerza! ¡Gemid, *cymry*! ¡Que Lleu el de la Larga Mano escuche vuestro lamento! ¡Que el Buen Dios conozca nuestro dolor! ¡Nuestro bardo, nuestro hijo, nuestro Ser Dorado ha muerto! ¡Que todos los hombres inclinen las cabezas y lloren! ¡Formad un río con vuestras lágrimas para que se lleve a su alma! Llorad, gente mía, porque nunca más volveremos a hallar una criatura igual; nunca más.

Los *cymry* lloraron y se dolieron, sus voces subían y bajaban como el oleaje de un mar entristecido. Cuando un alarido se apagaba otro retomaba el grito, de modo que aquel canto funerario giraba como el hilo en una rueca, lleno de armonía, poderoso e intacto.

Los llantos despertaron a Charis en su habitación del piso alto y descendió en silencio hasta la sala. Vio a Rhonwyn arrodillada junto a su hijo, sujetando su mano fría contra su mejilla mientras se balanceaba adelante y atrás llena de desesperación, y Charis sintió un irrefrenable impulso de ir hacia ella y unírsele. Dio un paso hacia el catafalco, vaciló y se volvió indecisa, incapaz de obligarse a avanzar.

Al volverse, le pareció ver a Hafgan por el rabillo del ojo. El druida la había observado y tendía una mano hacia ella. Charis se detuvo, confundida. Hafgan, con la mano aún extendida, se aproximó y se detuvo ante ella. La joven permaneció inmóvil, dubitativa, sin saber qué hacer; sus ojos se clavaban en los afligidos *cymry.* Al advertir que él no retiraba la mano, ella le tendió la suya y el druida la condujo hasta las andas.

Charis sintió que algo le ardía en la garganta y en el pecho, y percibió el amargo sabor de la bilis en su boca. Hafgan la introdujo en el círculo que rodeaba al cuerpo y los *cymry* hicieron sitio para ella.

Rhonwyn levantó los ojos cuando Charis se detuvo junto a ella. Ésta contempló el rostro empapado en lágrimas de Rhonwyn y cayó de rodillas junto a la madre de Taliesin, la cual apoyó su cabeza sobre el pecho de la joven y lloró. Por fin Charis lloró también, sintiendo cómo los pétreos muros que rodeaban su corazón se resquebrajaban y disolvían en aquella repentina oleada de dolor.

Se abrazó a Rhonwyn, y compartió con ella el anónimo tormento de las mujeres que lloran la muerte de los suyos. Charis se entregó por completo a las lágrimas y percibió cómo su pesar fluía por su espíritu herido como un torrente sobre una superficie reseca y baldía. Su llanto se alzaba contra la dureza de la vida, contra la crueldad de la muerte; se elevaba por la pérdida tan querida y por la compasión que le inspiraba; por la soledad vacía y terrible y por la inquietud que destroza el corazón; por Briseis, sola en su tumba perdida, y por sí misma; y se incrementó por todas aquellas veces que se había negado a llorar, al tiempo que se endurecía y a la vez despreciaba aquella insensibilidad que le impedía sentir dolor. También se lamentó por el niño que nunca conocería el sonido de la voz de su padre al entonar una canción, o el firme contacto de su recia mano. Evocó a sus hermanos muertos y a todos los hermosos hijos de la Atlántida que reposaban ahora bajo el incansable oleaje de Oceanus. Parecía que su pena fuera eterna.

Los *cymry* se apretaron a su alrededor; sus voces se entremezclaban, líquidas como las lágrimas que fluían de sus ojos, y sus rostros se volvían más hermosos con

el dolor. Charis sintió gran amor por todos ellos, los estimó por la ferviente intensidad de su emoción y por la sencilla honestidad de sus almas. Eran igual de generosos en su tristeza como en su alegría, de corazones desinteresados y efusivos. Éstos, exaltados en sus lamentaciones por la humilde nobleza de sus espíritus, rodearon a Charis, y sus lágrimas cayeron sobre ella en una lluvia suave y curativa.

El canto fúnebre cesó al amanecer. Se apagaron las antorchas y, mientras los *cymry* se envolvían en sus capas para dormir unas pocas horas, Hafgan, Elphin, Rhonwyn y Charis se reunieron junto al catafalco.

—Debe ser enterrado hoy mismo —declaró el druida, ronco de tanto llorar—. Hace ya tres días de su muerte, y su cuerpo debe empezar el viaje de regreso al lugar de donde vino.

—Dondequiera que esté ese mundo —añadió Elphin en voz baja. Contempló con ojos enrojecidos a aquel a quien había llamado hijo—. He pensado muchas veces en su origen.

Charis lo miró muy sorprendida.

—¿Por qué habláis así? —Se volvió hacia Rhonwyn—. ¿No era vuestro hijo?

—Lo crié como a hijo mío —le aseguró ella—; sin embargo, Elphin lo encontró en la encañizada.

—¿Lo encontró? —Charis sacudió la cabeza lentamente—. No comprendo. Me lo contó todo, y, sin embargo, nunca me reveló esto.

—Jamás hubiera hablado de ello —repuso Hafgan.

—¡Yo era su esposa!

—Sí, sí —la calmó Hafgan—. Pero constituía el gran misterio de su vida y lo inquietaba. Taliesin sabía que no era como los otros hombres: su talento era mayor, las exigencias de su arte más elevadas y sus conocimientos más completos. En una época más lejana habríamos afirmado que, al igual que Gwion Bach, había bebido del caldero de Ceridwen y se había convertido en un dios.

—Gwyddno me había concedido la pesca de la encañizada —explicó Elphin—, y salí a caballo la víspera de *Beltane* para descubrir mi fortuna. —Sonrió al recordar—. No atrapé un solo salmón ese día, aunque Lleu mismo sabe que jamás un hombre necesitó tanto encontrar pesca. Había nevado el día anterior, los salmones iban retrasados y no se veía un solo pez en el agua, ni una aleta, ni tan siquiera una escama.

»Aunque sabía que no conseguiría nada, miré en todas las redes y de la última saqué una bolsa de piel de foca; la conduje hasta la orilla y la abrí. En su interior había un niño, un ser muy hermoso.

Jamás había oído Charis una historia semejante.

—¿Una bolsa de piel de foca?

—Pensamos que estaba muerto —respondió Elphin, haciendo un gesto en dirección a Rhonwyn—, pero vivió y se me planteó la obligación de conseguirle una nodriza.

—Elphin me encontró en la casa de mi madre en Diganhwy. Mi propio hijo había nacido muerto unos días antes, y yo había caído en desgracia. Él me tomó como esposa. Crié a Taliesin como si fuera propio, lo cuidé como si llevara mi sangre y lo quise como a un hijo. —Señaló a Elphin con la cabeza—. Los dos lo hicimos, aunque no lo hubiéramos creado.

Le contaron muchas cosas sobre Taliesin, y, cuando terminaron, Charis se volvió hacia el cuerpo de su esposo.

—Nació del mar —anunció, con los ojos fijos en el hombre que había amado, pero que ahora parecía no conocer en absoluto—, debe regresar al mar.

Hafgan levantó las manos y proclamó:

—Así se ha dicho, así debe hacerse.

La procesión funeraria llegó al estuario del Briw a la puesta del sol. Conducido por Dafyd y Hafgan, que andaban uno junto al otro, el pequeño bote había sido atado a unas barras de madera y llevado en hombros por los *cymry.* En su interior se hallaba el cuerpo de Taliesin, al que habían lavado y preparado para su último viaje: cambiaron sus ropas y peinaron sus cabellos sujetándolos en una cola. Charis, Avallach, Elphin y Rhonwyn, Rhuna y Merlín cabalgaban detrás; Maelwys y Salach y el resto de los *cymry* cerraban la comitiva. Las desperdigadas nubes grises mostraban un reborde dorado bajo la luz rojiza y anaranjada del atardecer, y las canciones de las alondras llenaban el aire.

Al llegar a la desembocadura del río, se colocó la pequeña embarcación sobre aguas poco profundas, y todas las pertenencias de Taliesin se dispusieron, una a una, alrededor de él: Rhonwyn depositó la bolsa de piel de foca, en la que lo habían encontrado, sobre su pecho; Elphin, la silla de montar, a sus pies, en recuerdo del muchacho que había deseado patrullar la Muralla junto a su padre; Hafgan tomó el bastón de roble del bardo y lo introdujo bajo su mano izquierda; Dafyd sacó una cruz de madera cincelada, y entre él y Collen la colocaron bajo la mano derecha de Taliesin; Maelwys y Salach pusieron el *torc* de oro alrededor de su cuello; Avallach extendió la capa de Taliesin sobre su cuerpo y luego la cubrió con una manta de delicada piel; Cuall descubrió una lanza recién acabada, con punta de hierro pulido y mango de madera de fresno, y subió al bote para sujetarla a la proa.

Por último, Charis colocó el arpa de Taliesin junto a él para que el viento arrancara notas de sus cuerdas. Se inclinó para darle un beso de despedida, y luego hicieron girar la pequeña embarcación hacia Mor Hafren. Cuatro *cymry* a cada lado de la misma la empujaron más al interior del estuario, donde se encontraría con la marea baja que la arrastraría a alta mar. Charis llamó a Rhuna, quien acercó a Merlín y se lo entregó a su madre.

De pie en la orilla, iluminada por el rojo fuego de la puesta de sol, Charis sostuvo al pequeño Merlín ante ella para que pudiera ver cómo el bote seguía la corriente hasta salir de la desembocadura y enfilar el profundo canal situado más allá. Este giró en redondo una vez, quedó atrapado en la marea y fue arrastrado a aguas más profundas. Las aguas condujeron la embarcación a lo largo de los acantilados y las marismas en dirección al mar oriental, donde las olas la transportarían hasta su desconocido destino.

Dafyd anduvo hasta una elevación rocosa y, erguido, con las manos levantadas en señal de bendición, oró en voz alta mientras los *cymry,* algunos en el agua y otros de pie en la ladera de la colina, entonaban una canción de despedida, acompañando así a su compañero y amigo al descanso eterno.

De esta forma, en ese instante, entre las aguas brillantes como brasas encendidas y canciones celtas que fluían como una lluvia melodiosa de un cielo inflamado, Taliesin inició su último viaje.

«Lo observamos alejarse; la oración y el cántico continuaron hasta que la embarcación se perdió en el horizonte y todo quedó sumido en la oscuridad. Entonces volvimos a montar en los caballos y regresamos, con la luna nueva iluminando nuestro camino. Me detuve en la cumbre de una colina elevada que dominaba el estuario, para contemplar la enorme curva plateada de Mor Hafren, que centelleaba y relucía bajo el resplandor lunar como la enjoyada hoja de un cuchillo.

»¡Adiós, Taliesin! ¡Adiós, corazón mío!

»Cuando hice regresar mi caballo al sendero, los *cymry* empezaron a cantar de nuevo. Escuché la voz de Taliesin entre las suyas, tal y como hubiera soñado, alta, estilizada y potente. Yo también entoné la melodía, y mi corazón se sintió más ligero.

«Aquella noche, de un brillo y una claridad increíbles, el aire nocturno, suave y sedoso, el canto de los grillos, que resonaba entre la maleza, y las hojas de los árboles, que murmuraban al ser rozadas por la brisa, y mientras las estrellas se movían por el amplio cielo y la luna se balanceaba siguiendo su curso, cabalgué, con el niño apretado contra mi pecho, consciente, de la misma forma en que nítidamente aprehendía todo lo demás, de la semilla de una enorme y sedante paz que me envolvía y de un amor profundo, sereno y siempre presente.

»Este sentimiento ya se hallaba en el sencillo regalo de jade de una amiga desconocida; en la arena, junto a mí, el día en que el Toro Solar hubiera debido quitarme la vida; y en el *merlin,* a la vez parábola y suave censura de mi falta de confianza.

»Esta paz me ha acompañado constantemente, pero yo no la había percibido. Lo supe en aquel momento, y el corazón me latió con fuerza. El amor, realmente, se había despertado aquella noche de brillante luna nueva mientras regresábamos a Ynys Witrin, promovida por una etérea canción.

»Hasta tiempo después, no advertí la ausencia de Morgian y de Annubi. No recordaba haberlos visto desde mi regreso y, cuando pregunté a mi padre, éste movió la cabeza y dijo:

»—Sí, resulta extraño. Se fueron de noche, el día anterior a tu regreso.

»—La noche en que mataron a Taliesin —repuse yo, y un escalofrío recorrió mis huesos.

»—Ese día debe de haber sido. En verdad, es misteriosa su forma de desaparecer; no lo anunciaron, y tampoco se despidieron.

»—Padre —pregunté entonces con voz temblorosa—, ¿enviaste tú la pluma de cuervo?

»—¿Una pluma de cuervo? ¿Por qué?

»—El hombre que la trajo, el viajero, aseguró que era tu mensaje. Con esas palabras me la entregó. Yo lo encontré insólito, pero Taliesin afirmó que constituía tu forma de pedirme que volviera a casa.

»Avallach sacudió la cabeza muy serio.

»—Envié un mensaje mediante uno de los nuestros el mismo día que me llegó el tuyo, pero no existió ningún viajero, Charis.

»De modo que Morgian se ha ido y Annubi con ella. Me maravilla el odio que pudo alimentar tal plan, y me sorprende el poder que se esconde tras él. Incluso, me pregunto si la flecha que le quitó la vida a Taliesin no iba dirigida a mí.

»Oh, Morgian, ¿qué pretendías? ¿Tan desdichada era tu vida y tan esquivo el amor que te empujaron al mal?

»Escúchame, Morgian: yo he recorrido el sendero que has elegido. He conocido

las tinieblas y la desesperación de hallarse muerta en vida, y he experimentado la alegría de renacer a la luz. No me reuniré contigo en ese sendero, Morgian; no transitaré ese camino de nuevo.

»E1 santuario de Dafyd ya está finalizado y ahora predica allí. Yo voy a escucharlo y a rezar, y siempre me parece que Taliesin está más cerca de mí en ese lugar que en cualquier otro sitio.

»A menudo lo recuerdo diciéndome: "Nunca te abandonaré, Charis". Intuyo que es cierto. Está conmigo en este momento y lo estará eternamente; mientras viva lo amaré y él vivirá en mi amor. Es más, poseo la seguridad de que volveremos a reunirnos un día.

«Hasta que llegue ese momento, me siento satisfecha: me acompañará mi hijo, al que tengo que cuidar; muchos, incluidos Hafgan y Blaise, creen que será más grande que su padre.

»En lo que respecta a ese presentimiento, prefiero ignorarlo. Los rumores florecen como la mala hierba cuando muere un hombre excelso. No niego que Taliesin se distinguía de los demás mortales, y muchas noches me pregunto quién era y cuál era su misión. No obstante, de la misma forma en que reconozco mi propio reflejo en él, sé que Dios halló en su espíritu terreno propicio para la chispa que arde en todos los hombres. Taliesin constituía un ser totalmente despierto y vivo, y se consumía con la visión de un mundo por crear.

»Esa ilusión no debe morir.

»Yo, Charis, Princesa de la Atlántida, Dama del Lago, la mantendré viva.

ap: palabra celta que significa «hijo de».
awen: con esta palabra designaban los druidas la puerta que les permitía penetrar en el Otro Mundo y entrever el futuro. Era también una situación de trance a la que sólo puede acceder un bardo.
Beltane: antigua fiesta celta que el calendario cristiano la fija en el primero de mayo.
caer: en celta significa «fuerte, plaza fuerte o pueblo amurallado». En principio, casi todos los pueblos grandes rodeados por empalizadas recibían el nombre de *caer.* Esta palabra ha dado origen a muchos nombres de ciudades galesas actuales, entre ellas Cardiff, que deriva su nombre de *Caerdydd.*
cantref: palabra de origen celta que siguió utilizándose durante varios siglos para definir una división administrativa de territorio. Aproximadamente equivalía de 320 a 480 hectáreas de tierra, o también, según dan fe documentos antiguos, a la cantidad de terreno que pudiera labrarse en un año con un solo arado.
combrogi: equivale a «camaradas», «compañeros».
cymry: palabra de origen celta que significa «galés».
derwydd: una de las muchas formas celtas de denominar a los druidas. *Derw* significa «roble» en galés, y el nombre entero haría referencia a los bastones de roble que acostumbraban llevar la mayoría de los druidas.
din: significa «fuerte» o «bastión», pero alude siempre a una dimensión reducida: una torre fortificada o un pequeño recinto donde se refugiarían los habitantes del poblado en caso de ataque y en el que normalmente sólo viviría el jefe del pueblo y su familia.
fhain: equivale a «perteneciente a un clan».
filidh: aprendiz de druida. Eran también poetas y los que transmitían las tradiciones.
Ierna: antiguo nombre celta de Irlanda.
Imbolc: corresponde al primero de febrero, día de Santa Brígida en el calendario cristiano; Brigit, una predecesora, era considerada una potente diosa de la fertilidad, además de poseer atributos curativos y de gran sabiduría.
Lungnasadh: corresponde al primero de agosto. Fiesta agrícola en la que se ofrecían sacrificios para asegurar una buena cosecha.
mabinogi: compendio de leyendas e historias galesas e irlandesas.
merlin: esmerejón, de la familia de los halcones.
ogam: nombre conectado tradicionalmente con el de un personaje de las leyendas irlandesas llamado Ogam, del que se decía que había inventado el «ogam» o alfabeto secreto que sólo conocían los iniciados, entre ellos los druidas. También recibe este nombre un alfabeto de 20 caracteres utilizado por los antiguos habitantes de Bretaña e Irlanda. En este alfabeto las letras se representaban mediante trazos verticales u horizontales.
rhyton: recipiente o copa, generalmente en forma de cabeza de animal, usada en la antigüedad; aparece ya en excavaciones de poblados celtas.
Samhain: según el calendario cristiano corresponde al primero de noviembre. Una de las fechas más importantes del calendario celta. Durante la noche de la víspera se creía que el mundo de los dioses se hacía visible a los mortales; se desarrollaban durante la misma portentos, así como desgracias.
torc: era un aro grueso, de oro o plata principalmente, que llevaban alrededor del cuello reyes, príncipes y jefes guerreros celtas, al igual que sus esposas. De diseño muy elaborado, sus extremos, que quedaban abiertos en la parte frontal, terminaban en dos gruesas bolas o en dos cabezas de animal. Al aro se le daba cierta flexibilidad

para que pudiera ponerse o quitarse con facilidad.